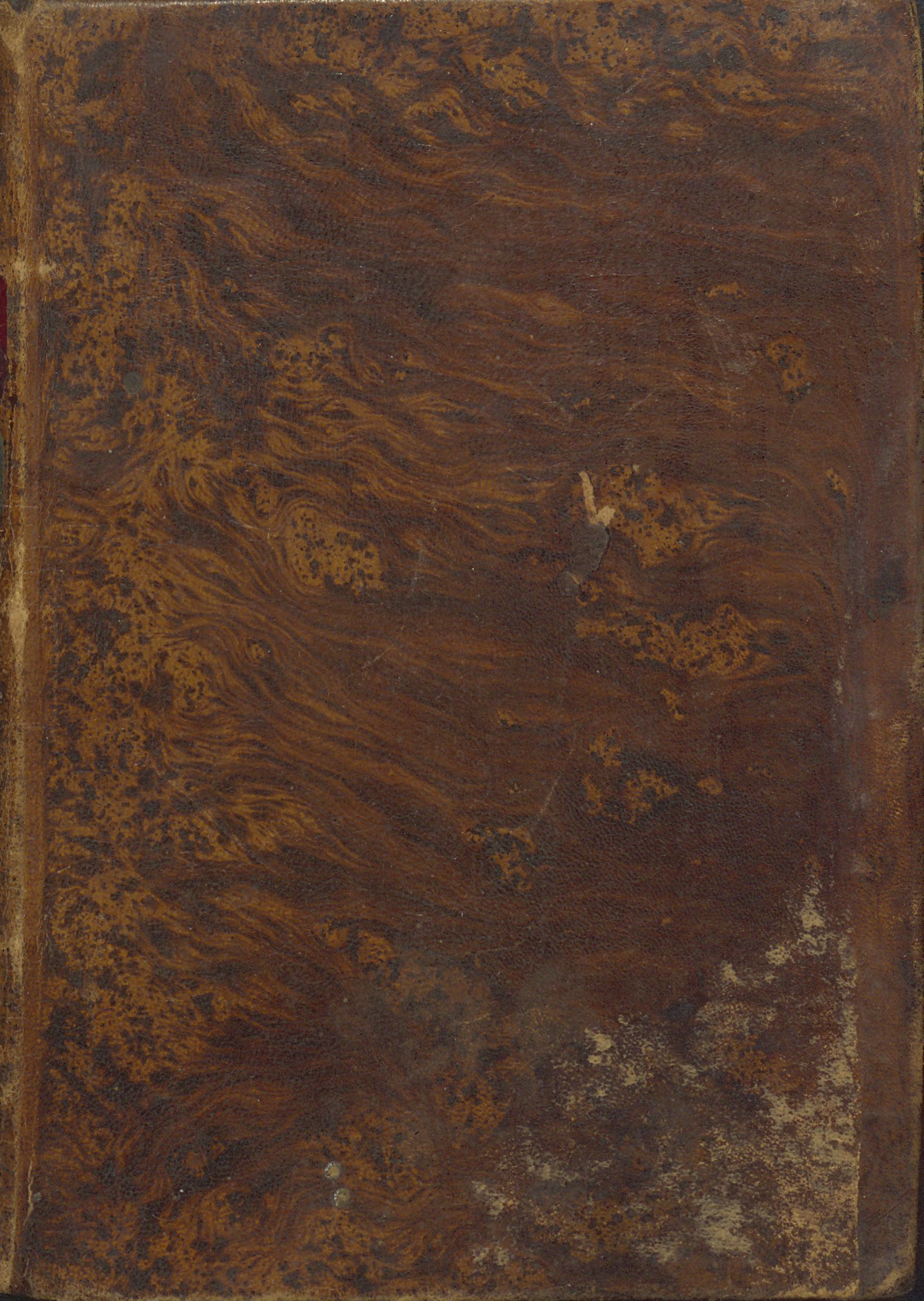








ANO CRISTIANO

Ó

EXERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

SEPTIEMBRE.



AÑO CRISTIANO

Ó

EXERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

CONTIENE

la explicacion del misterio; la vida del santo correspondiente á cada dia; algunas reflexîones sobre la epístola; una meditacion despues del evangelio de la misa, y algunos exercicios prácticos de devocion, ó propósitos adaptables á todo género de personas.

ESCRITO EN FRANCES

POR EL PADRE JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesus;

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR EL PADRE JOSE FRANCISCO DE ISLA,
de la misma Compañía,

Y ADICIONADO

con las vidas y festividades de los santos nacionales y extrangeros, que celebra la Iglesia de España, puestas en sus respectivos lugares, y la traduccion de las epístolas y evangelios, que suprimió el P. Isla, por los RR. PP. Fr. Pedro Centeno y Fr. Juan Fernandez de Roxas, del orden de san Agustin, presentados en sagrada teología, &c.

SEPTIEMBRE.



MADRID MDCCCXVIII.
IMPRENTA DE LA REAL COMPAÑÍA.
POR SU REGENTE D. JUAN JOSÉ SIGUENZA Y VERA.

DIA PRIMERO.

San Gil, abad.

Fue san Gil natural de Atenas, y de casa tan ilustre, como que traia su orígen de los antiguos reyes del pais. Eran cristianos sus padres, y como mas distinguidos por los exemplos de su virtud, que por la superior nobleza de sus reales ascendientes, ni por el esplendor de sus inmensas riquezas, aplicaron el mayor cuidado á la mejor educacion de su hijo, disponiendo que fuese instruido en las letras humanas; y aunque el niño Gil por la extraordinaria viveza de su ingenio hizo grandes progresos en éllas, todavía fueron mayores los que adelantó en la ciencia de los santos y de la religion. Crecia su virtud con la edad, á la que parecia haberse anticipado, y dedicado su principal estudio á la leccion de los libros espirituales, parándose con particular atencion en las vidas de aquellos grandes hombres que habian descollado mas en la santidad. Desde luego fue presagio de la suya la tierna caridad que profesaba con los pobres, sin haber salido aún de su niñez. Desnudábase de sus vestidos por abrigarlos á éllos; y añadiéndose á esto una inclinacion particular al retiro, fácilmente se dexó conocer que no era de su gusto el bullicio del mundo. Ignoró absolutamente todos aquellos juegos, diversiones y entretenimientos que son tan ordinarios en aquella tierna edad, no reconociendo ótros que el estudio y la oracion; de manera, que cuando no se le encontraba en su cuarto, no habia que buscarle en otra parte que encomendándose á Dios en la Iglesia. Por la pureza de sus costumbres, por su rara modestia, y por una vida que ya picaba en austéra, todo en aquella florida edad que erradamente se llama el tiempo y la sazon de los pasatiempos, era la admiracion general de todo el pueblo, y resonaban sus elogios en las escuelas de Atenas.

Faltáronle sus padres estando aún en la flor de su ju-

ventud, y por su muerte se halló único y universal heredero de su opulento patrimonio. Tuvo poco que hacer, ni en consultar, ni en resolver el acierto de su empleo. Tomó desde luego su partido; porque altamente impreso en su memoria, y mas profundamente grabado en su corazon aquel consejo de Jesucristo al otro jóven que aspiraba á la vida mas perfecta: *Vé, vende lo que tienes, y repártelo á los pobres*, no se detuvo ni un solo momento. Vendió al punto todos sus bienes, y distribuyó su valor entre los necesitados: accion generosa inspirada del mas elevado motivo, que ganándole el corazon á Dios, le colmó de los mas singulares favores, mereciéndole desde luego el don de los milagros con que le honró el mismo Señor. Hallábase un dia de fiesta en la iglesia, cuando un energúmeno comenzó á dar tan espantosos ahullidos, que atemorizados todos los circunstantes, fue preciso que se interrumpiesen los divinos oficios. No pudiendo sufrir san Gil que el demonio se atreviese á turbar la devota quietud del sagrado templo, se llegó á él, y le mandó imperiosamente en nombre de Jesucristo que enmudeciese, y que al punto dexase libre á aquella pobre criatura. Obedeció el espíritu infernal, desocupó la posada, quedando sano el poseido, y lleno de admiracion el concurso á vista de aquel prodigio.

No obró este solo milagro. Estaba ya para espirar un infeliz hombre á quien habia mordido una venenosa serpiente, y como advirtiesen los que le rodeaban, lastimados de aquella desgracia, que san Gil salia de la iglesia, corrieron á él, suplicándole se compadeciese de aquel miserable moribundo. Tuvo lástima de él, hizo una breve oracion al Señor, y en el mismo punto quedó restituido á su perfecta salud, mirando ya á Gil toda la ciudad con respeto, con veneracion y con asombro. Sobresaltóse su humildad luego que lo reconoció; y no pudiendo sufrir el superior concepto que se hacia de su virtud, determinó desterrarse de su pais; pero mientras se proporcionaba oportunidad de embarcacion, se retiró á una isla desierta, donde se hubiera fixado á no atemorizarle la cercanía de Atenas; consideracion que le obligó á embarcarse en un navío, y hacerse á la vela para Francia.

Duróle poco el gozo de verse en la embarcacion, don-

de por no ser conocido era desestimado; consuelo grande para su espíritu humilde; pero á breve tiempo le privó de él un milagro. Apenas se habian hecho á alta mar, cuando se levantó una deshecha tormenta que amenazaba inevitable naufragio: hacia el navío agua por uno y otro costado; sobrecogida de espanto la tripulacion, no maniobraba; las olas iban á tragarse el buque. Compadecido el Santo á vista de la turbacion, de los clamores y de la desolacion del equipage, se puso en oracion, y no bien levantó las manos al cielo, cuando se dexó caer el viento, cesó la tempestad, serenóse el cielo, y el mar se tranquilizó en sosegada calma. Despues de algunos dias de feliz navegacion, dieron fondo en los costas de Provenza, y noticioso nuestro Santo de que vivia aún san Cesáreo, arzobispo de Arlés, á quien conocia por las voces de la fama, resolvió ir en busca suya para hacerse discípulo de tan insigne prelado, y aprender en la escuela de tan diestro magisterio los caminos mas seguros de la perfeccion. Muy desde luego descubrió la penetracion de san Cesáreo toda la virtud, y todo el extraordinario mérito de aquel desconocido extrangero, á quien detuvo dos años cerca de su persona, con deseo de que no se separase de su lado; ni san Gil hubiera pensado nunca en desviarse de él, á no haberle preciso á buscar algun incógnito retiro donde esconderse y sepultarse aquel don de los milagros que á todas partes le acompañaba y, por decirlo así, le perseguia. Sin hablar palabra al santo Prelado, pasó el Ródano secretamente, y se fue como á enterrarse vivo en un espeso horroso bosque, no distante de su orilla. Encontró en él un santo ermitaño llamado Veredin, tan digno de respeto por su venerable ancianidad, como por su extraordinaria virtud, calificada tambien con el don de los milagros. Sirvió á san Gil de inexplicable consuelo la compañía de un varon tan respetable, no solo por tener en él un maestro tan hábil como experimentado en la vida espiritual, sino tambien porque, á su modo de entender, habia encontrado el mas seguro defensivo á su humildad; pues caso de que el Señor le quisiese continuar la gracia de los milagros, le sería fácil (decia Gil para consigo) atribuirlos á aquel venerable anciano á quien Dios se habia dignado conceder el mismo don. Este pensamiento le sosegó por algun tiem-

po; pero como vió que noticiosos los enfermos del lugar de su retiro concurrian de todas partes á encomendarse en sus oraciones para lograr la salud por su poderosa intercesion; y como entendió ser opinion general de todos los pueblos del contorno, que despues de Dios se debia á sus merecimientos la fertilidad de un terreno infecundo y estéril hasta entonces, tomó la resolucion de esconderse tan de veras, que de una vez para siempre se pusiese á cubierto contra todos los asaltos de la vanidad, y no pudiesen dar con él las diligencias humanas.

Con este pensamiento se salió de su ermita, y habiendo caminado errante largo tiempo por aquel espeso bosque, descubrió una gruta, naturalmente abierta en un horroroso peñasco, cuya boca estaba como cerrada con zarzales y con impenetrables cambroneras. Gozosísimo de haber encontrado una cueva tan adecuada á sus ansiosos deseos, se hincó de rodillas, y levantando al cielo las manos y los ojos, rindió mil gracias á Dios por haberle concedido aquel dulce y suspirado retiro. Era el terreno un herial tan espantoso, tan seco y tan estéril, que apenas producia unas amargas raices con que pudiese el Santo sustentarse; pero aquel Señor, que tiene tan particular cuidado de los que se entregan á su amorosa providencia con entera confianza, despues de haberlo abandonado generosamente todo por su amor, proveyó á aquella necesidad con una singular maravilla. No bien habia entrado en la gruta el santo Solitario, cuando se vino arrimando á él una cierva cargada de leche, presentándole los pechos para que extraxese de éllos su alimento; diligencia que repitió con inviolable puntualidad todos los dias á la misma hora. Consolado maravillosamente nuestro Santo con aquel amoroso cuidado de la divina Providencia, no cesaba dia y noche de rendir tiernas gracias al Señor, deshaciéndose en sus contínuas alabanzas.

Pasó muchos años san Gil en aquella dulce soledad, siendo su conversacion con Dios y con el cielo, enagenado incesantemente en la contemplacion de las divinas grandezas y perfecciones, y viviendo mas como ángel que como hombre mortal, cuando queriendo el Señor manifestar á los fieles aquel tesoro escondido, dispuso ó permitió que á Childeberto, rey de Francia, se le antojase orde-

nar una batida de caza para aquel bosque, que comunmente se juzgaba inhabitable. Encontraron dichosamente los cazadores con la misma cierva que alimentaba á nuestro Santo, y la acosaron tan vivamente, que fatigado y exhalado el perseguido animal, se refugió á la cueva de san Gil, arrojándose á sus pies casi sin respiracion, interceptado el aliento, mientras la trahilla de perros, que ya iba á los alcances, se paró inmoble en lo mas vivo de la carrera, sin atreverse á forzar la entrada de la gruta. Admirados los cazadores de ver parados á los perros, disparáron algunas flechas por entre la espesura de las zarzas, una de las cuales hirió gravemente á san Gil. Llegada la noche, y haciéndose conversacion á presencia del Rey de los lances de la caza, trayéndose á élla como verdaderamente extraordinario el de la cierva, quiso Childeberto forzar por sí mismo al dia siguiente aquel parage, y exâminar por su persona en qué pudo consistir la no acostumbrada inmobilidad que detuvo como clavados los perros de la trahilla. Desmontóse el matorral, y quedaron todos como atónitos cuando descubrieron al Santo con la cierva echada á sus pies, sin que los perros por mas que los azuzaban, pudiesen jamás acercarse al sagrado de la gruta; pero el Rey con reverente veneracion y respeto se llegó al santo Solitario, y le preguntó su nombre, su pais, y el modo que tenia de vivir en aquella espantosa soledad. Prendado de sus prudentes respuestas, y movido de su heróica santidad, le ofreció ricos presentes; pero el Santo se lo agradeció con humildad, y los rehusó con modestia, diciendo que de nada tenia necesidad, cuando la amorosa providencia del Señor habia cuidado de sustentarle por tan largo tiempo con la leche de aquel inocente animal. Notó entonces el Rey la sangre que corria por debaxo de su pobre ropa, y reconociendo que estaba herido, quiso que sus cirujanos le curasen; pero el Siervo de Dios nunca lo consintió, diciendo no queria malograr aquella ocasion de padecer, y que antes bien se afligiria mucho si cerrase presto la herida.

Admirado Childeberto de la eminente virtud de aquel hombre portentoso, no dexó pasar dia alguno sin ir á tener con él un rato de piadosa conversacion, y cada vez se despedia mas asombrado y mas hechizado de su rara

santidad. Viéndole siempre inaccesible y constante siempre en no admitir los preciosos dones con que le brindaba, le dixo el Rey en una ocasion que á lo menos le habia de declarar qué cosa podia hacer en aquel sitio que fuese mas de su gusto. Respondióle el Santo que ninguno podia hacer mas del agrado de Dios, ni de mayor provecho para todo el pais, que fundar en aquel mismo parage un monasterio, donde se observase con todo rigor la misma estrecha regla que se observaba en los monasterios de la Tebaida. No necesitó Childeberto de que se lo acordase mas. Fundóse el monasterio con toda la posible prontitud, y luego se llenó de excelentes sugetos que concurrian en tropas, ansiosos de vivir baxo la dirreccion de san Gil, á quien se le obligó á encargarse de su gobierno, á pesar de toda su repugnancia; y desde entonces se vieron florecer en aquel desierto los mismos prodigios de penitencia, de oracion, y de todas las demas virtudes que hasta allí solo se admiraban en los páramos de la Tebaida y en los yermos arenales de Egipto.

Estando el Rey en Orleans, y teniendo necesidad de los consejos del santo Abad, le mandó ir á la córte, y fue su viage una continuada série de milagros, que hicieron famoso su nombre en todo el reyno de Francia; pero el mas ruidoso y el mas útil de todos éllos fue la conversion del mismo Rey. Hallábase gravada su conciencia con un pecado grave, que no se resolvia á confesar; y refiere san Antonio, autor de la vida de nuestro Santo, que un dia le pidió aquel Monarca con particular instancia que le encomendase á nuestro Señor. Hízolo san Gil, y estando en oracion clamando á Dios por el Rey, tuvo una vision en que se le apareció un ángel que le dexó un billete sobre el altar, asegurándole que el Señor le habia oido. Tomó san Gil el billete, llevósele al Rey, y habiéndole leido, halló en él que Dios, movido de las oraciones del Santo, queria misericordiosamente perdonarle aquel pecado, con tal que le confesase é hiciese penitencia de él, como lo executó el arrepentido Monarca, siendo su conversion visible efecto de las oraciones del Siervo de Dios.

Restituido el santo Abad á su monasterio, pasó algun tiempo en él dedicado al exercicio de todas las virtudes, hasta que su devocion le movió á emprender un viage á

Roma para visitar el sepulcro de los sagrados apóstoles san Pedro y san Pablo. Hizo cuanto pudo para estar desconocido en aquella ciudad, pero su misma virtud le hizo traicion; y queriendo el Papa verle, le recibió, no solo con agrado, sino con veneracion, regalándole dos estátuas de los sagrados apóstoles. Refiere el mismo san Antonio, que lleno de confianza san Gil, entregó al Tiber las dos estátuas, que eran de ciprés, y que cuando llegó á su monasterio, las halló á la puerta de él. En fin, despues de haberle gobernado por muchos años con tanta prudencia y con tanta edificacion, que por largo espacio de tiempo fue seminario de santos, lleno de dias y de merecimientos, murió con la muerte de los justos el dia primero de septiembre, hácia el fin del sexto siglo. Al ruido de la multitud prodigiosa de milagros que obraba Dios en su sepulcro por su poderosa intercesion, concurrió á aquel sitio tanto número de gente, que se pobló una ciudad, á la que se le dió el nombre de san Gil. El monasterio perteneció por largo tiempo á los Benedictinos; pasóse despues á los monges Cluniacenses, y al cabo fue secularizado. Reposó en él el santo cuerpo, hasta que por las turbaciones que excitaron los albigenses en el pais, se vieron obligados los católicos á trasladarle á Tolosa, donde es reverenciado en la iglesia de san Saturnino dentro de una preciosa urna.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Ægidii abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado san Gil abad nos haga gratos á vuestra Magestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos; Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 45. del libro de la Sabiduría.

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum

Fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engran-

in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

deció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo; y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introduxo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

NOTA.

»Muchas veces se ha hecho mencion del autor de este »libro del Eclesiástico, el cual en este capítulo hace el »elogio de Moyses, y despues prosigue con el de Aaron »y con el de Phinees, los cuales convienen perfectamente »á la mayor parte de los santos de la ley de gracia, por »lo que no se debe extrañar que con tanta frecuencia se »repita una misma epístola en sus festividades.

REFLEXIONES.

Hízole santo por su fe y por su apacibilidad. Es decir, llenóle de una fe viva, y le dotó de una mansedumbre inalterable, á prueba de todas las contradicciones, capaz de hacerle dueño del corazon y de los cariños de todos. Es la mansedumbre cierta bondad, cierta calma, cierta moderacion del alma, naturalmente inclinada á hacer todo el bien que pueda en alivio y por complacencia de su próximo. Es una virtud inseparable de la verdadera humildad, y por lo mismo es tan rara en el mundo. No es muy compatible con las pasiones, á manera de aquellas flores delicadas, que solo se dan en un terreno puro, limpio y cultivado, despejado de zarzas, espinas y matorrales que las ofenden y las sufocan. Es propiamente la prenda de las bellas almas, disposicion natural para todas las demas virtudes, y tan esencial á lo que se llama virtud, que sin élla no la puede haber verdadera. No por cierto; no hay virtud cristiana, donde no hay este espíritu de

mansedumbre y de dulzura. El mismo Salvador declara por falso (*Luc.* 9.) y por espúrio el mas ardiente zelo de la mayor gloria de Dios cuando no está acompañado de élla: *No sabeis de qué espíritu sois*, decia el Hijo de Dios á dos de sus amados discípulos cuando le pidieron licencia para hacer baxar fuego del cielo que reduxese á cenizas los samaritanos, porque no le quisieron recibir. El mas famoso y el mas parecido retrato del Salvador que delineó el profeta Iaías, apenas tiene rasgo ó pincelada que no se dirija á copiar su mansedumbre y dulzura, tanto, que en sola esta virtud parece consistia todo su carácter. *Ves aquí mi siervo*, dice Dios por Isaías, hablando del Redentor (*cap.* 42.), *ves aquí mi siervo, á quien yo defenderé; ves aquí mi escogido, en quien mi alma tiene puesta toda su complacencia; yo derramaré mi espíritu sobre él, y él hará justicia á todas las naciones; no gritará, no será aceptador de personas, no se oirá su voz en las calles, no hará pedazos una pluma ya quebrantada, no apagará una mecha que está humeando. Ofrecióse*, dice en otra parte el mismo Profeta (*cap.* 53.), *ofrecióse, porque él mismo se quiso ofrecer voluntariamente. Será conducido á la muerte como una oveja cuando la llevan al matadero, y estará callado, sin abrir la boca, como un corderito mudo en manos del que le trasquila.* Ningun santo hubo que no imitase este mansísimo modelo. A los mansos dispensará sus gracias, dice el Sábio: *Mansuetis dabit gratiam.* Levantóse Dios, dice David, para hacer misericordia y para salvar á todos los mansos de la tierra (*Psalm.* 75.): *Ut salvos faceret omnes mansuetos terræ.* Sé manso y apacible con todo el mundo, decia el Apóstol á su amado discípulo Timoteo (*Psalm.* 33.): *Audiant mansueti, et lætentur*, exclama el profeta David. Oigan, alégrense los mansos y los apacibles, pues poseen una virtud que es como la basa de todas las demas. Cuando hay falta de mansedumbre y de dulzura, es mucho de temer que las demas virtudes que se aparentan sean solo una máscara, una engañosa figura de virtud. Si ésta es verdadera, ignora absolutamente todo lo que es hiel picante y amargura. Aquel humor inquieto y enfadoso; aquel humor desabrido, áspero y duro de muchos que se figuran devotos está publicando su total falta de virtud, ó por lo menos la muy poca que

tienen. El mismo zelo amargo, violento, picante y ofensivo está descubriendo el verdadero motivo del ardor que los abrasa. Juzgan erradamente que es calor nativo y saludable la que es una fiebre maligna y consumidora. Recorre con la consideracion todas las sectas de los hereges, y en todas éllas hallarás un zelo devorador, que respira amargura y crueldad. Solo en la religion católica sabe componer el zelo de la gloria de Dios un verdadero ardor con una dulzura inalterable. No se perdona en élla al pecado, pero tampoco se irrita ni se exâcerba el ánimo del pecador. No se curan las llagas con vinagre ni con solo vino, siempre entra el aceyte en la confeccion del bálsamo que las sana, las cierra y las cicatriza.

El evangelio es del cap. 19. de san Mateo.

In illo tempore dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quòd vos, qui secuti estis me, in regeneratione, cum sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomem meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.

En aquel tiempo dixo Pedro á Jesus: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibirémos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dexare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su muger ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De los falsos gustos del mundo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el mundo, hablando en propiedad, es la region de los gustos falsos y engañosos. Es un terreno que

solo lleva frutos amargos, regados por lo comun con tristes lágrimas. A los ojos todo es brillantez, todo es esplendor; pero el gusto hace un juicio muy diferente; esas exterioridades tan risueñas y esas entradas tan floridas no admiten otro riego que el que las comunica un torrente de llanto y de amarguras. Es cierto que no será fácil persuadir esto á los jóvenes, los cuales de ordinario solo se gobiernan por los ojos y por los oidos; ¡pero qué diferentemente piensan los que ya han tomado el gusto á lo que es, y hablan de experiencia! Así es que en el mundo todo suena, todo grita gustos, placeres, diversiones y entretenimientos; este es el eco que resuena en todas partes; ¿pero encontróse jamás en el mundo un solo gusto, una sola diversion que fuese sólida y verdadera? Todos los mundanos dicen que estan contentos; pero ninguno lo está: y añado, que ni verdaderamente lo puede estar mientras no nazca su contento del mismo fondo de la buena conciencia, ó mientras busque su satisfaccion en cualquiera otra parte fuera de Dios. Todo el mundo está sembrado de cruces, todo está lleno de espinas; no se descubren, ó salen poco hácia afuera, porque el mundo es la region del disimulo, siendo esta la primera leccion que se aprende en su escuela, y un arte en que son maestros casi todos los mundanos. Tál se está riendo en la apariencia, que tiene despedazado el corazon, y está reventando por llorar; pero es menester llevar hasta el cabo el disimulo y la comedia. Todos representan el papel de alegres y de contentos; pero ni siquiera uno hay de aquellos que se entregan á sus pasiones que no sea infeliz y triste víctima de éllas. Todo el gusto que se experimenta en esta farsa es el engañar á los demas, el ocultarlos hasta la sospecha de la mas mínima amargura. Digámoslo mas breve: no hay otro gusto que el de querer persuadir que le hay. Sin embargo, tiene tambien el mundo sus dias alegres; no todos son turbados, algunos amanecen despejados y serenos, es verdad; ¿pero cuántos se han visto en él perfectamente tranquilos? La misma posesion de lo que se deseaba con mayor ánsia, y de lo que se amaba con mayor ternura disgusta y cansa. Son las pasiones las que causan los gustos, ó á lo menos los prometen; pero ninguna es capaz de dar úno que sea verdadero, sólido y puro. Su insaciabilidad es el tormento del

corazon humano. ¿Qué avariento se vió nunca que se diese por satisfecho con sus ganancias; ni qué ambicioso que se contentase con su puesto? ¿Viéronse nunca los grandes, iguales en esto á los mas pequeños, que se declarasen plenamente satisfechos con su elevacion, con sus diversiones y con sus pasatiempos? Pero si estan contentos con los que tienen, ¿por qué buscan otros nuevos cada dia? El disgusto es el que los trae tan inquietos; ese fondo de inquietud, que no son capaces de agotar, es el que los solicíta á buscar incesantemente nuevos arbitrios para sufocar en el tumulto sus enfados. ¡Cosa extraña! Todos palpan esta verdad experimental, y apenas hay quien quiera convenir en élla. Los placeres de los mundanos y de todos aquellos que viven segun el espíritu del mundo, como son placeres de los sentidos, son incapaces de tranquilizar un corazon que no fue criado para los bienes sensibles. Sean cristianos el entendimiento y el corazon, y presto se desengañarán de la falsedad de esos gustos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no es posible haya verdaderos gustos en el mundo, atendiendo á la causa que los produce, al motivo que los aníma, y á las consecuencias que siguen á éllos, las cuales siempre son tristes, dolorosas y funestas. Las únicas que prometen los gustos que se buscan en el mundo son las pasiones; no hay que buscar otro origen á esta solicitud, pues no se encontrará. ¿Y quién no sabe por su propia experiencia que las pasiones son los tiranos del corazon del hombre, fecundo manantial de todos sus disgustos? ¡Qué dichosos seríamos, qué sosegados viviríamos si lográramos librarnos de la tiranía de las pasiones! Solo las sujeta la gracia de Dios, solo las doma una consumada virtud, el mundo y el espíritu las fomenta. Temores, sobresaltos, zelos, inquietudes, pesadumbres, despiques, rabias, desesperaciones, ciertamente no reconoceis otro principio. Disimúlese todo cuanto se quiera, tómese cada dia nueva máscara, encante en hora buena la multiplicacion de las diversiones, aturda y atolondre el tumulto de los pasatiempos, embelesen y alucinen los diferentes semblantes á que se les mire, siempre es verdad que en todo y por todo se derrama una amargura interior que to-

do lo llena de acibar. Puédese suspender por algun tiempo el dolor que despedaza el alma; pero dura poco el encanto. Luego que se sosiega el tumulto, en acabándose la comedia y el papel que en élla se representó, por mas que se haga, se siente el vacío del corazon, y vuelve el alma á sus congojas, á sus inquietudes y á sus cuidados. Procúranse embotar las puntas que punzan y penetran, es así, pero siempre se percibe el dolor; se hace lo posible para sosegar la inquietud con la esperanza de los nuevos pasatiempos que se idean, siempre se prometen mas dulces que los antecedentes. Y esta es toda la substancia de esos gustos y de esas diversiones en que consiste toda la felicidad de las gentes del mundo y de las almas poco cristianas; pero todos los artificios que el amor propio y las pasiones ponen en movimiento, no son capaces de borrar de la memoria el pensamiento de la muerte, acompañado de crueles remordimientos. Pregunto: ¿esos hombres disolutos, esas mugeres del mundo, esas gentes ó esos esclavos de las diversiones y de los gustos conservan su despejo, su festividad y su buen humor hasta el fin de la vida? ¡Ah, que ninguno rió nunca hasta la muerte! entonces se recurre al arrepentimiento y á las lágrimas. Pues, mi Dios, ¿qué atractivo pueden tener unos gustos de que al cabo es preciso arrepentirse? Aquel impío que se olvidó de Dios en todos sus pasatiempos; aquel hombre distinguido, menos por su calidad que por sus contínuas fiestas y diversiones; aquellas mugeres embebidas en el espíritu del mundo, que miraban con lástima á las que tenian una vida cristiana y recogida; todas esas personas, cuyas costumbres fueron enteramente paganas, ¿se atreven á sostener constante su carácter hasta la sepultura? Pero si tienen la desgracia de continuar con su insensibilidad y con su dureza hasta el lecho de la muerte, ¿quién las asegura? ¿cuál será su suerte por toda la eternidad?

Dignáos, Señor, de quitar las cataratas de los ojos á todos los que van por un camino que infaliblemente los conduce á la última desdicha. ¿Pero y de qué me servirá á mí, ó dulce Salvador mio, haber hecho todas estas reflexíones? ¿de qué me servirá estar plenamente convencido de la falsedad, de la vanidad y aun del maligno veneno que se encierra en todas las vanas alegrías del mundo, si

todavía me dexase embriagar de éllas? Concededme, Señor, vuestra gracia, para que eficazmente desengañado de estos falsos pasatiempos, eternamente los repruebe, y me aparte de éllos para siempre jamás.

JACULATORIAS.

Averte oculos meos ne videant vanitatem. Salm. 118.

Apartad, Señor, mis ojos y mi corazon de todos estos vanísimos pasatiempos.

Risum reputavi errorem, et gaudio dixi, quid frustra deciperis? Eccl. 2.

Tuve siempre por locura á todas las risas del mundo, y reputé sus falsas alegrías por trampantojo de las gentes.

PROPOSITOS.

No te has de contentar con declamar contra los pasatiempos del mundo, pues que no hay condenado en el infierno que no grite contra éllos mas altamente que tú. Conoces su vacío y su inanidad; estás convencido de su falsa brillantez y de la amargura que se esconde en aquella bella corteza que engaña con la apariencia; pues no caigas en el lazo; y habiendo descubierto el error, no quieras ser parcial suyo. Toma desde este mismo punto una eficaz resolucion de desterrarte para siempre de todas las fiestas mundanas, y huye con generosidad de todos esos profanos pasatiempos, copiosos é infalibles manantiales de tantas miserables caidas. Bayles, comedias profanas, espectáculos, saraos, partidas de diversion, escollos ordinarios de la inocencia, queden perpétuamente entredichos para ti desde este mismo momento. Ni te contentes con prohibirte á ti todas esas diversiones emponzoñadas; has de emplear todas tus fuerzas, toda tu autoridad y toda tu industria en desviar cien leguas de éllas á todos aquellos que dependieren de ti, sin ceder un punto en esta resolucion por ninguna razon, pretexto ni motivo. En todo tiempo debe mirar un cristiano con horror aquellas diversiones que eran propias de los gentiles, cuando en éllas se vulnera la religion, ó se fomenta la relaxacion de las costumbres.

2 Siempre que lo pida la ocasion declárate en favor del espíritu y de las máxîmas de Jesucristo contra las máxîmas y el espíritu del mundo. Ya que éste tiene tantos partidarios y tantos abogados que pierden el tiempo alegando en defensa de sus errores, razon es que Jesucristo tenga tambien fieles siervos que salgan con valor á la defensa de sus máxîmas y de sus verdades. Di, pues, con toda resolucion que condenas los bayles, los espectáculos y toda diversion profana, contraria á las máxîmas del evangelio y al espíritu de Jesucristo.

DIA SEGUNDO.

San Esteban I., rey de Ungría.

Hácia el año 372 del nacimiento de Cristo, los hunos, pueblo de la antigua Samarcia, junto á las márgenes de la laguna Meotis, saliendo de su pais en número de un millon y nuevecientos mil hombres, conducidos del famoso Atila, se fueron á establecer en la Polonia, y la comunicaron su nombre. Despues de muchas revoluciones, en las cuales fueron expelidos del pais, volvieron por la cuarta vez vez á él por los años de 970, y fundaron una especie de monarquía, que fue gobernada por sus soberanos con el título de duques, siendo Geysa el cuarto príncipe de la nacion, que reyno en élla con este título. Era pagano, y naturalmente severo con los suyos; pero suave, benigno y apacible con los extrangeros, á quienes recibia con agasajo, y honraba con su benevolencia; y como por la mayor parte eran cristianos, enamorado de sus buenas costumbres, y prendado de sus conversaciones, formó un alto concepto de la religion que profesaban. Noticioso san Adalberto, obispo de Praga en Bohemia, de lo bien dispuesto que estaba el ánimo del Duque, determinó anunciar la fe en los estados de Ungría; y no bien lo oyó Geysa en las primeras conferencias, cuando él mismo se declaró la mas ilustre conquista del apostólico Prelado.

Instruido por san Adalberto, recibió de su mano el santo bautismo con la Duquesa su esposa, que se llamaba Sarloth, y con otros muchos señores de la córte; tranformado ya el Duque en otro hombre con la gracia de aquel primer sacramento.

A la Duquesa, con la de su conversion, se la comunicó tambien el don de una sobresaliente virtud, y con ésta un ardentísimo deseo de desterrar de toda Ungría el paganismo, á cuyo zelo no era inferior el del Duque. Ocupada enteramente un dia la imaginacion de la piadosa Duquesa en discurrir medios para lograr sus religiosos intentos, se quedó dormida; y apareciéndosela en sueños san Esteban Protomártir, la aseguró que presto daria á luz un hijo, destinado por el cielo para poner en execucion la grande empresa que élla y su marido tenian tan en el alma; pues no solo sería el primer rey, sino tambien el apóstol de toda la nacion úngara.

Tardó muy poco en ser completo este gozo, por el nacimiento de aquel hijo feliz que vió la primera luz del mundo el año de 978, y en el bautismo se le dió el nombre de Esteban. No perdonaron los piadosos duques á medio ni á diligencia alguna para que el Príncipe fuese educado en las mas santas máxîmas de nuestra religion, ni en los mas tiernos y devotos afectos de las virtudes cristianas; poniendo igual esmero en buscarle maestros excelentes que le cultivasen el entendimiento, instruyéndole en las letras y ciencias humanas. Habia dotado el cielo al tierno Príncipe de tan bellas disposiciones para la virtud, concediéndole un corazon tan noble, tan generoso y tan derecho, con un ingenio tan brillante, y al mismo tiempo tan dócil, que dexó muy poco ó nada que hacer á los cuidados de la educacion; y fueron tan rápidos sus progresos en las ciencias y en la piedad, que ya en aquellos tiernos años era reputado por el príncipe mas cabal que se conocia en su siglo.

Fue su maestro el mismo san Adalberto, que se dedicó á formar aquel tiernecito corazon, y él supo aprovecharse maravillosamente de sus santas instrucciones. Éstas se reducian á las máxîmas puras del evangelio, de que le daban leccion todos los dias, y el niño Esteban las tomó desde luego tanto gusto, que nunca supo despues aco-

modarse con ótras. Casi desde la cuna descubrió aquella tierna devocion á la santísima Vírgen, que con el tiempo le movió á erigir en su honor tantos y tan magníficos templos. Sus diversiones eran la oracion, y á los exercicios espirituales se reducian los exercicios de su niñez. En todas las córtes de Europa apénas se acertaba á hablar de otra cosa que de la virtud del príncipe de Ungría; y hasta sus mismos vasallos, aunque paganos, y naturalmente feroces y groseros, le miraban con admiracion, y le amaban con ternura, ganándoles el corazon aquella dulzura, aquella afabilidad, aquellas nobles y gratísimas modales, con aquella inagotable caridad que exercitaba con todos los pobres; de manera, que siendo la veneracion de los grandes, era el hechizo de los pueblos. A vista de una prudencia tan anticipada, y de una virtud tan sobresaliente, resolvió el duque su padre asociarle al gobierno del estado, aunque contaba solos quince años, descargando en sus tiernos hombros el peso de los mas graves y mas importantes negocios.

Faltóle en un mismo año, que fue el de 997 el duque su padre y su maestro san Adalberto, por lo que se vió precisado á cargar solo con el gobierno de todos sus estados, no obstante de hallarse como á la primera entrada de su florida juventud. Fue su primera diligencia asegurar una paz sólida con todos los príncipes vecinos, con el fin de desviar todo embarazo á la execucion del glorioso intento que formó inmediatamente de desterrar, si pudiese, de sus dominios hasta la memoria del paganismo. Dió principio á esta grande empresa reformando las costumbres de sus vasallos, y aboliendo todos los usos y estilos que todavía respiraban su natural barbaridad. Juntaba ya á únos, ya á ótros en su palacio, y él mismo los instruia, uniendo con las funciones de soberano los ministerios de apóstol. Irritados furiosamente los sacerdotes de los ídolos, viendo disminuirse su autoridad y sus rentas al paso que se multiplicaban las conversiones, amotinaron á los paganos que componian la mayor parte de la nacion, persuadiéndolos á que tomasen las armas contra el jóven Duque. Tenia á su frente al conde de Zegzard, que considerándose con bastantes fuerzas para disputarle la soberanía, levantó un numeroso exército, y marchó á poner el sitio á Vesprin,

que era la principal plaza de Ungría, despues de Strigonia. El Duque por su parte tambien levantó tropas compuestas todas de cristianos; pero en tan corto número, que naturalmente no podian resistir á la prodigiosa multitud de los rebeldes. Érale muy fácil al piadoso Duque vivir en paz con sus vasallos, sin otra diligencia que dexar á los infieles proseguir tranquilos en el exercicio de su ciega idolatría; pero pudieron mas en su religioso corazon los motivos de la religion, que las razones de estado. Lleno, pues, de confianza en la asistencia de aquel Señor, por cuya gloria combatia, habiendo puesto su persona y su reynado debaxo de su poderosa proteccion, imploró fervorosamente su favor; y aunque con fuerzas tan desiguales marchó al enemigo, y le presentó la batalla, que fue obstinada y sangrienta. Era el virtuoso Duque tan valeroso como santo, y trabada la funcion, acreditó bien su valor, exponiendo á los mayores peligros su persona. Hallábase en todas partes donde era mayor el riesgo, y en todas iba siguiendo á su valerosa espada la victoria. Fue tan completa, que los rebeldes quedaron enteramente derrotados, su general el Cap, conde de Zegzard, muerto y tendido en el campo de batalla, y todo aquel numeroso exército de amotinados hechos piezas. Refirió el santo Duque toda la gloria del triunfo al señor Dios de los exércitos, y despues de haber mandado que se le tributasen solemnes gracias en todos sus dominios, erigió en el mismo campo de batalla un magnífico monasterio.

Libre ya de todos los estorbos, dedicó toda su atencion á desterrar de todos sus estados hasta las reliquias de la idolatría, haciendo venir de todas partes zelosos religiosos que predicasen el evangelio; y como el virtuoso príncipe se hallaba siempre á la frente de aquellos apostólicos obreros, fue portentoso el suceso, y en breve tiempo fue universal la conversion del pais. Luego que tuvo el consuelo de ver cristianos á todos sus estados, los dividió en doce diócesis, destinando á Strigonia para silla arzobispal y metropolitana, cuyo plan remitió á Roma para que le aprobase la santa Sede apostólica; á quien despachó una solemnísima embaxada, nombrando por xefe de élla á Attico, ó Anastasio, abad benedictino. Reducíanse sus instrucciones á que en nombre del Duque

rindiese la obediencia al papa Silvestre II, suplicándole tomase baxo de la proteccion de la santa Sede aquellos estados, nuevamente convertidos á la religion cristiana; dignándose de confirmar lo que el Duque habia arreglado acerca de la religion en sus dominios de Ungría; y rogándole tuviese á bien que tomase el título, las insignias, y los honores de rey, para promover con mayor autoridad lo que el tiempo y las ocasiones le permitiesen hacer en beneficio y propagacion de la fe.

Llegó el embaxador á Roma poco despues que habian entrado en élla los de Boleslao, duque de Polonia, que habiéndose convertido con toda su nacion treinta años antes á la luz del evangelio, tenia entablada la misma pretension. Ya habian logrado audiencia de su Santidad los embaxadores de Boleslao, y ya el Papa queriendo premiar los grandes servicios que habia hecho á la religion él, y su padre Micislao, tenia prevenida una rica corona de oro, para enviársela al duque de Polonia; pero habiendo oido por boca de Anastasio en la audiencia que le concedió todo lo que habia obrado el duque Esteban en tanto aumento de la fe, determinó darle á éste la preferencia. Concedióle, pues, el título y la dignidad de rey, enviándole la corona: á que añadió el regalo de una rica cruz, para que la hiciese llevar siempre delante de sí, autorizando con una bula todo lo que habia dispuesto, así en los obispados, como en los obispos presentados por él para gobernarlos, y reconociéndole por apóstol de su nuevo reyno.

Habiendo recibido Esteban las insignias de su nueva magestad, convocó en Strigonia todos los prelados del reyno con la nobleza del pais; y recibida la sagrada real uncion por manos de los mismos prelados; reconociendo que toda legítima potestad desciende originariamente del mismo Dios, y que á sola su piedad debia la corona, se hizo á sí mismo y á sus sucesores feudatarios de la santa Sede apostólica.

La felicidad de tan gloriosos sucesos suscitó zelos en algunos príncipes vecinos, que no acertando á mirar con buenos ojos aquel aumento de grandeza, se coligaron para sufocar en la cuna la reciente monarquía. El príncipe de Transilvania, olvidado del estrecho parentesco, pues era

primo del rey, entró armado por sus tierras, haciendo en éllas grandes daños. Marchó á él san Esteban con las tropas que pudo juntar tumultuariamente, atacóle, derrotóle, y le hizo prisionero, sin querer otro rescate por su libertad que su conversion y la de sus pueblos. Los búlgaros le dieron mas en que entender; porque le hicieron la guerra con mayores fuerzas, pero con tan infeliz suceso como los transilvanos, pues al cabo los venció, y los humilló, obligándolos á pedirle la paz, que les concedió, sin aprovecharse demasiado de su victoria. Contraxo una estrecha alianza con el emperador san Enrique, casándose con su hermana Gisela, princesa de extraordinaria virtud, que parecia haberla destinado singularmente para él la divina Providencia, por lo que no era posible matrimonio mas cabal. Nunca tuvo la reyna otras inclinaciones que las del rey, el mismo zelo por la religion, los mismos exercicios espirituales, la misma devocion, la misma liberalidad con las iglesias, y la misma caridad con los pobres.

Restituida la tranquilidad á todo el reyno, convirtió el Rey toda su aplicacion á procurar la felicidad de sus vasallos, á reformar los abusos, y á no omitir medio alguna para que cada dia floreciese mas la religion y la piedad.

Siendo su virtud sobresaliente, y como la mas favorecida entre todas, aquella tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, á quien siempre apellidaba *su soberana Señora*, título que despues se hizo hereditario y familiar en todos los úngaros, erigió en su honor un suntuoso templo en la ciudad de Alba, que comenzó á llamarse *la Real*, por haberla escogido el santo Rey para su ordinaria residencia, y porque los reyes sus sucesores se coronaban despues en su iglesia de la Madre de Dios, escogiéndola tambien para su panteon ó sepultura. Apenas hubo provincia alguna en sus estados, ó ciudad considerable en las provincias, donde el piadoso Monarca no fundase algun monasterio, no erigiese alguna iglesia, ó no dotase algun hospital. Ni su real piadosa liberalidad se estrechó precisamente á los límites de su reyno: extendióse tambien á los extraños, fundando iglesias y hospitales para los úngaros en Roma, en Jerusalen y en Constantinopla. Dedicado únicamente á procurar que flo-

reciese la religion en sus dominios, á exterminar los vicios y los abusos, y á solicitar que en todas partes reynase la justicia y la piedad, y á promover por todos caminos la felicidad de sus vasallos; promulgó leyes prudentísimas para desterrar de éllos las bárbaras costumbres, y para cortar con la severidad de las penas los robos, los homicidios, los adulterios, las blasfemias, y todo género de impiedades y disoluciones; formando una especie de código para mayor permanencia de estos reglamentos, en que comprendió debaxo de cincuenta y cinco títulos ó capítulos las mas saludables leyes. Habiendo nacido con él, por decirlo así, la caridad y la misericordia con los pobres, tomó debaxo de su real proteccion á las viudas y á los huérfanos, proveyendo con una liberalidad, de que hay pocos exemplares, á la subsistencia de las familias necesitadas, todo con tanto órden, con tanta prudencia y con tanto acierto, que se decia comunmente, que en su dichoso reynado no habia pobres en Ungría.

Queriendo en cierta ocasion tener el consuelo de dar la limosna por sus mismas reales manos, se disfrazó para no ser conocido. Luego que le vieron los primeros pobres con un bolsillo lleno de dinero, que llevaba para repartirle entre éllos, se abalanzaron á él brutal y atrevidamente, arrojáronle en el suelo, pateáronle, maltratáronle, y arrancándole el bolsillo con violencia, se pusieron en precipitada fuga. Dexóse ultrajar el santo Rey sin despegar siquiera los labios; y levantándose todo cubierto de lodo, no menos que de contusiones á violencia de golpes, vuelto á la santísima Vírgen, su querida Madre, la habló de esta manera: *Bien veis, ó reyna de los cielos, mi soberana Señora cómo han tratado vuestros soldados al que vos os dignásteis hacer rey: si esto lo hubieran hecho los enemigos de la religion, ya veria yo lo que habia de hacer con éllos; pero siendo obra de los criados de vuestro Hijo, y mi dulce Salvador, recibo con alegría esta aventura, y os doy gracias por élla.* Con efecto, toda la satisfaccion que tomó de aquella brutalidad fue hacer mayor limosna á los mismos mendígos.

Empleaba la mayor parte del dia en los negocios de la religion, del estado y de la justicia, que administraba á sus pueblos por sí mismo. Sus audiencias siempre francas,

y accesibles á todos en cualquiera hora, pero preferidos en todo caso los pobres; por lo que era dicho comun, que los úngaros lograban un soberano que mas era su padre que su rey. Todos los dias asistia al santo sacrificio de la misa con tanto respeto, con tanta modestia, y con tanta devocion, que la infundia en todos los circunstantes, consagrando las demas horas que le quedaban desocupadas al exercicio de buenas obras; y decia con gracia que ésta era su caza, éste su juego, y éstas sus diversiones. La mayor parte de la noche la empleaba en la meditacion, y en la oracion, menos las vísperas de comunion que eran muy frecuentes, las cuales las pasaba todas en vela. Correspondian sus penitencias al fervor y á la inocencia de su vida; siéndole muy familiares los ayunos, los cilicios, los instrumentos de mortificacion, y la maceracion del cuerpo, tanto, que no pocas veces descubrió Dios con prodigios sus mas secretas mortificaciones.

Siendo san Esteban tan agradable á los ojos del Señor no le podian faltar trabajos y adversidades. Padecíólas muy penetrantes y muy vivas, que acrisolaron su virtud con las mas sensibles pruebas. Sufrió por espacio de tres años una prolongada enfermedad, acompañada de cruelísimos dolores, sin que se alterase un punto ni la magestuosa alegría de su semblante, ni la serenidad de su corazon. Arrebatóle la muerte á todos sus hijos, no dexándole mas que al príncipe Emerico su primogénito, jóven dotado de todas las prendas que se podian desear para formar un gran príncipe. Educado por un padre que le servia de maestro, siendo á un mismo tiempo el modelo mas perfecto que podia imitar, caminaba á largos pasos en seguimiento de sus huellas; y siendo perfecto imitador de sus virtudes, observaba excrupulosamente todas las santas máxîmas que el rey le habia inspirado, componiendo de éllas el mismo Monarca un precioso libro para la instruccion de su querido hijo. Pero le quitó Dios este amable hijo cuando se hallaba en lo mas florido de su edad: golpe que sintió el Rey con el mas vivo dolor, sin hallar otro consuelo á tan dolorosa pérdida, que el que buscó y encontró en su mucha religion, y en su heróica virtud; pudiéndose decir con verdad que nunca se mostró mas santo que en aquella grande afliccion.

Los besas, pueblos bárbaros, hicieron una irrupcion en

sus tierras; pero quedaron tan enamorados de la virtud del santo Rey, que diputaron sesenta de los mas principales de la nacion para pedirle su amistad. Desarmólos precisamente su piedad, y los acabó de encantar, cuando mandó el Rey que se les restituyese todo lo que les habian tomado sus tropas, que batian el pais, sin embargo de que se podia quedar con ello por via de represalia, en recompensa de los daños que habian hecho en sus estados.

Muerto el emperador Enrique, su cuñado, Conrado su sucesor, entró en Ungría con un poderoso exército. Vióse precisado Esteban, á pesar de su amor por la paz, á marchar contra él á la frente de sus tropas; pero movido de la compasion y del horror que le causaba ver derramar sin justo motivo la sangre de sus vasallos, recurrió á Dios y á su contínua protectora la santísima Vírgen. Apenas acabó su oracion, cuando las tropas de Conrado se pusieron en desordenada fuga, con tanta precipitacion como si hubieran sido enteramente derrotadas, sin que hasta ahora se hubiese podido averiguar el verdadero motivo que tuvo aquel formidable exército para retirarse.

Habia ya algunos años que el Rey guardaba casi siempre la cama, reducido á élla por sus frecuentes enfermedades; cuando algunos señores, descontentos de la inexôrable rectitud con que administraba justicia, resolvieron quitarle violentamente la vida, arrojándose al mas negro, al mas atroz, y al mas exêcrable de todos los delitos. Uno de éllos entró en el cuarto del Rey con este sacrílego intento, llevando una espada desnuda debaxo de la capa. Oyó el Rey algun ruido, y preguntando quién era, la magestad de su voz llenó de tanto terror al asesino, que dexando caer la espada, se arrojó á sus reales pies, confesó su delito, é imploró su piedad y clemencia. Perdonóle benignamente el Rey, y convirtióle. En fin, habiendo tenido el santo Monarca revelacion de su dichosa muerte, se dispuso para élla con nuevo fervor, acabando con él de perfeccionar su virtud, y recibidos los santos sacramentos, rindió tranquilamente su espíritu en manos del Criador el mismo dia de la Asuncion, cuya fiesta habia él mismo hecho la mas solemne para toda la nacion úngara. Murió, pues, el dia 15 de agosto del año 1038, á los sesenta de su edad, y cuarenta y uno de su glorioso reynado, con llanto universal de todo el reyno, las-

timándose cada uno de haber perdido no tanto un rey, como un apóstol y un padre. Fue sepultado su cuerpo en la magnifica iglesia de Alba Real, que él mismo habia edificado, siendo las lágrimas de los pobres el mas bello ornamento de la pompa funeral. Por los muchos milagros que obró en vida, y por los que se continuaron en su sepulcro despues de muerto, se movió la santa Sede apostólica á decretarle los honores que se deben á los santos, y el papa Inocencio XI. fixó su fiesta el dia dos de septiembre.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Concede, quæsumus, Ecclesiæ tuæ, omnipotens Deus, ut beatum Stephanum, confessorum tuum, quem regnantem in terris propagatorem habuit, propugnatorem habere mereatur gloriosum in cœlis: Per Dominum nostrum Jesum Christum filium tuum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que concedas benignamente á tu Iglesia logre por defensor suyo en el cielo al bienaventurado Esteban, tu confesor, ya que mereció tenerle por su glorioso propagador en la extension de su reyno, mientras vivió con nosotros en la tierra: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 31. de la Sabiduría.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideò stabilita sunt bona illius in Domino, et eleëmosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es éste, y le alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

"Asegura san Gerónimo que vió en hebreo el libro del
»Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, y los rabinos
»le citan con bastante frecuencia en su lengua; pero, segun
»Rabin Salomón, no le admiten entre sus escrituras canó-
»nicas, porque dicen que se insinúa en él la multiplicidad de
»personas en Dios."

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, ó como lee el texto de la Vulgata; bienaventurado *el rico* que fue encontrado sin mancha: *Beatus dives*. Sin duda que las riquezas, los honores que las acompañan, y la abundancia que las sigue, deben ser grande estorbo á la inocencia y á la salvacion. Parece que la pobreza espanta, por decirlo así, á las pasiones, y que avergonzadas se retiran mientras dura la obscuridad; por lo menos es cierto que la adversidad las abate y las acobarda, haciéndolas pusilánimes, tímidas y tranquilas; cuando por el contrario la opulencia las engríe, las hace imperiosas, soberbias y altaneras; y sacándolas de la obscuridad donde estaban como aprisionadas, las restituye á su entera libertad. Con facilidad se hacen las cosas que nos lisonjean y nos gustan, por malas que sean, sobre todo cuando se pueden hacer impunemente. Parece que la opulencia como que quita la vergüenza de obrar mal, y que las riquezas todo lo cubren y lo adornan, dorando, por decirlo así, hasta la disolucion, la irreligion y la impiedad. Una bella librea, un magnífico tren, unos muebles suntuosos, y una mesa expléndida, todo lo excusan, hasta cierta ostentacion de indevocion, que escandaliza, que altera, que irrita aun á los menos devotos, por poca religion que abriguen en sus corazones. A la verdad, ninguna cosa asombra mas que la conducta de esos mundanos acomodados, los cuales por otra parte hacen profesion de cristianos. Ya no es la religion la que gobierna su corazon ni su espíritu; la calidad, los empleos, las riquezas son la regla de sus deseos, de sus pensamientos, y se puede añadir que lo es tambien aun de los mismos exercicios de la reli-

gion. ¿Lógrase un nombre, una clase distinguida? Pues casi nunca se declara la piedad en favor de la distincion. ¿Sacónos de entre el polvo y de entre la miseria una rica herencia, un negocio en que sopló favorable la fortuna? Pues olvidóse en un instante aquel primer estado tan inmediato á la nada. Con verdad se puede decir que el amor propio siempre hace fortuna cuando la hace la persona. Rara vez se separan de la prosperidad el orgullo, la delicadeza, el regalo y el placer. No sería mucho decir que la indevocion y la ociosidad parecian el dia de hoy pruebas de nobleza; por lo menos son el efecto mas comun de la opulencia, sobre todo en las mugeres del mundo, muchas de las cuales están persuadidas á que se calificarian de mugeres ordinarias si las viesen trabajar en su casa, y cuidar de su familia. ¿Logran bienes de fortuna? Pues ademas de la profanidad y de las galas que las sorben toda atencion, y todo el tiempo, juzgarian abatir su calidad, si se aplicaran á las obligaciones de su estado. Y si no, pregunto: ¿de qué clase de gentes se componen esas mesas de juego, esas visitas de la ociosidad, esas partidas de diversion, esos círculos, corrillos y concurrencias, de las cuales, por decreto del espíritu del mundo, está desterrado todo lo que no se acomoda á su gusto, y se congregan todas aquellas cosas que concurren á extinguir todo movimiento de piedad y de religion? Allí todos se avergüenzan de parecer cristianos; no de otra manera que aquellos cobardes fieles de otros tiempos, que se avergonzaban de mostrar que lo eran á presencia de los gentiles. Allí se comienzan á abolir aquellas piadosas acciones, aquellos devotos actos mas antiguos mas recibidos en la Iglesia, y mas acostumbrados de los verdaderos cristianos. Ya no se usa echar la bendicion á la mesa entre gentes de distincion y en mesas de respeto; eso se dexa para religiosos y gente ordinaria. El abuso es escandaloso, es verdad, ¿pero qué importa si está autorizado por la costumbre y por el partido mayor? ¡Y despues de esto nos admirarémos de que se halle tan raras veces la inocencia entre la abundancia y en medio de las riquezas! Con todo eso esos mundanos y esos ricos en la última enfermedad se hacen cristianos; cuando la cercanía de la muerte los espanta; cuando ya no pueden ser tan disolutos, ni tan impíos como en sana salud. ¿Pero será sobrenatural ese arrepentimiento?

¿Serán sincéras esas conversiones? ¿Y esos forzados actos de contricion llevarán al paraiso á unos hombres que solo piden misericordia cuando se ven en el último peligro?

El evangelio es del capítulo 19. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam nobilis abiit in regionem longinquam accipere sibi regnum, et reverti. Vocatis autem decem servis suis, dedit eis decem mnas, et ait ad illos: Negotiamini dum venio. Cives autem ejus oderant eum: et miserunt legationem post illum, dicentes: Nolumus hunc regnare super nos. Et factum est ut rediret accepto regno: et jussit vocari servos, quibus dedit pecuniam, ut sciret quantum quisque negotiatus esset. Venit autem primus, dicens: Domine, mna tua decem mnas acquisivit. Et ait illi: Euge, bone serve, quia in modico fuisti fidelis, erit potestatem habens super decem civitates. Et alter venit, dicens: Domine, mna tua fecit quinque mnas. Et huic ait: Et tu esto super quinque civitates: Et alter venit, dicens: Domine, ecce mna tua, quam habui repositam in sudario: timui enim te, quia homo austerus es: tollis quod non posuisti, et metis quod non seminasti. Dicit ei: De ore tuo te judico, serve nequam. Sciebas quod ego homo austerus sum: tollens quod non posui, et metens quod non seminavi: et quare non dedisti pecuniam meam ad mensam: ut ego veniens cum usuris,

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Cierto hombre noble fue á un pais lejano á tomar posesion de un reyno, y volverse. Habiendo llamado á diez de sus criados, les dió diez minas, y les dixo: Negociad mientras vuelvo. Pero sus conciudadanos le aborrecian, y enviaron detras de él una embaxada, diciendo: No queremos que éste reyne sobre nosotros. Y sucedió que volviendo despues de tomar posesion del reyno, mandó llamar á los criados, á quienes habia dado el dinero para saber cuánto habia negociado cada uno. Vino pues el primero, y dixo: Señor, tu mina ha rendido diez minas. Y le dixo: Alégrate, buen criado; porque has sido fiel en lo poco serás señor de diez ciudades. Y vino el segundo, y dixo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y (el señor) dixo á éste: Tu támbien serás señor de cinco ciudades. Y vino ótro, y dixo: Señor, he aquí tu mina, que la tuve guardada en un pañuelo: porque te temí; por cuanto eres un hombre austéro: tomas lo que no depositaste, y siegas lo que no has sembrado. Respondióle (el señor): Por tu misma confesion te condeno, mal criado: Sabias que yo soy un hombre austéro, que tomo lo que no deposité, y que siego lo que no sembré: ¿pues por qué no

utique exegissem illam? Et adstantibus dixit: Auferte ab illo mnam, et date illi qui decem mnas habet, et dixerunt ei: Domine, habet decem mnas. Dico autem vobis quia omni habenti dabitur, et abundabit: ab eo autem, qui non habet, et quod habet auferetur ab eo.

pusiste mi dinero en giro, para que tornando yo lo recobrase con ganancias? Y dixo á los que presentes estaban: Quitadle á éste la mina, y dádsela al que tiene diez. Señor, respondieron, ese tiene diez. Pues yo os digo, que á todo aquel que tiene, se le dará, y tendrá abundancia: pero á aquel que no tiene, le será quitado aun aquello que tiene.

MEDITACION.

Que cuesta menos ganarse que perderse.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay en todo el moral cristiano error mas comun, ni mas generalmente extendido que la falsa idea que se tiene de la virtud y del pecado. Concíbese aquélla como una fruta toda herizada de espinas, y se figura á ésta como una hermosa flor siempre brillante, lozana siempre, y que exhala contínuamente de sí una exquisita fragrancia, pronta siempre á cogerse con la mayor facilidad; al mismo tiempo que la virtud no se la puede alcanzar sin lastimarse, sin sudor y sin fatiga. Como estas preocupaciones solo se consultan con los sentidos, estos nada pueden responder que no las fomente; porque la virtud siempre se presenta con un ayre humilde, modesto y mortificado. En la escuela de la virtud solo se habla de violencias que se han de hacer, de pasiones que se han de domar, de cruces y de trabajos que se han de sufrir. Estas lecciones claro está que no agradan al amor propio, ni á un corazon tierno y poco experimentado. No es maravilla, pues, que la vida cristiana, la vida santa, retraiga y atemorice, sobresaltando á los sentidos; cuando al contrario en la vida tibia, imperfecta y licenciosa todo lisonjea, todo se adapta á las pasiones, todo es muy del gusto del amor propio. Confieso que todo esto es verdad, si se ha de hacer juicio de la vida

cristiana y de la vida desarreglada por solas las apariencias, y que están muy acordes con la experiencia este concepto y estas preocupaciones. Pero si el juicio se ha de arreglar á la fe, y aun á la razon natural, no hay cosa mas falsa que esta idea. Consultemos lo que nos dice el Espíritu santo en la Escritura; oigamos lo que nos enseña el mismo Jesucristo, y palparémos la falsedad de estas preocupaciones, que se han hecho tan comunes. Oye lo que el Espíritu santo dice en boca de los impíos, de esos idólatras de sus gustos, de esos esclavos de sus pasiones: *Erravimus in via veritatis*: descaminados hemos andado en el camino de la verdad. Ahora que se disiparon las tinieblas, ahora que se deshizo el canto, ahora que se desvaneció la ilusion, y ahora que discurrimos sin preocupacion y con serenidad, lo vemos, lo palpamos claramente. Apartámonos del camino de la salvacion. Entregámonos á nuestros apetitos; dimos contento á nuestros sentidos, dexámonos arrastrar del torrente de nuestras pasiones; abandonámonos al espíritu del mundo, y ves aquí que estamos condenados. ¿Y esto sería sin duda por no haberse querido hacer alguna violencia, por haber seguido un camino ancho, fácil, llano y divertido? Pero oigamos lo que éllos mismos confiesan: *Lassati sumus in via iniquitatis, et perditionis.* ¡Ah que no! en lugar de tomar el camino mas fácil y mas llano, nos metimos en el mas áspero y en el mas dificultoso. Las entradas eran risueñas y floridas; pero luego que nos empeñamos en él, comenzaron á punzarnos por todas partes las espinas. *Ambulavimus vias difficiles.* En un solo mes padecimos mas que padecen los buenos por toda la vida: no la tuvo mas austéra ningun religioso, ningun penitente, ningun anacoreta: ¡qué sobresaltos en el corazon, qué inquietudes en el ánimo, qué despechos, qué violencias, qué sacrificios, qué servidumbres en el mundo, entre ese monton de libertinos, de disolutos, de falaces, de tramposos, de arrebatados y de vengativos! *Lassati sumus*, nos cansamos, nos fatigamos, nos reventamos; ¿y para qué? para perdernos. *Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt*: Esto es lo que dixeron en el infierno los pecadores. ¿Pero es entonces tiempo de conocer su locura?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no se explica menos claramente el Hijo de Dios sobre esta importante verdad. Quiero enseñaros, dice á sus apóstoles, una verdad que el mundo no puede comprender: esta es, que *mi yugo es suave y mi carga ligera.* Dexadlos decir lo que quisieren á aquellos que ignoran las verdades experimentales de mi doctrina. Exâgéranse mucho en el mundo las imaginarias dificultades que se figuran voluntariamente en mi servicio: las almas cobardes, los corazones libres y estragados están persuadidos, y pretenden persuadir á ótros, que no hay cosa mas dura, mas triste, ni mas árdua que servirme: quieren creer, y quieren tambien que ótros se lo crean, que cuesta horrores esto de salvarse uno; pero yo, dice Jesucristo, afirmo todo lo contrario: digo que no hay consuelo igual, ni comparable con el que se gusta en mi servicio: digo, que mucho mas padecen los pecadores para condenarse, que mis fieles siervos en los mayores rigores de sus voluntarias penitencias. Pégase á los que están en mi servicio aquella misma dulzura del Señor, á quien generosamente sirven: *Discite á me, quia mitis sum.* Es cierto que las pasiones son los tiranos del corazon del hombre; ¡y de estos tiranos ha de esperar el pecador sus gustos y su felicidad! Desengañémonos: las pasiones mas lisonjeras, aun aquellas mismas que segun el espíritu del mundo son las dichosas, no dexan de ser pasiones, y por consiguiente copioso, inagotable manantial de inquietudes, de zelos, de temores, de ódios, de venganza, de turbacion, de sobresaltos, de lágrimas, y de pesadumbres. Se disimula, es verdad; mas no por eso está el corazon menos oprimido, menos despedazado, ni menos afligido. Sírvese al mundo, y piérdese el pobre hombre en su servicio. ¿Pero dónde hay mas dura servidumbre que la del mundo? En un solo dia se hace un cortesano mas violencia, se vence mas y tiene mas que sufrir en la córte, que un siervo de Dios en el discurso de un año. Aun en medio de las mayores diversiones, ¿cuánto hay que reprimirse, cuánto que contenerse, cuánto que mortificarse? No suelen ser los mas serenos, ni los mas tranquilos los dias de mayores fiestas y de mayores pasatiempos. Mugeres del mundo, hombres de negocios,

gentes de la diversion, ¿no se os pudiera llamar con mayor verdad gentes de los disgustos, gentes de la esclavitud, y gentes dignas de la mayor compasion? ¿Cómo es posible que dexeis de envidiar, á pesar de vuestra altanería y de vuestro estudiado disimulo, á aquellas almas santas, á aquellas almas tranquilas y bienaventuradas, que ya comienzan á gozar anticipadamente desde esta vida unos como destellos de los gozos celestiales? No por cierto, no aguardeis á veros en el triste lecho de la muerte para tener envidia á la suerte de los buenos. Hay cruces, hay trabajos en todos los estados de la vida, hay adversidades, hay aflicciones; ¿pero acaso están exêntos de éllas los pecadores en el suyo? ¡Ah! que sienten vivísimamente su amargura, al mismo tiempo que los siervos de Dios saben el secreto de hacer las suyas no solo meritorias sino dulces y agradables. Cuando no tuvieran mas que una esperanza tan bien fundada de recibir el premio cien doblado, esta solo sería mas que bastante para endulzarlos lo mas amargo de todas las aflicciones. Confesemos, pues, que hay mucho mas que violentarse, mucho mas que sufrir, mucho mas que padecer, y mucho mas que devorar para condenarse y para perderse, que para salvarse.

Haced, Señor, que todas estas reflexîones tan verdaderas, tan justas y tan convincentes, me acaben de desengañar de los falsos gustos de esta vida, y de disipar todos mis vanos temores. Grande es mi dolor y mi arrepentimento, por haber vivido tanto tiempo tan miserablemente engañado.

JACULATORIAS.

Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini. Salm. 118.

Son los bienaventurados y felices en esta vida los que guardan fiel y exâctamente la santa ley del Señor.

Dicis: Quod dives sum, et nescis quia tu es miser. Apoc. 3.

Piensas, pecador, que eres feliz, porque eres rico, y no sabes, pobre necio, que eres un hombre miserable.

PROPOSITOS.

Estando ya tan convencido de una verdad tan esencial, procede conforme á élla de hoy en adelante. Vive muy persuadido á que cuesta mas trabajo perderse que salvarse, y haz lo posible para persuadir lo mismo á todos, mas con tus obras que con tus palabras. Guárdate bien de dexarte vanamente espantar de estos términos de recogimiento, de mortificacion, de cruz, de penitencia y de retiro. Solamente las almas flacas y cobardes, los entendimientos limitados y poco cristianos se dexan amedrentar de la corteza, sin haber tomado el gusto á la substancia. Entrégate á la virtud: date á una vida cristiana: al principio será menester un poco de constancia y de resolucion para vencer las primeras aprensiones; pero no te asuste el vano terror de los sentidos, ni des oidos á los ligeros miedos del amor propio. Alborótanse á los primeros pasos las pasiones; pero se les doma con mas facilidad de lo que se piensa; y está seguro de que la gracia al cabo lo vence todo.

2 Emprende el camino de la virtud con toda resolucion: mira que el demonio solo es insolente y atrevido con los cobardes: para desarmarle basta una resolucion firme, y una determinacion animosa. Si á los principios te muestras tímido; si este fiero enemigo de la salvacion reconoce en ti la menor pusilanimidad, ú desconfianza, te hará la guerra á sangre y fuego. Lleno de confianza en la bondad del amo á quien sirves, y en el poder de su divina gracia, ataca tú mismo al enemigo dentro de sus propias trincheras. No hay criatura mas cobarde que el demonio á vista de una alma verdaderamente cristiana.

☞ DIA SEGUNDO.

San Antonino, mártir.

En medio de las intrincadas dificultades á que está sujeta la historia de san Antonino, dificultades de que

hasta ahora no ha podido desembarazarse, ni la crítica mas fina, ni la erudicion mas copiosa, sería una temeridad ó pretender mejor suerte en la relacion de sus hechos, ó intentar aclarar las dudas de que hasta ahora ninguno se ha desembarazado. La principal causa de esta confusion es un poderoso motivo de consuelo para los que se exercitan en esta espiritual leyenda. La diversidad de martirologios que hacen mencion de un san Antonino; las muchas provincias é iglesias en que se sabe haberse celebrado su memoria, y los muchos altares en donde se han venerado sus sagradas reliquias, han sido otras tantas causas para dudar si han sido uno ó muchos los santos celebrados con el nombre de Antonino, y aun en el caso que sea uno, si éste se debe adjudicar á España, Francia ó Siria. Pero esto mismo, que da tanto trabajo á la crítica, y tanto desconsuelo á la curiosidad humana, le sirve á la piedad de una gran satisfaccion. De luego á luego se persuade á que realmente ha existido un verdadero Dios, que manifestó su caridad testificándola con su sangre, ya que en las iglesias del cristianismo ha sido inmemorial y muy extendido su culto. Esto le basta para leer con confianza sus exemplos, ensalzar la gloria de Dios en la manifestacion de sus dones, y acallar los gritos de la vana curiosidad cuando quiera levantarse contra la sencilla devocion. Lo que no ponemos dudar los españoles es que la iglesia de Palencia venera á san Antonino por patrono, y se honra con sus reliquias, cuya translacion celebra el dia 18 de mayo. Igualmente es cierto que celebra esta festividad toda la Iglesia de España, cuya respetable autoridad es suficiente motivo para que en medio de las muchas dificultades que ofuscan la historia de san Antonino se repute por un medio seguro de ofrecer á la leccion de los fieles aquella historia del Santo que tiene adoptada la iglesia de España en su rezo, que es la siguiente:

Nació san Antonino de estirpe real, y su educacion en los primeros años de su vida fue correspondiente á la alteza de su linage, comprendiendo entre las instrucciones divinas los conocimientos de la santa religion de Jesucristo. En los primeros años tuvo la desgracia de perder á sus padres, por cuya causa quedó en poder de un tio

suyo llamado Teodorico, el cual reynaba en Tolosa, y residia en Pamia, lugar de la Galia Narbonense. En este pueblo tenia Teodorico á su sobrino, cuidando de que su educacion fuese correspondiente á los errados sentimientos de que él estaba poseido, que no eran otros que los del gentilismo. Como Antonino habia bebido de antemano las máxîmas de la religion verdadera, y éstas habian echado profundas raices en su tierno corazon, no podia acceder á las supersticiosas instrucciones que se le daban de órden del Rey. Adoraba á Dios ocultamente, empleándose con fervor en los piadosos exercicios que prescribió la religion cristiana. Notaron esto los maestros y familiares que le rodeaban; y juzgando que no debian ocultar al Rey una noticia de tanta consecuencia, le dieron parte de cuanto habian visto en el santo Mancebo. Turbóse Teodorico; y sucediendo á sus primeros movimientos los de la ira y la venganza, determinó castigar en Antonino los que á él le parecian extravíos de su razon é infidelidad al cariño que le manifestaba. Percibió el santo Mancebo las funestas resultas del real enojo que le amenazaba; y así, prefiriendo el bien de un tema á los intereses de la religion á todos los honores y grandezas del mundo, determinó abandonar el palacio de su tio, y huir á donde pudiese libremente adorar á Cristo crucificado. Fuese á Roma, y de allí á Salerno, en donde permaneció por espacio de diez y ocho años empleado en la contemplacion y rigores de la vida eremítica, en la compañía de otros muchos varones doctos y virtuosos que allí mismo la profesaban. La ciencia que adquirió en este tiempo, y mucho mas las virtudes nada vulgares en que se exercitaba, le proporcionaron para recibir los órdenes sagrados, haciéndose subdiácono. El verse consagrado á Dios y al servicio de su Iglesia de un modo tan á su gusto, empeñó su fidelidad á tan exâcta correspondencia, que en nada pensaba, ni tenia otro exercicio que el de su propia santificacion, y el ganar para Dios las almas de sus hermanos.

A las grandes virtudes siempre las auxîlia el cielo con su proteccion y sus maravillas. Verificóse esto en Antonino, pues desde aquel tiempo comenzó á resplandecer en la gracia de los milagros, de manera, que por su oracion

se vencian á cada paso los impulsos de la naturaleza. Por la virtud que Dios habia puesto en sus manos cobraban á cada paso vista los ciegos, oido los sordos, habla los mudos, sin haber enfermedad, por peligrosa é inveterada que fuese, que pudiese resistir á la superior fuerza de su oracion. Aun los espíritus infernales que tiranizaban á muchos infelices se veian precisados á dexar libres sus cuerpos, obedeciendo la poderosa voz de Antonino, que así se lo mandaba en el nombre del Señor. En medio de los contínuos prodigios con que Dios hacia glorioso á su Siervo, éste, fiel siempre á su Señor, no olvidaba el empleo de las virtudes cristianas. Su vida era inocentísima, sus costumbres puras, y sus exercicios cuales convenian á un eclesiástico y á un eremita. Oracion contínua, contemplacion de los divinos misterios, ayunos frecuentes y mortificacion de los sentidos para sujetar la carne á la obediencia de la razon: tales eran las ocupaciones que distribuia su vida en el retiro de la soledad. Pero como sabia que no es buen siervo el que recibiendo el talento le conserva escondido sin exponerle á ganancias, procuraba emplear los que el Señor le habia comunicado en el provecho y salud de sus próximos. Dexaba su amada soledad para exercer el ministerio de la predicacion, advirtiendo á los hombres sus errados caminos, y mostrándoles la senda segura por donde podrian conseguir su felicidad verdadera. Predicaba igualmente contra la gentilidad y todo género de errores, sin que el miedo pusiese freno á su lengua, ni prefiriese su vida á los soberanos intereses de la verdad. Una de las cosas que mas deseaba en este mundo era verter su sangre en defensa de la religion; y este deseo al mismo tiempo que le hacia solícito de la salvacion de las almas, le daba intrepidez para predicar á todo riesgo las sacrosantas verdades. Sacrificaba con todo gusto á este santo ministerio toda su comodidad, sin reparar en padecer hambre, sed y cansancio, siempre que consiguiese cumplir exâctamente las obligaciones de su ministerio. Dios mismo cooperaba por su parte á este mismo fin con portentos y maravillas; pues hallándose en cierta ocasion predicando en un sitio tan árido y desprovisto, que perecian de sed él y sus oyentes, levantó los ojos al cielo, é hiriendo con el báculo en que se apoyaba

la tierra, brotó al instante una fuente copiosa con que apagaron la sed el Santo y cuantos le acompañaban.

Algunos años despues de haberse exercitado en este santo ministerio volvió á su patria, en donde fue recibido benignamente de su tio, que con el tiempo habia olvidado sus primeros resentimientos, y dado lugar á las pacíficas impresiones que hacia en su corazon el parentesco y la sangre. Poco tiempo le duró á Antonino esta paz, que como fundada en causas terrenas, no podia ser duradera. Volviéronle á acusar de que era cristiano, llegando á persuadir á su tio que el profesar esta religion en su córte era un delito de lesa magestad, que debia castigar con toda la severidad de las leyes. Teodorico se mostró tan sensible á esta delacion, que sin reparar en los lazos con que le unia la naturaleza á su sobrino, le mandó encerrar en un obscuro calabozo, cargándole de cadenas y de grillos, y negarle todo alimento, para acabar de este modo una vida que él reputaba por la afrenta de su corona. Siete dias permaneció el Santo sufriendo este terrible tormento, al cabo de los cuales, considerando el Rey que ya estaria muerto, baxó á la cárcel en persona para satisfacerse por sus propios ojos de que ya estaba acabada la causa de sus sentimientos. ¡Pero oh cuánto se engañan los hombres cuando quieren medir las fuerzas de la Omnipotencia por las ideas de su corazon! Cuando pensaba encontrar muerto á Antonino, consumido de la sed y de la hambre, halló que estaba bueno y robusto, superando la gracia todas las fuerzas de la naturaleza. Aún halló mas, pues encontró dentro de la cárcel á un jóven noble, llamado Almaquio, de los mismos sentimientos y religion que Antonino, al cual le estaba aliviando el peso de las cadenas, cargándolas sobre sí mismo. Este espectáculo, que debiera excitar en el alma del Rey los mas vivos sentimientos de compasion y de humanidad, produxo todo lo contrario. Irritóse sumamente con esta visita, y sin consultar á otra cosa que á los movimientos de la ira, mandó precipitar á Almaquio desde una alta roca, y cargar á Antonino con prisiones mas molestas y pesadas. Mientras el Santo padecia en la cárcel por amor de Jesucristo, se le ofreció á Teodorico la precision de asistir á una guerra, en la cual castigó Dios su inhumanidad

y perfidia por una violenta muerte. El jóven Almaquio, que habia sido precipitado, se encontró sano y sin lesion; guardando Dios milagrosamente su vida en premio de su fe y de su constancia. San Antonino recibió tambien una recompensa semejante de sus trabajos; pues repitiendo el cielo la maravilla que habia executado en otros tiempos con el Príncipe de los apostoles, envió un ángel que rompiese las cadenas que le oprimian, y le sacase libre de la cárcel. Viéndose Antonino favorecido con tan grande milagro, cobró nueva confianza, y comenzó á predicar la fe de Jesucristo con la misma actividad y fervor que antes lo habia practicado.

Muerto Teodorico sucedió en el reyno Galacio, que era tambien pariente de nuestro Santo, y no menos impío y terrible que su antecesor. Apenas subió al trono comenzó á perseguir el nombre de Jesucristo con la mayor crueldad, por cuya causa, viendo algunos piadosos varones que la vida de Antonino corria mucho riesgo, procuraron inducirle á que se salvase con la fuga, como en efecto lo hizo. Fuese á una soledad, en donde tuvo el consuelo de encontrar al jóven Almaquio, que ya anticipadamente habia elegido aquel sitio para seguridad de su vida, y para el tranquilo exercicio de sus empleos fervorosos. Habia en este sitio una gruta, que se llamaba Oriental, y junto á élla una cristalina fuente que hacia el lugar muy deleytoso y acomodado á la piedad de sus intenciones. Permanecieron allí los dos santos Solitarios bastante tiempo, apartados del bullicio del mundo, y exercitándose en la alta contemplacion y en rigurosas abstinencias. La misma soledad colmaba sus corazones de seguridad tranquila, y les ofrecia multiplicados objetos en que considerar la grandeza de su Criador. Entre las delicias espirituales de que gozaban tuvieron el consuelo de tener otro compañero llamado Juan, y era sacerdote, el cual habia ido á aquel sitio por inspiracion divina, para tener la dicha de ser mártir como sus dos compañeros. Esta ventura pareció nacida de una casualidad, pero no fue sino un meditado consejo de la divina Providencia. Registraban acaso los cazadores del Rey aquellos lugares fragosos, buscando fieras para cebar la diversion de su monarca, cuando he aquí que improvisamente encuentran á los

tres Santos. Repararon en éllos con cuidado, y habiendo reconocido á Antonino, dieron cuenta al Rey, quien le mandó venir á su presencia. Luego que le tuvo delante, le habló de esta manera: *¿Qué locura se ha apoderado de ti, ó Antonino, que te hace olvidar de la nobleza de tu sangre, enloquecer á los hombres con los prestigios de esa tu religion, y poner en turbacion todo mi reyno?* Antonino, lleno de firmeza y serenidad, respondió estas palabras: *Yo, ó Galacio, no seduzco ni hago enloquecer á nadie, sino que predico á un solo Dios, del cual es todo reyno é imperio; y de consiguiente abomino y detesto los dioses de madera y de piedra que tú adoras, como falsos y de ningun poder.* Esta valerosa respuesta encendió la ira del Rey de manera, que mandó que cortasen la cabeza á Antonino y sus dos compañeros, y los echasen en el rio llamado Aregia.

Executado el mandamiento del Rey, obtuvo nuestro Santo un glorioso martirio, testificando con su sangre y la de sus dos compañeros la verdad de la religion de Jesucristo, y la nulidad de los dioses que adora la gentilîdad. No quiso Dios que los cuerpos de sus santos Mártires careciesen del honor debido; y así, habiéndolos buscado y hallado los cristianos, los dieron un honrado sepulcro. De estas reliquias posee la Iglesia de Palencia la cabeza de san Antonino, juntamente con el hombro y brazo derecho, cuyo tesoro posee de tiempo inmemorial, siendo igual la veneracion que le tributan, como á su amado patrono, á los contínuos beneficios que por su intercesion la dispensa el cielo. Entre éstos se cuenta que yendo una multitud de pueblo acompañando las reliquias del Santo, oprimieron á un niño en los brazos de su madre, de manera que quedó sofocado y muerto. Lastimados todos del infausto acontecimiento, hicieron que tocase el niño las reliquias del Santo, en la firme persuasion de que no quedaria burlada su fe. El efecto acreditó la solidez de sus esperanzas, pues apenas tocó el niño las sagradas reliquias, cuando inmediatamente cobró nueva vida, y volvió al seno de su madre perfectamente sano. La restauracion de la iglesia Palentina, y reedificacion de la ciudad, fue efecto de los prodigios con que ha favorecido Dios aquel dichoso pueblo por medio de nuestro San-

to. Refiere el arzobispo don Rodrigo que yendo el rey don Sancho de Navarra, llamado el mayor, á divertirse cierto dia en el exercicio de la caza, encontró un jabalí, el cual persiguió con ánimo de matarle. Era el sitio que habia tenido la ciudad de Palencia, que á la sazon estaba enteramente destruida y desierta. El feroz animal viéndose perseguido, se refugió á una concavidad formada á manera de iglesia, dentro de la cual habia un altar dedicado á san Antonino, que habia podido superar la debastacion de las guerras, el furor de los bárbaros y los reveses del tiempo. Amparóse el jabalí de la estátua del Santo, y habiendo llegado el Rey alzó el brazo para traspasarle con un venablo. No pudo executar su intento, porque repentinamente se le quedó el brazo yerto, dando á entender el cielo con esta maravilla que disfrutaba su proteccion quien se acogia á la de Antonino. Este mismo pensamiento le vino al Rey, quien implorando la divina misericordia por medio de la intercesion del bienaventurado Mártir, se halló repentinamente sano. De este milagro resultó la restauracion de Palencia; porque agradecido el Rey al beneficio que habia recibido de san Antonino, mandó reedificar de nuevo la ya arruinada ciudad, construir una iglesia sobre la concavidad ó gruta donde fue hallado el altar de san Antonino, y ademas consagrar un obispo, para que aquella iglesia no careciese de este honor. Era consiguiente manifestar otras liberalidades, en consecuencia de las ya referidas; y así hizo donacion al obispo y á la iglesia de toda la ciudad, con los términos que la pertenecian, añadiendo ademas algunas villas y otras posesiones de que goza la iglesia Palentina. En los tiempos posteriores no se han manifestado menos las maravillas del Señor, con que ha confirmado que san Antonino es un siervo fiel, y nuestro benignísimo patrono.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Omnipotens sempiterne Deus, qui hunc diem beati Antonini martyris tui solemnitate clarificas; exaudi preces populi tui, et præsta, ut quæ fideliter expetit, eo suffragante consequi mereamur: Per Dominum nostrum...

O Dios omnipotente y sempiterno, que has querido ilustrar este dia con la solemnidad de tu bienaventurado mártir Antonino, dígnate de escuchar las súplicas de tu pueblo, y haz que por la intercesion de san Antonino merezca conseguir lo que desea su fe: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10. de la Sabiduría.

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reyno de Dios. Dióle la ciencia de los santos; enriquecióle en sus trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor, y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Ésta no desamparó al justo cuando fue vendido; sino le libró de los pecadores, y baxó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

REFLEXIONES.

La felicidad es un objeto á que dirigen naturalmente sus deseos las criaturas racionales. Todos desean ser venturosos, pero por lo comun yerran los medios de conseguirlo. Se persuaden los hombres que les será fácil libertarse de una multitud asombrosa de males que les rodean, valiéndose de aquellos artificios que les sugiere la industria humana. Por una funesta consecuencia de la corrupcion universal de la naturaleza humana se ven oprimidos de una multitud de desventuras, contra las cuales viven en perpétua lucha, procurando sacudir su yugo, y anhelando muchas veces sin advertirlo á la felicidad para que fueron criados. Las enfermedades, la pobreza, y mucho mas que todo, la perfidia y malicia de nuestros próximos nos ponen en un estado miserable, en que no hay otro recurso que el de las lágrimas, porque todos los conatos son débiles para contrarestar el poder de la desventura. Pero si los hombres que han tenido la dicha de recibir el evangelio fixasen su consideracion en las máxîmas que éste nos enseña, hallarian á poco trabajo un medio seguro de prevalecer contra todos sus infortunios, y aun un secreto maravilloso para convertirlos en verdaderos bienes. Las palabras con que manifiesta el Espíritu santo en la epístola de este dia el singular amor y esmero solícito con que cuida Dios de los que persiguen los caminos de la justicia son suficientes para desterrar del corazon mas afligido todos los pesares, y llenarle en su lugar de una alegre confianza. Unas veces asegura el Espíritu divino que Dios toma sobre sí el cuidado de preparar á los justos caminos derechos en donde fixen sus pasos libres de todo peligro. Otras veces asegura que les manifiesta aquel gran reyno en donde todo será felicidad, sin que los tristes efectos de la sed y de la hambre aflijan á sus moradores. Les hace promesas de que ilustrará su entendimiento con la ciencia de los santos; de que sus trabajos tendrán el galardon de las eternas recompensas; y de que el mismo Dios los dará con su gracia toda aquella perfeccion que él mismo desea, para que merezcan su aceptacion y su agrado. Y para que el hombre naturalmente desconfia-

do no se persuada á que estas son unas promesas pomposas, expuestas á la falibilidad como las humanas, le acuerda algunos hechos de las sagradas Escrituras, en que se vió triunfante y venturosa la virtud despues de haber sufrido todas las desgracias que puede acarrear la pérfida malicia de los hombres. José, echado en una cisterna por sus hermanos para que muriese de hambre y sed, vendido como esclavo á gentes desconocidas, calumniado por una muger adúltera, cargado de prisiones en la obscuridad de una cárcel, en compañía de facineroros y asesinos, y ensalzado despues de todo esto á la mayor gloria y esplendor en el reyno de Egipto, es el retrato mas vivo de la verdad de las divinas promesas, de la seguridad que en sí encierra la divina palabra, y de los bienes que puede esperar el hombre virtuoso aun cuando le rodeen los mayores males. La conducta que observaron los santos mártires cuando se vieron perseguidos de los tiranos, la tranquilidad de su conciencia, y la alegría de su semblante en medio de los tormentos, acredita que las palabras en que se contienen las promesas divinas han sido siempre igualmente verdaderas. El justo es quien lo ha experimentado, y advertirá los mismos efectos el que determine establecer en su corazon la rectitud y la justicia. Nada puede apetecer el hombre constituido en miseria que no se le ofrezca largamente por la divina misericordia. ¿Te hallas perdido y extraviado? pues he aquí que el Señor te ofrece ponerte por su mano en camino claro y seguro. ¿No descubres norte á donde dirigir el rumbo de tus deseos y esperanzas? he aquí que Dios te presenta su reyno, que es indistinto de sí mismo, en quien se encuentra toda la hartura, todo el deleyte y toda la felicidad. ¿Te hallas perplexo, rodeado de dificultades é incertidumbres? he aquí que Dios te ofrece su misma sabiduría, para que usando de sus consejos se ilustre tu entendimiento, calmen las olas que agitan tu corazon, y emprendas tus operaciones mas confiado y seguro. Todo lo tienes en Dios, y si no lo encuentras, en ninguna otra cosa puede consistir que en la negligencia ó depravacion de ti mismo. En una materia tan importante no pueden ser ociosas ni supérfluas todas las posibles consideraciones. Reune, pues, todo tu espíritu, y vigoriza tu alma para emprenderlas.

El evangelio es del cap. 12 de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificavit eum Pater meus.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá: y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

Sobre la confianza que debe tener el hombre en su Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la misma razon natural y la justicia estan dictando que el hombre debe poner toda su confianza en Dios para lograr con seguridad todas aquellas ventajas que se propone en sus miserias y necesidades.

El mismo Dios te convida á esto mismo en tantos lugares de la Escritura, que no solamente se manifiesta su pronta voluntad para favorecerte, sino que al mismo tiempo convence lo razonable y justo, que es colocar en él toda tu confianza. En suposicion de vivir en este mundo miserable cercados por todas partes de desgracias y peligros, no puede menos el hombre de elegirse un protector, con cuyos auspicios pueda serenar las congojas de su alma, y libertarse de las asechanzas de los enemigos que le rodean. Siendo flaco y débil por sí mismo, dicta la razon natural que debe buscar un asilo, un protector y un patrono. Y bien, cristiano, ¿podrian tus deseos

aspirar á mayor dicha que tener en tus necesidades y miserias un padre tierno, benigno y amoroso, que tuviese la voluntad de sacarte de éllas, y el poder necesario para verificar sus deseos? Pues Dios posee todos estos títulos y estas cualidades con ventajas infinitamente superiores al mismo padre que te engendró. Dios se precia de ser padre tuyo; ama este título con preferencia á todos los demas. Te ama con un amor eterno, ha empleado todos los tesoros de sus inmensas riquezas para tu creacion y conservacion. Te ha hecho heredero juntamente con su hijo Jesucristo de todos sus bienes, vela contínuamente para que nadie ofenda á un cabello de tu cabeza, y llega su amor hasta reputar por ofensas suyas las injurias que se te hacen. Pero si el título de padre te infunde respeto, sabe que Dios es tambien tu amigo, que tiene sus delicias en tratar con los hijos de los hombres, y que su amistad está exênta de todas las peligrosas contingencias que causan la perfidia y el interes. Todos tus bienes son bienes suyos, todos tus provechos los mira como propios, y ahuyentará de ti cuanto pueda dañarte mejor que tú mismo.

Siendo esto así, teniendo un padre y un amigo tan fiel y tan amoroso, ¿qué necedad es la tuya cuando rehusas poner en él toda tu confianza? ¿esperas acaso, como decia Rabsaz (*Lib.* 4. *Reg. cap.* 16.), en el frágil báculo de caña sacado del Egipto de este mundo, báculo que si te apoyas sobre él se hará pedazos, traspasará tu mano, y hará cierta tu caida? ¿No te es mejor decir con el profeta David (*Lib.* 2. *Reg. cap.* 23.): *Dios es toda mi fortaleza, y esperaré en él*; *es mi escudo, y el ala derecha del exército que me custodia*; *es mi libertador y mi refugio*; *es mi Salvador, y no tengo duda que me librará por su infinito poder de todos los artificios que arme contra mí la iniquidad*? No puedes negar que en esto consiste tu salud, y una salud verdadera, como lo comprueba la historia de todos los justos. Elige, pues, á este padre y á este amigo, y desafia á todas las potestades del infierno, que bien puedes estar seguro que con la proteccion de Dios alcanzarás de todas éllas una gloriosa victoria.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que confiando en Dios nunca pueden salirte fallidas tus esperanzas, sino que necesariamente han de verse cumplidos todos tus deseos.

El Señor recibe mucha gloria de que el hombre le tenga por su protector, y que le busque y confie en él cuando se ve oprimido de los trabajos. Esta accion la reputa por una señal del amor que le tenemos, y del gran concepto que tenemos formado de su bondad y de su poder. Es un género de culto con el cual testificamos su supremo dominio, le confesamos por nuestro Dios, y le atribuimos todas las cualidades y títulos de que mas se gloría. En recompensa de nuestra confianza manifiesta mayor interes por nosotros, y nos ama con todo aquel amor á que nos hace acreedores la confianza y respeto con que le miramos. Siendo esto así, ¿qué necedad es la tuya cuando desechando un patrocinio tan seguro pones tu confianza en las cosas terrenas y perecederas? ¿No te tiene acreditada la experiencia de que los hombres son infelices en sus promesas, y débiles y flacos aun cuando quieran cumplirlas? ¿no ves contínuamente como el interes desnaturaliza á los padres para abandonar á sus hijos, y arma á éstos de rencor y de ira contra sus mismos padres? ¿encontraste alguna vez en aquel que mas se precia de tu amigo otro alivio en tus necesidades que unas palabras estériles, que desvanece el viento? ¿no advertiste con cuánta indiferencia miraron el desamparo de la viuda, las lágrimas del huérfano y los suspiros del desvalido? El corazon del hombre es igualmente duro é insaciable. La avaricia cierra la puerta á todos los sentimientos de humanidad, y en tratándose de desprenderse de las riquezas, ni los clamores del miserable tienen fuerza en sus oidos, ni las lágrimas del atribulado consiguen otra cosa que desprecio y abandono. La avaricia desnaturaliza al hombre, y en cierta manera le priva de su sér.

¿Y en vista de estas consideraciones andarás todavía vago y errante, poniendo tu confianza en los hombres, creyendo que éllos son capaces de alargarte una mano piadosa para sacarte de tus trabajos? Abre los ojos, cristia-

no, conoce la ceguedad en que hasta ahora has vivido, y da entrada en tu corazon á unas ideas que te presenten las cosas del mundo con toda la falsedad y miseria que en sí contienen. Aprende á formar un verdadero concepto de las cosas, y á no dar erradamente el nombre de bien á lo que es un verdadero mal. Los trabajos, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza tienen un aspecto muy horroroso para los ojos de los mundanos: tienen ademas un ayre contagioso, que se les figura les ha de pegar toda su desdicha. Por tanto huyen del miserable, y no se contentan con negarle sus auxîlios, sino que para alejarse de sí suelen tal vez valerse de desprecios y baldones. Mil veces te ha acreditado la experiencia todas estas verdades. Seas quien quisieses, no puedes jactarte de haber sido siempre tan venturoso que no hayas padecido alguna desgracia en este mundo. Trae á la memoria la conducta que tuvieron entonces contigo los que se preciaban de amigos en la prosperidad. Acuérdate de la indiferencia y severidad que manifestaron en sus rostros, de las miradas desdeñosas con que apenas se dieron por entendidos de tu desgracia, y de aquella fiera crueldad con que cerraron sus entrañas á la demostracion mas ligera de compasion y de beneficencia. Los hombres siempre serán los mismos, y de consiguiente la confianza que coloques en éllos falsa y de ningun provecho. Vuelve, pues, los ojos á tu Dios, y conoce que así como es inmutable en su esencia y en todos sus atributos, así tambien lo es en ser tu padre, tu amigo, tu protector, y el objeto único en que puedes colocar toda tu confianza, de modo que no esté expuesta á los vayvenes de la inconstante fortuna.

JACULATORIAS.

Domine Deus meus, in te speravi; salvum me fac ex omnibus persequentibus me. Salm. 7.

Señor Dios mio, en ti he puesto siempre mi confianza; libradme de todos aquellos que me persiguen.

In Deo speravi, non timebo quid faciat mihi homo. Salm. 55.

Cuanto intente contra mí la malicia de los hombres no será capaz de hacerme temer, porque toda mi esperanza la tengo puesta en mi Dios.

PROPOSITOS.

El fruto que debes sacar de las consideraciones de este dia es una entera confianza en la providencia de Dios, conociendo que éste no puede faltar en sus promesas, y que por el contrario todos los males y todas las desgracias han de tener un fin cierto; y si se llevan con paciencia, una consolacion superabundante. Por mas trabajos que te cerquen, por mas persecuciones que padezcas, por atribulado que llegues á estar, con dificultad llegarán tus males al punto que llegaban los de san Pablo cuando escribia á los corintios (Epist. 2. cap. 1.) estas notables palabras: *No quiero, hermanos mios, ocultaros la tribulacion que padecí en el Asia, en la cual fui oprimido hasta lo sumo sobre todas mis fuerzas, en tanto grado, que me causaba pesar y tedio mi misma vida. Pero llegué á padecer estas angustias de muerte, para conocer que no debemos fiarnos de nosotros mismos, sino de Dios, que resucita los muertos, el cual me sacó de tantos peligros, y en quien espero que me sacará de otros en lo sucesivo.* Estas palabras de san Pablo sirven á un mismo tiempo para nuestro consuelo y para nuestra instruccion. Sirven para nuestro consuelo, porque viendo á un apóstol tan santo y tan amado de Dios padecer tan amargas tribulaciones, que en medio de su conformidad y de su paciencia llegó á decir que le era odiosa la vida, ¿quién será aquél que pretenda vivir exénto de tribulaciones, y que dexe de reconocer que Dios las permite en sus amigos, para tener la complacencia de verlos pelear, y el gusto de socorrerlos cuando se hallan en el último apuro? No ha habido bienaventurado que no haya padecido tales congojas y miserias en esta vida, que necesitase de todos los confortativos de la gracia para ser sufridas. Los apóstoles padecieron trabajos de tal variedad y gravedad, que sería prolixo el haber de referirlos. La misma Madre de Dios se vió pobre, abandonada de su esposo, sin la comodidad necesaria para alvergar al Hijo de Dios, y precisada á un destierro entre gentes idólatras; sería demasiada presuncion el que tú pretendieses para ti mejor suerte que la que Dios destinó apóstoles para sus y para su Madre. Nos sirven tam-

bien las palabras de san Pablo de instruccion, porque por éllas conocemos que solamente en Dios se puede encontrar una confianza segura cuando instan los males y los peligros. Por éllas somos enseñados cuánto yerran los que confian en los bienes falibles de este mundo, porque ni la riqueza puede librar de una enfermedad al poderoso, ni la edad robusta al jóven, ni la autoridad al magistrado, ni al sabio su sabiduría, ni aun á los príncipes soberanos todo el esplendor y grandeza de su cetro y su corona. Todo esto prueba que el Señor es bueno para los que esperan en él, como dice Jeremías, y que va errado, y hecha sobre sí la maldicion, como dice el mismo (*cap.* 17.), *el hombre que confia en otro hombre, haciendo que la carne sea su escudo, y apartando del Señor su corazon.*



DIA TERCERO.

Santa Serapia, vírgen, y santa Sabina, viuda, mártires.

Fue santa Serapia una doncella de Antioquía de Siria, hija de padres cristianos, que al primer fuego de la persecucion se retiraron á Italia, llevándose consigo á la niña, y dedicándose con el mayor cuidado á educarla en las máxîmas mas santas de la religion, é inspirándola desde la cuna un santo horror á los devaneos del mundo. Muertos sus padres, fue pretendida la tiernecita huérfana por los primeros caballeros de Roma, enamorados de su extremada belleza, de su rara discrecion, y de todas las demas singulares pruebas que á porfia la adornaban; pero la santa Doncella, que habia resuelto no admitir otro esposo que á Jesucristo, tuvo el valor y la dicha de evitar todos los lazos que la armaron, y quiso mas ser criada de una jóven viuda, que ser contada en el número de las señoras romanas.

Era esta viuda la ilustre Sabina, hija de un caballero de Umbría, llamado Herodes, que en tiempo del

emperador Vespasiano habia hecho en la córte de Roma un papel muy distinguido, y se hallaba viuda de un oficial que se habia señalado mucho en los exércitos del Emperador. Tenia Sabina la desgracia de ser gentil; y como no la sobraba otra cosa que bienes y conveniencias, era una de las damas que brillaban mas y metian mas ruido en la córte. Apenas habia estado Serapia dos meses en su compañía, cuande la ganó enteramente el corazon, pasando de las obligaciones de criada á todas las confianzas de la mas estrecha amiga. Como Serapia estaba dotada de un entendimiento superior, y de una virtud todavía muy superior á su despejado entendimiento, se aprovechó con tanta discrecion y con tanta oportunidad del tierno amor que Sabina la profesaba, que poco á poco la fue abriendo los ojos en materia de religion, haciéndola tan palpable la ridiculez y la impiedad de las paganas supersticiones, que la convirtió á la fe de Cristo; y disponiendo que recibiese el santo bautismo, tuvo el consuelo de verla sobresalir entre las señoras cristianas mas fervorosas. Luego que la consideró bien arraigada en la fe, y la vió descollar tanto en una eminente virtud, la aconsejó se retirase á una de sus posesiones de Umbría, que se llamaba Vendina, adonde la siguieron tambien algunas doncellas cristianas que formaron como una pequeña congregacion, convirtiéndose la casa de Sabina como en cierta especie de religioso monasterio. Servian todas juntas á Dios tranquilamente en su retiro, cuando hácia el principio del año 175 se levantó una persecucion contra la Iglesia; y sabiendo el gobernador de Umbría, por nombre Berylo, que todos eran cristianos en casa de Sabina, la envió una órden para que luego mandase llevar á su presencia todas las doncellas que estaban retiradas en su casa. Excusóse Sabina de obedecer aquella órden, y no permitió que alguna de éllas saliese; pero previendo la prudencia de Serapia las malas resultas de aquella resistencia, y animada de una viva confianza en su esposo Jesucristo, suplicó á Sabina que la permitiese á élla sola presentarse delante del Juez, esperando que no la abandonaria el Señor, y que con la asistencia del cielo podrian conjurar aquel nublado. Conocia muy bien Sabina el peligro á que se exponia Serapia; y como la amaba tan tier-

namente, recononociendo que despues de Dios á élla solo debia su salvacion, no perdonó á diligencia alguna para desviarla de aquel arriesgado pensamiento; pero viéndola tan empeñada en él, y que á competencia de las dificultades avivaba las instancias, no dudó ser inspiracion del cielo; pero en todo caso quiso élla misma acompañarla á casa del Gobernador, adonde se hizo conducir en una litéra.

Recibióla Berylo con el mayor respeto, bien informado de su calidad y de sus prendas personales, contentándose con decirla extrañaba mucho que una señora de su esfera se abatiese á la indecencia de seguir las extravagancias de los cristianos, y todo á persuasion de una infeliz hechicera (así llamaban á Serapia los gentiles cuando supieron que habia convertido á Sabina, atribuyéndolo todo á hechizos y encantamientos). Respondióle Sabina que entre cristianos se ignoraba absolutamente todo lo que sonaba á encantos, hechizos y sortilegios, ni se reconocia otra causa de aquellos maravillosos efectos que la gracia del Dios de los cristianos, en cuyas manos está el corazon de los hombres, y que élla deseaba vivamente que él mismo tuviese la dicha de experimentar aquella especie de encantos. Nada la replicó Berylo; y despidiéndose Sabina de él, se restituyó á su casa en compañía de Serapia.

Creyóse que el Gobernador la dexaria vivir en paz acompañada de sus doncellas, ó convencido ó acobardado de la generosa resolucion con que le habia respondido; pero tres dias despues envió á prender á Serapia por sus ministros ó arqueros, con órden de que la conduxesen al pretorio para ser exâminada judicialmente y con toda solemnidad. Sobresaltada Sabina con aquella violenta novedad, la siguió á pie, y se valia de los ruegos, de las promesas y de las lágrimas para que no se maltratase á una persona tan de su cariño, contra la cual no podia haber acusacion que no fuese inicua y calumniosa; pero no habiendo podido conseguir gracia alguna, se restituyó á su casa deshaciéndose en amargo llanto. Mientras tanto, mandando Berylo á Serapia que se acercase, la preguntó de repente si queria sacrificar á los dioses que adoraban los emperadores; á lo que respondió la santa Doncella sin la menor señal de turbacion, que siendo, como era, cristiana, ni conocia, ni temia, ni adoraba á otro Dios que

al único Señor todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y que la causaba extrañeza tuviesen valor para proponerla que tributase adoracion á unas mentidas deidades, que élla reputaba por demonios verdaderos. *Pues á lo menos*, replicó el Juez, *véate yo sacrificar á ese tu Cristo. Esa es una cosa muy fácil*, respondió la Santa, *pues todos los dias le ofrezco sacrificios, adorándole sin cesar, y pasando en oracion los dias y las noches. ¿Pero qué especie de sacrificios le ofreces*, repuso con soberanía Berylo, *y en qué templo le ofreces esos sacrificios? El sacrificio que le ofrezco, y el que es mas de su divino agrado*, dixo la Santa, *es conservarme pura y limpia por medio de una casta vida, persuadiendo á ótros con mis exemplos y con mis palabras á que hagan tambien profesion de consagrarle la misma pureza. ¿Y á eso llamas tú el templo de tu Dios*, replicó el Juez, *y esos son tus sacrificios? ¿Pues qué cosa se puede hallar mas digna del verdadero Dios*, respondió Serapia, *que honrarle y servirle con la inocencia de las costumbres y con la santidad de vida? Segun eso*, repuso Berylo con desden, *tú misma eres el templo de tu Dios? ¿Quién lo duda?* respondió la Santa, *con tal que me conserve inocente y pura con el auxîlio de su gracia. De esa manera*, respondió el Juez con cierto ademan de burla, *fácil me será encontrar medio para que dexes de ser su templo. El Dios á quien adoro*, respondió Serapia, *y á quien me consagré desde mi infancia, le encontrará tambien para estorbar que este su templo sea manchado ó profanado.* Al oir esto, dió órden el impío Juez á dos infames jóvenes egipcios que forzasen á Serapia dentro del calabozo; pero la Santa hizo fervorosa oracion al Señor, suplicándole no permitiese que su esposa fuese violentada, y al punto se la apareció un ángel á la puerta del calabozo, arrojando de sí un resplandor tan brillante, que atemorizados los dos lascivos mancebos, cayeron derribados como muertos en el mismo sitio. Habia dado órden el Gobernador al carcelero que el dia siguiente conduxese otra vez á Serapia delante de su tribunal, y pasó á darle cuenta de que habia encontrado á los dos egipcios tendidos como muertos á la puerta del calabozo, sin voz, sin movimiento y sin sentido. Sorprendióle mucho tan extraño como no esperado suceso, y pregun-

tó á Serapia con qué encantos ó hechizos habia reducido á aquellos dos mozos á tan deplorable estado. *No me valí de otros hechizos*, respondió la Santa, *que de la omnipotencia de mi Dios, que no permitió fuese insultada su indigna y humilde sierva. La oracion y la confianza en nuestro Dios son todo nuestro recurso, y á esto se reduce toda la mágia y toda la hechicería de los cristianos.*

Dexemos esos artificiosos razonamientos, dixo Berylo, arrebatado ya de cólera y de furor; *y una de dos, ó sacrifica prontamente á nuestro Júpiter, ó disponte á perder la vida. Esa amenaza*, respondió Serapia, *es puntualmente la que corona mi dicha, poniendo el colmo á mi alegría. Preguntábasme poco ha qué sacrificio ofrecia yo á mi Dios. Y ahora te respondo que será el de mi vida, y me tendré por muy dichosa si mereciere derramar mi sangre por amor de aquel Señor de quien recibí el sér que tengo, y en quien espero me ha de hacer bienaventurada por toda la eternidad.* Irritado el Prefecto con tan cristiana respuesta, mandó que la moliesen á palos cruelmente; y viéndola invencible, pronunció sentencia de que la cortasen la cabeza, con cuya execucion se consumó el glorioso martirio de la Santa hácia la mitad del segundo siglo, añadiendo esta cristiana Heroina la corona de mártir á la de vírgen. Informada de todo santa Sabina, tuvo cuidado de retirar su santo cuerpo, y de hacerla magníficos funerales; piedad que tardó poco en encontrarse con el merecido premio; porque retirada á su casa despues del martirio de su querida amiga Serapia, solo se ocupaba en meditar la felicidad de los santos, pasando en oracion los dias y las noches, siendo cada dia mas ardiente el deseo de derramar su sangre por Jesucristo, y esperando conseguir esta gracia del Señor por la intercesion de su querida Serapia. No la esperó por largo tiempo; porque aunque Berylo respetó siempre su calidad, su nombre y su virtud, sin atreverse á inquietarla, dexándola entera libertad dentro de su casa, y permitiéndola se exercitase libremente en sus acostumbradas buenas obras; pero concluido el tiempo de su prefectura y gobierno vino un sucesor que no tuvo la misma atencion con nuestra Santa. Llamábase Elpidio, hombre feroz y cruel, que á nadie respetaba; y noticioso de que Sabina hacia pública profesion de cris-

tiana, la mandó prender, y que compareciese ante su tribunal, donde la trató con tanto desprecio, con tanta altanería como si ignorase su calidad y las atenciones que se merecia su ilustre nacimiento. Envióla despues á la cárcel, mandándola marcar con un hierro, como pudiera á una vil esclava. Ninguna princesa subió jamás al trono con mayor alegría en el corazon que la que sintió Sabina cuando se vió en el calabozo. ¿*Es posible*, exclamaba como fuera de sí por aquella inundacion de consuelos celestiales que anegaban en delicias toda el alma, *es posible que he de tener yo parte en la misma corona que mi dulcísima Serapia? ¡Qué honra, qué dicha la mia en dar la vida por mi Señor Jesucristo! Á la intercesion de mi querida Serapia debo sin duda esta inestimable gracia.* Habíase persuadido Elpidio á que el sonrojo y la incomodidad de la prision la harian mudar de parecer; y mandándola presentar en su tribunal el dia siguiente, la dixo con ayre despreciativo, y con un tono de voz imperiosa y levantada: ¿*Cómo te has envilecido tanto que hayas querido tomar partido entre los cristianos, gente indigna y miserable, que hace gloria de la mendiguez, y por una especie de encanto tan lastimoso como risible, igualmente desprecia las riquezas que el honor, la estimacion y la vida? Muy ruin alma te debió de tocar en suerte cuando te has abatido á tan baxos pensamientos. Con tu licencia, Señor*, respondió Sabina, *es muy ageno de la verdad ese errado concepto que has formado de la religion cristiana, y se conoce bien que no penetras ni su nobleza, ni su excelencia, ni su valor. No es baxeza de ánimo despreciar las riquezas y los honores de la tierra por merecer los del cielo: es prueba de prudencia hacer un trueque en que se va á ganar tanto; y si en algo se descubre una grandeza de alma verdaderamente superior, es en el generoso menosprecio de los caducos bienes de este mundo. Lejos de degenerar de la nobleza con que nací profesándome cristiana, la añado un esplendor que se conservará indeleble eternamente. Si de algo se hubiera de avergonzar una persona de obligaciones, una persona de algun poco de razon, sería de doblar la rodilla, y de humillarse delante de unos ídolos, sin otro valor ni precio que el que los da la materia, y los comunica la mano del artífice, siendo el ma-*

yor de los sonrojos ofrecer sacrificios á los demonios.

Mientras hablaba Sabina con una modestia y con una magestad que encantaba á los circunstantes, estaba Elpidio como embargado y suspenso; pero volviendo en sí, y mudando de tono y de semblante: *Creedme, Señora,* la dixo con urbanidad y con agrado, *creedme, y dexáos de todas esas engañosas preocupaciones, volviéndoos á la religion de vuestros padres. Los emperadores adoran á nuestros dioses, razon será que vos tambien los adoreis; ruégoos que no os querais obstinar en vuestras extravagantes quimeras, porque me obligaréis á quitaros la vida, y á trataros con el último rigor. Dueño sois de hacerlo,* respondió la Santa; *podreis quitarme la vida, pero no hacerme mudar de religion. Tratad de quimeras y extravagancias á esas vuestras infames paganas supersticiones, y no á las infalibles verdades de la religion que profeso. Cristiana soy, y solo adoro al verdadero Dios que adoran los cristianos.* Apurado ya el sufrimiento de Elpidio á vista de la constante magnanimidad de la Santa, pronunció en fin su sentencia, condenándola en la confiscacion de todos sus bienes, y en que fuese degollada. Luego que oyó Sabina la sentencia, levantó los ojos al cielo, y sin poder contener el gozo en las márgenes del pecho, exclamó inundado el semblante en alegría: *Yo os rindo, Señor, mil gracias por la merced que me haceis; en vuestras manos encomiendo mi espíritu.* Al acabar de pronunciar estas palabras, la cortó el verdugo la cabeza; disponiendo la divina Providencia que concurriese su glorioso martirio en el mismo dia, aunque un año despues, que el de su querida Serapia, y fue el 29 de agosto. Pero por estar destinado este dia á celebrar el martirio de san Juan Bautista, fixó la Iglesia la fiesta de las dos Santas el dia 3 de septiembre, en que fueron elevados sus cuerpos y trasladados á Roma por los años de 430, colocándose en la iglesia que se edificó en el monte Aventino con el título de santa Sabina.

La misa es en honor de las dos Santas, y la oracion la siguiente.

Da nobis, quæsumus, Domine Deus noster, sanctarum martyrum tuarum Serapiæ et Sabinæ palmas incessabili devotione venerari; ut quas digna mente non possumus celebrare, humilibus saltem frequentemus obsequiis: Per Dominum nostrum...

Concédenos, Señor Dios nuestro, la gracia de que celebremos con toda y contínua devocion las victorias de tus santas mártires Serapia y Sabina, para que ya que no podamos honrarlas como merecen, las rindamos á lo menos nuestros reverentes obsequios: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10. *y* 11. *de la segunda de san Pablo á los corintios.*

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me: Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino el que alaba á Dios. Oxalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo, por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

NOTA.

»Cuando san Pablo no tenia ya que padecer por parte de los gentiles, excitaron mucho mas su paciencia los »falsos hermanos. Eran estos falsos apóstoles intrusos, que »procuraban impedir el fruto de su predicacion, abatiéndole, despreciándole y desacreditándole con mil calumnias, con cuyo motivo se vió obligado el santo Apóstol »á escribir esta segunda epístola á los corintios.

REFLEXIONES.

El que se gloría, gloríese en el Señor. Una de dos, ó las cosas de que uno se gloría, y de que hace vanidad son de tal naturaleza que no se pueden atribuir á Dios, y en-

tonces es harto vana, harto lastimosa su gloria; ó son de aquellos talentos que el mismo Señor nos comunicó para que usásemos de éllos conforme á sus altos fines; y entonces es el hombre muy injusto si se los atribuye á sí mismo. Con efecto, ¿qué mérito comunicará á una persona un magnífico tren, una rica gala, un pomposo vestido, un nacimiento ilustre, nobles y antiguas posesiones, si la persona que sale al teatro del mundo con todo este aparato no tiene en sí ni mérito ni virtud? ¿se la darán los paños preciosos, las telas delicadas, las magníficas carrozas ni los hermosos caballos? ¿El apellido rumboso y antiguo da entendimiento al que no le tiene? ¿y la indevocion perderá nada del desprecio que merece, y de lo perniciosa que es, por verse colocada en un puesto elevado, adornada con una garnacha, ó arrimada á un baston de general? ¿serán por eso buenas las costumbres estragadas? Los dones de Dios son estimables, y se deben respetar en cualquiera en quien se hallen; si aquellos á quienes el Señor favoreció con éllos los convierten en motivo de vanidad, no por eso pierden nada de su precio y de su valor; pero los que se atribuyen á sí mismos la gloria, cometen una especie de latrocinio que los hace delincuentes. *No es recomendable el que se alaba á sí mismo.* Aun cuando la vanidad de alabarse no produxera mas que el desprecio y la baxeza, bastaria para huirla. ¿Qué juicio hacen de élla los hombres? El mismo alabarse uno á sí propio quita el mérito á las acciones mas loables, echa en éllas un borron y las afea. Siempre se desacredita el que se alaba. No hay prueba mayor de un mérito superficial, de una virtud imaginaria y de un entendimiento limitado que el incensarse á sí mismo; ninguno de los que le oyen puede tolerar el mal olor de este incienso, y solo huele bien al que se perfuma con él. ¿A qué fin hacer ostentacion de los talentos que el Señor nos dió? Esto es lo mismo que si un comediante se gloriase con la ridícula vanidad de las galas y joyas que le prestaron para que saliese al tablado. ¡Ah! que basta y sobra un accidente de apoplegía, una enfermedad de pocos dias, una desgraciada caida para trastornar el mas despejado entendimiento, para marchitar esas brillantes y pomposas flores, y para desvanecer en humo los mas nobles, los mas escogidos talentos. ¿A qué fin hacernos tan-

ta merced de lo poco bueno que somos capaces de hacer? ¿Para qué sacarlo á luz de manera que nos pueda grangear la estimacion de los hombres? Basta que lo vea Dios, por quien únicamente debemos trabajar, sin exponerlo á los ojos de todo el mundo. Toda esa ánsia de ser vistos es buena prueba de que solo trabajamos por respetos de los hombres. Si el Señor nos colocáre en algun puesto donde nos sea necesaría su estimacion, él sabrá manifestar que somos dignos de ocuparle, sin que nosotros lo solicitemos. En toda vanidad se mezcla algo de pueril; pero en aquella que nos induce á alabarnos á nosotros mismos, tiene mucho de esto que se llama parvulez.

El evangelio es del cap. 13. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit; et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterùm simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterùm simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cùm impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione seculi. Exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium. Intellexisti hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideò omnis scriba doctus in regno cœlorum,

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reyno de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reyno de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando úna, fue y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reyno de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Por eso todo escriba instruido en el reyno de los cielos es se-

similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

mejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

Del espíritu del mundo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no tiene Jesucristo, por decirlo así, enemigo mas cruel que el espíritu del mundo. Con verdad se puede decir que este tirano, orgulloso con sus conquistas, y arrogante con el número de sus ciegos partidarios, entró á ocupar el lugar de los mas poderosos enemigos del cristianismo. La persecucion que hace hoy á la Iglesia es al parecer mas perniciosa que la de los mismos Dioclecianos. Este es aquel espíritu seductor, que por vengarse de los terribles anatemas que fulminó contra él el mismo Hijo de Dios, todo lo pone en movimiento para desacreditar la doctrina de Jesucristo y sus mas infalibles máxîmas. Este es aquel espíritu réprobo que en todas partes persigue á los buenos; que hace ridículos los mas augustos misterios de la religion; que desprecia y se burla de las verdades mas terribles, y que emplea todos sus infernales artificios para extinguir, si pudiera, al espíritu de Jesucristo en medio del cristianismo. Este es aquel espíritu que pone tedio y disgusto en todos los exercicios que suenan á piedad y á devocion, y que trabaja (¡ó Dios, y con qué desgraciada felicidad!) en establecer sobre las ruinas de la religion las máxîmas que reynan el dia de hoy en el mundo. El es el que casi desterró del mundo cristiano la modestia, la gravedad, la circunspeccion y la amable sencillez; el que hizo desaparecer la buena fe y la rectitud; el que ha reducido á casi nada las obligaciones de la religion entre los grandes y personas de distincion; y en fin, este es aquel espíritu que extendiéndose y derramándose por todo el universo, ha desfigurado el sembante de la tierra, que tan dichosamente habia renovado el espíritu de Dios. Lleno está el dia de

hoy todo el universo de este espíritu del mundo; pudiéndose decir que este es el espíritu dominante que todo lo gobierna. Y á la verdad, ¿no es este aquel espíritu con quien se consultan todos los negocios que reynan en todas las conversaciones, que forman las conexîones y las amistades, y que arregla las modas, los usos y las costumbres? Se discurre segun él, se juzga segun él, se habla segun él, todo se hace y todo se gobierna segun él. Hasta el mismo servir á Dios se quisiera hacer segun el espíritu del mundo, acomodando á él el espíritu de la religion; y como este espíritu del mundo es un espíritu de mentira, un espíritu de error, un espíritu de impostura, de relaxacion y de hipocresía; de aquí nace que en el mundo todo es falso, todo aparente; falsos gustos, falsos honores, falsas alegrías, falsas amistades, falsas prosperidades, falsas promesas y falsas alabanzas. Esto en cuanto á los bienes exteriores: en cuanto á los interiores; falsas virtudes, falsa prudencia, falsa moderacion, falsa hombría de bien, falsa devocion, falsa humildad, falso zelo, falsas limosnas, falsas conversaciones y falsa penitencia. De aquí nace que los hombres, llenos de este espíritu, parece no tienen otro estudio que engañar á los demas, y engañarse á sí mismos. Es el mundo, dice el Apóstol, como una representacion, como una comedia, donde todo pasa en figura. ¡Buen Dios, cuándo abrirán los ojos los cristianos para ver la malignidad de un espíritu que tiene á tantas almas en el infierno!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que ninguna cosa es tan digna de temerse en todo género de estados como el espíritu de impiedad y de disolucion. Este es aquel espíritu pernicioso, que conforme se va propagando por el mundo, va extinguiendo en él no solo las mas vivas, las mas claras luces del cristianismo y de la religion, sino las de la misma razon natural. Y con todo eso él es el que en todo se insinúa, y en todo se introduce. No solo tiene entrada en los palacios de los grandes, exerciendo en éllos un imperio soberano; tiénela tambien, y le exercita en las condiciones particulares, en el menudo pueblo, hasta en los mas san-

tos estados, hasta en las mismas iglesias, á los mismos pies del santuario. Veo, dice san Bernardo, y lo veo con dolor, que todo el ardor, todo el zelo de muchos ministros del altar se reduce á defender sus derechos, á hincharse con su dignidad, á disfrutar bien sus rentas, abusando enormemente de éllas. ¿Será el espíritu de Dios el que inspira ese zelo interesado y ambicioso, esa pomposa ostentacion, esa licencia y esa indevocion que no te causa vergüenza? Pues ves aquí, decia este santo Padre, el espíritu del mundo colocado hasta en el mismo santuario. ¿Y estarán mas exêntas de este espíritu del mundo las personas religiosas? ¿Pero de dónde nacen esas negociaciones, esas parcialidades, esos artificios para sobresalir hasta en el mismo polvo, y allá en la obscuridad de un retirado desierto? ¡Ah, Señor, y cuántos progresos hace, cuántos estragos causa este espíritu orgulloso, tan opuesto á vuestro humilde espíritu, hasta en el mismo lugar santo! Él se sube á los púlpitos; él se introduce, y se insinúa hasta en el modo de anunciar vuestra divina doctrina; él grita y clama contra sí mismo, teniendo descaro y atrevimiento para corromper la sagrada elocuencia del púlpito con una estudiada afectacion, dirigida no tanto á mover el corazon, cuanto á lisonjear los oidos, captando los aplausos, olvidada enteramente la magestuosa simplicidad. Éste es aquel espíritu reprobado por Jesucristo, que reyna el dia de hoy en todos los estados; es una enfermedad popular, es una epidemia mortal y contagiosa, de que apenas hay quien se liberte. De aquí nace aquella corrupcion de costumbres casi universal; aquella especie de irreligion, que se hace tan familiar y tan doméstica; aquellas escándalosas máxîmas, que se vierten sin pudor, y aquellos abusos que insensiblemente van socavando hasta los mismos cimientos de la religion. Violanse casi sin remordimiento los mas santos preceptos de la ley; el ayuno y la abstinencia son el dia de hoy, por decirlo así, un lenguage punto menos que desconocido para todo aquello que se llama bello mundo y gente de conveniencias. El encomendarse á Dios por la mañana y por la noche, eso es bueno para los criados y oficiales. Bendecir la mesa, y dar gracias despues de comer, dexese para los religiosos y para hombres plebeyos. Acúdese á

la iglesia con el mismo espíritu que á la comedia, y tal vez se presenta con mayor decencia y con mayor compostura en una visita profana, que en el templo santo de Dios. Todo esto ha producido ya el espíritu del mundo. ¡Ah, mi Dios, y no podemos temer que todavía ha de hacer mas funestos y mas lastimosos progresos!

Dadme, Señor, vuestro espíritu, y extinguid totalmente en mí este desventurado espíritu del mundo, que yo miro verdaderamente con horror, resuelto á desterrarle y á exterminarle de mi corazon por todo el resto de mi vida. Haced, Señor, que en adelante sea animado y vivificado únicamente por vuestro divino espíritu.

JACULATORIAS.

Cor mundum crea in me, Deus: et spiritum rectum innova in visceribus meis. Salm. 50.

Criad, Señor, en mí un nuevo corazon, y renovad en mis entrañas aquel espíritu recto, puro y santo, que gobierna todos los pasos de vuestros fieles siervos.

Ne projicias me á facie tua: et spiritum sanctum tuum ne auferas à me. Salm. 50.

No me arrojeis, mi Dios, de vuestra divina presencia, y no priveis mi corazon de vuestro divino espíritu.

PROPOSITOS.

Si ese desgracido espíritu del mundo es capaz de cegar y de engañar aun á los que estan fuera del mismo mundo; ¿qué no deberán temer los que de necesidad, y por razon de su estado se ven expuestos á todos sus peligros y á todas sus tentaciones? Concibe desde este mismo punto el mayor horror á ese pernicioso espíritu, tanto mas peligroso, cuanto sabe disfrazarse y aun revestirse de los motivos mas especiosos y mas plausibles. Está siempre alerta contra un enemigo tan sagaz y tan sutil. Hoy estan los hombres en la infeliz disposicion de consultar el espíritu del mundo en casi todo lo que emprenden, con preferencia al espíritu de Dios, á quien apenas se le da oidos cuando concurre con este fiero enemigo de la religion

y del evangelio. El espíritu del mundo es el que preside en todas esas fiestas mundanas, en todas esas profanas concurrencias, en esas diversiones escandalosas, en esos ambiciosos proyectos, en esas galas, en esas magnificencias y en esas indecentes modas. A todos esos estilos poco cristianos te has de poner un perpétuo entredicho. El espíritu del mundo es enemigo declarado de Jesucristo; pues declárate tú enemigo irreconciliable de él, y aplica el mayor cuidado á que no tenga parte en cosa alguna que hicieres.

2 ¡Cosa extraña! no se contentan muchos con tener el espíritu del mundo; empéñanse tambien en comunicarle, en extenderle y en propagarle. El padre se le inspira á sus hijos; los instruye en él, los da lecciones y reglas, críalos segun las leyes de este espíritu, y siguiendo el mismo espíritu, se condena tambien con éllos. Las madres aún son mas zelosas en comunicársele á las hijas; y lo mas admirable es, que aun aquellas mismas, que declinando ya hácia el ocaso de la vida, abrazaron el partido de la devocion, y renunciaron las pompas del mundo, suelen ser muchas veces las mas ardientes en traspasar á sus hijas aquel espíritu que las dió á éllas tan copiosa materia de llanto y de arrepentimiento. Pues aprende tú á tener júicio á costa agena.

DIA CUARTO.

La conmemoracion de los fieles difuntos.

La caridad que se tiene en la Iglesia con los muertos siempre es provechosa á los vivos, no solo porque nos grangea amigos en el cielo, cuya proteccion siempre nos puede importar mucho, sino porque conduce maravillosamente para desprender nuestro corazon de este mnndo, cuya vanidad y pasagera figura nunca la descubrimos mejor que cuando hacemos oracion por los difuntos.

Aquella triste memoria que se hace de las personas que ya no exîsten, á quien amábamos tan tiernamente, y eran el dulce objeto de nuestro cariño; de aquellos ami-

gos de nuestra mayor confianza, que eran todo nuestro consuelo y todo nuestro desahogo; de aquellos poderosos protectores y apoyos de la fortuna que comenzábamos á hacer; esta triste memoria, vuelvo á decir, es un soberano remedio para curarnos de las engañosas ilusiones que igualmente encantan el corazon y alucinan el entendimiento.

Cuando se piensa que ya no son, que ya no existen aquel padre y aquella madre que tanto afanaron, que se consumieron, que acortaron su vida por dexarnos los bienes que poseemos, y que las oraciones que hacemos se dirigen á solicitar su descanso; cuando se considera que aquel dulce esposo, aquella tierna y fiel esposa, que era todas nuestras delicias, acabó finalmente su carrera, y sepultada en los horrores de la muerte y en las terribles llamas, destinadas á purificarla, nos pide con dolorosos gritos el sufragio de nuestras oraciones; cuando se nos representan tantos fieles cristianos, que estuvieron vivos y sanos como nosotros, que ocuparon los mismos elevados puestos que nosotros ocupamos, que poseyeron los mismos brillantes empleos que nosotros poseemos, que edificaron las soberbias casas que nosotros habitamos, y que lucieron en todas las ocasiones como nosotros lo lucimos; ¿cómo es posible no pensar que algun dia hemos de tener la misma suerte que éllos, que nos hemos de ver reducidos como éllos á no ocupar mas que un asqueroso rincon en una sepultura, que ni mas ni menos como éllos nos hemos de ver despojados de esos ricos muebles, de esos pomposos equipages, de esas grandes y opulentas herencias, y que como éllos dentro de muy pocos dias hemos de tener extremada necesidad de las oraciones de los fieles? ¡Y qué dichosos serémos si nos halláremos en estado de que nos aprovechen como á éllos!

Parece que no es posible hacer oracion por los muertos sin pensar tambien en la muerte. Y un pensamiento tan eficaz para desengañarnos de tan falsas brillanteces como nos deslumbran, de tantos mentirosos atractivos como nos encantan; un pensamiento tan propio para quitar todo el gusto á los deleytes y á los pasatiempos, ¿podrá ofrecérsenos muchas veces á la memoria sin que produzca algun efecto?

Bien se puede decir que la muerte es la sepultura de

las pasiones, y que el pensamiento y la memoria de élla es un soberano remedio. No tienen fuerza las pasiones cuando se las considera como manantial de llantos y de arrepentimientos; á esta luz, y no á otra, se las mira en la hora de la muerte; ni entonces se acierta ya á comprender cómo se las pudo mirar de otra manera.

¿Qué reliquias quedan en la muerte de aquellas quiméricas ideas que se formaban del mundo, ni de aquella imáginaria felicidad de que se sustentaban sus secuaces? ¿subsisten por ventura despues de los tristes, de los hediondos despojos de nuestros cuerpos aquellos caprichos de la propia excelencia, aquel prurito de sobresalir, aquellos códiciosos de enriquecerse? ¿perseverarán despues de la universal privacion de todas las cosas? ¿ó por lo menos queda alguna memoria que sirva de algun consuelo de todo lo que lisonjeó nuestro orgullo, de todo lo que satisfizo nuestra concupiscencia, y de todo lo que constituyó nuestra soñada felicidad sobre la tierra?

Se piensa, se reflexîona, se medita cuando se está para entrar y para perderse en aquella espantosa eternidad; ¿pero es tiempo de pensar y de disponerse para morir en el mismo punto en que se muere?

En aquel último momento casi se pierde de vista este puñado de dias que se vivieron; y si todavía hace el moribundo alguna memoria de lo que fue, es para sentir mas la amargura de lo que va á ser, y de lo que ya es.

Yo era poderoso, poseia grandes tierras, ocupaba ilustres cargos, tenia nobles derechos, gozaba gruesas rentas, estaba en posesion de muchos ricos beneficios, *et solum mihi superest sepulchrum*, y todo se desvaneció ya; de todo no me resta mas que una triste sepultura.

Aquellas magníficas casas, aquellos soberbios palacios, mudas pero elocuentes acusaciones de la vanidad de los mortales, donde se habia juntado lo mas exquisito del arte, lo mas fino, lo mas primoroso, lo mas raro de los paises mas remotos; aquellas amenas quintas donde se pasaban dias tan alegres y tan divertidos; aquellos muebles de tan subido precio y de tan delicado gusto; aquellos magníficos tocadores, ricos aparadores de las mas curiosas preciosidades; aquel numeroso concurso de cortejantes y de lisonjeros; aquel pomposo y soberbio tren

que me hacia tanto honor, todo esto ya se acabó, ya no exîsten para mí: apoderáronse de todo ello mis herederos; ya son dueños de todo; á mí solo me resta una negra, una horrible sepultura: *Et solùm mihi superest sepulchrum!* ¡Oh, y qué propias son para reprimir las pasiones, para templar su infernal fuego estas reflexîones, este objeto y estas verdades bien consideradas! ¡dichoso aquel que no aguarda á la hora de la muerte para aprovecharse de tan poderoso remedio!

En la muerte no hay reflexîon que no aflija, no hay objeto que no espante, no hay mirada de ojos, por decirlo así, que no sea una amargura: *In amaritudinibus moratur oculus meus.* Nada se ve que no sea nuevo motivo al dolor. Lo pasado hace llorar, lo presente asusta á la fe, y sobresalta la razon, lo futuro causa horribles espantos. Arrepiéntese de haber sido lo que fue; pero arrepentimiento muy estéril por lo comun. Se desespera por no haber considerado lo que habia de ser; pero remordimientos entonces sin provecho. Se llora, se padece una congoja mortal por no haber prevenido con frecuentes reflexîones, con una vida arreglada el deplorable estado en que se halla; pero lágrimas tan inútiles como amargas: arrepentimiento que ya llega muy tarde.

¿De qué le sirve ahora á aquel cadáver haber sido en vida un hombre tan estimado por su ingenio, por su dignidad, por sus riquezas, por su clase y por sus empleos? La muerte le acaba de confundir con el mas vil de todos los mortales.

¿De qué le servirá á aquella bizarra dama, que acaba de espirar, todas sus galas y toda su bizarría? Espiró con élla su orgullo, su presuncion, su fiero desden y toda su delicadeza. La única herencia que ya le resta son gusanos y podredumbre: *Cum morietur homo, hæreditabit vermes* (Ezech. 12.). ¡Buen Dios, qué de encantos dan en tierra con la muerte!

¿Pero qué es lo que se hace cuando se piensa en la muerte mientras se está en lo mejor de la vida? Anticipar, por decirlo así, al último dia y al último momento aquellas luces vivas y penetrantes; y sin aguardar á que muy á nuestro pesar nos descubra este misterio de vanidad la catástrofe ó el funesto fin de la tragedia, descubrírnosle

nosotros á nosotros mismos por medio de estas sanas y saludables reflexîones.

Cuando se representa á los ojos de la consideracion una viva pintura de la muerte, se miran desde luego todas las cosas del mundo á la misma verdadera luz que entonces se han de mirar. Se perciben, y se hace el mismo juicio de éllas que se ha de hacer entonces: conócense por lo que verdaderamente son, frívolas, engañosas y despreciables. Acúsase, repréndese uno á sí mismo por haberse dexado prendar de éllas: llora su ceguedad, como la lloraria en aquel último momento; y con una disposicion tan cristiana de corazon y de entendimiento se resfria la pasion, no está tan viva la concupiscencia, es menos hambrienta la codicia y las grandezas humanas: los bienes perecederos, los deleytes superficiales se representan á una luz muy amortiguada, con un atractivo lánguido, tibio y medio apagado, sin sentirse ya mas que un gusto insulso, zonzo y nada picante. Así se mira todo esto por entre las sombras de la muerte.

Acuérdate de la muerte, dice el Sábio, y no pecarás, te conservarás inocente: *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis* (Eccles. 7.). Acuérdate de la muerte, y no te pagarás tan locamente de ti mismo; no serás tan vivo en la defensa de tus derechos, ni tan zeloso de tu autoridad, ni tan sensible en lo que toca á tus intereses, ni tan codicioso en tus ganancias, ni tan arrebatado en tus cóleras, ni tan duro con los demas, ni tan indulgente contigo mismo, ni te mostrarás en todo tan poco cristiano. Acuérdate de la muerte, y tendrás mansedumbre, circunspeccion, urbanidad, moderacion y paciencia: la imágen de la muerte trae, por decirlo así, á la memoria todas estas virtudes.

Con todo eso no se quiere pensar en la muerte; ¿y por qué? ¿se pone acaso en duda que se ha de morir? ¿se tiene seguridad de que se ha de morir bien? Una santa muerte, ¿es obra tan facil ó tan indiferente? ¿es de tan poca consecuencia, que no merezca el que se piense en élla? De la muerte depende nuestro eterno destino. Son pocos los que mueren bien; ¿pero cómo puede ser otra cosa, siendo tan pocos los que piensan en la muerte?

El pensamiento de la muerte entristece, atemoriza,

turba los gustos y los alegres dias de la vida: por eso se procura desviar de la memoria. Bien; ¿mas por qué no se hará lo mismo con todos los demas pensamientos que alteran nuestro sosiego?

Tiénese pendiente un pleyto criminal; trátase de los bienes y de la honra de toda una familia ó de la misma vida: si el pleyto se pierde, ¡qué dolor! ¡qué desgracia! Solo pensarlo estremece. Mas, ¿por qué no se desviará de la imaginacion ese doloroso pensamiento? ¿por qué nos acompañará siempre y á todas partes? Solo se piensa en el pleyto, solo se habla del pleyto; no hay dia en la semana, no hay hora en el dia, que no se venga muchas veces á la imaginacion: en la mesa, en las visitas, en el juego, en todas partes nos ocupa este objeto; todos los demas ceden á él. A la verdad no es inútil: se trabaja, se instruye, se solicíta, se consulta, se toman todas las medidas que sugiere la prudencia. Este solo negocio se tiene en la memoria, porque este solo está impreso en el corazon. ¿Y qué se diria de un hombre, que teniendo un pleyto de esta entidad, no quisiese ni aun oir hablar de él, que procurase desterrarle del pensamiento solo y precisamente porque le altera y le aflige?

¿Será menester hacer la aplicacion, y evidenciar la imprudencia, ó, por mejor decir, la locura de los que no quieren pensar en la muerte, solo porque este pensamiento los entristece y los sobresalta? ¿pero ignoramos acaso que en nuestra mano está, con la divina gracia, el quitar á la muerte toda su amargura, llenándola de consuelo, y haciéndola no solo dulce, sino preciosa en los ojos del Señor, y que para esto es gran medio el pensar contínuamente en élla? Grande tentacion es el horror que se tiene á un pensamiento tan saludable; y desdichado de aquel que se dexa vencer de él. Solo poniendo en duda que todos hemos de morir, puede no ser locura el no pensar en la muerte. Seguramente que si pensáramos en élla en todas las deliberaciones, en todos los proyectos, en todos los negocios y en todo el comercio con el mundo, nos libraríamos de muchos arrepentimientos. Témese el pensamiento de la muerte, porque se temen los efectos que ordinariamente produce este saludable pensamiento. Si se pensara con frecuencia en la muerte, ya era preciso no ser tan

mundano, ni tan divertido, ni tan disoluto; si se pensara con frecuencia en la muerte, ya era preciso no ser ni tan contínuo en el juego, ni tan codicioso de ganar, ni tan encaprichado en las vanidades del mundo; ya no se pareceria en el bayle, ni se concurriria á todas las partidas de diversion; se pondria un perpétuo entredicho á ciertas concurrencias, á ciertas conversaciones; ni los espectáculos serian ya de nuestro gusto. Si se pensara con frecuencia en la muerte, luego se tomaria el partido de la reforma y del retiro; y esto es puntualmente lo que no se tiene gana de emprender. El pensamiento de la muerte hace al hombre mas cuerdo, y ese hombre todavía no quiere ser mejor.

Pensar en la muerte, y no reformarse, es locura: no pensar en élla por no verse precisado á corregirse, es impiedad. ¡Oh, Señor, y qué desgracia es morir sin haber pensado casi nunca en la muerte!

La misa es de los Difuntos, y la oracion la que sigue.

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum, ut indulgentiam quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis et regnas...

O Dios, criador y redentor de todos los fieles, conceded á las almas de todos vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre esperaron de ti: Que vives y reynas...

La epístola es del capít. 14. *del Apocalipsi.*

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor: Desde ahora, les dice el espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

"Sabido es que el libro del Apocalipsi es el de las re- »velaciones de Jesucristo, hechas á san Juan, cuando »estaba desterrado por la fe en la isla de Pathmos hácia

„el fin del imperio de Domiciano; que es decir, hácia el „año 95 del Señor; y en el capítulo de donde se sacó esta „epístola se comprende en pocas palabras el elogio de la „muerte de los santos."

REFLEXIONES.

Mas que se viva en medio de la opulencia y del esplendor, ni el nacimiento, ni las riquezas, ni los honores, ni ninguna cosa nos liberta de las miserias de esta vida. Vivimos en un valle de lágrimas, y en él solo se rie á fuerza de artificio. La sentencia que condena los hombres al trabajo es universal: ninguno se exîme de élla: ni las condiciones ni la edad dispensan á persona alguna. Derrámanse lágrimas, por decirlo así, antes que se esté en estado de derramar sangre. Nacen con nosotros las pesadumbres. No siempre son los trabajos corporales aquellos que mas fatigan: el corazon y el ánimo tienen tambien sus penas, que afligen mas cuando son menos visibles. Las cruces interiores son las mas pesadas: nunca se gime mas amargamente que cuando se gime en secreto. Desde la cuna comienzan á correr las lágrimas, y no se seca el manantial ni aun sobre el mismo trono. Menos incompatible es la alegría con los trabajos del cuerpo, que con las aflicciones del ánimo. Aquéllos dan algunas treguas, tienen sus interválos; pero los cuidados, las pesadumbres y las amarguras que causan las pasiones, fatigan sin intermision. Esta es la suerte de todos los hombres que viven sobre la tierra, ó trabajos corporales, ó penas interiores, y muchas veces úno y ótro. No hay que esperar calma ni reposo hasta despues de esta vida. Dichoso aquel á quien *el espíritu dice que descanse despues de sus trabajos*. La alegría llena, la tranquilidad permanente, y el reposo dulce, solo reynan en la vida venidera. Pero advierte que este reposo se da únicamente por premio de las buenas obras; y así, solo *á los muertos que mueren en el Señor* se les dice: *Descansad despues de vuestros trabajos*. ¡Qué diferencia de suertes! Igualmente mueren el justo y el pecador, igualmente trabajosa fue la vida de úno y ótro; pero á los trabajos del justo se sigue un descanso eterno: á las fatigas, á los sudores y á los cuidados del pecador, una eternidad

de tormentos. Lágrimas amargas en este mundo; fuego inextinguible en el ótro, y con el fuego rabia, desesperacion, y un eterno rechinar de dientes. ¡Oh, qué dichosos son aquellos que mueren en el Señor! ¡Mi Dios, qué preciosa es la muerte de los buenos! ¡qué envidiable! Ella es, hablando en propiedad, el fin de todos los trabajos y el principio de una felicidad colmada, pura y eterna. Todos los hombres corren su carrera, sin que á la mayor parte se la dé nada, ni la merezca algun cuidado el término, el paradero de élla. La carrera es sin duda trabajosa, pero en llegando al fin, ¿nos dirá el espíritu que descansemos de nuestros trabajos? Consultémoslo con nuestras obras. Bienaventurado aquel que trabajó para el cielo: bienaventurado aquel que vivió retirado, dedicándose á exercicios de exemplar devocion: bienaventurado aquel que huyó, que se desterró de las concurrencias llenas de peligros; el que pasó los dias de su vida en el servicio de Dios y en santos exercicios de penitencia. Trabajemos por nuestra salvacion durante esta miserable vida, que bastante tiempo nos queda para descansar por toda la eternidad.

El evangelio es del capítulo 6. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus turbis judæorum : Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dixo Jesus á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he baxado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decian: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

De la incertidumbre de la hora de la muerte.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es cierto que hemos de morir. ¿Pero cuándo morirémos? ¿será presto? ¿será tarde? Nada sabemos. Lo que hay de cierto en la materia es que este dia puede ser el último de mi vida; que siempre se muere mas presto de lo que se piensa; que el Hijo del hombre vendrá ciertamente en la hora en que menos se le espera. Por mas prevenido que vivas, siempre te cogerá la muerte de sorpresa; ¿qué será si vives sin la menor prevencion?

Pocas muertes hay que no sean imprevistas. Ninguna que no sea repentina respecto del que muere. Parece que todas las cosas conspiran á engañar á un moribundo, y él mismo se pone de acuerdo con los mismos que le engañan. ¿Qué hombre has visto morir nunca que no se prometiese vivir por lo menos hasta el dia siguiente?

¡Rara manía! Sábese que la muerte es cierta, mas nunca se contempla sino hasta el fin de una dilatada carrera; mírase allá á larga distancia despues de una edad muy avanzada; y cuando llega esta avanzada edad, no se cree lo sea tanto que quite la esperanza de vivir todavía otro año por lo menos. Por robusta que sea nuestra salud, no hay mas que un solo paso desde la vida á la muerte. ¿Dónde se hallará un hombre cuerdo que se atreviese á asegurarnos un año solo de vida á peligro de la suya? Y no obstante, ¡yo tengo valor para dilatar mi conversion hasta el fin de este año!

Ignora el hombre el fin de sus dias, dice el Sábio; y como el pez que juguetea en las aguas, y el ave que revolotea en el viento caen de repente, el úno en la red ó en el anzuelo, y la ótra en el lazo; así los hombres caen miserablemente en el de la muerte cuando pensaban disfrutar el momento mas gustoso de su vida (*Eccl.* 9.).

Entre todos aquellos que murieron en este año, cuya muerte ha llegado á nuestra noticia, ¿habria quizá ni solo uno que pensase morir dentro de él? Y de todos los que

morirán en este mismo año, ¿se hallará por ventura ni uno solo que no espere vivir mas?

¿Quién me podrá asegurar hoy que tambien he de vivir mañana? Esto es decir, que me puedo morir. Y este dia decisivo de mi suerte, ¿será para mí principio de una dichosa eternidad, caso de que sea hoy el último de mi vida? Estreméceme esta sola proposicion; sobresalta mi conciencia este solo pensamiento. ¡Ah, qué sería de mí, si dentro de dos horas hubiese de comparecer en el tribunal de Dios, si hubiese de dar cuenta al soberano Juez del tiempo que he perdido, y de las gracias de que he abusado! ¡qué sería de mí, si cargado de pecados, y sin haber comenzado á hacer penitencia, me fuese preciso marchar á oir y á padecer la última sentencia! Puede llegar el caso; ¿quién me asegurará de que no llegue?

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué locura sería la de un caminante, que en la víspera de su viage, en lugar de hacer provisiones para él, solo pensase en comprar casas, en adquirir rentas, en hacerse nuevos amigos, que dentro de pocas horas habia de dexar para no volverlos jamás á ver. ¿Serémos nosotros mas cuerdos en portarnos como si nunca hubiéramos de morir? ¿qué otra cosa hacemos cuando vivimos sin pensar en la muerte?

Si supiera que habia de morir mañana, me dispondria hoy. Mas, ¡ah! que acaso puede ser esto mas apriesa; puedo morir esta tarde, puedo morir en este mismo momento. Si sucediese esto, ¿me hallaba prevenido? ¿Y lo estaré mas si me muero cuando no lo pienso?

Un hombre que está sentenciado á muerte por decreto irrevocable, ¿puede, sin haber perdido el seso, entregarse á la alegría, y no pensar mas que en vivir? *Statutum est hominibus semel mori.* Pronunciada está la sentencia contra todos los hombres de que han de morir una sola vez. Dios es el que nos ha condenado á todos á la muerte, y de esta muerte depende nuestra suerte eterna. No se muere mas que una vez; y con todo, ¡apenas se piensa en esto! pues qué, ¿es cosa tan facil morir bien? ¿es cosa indiferente morir mal?

¡Oh, qué terrible cosa es morir sin estar prevenido para la muerte! ¿Y cuánto tiempo nos parece que habremos menester para prevenirnos? ¿bastaríanos un mes para ponernos en estado de comparecer en la presencia del soberano Juez? ¿podráse desenredar, podránse ajustar en pocas semanas los negocios de una conciencia, de una vida de treinta ó cuarenta años, de un caos de pecados y de iniquidad? Pero al fin, ¿cuánto tiempo pretendemos dedicar á esto? ¿y estamos seguros de un solo dia?

¡Qué, mi Dios, es cierto que aun los mismos que mas pensaron en la muerte, serán sorprendidos! ¿pues qué será de aquellos que ni piensan, ni quieren que se piense en élla?

¡Cosa extraña! solo en órden al negocio de la salvacion no se piensa en la incertidumbre de la hora de la muerte: en todos los demas negocios que tocan á intereses temporales, ni uno solo hay que no piense en élla. Escrituras y obligaciones de comercio, contratos matrimoniales, convenciones particulares, instrumentos públicos, papeles secretos, todo está lleno de precauciones contra esta fatal incertidumbre. No se sabe, dicen todos, lo que puede suceder; somos mortales; es prudencia prevenir los acasos, los accidentes de la vida. Y por la salvacion, por los negocios de la conciencia, por asegurarnos una dichosa eternidad, ¿qué precauciones se toman?

Señor, y despues de todas estas reflexîones, ¡será posible que incurra yo en la misma falta! No, no, dulce Jesus mio, ya no quiero mas arriesgar mi salvacion. De hoy en adelante consideraré cada dia como si fuese el último de mi vida; y con la asistencia de vuestra divina gracia voy á vivir como si hubiera de morir en aquel dia.

JACULATORIAS.

Paucitatem dierum meorum nuncia mihi. Salm. 101.

Haced, Señor, que tenga contínuamente en la memoria la brevedad de la vida, y la incertidumbre de la hora de la muerte.

Ne revoces me in dimidio dierum meorum. Salm. 101.

Dios mio, no me cortes los pasos en medio de la carrera.

PROPOSITOS.

Supuesto que cada dia puede ser el último de mi vida, ¿no será insigne locura pasar ni un solo dia sin traer á la memoria el pensamiento de la muerte? ¿pero tú has pensado mucho en élla? Cada dia se puede sentenciar el pleyto de que depende tu felicidad ó tu infelicidad eterna: piensa todas las mañanas si está todo prevenido, si tienes nuevos documentos que presentar, si ya no te resta mas que hacer. Puédese decir que está como extendida por todas partes la memoria, ó por lo menos la imágen de la muerte. Ruinas de edificios antiguos, magnificencia de los nuevos, revolucion de las estaciones del año, sucesion regular de las horas y de los dias, rapidez del tiempo, curso de los astros, todo nos predica en su lengua la memoria ó la imágen de la muerte. Las modas que se acaban, los muebles que se gastan, las historias, las pinturas, los sepulcros, todo nos conduce al mismo pensamiento: como tú mismo no le desvies de ti, oirás muchas veces al dia la voz de casi todo lo que ves, que te está diciendo que te has de morir. Ademas del crucifixo destinado para que te le pongan en las manos á la hora de la muerte, el cual has de tener siempre en vida delante de los ojos, válete de ciertas piadosas industrias, que son muy oportunas para disponernos á una buena muerte. Primera: Algunos escriben esta sentencia al pie del crucifixo sobre la mesa en el despacho, ó en alguna parte visible de su cuarto: *Estad aparejados, porque en la hora que menos lo penseis, vendrá el Hijo del hombre.* Segunda: Otros tienen un retrato de la muerte enfrente de la cama, ó á lo menos en el oratorio, y no se pasa dia sin que hagan algunas reflexîones sobre élla. Tercera: Hay algunas señoras piadosas que tienen prevenida la mortaja con que se han de enterrar, y la guardan entre sus mas ricas galas, para fixar en élla la consideracion siempre que vean aquellos sus trages, aquellos sus preciosos vestidos, y todos aquellos aparatos de la vanidad. Cuarta: Algunos leen una vez al mes su testamento, no solo para exâminar si todo está bien arreglado, ó si hay algo que añadir, sino tambien para acordarse de la sepultura que eligieron.

Aprovéchate de todas estas devotas industrias.

2 Supuesto tambien que es incierta la hora de la muerte, y que por mas vigilante que estés te ha de coger de sorpresa, guárdate mucho de dilatar para la muerte lo que puedes hacer en vida. La última enfermedad solo es á propósito para exercitar en élla la paciencia. El Salvador no nos manda que nos aparejemos entonces, sino que ya estemos aparejados. Exâmina si te queda alguna cosa por hacer, y desciende hasta las mas menudas. Mira en qué regla, en qué buena hora, en qué exercicio espiritual eres descuidado y negligente. Haz hoy alguna oracion, ó da una limosna para alivio de las ánimas del purgatorio, &c. Estas pequeñas devociones, esta reforma de costumbres y de conducta te colmará de alegría, y te excusará muchos remordimientos. No te contentes con que te parezcan bien estos consejos; ponlos en execucion. No des oidos á esa pueril delicadeza, que desvía de la memoria el pensamiento de la muerte. La consideracion de la sepultura es poderoso remedio para curar las enfermedades del alma. No hay pasion que no se temple con el pensamiento de la muerte.

☞ DIA CUARTO.

Santa Rosalía, vírgen.

Entre los muchos portentos con que la gracia de Dios ha manifestado á los hombres cuánta es la actividad y fuerza que les comunica para renunciar á las delicias del mundo, y seguir aquella estrecha senda que conduce á la vida eterna, no es el menor la vida de santa Rosalía: unos hechos, al paso que hacen admirar una sublime virtud, confunden á los apasionados de este mundo. Es imposible leer la valerosa determinacion de esta santa Vírgen y las asperezas de su vida eremítica, sin que se apodere del corazon una admiracion santa de sus rigores, y al mismo tiempo un encendido deseo de imitarla en lo posible. Aunque la Santa procuró esconder á los ojos del

mundo todas sus acciones, Dios ha querido favorecer la piadosa industria de los hombres sábios, que á costa de penosas diligencias han llegado á rastrear los pasos de esta santa Vírgen, cuya vida es como se sigue.

Nació santa Rosalía á principios del siglo doce en Palermo, ciudad de Sicilia, de nobilísimo linage. Su padre se llamó Sinibaldo, descendiente de Carlo Magno por medio de varios reyes de Italia, que contaba por sus ascendientes. Y entre los parientes mas cercanos de la Santa se contaba Rogelio, primer rey de Sicilia, cuya hija Constancia se casó con el emperador Enrique VI. Lo real y generoso de su estirpe le proporcionó una crianza igual á las grandezas y delicias del real palacio. Hay quien dice, que siendo jóven, fue dama de la reyna Margarita, hija de don García, rey de Navarra, y casada con Wilelmo, hijo de Rogelio. Vivia la santa Doncella cercada de todos los resplandores del trono y de todas las pompas y delicias de la córte. Cuanto pueden dar de sí las riquezas para cautivar el corazon de una jóven, proporcionándola regalos, adornos y diversiones, otro tanto tenia Rosalía. Nada la faltaba para poder concebir en el mundo las mas altas esperanzas de un establecimiento ventajoso. La naturaleza la habia comunicado francamente todos sus encantos, y ya se mirase su nacimiento y conexîones, ya las cualidades de su persona, todo la ofrecia las esperanzas mas lisonjeras. Pero prevenida Rosalía muy de antemano por las sábias ilustraciones de la gracia, conocia muy bien lo despreciables que eran todos los bienes de este mundo, y que no debian servir á un corazon generoso sino para despreciarlos por Jesucristo. La turbacion de la córte, las delicias de los poderosos, las pretensiones de la ambicion, y todo el conjunto de delicias que se presenta en el gran mundo á aquellos ojos que no han tenido todavía la desgracia de ser ofuscados con sus negras sombras, horrorizaban el inocente corazon de la santa Doncella. Pensó, pues, en huir de la confusa Babilonia de la córte, y buscar en un desierto un lugar y asilo para la inocencia de su alma. Este pensamiento, sin embargo de ser arriesgado, halló en su corazon todo el apoyo necesario que podia darle la prudencia; porque habiéndole consultado repetidas veces

con Dios en la oracion, halló que era mas una inspiracion del espíritu divino que queria llevarla por un camino maravilloso, que pensamiento propio.

Pensaba la Santa, resuelta ya á poner en execucion su proyecto, qué lugar sería el mas á propósito para la perfeccion de su obra, pues no ignoraba que debia ser muy escondido á los ojos de los hombres, para producir en élla tal seguridad, que disipase la mas ligera nota de temeraria. Dios, que fue el autor de su primer pensamiento, lo fue tambien de la eleccion del sitio, pues segun se cree, no sin probables fundamentos, llegó su dignacion á enviar á la Santa dos ángeles que la conduxesen al sitio que su divina providencia la tenia destinado. Trece leguas distante de Palermo habia un monte tan fragoso y tan espeso, que estaba impenetrable aun á las fieras mas silvestres. Llámase este monte el monte de Quisquinia, que únos quieren que perteneciese á los estados del padre de la Santa, pretendiendo ótros, que la reyna Constancia se le dió graciosamente á Rosalía, para que pudiese en él realizar sus santos deseos. En lo mas horroroso de la montaña habia una gruta de tan dificil entrada, que apenas cabia por élla un cuerpo humano. La naturaleza parece que habia querido formar con la descompostura de las peñas, la estrechez y las tinieblas una mansion de horror tan espantosa, que ni aun las mismas fieras se habian atrevido á hacer en élla su morada. Luego que Rosalía llegó á la puerta de la caverna, que era una boca estrechísima, se introduxo en élla, no sin grande dificultad, y habiendo penetrado sus obscuros y tortuosos senos, se convenció de que el sitio era el mas oportuno para la execucion de sus intenciones. Saludóla como el amado tálamo que la habia prevenido su Esposo celestial para vivir allí con él en union santa é indisoluble, gozando de las delicias del espíritu, y apartada enteramente de la vista de los mortales. En esta horrorosa mansion vivia Rosalía, exercitándose contínuamente en fervorosa contemplacion, que era el único alimento con que se recreaba su espíritu. No tenia mas lecho que el que le daba una dura piedra, situada en lo mas interior de la caverna, la cual estaba exênta de la penosa incomodidad de la lluvia, que por todo el resto de la gruta

destilaban las piedras. Su alimento no podia ser otro que yerbas y raices silvestres, pues no se sabe que persona humana hubiese jamás penetrado aquel escondido lugar. Pero aquel Dios, que viste á los lirios del campo de un modo superior al que disfrutaba Salomon en su mayor gloria, y que previene abundante alimento á las mas despreciables avecillas, no dexaria perecer de hambre á una vírgen, que por su amor habia emprendido una vida tan austéra. De lo que dan á entender las pinturas antiquísimas de esta gloriosa Santa, se deduce, que Dios la regalaba como á una amada esposa suya. Enviábala frecuentemente á sus mismos ángeles que la consolasen y regalasen, con cuyas visitas celestiales se confortaba su espíritu, y se confirmaba cada dia mas en el santo propósito con que habia comenzado. Nada habia en el mundo que llamase su atencion, y que pudiese intimidar el valor y fortaleza de la santa Vírgen. Contenta con un santo crucifixo, y una corona para rezar, que habia llevado consigo, despreciaba los grandes estados del mundo, y la vanidad de sus delicias y grandezas aparentes. No podia sufrir el comun enemigo un tenor de vida tan austéra y rigurosa, que sería insoportable aun para el mas rígido anacoreta de cuantos habitaron la Tebáida. Valióse de todos los medios que le dictó su infernal astucia para amedrentar á Rosalía, y hacerla abandonar su santo propósito. Unas veces movia contra élla las fieras que habitaban en aquellas fragosidades, y hacia que la persiguiesen en ademan de despedazarla con sus uñas y dientes para saciar su voracidad: otras veces se la aparecian los espíritus infernales en las figuras y actitudes mas espantosas para atemorizarla, y hacerla desamparar aquel sitio; pero el espíritu de la Santa, que tenia mas firmeza que las entrañas de las mismas piedras que habitaba, se acogia á su gruta, tomaba en las manos á su Esposo crucificado, y en la contemplacion de su pasion sangrienta y de sus soberanos misterios hallaba la tranquilidad y reposo, que el enemigo comun habia pretendido turbar en vano.

No se puede dudar que en este sitio se hallaria contenta Rosalía como tan proporcionado para la vida rigurosa y exercicios de penitencia que practicaba; pero la

que por inspiracion de Dios y ministerio de los ángeles habia elegido aquella caverna, determinó dexarla, segun se cree, por el mismo motivo. No han podido averiguar las humanas investigaciones la causa que pudo tener esta santa Vírgen para abandonar la horrorosa caverna de Quisquinia; pero lo cierto es, que la dexó. Sin embargo, por una inscripcion que dexó grabada en una dura piedra que estaba á la entrada de la gruta, se conoce el amor con que la santa Jóven miró aquella soledad, y mucho mas la superior causa que á ello la habia movido. La inscripcion que se halló, cubierta de una costra dura que habian formado las aguas con el decurso del tiempo, decia así: *Yo Rosalía, hija de Sinibaldo, señor de Quisquinia y Rosas, determiné habitar en esta gruta por amor de mi Señor Jesucristo.* Resuelta la santa Vírgen á dexar su primera morada, salió de élla para volverse á Palermo, no á la casa de sus padres, ni á disfrutar las comodidades y regalos del palacio, sino á otro monte mucho mas áspero y fragoso que el primero, llamado Peregrino. Dos millas distante de la referida ciudad por la parte del Norte se levanta una montaña, cuyas raices baña el mar Tirreno por la parte de Norte y de Oriente. Hácia el Mediodia y Occidente la rodean collados amenos y frescos prados, que hacen deliciosa su vista; pero en internándose en su subida, es tal el enlace de quebrados peñascos y la espesura de árboles silvestres, que infunde miedo, y detiene los pasos al mas animoso. Luego que se sube un estrecho como de dos mil pasos antes de llegar á la cima del monte, se encuentra una caverna espantosa de cien palmos de longitud. Fórmanla una multitud de rocas trabadas únas con ótras, las cuales forman un techo sumamente desigual por las puntas de las piedras que sobresalen, y medroso por las roturas y cóncavos que ofrecen á la vista. La entrada en tiempo de santa Rosalía era tan angosta, que por espacio de diez palmos era necesario introducir primeramente un brazo y la cabeza, y forcejear arrastrando para verificar con sumo trabajo la introduccion del resto del cuerpo. Era esta caverna tan horrorosa por su configuracion, por sus tinieblas, por el agua y lodo de que estaba llena, por la fragosidad que la rodeaba; y últimamente, por la estrechez

y angostura de la entrada, que era mas á propósito para sepultarse en vida, que para habitar en élla. Las fieras mismas la habian siempre desdeñado como á una mansion que serviria mas bien á quitarlas la vida, que á dar asilo á su ferocidad. Guiada Rosalía del espíritu divino, y segun se persuaden algunos piadosos, de algun ángel del cielo, llegó á este sitio horroroso, é introduciéndose por su estrechísima y prolongada boca, penetró á una anchurosa concavidad subterránea. Era ésta, como queda dicho, espantosa por sus tinieblas, é incómoda por las muchas aguas que las piedras destilaban; pero habiendo encontrado en un retirado seno un cóncavo enxuto, de la extension y medida de un cuerpo humano, quedó muy contenta habiendo hallado cuanto podian anhelar sus deseos. Allí determinó pasar el resto de su vida, en compañía del santo crucifixo que habia traido consigo, empleada en la contemplacion de su amado Esposo. Es de creer que el tenor de su vida sería el mismo que en la primera gruta; y aunque no se sabe de cierto la distribucion de horas y los exercicios determinados en que empleaba su vida angelical, todas las suposiciones que quiera hacer la piedad, serán bien inferiores à las operaciones reales de la Santa, y quedarán bien justificadas con su admirable fervor. Una doncella de sangre real, criada entre las opulencias de la córte, que habia tenido valor para despreciarlo todo por Jesucristo, y determinarse á vivir en el tenebroso encierro de aquella horrorosa caverna, no hay duda que tendria fortaleza para exercitar en su cuerpo todos los rigores de penitencia que inventaron los anacoretas mas fervorosos. Aunque se diga que eran contínuas sus vigilias, extremados sus ayunos, ásperas sus mortificaciones y altísima su contemplacion, nada va á aventurarse, porque el sitio en que podia tomar algun descanso era de viva piedra, tan estrecho, que se ajustaba al cuerpo como si fuera una camisa; y de consiguiente, mas propio para estar en contínua vigilia, que para reconciliar el sueño mas ligero. La posibilidad de tener á mano otros alimentos que yerbas y raices, era muy lejana, y esto mismo persuade su prodigiosa abstinencia. El habitar en lugar tenebroso, durmiendo sobre el duro suelo, y su-

friendo todas las inclemencias de la naturaleza, es un rigor superior á los cilicios y á la disciplina. Ultimamente, la que por amor de Jesucristo vivia sumergida entre tantos horrores, es preciso que alimentase su alma con la consideracion contínua de los trabajos y tormentos que el Hijo del Eterno Padre habia padecido por los hombres, y con la dulce esperanza de llegar á gozar algun dia de aquella inmensidad de delicias que con su muerte les habia merecido.

En este estado vivia esta santa Anacoreta á manera de una paloma que habia hecho su nido en las quebraduras de las piedras, transportada toda en las gracias y celestiales consolaciones de su Esposo. El comun enemigo, envidioso de tanto fervor y del honor que de él resultaba al Criador, la molestaba con sugestiones contínuas, en que se la representaban las delicias y comodidades que pudiera disfrutar viviendo entre los hombres. No omitiria el tentador astuto proponer á su imaginacion los deleytes del matrimonio, los encantos del mando y la autoridad, el consuelo de los hijos y la gloria que podria conseguir sobre otras matronas, por las prendas de que le habia dotado la naturaleza, y las riquezas que con pródiga mano derramó en sus progenitores la fortuna. Pero la Santa vencia gloriosamente todos estos ardides y peligrosas sugestiones, unas veces por medio de la oracion, y ótras por los rigores y asperezas con que afligia su inocente cuerpo. Es de creer que el cielo celebraria sus victorias, y que los espíritus angélicos la cantarian himnos triunfales que la llenasen de consolacion y la animasen á nuevas batallas. Si es lícito conjeturar de las imágenes antiguas que han quedado de esta Santa, se deduce que unas veces gozaba de la presencia de los espíritus celestiales, y que ótras la misma Madre de Dios baxaba con su Hijo en los brazos á hacerla dulcísima compañía. Las mismas pinturas representan que la santa Anacoreta se entretenia en recoger flores de los prados cercanos á su gruta, y texiendo de éllas graciosas guirnaldas, coronaba con éllas á su esposo Jesucristo; y en recompensa representan á la misma Santa coronada de flores por mano de su Esposo. Es verdad que estas pinturas pueden ser alegóricas, y representarse en éllas las sublimes virtudes de Santa Rosalía, y

las copiosas gracias que en premio de éllas recibia contínuamente de la divina misericordia. Como quiera que sea, siempre ofrecen unas deliciosas imágenes en que puede deleytarse la piedad cristiana, y muchos motivos para encenderse en el deseo de imitar el fervor de su penitente vida.

Una vida tan santa y llena de admirables exemplos no podia menos de terminarse con una santa y apacible muerte. Ignóranse las puntuales circunstancias de ésta; y los que la han pretendido inferir del modo con que se halló colocado su cuerpo al tiempo de su invencion, dicen; que no murió de enfermedad, sino de amor á su esposo Jesucristo. Que presintiendo la Santa que se acercaba el fin de ir á gozar de las eternas delicias, acomodó su cuerpo virginal con la mayor honestidad y decencia en el estrecho cóncavo donde acostumbraba reposar; y tomando en la mano izquierda el santo crucifixo, y apoyando en la derecha la cabeza, absorta y transportada en dulcísima contemplacion, entregó su dichosa alma en las manos de su Criador. Pero es mas verisimil que tuviese la Santa algun comercio y trato espiritual con algun virtuoso sacerdote que consolase su espíritu, y la administrase los santos sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Extrema-Uncion. Ignórase el año y el dia de su muerte, aunque de tiempo inmemorial se ha celebrado á 4 de septiembre. Se cree que fue sepultada por ministerio de los ángeles, cuya piadosa opinion es consiguiente á la de haber muerto sin ser vista de persona humana. Estuvo oculto su santo cadáver por espacio de cerca de cuatrocientos y sesenta años, reservado por la divina Providencia para servir de muro á las desgracias y miserias de su patria en el tiempo en que mas necesitaba ésta de su proteccion. Una tradicion antigua enseñaba á los palermitanos que en aquellos montes vecinos se ocultaba tan precioso tesoro. Esta tradicion habia excitado la piadosa curiosidad á buscar el santo cadáver; pero todas sus diligencias fueron sin fruto. Quiso Dios finalmente que en el año de 1624 tuviese la ciudad de Palermo este celestial consuelo, cuando mayor era su necesidad por las miserias que entonces la afligian. Una nave cargada de cautivos redimidos en África y de algunas mercaderías, traxo á Palermo una peste tan contagio-

sa, que en poco tiempo iba asolando la ciudad. Tomáronse todas las precauciones y medidas que en tales circunstancias dicta la prudencia. Separáronse los apestados en hospitales y en casas establecidas fuera de la poblacion. Compráronse por el gobierno todos los efectos que habia traido la nave, imponiendo pena capital al que reservare alguno, y juntos todos los que se pudieron haber, se quemaron en el campo. El piadoso arzobispo Juan Doria no dexó medio que le sugiriese la piedad, que no pusiese en práctica. Repartió abundantes limosnas, estableció ayunos públicos, y ordenó que en todas las iglesias se expusiese el santísimo Sacramento. A esto se siguieron procesiones públicas de rogativa en que iban sacerdotes y seglares en hábito de penitencia. En una de estas procesiones sucedió que yendo cuatro cantores en diversos coros diciendo las letanías de los Santos, á un mismo tiempo, movidos de divino impulso, invocaron á santa Rosalía. Este hecho llenó de admiracion y de alborozo á todo el pueblo, que con lágrimas en los ojos repitió el nombre de la Santa, implorando su intercesion. Los prodigios se sucedieron multiplicadamente; porque al siguiente dia se verificó la invencion de su sagrado cadáver, é inmediatamente comenzó á mitigarse la peste que tenia consternada á toda Sicilia. En lo sucesivo se la dedicaron iglesias magníficas, y aun las mismas grutas del monte Quisquina y Peregrino se vieron adornadas suntuosamente con altares de mármol y preciosas estátuas, que acreditan á un mismo tiempo la piedad de los palermitanos y su magnificencia. Pero en donde se verificó ésta fue en el altar y preciosa arca que se colocó en el principal lugar de la iglesia metropolitana, en donde descansan sus preciosas reliquias, favoreciendo Dios contínuamente á la ciudad de Palermo con tan continuadas maravillas, que si se quisieran referir los milagros aprobados con testigos, se necesitaria formar una historia muy prolixa. Las repetidas experiencias que de esto mismo ha habido en todo el mundo cristiano, ha sido causa de que no solamente en Sicilia, sino tambien en España se celebre su festividad con aquella solemnidad que merece la fama de sus virtudes.

La misa es del Comun de las vírgenes, y la oracion la que se sigue.

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatæ Rosaliæ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu, et ejus intercessione ab iracundiæ tuæ flagellis misericorditer liberemur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que sois nuestra salud, oye nuestras súplicas, para que así como nos regocijamos con la festividad de tu bienaventurada vírgen Rosalía, de la misma manera sintamos en nuestras almas un afecto de devocion piadosa, y por su intercesion nos libre tu misericordia de los castigos que deberia aplicar á nuestros delitos tu justicia: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10. *y* 11. *de la segunda del apóstol san Pablo á los corintios, y la misma que el dia III, fólio* 55.

REFLEXIONES.

Solas las primeras palabras del apóstol san Pablo, en que enseña á los corintios en dónde han de colocar su gloria, aplicadas á los portentosos hechos de la santa vírgen Rosalía, bastan á llenar de consternacion á los mundanos. Por una parte es preciso que se persuadan éstos á que la verdadera gloria del cristianismo no puede residir en otra parte que en el Dios de la gloria y de la magestad. Así lo atestigua san Pablo; así lo anuncia el Espíritu divino en multiplicados lugares de las santas Escrituras; y cuando la proterbia humana llegase hasta el extremo de negar su anuencia á testimonios tan divinos, la propia experiencia le haria confesar mal su grado, que no hay gloria verdadera en las cosas perecederas de esta vida. Por otra parte, el ver la determinacion de una santísima Doncella, que en la flor de su vida desprecia riquezas, estados, palacios suntuosos, córtes magníficas, y hasta el regalo mismo de vivir con sus padres, y todo esto por amor de Jesucristo; el ver que la Iglesia católica, que ademas de ser una congregacion de hombres regidos por un espíritu infalible y divino, es ademas abundantísima de hombres sabios y prudentes que distinguen los objetos, dando á cada uno lo que le pertenece; el ver á este cuerpo respetable aprobar, alabar y engrandecer

aquellos mismos hechos que aprueban las sagradas letras, les convence de que van errados, y de que el camino que han elegido para hacerse gloriosos no solamente es contrario al espíritu de Dios, sino á los dictámenes de la prudencia humana.

Pero sus pasiones les hacen un peso tan grande, que no pueden hacerse desentendidos á sus gritos continuados. Se hallan bien con la molicie, con el luxo y con la satisfaccion completa de todos sus apetitos. La vida espiritual se les presenta como una ocupacion llena de horror y de tristeza, y estas erradas consideraciones les hacen decidir contra aquello mismo que juzgan por razonable en aquellos momentos felices en que dan oidos á la verdad. Hombres errados, hombres ciegos, si vuestra conducta hubiese de tener un paradero dichoso, ¿pudiérais tranquilizaros en medio de vuestras pasiones? ¡Pero es creible que tantos santos como han seguido el contrario camino han de padecer alucinamiento, y solos vosotros habeis de haber conseguido la gracia de ver las cosas con una vista desembarazada y libre de las fantasmas y engaños que presenta el amor propio! ¡es creible que hayan de haberse engañado tantos penitentes, tantos anacoretas y tantos varones espirituales que han renunciado á las delicias de la carne por vivir crucificados con Cristo! ¡es posible que ha de llegar vuestra necedad hasta el extremo de condenar los portentosos exemplos que presenta la santa Vírgen que celebramos este dia! Porque no hay medio, si la gloria y la ventura pueden encontrarse en la satisfaccion de las pasiones, santa Rosalía hubiera procedido con error en abandonar la casa de sus padres, y sepultarse viva en unas cavernas espantosas, y negarse al trato de los hombres para vivir con solo Dios. La Iglesia misma podria engañarse en la veneracion y aplauso que tributa á estas grandes acciones. ¿Quién será aquel que tenga la temeridad suficiente para dar asenso en su corazon á semejantes consecuencias? Concluyamos, pues, que la verdadera gloria y dicha del cristiano no puede consistir sino solamente en Dios y en la práctica de aquellas obras que nos estan mandadas en la ley sacrosanta.

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus: quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem facientes sponso, dormitaverunt omnes, et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro: quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime vero veniunt, et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reyno de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de éllas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceyte; pero las prudentes tomaron aceyte en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entónces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dixeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceyte, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demas vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

De las vanas excusas que pone el amor propio á la vida austera y mortificada.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el amor propio es un enemigo tan astuto de la santificacion de nuestras almas, que procura por todos los medios imaginables, no solamente apartarnos del bien, sino inducirlos á practicar el mal.

Estos efectos tan perniciosos procura lograrlos de diversas maneras; pero la mas poderosa y la que le produce conseguido su fin con mas certidumbre, es aquella falsa persuasion que pone en nuestras almas, de que á todo trance lo primero que debemos amar son nuestras propias conveniencias. Este pensamiento hace que el hombre se ame á sí mismo con un notable exceso, constituyendo su exîstencia por un ídolo á quien sacrifica todas las máxîmas del evangelio, y todas las leyes de la vida espiritual. Por esta causa, dice san Agustin, que hay pocos mundanos que no sean idólatras, y que no solamente se verifica el extravío de la razon en adorar los placeres de la gula, como dice san Pablo escribiendo á los filipenses, sino en tantos otros ramos cuantos son los vicios que se apoderan del humano corazon. Todo pecado, dice este santo Padre, consiste principalmente en colocar en las cosas criadas aquel amor que á solo el Criador es debido. De consiguiente, como el pecador, aun en los mismos vicios, siempre sigue el dictámen de la naturaleza en solicitar su felicidad, aunque realmente yerra los medios, todo se le atribuye á sí mismo, y nada encuentra razonable sino cuanto puede contribuir á completar sus gustos. Como son incompatibles con éstos las austeridades del cristianismo, de ahí es que desde luego se decide á juzgar á favor de la carne y sangre, y á solicitar sus criminales complacencias.

Este es un engaño del amor propio, tanto mas perjudicial, cuanto suele confundirse con el mayor de los pre-

ceptos, y hacer un estrago asombroso en las personas espirituales. No hay duda que Dios nos manda que nos amemos á nosotros mismos, y que el amor ordenado, segun las reglas del evangelio, es la norma y pauta por donde debe arreglarse el amor que se tiene al próximo; pero en la inteligencia de este amor consiste el bueno ó mal uso que se hace de esta persuasion. La Verdad inconmutable nos asegura que el que aborrece su vida en este mundo, ese es el que la ama y conserva para la vida eterna. San Agustin (*Serm.* 47. *sobre el capítulo* 7. *de san Mateo*) asegura que la primera perdicion del hombre fue el amor de sí mismo. Y en otra parte (*cap.* 26. *manual.*) forma esta consecuencia: *Si todo el bien del hombre consiste en amar á Dios, todo el mal consistirá en amarse á sí mismo. Aprende, pues*, dice en otra parte, *á amarte no amándote*, que es decir, *aprende á amarte segun la sentencia de Jesucristo, que es teniéndote un santo ódio.* De aquí se infiere que el primero y mas perjudicial daño que causa el amor propio contra la vida espiritual, es el hacer creer que cuando seguimos los dictámenes de nuestras pasiones, caminamos seguros, y no solamente esto, sino que cumplimos el primero y el mayor de los divinos preceptos. Debe, pues, el cristiano estar muy alerta para no dexarse seducir de ideas tan perniciosas, y acordarse contínuamente de que no es incompatible, sino necesario al amor que nos tenemos, el santo ódio de nuestras pasiones y apetitos desarreglados que nos manda Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que del fatal principio de confundir el amor propio con el amor de Dios, resulta una infinidad de consecuencias que se derraman por toda la vida cristiana, llenando de óbices y dificultades todos los medios por otra parte necesarios á tu propia santificacion, y á la consecucion de la vida eterna.

Apenas hay virtud que no sienta los obstáculos con que procura persuadir el amor propio, ó que no es necesaria, ó que en tales circunstancias no estás obligado á su práctica. Frecuentemente se estan presentando á tu vista los objetos mas tristes y capaces de excitar tu con-

miseracion. Pobres desvalidos, que perdieron sus miembros en defensa de la patria, y en procurarte á ti la seguridad de que gozas; enfermos miserables, que oprimidos de la invisible mano de Dios, carecen de las fuerzas necesarias para adquirirse su propia subsistencia; viudas tristes, cargadas de hijos, y faltas de todos los medios humanos, no solo para educarlos para el comun provecho, sino aun para precaver que perezcan sus vidas á manos de la miseria; tales son los objetos que contínuamente imploran tu piedad. ¿Y cuáles suelen ser las persuasiones con que el amor propio endurece tus entrañas y te ata las manos para socorrerlos? ¿crees que su miseria es en mucha parte fingida? ¿te se figura que lo que emplees en aliviar á tus hermanos te ha de hacer falta para tu decente sustento, y ha de empobrecer á tus hijos? Y últimamente, ¿te engañas á ti mismo con la vana persuasion de que aquellos infelices encontrarán en otros mas poderosos el alivio de sus necesidades? ¡O engaño pernicioso del amor funesto y criminal que te tienes á ti mismo! Si tú en ese momento sientes los auxîlios de la gracia, y te niegas á cooperar con éllos, ¿cómo puedes persuadirte que lograrán aquellos miserables mejor suerte en los que tal vez no logran la dicha de tan santas inspiraciones?

Pero en lo que mas se advierte la seduccion del amor propio es en los exercicios de mortificacion y penitencia, en la abnegacion de sí mismo y en la abstraccion del mundo. ¡Qué de pretextos no busca tu gula para exîmirte de las austeridades del ayuno! ¡cuántas enfermedades te finge tu amor propio para libertarte de los sagrados preceptos de la Iglesia! ¡qué informes tan engañosos te obliga á hacer á los médicos temporales y espirituales! ¡qué excusas tan especiosas para obviar las espirituales medicinas que aplica el confesor á tu alma por medio de la mortificacion! ¡y qué imposibilidad finalmente en verificar la abstraccion de los espectáculos profanos, y de aquellas juntas peligrosas en que por lo comun perece la inocencia! Dios que ve todas las cosas con los ojos de su infinita sabiduría, ve tambien todos esos pretextos, todas esas excusas, todos esos engaños de tu amor propio, y no dudes que en el tribunal de su justicia los condena por delitos. El engañar á los hombres es negocio fácil; pero

el engañar á Dios es absolutamente imposible. Los preceptos de su ley llevan consigo el carácter de razonables, y segun la expresion del evangelio no son otra cosa que una carga ligera y un yugo suave. El defecto está solamente de parte de tu voluntad. Si no te determinas á macerar tu cuerpo con el ayuno, á sujetarle á la razon con el cilicio, y á poner freno á las rebeldes pasiones con todos los exercicios de la penitencia, no consiste en otra cosa sino en que te has formado un ídolo de ti mismo, á quien tributas tus adoraciones, y en que oyes con demasiada condescendencia las razones falsas con que el amor propio procura engañarte. O gran Dios, conozco en tu presencia los errados procedimientos con que he caminado en el discurso de mi vida. Conozco que he dado demasiado crédito á las sugestiones de mi amor propio, y á las enfermas inclinaciones de la rebelde concupiscencia. Ya que me habeis dado gracia para conocer en este momento la enfermedad de mi alma, dádmela tambien para que en lo sucesivo pueda aplicarla la saludable medicina.

JACULATORIAS.

Sensus et cogitatio hominis ad malum pronæ sunt ab adolescentia sua. Genes. cap. 8.

Conozco, Señor, que los sentidos y pensamientos del hombre estan inclinados al mal desde los primeros momentos de su vida.

Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam. Salm. 13.

Haced, Señor, por vuestra bondad infinita que no constituya yo la gloria en mí mismo, sino que la establezca siempre en la execucion de vuestra ley y en la adoracion de vuestro santo nombre.

P R O P O S I T O S.

El medio que nos dexó Jesucristo para conseguir la eterna bienaventuranza es el mismo de que nos debemos valer para vencer los engaños y perjuicios que nos ocasiona el amor propio. Jesucristo dixo, que si queríamos llegar á la vida eterna, era preciso observar sus mandamien-

tos. Esta sentencia que pronunció enseñando en el capítulo 16 de san Mateo á aquel jóven que le pedia instrucciones para alcanzar la eterna felicidad, se entiende igualmente de todos los cristianos. El cumplimiento de los divinos preceptos no puede verificarse sin seguir los pasos de nuestro capitan Jesucristo, y al mismo tiempo la santa doctrina que él mismo nos prescribió en su seguimiento. El mismo Señor dice: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz sobre sus hombros, y sígame*. Debe el cristiano abrazar la cruz de Jesucristo, en que estan significadas las austeridades, las penitencias y todas las calamidades de esta vida, y seguirle por aquel camino estrecho que nos dexó señalado con sus sagradas huellas. Aunque es verdad que todo esto no se puede verificar sin una entera contradiccion de las pasiones, tambien es cierto que esta contradiccion nos la representa el amor propio mas árdua y repugnante de lo que es en la realidad. Fixa tu consideracion en la historia de santa Rosalía, y hallarás mil apoyos de esta verdad. No era la Santa formada de otra materia que aquella de que tú estás formado. El pecado original habia dexado en élla despues del bautismo todos aquellos resabios y estímulos que quiso Dios que permaneciesen en nosotros despues de la regeneracion, para que tuviésemos motivo de entrar en penosas luchas, y de conseguir ilustres victorias. Era hija de reyes, criada con todas las delicadezas de la opulencia; habia tenido siempre al rededor de sí todo el cúmulo de delicias, que son frecuentes en los palacios de los grandes monarcas; era una jóven tierna, delicada, con todos los atractivos de la naturaleza, y la materia mas á propósito para cebar el fuego del amor propio. Con todo eso, mira como esta santa Doncella concibe el gran proyecto de vivir apartada del mundo, de abandonar sus esperanzas y delicias, y de encerrarse en una gruta horrorosa por todo el resto de su vida. Considera el inaudito valor con que pone en execucion este santo proyecto, é infiere la provechosa consecuencia de que si no te resuelves á tener una vida tan austéra y mortificada, es porque das demasiado asenso á las persuasiones de tu amor propio. Resuélvete, pues, desde este dia á cortar las cadenas con que ese monstruo infernal te tiene atado, y sea

este el efecto que causen en ti los admirables exemplos de esta santa Anacoreta.



DIA QUINTO.

San Julian, obispo de Cuenca.

NOTA DEL TRADUCTOR.

"Dos veces hace mencion de san Julian el martirologio » romano; una en el dia de su preciosa muerte, que sucedió el 28 de enero del año 1208, y otra el 5 de septiembre, en que la santa iglesia de Cuenca, por concesion y » por precepto del papa Julio III., celebra su principal solemnidad, trasladada á este dia por mas proporcionado » para las grandes limosnas, ú otras diferentes obras pias » que en honra de su grande obispo y patron exercíta en » él aquella noble ciudad. Toda la iglesia de España repite tambien en él segunda conmemoracion del mismo » Santo, solemnizando la magnífica translacion de sus milagrosas reliquias, que se hizo con ostentoso y devotísimo aparato en 11 de abril de 1518, compitiendo la multitud de los milagros con la piedad y con la pompa de » los regocijos, pues hubo dia en que se contaron catorce, y todos legalmente autentizados. Ni en uno ni en » otro dia tuvo presente nuestro Autor original la portentosa vida de este insigne Santo; sin duda porque » le omite en su oficio la iglesia galicana, privando á la » devocion española del religioso gusto con que la leeria » tratada por su delicada pluma. Insinuósele al Traductor » este piadoso desconsuelo por un zeloso individuo del » ilustrísimo cabildo de la santa iglesia de Cuenca, asegurándole que así aquel respetabilísimo cuerpo como todo el obispado se daria por servido de que se hiciese lugar en el *Año cristiano* al compendio de las heróicas virtudes con que ilustró á España, y añadió tanto esplen-

„dor á la Iglesia su santísimo Patrono; insinuacion tan „autorizada y tan justa, que no sufria resistencia, aun „cuando el amor á la nacion, y la particular veneracion „que profesa el Traductor al mismo Santo le permitiesen „alguna libertad para que fuese meritorio el rendimien„to. Pero destinando el P. Croisset el dia 5 á la vida de „san Lorenzo Justiniano que le corresponde; y no pare„ciendo justo desatender la devota curiosidad de los lec„tores, interesada en las noticias de un santo, cuyo nom„bre se oye con tanta distincion como respeto en toda „la universal Iglesia, y cuya vida tiene tambien cierto no „sé qué de original, tomó el partido de dexarla en el mis„mo dia 5, como tambien lo practíca Ribadeneyra y otros „escritores de vidas de santos, que tal vez traen dos y „mas en el mismo dia."

San Julian, obispo y patron de Cuenca, ornamento de la Iglesia, honor inmortal de España, y gloria de la ciudad de Burgos, nació en élla el año de 1128. Su concepcion tuvo muchas señales de milagrosa, ó por lo menos mas se debió á las oraciones de sus piadosos padres, que á los esfuerzos regulares de la naturaleza. Contaban muchos años de casados sin el consuelo de sucesion, ni esperanza de tenerla; acudieron al cielo con fervorosas súplicas, y fueron atendidos sus deseos. Hízose embarazada su madre, y un sueño que tuvo el padre de Julian en este tiempo le puso en expectacion, de manera que sin dexar de ser cuidado, se ladeaba mas la inclinacion á interpretarle misterio. Representóle una noche la fantasía que ardia en vivas llamas su cuarto, y que sin respetar el incendio se iba ocupando todo él de aves nocturnas, de animales obscuros y de feas sabandijas, que con sus ingratos ahullidos y con su tedioso aspecto eran horror de los ojos y tormento de los oidos. Pero notó que saliendo de su muger un hermoso cachorrillo, mas blanco que la misma nieve, cambió el voraz incendio del cuarto en un inocente resplandor con las brillantes y lucidísimas centellas que despedia por los ojos y la boca, al mismo tiempo que con sus apacibles ladridos despejó la pieza de tanto animal inmundo; y hecho esto, se volvió el tierno cachorro

á refugiarse en su alvergue. Despertó, comunicó el sueño á su muger, y conviniendo ámbos en que eran especies demasiadamente arregladas para que las enlazase el casual desórden de la imaginacion, naturales entre la confianza y el susto, esperaron á que el tiempo aclarase su significado.

Solo tardaron en entenderle lo que tardó el niño en nacer. Luego que vió la luz levantó el tierno bracito, echó la bendicion á los circunstantes, como lo hacen los obispos cuando bendicen el pueblo. Al asombro que causó esta maravilla se siguieron inmediatamente otros dos, que fueron al mismo tiempo interpretacion del misterioso sueño, y explicacion de la primera. El mismo dia que bautizaron al niño se oyó en el ayre una suavísima música de los ángeles, que cantaban este mote: *Hoy ha nacido un niño, que en gracia no tiene par*; y al mismo tiempo que le estaban bautizando, se dexó ver sobre la pila un ángel en figura de un niño hermoso y corpulento, con una mitra en la cabeza y con un báculo pastoral en la mano, que decia: *Julian ha de ser su nombre.* Esta continuacion de prodigios se pudiera llamar, aun mas que vaticinios, historia de lo futuro, ó noticia puntual de lo que Julian habia de ser.

Ahorró á sus devotos padres el cuidado de la educacion, porque desde que fue capaz de élla mostró que no la habia menester. Prevenido con mucha anticipacion de la divina gracia, comenzó á ser santo antes de ser hombre; y cuando apenas asomaba en su entendimiento el uso de la razon, ya era muy conocido en su inocente alma el uso de la virtud. Niño en los años, y maduro en las costumbres, castigaba en su tierno cuerpo la inocencia, como si tomara venganza de la malicia. Aún no sabia pecar, y ya sabia ayunar, haciéndolo tres dias cada semana, con tanto rigor, como si castigara desórdenes de la gula el que apenas habia aprendido á comer. Desconoció enteramente las travesuras de la niñez, y todos sus juegos se reducian á retirarse largos ratos, y rezar con tierna devocion muchas oraciones que tenia señaladas para cada dia.

Correspondieron sus progresos en el estudio de las letras á sus adelantamientos en la ciencia de los santos. Hízose dueño de la latinidad, de las artes liberales y de la

sagrada teología con tanta rapidez y con tanta felicidad, que mereció pasar de discípulo á maestro, enseñando esta última facultad con tanto crédito de su sabiduría, como concepto de su elevada virtud. Murieron sus padres en esta sazon; y dexándole heredero de un honrado patrimonio, no faltaron amigos que le aconsejasen siguiese el exemplo de los que le habian dado el sér, abrazando el mismo estado para perpètuar en su descendencia los bienes que poseia. Despreció unos consejos en que tenia mas parte el espíritu del mundo que el espíritu del evangelio, y resolvió conservar perpétuamente intacta su virginal pureza, para que fuese mas grata al Señor la entrega que ya le habia hecho de todo su corazon.

Con este espíritu de devocion y de recogimiento labró una humilde casita, pegada por una parte al convento de san Agustin, y por ótra á una ermita que habia sido habitacion de santo Domingo de Silos, para que una y otra vecindad fomentasen el retiro, y fuesen incentivo á su fervor. El exemplo de los religiosos avivaba en él la devocion, y la memoria del milagroso Ermitaño encendia mas y mas en su corazon el amor á la soledad.

No debió de bastar esta señal á los que le importunaban sobre que se casase, para que conociesen que eran muy distintos sus santos pensamientos; y acaso con el fin de que les entrase por los ojos el desengaño, manifestando con las obras que ya habia tomado su partido, recibió las cuatro primeras órdenes, pero sin querer pasar de éllas hasta haber recogido mas caudal de devocion y de virtud, persuadida su humildad á que todavía le faltaba mucho para el que pedia la sublime dignidad del sacerdocio. Fue en fin promovido á élla, y con la nueva dignidad, si no se vió en Julian otro nuevo hombre, se hizo por lo menos muy perceptible á todos una palpable renovacion de fervor.

Pareciéndole que podia ser tibieza en el sacerdote la que era devocion en el seglar, se entregó total y absolutamente á la oracion, al estudio y al retiro. Celebraba cada dia el santo sacrificio de la misa en el altar del devoto y milagroso crucifixo con tanto recogimiento, con tanta compostura, con tanta gravedad y con tanta devocion, que la comunicaba á todos los asistentes; de mane-

ra, que los que estaban en el templo indevotos, solo con verle celebrar se reconocian compuestos y salian compungidos. Las dulces lágrimas que se desprendian de sus ojos eran ternura, sin dexar de ser inundacion; y dándose por entendidos los corazones de los que las observaban, hacian devota compañía las que se derramaban en la iglesia á las que se vertian en el altar.

Desde él se retiraba á su cuarto, y el tiempo que no dedicaba á la oracion le empleaba en el estudio de la sagrada Escritura, y en la atenta leccion de los santos padres y doctores de la Iglesia, negándose absolutamente á la lectura de autores profanos; persuadido á que esta especie de erudicion en quien no tiene obligacion de dedicarse á élla ó por instituto, ó por ministerio particular, si no desdice de la santidad del sacerdocio, contribuye poco á perfeccionarla; y cuando no disipe el espíritu, á lo menos le deseca. No habia que hablarle en negocios puramente seculares. En no perteneciendo directa ó indirectamente á la salvacion de las almas, ó al bien espiritual de sus próximos, no solo se negaba resueltamente á sus oficios, sino tambien á su noticia: pronto, expedito y siempre eficaz en los primeros, se hacia del todo sordo á los segundos; siendo de dictámen que el sacerdote debe ser contínuamente mediador entre Dios y el pueblo; pero nunca entre el pueblo, el interes, la ambicion, la conveniencia ó la codicia.

Estimulado del zelo y de la obligacion en que le empeñaba su estado, cuando se halló con suficiente caudal de doctrina, por no estancar las aguas que tenia recogidas en su cisterna, derivadas de la fuente del Salvador, determinó comunicarlas á los pueblos por el ministerio de la predicacion. Dió principio á él predicando en las aldeas ó poblaciones reducidas de los contornos de Burgos. El fruto correspondió á la solidez de los sermones, á la pureza de la intencion y á la santidad del predicador. Envidiosa con santa emulacion la misma ciudad de Burgos de que los extraños, por decirlo así, se comiesen su substancia, le dió á entender que pedian la razon, la justicia y la obligacion que el zelo comenzase por los propios; y como en Julian era encogimiento y desconfianza lo que parecia extrañeza, fácilmente se rindió á los deseos de

sus conciudadanos. Comenzó á predicar en las iglesias de la ciudad, y desde luego se conoció que eran estrecho teatro para los concursos las mas capaces iglesias. El aplauso fue sin igual, pero no fue estéril. Al número de los concursos correspondia el número de las conversiones; y cuando todos salian de sus sermones diciendo, que nunca habia hablado así otro algun hombre, acreditaban sus lágrimas, sus sollozos, y la mudanza de las costumbres la verdad de lo que decian. Sin esta verdadera prueba los mayores aplausos de los predicadores son estruendo de la lengua, y ojarasca de los oidos, á excusas del buen juicio, y sin noticia del corazon. Extendida por toda la España cristiana la fama del nuevo Predicador, fueron muchas las provincias que le deseáron, y muchas tambien las que le oyéron; experimentando con la general reforma que la fama era menor que su mérito, y que aquella voz que suele cobrar mas fuerzas cuanto mas camina, con efecto habia llegado algo cansada á sus oidos.

Experimentólo así la santa iglesia de Toledo, y ansiosa de aumentar su esplendor con aquella brillante antorcha, como tambien de disfrutar mas de asiento su doctrina, su apostólico zelo, y sus exemplos, deseó, solicitó y consiguió hacerle prebendado suyo, con la sobresaliente dignidad de arcediano. Fue Julian modelo de arcedianos, como lo habia sido de sacerdotes y de predicadores. El coro, los pobres, la vigilancia sobre las costumbres, la proteccion de las viudas y el amparo de los huérfanos, sus acostumbrados sermones, el estar pronto para servir al prelado siempre que éste imploraba las funciones de su ministerio, siendo *el ojo de la mano derecha del obispo*, segun la expresion de los sagrados cánones; estos fueron los contínuos exercicios de nuestro santo Arcediano: tan distante de representar la nueva dignidad con diferente aparato, que nunca se consideró mas obligado á dexarse ver en su casa y en el público con mas humildad, con mayor moderacion, ni con mas pobre decencia.

Alfonso VIII. rey de Castilla, auxíliado del rey de Aragon, habia conquistado pocos años antes la ciudad de Cuenca, restituyéndola á su legítima dominacion, despues de haber sufrido la tiránica de los sarracenos. Muerto don Juan Yañez, su primer obispo, despues de la conquista,

juzgó el Rey que no podia presentar para aquella silla hombre mas benemérito que á nuestro arcediano de Toledo. Sobresaltóse extrañamente la modestia de Julian cuando entendió la resolucion del Monarca: representó, instó, suplicó, lloró y protestó la falta de virtud, de talentos y de fuerzas; pero le fue preciso obedecer, siendo su misma resistencia el mejor testimonio del acierto, y el fiador mas seguro de la eleccion.

Consagrado ya obispo, tuvo poco que hacer para disponer su familia. Reducíase toda élla á un solo criado, que le servia de page, de capellan, de limosnero, de mayordomo y de secretario. Llamábase éste Lesmes, hombre en todo tan parecido á su amo, que rindió la vida en servicio de la caridad, y mereció á la iglesia de Burgos, donde recibe culto su cuerpo, las veneraciones de Santo. Con esta comitiva se dirigió Julian á su obispado, y entró á pie en la ciudad de Cuenca, sin admitir otro recibimiento que el que le hicieron (y él no podia excusar), las ánsias de los pobres, las esperanzas de los huérfanos y los suspiros de los necesitados.

Excedió con muchas ventajas toda su espectacion. Declaró desde luego que no se interesaria ni en un solo maravedí de las rentas de su obispado, y cumplió á la letra lo que declaró. Dedicólas todas hasta el último cornado al sustento de los pobres, á la redencion de los cautivos, á dar estado á las huérfanas desamparadas, á satisfacer deudas de los encarcelados, á socorrer hospitales, á erigir y dotar otros nuevos, y á diferentes pias fundaciones; cuya memoria subsiste hoy en aquella ciudad, donde parece que dexó la caridad como en herencia, y la misericordia como fruto del terreno, ó como temperamento del clima. Miéntras tanto el obispo, y su capellan, á imitacion de san Pablo, se sustentaban con el trabajo de sus manos, haciendo cestillas, que vendian para alimentarse, y les sobraba mucho del producto, que se agregaba á la gruesa de los pobres; porque para ayunar los dos, necesitaban poco dinero. Era mucho el despacho de estas cestillas, porque en cada una de éllas llevaban los compradores un seguro depósito de milagros, como se experimentó en una furiosa pestilencia, que afligió en tiempo del santo Obispo á la ciudad, en la cual ningun enfermo las tocó, que no

hubiese encontrado en éllas la salud: prodigio que aun despues de muerto el Santo se experimentó por largo tiempo en muchas enfermedades, supliendo las cestillas de san Julian lo que faltaba al acierto de los médicos, ó á la eficacia de las medicinas.

No podia olvidarse de las obras de misericordia espirituales el que con tanto esmero se dedicaba al exercicio de las corporales, y era preciso que en su apostólico zelo ocupasen el primer lugar las necesidades del alma, cuando se hacian tanto en su caritativa compasion las indigencias del cuerpo. Estaba aún muy reciente en la diócesi de Cuenca la memoria de los infieles que la habian tiranizado, para que todavía no se conservasen muchas huellas, que la mezcla de los moros habia estampado en las costumbres de los cristianos. Para borrarlas del todo visitaba Julian indefectiblemente cada año su obispado; y era cada visita, no como quiera una reforma, sino una visible transformacion de los pueblos. Persuadido á que arreglado en los eclesiásticos el modelo de la grey saldria sin defectos la fundacion del rebaño, se dedicaba principalmente á la buena formacion de aquéllos. Se compadecia de los flacos, abatia el orgullo de los díscolos: castigaba á los obstinados, nunca daba cuartel á los escandalosos, pero en todo preferia los suaves medios de la dulzura á las severidades del rigor; y cuando echaba mano de éstas, daba bien á entender que la aspereza de la medicina no era desabrimiento del médico, sino maliciosa rebeldía de la enfermedad. Con este método consiguió en breve tiempo que el clero de la diócesi de Cuenca fuese como un animado exemplar á toda la clerecía de España; y para conservar en la suya los frutos de la reforma ponia el mayor cuidado en no conferir las órdenes á sugeto alguno cuyas exemplares costumbres no legitimasen la pureza de la vocacion, y no pronosticasen el desempeño del estado, siendo de parecer, que rara vez se hace un eclesiástico ajustado de un seglar escandaloso.

Ademas de las exhortaciones públicas que hacia en tiempo de la visita, cuando se retiraba á la capital predicaba todas las semanas á los muchos infieles que habia aún dentro de élla; y para que se extendiese el mismo beneficio á los muchos mas que estaban esparcidos en todo el obispa-

do, iba de pueblo en pueblo exercitando el propio ministerio, con lo que hacia innumerables conquistas para Jesucristo, desterrando el alcorán, introduciendo el evangelio; y al mismo tiempo que alumbraba la ceguedad de los moros con las luces de la fe, movia la dureza de los cristianos á la reforma de la vida.

Pero ninguna cosa le ganó mas los corazones de todas sus ovejas, que aquellas entrañas de misericordia con que se deshacia en beneficio de éllas el liberalísimo Pastor. Esta inagotable caridad, que fue su verdadero carácter, le mereció innumerables favores del cielo, y fue acreditada con otros tantos prodigios En cierta ocasion tuvo por convidado en la mesa de los pobres al mismo Jesucristo, que le agradeció lo que hacia por éllos, honrándole con el título de *buen amigo suyo*, y prometiéndole en premio la eterna bienaventuranza. En ótra vió repentinamente colmada de trigo su panera para socorrer cierta necesidad, siendo así, que, reconocida un poco antes, se allaba sin un grano: en ótra se vió entrar por la ciudad una milagrosa recua cargada de granos, sin guia, ni conductor, que se dirigió al palacio del Obispo, dexó caer los costales, y desapareció sin poderse averiguar quién la habia conducido. Dió órden el Santo á su fiel criado Lesmes que al punto repartiese todo aquel trigo entre los pobres, proporcionando la distribucion á la necesidad de cada uno: hízolo Lesmes con tanto zelo y con tanta actividad, que rindió la vida al exceso del ttabajo: mártir de la caridad, que murió de fatiga, porque ótros no pereciesen.

Claro está que el enemigo de la salvacion no habia de mirar con indiferencia aquel varon de misericordia, cuyas obras eran tan gratas á los ojos del Señor. Armóle todo género de lazos para derribarle. Uno de los muchos dias que ayunaba á pan y agua se fue Julian á sentar á la mesa; cuyo aparato se reducia á una pobre servilleta sobre una tosca tabla. Encontró en élla una hermosa trucha como de tres libras, cuya frescura era capaz de dispertar al mas dormido apetito. Sorprendióse el obispo; preguntó á su criado quién la habia puesto allí; respondió con verdad que no lo sabia; y sospechando Julian el artificio del enemigo comun, fue á cogerla para arrojarla en un pozo, y desapareció la trucha, quedando descubierto el lazo.

Estaba el Santo rezando en otra ocasion con el recogimiento que acostumbraba: entró un hombre en su cuarto cargado con talegos de moneda; y sin mirarle por no interrumpir su devocion, creyendo que sería el mayordomo, le preguntó: *¿Qué traes ahi?* *Señor, el dinero de las rentas*, respondió el hombre aparente. No ignoraba Julian que todas las devengadas estaban ya bien expendidas; pero persuadiéndose que podia ser alguna de aquellas milagrosas providencias á que estaba tan acostumbrado, iba á tomar el dinero, cuando éste, y el que le traía se desvanecieron en humo, pero tan pestilencial y hediondo, que por largo rato dexó inficionada la habitacion con un hedor abominable; convirtiéndose en despecho de Satanás el imaginario triunfo, porque la accion de Julian fue efecto de la confianza, impulso de la caridad y desprecio de la codicia.

Tercera vez volvió á la carga el no escarmentado enemigo. Habia rescatado nuestro Santo á una doncella noble, natural de la ciudad de Burgos, á quien habian hecho cautiva los moros de Granada, y puesta ya en libertad, la habia casado con un caballero de iguales circunstancias; pero era ya muerta sin que Julian lo supiese. Estando un dia en oracion, oyó una voz que le dixo: *Julian, siervo de Dios, ¿qué es lo que haces? ¿duermes? ¿no me conoces?* Abrió los ojos, y viendo junto á sí á la que se le figuró la doncella rescatada, le preguntó sobresaltado qué se la ofrecia: á que respondió la presentada muger, con halagüeña ternura, que venia á mostrarse agradecida á su caridad, y á corresponder obsequiosa á tanto como le debia, arrimándose miéntras tanto hácia Julian, y añadiendo otras palabras de cariño. A este tiempo sintió el Santo que con mano invisible le daban un empellon, y oyó una voz que le decia: *¿Qué haces Julian? Mira que no es la que piensas, sino el sucio y abominable Satanás que intenta engañarte*; y al punto desapareció el enemigo. Quedó nuestro Santo extrañamente confuso; y pareciendo á su delicadeza que habia tenido algun descuido, le lloró amargamente, haciendo penitencia de él toda su vida.

Habiendo sido ésta no menos dilatada, que llena de virtudes, de exemplos y de merecimientos, quiso en fin premiárselos el Señor; y para purificarle mas le envió una

enfermedad no menos grave, que penosa, la que entendió Julian habia de ser la última. Cuando le pareció tiempo pidió los santos sacramentos, y para recibirlos con mas devoto aparato se vistió de pontifical; pero despues de recibidos, se despojó de los ornamentos de la dignidad, se vistió un áspero cilicio, se tendió en el duro suelo, se cubrió de penitente ceniza, no admitiendo otra almohada que la de una dura piedra; y cuando ya habia entrado en la agonía, vió venir hácia si una hermosísima doncella, cuyo ropage excedia en candor á los ampos de la nieve, y el resplandor que despedia de sí obscurecia los mismos rayos del sol. Traia en la cabeza una guirnalda de rosas; acompañábala una brillante tropa de vírgenes celestiales, y todas cantaban con dulcísima armonía aquel verso del Eclesiástico: *Veis aquí al gran sacerdote que en sus dias agradó al Señor.*

Dióle milagrosas fuerzas la visita celestial; hincóse de rodillas, rindió mil gracias á la Madre de Dios por aquel inestimable favor, y alargándole una palma la benignísima Señora, le dixo: *Toma, siervo de Dios, esta palma en señal de la virginidad y pureza que siempre has guardado.* Desapareció la vision; y poco despues se fue tambien tras de élla la purísima alma de nuestro Santo, desprendida de su cuerpo, un domingo 28 de enero del año 1208 á los ochenta de su edad. Al mismo tiempo que espiró viéron cuantos se halláron presentes que salió de su boca un hermoso ramo de palma mas blanca que la misma nieve, el que se fue elevando por el ayre hasta esconderse en los cielos, los cuales se rasgáron á vista de todos, y se oyó la música de los ángeles.

A una concepcion verdaderamente milagrosa, á un nacimiento acompañado de prodigios, á una vida llena de milagros, y á una muerte tan colmada de portentos, se siguieron tantos despues de élla, que la devocion de los pueblos comenzó á aclamarle santo; instando porque fuese elevado de la tierra, como se hizo pocos años despues, y colocándole sobre el altar de santa Agueda, se le rindió culto, se le celebró fiesta, y se le hizo lugar en el kalendario. Trescientos y diez años se mantuvo su cuerpo en este altar, hasta que en el de 1518, siendo pontífice Leon X. y reynando en España Cárlos Quinto, fue solemnísima

mente trasladado al que hoy ocupa. Cuando se abrió la urna para registrar el santo cuerpo se halló tan entero y tan sin corrupcion como si espirára en aquel punto; y las vestiduras tan nuevas y tan flamantes como si acabaran de salir de la tienda. Estaba vestido de pontifical, mitra de raso blanco labrada de oro en la cabeza, báculo pastoral, cáliz y vinageras, todo de plata, sobre el santo cuerpo, y al lado un ramo de palma, tan verde y tan frondoso como si le acabaran de cortar. Esta solemne translacion es la que celebra hoy toda la iglesia de España, y en este dia solemniza la santa iglesia de Cuenca la fiesta principal de su patrono san Julian.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Excita, quæsumus, Domine, in populo tuo spiritum charitatis, quo beatum Julianum, confessorem tuum, atque pontificem, replere dignatus es: et concede, ut cujus festivitatem celebramus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que excites en tu pueblo aquel espíritu de caridad de que llenaste á tu confesor y pontífice el bienaventurado Julian, para que caminemos á ti, imitando los exemplos de aquel, cuya fiesta celebramos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 20. de los hechos Apostólicos.

In diebus illis: A Mileto Paulus mittens Ephesum, vocavit majores natu ecclesiæ. Qui cum venissent ad eum, et simul essent, dixit eis: Vos scitis á prima die qua ingressus sum in Asiam, qualiter vobiscum per omne tempus fuerim, serviens Domino cum omni humilitate, et lacrymis, et tentationibus: quæ mihi acciderunt ex insidiis judæorum: quomodo nihil subtraxerim utilium, quo minus annuntiarem vobis, et docerem vos publice, et per do-

En aquellos dias: Estando Pablo en Miléto, envió mensageros á Éfeso para llamar los ancianos de la iglesia. Despues que llegáron y estuviéron juntos, les dixo Pablo: Vosotros sabeis cómo me he portado con vosotros en todo el tiempo, desde el primer dia que entré en la Asia, que serví al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, entre los contratiempos y aflicciones que me sucedieron por las asechanzas que me armaron los judíos; que no oculté á vuestro conocimiento cosa al-

mos, testificans judeis atque gentilibus in Deum pœnitentiam, et fidem in Dominum nostrum Jesum Christum.,,

guna de las que os podian ser útiles; no dexando por caso alguno de anunciarla, ni de instruiros públicamente, y en las cosas, exhortando á los judíos y á los gentiles á convertirse á Dios por la penitencia, y á creer en nuestro Señor Jesucristo...

NOTA.

"Contiene el libro de los hechos Apostólicos todos los »principales sucesos de la primitiva Iglesia desde la Ascen»sion de Cristo á los cielos hasta el primer viage que hizo »san Pablo á Roma, y mansion en élla por espacio de dos »años; es decir, hasta el año 61 ó 63 de Cristo; de donde in»fiere san Gerónimo, que san Lucas, autor de este libro, le »compuso en la misma ciudad de Roma. En la historia »evangélica escribió lo que habia oido y lo que habia visto »en la apostólica."

REFLEXIONES.

Testigos sois del modo con que me porté con vosotros, sirviendo á Dios con toda humildad. Esta fue la virtud de san Pablo, y esta fue tambien, por decirlo así, la virtud de Cristo: *Discite á me, quia mitis sum, et humilis corde.* Es la humildad el cimiento de toda virtud, y el título primordial para tener derecho á la eterna bienaventuranza. Con élla se puede aspirar á su dichosa posesion; y sin élla es vana toda posesion de conseguirla jamás. La soberbia precipitó de la córte celestial á los ángeles rebeldes, y la humildad la volvió á poblar de tantos espíritus verdaderamente humildes. No hay virtud que esté mas á mano para todos: ninguno hay que no se encuentre á sí mismo muy pequeño si se mira con ojos sanos. Los empleos, los títulos, el nacimiento, las dignidades en sí mismas tienen algun precio, pero no le comunican; el verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas: el mas grande es el mas humilde; porque la soberbia y el orgullo siempre acreditan poco corazon y poco espíritu. Basta haber pecado, ú poder pecar para que vivamos siempre humildes. La virtud, la inocencia, el mérito y la misma santidad

ofrecen grandes materiales al exercicio de esta virtud. Ninguno hay que no pueda, y no deba humillarse; el grande, conociendo su nada; el pequeño, amando su obscuridad y su abatimiento. Si Dios hubiera hecho dependiente nuestra salvacion de otra virtud, muchos quizá se considerarian excluidos de su reyno; pero ninguno se puede excusar de ser humilde. No hay cosa mas fácil que el ser santo, cuando el ser humildes no es tan natural. Pero se trata ahora de aquella humildad especulativa, que consiste solo en conocer cada uno la pobreza de sus talentos: este conocimiento le tienen todos los hombres capaces, y solamente los tontos pueden dexar de tenerle. Háblase de la humildad cristiana, que es la humildad de corazon. Esta no solo abre los ojos del conocimiento propio; no solo enseña el baxo concepto que cada cual sabe debe tener de sí mismo, sino que se alegra de que los demas hagan tambien el mismo baxo concepto. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde: para ser humilde es menester complacerse en la humillacion, y este es el fundamento del edificio cristiano.

El evangelio es del cap. 6 de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra: ubi ærugo, et tinea demolitur: et ubi fures effodiunt, et furantur. Thesaurizate autem vobis thesauros in cœlo: ubi neque ærugo, neque tinea demolitur: et ubi fures non effodiunt, nec furantur. Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit. Si autem oculus tuus fuerit nequam, totum corpus tuum tenebrosum erit. Si ergo lumen, quod in te est tenebræ sunt: ipsæ tenebræ quantæ erunt? Nemo potest duobus dominis servire: aut enim unum

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: No querais recoger y guardar tesoros en la tierra, donde el orin y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban; sino recoged y guardad tesoros en el cielo, donde no hay ni orin ni polilla que los consuma, ni ladrones que los desentierren ni roben; porque donde está tu tesoro, allí está tu corazon. Tu ojo es la luz de tu cuerpo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso; mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Si pues la luz que hay en tí son tinieblas, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas? Ninguno puede servir á dos señores; porque ó aborrecerá á úno, y amará al ótro,

odio habebit, et alterum diliget, aut unum sustinebit, et alterum contemnet. Non potestis Deo servire et mammonæ. Ideo dico vobis, ne soliciti sitis animæ vestræ quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini. Nonne anima plus est quam esca? et corpus plus quam vestimentum? Respicite volatilia cœli, quoniam non serunt, neque metunt, neque congregant in horrea: et Pater vester cœlestis pascit illa. Nonne vos magis pluris estis illis? Quis autem vestrum cogitans potest adjicere ad staturam suam cubitum unum? Et de vestimento quid soliciti estis? Considerate lilia agri quomodò crescant: non laborant, neque nent. Dico autem vobis, quoniam nec Salomon in omni gloria sua coopertus est sicut unum ex istis. Si autem fœnum agri, quod hodie est, et cras in clibanam mittitur, Deus sic vestit: quanto magis vos modicæ fidei? Nolite ergo soliciti esse, dicentes: Quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur? hæc enim omnia gentes inquirunt. Scit enim Pater vester, quia his omnibus indigetis. Quærite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.

ó sufrirá á úno, y despreciará al ótro. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por esto os digo, que no andeis solícitos de vuestra vida sobre lo que habeis de comer, ni de vuestro cuerpo sobre lo que habeis de vestir. ¿No es mas la vida que el alimento, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen el trigo en sus graneros; y vuestro Padre celestial las sustenta. ¿No sois vosotros mucho mas que éllos? ¿Quién de vosotros puede con todos sus cuidados añadir un codo á su estatura? ¿Y por qué andais solícitos por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo, no trabajan ni hilan. Mas yo os digo, que ni Salomon en toda su gloria estuvo tan bien vestido como uno de éstos. Pues si Dios viste así la yerba del campo que hoy exîste, y mañana se echa en el horno, ¿quánto mas á vosotros hombres de poca fe? No querais pues andar solícitos, diciendo: ¿Qué comerémos, ó qué beberémos, ó con qué nos cubrirémos? porque todas estas cosas andan buscando los gentiles. Vuestro Padre sabe la necesidad que teneis de todas éllas. Buscad primero el reyno de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán.

MEDITACION.

De la caridad con los pobres.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la caridad, ó la misericordia con los pobres es una tierna compasion del alma á vista de las miserias y de las necesidades agenas, con un vivo deseo de remediarlas. Un corazon duro es señal de alma negra y maligna. Es la compasion una virtud connatural al hombre: apenas hay bárbaro que pueda mirar á sangre fria las lágrimas y el desconsuelo de ótros. Ninguna cosa hace los hombres mas semejantes á las fieras que la inhumanidad; y ninguna es mas propia de un verdadero cristiano que la misericordia. Con mucha frecuencia nos la inculcó Jesucristo, haciendo de élla como un mandamiento, ó precepto suyo muy particular, y queriendo que las obras de misericordia fuesen como las únicas condiciones, ó precisos títulos, por los cuales nos habia de conferir el reyno de los cielos. Quiere que la caridad que tiene Dios con los hombres sea, por decirlo así, la medida de la que nosotros debemos tener con nuestros hermanos: *Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial.* ¿A cuánta bondad, á cuánta compasion, á cuánta liberalidad nos obliga este precepto? pero en medio de eso, ¿cuáles son sus efectos?

En vano nos dice el Salvador que él mismo es el que nos pide limosna; que á él mismo se la damos: *mihi fecistis*; tiénese por una figura retórica, que se lee, ó se oye con admiracion. ¿Créese por ventura que se dá al mismo Jesucristo la limosna que se hace? ¿créese que Jesucristo es el que gime en los calabozos donde todo le falta? ¿créese que es el que desfallece en los hospitales, el que se muere de hambre y de miseria en las casas particulares, mientras tú engordas entre la abundancia, y mientras los regalos, la profanidad, y los excesos te acortan los dias de la vida? ¿Juzgas que fue efecto de la casualidad, ú de la industria el que los bienes se hayan como desatado sobre tu casa y sobre tu familia? Aquel Dios que todo lo dispone con infinita sabiduría, te hizo rico para que fueses padre, tutor y curador de los pobres. Como tengas cuidado de alimentar á éstos que

puso Dios á tu cargo, consiente el mismo Señor que tú te pagues el primero; mas con la precisa condicion de que has de proveer las necesidades de los pobres. No los olvidó en la distribucion y en la economía de su providencia. Dióte Dios esos bienes con la indispensable condicion y carga de cuidar de los infelices. ¿Pero se cumple el dia de hoy con esta obligacion indispensable? ¡O Dios! ¿cuántos ricos se condenan por no haber socorrido á los pobres?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la misericordia con los pobres, no solo es prenda que asegura los bienes de la otra vida, síno fuente inagotable de las prosperidades de ésta. ¡Cosa extraña! cada dia se están arruinando las casas, consumiéndose las mas floridas rentas, y haciéndose los mas locos, los mas supérfluos gastos por el deseo de la gloria de sobresalir y de distinguirse. Cómprase muy caro un poco de polvo que se echa á los ojos de las gentes, y un relámpago fugaz que se desvanece en un instante: hácense grandes gastos para dar al mundo unas escenas teatrales, que deslumbran, que engañan, que divierten por algun tiempo, y al cabo ordinariamente se terminan en confusion, en desprecio y en mucha burla del mismo que las dió. Por el contrario, ¿cuánto honor haria á todos los hombres ricos una liberalidad verdaderamente cristiana? ¿Qué accion mas gloriosa, ni mas noble que sacar de la miseria, y arrancar como de los brazos de la muerte á un número sin número de infelices? Y aun en máxîmas del mundo, ¿qué obra mas heróica, mas magnífica que ser, por tu liberalidad, como un glorioso redentor de muchas familias honradas, á quienes una secreta, muda y vergonzosa miseria iba á precipitar en la desesperacion, y tú las restituiste á la salvacion y á la vida? ¿No es mas glorioso dar el pan á Jesucristo en la persona de los pobres, que mantener una docena de holgazanes, solícitos en vivir á costa agena para ser mas disolutos?

Atribúyese la inconstancia de las prosperidades á mil accidentes, á mil acasos, que ciertamente no tuvieron parte en élla. La causa mas frecuente de estos trastornos, de esas revoluciones de fortuna, es la dureza de los ricos con los pobres. Niéganse á Dios los intereses, y así no hay que extrañar que te haga perder el principal. No le das el fruto, y

quítate el fondo: *Aliis locabit agricolis*. Si se cierra el canal por donde ha de correr el agua, ¿qué mucho que se divierta á otra parte? ¿Quieres fixar la rueda de esa próspera fortuna? ¿quieres que las rentas y las posesiones sean por largos siglos hereditarias en tu familia? ¿quieres que pase la abundancia á una dilatada série de descendientes tuyos? Pues sé rico en misericordias, sé liberal, sé magnífico, sé pródigo en limosnas. El mayor título para las prósperidades es la subsistencia de los pobres; el bien que se hace á éllos interesa al mismo Dios; todo cuanto se les dá se pone á lucro. No esperes que tu habilidad, ni tus precauciones hayan de asegurar á tus hijos esa rica hacienda: mas virtud, mas fuerza tiene la limosna que todas las escrituras, ni todos los contratos. ¿Dónde hay gloria mas brillante, ni mas sólida que la que produce la misericordia con los desdichados? Pon los ojos en san Julian: su caridad le despojó de todos sus bienes hasta de los precisos para sustentarse ¡Pero qué gloria, qué consuelo el de este gran Santo por haber sacrificado cuanto tenia en alivio de los pobres!

¿Cuándo ha de llegar el tiempo, divino Salvador mio, en que vuestro exemplo me inspire esta misericordia para con todos los menesterosos? Mucha necesidad tengo de vuestra gracia; y así os la pido, Señor, y con élla aquellas entrañas de misericordia con los infelices, que son un manantial inagotable de todos los bienes.

JACULATORIAS.

Beatus qui intelligit super egenum, et pauperem: in die mala liberabit eum Dominus. Salm. 40.

Bienaventurado aquel que se compadece del pobre y del menesteroso, porque el Señor se compadecerá de él, y le librará en el dia de su mayor tribulacion.

Pauperi porrige manum tuam, ut perficiatur propitiatio et benedictio tua. Ecclesiast. 7.

Alarga tu mano al pobre para que tu caridad sirva de sacrificio de propiciacion por tus pecados, y para que el Señor eche la bendicion sobre tus bienes.

PROPOSITOS.

Acuérdate de que no te hizo Dios rico para ti solo: dióte los bienes que posees para ti y para los pobres. Siendo padre

de todos, ¿á qué fin te habia de conceder á ti tantas cosas supérfluas, dexando á tantos ótros sin las necesarias? No los ama menos que á ti, ni tú le costastes menos que éllos: de su pura liberalidad recibiste todas estas posesiones. *¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si no lo hubieses recibido?* dice el Apóstol. Advierte, pues, que esas riquezas se te dieron á título oneroso, esto es, para el sustento de los pobres. Quiere Dios que goces de tus bienes; pero quiere tambien que los pobres tengan parte en éllos. No olvides, pues, esta obligacion de una caridad indispensable, y desde hoy mismo imponte una ley de que no se te pase dia sin hacer alguna limosna á proporcion de tus haberes. Aunque pagases á Dios el diezmo de tus bienes, no harias demasiado, pues al fin es el primer Señor y el soberano dueño de todos. ¡Escandalosa injusticia! ¡dureza impía! ¡Cuánto se gasta en mantener gordos los perros y los caballos, dexando perecer miserablemente de hambre muchas familias! Haz reflexîon á lo que en un solo dia gastas en el juego, y consumes en tus diversiones, considerando que eso solo bastaria para sacar de miseria á gran número de infelices.

2 No te pide Dios que te despojes de todos tus bienes aunque lo hicieron muchos santos. Tampoco te pide que te hagas esclavo para rescatar á ótro; heroísmo de caridad que todos admiramos en un san Paulino, y que solicitó despues imitar santo Domingo. Pídete que de cuando en cuando visites los pobres en los hospitales; que socorras á los vergonzantes; que vayas á consolar á los enfermos y á los encarcelados, alentándolos con tus consejos, y solicitando su libertad con tus buenos oficios, en cuanto lo permita la justicia. No te empobrecerán estas obras de misericordia; antes bien enriquecerán no solo á los pobres, sino á tus mismos herederos. En fin, rescata tus pecados con la limosna. Si tienes tres hijos, dice san Agustin, haz cuenta que tienes cuatro, contando á Jesucristo por uno de éllos: susténtale, y vístele en la persona de un pobre.

☞ DIA QUINTO.

San Lorenzo Justiniano, obispo y confesor.

San Lorenzo Justiniano, cuya memoria celebra hoy la santa Iglesia, fue de la ilustre casa de Justiniani, tan conocida en Venecia, en Génova, en el reyno de Nápoles, en la isla de Córcega, y en la de Chío. Nació en Venecia el dia primero de julio del año 1381, siendo sus padres Bernardo Justiniani, y Quirina, señora mucho mas respetada por su virtud, que por el esplendor de su sangre. Salió Lorenzo al mundo con tan bello natural, con inclinaciones tan nobles y tan cristianas, que el gran cuidado de sus padres en darle la mejor educacion solo sirvió para que se descubriese mas de cerca la nobleza de su genio, y las excelentes prendas de su grande corazon. Quedó viuda su madre siendo aún muy jóven, y dedicó toda su aplicacion á criar bien á Lorenzo. Considerando un dia la modestia, la circunspeccion, el extraordinario juicio que mostraba en todo el tierno niño acompañado todo con cierta grandeza de alma, poco correspondiente á su edad, se la ofreció si acaso sería efecto de alguna soberbia oculta, secreto orgullo, y propia satisfaccion. Declaró á Lorenzo estos temores; y el santo Niño le respondió sonriéndose: *No temais, madre, y señora, no tengo otra ambicion que la de ser cada dia mayor siervo de Dios, y mas devoto que todos mis hermanos.*

Presto verificó su proceder esta especie de profecía, pues no hubo niño que menos lo fuese, ni menos lo pareciese. Fue su primera juventud como un prodigio de inocencia y un milagro de virtudes. En medio de una multitud de jóvenes viciosos, divertidos y disolutos: en un siglo en que la corrupcion de las costumbres parecia haber inundado toda la tierra: este caballerito jóven, rico, bien dispuesto, lleno de espíritu y de fuego, en la edad de diez y ocho á veinte años fue perfecto modelo de todas las virtudes, y la admiracion de toda Venecia.

Alma tan privilegiada no estaba destinada para el mundo, habiéndole formado el Señor para ornamento del estado regular y para gloria del eclesiástico. Aunque vivia en el mundo como el mas perfecto religioso, suspiraba sin cesar por el retiro del claustro, haciéndosele intolerables las mas inocentes conversaciones por el amor que tenia á la oracion, á la soledad y al recogimiento. Acompañaba siempre al fervor del espíritu la mortificacion de la carne, y aplicaba todas sus buenas obras, exercicios y penitencias para que el Señor le diese á conocer el estado en que era su voluntad le sirviese; pues no reconocia otra regla para gobernar todas sus operaciones. Tardó poco en resolverse; porque hallándose un dia en oracion á los pies del crucifixo, y en presencia de una imágen de la santísima Vírgen, sintió su corazon todo encendido en un género de desacostumbrado fervor; y renunciando desde entónces generosamente todas las tentadoras esperanzas con que el mundo le lisonjeaba, y todas las conveniencias de su ilustre casa, resolvió vivir en adelante para solo Dios, sin reconocer jamás otro amo, ni otro dueño. Acabada su oracion, se fue derecho al convento de los canónigos regulares de san Jorge de Alga, isla que forma el golfo como á media legua de la ciudad: pidió con instancia ser recibido en el número de éllos, y como abogaban por él su nobleza, su virtud y todas sus bellas prendas, logró desde luego lo que pretendia.

No solo tuvo que mudar de vida con la mudanza de estado, sino que fue preciso moderar en la religion su fervor, y poner tasa al rigor de sus penitencias. Nombrósele por maestro de novicios á su tio materno Martin Quirino, hombre de santa vida; pero éste muy desde luego confesó con ingenuidad que su novicio estaba mucho mas alelantado en los caminos de Dios que su maestro y director. Contaba á la sazon solos diez y nueve años, y no obstante eran tan extraordinarios sus progresos en la virtud y en la ciencia de los santos, que ya desde entónces era modelo de perfeccion á todos los religiosos. Desde el primer dia de su noviciado se prescribió ciertas devociones, que jamás omitió despues en todos los dias de su vida. Sus abstinencias y sus ayunos fueron muy rigurosos y contínuos, sus vigilias excesivas. Quedábase en la iglesia desde

maytines hasta prima, y jamás se arrimaba á la lumbre por violento y por cruel que fuese el frio, aunque era de un temperamento extraordinariamente delicado, débil y sensible. Impúsose una ley de no beber jamás fuera de las comidas, aunque se abrasase de sed y de calor. Intimáronle algunos padres ancianos á nombre de todo el capítulo que moderase sus rigores: *Bien está*, respondió el Santo, *yo obedeceré*; *pero ya cuidará Dios de recompensarme por otra parte de vuestra demasiada indulgencia.* Efectivamente, pocos dias despues se cubrió de lamparones; pusiéronle en cura, aplicáronle el hierro y el fuego muchas veces; atormentáronle horriblemente, dando igual exercicio á su paciencia, que á la admiracion de cuantos eran testigos de su invencible sufrimiento; pues no dió otra señal de sus vivísimos dolores que pronunciar los dulcísimos nombres de Jesus y de María. Y aun así como que se avergonzaba y se reprendia de su poco valor, comparando lo que padecia con los tormentos de los santos mártires, que tantas veces sufrieron el de las planchas encendidas.

Era la humildad su favorecida virtud, y así nada deseaba con mayor anhelo que pasar toda la vida en un estado humilde, obscuro y abatido; pero en este particular no condescendieron los superiores con su inclinacion, ni dieron oidos á su repugnancia. Obligáronle á recibir los sagrados órdenes, y le elevaron a los primeros empleos de la religion. Concurrian en tropas los fieles á oirle celebrar el santo sacrificio de la misa por la devocion con que se ponia en el altar; y las muchas lágrimas que derramaba compungian á los asistentes, avivando en éllos las luces de la fe. Sin atender á su corta edad ni á los pocos años que tenia de religion le hicieron superior, obligándole á ocupar los primeros puestos, que desempeñó siempre con dignidad y con acierto. Por los sábios y prudentes estatutos que formó cuando le eligieron general, es reputado por el verdadero fundador de la congregacion de san Jorge. Segunda vez le hicieron general de toda la órden, cuando el papa Eugenio IV., plenamente informado del extraordinario mérito y de la eminente virtud del Siervo de Dios, le hizo obispo de Venecia en el año de 1433. Por mas que se resistió le fue forzoso obedecer y consagrarse,

velando en la iglesia, y pasando en oracion toda la noche que precedió al dia de su consagracion.

Hallándose ya obispo, no por eso alteró en nada la religiosa vida que habia observado entre los canónigos reglares de san Jorge. Sin cercenar un punto su oracion aumentó las vigilias, por tener mas tiempo entre dia para dedicarle á los negocios y á las necesidades de su rebaño: y por mas que procuraba disimular sus mortificaciones y sus abstinencias, le fue imposible ocultar á la noticia del público una parte de sus mas secretas austeridades. Pero donde mas resplandeció su modestia y su cristiana simplicidad fue en el arreglo de su familia y en la frugalidad de su mesa. Aunque se veia elevado á una de las mayores sillas episcopales de la Iglesia, no gobernó su tren y su equipage por otras reglas que por la de su virtud y su humildad. Decia que todo el esplendor de su dignidad se debia derivar de la virtud; queria que los pobres entrasen siempre á la parte de sus rentas, y que, por decirlo así, fuesen contados en el número de sus familiares y de sus domésticos.

La dureza con que en todo tiempo trataba á su inocente cuerpo, nunca disminuyó ni su afabilidad, ni la inalterable dulzura con que recibia á todo el mundo; ganándole tanto el corazon de todos, que esto mismo le facilitó la reforma de su clero; pues al ver su admirable desinteres, y movido de sus grandes exemplos, se sujetó á todo lo que quiso, y admitió cuanto le prescribió para restituir á su antiguo vigor la disciplina. Muchas veces se anticipaba á sus edictos la reforma de las costumbres. Amaban y estimaban tanto las ovejas al pastor, que ninguna se atrevia á descarriarse del aprisco; oyendo todas su voz con tanta docilidad y con tanto respeto, que á la primera visita mudó de semblante todo el obispado. Ultrajáronle ciertos hombres disolutos y atrevidos con algunas sátiras mordaces y picantes; pero el santo Obispo no se valió de otros medios para convertirlos, que de su paciencia y de su moderacion. No hubo impiedad tan orgullosa ni tan fiera que pudiese resistir á su virtud, desarmando su mansedumbre á los mas insolentes, cuya conversion se consideró como uno de sus mayores milagros. Muchos obró su extraordinaria caridad con los pobres.

Sucedió no pocas veces que despues de consumido y expendido todo el dinero por asistirlos en sus necesidades, se halló socorrido de Dios por caminos imprevistos y no esperados. Pidióle un pariente suyo algun socorro para casar á una hija suya como correspondia á su calidad, y el santo Obispo, sordo siempre á las voces de la carne y sangre, le respondió, que si le daba una corta cantidad, de nada le servia; y si se la daba mayor, cometeria un hurto quitando sus bienes á los pobres.

Nunca se comprendió mejor el mucho bien que puede hacer un santo obispo en su diócesi, que en el pontificado de nuestro Santo. Sus rentas eran cortas, pero era grande su zelo. Sustentaba una multitud de pobres, que al parecer bastaban para empobrecerle á él; siendo muy rara la familia necesitada á quien no socorriese con alguna limosna. No solo aumentó el número de los canónigos de su catedral, fundando algunas prebendas para que se celebrasen los oficios divinos con mayor dignidad, sino que fundó tambien muchas iglesias colegiales en muchos lugares de su obispado, donde hasta entonces apenas habia un sacerdote. Igualmente fundó él solo quince comunidades religiosas, proveyéndolas de todo lo necesario; y reformó así la profanidad de los trages como la corrupcion de las costumbres en todo su obispado.

Hacia muy alto aprecio de su virtud el papa Nicolao V. mirándole con la mayor veneracion, y deseaba colocar aquella grande antorcha en puesto mas elevado desde donde pudiese difundirse mas en la Iglesia su brillante resplandor cuando sucedió la muerte de Dominico Milcheli, patriarca de Grade, en el año de 1451. Y bien persuadido á que ni el senado ni la ciudad de Venecia consentirian nunca en que se les privase de su santo Prelado, resolvió trasladar el patriarcado de Grade á la silla episcopal de Venecia, precisamente en consideracion de nuestro Santo. Costó mucha dificultad hacerle aceptar esta nueva dignidad, y fue necesaria toda la autoridad del Papa para vencer su repugnancia por lo mucho que sobresaltaba á su humildad cualquiera cosa que oliese á lustre, aparato y esplendor. No se disminuyó su fervor con el peso de los años. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa con nueva devocion, creciendo cada dia su

amor á Jesucristo y su ternura á la santísima Vírgen, por lo que cada dia le colmaba tambien el Señor de nuevos favores. Cierto santo ermitaño, que mas habia de treinta años vivia en la isla de Corfú con grande opinion de santidad, aseguró á un noble veneciano que Dios estaba extremamente irritado contra la ciudad de Venecia, la que ya hubiera experimentado los terribles efectos de su cólera, si no la hubieran desarmado las oraciones del santo Patriarca.

Habia tiempo que se iban sensiblemente debilitando sus fuerzas, sin ser posible reducirle nunca á que moderase algo sus apostólicos trabajos, sus mortificaciones y su abstinencia, cuando diciendo misa un dia de Navidad se sintió extraordinariamente encendido en un vivísimo deseo de gozar de Dios, y de verle cara á cara. Al salir del altar le asaltó la calentura, y en pocos dias le reduxo al último peligro. Siempre habia dormido sobre la dura tierra, y no se pudo conseguir de él que mejorase de cama en la última enfermedad. *Jesucristo murió en una cruz*, decia el Santo á los que le apuraban sobre esto, *¿y quereis que un pecador como yo muera en una blanda cama?* Dábanle mucha pena los desvelos y la solicitud de los que le asistian por procurarle algun alivio, y no fue posible vencerle á que admitiese el mas mínimo, ni aun se le pudo persuadir á que interrumpiese su abstinencia. En fin, habiendo recibido los santos sacramentos, y despues de haber consolado á sus familiares, que se deshacian en lágrimas, diciéndoles no debian celebrar con llanto el dia mas alegre de su vida, entregó tranquilamente su espíritu al Señor el dia 8 de enero del año 1455, á los sesenta y tres y medio de su edad, lleno de dias y de merecimientos, dotado con el don de profecía y de los milagros, que continuaron despues de su muerte. Todos convinieron en que las obras que dexó al público estan mas llenas de sólida piedad que de afectada erudicion, siendo dificultoso leerlas sin que el alma se sienta movida á la devocion que respiran.

Fue preciso dexar expuesto el santo cuerpo por muchos dias á la veneracion de los pueblos que concurrieron de todas partes luego que se extendió la noticia de su muerte. Suscitóse una disputa sobre el lugar de su sepultura

entre el cabildo de la catedral y los canónicos reglares de san Jorge, por cuyo motivo estuvo el cadáver descubierto por espacio de sesenta y siete dias en la sacristía de la iglesia patriarcal, sin que al cabo de tan largo tiempo se experimentase ni la mas mínima señal de corrupcion. Hizo el Señor glorioso su sepulcro con gran número de milagros; por los cuales, y por la santidad de su vida se movió á beatificarle el papa Clemente VIII., precediendo las formalidades necesarias; y el papa Alexandro VIII. le canonizó solemnemente el año de 1690, fixando su fiesta, por órden de la santa Sede, al dia 5 de septiembre, que acaso sería el de la translacion de sus reliquias.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Laurentii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem: Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad de tu confesor y pontífice san Lorenzo Justiniano, crezca en nosotros el espíritu de la piedad, y el deseo de nuestra salvacion: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 2. de la primera del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Ego cum venissem ad vos, veni non in sublimitate sermonis, aut sapientiæ, annuntians vobis testimonium Christi. Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. Et ego in infirmitate, et timore, et tremore multo fui apud vos; et sermo meus, et prædicatio mea non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis: ut fides vestra non sit in sapientia hominum, sed in virtute Dei.

Hermanos: Cuando vine á vosotros, vine á anunciaros el testimonio de Jesucristo, no con sublimidad de palabras ó de sabiduría. Porque no crei que sabia otra cosa estando entre vosotros, que á Jesucristo, y éste crucrificado. Y yo estuve entre vosotros con mucho abatimiento y temor y temblor; y mi conversacion y predicacion fue, no con palabras persuasivas de la humana sabiduría, sino en la manifestacion del espíritu y de la virtud; para que vuestra fe no estribe en sabiduría de hombres, sino en la virtud de Dios.

NOTA.

»Desde el principio de esta epístola declara san Pablo »á los corintios que no les predicó á Jesucristo crucificado »do buscando voces escogidas, ni afectando una elocuen»cia profana, sino llana, humilde y sencillamente; por»que la palabra de Dios no necesita de artificios ni de »afeytes para persuadir.

REFLEXIONES.

No vine á vosotros con sublimidad de palabras. ¡Qué escándalo! ¡qué monstruosa contradiccion la de los ministros del evangelio si en sus afectados sermones buscan sus aplausos al mismo tiempo que estan predicando las humillaciones, los abatimientos de todo un Dios! Entonces en lugar de espantar, de aterrar la divina palabra á manera de un rayo fulminado, no hace mas que lucir y brillar débil y rápidamente á modo de exhalacion ó de relámpago, divirtiendo á los oyentes tranquilos y sosegados. Esto es lo que el mismo Apóstol llama corromper y adulterar la palabra de Dios: *adulterantes verbum Dei.* Pues qué ¿la palabra de Dios necesita de artificios ni de afeytes para persuadir? ¿depende su virtud de nuestra elocuencia? ¿eran muy hábiles en el arte de hablar doce pobres pescadores ignorantes, idiotas y groseros? ¿en qué escuela habian estudiado las flores y las figuras retóricas? Predicaron estos apóstoles con una admirable sencillez aquellas incomprensibles verdades, aquella doctrina dura, ingrata, y por decirlo así, alborotadora, y se la predicaron á los griegos que se preciaban de una sabiduría enteramente humana, fundada toda en la razon natural; predicaron estas verdades á los romanos orgullosos, fieros y sensuales; predicáronsela á todas las naciones, las mas bárbaras; y esos griegos, esos romanos, esas naciones sujetaron su razon, rindieron su imaginaria sabiduría, todo su entendimiento, todas sus luces á las verdades de la fe, y todo el Universo se convirtió. S. Pedro convirtió con su primer sermon en medio de la misma Jerusalen cerca de tres mil personas; ¿deberánse todas estas maravillosas conversiones á la elegancia de las voces, á los ingenio-

sos borneos de los oradores, á la brillantez de los pensamientos y á la artificiosa elocuencia de los predicadores? ¿y no es este artificio puramente humano el que el dia de hoy embota la punta de las mayores verdades, debilitando toda su fuerza? Apenas se convierte en diez años un solo pecador con una espesa nube de predicadores que estan resonando por esos púlpitos, siendo así que se predican las mismas verdades: ¿de dónde nacerá tan prodigiosa esterilidad en una misma semilla? Nace de que muchas veces la quita toda su virtud el artificio con que se la prepara. Ya no se predica la palabra de Dios, sino una palabra puramente humana; ¿pues de qué nos admiramos, ó qué maravilla es que produzca tan poco fruto? Dichoso aquel que solo aprecia no saber mas que á Cristo crucificado. ¿Y tendrán esta divina sabiduría las personas inmortificadas, las sensuales, aquellos idólatras de las diversiones y de los pasatiempos? ¡Ah, y cuántas verdades nos descubre la vista sola de un crucifixo! En él veo un prodigio de amor, un terrible exemplo de justicia, un motivo y un modelo de penitencia muy persuasivos. En él veo hasta dónde nos amó el buen Jesus; hasta dónde llegó su aborrecimiento al pecado; hasta dónde debo yo aborrecer á la culpa, y hasta dónde debo amar á Jesus. Olvidemos todo lo demas para grabar bien en nuestros corazones unas lecciones tan necesarias.

El evangelio es del capítulo 25. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat,

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre, que debia ir muy lejos de su pais, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á ótro dos y á ótro uno, á cada cual segun sus fuerzàs, y se partió al punto. Fue, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con éllos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en

abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multùm verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit ei alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, suprà multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium domini tui.

la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dixo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he grangeado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

Cómo nos hemos de aprovechar de los talentos que Dios nos dió.

PUNTO PRIMERO.

Considera, dice san Gregorio, que ese señor que hizo un viage fuera de su pais es nuestro Redentor. Este divino Señor es el que nos ha enriquecido con sus dones. ¿Qué cosa buena tenemos que no la hayamos recibido de su liberalidad? Los talentos naturales, los dones de la gracia, el tesoro de los sacramentos, los beneficios particulares, los bienes comunes, la misma vida; todo cuanto tenemos nos viene de este soberano dueño, y de su bondad hemos de recibir todo cuanto esperamos. ¿Quién no sabe que todos los bienes de la naturaleza, todos los tesoros de la gracia, todas las riquezas de la gloria estan á su disposicion? ¿qué afectos de amor y de respeto no deben ocu-

par nuestro corazon hácia tan grande y tan amable dueño? ¿Y cuánto debe ser nuestro eterno agradecimiento? ¿cómo nos debemos aprovechar de todos estos bienes? Puédese decir que todos nosotros somos como ecónomos de este divino amo. Confiónos todos los bienes, todos los talentos que tenemos; pero nos los confió solamente para que negociásemos con éllos; ninguno nos dió de que no nos haya de pedir estrecha cuenta, ninguno que no estemos obligados á ponerle á lucro para su mayor gloria. Pero ¿y cómo nos hemos aprovechado de éllos hasta aquí? ¿cuál ha sido nuestro reconocimiento? ¿hemos considerado todas esas prendas de alma y de cuerpo, todos esos bienes de la vida y de la fortuna, todas esas gracias y esos auxîlios sobrenaturales como puros beneficios de su misericordia? ¿no hemos abusado de esos bienes? ¿qué gloria ha sacado Dios de éllos? ¿ignoramos por ventura que si abusamos de éllos, si los aplicamos á otros fines que á aquellos á que fueron destinados, si los disipamos como lo hizo el infiel administrador, Dios los retirará. Ya no nos concederá ni mas tiempo, ni mas medios para negociar; castigará nuestra infidelidad y nuestra negligencia con todo el rigor de su justicia, y nos dexará en una desdichada pobreza, que nos oprima sin recurso: *Dominus meus aufert à me villicationem.* ¿Cuántos siervos inútiles hay hoy en el siglo, en la Iglesia y en el estado religioso? Habian recibido grandes talentos, tenian grandes bienes, y por consiguiente grandes medios para santificarse; se les habian dispensado gracias. Lo mal que usaron de éllas, la negligencia con que las cultivaron, la pérdida, ó por lo menos la inutilidad de todos esos talentos por culpa suya, todos son documentos que se añaden á los autos. ¿En qué parará el juicio? ¿cuál será la sentencia?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque los dones y los talentos sean diferentes, el fin siempre es uno mismo. Distribuye Dios sus gracias, sus favores, sus beneficios en quien quiere y como quiere; pero en esta diversa distribucion á diferentes sugetos, y en esta desigualdad de talentos concedidos á sus siervos, siempre tiene Dios igualmente por motivo su

mayor gloria, y la salvacion de aquellos á quienes se los concede. Quiere Dios que cada uno cultive y aproveche sus talentos con todo el ardor, con todo el zelo y con toda la posible aplicacion. ¿Corresponde siempre la utilidad y el producto á la intencion del soberano dueño? ¿merecerán todos los siervos que el amo los honre con elogios de su fidelidad? ¿qué uso se hace de los bienes de la naturaleza, de la fortuna y de la gracia que se han recibido? ¿qué uso se hace de las prendas de alma y cuerpo, de los auxîlios sobrenaturales, de aquellas gracias que muestran especial amor y particular benevolencia? Hácense lucir los talentos, no se sepultan los tesoros, no se entierran las buenas prendas; ¿pero se aprovecha todo esto para el cielo? No se pasa la vida en ociosidad; ¿pero aquello en que se emplea acreditará á todos de buenos y de fieles siervos? ¿es posible que el mundo no se llevará los réditos de todos esos bienes? ¿es posible que no trabajará por el mundo con preferencia al fin que todos nos debemos proponer en la negociacion con los talentos? ¿qué cuenta se dará á Dios de esas bellas prendas de alma, empleadas, ó por mejor decir, perdidas y malogradas en puras vagatelas? ¿de esas hermosas prendas del cuerpo, que quizá solo sirvieron á la perdicion del alma? ¿de esas riquezas consagradas á la profanidad, al fausto, al orgullo y al regalo? ¿de esa salud tan mal aprovechada? Pues qué, ¿solo te habia hecho Dios grande, noble y rico para facilitarte los medios de desagradarle y de ofenderle con mayor libertad? ¿y esas nobles prendas de corazon y de alma, ese entendimiento despejado, ese espíritu vivo y penetrante, ese genio superior, esa brillantez solo te la concedió el Señor para que fueses mas fiero, mas ambicioso, mas soberbio, y acaso tambien mas peligroso enemigo de Dios, valiéndote quizá de tu mismo ingenio para hacer que triunfe el vicio; para excusar la disolucion, para propagar el espíritu del mundo, y puede ser que tambien para derramar y sostener el error? Dime, ¿esas ricas galas, esos trofeos de la mas altanera vanidad, todas esas locas profusiones en espléndidos banquetes, en soberbios muebles, en magníficos equipages; ese juego tan desbaratado en que muchas veces se pierde en una sola noche la renta de todo un año; esos dispendios, esos gastos, aun mucho

mas vergonzosos é indecentes; dime, repito otra vez, ¿sería todo esto el fin que Dios se propuso cuando te dió mas bienes que á los ótros? Una de dos, ó has de decir que nada de eso se lo debes á Dios, lo que sería una impiedad, una horrible blasfemia, ó has de confesar que tienes que dar á Dios una terrible cuenta de todos los beneficios espirituales y corporales que has recibido de su mano.

Mi Dios, confieso que cuanto tengo lo he recibido de vos, y declaro que nada quiero tener que no sea dirigido á vuestra mayor gloria. Gimo, Señor, cuando considero lo mal que he usado de todo: *Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi.* Tened todavía un poco de paciencia conmigo, que yo os restituiré todo lo que os debo.

JACULATORIAS.

Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Matth. 18.

Dadme, Señor, un poco mas de tiempo, que yo os prometo no emplear de aquí adelante los talentos que me habeis dado, sino en serviros mas y mas con éllos.

Omnia propter semetipsum operatus est Dominus. Prov. 16.

Bien sé, Dios mio, que todo lo habeis criado para vuestra mayor gloria; y así de hoy mas este será el único fin de todas mis acciones.

PROPOSITOS.

Todo lo hemos recibido de la liberal mano de Dios; no hay bien ni talento que no sea don de su bondad; de élla esperamos todo cuanto puede lisonjear nuestros deseos. Nosotros no somos mas que administradores, ó á lo sumo unos como mayordomos de este soberano dueño: sabemos que le hemos de dar menuda cuenta de todo lo que nos han entregado; y en medio de eso, ¿quién piensa en esta cuenta que ha de dar? Úsase de los talentos y bienes recibidos como si fueran frutos propios nuestros. Las pasiones, la concupiscencia, los pasatiempos, el interes, el amor propio; á esto se dirige, por lo comun, el uso que hacemos de todos estos bienes. ¿Cuándo se ha visto desórden mas universal ni mas extraño? ¿no te remuerde cosa alguna la conciencia en este punto? Exâmina hoy en qué

has empleado hasta ahora tus bienes y tus talentos. ¿No se mezcló nunca en este empleo la vanidad, la ambicion ni la inclinacion á los pasatiempos? No creas que esta doctrina es un mero consejo de perfeccion; es precepto formal y positivo que habla con todos, y á todos los estrecha con la mayor obligacion. ¡Cuánto te sorprenderás, cuánto te espantarás, cuál será tu asombro cuando en el último momento de la vida te pida el soberano Dueño estrecha cuenta de todo lo que recibiste! Trata de hacer práctica una reflexîon tan importante.

2 Toma desde luego una viva y eficaz resolucion de tener siempre á Dios delante de los ojos en el buen uso de todos tus bienes y talentos. Si te hallas dedicado al sagrado ministerio, sea la gloria de Dios, la salvacion de las almas, y sobre todo, la tuya propia el principal motivo y como el primer móvil de todas tus funciones. Si estás dentro del mundo no uses de tus bienes á otro fin. Del buen uso de éstos depende tu salvacion.

DIA SEIS.

San Bertin, abad de Sithieu.

Hácia el fin del siglo séptimo y hácia el principio del octavo dió el Señor al mundo cristiano un exemplo de perfecto desasimiento, y un excelente modelo de la perfeccion religiosa en la persona de san Bertin. Era pariente cercano de san Omer, y por consiguiente su familia una de las mas nobles y mas poderosas del pais. Nació en Goldenthar, patria de san Omer, ó por lo menos en el territorio de Constancia en el alto Rin, que separa al pais de los suizos de la Suabia. Fruto fue de la cristiana educacion que le dieron, y sobre todo de la gracia sobreabundante con que le previno Dios desde la infancia, aquella anticipada virtud que se dexó admirar en el niño Bertin desde sus primeros años.

El esplendor de su nacimiento, la opulencia de su casa, su grande espíritu y las demas bellas prendas de que

estaba dotado, todo concurria á prometerle las mayores esperanzas, abriéndole una carrera toda cubierta de flores. Presentábale el mundo á manos llenas lo mas lisonjero y lo mas tentador que posee en esto que se llama fortuna; no habia puesto tan elevado ni empleo tan distinguido á que no pudiese aspirar racionalmente. Conspiraba todo á brindarle con las conveniencias y con las mas exquisitas dulzuras de la vida en una edad en que la apariencia sola de los honores deslumbra, y la esperanza de los placeres encanta. Pero todos estos halagüeños atractivos hicieron poca impresion en el niño Bertin. El gusto que tomaba á la oracion y á los libros devotos, las vidas de los santos que leia frecuentemente, su contínua meditacion en las verdades eternas de la religion, y la tierna devocion á la santísima Vírgen, todo esto le inspiraba disgusto y tédio á cuanto sonaba fortuna, elevacion y brillantez, comunicándole una grande inclinacion, un singular amor al recogimiento, á la soledad y al retiro. Movióle mucho el exemplo que le acababa de dar su ilustre pariente san Omer, el cual, prevenido con la misma gracia que Bertin, lo habia abandonado todo por seguir á Jesucristo, y se habia ido á encerrar en el célebre monasterio de Luxeu, en el condado de Borgoña. Habia tiempo que nuestro Santo andaba tambien meditando volver las espaldas al mundo, y así le pareció que ya no debia detenerse mas á deliberar; por lo que resuelto á imitar el mismo exemplo, y á tomar el mismo partido, puesto que para éllo le solicitaba tambien la misma gracia, sin dar oidos á las voces de la carne y sangre, se determinó en fin á seguirle. Tenia dos estrechos amigos, llamados Momolein y Ebertran, que habian contraido con él la mas fina amistad, uniendo á todos tres la conformidad de genios y de inclinaciones, los cuales no bien entendieron su resolucion, cuando le quisieron tambien acompañar en su retiro. Partieron todos tres á Luxeu, donde fueron tiernamente recibidos del abad san Walberto, que lo era á la sazon de aquella célebre y santa comunidad despues de la muerte de san Eustaquio, sucesor de san Columbano, su primer fundador, y que tanto la habia ilustrado con su santidad y con sus milagros.

Vivian en aquel santo monasterio menos como hombres que como ángeles, mas de quinientos monges, cuyo fervor

creció visiblemente con el de los tres novicios. Sobresalia mucho en el exercicio de todas las virtudes san Omer, que habia algunos años se hallaba en el monasterio. Este fue el modelo que Bertin se propuso á sí mismo para la imitacion; y aunque el original descollaba tanto en las virtudes monásticas, presto le compitió la copia. Desde luego se dexó admirar su modestia, su humildad, su mortificacion, su piedad y su frecuente trato con Dios en la oracion. Apenas podian comprender los mas ancianos lo mismo que estaban viendo; esto es, cómo un jóven ilustre, dotado de tan nobles prendas, y en la flor de su edad, habia llegado casi á lo mas alto de la perfeccion dos meses despues que habia dexado el mundo. Verdad es que ahorró mucho camino su recogimiento interior, su exâcta observancia hasta de las reglas mas menudas, y los rigores de su asombrosa penitencia; de manera, que toda aquella numerosa comunidad de Luxeu no tuvo la menor duda de que con el tiempo sería el novicio uno de los mayores santos que ilustrasen al monasterio.

Acabado el tiempo de la probacion y noviciado, hizo Bertin la profesion juntamente con sus compañeros; y considerando el superior los méritos de todos tres, y los grandes servicios que podian hacer á la Iglesia, los obligó á ordenarse de sacerdotes despues de haber recibido los demas órdenes sagrados. Con el sacerdocio adquirieron nuevo realce las virtudes de san Bertin; y por la disposicion con que recibió los sagrados órdenes mereció aquella abundancia de gracias y de dones sobrenaturales que acompañan al sagrado carácter cuando se recibe dignamente. Parecia Bertin en el altar un abrasado serafin; tanto se manifestaba hácia afuera en divinos ardores y en dulces copiosas lágrimas el encendido amor de Dios que inflamaba su corazon. Habia sido promovido san Omer al obispado de Teruana, ciudad de los Paises Baxos, en el condado de Artois, y trabajaba con felicísimo suceso en desmontar aquel inculto campo, que despues de mucho tiempo estaba cubierto de maleza; y noticioso el abad de Luxeu de que el santo Obispo tenia necesidad de obreros que le ayudasen á trabajar en la viña del Señor, le pareció no los podia encontrar mas á propósito que san Bertin, Momolein y Ebertran, los cuales respetaban á Bertin como á

su maestro en la perfeccion religiosa. Partieron juntos con la bendicion del abad, dexando á toda la comunidad muy desconsolada porque perdia de vista aquellos tres grandes modelos. Recibiólos san Omer con el gozo que acostumbran los santos, siendo siempre la virtud su verdadero principio; y apenas los destinó su mision, cuando se aplicaron á la instruccion de los pueblos con un zelo que no podia dexar de merecer las bendiciones de Dios.

Habiéndose encontrado con un campo que casi habia un siglo estaba enteramente abandonado, y que aun desde los principios no habia tenido mas que un cultivo somero y superficial, tuvieron que padecer muchas fatigas, trabajos y contradicciones en un empeño tan árduo como era el desarraigar á un mismo tiempo la idolatría y los vicios que reynaban en el pais, y civilizar las costumbres de aquellos pueblos todavía bárbaros y feroces por la mayor parte.

Muy en breve recogieron una abundante mies los tres varones apostólicos, tan poderosos en obras como en palabras; y echando Dios la bendicion á sus zelosos trabajos, todo el pais mudó de costumbres y de semblantes, mudando de religion. No encontrando ya nuestro Santo estorbo alguno que pudiese contener su fervor, soltó la rienda á su zelo; pero sin que las apostólicas fatigas le dispensasen en sus acostumbradas penitencias, siendo la mocion de sus palabras efectos de su tierna devocion. Persuadian sus exemplos tanto como sus sermones, y ganaba los corazones de todos con aquella su dulce mansedumbre, que á exemplo de Jesucristo hacia en parte su carácter.

Así cultivaba san Bertin con sus dos compañeros aquel silvestre terreno, que ya comenzaba á llevar tan copiosos frutos, cuando un señor del pais, llamado Ardcal, movido de las maravillas que obraban los apostólicos varones baxo la direccion de san Omer, y en reconocimiento de la gracia de su propia conversion, vino á ofrecer generosamente al santo Prelado el territorio de Sithieu con todas sus pertenencias para que usase de él como lo juzgase mas conveniente á mayor gloria de Dios y provecho de los pueblos. Viendo san Omer tanta multitud de conversiones como se hacian cada dia, y pareciéndole muy necesario algun retiro donde se pudiesen refugiar los que de-

seasen servir á Dios desviados del comercio y del bullicio del mundo, consintió se fundase en aquel sitio un monasterio para san Bertin y sus dos compañeros, y para que se recogiesen á él los que se hallasen movidos á vivir en soledad. Y este fue el orígen de la célebre abadía de Sithieu, que por largo tiempo fue en el Artois un seminario de santos, como lo fue en Borgoña la abadía de Luxeu. Fundóse presto el monasterio; y apenas se halló erigido, cuando se halló poblado. El primer pensamiento del santo Obispo fue que desde luego le gobernase san Bertin; pero el Santo, á quien sobresaltaba la sombra sola de prelacía, le supo alegar tantas razones, que al fin consintió san Omer en que Momolein gobernase el monasterio.

Muy en breve se hizo célebre en todo el pais, renovándose en él aquellos grandes exemplos de mortificacion y de santidad que tanto se admiraron en los monasterios antiguos mas celebrados. Era la oracion contínua, el coro perpétuo, la abstinencia y los mas rígidos ayunos las primeras reglas del instituto. No obstante de tener el monasterio buenas rentas, la comida ordinaria de los monges eran raices, pan y agua; lo demas se repartia entre los pobres. Nunca se evacuaba el coro ni de dia ni de noche, porque á todas horas se cantaban en él las divinas alabanzas, ni los mas penosos trabajos dispensaban jamás en estas santas vigilias.

Habiendo muerto en el año de 659 san Eloy, obispo de Noyon y de Tornay, fue nombrado el abad Momolein por sucesor suyo, y en su lugar entró san Bertin á ser abad del monasterio, sin que le valiesen sus razones ni sus lágrimas. Durante el gobierno de nuestro Santo fue en rigor cuando el monasterio de Sithieu se hizo uno de los mas célebres del reyno; pues apenas se extendió la fama de que era abad san Bertin, cuando de todas partes concurrieron pretendientes á ponerse debaxo de su direccion. Creció tanto el número de los monges, que siendo ya estrecho el nuevo monasterio, fue preciso fundar otro mas espacioso para contenerlos; y habiendo obtenido de san Omer la iglesia de nuestra Señora que él mismo habia fundado á alguna distancia del monasterio, hizo construir nuevos cuartos en el mismo territorio de Sithieu, cerca de esta iglesia, y trasladó á ellos los monges del con-

vento viejo, que todo él se reducia á algunas malas celdillas; y este nuevo monasterio se dedicó con el nombre de la santísima Vírgen y con el de san Pedro.

Creciendo cada dia la reputacion de nuestro Santo, acudieron al monasterio de Sithien los señores mas calificados para pasar el resto de la vida en exercicios de penitencia y de virtud baxo su magisterio y disciplina. Subió tanto su número, que no siendo tampoco ya bastante el nuevo monasterio, fue preciso pensar en fundar ótro tercero mas capaz, como efectivamente le fundó el Santo en el castillo de Worenohult, que liberalmente le ofreció un señor llamado Hermar, y el santo Abad le puso baxo la proteccion de san Martin, que fue tambien el titular de la iglesia.

Acompañaba san Bertin sus exhortaciones con sus exemplos, y tuvo el consuelo de ver copiar á aquel gran número de monges en el desierto de Sithieu los grandes modelos de penitencia, de observancia y de rigor que se creían encerrados para siempre en los desiertos de la Palestina. Sintiéndose muy decaido de fuerzas corporales, y totalmente oprimido al peso de sus rigores y de su extrema vejez, quiso absolutamente renunciar la prelacía para tener el consuelo de vivir y morir con dependencia y con subordinacion. Renuncióla con efecto en manos de su querido discípulo Rigoberto, dedicándose á solo Dios en su vida privada, para lo cual se retiró á una ermita consagrada á la santísima Vírgen cerca del cementerio de los monges, donde pasaba en oracion los dias y las noches.

Habia entregado toda su confianza á nuestro Santo el conde Walbert, y ningun año dexaba de visitar muchas veces la iglesia del monasterio para confesar y comulgar y cumplir con sus devociones. Acabando un dia de comulgar, recibió una carta que le estrechaba para que se volviese luego á su casa, y con la priesa partió sin tomar la bendicion del Santo como lo acostumbraba. Admirado un monge llamado Dodo del precipitado viage del Conde, significó su extrañeza á san Bertin, quien le respondió arrancando un profundo suspiro: *¡Ay Dios! ya el Señor le castigó y harto severamente.* No bien acabó de pronunciar estas palabras el Siervo de Dios, cuando llegó un criado del Conde, y arrojándose á sus pies, le rogó que se compadeciese de su amo, el cual habia caido del caballo

y estaba medio muerto, molido todo el cuerpo, y ya casi espirando. Mandó Bertin que le traxesen un poco de vino, que tambien se apareció allí milagrosamente; y echándole la bendicion, se le envió al enfermo, el que apenas le probó cuando quedó enteramente sano, y él mismo vino á pedir al Santo la bendicion juntamente con el perdon de su falta.

Pasó san Bertin el resto de sus dias en contemplacion, sujetándose por otra parte, como pudiera un novicio, á todos los exercicios de la observancia regular; y en fin, despues de haber vivido algunos años sin otro pensamiento que el de prepararse para la muerte, la logró feliz el dia 5 de septiembre del año 709 á los 96 de su edad, ó, segun algunos, á los 112. Fue enterrado en la iglesia de san Martin, donde manifestó Dios su santidad con gran número de milagros. El año de 846, temiendo Fulquin, obispo de Teruana, que hurtasen este tesoro, le escondió, y no fue descubierto hasta 204 años despues. Colocáronse sus reliquias en una urna de plata guarnecida de oro y piedras preciosas, en la cual se conservan expuestas á la veneracion de los fieles.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Bertini abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado Bertin abad nos haga gratos á vuestra Magestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capít. 45. *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia I, fólio* 7.

NOTA.

"Toda esta epístola, sacada del capítulo 45 del Eclesiástico, es un epílogo de la historia de Moyses, cuyo elogio hace en pocas palabras; y al mismo tiempo es un verdadero retrato de casi todos los santos abades. Háse de ganar el corazon de los súbditos con la prudencia, con el exemplo y con la dulzura; pero igualmente es menester teson y fortaleza para gobernar con acierto."

REFLEXIONES.

Dióle públicamente sus preceptos y su ley para arreglar su vida y sus costumbres. ¿Dirigiránse estas palabras solamente á las personas religiosas, á las almas devotas y á un corto número de fieles? ¿hay por ventura en nuestra religion dos diferentes tablas de la ley, dos distintas reglas de costumbres, ó dos evangelios contrarios úno de ótro? Aunque esta pregunta en boca de un cristiano debe sorprender á cualquiera, ni es extraña, ni se hace sin grande fundamento. Porque si no hay una regla de costumbres para los poderosos, para la gente noble, para las damas jóvenes, para todos los que se llaman hombres del mundo: si no hay, vuelvo á decir, para éstos una regla de costumbres en todo diferente de la que el evangelio prescribe generalmente á todos los fieles; ¿qué se podrá pensar ni esperar de su suerte eterna? Pues qué, aquellas dos hermanas, de las cuales úna consagrada á Dios en el claustro religioso casi desde su niñez, sin haber perdido nunca la inocencia, pasa sus dias entregada á los rigores de la penitencia y de una perpétua cruz; mientras la ótra, toda poseida del espíritu del mundo, y acaso en desgracia de Dios, pasa los suyos abandonada totalmente á los gustos, á las diversiones, á la profanidad, á los pasatiempos: dos vidas tan opuestas, tan contrarias, ¿reconocerán la misma regla de costumbres, estarán sujetas á unos mismos preceptos, profesarán un mismo evangelio, se confesarán obligadas á seguir una misma ley, un mismo espíritu y unas mismas máxîmas? Esto no solo trastorna nuestra fe, sino la misma razon natural y todo buen juicio. Pero dirás que el estado religioso es muy diferente de el del mundo; ¿pero qué se infiere de esta grande diferencia? Instituyóse el estado religioso para guardar mas perfectamente la ley de Jesucristo: para ponerse á cubierto contra los uracanes tan frecuentes y tan violentos, que abaten, que dan en tierra no pocas veces con los mas robustos colosos: para poner en práctica las lecciones que el mismo Jesucristo dió sin distincion á todos los fieles cristianos. Pero este cuidado de la salvacion; estas prudentes precauciones para no pecar; esa aplicacion y ese deseo de

agradar á Dios, ¿suponen acaso algun nuevo yugo, alguna nueva ley ó alguna otra religion mas severa? Y por el contrario, la vida licenciosa, desarreglada y disoluta; la vida regalona, deliciosa y delicada, que es comun en los mundanos, ¿dispensa por ventura en las leyes mas esenciales del cristianismo? Si fuera así, no habria que hacer en nuestra religion sino sacudir el yugo de su doctrina, violar sus mas sacrosantas reglas, no guardar sus mandamientos, y hacer todo lo contrario de lo que Jesucristo nos enseñó para tenernos por desobligados de arreglar nuestra vida por la pauta del evangelio. ¿En qué lugar de la sagrada Escritura estará fundado este quimérico privilegio? ¿sobre qué autoridad estribará? ¿hallaráse un solo exemplar de él en el inmenso catálogo de los santos? Luego en nuestra religion no hay mas que una sola regla de costumbres, una sola ley y un solo evangelio, el cual es el mismo para los seglares y para los religiosos, para los pobres y para los ricos. Hombres y mugeres del mundo, idólatras de las diversiones, de los gustos, de los pasatiempos aplaudidos ya de vuestra disolucion, haced vanidad de esa licenciosa vida, y autorizadla con el voto y con la visible práctica de los mundanos y de los disolutos: ¡grandes documentos sin duda para justificaros en el tribunal supremo del soberano Juez! Y despues de esto, ¡aún no se querrá creer que es corto el número de los escogidos! Aun en el mismo estado de la religion se dispensa algunas veces en las obligaciones, en las observancias religiosas: se afectan privilegios fundados en la edad, en los méritos y en los empleos. ¿Pero dónde están los títulos de esos privilegios? En los santos religiosos, en aquellos grandes modelos que la Iglesia hace presentes á nuestra veneracion, lejos de encontrarse esas dispensas licenciosas, esos privilegios abusivos, solo hallamos que aumentaron su penitencia, que doblaron su fervor, que nunca fueron mas observantes que cuando mas iban creciendo en méritos, en años y en autoridad. ¡O buen Dios, y cuántos misterios de iniquidad hará patentes la muerte!

El evangelio es del capítulo 19. *de san Mateo, y el mismo que el dia I, fólio* 10.

MEDITACION.

De las diversiones de las gentes del mundo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nada causa mas admiracion que el ánsia con que en el mundo se solicitan las diversiones, en medio de profesarse una religion que nada predica tanto como la cruz y la mortificacion. Los pasatiempos son el dia de hoy cosecha de todas las estaciones y de todas las edades. Ya no se pregunta si conviene á un cristiano pasar una vida delicada, ociosa y divertida: ¿cuántos cristianos miran hoy con cierta especie de lástima, y tienen por infelices á los que no se hallan en estado de entregarse á la delicadeza, á la ociosidad y á las delicias? Y en medio de eso, esos mismos cristianos que viven de esta suerte creen en nuestro evangelio; es decir, que al mismo tiempo que viven totalmente abandonados á los placeres, están prontos á derramar su sangre para defender que no es vida cristiana la delicada, la ociosa y la divertida; y que no puede ser discípulo de Jesucristo el que cada dia no lleva su cruz mortificándose todos los dias. Busca, imagina si puedes otra contradiccion mas monstruosa. Con todo, esta es puntualmente la contradiccion que nos presenta la licenciosa conducta de la mayor parte de las gentes del mundo. ¿Y qué se ha de concluir de dos filosofías morales tan opuestas? ¿pero cuál será, Dios mio, el fin de estas espantosas contradicciones? Divertímonos, se dice, es verdad; ¿pero qué pecado es el divertirse? ¿qué mal hay en estas diversiones? El retirarse al campo es para respirar, es para desahogarnos un poco de las enfadosas ocupaciones de la ciudad: el otoño es el tiempo mas oportuno para lograr la diversion de la campaña. ¿Qué pecado hay en los juegos inocentes, en la concurrencia de cuatro amigos y en las diversiones del campo, en que se emplea con poca interrupcion el tiempo que se vive en la aldea? Respondo con otra pregunta: ¿Y en qué parte del evangelio se lee que haya algun tiempo en la vida, en el cual sea lícito entregarse totalmente al regalo, á la diversion y á

los pasatiempos con un entero olvido de Dios? ¿qué mal se hace? ¿y no será bastante malo no hacer cosa buena el que en todos tiempos, y á todas horas está obligado á hacer, el que será irremisiblemente reprobado si no hizo todas las que debió? ¿qué mal se hace? Pues qué, una vida consumida en mil inutilidades; una vida, por decirlo así, embriagada en la delicadeza y en la ociosidad, ¿será vida cristiana? Y si no lo es, ¿no será este un gran mal? El alma sin la gracia es una tierra seca sin agua, que solo puede producir hojas sin fruto. La gracia, los auxîlios sin correspondencia y sin buenas obras son talentos sepultados, de los cuales no obstante es preciso dar estrecha y terrible cuenta. Y de buena fe, una vida que la ocupan toda entera, alternando entre sí los negocios y las diversiones, ¿será muy oportuna para negociar con esos talentos de que el mundo hace tan poco caso, sin embargo de ser de tanto valor? Sin embargo, esta es la vida de la mayor parte de las gentes del mundo; ¿pero cuál será su suerte?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que las diversiones del mundo son hoy los lazos mas ordinarios y los mas peligrosos que arma el demonio á la inocencia. Bien se puede asegurar que en éllas todo está emponzoñado, no ya con un veneno precipitado y violento, sino lento, disimulado, y casi imperceptible. Conversaciones, juegos, concurrencias, espectáculos; todo se hace mas temible por lo mismo que parece menos sospechoso, menos contagioso y menos maligno. No son á la verdad accesos violentos de una impiedad descarada, ó de una declarada disolucion; porque el espíritu del mundo que reyna en éllos no exerce un imperio tumultuoso y arrogante. Insinúase en el alma y en el corazon con mucha dulzura, disimulando con modales cultas, desembarazadas y cortesanas. Todo va anivelado por la regla de una urbanidad, de una atencion y de un respeto que encanta. Guárdanse todos bien de preconizar el vicio y la irreligion en semejantes teatros; contentándose con celebrar ciertas personas poco escrupulosas, alabándose su genio sociable, su docilidad, su natural dulce y apacible, su exquisito gusto en divertirse y en vestirse. Si sale á conversacion la virtud, siempre se la pinta con colores tristes y

sombríos, sin olvidarse de que salga tambien de cuando en cuando á divertir á los circunstantes una bufonadilla aguda, fina y alegre. De esta manera se va insinuando el veneno que desde luego introduce en el corazon cierto tedio ó cierto desprecio de la virtud, de manera que se tendria vergüenza en aquel concurso de pasar por virtuoso; pues el nombre solo de devoto se reputaria por zumba, y no pocas veces por agravio. Temeria úno desacreditarse, haciéndose ridículo, si en tales ocasiones se descuidase en soltar alguna máxîma cristiana. ¿Y qué efecto produce este ayre pestilente y contagioso? Un disgusto casi necesario de la devocion, y una delicadeza casi incurable. Sálese de estas conversaciones mundanas, de estas profanas ó poco cristianas concurrencias, de estas diversiones, punto menos que gentiles, con cierto gusto á todo lo que es mundo, que puede pasar por una especie de hechizo. Oraciones, devocion, exercicios piadosos, obligaciones de cristiano, todo se hace impracticable, de todo se huye. Debilítase la fe, y poco á poco se va extinguiendo el espíritu del cristianismo. Justifíquense cuanto se quisiere esas habituales y perpétuas diversiones, éllas serán siempre el fatal escollo de la piedad, y no pocas veces de la inocencia: apenas es posible ser largo tiempo indevoto sin pasar á disoluto. Y despues de esto, ¿se preguntará friamente qué mal hay en estas diversiones que se llaman honestas y decentes? ¿pero con qué cara hay valor para asegurar, por poco conocimiento que se tenga del mundo, que esos espectáculos, famosa escuela de todas las pasiones, y, si es lícito decirlo así, cuartel general de todos los vicios, son honestos é inocentes; que no haya mal ni inconveniente en esas conversaciones tiernas y amorosas; en esos corrillos en que el menor pecado que se comete suele ser el de una murmuracion sangrienta, satírica y mordaz; en esos juegos en que la menor pérdida es la del dinero; en esos pasatiempos en que la mas desenfrenada licencia parece haber adquirido derecho para no avergonzarse de nada; en esos banquetes en que por lo comun reyna la intemperancia? ¿habrá valor para decir que no hay mal donde todo es tentacion, todo contagio, y cuando menos todo es lazos y peligros?

¡Ah Señor! dignáos por vuestra infinita misericordia

abrirme los ojos del alma para que conozca todos estos riesgos. Dignáos mover mi corazon para que haga eficaces estas reflexîones, poniéndolas en práctica. Esto es hecho, mi Dios, esto es hecho: jamás usaré de diversiones que no sean muy cristianas.

JACULATORIAS.

Gaudio dixi; quid frustrà deciperis? Ecc. 2.

Diversiones engañosas, ¿para qué intentaréis hacerme caer en vuestros lazos?

Quale gaudium mihi erit, qui in tenebris sedeo? Tob. 5.

¿Qué alegría, qué diversion puedo tener yo, viviendo rodeado de tinieblas?

PROPOSITOS.

Ya se ha dicho en otra parte, pero nunca estará de sobra el repetirlo, para destruir la falsa idea que se tiene en el mundo, de que la virtud excluye toda diversion, y que para salvarse es menester hacerse uno anacoreta: ya se ha dicho, vuelvo á decir, que no se pretende prohibir á todo género de personas toda suerte de diversiones: las puede haber muy inocentes, y con efecto las hay muy lícitas. El fin es el que las debe arreglar. El ánimo aplicado largo tiempo á cosas sérias pide algun desahogo, y el cuerpo fatigado con el contínuo trabajo necesita de descanso. Las diversiones pueden distraer, pero no deben ocupar: en usándose con exceso, siempre son perniciosas. Nunca ha de ser la pasion su alma ni su regla: para ser lícitas, siempre han de ser cristianas. Seas de la condicion que fueres nunca emplees ni toda ni la mayor parte de los dias festivos en jugar y en divertirte. No se pretende prohibir á los oficiales ni á las demas personas ocupadas en los dias de trabajo, que en los dias de fiesta ocupen algunas horas en una honesta diversion; pero en todo caso vayan delante las obligaciones de cristiano, y sea respetada la santidad de tales dias.

2 Por lo que toca á la gente de conveniencias, para la cual todos los dias de la semana son tan desocupados como los de las fiestas, es cosa indigna que si piensan en algun dia de diversion, la reserven para éstos ó para algun domingo. Procura evitar este abuso.

DIA SÉPTIMO.

Santa Regina, vírgen y mártir.

Tiénese por cierto que la ciudad de Alisa, en el obispado de Autun, condado de Borgoña, ó la de Alexia, en el pais de Duesnois, parte de la provincia de Auxois, cerca de la ciudad de Flaviñi, tan famosa en la historia, por el sitio que la puso Julio César casi cincuenta y dos años antes del nacimiento de Cristo: tiénese por cierto, vuelvo á decir, que la ciudad de Alisa, hoy Alexia, fue patria de santa Regina, una de las mas ilustres mártires del tercer siglo. Nació por los años de 258, de padres tan distinguidos en el pais por su nobleza, como por su ciega adhesion á las supersticiones de los gentiles. Pocos dias despues que nació, perdió á su madre; y su padre Clemente se vió precisado á darla á criar á una ama que por dicha era cristiana, sin que el padre, idólatra furioso y enrabiado, supiese palabra de esto. No hubo niña mas amable desde la misma cuna, por lo que el ama le cobró tanto amor como si fuera su hija; y la divina Providencia, que la habia escogido en medio del paganismo para confundir la idolatría, y para que triunfase la religion en una niña de diez y seis á diez y ocho años, dispuso encontrase en su virtuosa ama todo cuanto habia menester para ser una cristiana fervorosa.

Las primeras lecciones que la dió fueron de la religion; y apenas sabia Regina explicar su pensamiento con la lengua balbuciente, cuando decia que queria ser cristiana. Fuélo con efecto, porque el ama, despues de haberla instruido en los primeros principios de la religion, la hizo bautizar secretamente; y habiendo mamado con la leche las verdades del cristianismo, crecia en sabiduría y en virtud, al paso que iba creciendo en edad, siendo todo su gusto oir hablar del valor de la virginidad y de la gloria del martirio.

Habiéndola dotado el Señor de una rara hermosura y

de un excelente entendimiento, desde luego comprendió que la virtud de la pureza, á que tenia tanto amor, era una flor que se marchitaba estando expuesta al grande ayre del mundo, y que solo se conservaba á favor de la sombra y del retiro. Casi nunca se dexaba ver en público, pasando la mayor parte del dia en los oratorios secretos de los cristianos, y lo restante del tiempo recogida siempre en su cuarto. El que no empleaba en la oracion, lo empleaba leyendo las Actas de los mártires, sintiendo mas particular deleyte en leer las victorias de las santas vírgenes que habian conseguido la palma del martirio; y abrasada toda en amor de Jesucristo, resolvió no admitir nunca á otro esposo, escogiendo por su madre á la Reyna de las vírgenes. Dedicó, pues, á Dios con voto su virginidad desde sus mas tiernos años; y en medio de ser tan niña, tan tierna, y de una salud muy delicada, solo suspiraba ansiosamente por el martirio. Tenia gran cuidado de confirmarla en estos piadosos afectos su querida ama, instruyéndola en lo mas santo y en lo mas perfecto de la religion; y previendo que por su extremada hermosura estaba expuesta á sufrir grandes combates, la prevenia contra todos los lances que la podian suceder. Nunca mostraba Regina mayor resolucion que cuando la pintaban con viveza los mas espantosos suplicios y los mas crueles tormentos. *Ten por cierto, ama mia*, decia con tono firme y determinado, *ten por cierto, que con la gracia de mi divino Esposo ninguna cosa será capaz de espantarme; y que antes se cansarán los verdugos de atormentarme, que yo de padecer. No me abandonará, no, mi Señor Jesucristo, en quien tengo puesta toda mi confianza.* Derramaba la piadosa ama dulces lágrimas de gozo, de ternura y de consuelo al oir estas palabras; y abrazándola tiernamente, la decia: *Espero, hija mia, que no he de tardar mucho en verte hecha una ilustre vírgen y mártir.* Verificóse muy presto este presentimiento ó vaticinio. Estaba su padre tan satisfecho de la señora en cuya casa se habia criado y educado su Hija, que no quiso sacarla de élla hasta que llegase el caso de darla estado; y aunque corria algun rumor de que su hija era cristiana, no le pareció conveniente exâminar á fondo la verdad, ó porque no la creía, ó por no verse precisado, si pasaban á realidades las sospechas, á sacar á Regina de la casa donde es-

taba á pension, y acaso tambien á castigarla. Pero al fin, las ventajosas conveniencias que se la ofrecieron, pretendiéndola para esposa los primeros señores del pais, obligaron á Clemente á proponerla aquélla que le pareció mas rica, mas ilustre y de mayor esplendor, pasando á ser con élla la primera señora de Borgoña.

Oyó Regina con modestia la proposicion que la hizo su Padre, y cuando llegó el caso de hablar, le respondió en tono firme, pero respetuoso: "Sé muy bien, padre y señor, »el tierno amor que me profesais, y que en virtud de él, »todo vuestro anhelo es hacerme dichosa, y que con este »mismo fin me proponeis esa rica conveniencia. Pero, Se»ñor, si se hallase ótra que fuese mas ventajosa para mí, »¿no la abrazaríais con gusto? Sin duda, *respondió el Pa»dre*; pero hija, ¿qué otro partido hay en toda la provin»cia que pueda hacer ventajas al que te acabo de propo»ner? El de ser cristiana, *repuso la Santa*, y tener eterna»mente por esposo al que es verdaderamente nuestro úni»co Dios, nuestro Criador, nuestro Salvador y nuestro »soberano Juez. Pues qué, hija mia, *exclamó el Padre*, »¡ será posible que te hayan fascinado tanto, turbándote »la razon de manera que te hayas resuelto á abrazar la »extravagante secta de los cristianos! Ya me habian que»rido persuadir, que habias dado en esas ridículas supers»ticiones; pero yo nunca pude creer de tu buen juicio se»mejante locura. No teneis razon, *replicó la Hija*, padre »y señor, para darla ese nombre. Nunca tuve mas juicio, »nunca fui mas prudente ni mas discreta que cuando lo»gré la dicha de ser cristiana; y espero que vos mismo »dexaréis de ser pagano inmediatamente que os digneis »prestar dóciles oidos á las verdades de nuestra religion." El padre, ó fuese de indignacion, ó fuese de ternura, la volvió las espaldas; y al tiempo de irse la dixo en tono colérico: *Tú lo pensarás bien, y verás si quieres tenerme mas por tirano que por padre.* Luego que Regina se vió libre, voló á contar á su ama la conversacion que habia tenido con su padre; y abrazándola el ama estrechamente, la dió la enhorabuena de tan dichoso principio, y la exhortó á que se dispusiese con la oracion para el combate. Con efecto, irritado furiosamente el padre con la resolucion de la Hija, la llamó, y comenzó á maltratarla des-

pues de haber experimentado inútiles los halagos y las amenazas.

Por este tiempo llegó á Marsella Olibrio, gobernador de las Gáulas en el imperio de Decio, hácia el año 253; y pasando á Alisa, le informaron luego del lance que sucedia entre Regina y su padre. Quiso verla el Gobernador por la relacion que le hicieron de su extremada hermosura y de las demas bellas prendas que la acompañaban. Presentóse Regina, y apenas la vió Olibrio cuando quedó enamorado de élla. Recibióla con respeto; y elogiando mucho su belleza, la declaró su pasion en términos que á cualquiera otra doncella la podrian hacer titubear; pero Regina, fixos siempre los ojos en el suelo, con vergonzosa modestia le respondió, que teniendo la dicha de ser cristiana, habia resuelto conservarse vírgen hasta la muerte, prefiriendo la virginidad á todas las coronas de la tierra. No por eso desistió el Gobernador; y continuando en sus tiernas halagüeñas expresiones, la despidió diciéndola que esperaba hallarla mas tratable el dia siguiente. *Mucho os engaña*, *Señor*, *vuestro corazon*, respondió élla, *si os persuadis que pueda yo mudar nunca de resolucion*: *ni temo los tormentos*, *ni me hacen fuerza las promesas*: *mi partido está ya tomado*; *y así*, *tomad vos el vuestro*.

Habíala ya retirado á su casa el padre de la Santa; y habiéndose valido sin fruto de todos los artificios imaginables para pervertirla, echó mano de los mas duros tratamientos; pero como vió que nada adelantaba, él mismo, por una especie de desesperacion, la fué á delatar al Gobernador de las Gáulas. Mandóla éste comparecer otra vez en su presencia, con resolucion de intimidarla, y aun de valerse de los tormentos para vencerla; pero sola su vista le desarmó, y le derritió el corazon. Hablóla en términos igualmente atentos, tiernos y respetuosos que la primera vez, aunque tomando despues un tono algo mas sério, la dixo: "¿Es posible, Señora, que una doncella de vuestro »espíritu, de vuestro mérito y de vuestra calidad, se aba»ta, se envilezca tanto, que quiera ser sierva de un mise»rable galileo, muerto por sus delitos en un afrentoso »madero, y fundador de una extravagante secta, que solo »tiene por secuaces esclavos viles y miserables? Ten, hija »mia, mas honrados pensamientos: yo estoy prendado de

„ti, y no quiero reconocer otra esposa; dándome la mano, „serás una de las primeras señoras del imperio." Oía todas estas lisonjas nuestra Santa con la mayor indiferencia y frialdad; pero luego que acabó de hablar el Gobernador, le respondió: "Señor, ese que llamais galileo es el verda„dero Dios: él mismo escogió voluntariamente el género „de muerte que padeció por nuestra salvacion: él mismo „se resucitó por su propia virtud: los milagros que obró, „y en los cuales convienen hasta los mismos gentiles, „prueban su omnipotencia y su divinidad. Estos mismos „pensamientos que ahora mismo está inspirando á una „tierna doncella, y el valor que me comunica para des„preciar igualmente las mas lisonjeras esperanzas y los „mas terribles tormentos, no son tampoco el menor de „sus milagros." Picóse el Gobernador de esta respuesta, y la dixo: *Ya que mi bondad no te ha hecho fuerza, verémos si te hacen mas cuerda los suplicios*; y mandó al punto que la llevasen á la cárcel. No pudo Regina disimular su alegría, mostrándola en el semblante y en las palabras. Encerrada en el calabozo, pasó toda la noche en oracion, colmándola el Señor de consuelos celestiales, que la encendieron el fervor, y la inspiraron nuevo aliento, comenzando desde entonces á esperar que lograria la dicha de morir vírgen y mártir.

No le sufrió el corazon á Olibrio el tenerla en la cárcel por mas tiempo. Su pasion condenaba su dureza, dándole esperanzas de que al cabo la venceria su ternura y su constancia. Mandóla, pues, traer á su presencia, y la habló con mas cariño, con mayor eficacia que nunca, suplicándola que no quisiese oponerse con obstinacion ni á su propia fortuna, ni á la mayor dicha del mismo Olibrio, sin omitir medio alguna de los que podian contrastar su firmeza. Agradecióle la Santa cortesanamente todas sus atentas y cariñosas expresiones; pero en punto de religion y de la resolucion en que estaba de no admitir jamás otro esposo que á su Dios, le habló en términos tan precisos, tan determinados y tan generosos, que salió fuera de sí el Gobernador; y convirtiéndose en furor toda su amorosa pasion, mandó que la metiesen el cuerpo dentro de un arco de hierro, que se conserva el dia de hoy en el monasterio de Flaviñi, el que estaba cerrado con un candado pendiente

de una cadena del mismo metal, y la cadena prendida á la pared por uno y otro extremo. Tenia Olibrio que hacer un viage á Alemania, y dexó órden para que en aquel mismo estado la mantuviesen en la cárcel hasta su vuelta, menos que renunciase la fe y abrazase la idolatría. Era verdaderamente cruel este nuevo suplicio, en el que estuvo la Santa cerca de un mes sin poder sentarse ni echarse, contínuamente dia y noche en una postura tan incómoda, y padeciendo grandes combates por todo este largo tiempo. Su padre, sus parientes y todas las personas de distincion que habia en Alisa acudian sin cesar á la cárcel, dando fuertes asaltos á su fe y á su heróica constancia; pero aquella tierna Doncellita de quince años se mantuvo inmoble; y tanto, que cuando Olibrio volvió de su viage, no queria creer que perseverase en sus primeros propósitos, y la mandó comparecer delante de sí. Luego que la vió, revivieron en su corazon el amor y la ternura, y la rogó, la solicitó y la conjuró por los mas fuertes motivos y respetos que renunciase la religion cristiana; pero experimentando inútiles todas sus tentativas, mandó que la tendiesen en el potro, que despedazasen á azotes su delicado cuerpo con ramales armados de puntas aceradas, y que la atormentasen con la mayor crueldad que fuese posible. Habia concurrido toda la ciudad á un espectáculo tan horroroso; y apenas vió la gente correr la sangre de aquel tierno y delicado cuerpo, cuando levantó de todas partes tales gritos y alaridos, que atemorizaron y aun enternecieron al Tirano. Mandó cesar aquel granizo de azotes, y que volviesen á la cárcel á la Santa. Pasó en oracion toda la noche, y la consoló el Señor con una vision. Vió una cruz de prodigioso tamaño que llegaba de la tierra al cielo, y en lo mas elevado de élla una hermosísima paloma, cuyo resplandor y hermosura disipó luego toda la lobreguez del calabozo. Al mismo tiempo oyó una celestial voz que la decia: *Buen ánimo, digna esposa de Jesucristo; tu virginidad y tu paciencia te han merecido ya una corona que presto recibirás. La cruz te servirá de escala para subir á la gloria que ya tienes preparada.*

Luego que oyó santa Regina esta voz se la desvanecieron todos los dolores, y se sintió animada de cierto nuevo y mas vigoroso aliento. El dia siguiente, pareciéndole á

Olibrio que era desayre y sonrojo suyo mostrarse vencido por una niña de quince años, mandó que aplicasen fuego á todas sus llagas, abrasándola con hachas encendidas, y para que la fuese mas sensible este tormento ordenó que la metiesen despues en una tinaja de agua fria. En ninguno de los tormentos sintió la Santa el mas leve dolor; y como el pueblo estuviese asombrado de su alegría y de su tranquilidad, no cesaba Regina de persuadirle que todo era efecto del poder del Dios de los cristianos, el cual convertia en delicias los mas espantosos y los mas horribles suplicios. Cuando estaba exhortando al pueblo á que se convirtiese, vió la misma paloma que habia visto en la cárcel, solo que ahora traía en el pico una preciosa corona que se la puso blandamente sobre la cabeza, y al mismo tiempo se oyó una milagrosa voz que decia: *Ven, Regina, ven á reynar eternamente en el cielo con tu divino Esposo: ven á recibir el inestimable premio debido á tu perseverancia.* Fue oida esta maravilla de todos los circunstantes, y se convirtieron ochocientas y cincuenta personas, cuyo suceso hizo temer al Gobernador alguna sublevacion, y mandó que al punto la cortasen la cabeza. Así consumó su glorioso martirio esta Jóven heroina cristiana el dia 7 de septiembre hácia el año de 253 en el imperio de Decio.

Enterraron los cristianos su sagrado cuerpo en Alisa, donde estuvo oculto todo el tiempo que duró la persecucion; pero luego que gozó de paz la Iglesia, fue elevado de la tierra, y colocado en una rica caxa. Edificóse al principio una capilla en su honor, y poco despues un monasterio, que poco á poco pasó á ser una pequeña villa con el nombre de santa Regina, por haberse multiplicado los edificios para recoger á los muchos que concurrian, atraidos de su devocion, para implorar la poderosa intercesion de la Santa en todo género de enfermedades. El abad Widrad, fundador del célebre monasterio de Flaviñi, adornó y enriqueció mucho el sepulcro de santa Regina. El año de 864 Egil, abad de Flaviñi, con permiso del rey Cárlos el Calvo, y con licencia de Jonás, obispo de Autun, trasladó el santo cuerpo á la iglesia de su monasterio con grande pompa y solemnidad: en élla es reverenciado hasta el dia de hoy con prodigioso concurso de gentes, que acuden á implorar su intercesion.

La misa es en honra de la Santa, y la oracion la siguiente.

Deus, qui inter cætera potentiæ tuæ miracula, etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti: concede propitius, ut qui beatæ Reginæ, virginis et martyris tuæ, natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que entre las otras maravillas de tu poder hiciste llevar la corona del martirio aun en el sexô mas frágil, concédenos la gracia de que, siguiendo el exemplo de tu vírgen y mártir santa Regina, cuya fiesta celebramos, podamos caminar á ti por medio de su imitacion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1. de la primera que escribió san Pablo á los corintios.

Fratres: Videte vocationem vestram, quia non multi sapientes secundùm carnem, non multi potentes, non multi nobiles; sed quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt, destrueret; ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus. Ex ipso autem vos estis in Christo Jesu, qui factus est nobis sapientia à Deo, et justitia, et sanctificatio, et redemptio: ut quemadmodùm scriptum est: Qui gloriatur, in Domino glorietur.

Hermanos: Considerad vuestra vocacion, porque no la hicieron muchos sábios segun la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; antes bien Dios eligió las cosas estultas del mundo para confundir á los sábios; y las cosas débiles del mundo eligió Dios para confundir las fuertes: y las cosas bastas del mundo y despreciables eligió Dios, y aquellas que no son, para destruir las que son; á fin de que ningun viviente se glorie en presencia suya. Vosotros empero sois de él en Cristo Jesus, el cual ha sido hecho por Dios sabiduría para nosotros, y justicia, y santificacion, y redencion: por lo cual, segun lo que está escrito: El que se gloría, gloríese en el Señor.

NOTA.

"Muestra san Pablo en este capítulo que la sabiduría ó »la prudencia del mundo es reprobada, y que los sencillos »son los escogidos; porque consistiendo la salvacion en la »muerte de Jesucristo, que reputó el mundo por locura, y

„reservándose la virtud y la sabiduría de Dios para los „que creen en él, era consiguiente que escogiese Dios á lo „mas flaco, á lo mas vil y á lo mas contentible.

REFLEXIONES.

Escogió Dios lo mas flaco del mundo para confundir á lo mas fuerte. Los caminos de Dios son esencialmente distintos de los nuestros. Nosotros pensamos, discurrimos y obramos como hombres; Dios piensa y obra como Dios. El hombre nunca obra con mayor prudencia en lo que emprende, que cuando halla conexîon entre el fin que solicita, y los medios de que se vale. Dios nunca muestra mas lo que es, que cuando se sirve de unos medios totalmente contrarios á sus fines. Previendo el Señor, dice san Agustin, que si convidara con su religion en primer lugar al senador, al poderoso, al orador, pudiera acaso decir: no me convida á mí, convida á mi dignidad, á mis riquezas, á mi elocuencia, dixo: Venid vosotros, pobres, porque vosotros nada sabeis, nada teneis, sois reputados en nada, y por lo mismo sois mas á propósito para que resplandezca mas en vosotros mi misericordia y mi poder, echando mano de vosotros para ganar á los grandes, para confundir á los sabios, y para convertir al mundo; ninguno me disputará la gloria de esta grande obra, ni se querrá levantar con élla. Parece que debia Dios hacer este milagro, ni tampoco podia hacer otro mayor ni mas visible. Doce pobres pescadores, y aun mas groseros y mas idiotas que pobres, fueron enviados á Roma, á Jerusalen y á Atenas para convertir á los judíos, á los griegos, á los romanos, y con éllos á todos los pueblos, á todas las mas bárbaras naciones. ¿Pudiera haber empresa, pudiera haber proyecto mas extravagante, mas insensato, mas quimérico, segun aquello que se llama buen juicio, razon natural, sindéresis y alcances de la prudencia humana? Ya si esos pobres hombres, aunque tan despreciables por su nacimiento, por su figura y por su grosería, fueran siquiera á predicar una nueva religion que en nada fuese superior á las luces de la razon natural, una doctrina acomodada al gusto de los sentidos, que lisonjease á la carne, y se aviniese bien con las pasiones y con el amor propio,

adelante; aunque todavía no dexaria de parecer risible, y tenerse por extravagante el intento de los doce infelices pescadores. ¿Quién no se reiria de que unos hombres de este carácter emprendiesen reformar al mundo, hacerle mudar de semblante, é introducir en él una nueva religion fuese la que fuese? Así discurriria la prudencia humana; pero son tan escasas sus luces como limitado su poder. Pues reconozcamos ya visiblemente el dedo de Dios en esta maravilla. Esos doce idiotas emprenden hacer adorar como único verdadero Dios á Jesucristo, que espiró en un afrentoso madero; emprenden hacer creer los incomprensibles misterios de la Trinidad, de la Encarnacion, de la Resurreccion, de la Eucaristía; y todo esto lo emprenden sin armas, sin riquezas, sin artificios, sin elocuencia y sin alguna proteccion ni auxilio humano; antes bien, cuando todo el mundo se les opone, todos los contradicen, todos levantan el grito contra ellos, tratándolos de impostores, de locos y de hechiceros. Pero lo mejor es que lo emprenden y lo consiguen. El griego sujeta todo su ingenio y toda su sabiduría; el romano rinde su orgullo con toda su supersticion; el judío depone sus preocupaciones; abátense á tierra los ídolos, trastórnanse los altares de los mentidos dioses, y comienza el madero de la cruz á ser el objeto de su culto. Conspiran en vano todas las potestades del infierno con todas las potencias de la tierra para ahogar el cristianismo en la sangre de los cristianos: ¡inútiles esfuerzos! nunca hizo la religion mayores progresos. Búrlanse unas doncellitas de quince años de los tormentos más crueles, desafian á la barbaridad de los tiranos, y hacen triunfar la fe hasta en los últimos atrincheramientos de la idolatría. Libertinos, que tanto haceis para sofocar esta misma fe dentro de vuestro corazon, atribuid, atribuid ahora estas maravillas á los caprichos del acaso; impíos, que ya desterrásteis del vuestro enteramente á la fe, burláos, burláos ahora de estas maravillas, y gloriáos de vuestra impía incredulidad, haciendo vanidad de ella. Negadlo todo, no creais nada, ó por lo menos ponedlo todo en duda, como lo haceis. Andad, andad que, por decirlo así, vosotros seréis cristianos y católicos en el infierno por toda la eternidad. Poderosos de la tierra y ricos del mundo, no, no fuísteis vosotros los instrumentos de que se va-

lió Dios para fundar su religion; fuísteis sí los estorbos, los impedimentos de que el mismo Señor hizo triunfar gloriosamente á unos pobres hombres sin letras y sin autoridad. ¡O buen Dios, y qué carácter de verdad tan notorio, tan impreso y tan señalado lleva consigo nuestra santa religion! En ningun otro milagro se hace tan visible, tan palpable la divinidad.

El evangelio es del capítulo 19. de san Mateo.

In illo tempore: Accesserunt ad Jesum pharisæi tentantes eum, et dicentes: Si licet homini dimittere uxorem suam quacumque ex causa? Qui respondens, ait eis: Non legistis quia qui fecit hominem ab initio, masculum et fœminam fecit eos? et dixit: Propter hoc dimittet homo patrem, et matrem, et adhærebit uxori suæ, et erunt duo in carne una. Itaque jam non sunt duo, sed una caro. Quod ergo Deus conjunxit, homo non separet. Dicunt illi: Quid ergo Moyses mandabit dare libellum repudii, et dimittere? Ait illis: Quoniam Moyses ad duritiam cordis vestri permisit vobis dimittere uxores vestras; ab initio autem non fuit sic. Dico autem vobis, quia quicumque dimiserit uxorem suam, nisi ob fornicationem, et aliam duxerit, mœchatur. Dicunt ei discipuli ejus: Si ita est causa hominis cum uxore, non expedit nubere. Qui dixit illis: Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est. Sunt enim eunuchi, qui de matris utero sic nati sunt; et sunt eunuchi, qui facti sunt ab hominibus; et sunt

En aquel tiempo: Buscaron los fariseos á Jesus para tentarle, y le dixeron: ¿Es lícito al hombre repudiar por cualquier motivo á su muger? El cual respondiendo, los dixo: ¿No habeis leido vosotros como aquel que crió al hombre desde el principio los hizo macho y hembra? y dixo: Por esto dexará el hombre al padre y á la madre, y se unirá con su muger, y los dos serán una sola carne. Y así, ya no son dos carnes, sino una. Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. ¿Pues por qué, dixeron ellos, ordenó Moyses el dar libelo de repudio, y separarse? Respondiólos: Por la dureza de vuestro corazon os permitió Moyses repudiar vuestras mugeres; pero no fue así al principio. Sin embargo, yo os digo: que cualquiera que repudie su muger sino por causa de adulterio, y tome otra, adultera; y cualquiera que tome á la repudiada, comete adulterio. Dixéronle sus discípulos: Si es tal la condicion del hombre en órden á la muger, no tiene cuenta casarse. Y él los dixo: No todos entienden esta doctrina, sino aquellos á quienes es concedido. Porque hay eunucos que nacieron tales del vientre de

eunuchi, qui seipsos castraverunt propter regnum cœlorum. Qui potest capere, capiat.

su madre; y hay eunucos que han sido hechos tales por los hombres; y los hay que se hicieron eunucos á sí mismos por amor del reyno de los cielos. El que puede entender, entienda.

MEDITACION.

De la tentacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la tentacion es prueba, y es peligro, por cuanto es un lazo que nos arma el enemigo de la salvacion. Siendo tan ingenioso como maligno, estudia nuestro humor, nuestro natural, y singularmente aquella particular propension que se tiene á lo malo, y á tal determinada especie de mal; es decir, nuestra pasion dominante. Luego que descubre la flaco de la plaza, comienza á embestirla atacando y destruyendo las obras exteriores; exercicios espirituales, delicadeza de conciencia, exâctitud en la observancia, fuga de ciertos objetos, devociones tiernas, modestia escrupulosa, fidelidad en las cosas pequeñas, temor de las mas ligeras faltas, penitencias y mortificaciones. Estas son las que se llaman obras exteriores, ó abanzadas y fortificaciones que cubren el cuerpo de la plaza. Una vez destruidas aquéllas, no es posible que ésta haga larga resistencia. El demonio, como enemigo fino, sagaz y vigilante, sabe tomar bien sus medidas, lograr el tiempo, y aprovechar las ocasiones de sorprenderla. Confíase siempre en cierta buena voluntad, en aquel antiguo horror á todo pecado grave, y se promete uno á sí mismo con seguridad una vigorosa resistencia. ¿Pero dexóse arruinar ó desmoronar lo que servia de dique contra la corriente? ¿familiarizóse uno con las faltas pequeñas? pues llegan de repente con ímpetu y de tumulto los pecados graves cuando menos se piensa. El demonio está perpétuamente de espía, y en viendo al alma, por decirlo así, al descubierto, espera la presencia de cierto objeto, la vivacidad ó el crecimiento de la pa-

sion, la favorable disposicion del ánimo y de los humores. Entonces se presenta el enemigo, juega todas sus máquinas, pone en movimiento todos sus artificios, y descarga el golpe mortal antes que piense en él. Mi Dios, ¿cuántas víctimas se degüellan, cuántos esclavos se hacen en un solo dia! Hay tentaciones que vienen con mucha bulla; son perniciosas á la verdad, pero sorprenden poco; háylas mudas, y no son éstas las que menos se deben temer; háylas lisonjeras, cortesanas y cariñosas, éstas son las que jamás yerran el golpe. Es la vida del hombre una perpétua guerra; en élla todo es emboscadas, todo peligros. Desdichado de aquel que no está contínuamente con las armas en la mano; desdichado del que no está siempre alerta. ¿Cómo nos portamos en este punto? ¿cuál es nuestra vigilancia, nuestra atencion y nuestro trabajo? Velad y orad sin cesar, dice el Salvador, porque no os sorprenda el enemigo, que nunca se duerme. ¿No nos remorderá nada nuestra conciencia en este particular?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no siempre es el demonio autor de la tentacion: nosotros mismos somos muchas veces nuestros propios tentadores; nosotros nos armamos los lazos, y nos fabricamos los precipicios en que nos precipitamos miserablemente. Nuestros mayores y mas poderosos tentadores son nuestras mismas pasiones. Nosotros mismos nos divertimos, y gustamos mucho de sustentar estas fieras, que nos despedazan y nos devoran. ¿Cuántas veces, cansados de nuestra tranquilidad, vamos á buscar el funesto orígen de nuestras mas peligrosas inquietudes? Y despues atribuimos al demonio las desgraciadas caidas de que fuimos nosotros los únicos autores. Vase á buscar la tentacion hasta en su mismo orígen; vanse á provocar á sangre fria aun en aquellas ocasiones, que por decirlo así, no se habian hecho para nosotros. Se gasta dinero para comprar los peligros de que por nuestro estado y por nuestra edad estábamos exêntos. Por puro gusto se asiste á aquellas concurrencias donde estan unidas todas las tentaciones; sin mas precision que la del antojo se concurre á aquellos espectáculos donde ya se sabe que estan como convocados todos los artificios del enemigo. Estréchanse

amistades y conversaciones en que no se ignora que se brinda el veneno sin disimulo y descubiertamente. Excítase muy de estudio el fuego que ya estaba apagado; y despues que el alma se abrasó, se dice que el diablo causó el incendio. Dime, ¿qué fatal necesidad tenias de asistir á esos espectáculos, ni de beber, digámoslo así, por los ojos y por los oidos aquel mortal veneno? ¿no será cosa graciosa que atribuyas al demonio aquellas conversaciones tiernas, halagüeñas y peligrosas? Te expusiste por tu regalado gusto á un ayre inficionado; y despues te quejas del estrago que hizo la peste en tu alma. Un anacoreta de profesion sale sin necesidad del desierto donde estaba bien defendida su inocencia; una persona religiosa quiere ver el mundo mas de cerca, y se derrama en conversaciones enteramente aseglaradas, en esparcimientos totalmente profanos, en discursos vanos y perniciosos; ¡y despues se queja de que siente poca devocion, de que padece distracciones de espíritu, y en fin, de sus descaminos y de sus funestas caidas! Confesemos, pues, que por lo comun nosotros mismos somos los artífices de nuestras mas lastimosas desgracias. No siempre es el tentador nuestro mayor enemigo; y así atribuyámonos á nosotros mismos nuestras propias desdichas.

¡Mi Dios, cuánta materia para reflexîones me ofrece mi propia malicia! ¡y cuánto me acusan estas mismas reflexîones! ¿Qué victoria me puedo prometer de las tentaciones que yo mismo busco, y á que me expongo por mi antojo? Asistidme, Señor, con vuestra gracia contra las tentaciones; pero no permitais que yo sea el mayor tentador de mí mismo. Espero que en adelante no tendré mas de que acusarme en este particular.

JACULATORIAS.

Beatus homo qui semper est pavidus. Prov. 8.

Bienaventurado aquel que siempre está temeroso.

Cum metu et tremore vestram salutem operamini.

Trabajemos en el negocio de nuestra salvacion con temor y temblor.

PROPOSITOS.

La mayor parte de las tentaciones nacen en nuestro propio terreno; todas encuentran inteligencia y apoyo en

nosotros mismos. Por tanto es menester estar siempre alerta contra nuestro propio corazon. En logrando la ocasion, nos hacen traicion todos nuestros sentidos. A la menor señal, al menor ruido despiertan las pasiones que parecian mas dormidas y mas apagadas. Éntrase con seguridad en las ocasiones con el pretexto de que no hay peligro cuando el corazon está arreglado; pero apenas se entra en éllas cuando se amotina la pasion. Serán muy pocos á quienes no se lo haya enseñado así su misma triste experiencia. Escarmienta en cabeza propia, ó por lo menos en la agena. Huye de las mas ligeras ocasiones; no te fies de tu perseverancia, ni de tus victorias, ni de tus penitencias, ni de tu edad, ni de tu devocion. Nunca mueren nuestras pasiones antes que nosotros; nunca envejecen ni decaen. Evita, cuanto puedas, concurrencias ó conversaciones y familiaridades con personas de diferente sexô. No asistas á espectáculos profanos, ni á aquellas diversiones en que reyna el espíritu del mundo. Es prudencia desconfiar de sí en todo; el pretexto de piedad, de caridad, de obra de misericordia fue no pocas veces fatal escollo en que dió al traves la mas austéra virtud.

2 Aquella temporada de retiro á la casa de campo para lograr del buen tiempo es muy ocasionada, y favorece mucho al tentador; por lo que es menester hacer provision de grandes precauciones. No está exênta de tentaciones la soledad, ni aun el desierto. Imita á aquellas grandes almas, que en todas horas renuevan su vigilancia con algun acto interior, ó tambien con alguna breve oracion vocal. Sobre todo, guárdate mucho de ciertos esparcimientos de corazon; porque nunca es mas de temer la tentacion que en las demasiadas alegrías.



DIA OCTAVO.

La Natividad de la santísima Vírgen.

Hoy es el dia del nacimiento de la santísima Vírgen, canta la Iglesia: *Nativitas est hodie sanctæ Mariæ vir-*

ginis. Celebremos este dichoso dia con toda la solemnidad posible: *Nativitatem hodiernam solemniter celebremus*: celebrémosle con la mayor alegría, *cum jucunditate*. Tu nacimiento, ó Vírgen madre de Dios, llenó de alegría al universo mundo: *Nativitas tua, Dei genitrix Virgo, gaudium annuntiavit universo mundo*. Hízonos el cielo en este dia un magnífico presente, un presente de inestimable valor, dice san Bernardo: *Pretiosum hodie munus cœlum nobis largitus est*. Este fue propiamente el dia en el cual se comenzaron á disipar las espesas tinieblas en que por mas de cinco mil años yacía el mundo sepultado, rayando la primera luz en el nacimiento de aquella brillante aurora, esperada por tantos siglos, y objeto tan largo tiempo de las ánsias y de los deseos de tantos patriarcas y profetas. Celebremos todos el nacimiento de la Madre de Dios, dice san Juan Damasceno, por la cual fue como reintegrado todo el género humano, siendo élla la que convirtió en alegría la tristeza que nos causó nuestra primera madre Eva. *Dei Genitricis natalem complectamur, per quam mortalium genus redintegratum est; per quam primogeniæ matris Evæ mœror in lætitiam mutatus est* (*Serm. de Natal. B. V.*). Así como la aurora es el fin de la noche, dice el abad Ruperto, de la misma manera este nacimiento fue el fin de nuestros males, y el principio de nuestra dicha y de nuestro consuelo (*Lib.* 6. *in Cant.*): *Sicut aurora finis præteritæ noctis est, sic nativitas Virginis finis dolorum et consolationum fuit initium*. ¿Dónde hay alegría mas pura, mas santa ni mas llena que la que causa este dichoso dia á toda la Iglesia por el nacimiento de aquella que habian anunciado los oráculos de los profetas, como dice san Gerónimo (*In Mich.* 6.): *Vaticinium prophetarum*: nacimiento que fue como prenda de las promesas de Dios en frase de san Juan Damasceno: *Pignus promissionis*; y como seguridad del futuro nacimiento de todo un Dios: *Genitale votum nascituri Dei*?

Parece, añade el mismo Santo, que desde la creacion del mundo andaban en competencia los siglos sobre cuál de éllos habia de tener la gloria de honrarse con el nacimiento de la santísima Vírgen: *Certabant sæcula quodnam ortu Virginis gloriaretur*. Llegó, en fin, aquel dicho-

so tiempo determinado desde la eternidad en los archivos de la divina Providencia, aquel tiempo tan esperado y tan suspirado despues de tantos siglos. El año cinco mil ciento y ochenta y tres de la creacion del mundo; el año de dos mil novecientos cuarenta y uno del diluvio universal; y el año de mil novecientos y noventa y nueve del nacimiento de Abrahan; y el año de mil cuatrocientos y noventa y cuatro de la salida de Moyses y del pueblo de Israel del cautiverio de Egipto; y el año mil y diez y seis despues que David fue ungido y consagrado por rey: hácia la semana sesenta y cinco, segun la profecía de Daniel, y en la olimpiada ciento y noventa; el año setecientos treinta y tres de la fundacion de Roma, y veinte y seis del imperio de Octaviano Augusto; en la sexta edad del mundo aquella bienaventurada Niña, predestinada por los decretos eternos para ser madre del Verbo encarnado, habiendo sido concebida sin pecado por singular privilegio, á los nueve meses de su inmaculada concepcion, nació en Nazaret, ciudad de Galilea, á treinta leguas de Jerusalen, el dia ocho de septiembre.

Hasta entonces no habia visto el mundo nacimiento mas recomendable, así por la nobleza de la sangre y circunstancias de sus padres, como por la santidad y por el mérito de aquella tierna niña que nacia para consuelo de todo el universo, y para admiracion de toda la córte celestial. Su padre san Joaquin era de sangre real, hijo de Barpanther, y descendiente de David por Nathan. Esta rama de la familia real era originaria de Judea; pero habiendo decaido de su antiguo esplendor en mucha pobreza de bienes de fortuna por singular disposicion de la divina Providencia, que queria fuesen los parientes mas cercanos del Salvador de la misma condicion que él, se habia como desnaturalizado de su propio pais, y arraigando su casa en Nazaret, estaba reputada por familia de Galilea. Su madre santa Ana era hija de Mathan, sacerdote de Belen, de la tribu de Leví, y de la familia de Aaron, de manera que en la persona de su hija María se hallaban dichosamente unidas la sangre real y la familia sacerdotal, de la cual era Aaron entre los judíos. No hubo dos esposos, dice san Juan Damasceno, mas nacidos el úno para el ótro; el mismo humor, las mismas

inclinaciones y el mismo parecer en todo; acreditando así que era obra de Dios aquel dichoso matrimonio. Siendo Dios el único objeto de sus deseos, y dirigiéndose todos sus afectuosos suspiros á la venida del prometido Mesías, vivian casi siempre en dulce y sosegado retiro, ocupando en oracion todo el tiempo que tenian libre. Eran, dice santa Brígida, dos astros resplandecientes, que aunque encubiertos con las nubes de una vida obscura y abatida, deslumbraba su claridad á los mismos ángeles, y á todo el cielo enamoraba su piedad y su pureza.

Habia años que san Joaquin y santa Ana vivian con aquella paz, con aquella union, y entregados á aquellos devotos exercicios que tanto edificaban á todos, cuando quiso el Señor que saliese aquel misterioso retoño de la vara de Jesé, de que habla el profeta Isaías; que amaneciese aquella aurora tan deseada, que habia de preceder por breve tiempo al divino sol, el suspirado Mesías. Es opinion comun que ya san Joaquin y santa Ana iban declinando á la vejez sin haber tenido sucesion, y sin esperanzas de tenerla; de suerte, que aquella esterilidad considerada entonces como maldicion de Dios, y reputada por la mas ignominiosa desgracia que podia suceder á una familia, quitándola toda esperanza de tener alguna afinidad con el Mesías prometido, humillaba mucho tiempo habia á los dos santos casados; y como por una parte su avanzada edad, y por ótra su modo de vivir en perfecta continencia, segun afirma santa Brígida, los tenia destituidos de toda esperanza de sucesion, se contentaban con derramar su corazon en la presencia de Dios, pidiéndole solamente aquello que fuese de su mayor gloria. Créese generalmente que reveló el Señor á los dos santos Esposos que tendrian una hija, la cual habia de ser bendita entre todas las mugeres, y Dios se habia de valer de élla para la salvacion del pueblo de Israel; pero sea lo que fuere, lo cierto es que tuvieron á la santísima Vírgen, la cual nació milagrosamente, dice san Juan Damasceno, de una madre estéril; y librando á sus padres de la ignominia de la esterilidad, los hizo las dos personas mas dichosas y mas respetables del mundo (*Serm.* I. *de Nativ.*). *Quid autem est*, pregunta este Santo, *cur Vir-*

go Mater ex exterili orta sit? ¿Pero por qué razon fue conveniente que naciese de madre estéril esta Vírgen madre? Porque lo era, responde el mismo, que una cosa tan nueva y nunca vista debaxo del sol naciese tambien por un camino extraordinario, y que naciese milagrosamente la que élla misma era el mayor milagro: *Quoniam scilicet oportebat, ut ad id quod solum novum sub sole erat, ac miraculorum omnium caput, via per miracula sterneretur*. Era muy puesto en razon que la naturaleza cediese á la gracia, y á la gloria que la dexase todo su fruto. *Natura gratiæ cedit ac tremula stat, progredi non sustinens. Quoniam itaque futurum erat ut Dei Genitrix ac Virgo ex Anna oriretur, natura gratiæ fœtum anteire minime ausa est: verum tantisper expectavit, dum gratia fructum suum produxisset*. Habiendo de nacer de santa Ana la Vírgen madre de Dios, no se atrevió la naturaleza á concurrir, digámoslo así, por respeto á lo que habia de ser obra de la gracia; detúvose en cierta manera como para dar lugar á que la gracia produxese el fruto que la pertenecia.

Fácilmente se dexa comprender el gozo de aquel afortunado padre y de aquella dichosa madre en el momento que nació aquella bienaventurada hija. Alumbrados con cierta luz sobrenatural, desde luego conocieron que Dios la habia criado únicamente para sí, y que éllos no eran mas que depositarios de aquel tesoro. El milagroso nacimiento de aquella niña fue para éllos presagio cierto de su mérito y de su excelencia. ¡O dichosos padres, exclama san Juan Damasceno, que dísteis á luz una vírgen que será madre de Dios sin dexar de ser hija vuestra: *Virginem enim Dei matrem mundo peperistis*! ¡Dichoso el vientre, ó Vírgen santa, que te llevó, y dichosos los pechos que mamaste! Dense priesa todos los fieles, exclama el devoto Sergio de Hiérapolis (*Lib. 1. de Deipara.*), por venir á saludar á la que acaba de nacer, porque antes de su nacimiento estaba predestinada para ser madre de Dios, y con élla renace y se renueva el mismo mundo. Venid, pueblos; venid, naciones, de cualquiera clima que seais; venid todos, de cualquiera edad y de cualquiera condicion que fuéreis, venid á celebrar el nacimiento de esta Vírgen, con la cual, por decirlo así, na-

ció nuestra salvacion (*Orat.* 1. *de Nativ.*): *Hodie mundi salus inchoavit: jubilate Deo omnis terra*; *cantate*, *et exultate*, *et psalite*. Así exclama san Juan Damasceno. ¿Cuándo hubo motivo mas justo de regocijo? ¿en qué otro dia hemos de explicar mas nuestro alborozo, puesto que en el nacimiento de la santísima Vírgen, como dice san Ildefonso, comenzó en cierta manera el nacimiento de Jesucristo (*Serm.* 3. *de Nativ.*)? *In nativitate Virginis*, *felix Christi est inchoata Nativitas*. Hasta aquí solo habia mirado Dios la tierra como region de llantos, destinada para habitacion de miserables delincuentes; pero desde el mismo instante en que María se dexó ver en el mundo ya hay en él un objeto en que se complace mucho el mismo Dios, y ya no le puede mirar con ojos siempre irritados.

Algunos dias despues que santa Ana se levantó del parto, fue llevada al templo la santa Niña, donde precediendo las oraciones acostumbradas, se la impuso el nombre de María; asegurando san Ambrosio, san Bernardo, y otros muchos santos padres, que este nombre se la dió por el mismo cielo, revelándosele el Señor á santa Ana y á san Joaquin como el mas propio para explicar la grandeza, la dignidad y la excelencia de aquella bendita Niña: *Dignitas Virginis annuntiatur ex nomine*, dice el Crisólogo.

Atormentanse los ingenios, agótanse todos los artificios, todos los esfuerzos de la elocuencia para componer un genthliaco, ó un panegírico magnífico y pomposo para celebrar el nacimiento de algun príncipe. Con efecto, ¿qué se puede decir de un niño que acaba de nacer? ¿ensalzar su nobleza? Eso no es elogiarle á él, sino á sus abuelos y ascendientes. No hay asunto mas estéril ni mas pobre que su persona en aquellos primeros dias. Por lo que toca á lo de adelante, todo lo que se puede asegurar con la mayor certeza es, que se verá sujeto á mil trabajos y miserias; pero se ignora si será bueno ó malo, discreto ó tonto; en una palabra, hasta ahora nada ha hecho, y se ignora lo que hará. No así en María: aunque acababa de nacer, es cierto que ya ha hecho mucho, y no podemos ignorar que ha de hacer aún mucho mas. Entra María en el mundo colmada de merecimientos, y sabemos que

ha de colmar el mundo de felicidades y de dichas.

No hay duda que el alma de la Vírgen fue la mas hermosa alma que Dios crió antes que fuese criada el alma de Jesucristo; pudiéndose decir, que esta fue la mas excelente obra que salió de manos del Criador: *Opus quod solus opifex supergreditur*, dice san Pedro Damiano. A la hermosura de aquella bella alma correspondia la del cuerpo. Sábese que desde el mismo instante en que aquella purísima alma fue unida á aquel hermosísimo cuerpo, fue tambien santificada, y el cuerpo concurrió con sus órganos á todas las funciones de la vida racional. Siendo María concebida sin pecado en el primer instante, recibió con la gracia el perfecto uso de la razon, y desde entonces fue ilustrado su entendimiento con todas las luces de la sabiduría, y enriquecido con la cabal comprension de todas las verdades morales naturales. ¿Pero cuál fue la medida de aquella gracia que recibió, y cuál el primer empleo de aquella razon tan divinamente ilustrada? Fue tan abunte aquella gracia, dice san Vicente Ferrer, que excedió á la de todos los santos, y á la de todos los espíritus celestiales. *Virgo sanctificata fuit in utero super omnes sanctos, et omnes ángelos*. En aquel primer instante en que todos los santos son objeto de horror á los ojos de Dios, María lo fue de admiracion á las celestiales inteligencias, y de complacencia á los cariños del mismo Dios.

Esta fue la santísima Vírgen desde el primer instante de su inmaculada concepcion; y habiéndose multiplicado en todos los instantes aquel inmenso caudal de gracias, de luces, de sabiduría y de virtudes, concibamos, si fuere posible, cuál sería el tesoro de merecimientos con que se hallaria enriquecida el dia de su nacimiento. ¿Pues qué asunto mas digno de nuestras admiraciones, de nuestros respetos, de nuestros elogios, y, añadamos tambien, del culto de toda la Iglesia, que el nacimiento de esta santa Niña? Ya no nos debe causar admiracion que el Angel quince años despues la encuentre, y la salude como llena de gracia, ni que los santos padres, hablando de la gracia con que se halló en el último momento de su vida; es decir, sesenta y dos años y nueve meses despues de su concepcion y nacimiento, se valgan de expresiones tan fuertes y tan significativas. Tuvo mucha razon san

Epifanio para decir que fue inmensa aquella gracia; san Agustin que fue inefable, y Dionisio Cartusiano que fue como infinita: *Mariæ sanctitas est infinita.* San Juan Crisóstomo llama á María el tesoro de toda la gracia. San Gerónimo dice que toda se derramó en élla; y san Bernardino de Sena se adelanta á asegurar que recibió toda la que es capaz de recibir una pura criatura: *Tanta gratia Virgini data est, quanta uni, et puræ creaturæ dari possibile est.*

Y á la verdad, si los pueblos acostumbran hacer tantos regocijos cuando nacen hijos á sus soberanos y á sus príncipes, porque tambien á éllos los nacen reyes y monarcas que los gobiernen y los manden, ¿qué mucho es que el nacimiento de María llenase de regocijo al cielo y á la tierra, como canta la Iglesia, pues en élla nació la Reyna de los ángeles y de los hombres; nuestra única esperanza despues de Jesucristo, dice san Epifanio; nuestra fiadora con Dios, dice san Agustin; nuestra medianera con el Mediador, dice san Bernardo; el remedio de todos los males, dice san Buenaventura; nuestra paz, nuestra alegría, nuestra buena madre, dice san Efren; y en fin, nuestro consuelo, nuestra alegría y nuestra vida, como canta toda la Iglesia?

Descendió María de reyes y de patriarcas; pero lo que la engrandece á los ojos de Dios no es el esplendor de su dignidad, no su grandeza, no su poder, no el ruido de sus gloriosas hazañas; su santidad fue la que la hizo tan recomendable en su concepcion, y ésta sola es la que constituye toda su dicha y toda su gloria en su alegre nacimiento. Nace, no ya rodeada de esplendor como los grandes del mundo; no ya entre el fausto, la pompa, la magestad como los reyes de la tierra: sin ese aparato, sin ese esplendor mundano es su nacimiento, aunque al parecer tan obscuro, con grandes ventajas, preferible al nacimiento de todos los grandes y de todos los monarcas del mundo. Todos éllos fueron concebidos en pecado; todos nacieron en desgracia de Dios, hijos de ira y objetos de odio; sola María nace ya objeto de las divinas complacencias, hija muy amada del Altísimo, colmada de sus mas abundantes bendiciones, y enriquecida con todos los dones de su espíritu. Esta es la verdadera grandeza, y así honra el Rey de la gloria á la que quiere honrar.

Creced, santa Niña, creced así para mayor gloria del mismo Dios que os crió, como para mayor dicha de aquellos en cuyo favor y beneficio habeis nacido. Algun dia daréis vos su nacimiento al mismo Dios, de quien ahora le recibis. Creced, pues, para disponerle su digno tabernáculo. Cuando se encierre en vuestro purísimo vientre os conferirá el mas augusto carácter, elevándoos á su divina maternidad. Vivid y creced para dignidad tan eminente, y para el mayor y mas glorioso destino. Por medio de vos quiere venir á nosotros para libertarnos de la esclavitud. Vivid y creced para nuestra salvacion, y para que naciendo de vos nuestro Salvador, quedeis constituida madre de todos los fieles.

Nos admiraríamos justamente de que una fiesta tan santa y que tanto nos interesa no se celebrase en la Iglesia desde sus primeros siglos, si no se supiese la razon que tuvieron aquellos primitivos fieles, sin duda mas devotos de María, y mas zelosos de su culto que nosotros, para no dar motivo de creer á los gentiles y á las naciones groseras, criadas por la mayor parte en la idolatría, que los cristianos adoraban como diosa á la madre de su Dios. Este era el motivo que en aquellos nebulosos tiempos tenian los verdaderos fieles para no manifestar su zelo por el culto de la santísima Vírgen en fiestas ruidosas y solemnes; contentándose con rendirla sus respetos reverentes con una tierna devocion y con un culto reservado. Pero luego que gozó de paz la Iglesia del Señor, y que los pastores pudieron instruir públicamente á su rebaño, floreció en todo el mundo cristiano el culto público y solemne de la santísima Vírgen; celebráronse con pompa y solemnidad sus principales misterios; solemnizáronse sus fiestas con magnificencia; convinieron griegos y latinos en este punto de religion, no obstante el desgraciado cisma; y el nacimiento de la santísima Vírgen fue una de las principales fiestas en los cristianos. *Ortum Virginis didici in Ecclesia*, dice san Bernardo, *et ab Ecclesia indubitanter haberi festivum atque sanctum: firmissime cum Ecclesia sentiens, eam accepisse in utero ut sancta prodiret.* La Iglesia es la que me ha enseñado á celebrar la Natividad de la santísima Vírgen con toda la devocion y con toda la solemnidad posible. Creo firmemente con to-

da la Iglesia que habiendo sido santificada en el vientre de su madre, es objeto único de nuestro culto desde el primer instante que nació.

La misa es del misterio, y la oracion la que sigue.

Famulis tuis, quæsumus, Domine, cœlestis gratiæ munus impertire; ut quibus beatæ Virginis partus extitit salutis exordium, Nativitatis ejus votiva solemnitas pacis tribuat incrementum: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, concedas á tus siervos el don de tu gracia celestial, para que así como el parto de la bienaventurada Vírgen fue el principio de su salvacion, así reciban tambien mucho aumento de bendiciones en la fiesta de la Natividad: Por nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 8. del libro de los Proverbios.

Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequam quidquam faceret à principio. Ab æterno ordinata sum, et ex antiquis antequam terra fieret. Nondum erant abyssi, et ego jam concepta eram: necdum fontes aquarum eruperant, necdum montes gravi mole constiterant: ante colles ego parturiebar: adhuc terram non fecerat, et flumina, et cardines orbis terræ. Quando præparabat cœlos, aderam: quando certa lege, et gyro vallabat abyssos: quando æthera firmabat sursum, et librabat fontes aquarum: quando circumdabat mari terminum suum, et legem ponebat aquis ne transirent fines suos: quando appendebat fundamenta terræ. Cum eo eram cuncta componens: et delectabar per singulos dies, ludens coram eo omni tempore; ludens in orbe terrarum: et deliciæ

El Señor me tuvo consigo al comenzar sus obras desde el principio antes de hacer cosa ninguna. Desde la eternidad tuve yo el principado, y desde lo antiguo antes de que fuese hecha la tierra. No exîstian aún los abismos, y ya estaba yo concebida. Ni habian brotado las fuentes de las aguas, ni los montes estaban sentados sobre su pesada mole; antes que los collados estaba yo parida: todavía no habia hecho él la tierra, ni los rios, ni los quicios del mundo. Cuando disponia los cielos estaba yo presente: cuando cercaba los abismos con cierta ley en sus confines: cuando formaba allá arriba los ayres, y suspendia las fuentes de las aguas: cuando fixaba al mar sus confines, é imponia ley á las aguas para que no traspasasen sus límites; cuando echaba los fundamentos de la tierra estaba yo con él disponiendo todas las cosas; y me deleytaba to-

meæ esse cum filiis hominum. Nunc ergo, filii, audite me: Beati qui custodiunt vias meas. Audite disciplinam, et estote sapientes, et nolite abjicere eam. Beatus homo qui audit me, et qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad postes ostii mei. Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino.

dos los dias jugando delante de él contínuamente, jugando en el universo: y mis delicias (son) el estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, ó hijos, oidme: bienaventurados los que andan mis caminos. Oid mi doctrina, y sed sabios; y no querais despreciarla. Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela todos los dias á la puerta de mi casa, y aguarda á los umbrales de mi puerta: El que me halláre, hallará la vida, y recibirá del Señor la salud.

NOTA.

»Sacóse esta epístola del libro de los proverbios de Sa»lomon; el cual es sin disputa la mejor y la mas importan»te de todas sus obras. Es un rico tesoro de verdades muy »provechosas, dice san Gerónimo. Lo que dice en este li»bro se entiende propiamente de la Sabiduría eterna, Verbo »del Padre, y segunda persona de las antísima Trinidad; pe»ro la Iglesia lo aplica tambien en cierto sentido místico »á la santísima Vírgen, predestinada desde toda la eterni»dad para ser madre de Dios, y objeto de su divina com»placencia.

REFLEXIONES.

El que me halláre, hallará la vida, y beberá la salvacion en la bondad del Señor: á lo que añade inmediatamente el Espíritu santo: *Pero el que pecáre contra mí, dañará su alma. Todos los que me aborrecen, aman la muerte.* Esta es la mayor prueba de lo que dixéron constantemente unánimes todos los santos Padres, que la mas visible señal de predestinacion era la devocion á la santísima Vírgen: como al contrario, la falta de élla lo que mas nos debe hacer dudar de nuestra salvacion. Todo aquel que sirviere dignamente á María, dice san Buenaventura, será justificado, y se salvará; pero el que no hiciere caso de servirla, morirá infelizmente en sus pecados. *Qui digne coluerit, Mariam justificabitur*; *et qui neglexerit eam, morietur in peccatis suis.* Por eso dixo el sabio Idiota, que el que encontró á María, encontró en élla todos los bienes; porque esta Señora ama

á los que la aman; y lo que mas es, élla misma sirve mucho á sus fieles siervos. *Inventa Maria, invenitur omne bonum; ipsa namque diligit diligentes se; imo sibi servientibus servit.* No por cierto, no hace María que encontremos nuestra salvacion en sus propios merecimientos; pero siendo la distributaria, dicen los padres, de las gracias del Salvador, saca del tesoro de las misericordias del Redentor aquellas abundantes gracias que derrama, por decirlo así, en el corazon de los que la aman. Aparta de la cabeza de sus queridos hijos aquellos envenenados golpes que sin cesar descarga sobre éllos el enemigo de la salvacion: conjura las tempestades que amenazan á sus siervos: dispone que se libren de los lazos y de los peligros; y con estos importantes servicios, de que somos deudores á la poderosa ternura de esta amable Madre, recompensa ventajosamente el zelo que tenemos en servirla. La verdadera devocion á la santísima Vírgen es el carácter de todos los escogidos de Dios. No hubo santo que no la honrase, y no la amase como á su querida madre: ninguno que no la profesase aquel ardiente, aquel tierno y amoroso zelo que todo hijo bien nacido profesa á sus amados padres. Por el contrario, ningun enemigo ha tenido el Hijo que no lo fuese tambien de la Madre: de una misma raiz nace esta maligna hiel, esta impía amargura, y siempre tuvo tambien uno y otro objeto. Si se aborrece á María, no es imaginable mayor extravagancia que creer se puede estar en gracia de su Hijo. De aquí nace aquel monstruoso desencadenamiento de todos los hereges contra la devocion á la santísima Vírgen. En el tribunal del error todo devoto de María se declara por hombre de poco entendimiento: oraciones, rosarios, novenas, piadosas devociones, todo se trata de supersticion en el espíritu, en el dictámen y en el corazon de cuantos son rebeldes á la Iglesia. Regocijáos, vírgen María, porque sola vos confundísteis, degollásteis, extinguísteis todas las heregías: *Gaude, María vírgo, cunctas hæreses sola interemisti.* Aquella antigua serpiente hará (¡pero qué inútilmente!) todos sus esfuerzos para morderos, y los inficionados de su veneno nunca cesarán de gritar contra vuestro culto, y desacreditar vuestra devocion; ¡pero qué en vano!

El evangelio es del capítulo 1. de san Matéo.

Liber generationis Jesu Christi filii David, filii Abraham. Abraham genuit Isaac. Isaac autem genuit Jacob. Jacob autem genuit Judam, et fratres ejus. Judas autem genuit Phares, et Zaram de Thamar. Phares autem genuit Esron. Esron autem genuit Aram. Aram autem genuit Aminadab. Aminadab autem genuit Naasson. Naasson autem genuit Salmon. Salmon autem genuit Booz de Rahab. Booz autem genuit Obed ex Ruth. Obed autem genuit Jesse. Jesse autem genuit David regem. David autem rex genuit Salomonem ex ea, quæ fuit Uriæ. Salomon autem genuit Roboam. Roboam autem genuit Abiam. Abias autem genuit Asa. Asa autem genuit Josaphat. Josaphat autem genuit Joram. Joram autem genuit Oziam. Ozias autem genuit Joatham. Joatham autem genuit Achaz. Achaz autem genuit Ezechiam. Ezechias autem genuit Manassen. Manasses autem genuit Amon. Amon autem genuit Josiam. Josias autem genuit Jochoniam, et fratres ejus in transmigratione Babylonis. Et post transmigrationem Babylonis Jechonias genuit Salathiel. Salathiel autem genuit Zorobabel. Zorobabel autem genuit Abiud. Abiud autem genuit Eliacim. Eliacim autem genuit Azor. Azor autem genuit Sadoc. Sadoc autem genuit Achim.

Libro de la generacion de Jesucristo hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró á Isaac. Isaac engendró á Jacob. Jacob engendró á Judas y sus hermanos. Judas engendró de Tamar á Fares y Zara. Fares engendró á Esron. Esron engendró á Aran. Aran engendró á Abinadab. Abinadab engendró á Naason. Naason engendró á Salmon. Salmon engendró de Rahab á Booz. Booz engendró de Ruth á Obed. Obed engendró á Jese. Jese engendró á David rey. David rey engendró á Salomon de aquella que habia sido (muger) de Urías. Salomon engendró á Roboam. Roboam engendró á Abías. Abías engendró á Asa. Asa engendró á Josafat. Josafat engendró á Joran. Joran engendró á Ozías. Ozías engendró á Joatan. Joatan engendró á Achaz. Achaz engendró á Ezequías. Ezequías engendró á Manases. Manases engendró á Amon. Amon engendró á Josías. Josías engendró á Jeconías y á sus hermanos en la transmigracion de Babilonia. Y despues de la transmigracion de Babilonia, Jeconías engendró á Salathiel. Salathiel engendró á Zorobabel. Zorobabel engendró á Abiud. Abiud engendró á Eliazin. Eliazin engendró á Azor. Azor engendró á Sadoc. Sadoc engendró á Achin. Achin engendró á Eliud. Eliud engendró á Eleazar. Eleazar engendró á Ma-

Achim autem genuit Eliud. Eliud autem genuit Eleazar. Eleazar autem genuit Mathan. Mathan autem genuit Jacob. Jacob autem genuit Joseph virum Mariæ, de qua natus est Jesus qui vocatur Christus.

than. Mathan engendró á Jacob. Jacob engendró á Joseph, esposo de María, de la cual nació Jesus, que se llama Cristo.

MEDITACION.

Sobre la natividad de la santísima Vírgen.

PUNTO PRIMERO.

Considera que basta saber que nace para ser madre de Dios esta bienaventurada niña que acaba de nacer, y cuyo nacimiento celebra hoy con tanta solemnidad la santa Iglesia. No son menester mas razones para comprender el justo motivo de esta fiesta, y para entrar en el espíritu de la Iglesia, solemnizando con toda la devocion, con todo el gozo, y con toda la celebridad posible esta santa natividad. Nace la santísima Vírgen; y lo que distingue este nacimiento, lo que hace bienaventurada á la recien nacida, lo que desde el mismo instante en que vió la luz la constituye digna de nuestros respetos, y de nuestro comun alborozo, no es la gloria de sus antepasados, ni la nobleza de su origen. Estimen en buen hora estas ventajosas circunstancias aquellos que están preocupados de las ideas del mundo. Descendeis, ó Vírgen santa (es así) de los patriarcas y de reyes; pero lo que delante de Dios ensalza vuestro mérito, lo que excita nuestra alegría, nuestra veneracion, nuestra confianza, y nuestro amor, no es, ni el esplendor de sus dignidades, ni su grandeza, ni su poder, ni sus memorables hazañas: aquella sola santidad que hizo dichosa vuestra concepcion, hace tambien feliz vuestro nacimiento. Ni tampoco puede nacer de otro principio nuestra dicha. Hácense grandes regocijos en el nacimiento de los grandes; pero á pesar de los aplausos que los tributan los hombres; pero á pesar de los honores que los rinde desde la

misma cuna, como fueron concebidos en pecado, nacen en pecado, hijos de ira, dignos del odio de Dios, y expuestos á los mas rigurosos castigos de su justicia. Aunque los tributen los mayores honores y respetos, son incapaces de hacer por sí mismos en mucho tiempo la mas mínima gracia á sus cortesanos. Pero la santísima Vírgen ya cuando nace es objeto de las divinas complacencias, hija muy amada del Altísimo, colmada de sus mas abundantes bendiciones, y enriquecida con todos los dones de su espíritu. Es tan grande su poder con Dios desde el mismo instante de su nacimiento, que élla sola nos puede hacer cuando nace mucho mas bien que todos los santos juntos en el curso de su vida, ni desde su bienaventurada habitacion en la gloria, ¿Qué gracias no nos puede merecer aun en la misma cuna! ¡Y con qué bondad, con qué complacencia no recibe en élla nuestros reverentes cultos? Y si el nacimiento de María es materia tan grande de alegría para nosotros, ¿por qué no será tambien para élla nuestra devocion, nuestra confianza, y nuestro amor á esta soberana Señora? Los honores que se rinden á María en su nacimiento la ganan el corazon; y nuestra devocion en este dia no puede menos de agradar extremadamente á aquel divino Hijo que tiene tan en su corazon la honra de su santísima Madre. Mucho mas gratos, mucho mas estimables le son á un príncipe los honores que se le tributan cuando se ve en un estado obscuro y abatido, que los que se le rinden en la magestad del trono, y rodeado de toda la brillantez, de toda la magníficencia de su córte. ¿Pues con qué ojos, con qué gusto mirará y recibirá María la devocion de sus queridos siervos al misterio de su nacimiento, cuando á pesar de aquel estado flaco, y al parecer abatido, es honrada con ansiosa reverencia, respetada por señora Soberana de todo el Universo, y reconocida por poderosa medianera entre Dios, y los hombres? Esta sola devocion basta para obligarla á derramar sus mas señalados favores en el corazon de sus devotos tan zelosos por su gloria.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el nacimiento de la santísima Vírgen es uno de los puntos para la meditacion de mayor consuelo que se

nos pueden proponer; manantial inagotable de reflexîones á cual mas saludables y provechosas. Ninguna cosa excita mas nuestra confianza, nuestra ternura, nuestra devocion, nuestro respeto á la Madre de Dios, que las prerogativas de su glorioso nacimiento. Si consideramos á María en sí misma desde la propia cuna, su eleccion, sus gracias, sus virtudes, su santidad, sus méritos, su gloria y sus privilegios, todo es objeto de admiracion á los mismos ángeles, todo los arrebata su veneracion y su amor. ¿Pues qué efecto no deben producir estas consideraciones en el entendimiento y en el corazon de los hombres? Si la consideramos por las correlaciones que tiene con nosotros, élla es nuestra reyna, nuestra abogada, nuestra corredentora, nuestra buena madre y nuestra esperanza, como la canta la Iglesia élla es nuestra fiadora con Dios, como se explica san Agustin: nuestra medianera con el soberano Mediador, como la aplica san Bernardo: el remedio de todos nuestros males, como lo publíca san Buenaventura: nuestra paz, nuestra alegría y nuestro consuelo en la lengua y en la pluma de san Efrén: élla en fin, es nuestra gloria, nuestra corona y nuestra vida, como la misma Iglesia la llama. Pero todavía no es madre de Dios: no importa; eslo ya en los decretos eternos, en la idea divina, á la cual todas las cosas son presentes sobre toda la eternidad. Fue concebida sin mancha, y nació toda santa y toda pura para ser madre de Dios. Aunque el príncipe que nace todavía no sea rey, basta que lo haya de ser algun dia, ó que nazca para serlo, para que todos los pueblos le honren y le respeten desde luego. ¿Pues cuáles deben ser nuestros respetos á la todopoderosa, á la todo amable Madre de Dios, que, por decirlo así, nos es todas las cosas, y á quien parece tenemos en lugar de todas éllas? Entre todos los dias que componen la vida de los grandes, solo el de su nacimiento es el que todos los años se celebra con regocijos, con besamanos, con fiestas y con regalos: ni á la verdad hay otro dia que lo merezca mas. Esta antiquísima costumbre acredita el amor y el respeto que se profesa á un príncipe á quien se le honra desde su mismo nacimiento. Mucho mas justo es nuestro gozo, nuestra veneracion y nuestro culto en el nacimiento de María, mucho mas bien fundados nuestros respetos. Nace María al mundo colmada de merecimientos: sabemos

que ha de colmar al mismo mundo de bendiciones y de dichas. Nace para ser madre de Dios, y por consiguiente para serlo de los hombres, su soberana señora, nuestra esperanza, nuestro asilo, nuestro refugio y nuestro consuelo. ¿Pues podrá un cristiano dexar de apresurarse á tributar su veneracion, sus homenages y su culto á esta soberana princesa desde el mismo instante que comienza á ver la luz? ¿Hemos de esperar para eso á verla casi espirar de dolor al pie de la cruz, ó á que éntre triunfante en la gloria? No dexáron de tributarla vasallage todas las inteligencias celestiales desde el mismo punto que se dexó ver en la tierra, reconociéndola por reyna de todos los espíritus bienaventurados; ¿pues cuáles deberán ser nuestras ansias, nuestros regocijos, nuestros votos y nuestra ternura con esta dulcísima emperatriz en el dia de su alegre nacimiento? Y si los grandes celebran cada año el dia de su nacimiento como el de su mayor fiesta; si no saben negar gracia alguna que se les pida en semejante dia; si ese es el de sus gracias y de sus liberalidades, ¿podremos pensar que sea María menos franca, menos liberal en el dichoso dia de su feliz nacimiento?

No, Vírgen santísima, no lo pensamos así: sería un pensamiento indigno de vuestra augusta dignidad, de ese corazon tan benéfico, dudar del grande amor que nos teneis, particularmente en este solemnísimo dia. Resuelto estoy, con la gracia de mi Dios, de no hacerme indigno de vuestros favores en un dia tan precioso.

JACULATORIAS.

Nativitas tua, Dei genitrix virgo, gaudium annuntiavit universo mundo. Ecclesia.

Tu nacimiento, ó vírgen madre de Dios, colmó de alegría á todo el universo mundo.

Cum jucunditate Nativitatem beatæ Mariæ celebremus. Ecclesia.

Celebremos con el mayor regocijo el nacimiento de la santísima vírgen María.

PROPOSITOS.

Fácil cosa es comprender cuánto nos importa conseguir la proteccion de la santísima Vírgen. Es cierto que ninguna gracia podemos lograr no siendo por su favor; y que mediante su favor, no hay gracia que no podamos lograr. Aunque no hubiera sido escogida para ser madre del Todopoderoso; aunque su Hijo no hubiera puesto en sus manos todos sus tesoros; es visible que por los solos méritos de su vida sería su intercesion en cierta manera todopoderosa; y que una sola palabra de su boca podria mucho mas con Dios que si todos los santos juntos del cielo se unieran para pedirle algun favor; ¿pues cuánta será su autoridad, siendo madre de Dios y como la tesorera general de todas sus gracias? Y con efecto, siendo tan buena, como lo es, para con todos los del mundo; estando incesantemente cerca de su querido Hijo, pidiéndole gracia y perdon para los mas insignes pecadores, ¿cómo pudiera olvidar á los que particularmente la honran? Basta muchas veces una breve oracion, un voto, una ofrenda, una novena, una devota romería para conseguir milagros por su intercesion; ¿pues qué no hará por un amor tierno y constante, por obsequios continuos y arreglados, por una devocion afectuosa y sólida? Coloca en élla toda tu confianza despues de Jesucristo, y no se te pase hora del dia sin recurrir á esta Señora.

2 Honra particularmente el dia de su nacimiento; y profesa toda la vida especial devocion á la Vírgen cuando niña; pero singularmente en aquel primer instante en que vino á la luz del mundo. Es muy agradable á la santísima Vírgen esta devocion. Tuviéronla muchos grandes santos, y por élla merecieron muy especiales favores. Imita tan bello exemplo. Reza todos los sábados alguna oracion, aunque no sea mas que una *Ave María*, en reverencia de todos los misterios de la santísima Vírgen, sobre todo el de su inmaculada concepcion, de su natividad y de su asuncion á los cielos.

DIA NOVENO.

La fiesta del santo nombre de María.

Siempre fue el mayor recurso de los fieles en sus mayores necesidades la poderosa proteccion de la santísima Vírgen: ni se frustró jamás su confianza en esta Madre de misericordia cuando clamaron á élla en las mas apretadas tribulaciones y calamidades. Constantemente experimentó siempre la Iglesia su auxîlio y su asistencia, sobre todo contra los mas formidables esfuerzos de los enemigos del nombre cristiano; y la institucion de esta fiesta será eterno monumento de su proteccion todopoderosa.

Orgullosos los turcos con los felices sucesos de sus armas contra los imperiales en la campaña de 1683, concibieron y formáron el soberbio intento de dilatar sus conquistas hasta mas allá de las márgenes del Danubio y del mismo Rin, amenazando con fiereza á toda la cristiandad; y penetrando por élla con un exército de doscientos mil combatientes, pusiéron sitio á la imperial córte de Viena. Fue general la consternacion de todos; y temiendo los pueblos caer en las bárbaras manos de los infieles, quedáron desiertas las ciudades, abandonándolas sus habitadores. Como el Emperador no tenia fuerzas suficientes para hacer resistencia al exército otomano, se vió precisado á retirarse de su córte en compañía de las dos emperatrices, de los archiduques y archiduquesas, tomando el camino de Lintz, miéntras el príncipe Cárlos de Lorena, temiendo ser cortado y envuelto por la muchedumbre, se venia retirando hasta cubrirse con el cañon de la plaza. El dia 14 de agosto abrieron los turcos las trincheras por el lado de la puerta Imperial, y se alojáron en élla á pesar del vivo fuego que hacian los sitiados. Apoderándose despues del Tabór, dexáron cerrada la ciudad por todas partes; y poniendo fuego al palacio de la Favorita, quemáron las casas de campo de los grandes en el arrabal de Leopolstad, y se llená-

ron de genízaros todos los puestos exteriores. Sucedió un funesto accidente, que añadiendo mucho orgullo á los sitiadores, desmayó á proporcion el aliento de los sitiados. Prendióse fuego en la Iglesia de los escoceses: consumió en breve tiempo aquel soberbio edificio, y ganando las llamas el arsenal, donde estaban los almacenes de la pólvora y de las municiones, la ciudad iba ya á caer en manos de los turcos; cuando el mismo dia de la Asuncion, por una visible proteccion de la santísima Vírgen, se paró como de repente el fuego, dando tiempo á que se sacasen las municiones y la pólvora. A vista de tan notorio favor de la Madre de Dios volvió á animarse el desmayado aliento del soldado y de los vecinos, encendiéndose mas la confianza en su poderosa protectora por mas que los turcos hicieron un terrible fuego el dia 22 contra el bastion del Danubio. Llovian dentro de la plaza balas, granadas y bombas que echaban á tierra las casas; mas no por eso se acobardaban los vecinos, implorando dia y noche en las iglesias la asistencia del cielo, ni los predicadores cesaban de exhortarlos á que, despues de Dios, pusiesen toda su confianza en aquella Señora, cuya soberana proteccion habian experimentando tantas veces. El dia 31 se adelantaron los trabajos de los sitiadores hasta la contraescarpa, acercándose tanto á los imperiales, que únos y ótros peleaban ya dentro del foso con las estacas de la empalizada. Apénas era ya mas que un prodigioso cúmulo de tierras y piedras Viena, aquel baluarte de la cristiandad, cuando el dia de la natividad de la Vírgen, en que los cristianos redoblaron sus oraciones, su fervor, su devocion y sus votos, recibieron, como por milagro, aviso cierto de que les venia marchando un pronto socorro, con cuya noticia revivió en sus corazones todo su espíritu y todo su valor. Con efecto, al amanecer el segundo dia de la octava de la Natividad se registró cubierta de tropas auxîliares toda la montaña de Kalemberg: vista acompañada del mayor consuelo, que llenando los pechos de inexplicable alegría, calmó las inquietudes y los sobresaltos. Juan Sobieski, rey de Polonia, acudió el dia 12 de septiembre á la capilla de san Leopoldo con el príncipe Cárlos de Lorena, donde los dos generales asistieron al santo sacrificio de la misa, la que quiso ayudar el mismo Rey,

teniendo los brazos en cruz por toda élla, menos aquellos breves instantes que el sacerdote tenia necesidad de su ministerio. Despues de haber comulgado, poniéndose baxo la proteccion de la Madre de Dios, y recibida la bendicion, que se echó á todo el exército, se levantó el Monarca con denodado despejo, y dixo en alta voz: *Ahora ya podemos marchar, baxo la proteccion de la santísima Vírgen, con entera seguridad de que no nos negará su asistencia.* Baxó entónces de las montañas el exército de los cristianos, y se fué abanzando al campo de los turcos, los cuales los recibieron bien, y sostuvieron por algun tiempo el combate; pero luego se retiraron de la otra parte del Danubio con tanta precipitacion, que dexáron en el cuartel del gran visir el estandarte del imperio otomano y las colas de caballo, que son las insignias de su dignidad, tan inseparables de él, que le acompañan y le preceden aun en presencia de su Alteza. No hubo victoria que costase menos sangre, ni que fuese mas completa. Abandonaron los turcos todas sus tiendas, la mayor parte de su equipage, todas las municiones de boca y guerra, toda su artillería, que ascendia á ciento y ochenta cañones ó morteros, y cien mil hombres muertos en el campo de batalla. No pudieron los dos generales seguir el alcance por estar tan fatigado el exército cristiano. Veíanse los soldados entrar en la ciudad cargados de botin, y llevando delante de sí manadas enteras de bueyes que los turcos se habian dexado en el campo, enriquecidos con sus preciosos despojos. Informado de la rota de los turcos el emperador Leopoldo Ignacio, mas ilustre por su esclarecida piedad, que por su gran valor y celebrada prudencia, volvió á Viena el mismo dia, y mandó cantar el *Te Deum...* con toda la solemnidad posible; reconociendo que una victoria tan no esperada era efecto visible de la asistencia del cielo, y singularmente de la descubierta proteccion de la santísima Vírgen. Mandó el religioso Príncipe que se llevase á la iglesia mayor el estandarte del imperio otomano que se halló en la tienda del gran visir. Era de crines de caballo marino, trabajado á aguja, y bordado de flores á lo arabesco, la manzana de bronce dorado, y el palo todo cubierto de hojas de oro. El estandarte de Mahoma, que siempre se enarbola en medio

del campo junto á la tienda del gran visir, era de brocado de oro, fondo encarnado, y bordado todo de plata y verde; los flecos de brocado roxo y plateado, bordados de letras árabes. El asta ó palo del estandarte remataba en una manzana de cobre dorado con bolas de seda verde. Este estandarte se envió á Roma, donde fue presentado al papa Inocencio XI. que bien persuadido á que tan célebre victoria se debia singularmente á la proteccion de la santísima Vírgen, ordenó que la fiesta de su dulcísimo nombre, introducida mucho tiempo antes en varias provincias de la cristiandad, se celebrase de allí adelante en toda la Iglesia universal, fixándola á la dominica infraoctaba de la Natividad.

A la verdad, despues del santo nombre de Jesus, era muy justo que se celebrase tambien el nombre de María, el cual, siendo tan respetable á los mismos ángeles, no debia serlo menos á todos los hombres. Ni el cielo, ni la tierra, ó bienaventurada vírgen María (exclama san Francisco) conocen otro nombre despues del de tu querido Hijo, de quien reciban los fieles mayores gracias, en quien depositen mayor confianza, ni de quien reciban mayor dulzura que de tu santísimo nombre: *Post singulare illud dilecti filii tui, ò Maria, non aliud nomen cœlum, et terra nominat, unde tantum gratiæ, tantum spei, tantum suavitatis piæ mentes accipiant* (*In Psalt. Virg.*). Dichoso aquel que respeta, que ama tu santo nombre, ó Vírgen santa (exclama san Buenaventura.). Sostendrále tu favor en todos sus trabajos, y producirá en él copiosos frutos, regados con las vivas aguas de la gracia del Redentor. *Beatus qui diligit nomen tuum, Maria; gratia tua animam ejus confortabit; tanquam fontibus irrigatum, in eo fructum propagabit.* ¡O augusto nombre de María! (añade el mismo Santo): ¡cómo puede dexar de ser tu nombre gozosísimamente celebrado, pues no es posible pronunciarle sin grande utilidad del mismo que le pronuncia! *O celeberrimum nomen Mariæ! quomodo posset nomen tuum non esse celebre, quod etiam nominari non potest sine nominantis utilitate*? ¡Qué glorioso, que admirable es este nombre ó Vírgen pura! pues los que le invocan con devocion y confianza, ni se asustan, ni dan lugar al temor en la hora de la muerte. *Gloriosum et admirabile est nomen tuum*

qui illud retinent non expavescunt in puncto mortis ¡Qué paz, qué abundancia de gracias disfrutan los que honran sin cesar tu santo nombre! *Pax multa observantibus nomen tuum, Mater Dei.*

Es de tanta virtud este nombre, dice el sabio idiota Raymundo Jordan, abad de Celles, es de tanta excelencia, que el cielo le aplaude, la tierra se regocija, y los ángeles saltan de gozo siempre que le pronuncian: *Tantæ virtutis et excellentiæ est hoc nomem, ut cælum rideat, terra lætetur, angeli congaudeant cum Mariæ nominatur.* Sí por cierto (añade este venerable Varon), toda la santísima Trinidad te dió este respetable nombre, para que al oirle doblen la rodilla todas las potestades del cielo, de la tierra y del infierno: *Dedit tibi, Maria, tota Trinitas nomen, ut in nomine hoc, omne genuflectatur cœlestium, terrestrium, et infernorum.* A la verdad, dice san Bernardo, ningun otro nombre podia convenir mejor á la Madre de Dios, que el de María; ni era posible hallar ótro que mejor explicase su grandeza, su dignidad y su excelencia. *Nomen Virginis Mariæ, quod interpretatum maris stella dicitur, et matri Virgini convenienter aptatur* (*Hom. super Missus est.*). Es María aquella hermosa y brillante estrella que se registra elevada sobre el espacioso mar del mundo: *Ipsa est præclara, et eximia stella, super hoc mare magnum, et spatiosum necessario elevata.* Ella es la que guia á los que navegan engolfados en este proceloso mar. Lo mismo es perder de vista esta estrella, que exponerse á la funesta necesidad de desviar del rumbo, dar en escollos, y correr á un lastimoso naufragio: *Ne avertas oculos á fulgore huyus syderis, si non vis obrui procelis.* Son frecuentes en este inquieto mar las tempestades; está sembrado de escollos; no hay puerto donde se pueda ancorar al abrigo de los vientos; ninguno que no esté expuesto á furiosos uracanes; si quieres librarte del naufragio, *respice stellam, voca Mariam*; mira á esta estrella, invoca este nombre de María. Si las desgracias te atropellan, si las adversidades te combaten y medio te derriban; si los adversos acasos de esta vida van como á sumergirte y ahogarte, mira á esa estrella, invoca el santo nombre de María. *Si adversitates tribulationum te jactent, et superantes te, quasi prosternant; invoca Mariam* (In cap. I. Luc.). El

nombre de María, decia san Antonio de Padua, llena de gozo y de consuelo á cuantos le pronuncian con devocion y con respeto. Es mas dulce al paladar que la miel; mas grato al oido que la mas armoniosa melodía; mas delicioso al corazon que el júbilo mas exquisito: *Nomen virginis Mariæ, mel in ore, melos in aure, jubilus in corde.* Despues del dulcísimo nombre de Jesus, dice el célebre Alano de Cister, uno de los mas ilustres ornamentos de la universidad de París, ¿qué otro nombre debe ser mas frecuente en la boca de los fieles que el de María? Por tanto, con mucha mas razon se compara á un suavísimo óleo derramado, cuya fragrancia se difunde por todas partes. *Cujus nomen præconizatur in mundo, nisi Virginis hujus? Cujus laus celebratur in ore populi fidelis, nisi virginis Mariæ? Unde eleganter fama et gloria nominis ejus oleo effuso comparatur.* Aún adelanta mas san Anselmo la veneracion de este santo nombre. Muchas veces, dice, se consigue la gracia y la misericordia con mas prontitud invocando el nombre de María, que invocando el nombre de Jesus: *Velocior est nonnumquam salus, memorato nomine Mariæ, quam invocato nomine Jesu* (Lib. de excellent. Virg.). Luego que se pronuncia el nombre de María, dice el sabio Pedro Blesense, hinca la Iglesia la rodilla, y lo mismo es pronunciarle, que renovarse en los pueblos la devocion. *Ecclesia, audito nomine Mariæ, genua terræ infigit, quia præ nominis reverentia quasi mare confragosum sonant vota populorum.*

Desde el principio de la religion cristiana, desde los primeros tiempos de la Iglesia, se acostumbraron piadosamente los fieles á no separar los augustos nombres de Jesus y de María, no invocando el úno sin el ótro desde aquellos felices siglos del primitivo fervor. Nunca envejeció en la Iglesia la religion. Así como los verdaderos cristianos de nuestros tiempos profesan al Hijo el mismo amor y el mismo respeto, así tambien profesan á la Madre la misma ternura y la misma veneracion. Por eso andan juntos de ordinario estos dos santísimos nombres en el corazon y en la boca de los cristianos. Por eso con alguna proporcion se puede decir de María lo que dice san Pablo del Verbo encarnado en sus entrañas; que María es tanto mas superior á las celestiales inteligencias,

cuanto el nombre que se la concedió en señal de su grandeza es para nosotros prueba concluyente de su mayor distincion: *Tanto melior angelis, quanto differentius præ illis nomen hæreditavit.* Dice san Pedro Crisólogo que el nombre de *María* significa en latin *señora*: *María latine dominica nuncupatur.* Por ser la Soberana de los ángeles, y de los hombres se llama por excelencia *nuestra Señora*, siendo esta prerogativa especial suya, de suerte, que así la apellida la Iglesia y todas las naciones. En todas éllas retiene este nombre el mismo carácter de grandeza y de soberanía, pues en todas significa *nuestra Soberana*, así como hablando de su Hijo, significa *nuestro Soberano* el nombre de nuestro Señor.

San Bernardo, que no malogra ocasion de manifestar lor ardores y los tiernos afectos de su corazon para con esta Madre de bondad y de misericordia, aludiendo al sonido, y significado de su nombre, como tambien á lo mucho que sirve á los navegantes la estrella que llaman del Norte, siendo élla la que dirige sus rumbos, explica elocuentemente lo mucho que debemos esperar de la asistencia de María, profesando tierna y afectuosa devocion á su santo nombre. *Et nomen virginis Maria.* ¡O, y qué admirablemente conviene este santo nombre á la santísima vírgen María! Este nombre, dice, fuera de significar reyna, señora, y soberana, significa tambien estrella del mar: *Quod interpretatum maris stella dicitur.* (Hom. 2. super Missus est.) Es María aquella resplandeciente, aquella brillante, aquella célebre estrella de Jacob, cuya luz baña á todo el mundo, cuyo resplandor se eleva hasta el mismo cielo, penetra los abismos; y derramando sus benignas influencias sobre toda la tierra, calienta los corazones mas que los cuerpos, fomenta las virtudes, y deseca el vicio hasta dexarle sin vida. No puedes ignorar, seas quien fueres (continúa el mismo Santo) que mientras vives en este mundo, navegas en este borrascoso mar, combatido perpetuamente de las tempestades, llevándote á todas partes la violencia de las olas: *Ne avertas oculos á fulgore hujus syderis, si non vis obrui procellis.* No desvies los ojos de este resplandeciente astro, si no quieres ser sumergido en las borrascas. *Si insurgant venti tentationum*, si soplaren furiosos los vientos de las tentaciones.

Si incurras scopulos tribulationum. Si fueres ya como á estrellarte contra los escollos de las tribulaciones y de las adversidades, levanta los ojos á esta estrella, invoca el nombre de María: *Respice stellam, voca Mariam.* Si te consume el fuego de la cólera: si el maligno espíritu de la avaricia te devora: si el orgullo excita en tu corazon peligrosas tempestades: si la concupiscencia te pone á riesgo de padecer triste y miserable naufragio: *Si jactaris superbiæ undis; si carnis illecebra naviculum concusserit mentis,* concurre á María, *respice ad Mariam.* Si te conturba el horror de tus pecados: si tu conciencia se estremece á vista de su gravedad y de su número: si el temor de los terribles juicios de Dios te induce á desesperacion, y á vista de él desmaya en tu coracon la confianza *cogita Mariam,* pon la consideracion en María: este santo nombre sosegará tus sobresaltos, y dispertará tu confianza, y tu amor, *in periculis, in angustiis, in rebus dubiis.* En todos los peligros de la vida, en todos los tropiezos de esta peligrosa carrera, en los negocios espinosos, en los mas azarosos accidentes, *Mariam cogita, Mariam invoca,* acude á María, invoca á María: no se caiga de tus labios este santo nombre, y esté perpetuamente grabado en el centro de tu corazon: *Non recedat ab ore, non recedat á corde.* Ten por cierto, que mientras no pierdas de vista á María, no te descaminarás: *Ipsam cogitans, non erras*: miéntras estés debaxo de su proteccion, no tienes de qué temer: *Ipsa protegente, non metuis*; y una dichosa experiencia te enseñará que con mucha razon tiene el nombre de María, es decir, de Madre de misericordia, de estrella del mar, de Señora, y refugio de pecadores: *Et sic in temetipso experieris quam merito dictum sic: et nomem virginis María.*

Llenad, ó divina María, llenad toda la extension de este magnífico nombre. Seais honrada en el cielo, reverenciada en la tierra, y respetuosamente temida en el infierno. Reynad despues de Dios sobre todo lo que está debaxo de Dios: pero mas que en todo reynad en mi corazon. Vos sereis mi consuelo en mis trabajos, mi fortaleza en mis desmayos, mi consejera en mis dudas. Solo con pronunciar el nombre de María se animará toda mi confianza, y se encenderá todo mi amor. ¡O, y si yo

pudiera grabar profundamente este santo nombre en todos los corazones! ¡Oh si le pudiera colocar en la boca de todos los mortales, moviéndolos á todos á que me ayudasen á celebrarle! *María*: ¡ó nombre con cuya dulce invocacion ninguno debe desesperar! *María*: ¡ó nombre tantas veces combatido, pero siempre victorioso, siempre triunfante! *María*: ¡ó nombre siempre grato, siempre dulce, siempre saludable á mi alma! nombre que me serena en mis temores, que me anima en mis desalientos, que me sostiene en mis empresas. Pronunciaréle todos los dias de mi vida, y siempre que le pronuncie irá acompañado con el sagrado nombre de Jesus. El Hijo me acordará á la Madre, y la Madre me traerá á la memoria el Hijo. *Jesus*, *María*; esto es lo que mi boca repetirá mil veces á la hora de la muerte. *Jesus*, *María*; esto es lo que no dexará de repetir interiormente mi corazon cuando no puedan los labios pronunciarlo. Me repetirán hasta mi último suspiro este nombre de Jesus y este nombre de María; y hasta el último suspiro serán para mí dos nombres de confianza, de ternura, de bendicion y de salvacion eterna. Así sea.

La misa es en reverencia del santo nombre de María, y la oracion la que se sigue.

Concede, quæsumus, omnipotens Deus, ut fideles tui, qui sub sanctissimæ Virginis Mariæ nomine et protectione lætantur, ejus pia intercessione à cunctis malis liberentur in terris, et ad gaudia æterna pervenire mereantur in cœlis: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, concedas á todos vuestros fieles siervos, que ponen con alegría su confianza en el nombre y en la proteccion de la santísima Vírgen María, que por su intercesion sean libres de todos los males tan frecuentes en la tierra, y que merezcan despues llegar á la alegría eterna que gozan los bienaventurados en el cielo: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 24. de la Sabiduría.

Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris, et flores mei fructus honoris et honestatis. Ego

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor; y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Yo

mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. In me gratia omnis viæ et veritatis; in me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et à generationibus meis implemini: spiritus enim meus super mel dulcis, et hæreditas mea super mel et favum: memoria mea in generationes sæculorum. Qui edunt me, adhuc esurient: et qui bibunt me, adhuc sitient. Qui audit me, non confundetur; et qui operantur in me, non peccabunt. Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.

soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En mí (se halla) toda la gracia (para conocer) el camino de la verdad; en mí toda esperanza de vida y virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciaos de mis frutos; porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi heredad mas que el panal de miel; mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen, tendrán todavía hambre, y los que me beben, tendrán todavía sed. El que me escucha, no será confundido; y aquellos que obran por mí, no pecarán. Los que me ilustran, conseguirán la vida eterna.

NOTA.

»Todas las plantas que especifica en este lugar la sagrada Escritura producen frutos exquisitos, y tienen virtudes maravillosas; por lo que son símbolos de las diferentes virtudes que resplandecen en la santísima Vírgen en sublime grado de perfeccion, siendo esta misteriosa alegoría su verdadero retrato.

REFLEXIONES.

La memoria de mi nombre se comunicará á todos los siglos. No se dirá lo mismo de esos nombres pomposos, magníficos, que hacen tanto ruido en el mundo, y de los cuales se hace tanta vanidad. ¿Qué es lo que dexan despues de sí esos grandes nombres, sino la memoria de un palacio, de un empleo que se arruinó ó se perdió con el tiempo, ó el de una posesion que quizá en cada siglo mude muchas veces de dueño? Es cierto que muchos quedaron ilustrados con las hazañas de esos héroes que tanto se preconizan; ¿pero qué veneracion se tributa á esos nombres grandes, ni qué virtud tienen éstos en la boca de los hombres? ¡Ah, que la mayor parte de esos magníficos

nombres no hacen hoy mas efecto en el campo de la historia que el que hacen otros igualmente magestuosos en el pais de la fábula. Despues de todo, ¿qué mérito comunica un nombre grande á quien no tiene virtud? No sucede así con el santo nombre de María; despues de mas de mil y setecientos años pasó su memoria por todos los siglos antecedentes, y correrá igualmente respetable por todos los futuros hasta el fin del mundo, tan digno de la veneracion de los fieles como el primer dia que se la impuso. Nombre siempre igualmente significativo, igualmente expresivo del mérito lleno, y casi infinito en la persona que le tiene; siempre tan eficaz para excitar nuestra confianza en la santísima Vírgen, como el sagrado nombre de Jesus para encender nuestro amor y nuestra esperanza en nuestro dulce Salvador. Todos esos pomposos nombres de familias, de estados y de posesiones son bien vanos y verdaderamente vacíos; son títulos, son documentos de nobleza; pero no son méritos ni virtudes. El santo nombre de María nos presenta una idea harto mas noble y harto mas llena de consuelo; tráenos á la memoria que esta bienaventurada criatura, bendita entre todas las mugeres, recibió la plenitud de gracias; que por singular, por único privilegio, en el primer instante de su concepcion fue mas pura, mas santa, mas inmaculada, mas agradable á Dios que todos los ángeles y todos los santos juntos le son actualmente en la gloria. Dícenos este santo nombre que la que le tiene es madre de Dios, reyna del cielo y de la tierra, nuestra medianera con el mismo Dios; dícenos que es nuestra poderosa protectora, nuestra abogada, nuestro último recurso con el soberano Juez, nuestro consuelo, nuestra grande esperanza, como la llama san Agustin; nuestra vida, como lo canta la Iglesia; que es madre de gracia, madre de misericordia, y nuestra querida madre; y que el amarla con una filial ternura, con una devocion religiosa y verdadera es señal de predestinacion. Bien se puede decir de este santo nombre con la debida proporcion lo que dice san Pablo del sagrado nombre de Jesus: *Nomen quod est super omne nomen.* Nombre augusto, nombre respetable, nombre que baxó del cielo, y que es superior á todo nombre. Pues la memoria de este santo nombre es la que pasará por la sucesion de todos los siglos.

El evangelio es del cap. 1. de san Lucas.

In illo tempore: Missus est angelus Gabriel à Deo in civitatem Galileæ, cui nomen Nazareth, ad virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph, de domo David, et nomen virginis Maria. Et ingressus Angelus ad eam, dixit: Ave, gratia plena, Dominus tecum tecum: benedicta tu in mulieribus. Quæ cum audisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salutatio. Et ait Angelus ei: Ne timeas, Maria, invenisti enim gratiam apud Deum: ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum. Hic erit magnus, et Filius Altissimi vocabitur, et dabit illi Dominus Deus sedem David patris ejus: et regnabit in domo Jacob in æternum, et regni ejus non erit finis. Dixit autem Maria ad Angelum: Quomodò fiet istud, quoniam virum non cognosco? Et respondens Angelus, dixit ei: Spiritus sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi. Ideoque et quod nascetur ex te sanctum, vocabitur Filius Dei. Et ecce Elisabeth cognata tua, et ipsa concepit filium in senectute sua: et hic mensis sextus est illi, quæ vocatur sterilis; quia non erit impossibile apud Deum omne verbum. Dixit autem Maria: Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.

En aquel tiempo: Fue enviado por Dios el ángel Gabriel á una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, á una vírgen desposada con un varon, por nombre José, de la casa de David, y el nombre de la vírgen era María. Y habiendo entrado el Ángel en su presencia, la dixo: Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú entre las mugeres: lo cual oyéndolo élla, se turbó á sus palabras, y pensaba qué suerte de salutacion fuese ésta. Y el Ángel la dixo: No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios. Mira, concebirás, y parirás un hijo, y le pondrás por nombre Jesus. Este será grande, y se llamará el Hijo del Altísimo: y le dará el Señor Dios la silla de su padre David: y reynará sobre la casa de Jacob eternamente; y su reyno no tendrá fin. Dixo María al Ángel: ¿Cómo se ha de hacer esto si yo no he conocido varon? Y respondiendo el Ángel, la dixo: El Espiritu santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Y por esto tambien lo que ha de nacer de ti, que será santo, se llamará Hijo de Dios. Y mira, Isabel tu parienta tambien ha concebido en su vejez un hijo, y está ya en el sexto mes la que se decia estéril; porque para Dios nada será imposible. Dixo, pues, María: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.

MEDITACION.

De la devocion al santo nombre de María.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no ha habido santo que no hubiese profesado singular devocion al santo nombre de María, y que no hubiese experimentado los saludables efectos de esta dulce devocion: ¡Oh, qué dichoso seré yo, decia san Gregorio Nazianzeno, si merezco morir con el santo nombre de María en la boca! Abriráseme sin dilacion la puerta del cielo como se abrió la puerta del arca á la paloma cuando se presentó delante de élla con el ramo de oliva en el pico. Mas para tener este santo nombre en la boca á la hora de la muerte es menester traerle grabado en el corazon durante el tiempo de la vida. Esta es muy de ordinario la última palabra que pronuncia un moribundo, y tambien la última que se le oye. ¡Qué consuelo causa este santo nombre en aquella hora al que por espacio de una larga vida tomó el gusto á toda su dulzura. *Jesus*, *María*; estos son los sagrados nombres que, por decirlo así, han de firmar nuestro pasaporte para la eternidad. Con estos nombres, respetables á los ángeles, y formidables á los demonios, no hay que temer que seamos mal recibidos del soberano Juez. Mucho importa que se nos hagan muy familiares en vida para que nos sirvan de gozo, de confianza y de consuelo en la hora de la muerte. Los enemigos de nuestra salvacion, las potestades de las tinieblas braman al oir los nombres de Jesus y de María; no los pueden oir sin ponerse en precipitada fuga. Comprende esto muy bien la santa Iglesia cuando exhorta á sus ministros que los repitan sin cesar al oido de los cristianos moribundos; es decir, en aquellos momentos críticos y decisivos de la suerte eterna; en aquellos momentos en que todas las potestades del infierno hacen los últimos esfuerzos para atemorizar, para tentar y para inducir á desesperacion á los fieles. ¡Oh, y qué confianza tiene en aquella hora un verdadero siervo de María en la poderosa proteccion de esta buena ma-

dre! ¡con qué gusto pronuncia entonces un nombre que tanto ahuyenta y desvia á los enemigos formidables de la salvacion, aquietando al mismo tiempo una conciencia siempre sobresaltada! El nombre solo que la santísima Vírgen recibió en su nacimiento nos da á conocer lo que élla es, y lo que debemos esperar por medio de élla. Llámase María, y este misterioso nombre en sus diferentes significaciones explica sus grandezas y alienta nuestra esperanza. Decláranos que tendrá un soberano poder en el cielo y en la tierra, y que es reyna de los ángeles y de los hombres. A ninguna mejor que á vos puede convenir este augusto título, ó Vírgen santa, ni tampoco mas justamente que á vos; pues en calidad de madre de Dios no solo se sujetó á vos todo el mundo, sino que el mismo dueño del mundo como que os prestó la obediencia. Haced experimente yo los dulces efectos de este santo nombre, el que deseo tener grabado en mi corazon aun mas que en mi boca; y espero que le tendré contínuamente en la boca, precisamente porque le tendré profunda y eternamente grabado en el corazon.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que despues del nombre de Jesus el nombre mas augusto, mas santo y mas venerable de todos los hombres es el nombre de María. Por eso se observa que todos los santos padres usaron casi de los mismos términos cuando hablaban del nombre del Hijo y del nombre de la Madre. Atribuyéronlos las mismas ventajas, y los concedieron casi las mismas virtudes. Los fieles de los primeros siglos profesaron á estos dos santos nombres tan profundo respeto, tan afectuosa devocion, que fácilmente se reconocia eran movidos por un mismo principio. Sabian por su misma dichosa experiencia que el nombre de María, á semejanza del nombre de Jesus, era el horror del infierno y la alegría del cielo; que sosiega las tempestades, calma el mar y disipa las tormentas; que en las aflicciones nos consuela; que en las adversidades nos fortalece; que en las enfermedades nos alivia; que es un dique, por decirlo así, contra las mas fuertes pasiones; que tiene virtud para conjurar las tentaciones mas violentas,

y para producir en el alma la mas dulce paz; que en fin, este augusto nombre es como el compendio de los títulos y de las grandezas de la Madre de Dios. De aquí nace que desde los primeros tiempos de la Iglesia se acostumbraron los fieles á no separar los dos augustos nombres de Jesus y de María; siendo constante que en aquellos primeros siglos no se pronunciaba el úno sin el ótro; ó por la recíproca ternura del Hijo y de la Madre, de quienes eran estos nombres los símbolos mas naturales, ó por la virtud que éllos tenian en sí, y por los auxîlios eficaces de que eran seguras prendas. Con efecto, ¿cómo es posible pronunciar el santo nombre de María sin acordarse que es madre de Dios, y que despues de él todo lo puede; que es madre de los hombres, amándolos á todos con ternura; que es refugio y abogada de pecadores, deseando ardientemente su salvacion? Es verdad que ningun consuelo encuentran en el nombre de María aquellos pecadores empedernidos que quieren perseverar en sus culpas. Pero es un manantial inagotable de dulzura y de consuelo para un pobre pecador, que á la verdad por el desbarato de su vida incurrió en la desgracia de Dios; pero movido de sincéro arrepentimiento desea romper los lazos y enderezar sus descaminos. ¡Qué afectos tan vivos de sentimiento, de dolor, de arrepentimiento y de confianza siente este tal pecador al pronunciar con devocion y con respeto el santo nombre de María! A este solo nombre despiertan la religion y la fe en un pecador penitente. A este dulce nombre se enciende toda la piedad en un alma justa: *María*; al pronunciar este nombre me acuerdo que es la madre de Dios y la mia. *María*; al pronunciar este nombre me acuerdo que tengo en élla una abogada con mi Salvador, una medianera con mi divino Mediador, una protectora todopoderosa con mi soberano Juez. *María*; al pronunciar este nombre se excita toda la ternura de un Hijo para con su querida Madre; se enciende toda la devocion, se inflama toda la caridad, y se aumenta toda nuestra esperanza. *María*; ¡ah y con qué suavidad, con qué consuelo se pronuncia en la hora de la muerte el santo nombre de María cuando se tuvo grabado en el corazon toda la vida.

Llenad, ó divina María, llenad toda la extension de

vuestro augusto nombre. Sed honrada en el cielo, reverenciada en la tierra y temida en el infierno. Reynad despues de Dios en todo lo que está debaxo de Dios; pero sobre todo reynad en mi corazon. Desde hoy en adelante vos seréis todo mi consuelo en mis trabajos, toda mi fortaleza en mis flaquezas, y mi única consejera en todas mis dudas. ¡Oh y si pudiera yo grabarle profundamente en todas las almas! ¡oh y si le pudiera poner en la boca de todos los hombres, obligándolos á celebrarle conmigo! No cesaré de hacerlo ningun dia de mi vida; le pronunciaré, le respetaré, le honraré mientras viva para pronunciarle con mayor confianza en la hora de la muerte.

JACULATORIAS.

Gloriabuntur in te omnes qui diligunt nomen tuum, quoniam tu benedices justo. Salm. 5.

Colmarás de gloria y de bendiciones, ó Vírgen santa, á todos los que aman y honran tu santo nombre.

Quam admirabile est nomen tuum in universa terra! Salm. 8.

¡O dulce Vírgen María, y qué admirable es tu santo nombre en todo el universo mundo!

PROPOSITOS.

El nombre de María alegra á los ángeles, consuela los hombres y ahuyenta los demonios. Despues del nombre de Jesus no hay otro ni mas dulce, ni mas poderoso, ni mas saludable que el nombre de María. Tenle sin cesar en la boca, dice san Bernardo; pero tenle mas profundamente grabado en el corazon. Pronúnciale muchas veces entre el dia; pero guárdate de que la costumbre disminuya el respeto que debes profesar á nombre tan respetable. Da principio al dia pronunciando con devocion los santos nombres de Jesus y de María despues de haberte persignado con la señal de la cruz, y pon fin á él de la misma manera. Habiendo de ser estas las últimas palabras que te sugerirán á la hora de la muerte, háztelas familiares mientras te durare la vida. Es ya como una especie de inclinacion ó instinto natural en todos los cristianos pronunciar los santos nombres de *Jesus* y *María* en

todos los acaecimientos repentinos y funestos accidentes. La misma religion fue la que inspiró estas dos voces, *Jesus*, *María*, desde el principio de la Iglesia como un afecto de admiracion, ó como una exclamacion apasionada, en lugar de tantas interjecciones que desaprobó y condenó. Pronúncialas siempre con religiosa piedad.

2 La misma Iglesia te enseña con su exemplo esta santa costumbre. Despues de la señal de la cruz, da principio á todas las horas canónicas con el *Pater noster* y el *Ave, María*; y quiere que todos sus ministros en las funciones sagradas, hasta en el santo sacrificio de la misa, en señal de reverencia á este santo nombre, hagan una inclinacion con la cabeza siempre que lo pronuncian. Los primeros nombres que se deben enseñar á los niños son los sagrados nombres de Jesus y de María, y éstos son los que han de oir á sus padres con la mayor frecuencia.

DIA DIEZ.

San Nicolas de Tolentino, confesor.

San Nicolas, llamado Tolentino por la ciudad donde hizo mas larga residencia, y en que dió fin á su santa vida, nació en el pueblo de San Ángel, cerca de Fermo, ciudad de la Marca de Ancona. Salió á la luz del mundo por los años 1239, de padres honrados y de mediana condicion; poco favorecidos de los bienes de fortuna, pero señalados por su vida exemplar, y ricos de cristianas virtudes. No habian tenido hijos; y su madre, por nombre Amada, se hallaba ya en edad que no la prometia sucesion. Rezando un dia sus devociones se halló interiormente movida á ir en peregrinacion á san Nicolas, obispo de Mira, esperando conseguir por su intercesion un hijo que fuese fiel imitador de sus virtudes, y á su exemplo un gran santo en la Iglesia del Señor. Comunicó su pensamiento á su marido, llamado Compañon, y ámbos de comun acuerdo resolvieron hacer juntos aquella devota romería. Habiendo llegado á Bari, pasaron in-

mediatamente á hacer oracion á la iglesia de san Nicolas, y fatigados del camino, se quedaron dormidos en la misma iglesia. Aparecióseles en sueños el Santo vestido de pontifical; y los aseguró tendrian un hijo, á quien impondrian su mismo nombre, que se haria célebre por la pureza de sus costumbres y por la santidad de su vida.

Muy luego verificó el efecto la vision. Nueve meses despues dió Amada á luz un hijo, á quien se le puso el nombre de Nicolas en el bautismo, y desde entonces fue todo el objeto de su ternura y de sus desvelos aquel hijo de sus oraciones. Ya parecia que se lo merecia bien el mismo niño Nicolas desde los arrullos de la cuna por su apacible natural y por su inclinacion á la virtud, que se dexó notar desde el mismo nacimiento.

Al paso que iba creciendo en edad, iba tambien adelantando en cordura, siendo la oracion el único exercicio que le divertia. No era menester mas para alegrarle, que decirle le llevarian á la iglesia; y como tenia contínuamente á la vista los exemplos de virtud que le daban en todo sus virtuosos padres, y no oia de éllos otra cosa que lecciones y máxîmas de religiosa piedad, hizo en tan buena escuela progresos muy superiores al corto número de sus años. Habiendo oido decir que san Nicolas siendo todavía muy niño ayunaba tres veces en la semana, quiso él hacer lo mismo, y desde los siete años de su edad hasta su muerte observó inviolablemente esta santa costumbre. Hízose admirar desde luego su compostura en el templo y su tierna devocion sobre todo á la santísima Vírgen. Cuando oia misa les parecia á todos estar viendo un ángel al pie de los altares. Al elevarse la sagrada hóstia era tal la inflamacion del semblante, su respeto, su devocion y sus lágrimas, que todos los circunstantes se persuadian estar viendo con los ojos corporales á Jesucristo en la divina Eucaristía.

Pero lo que singularmente se dexaba observar con mucha admiracion era su particular amor á la pureza. En medio de su tierna edad no solo huia los cariños, sino aun hasta la vista de las mugeres. Pasaba en oracion horas enteras con tanta intencion y aplicacion como pudieran las personas mas exercitadas en la vida espiritual. Su hambre por oir la palabra de Dios era verdaderamente

asombrosa; escuchábala con toda la modestia y con todo el recogimiento de los hombres mas maduros. Desde su infancia miró á los pobres con particular ternura: llevábalos él mismo á la casa de sus padres, y repartia con éllos la comida que le daban.

Tenia excelente ingenio, y en breve tiempo hizo maravillosos progresos en el estudio; pero el estudio nunca le sirvió de ocasion ó de pretexto para afloxar ni para interrumpir sus exercicios de virtud ni su fervor. Tantas bellas prendas le merecieron un canonicato en la iglesia de san Salvador del Burgo de san Ángel; eleccion con que al parecer se podia dar por satisfecha la inclinacion al estado eclesiástico, á los oficios divinos y á todos los actos de virtud que habia manifestado siempre desde la cuna; pero como la prebenda le fixaba en el siglo, no se pudo resolver á conservarla. Hallaba especial atractivo en el retiro, y le pareció no debia abrazar otro partido que el estado religioso. Andaba deliberando sobre la eleccion entre tantos diferentes institutos, cuando oyó un sermon sobre el menosprecio del mundo que predicó un religioso de la órden de los ermitaños de san Agustin. Quedó tan edificado del zelo del predicador, como convencido de la verdad del asunto; y apenas baxó del púlpito el buen religioso cuando el jóven canónigo se llegó á él, descubrióle su corazon, manifestóle sus intentos, y le rogó que le facilitase ser recibido en su sagrada religion. Fácilmente reconoció el Padre que andaba el espíritu de Dios en aquella generosa resolucion, y que una vocacion tan señalada no necesitaba de mas pruebas. Desde allí mismo le llevó á que se despidiese de sus padres, los cuales, llenos de religion y de piedad, no dieron oidos ni á las voces del interes, ni á los gritos de la carne y sangre, y consintieron con gusto en el partido que su hijo iba á abrazar. Inmediatamente se enderezaron al convento, y Nicolas fue recibido entre los novicios, donde muy desde luego se dexaron admirar de todos su devocion, su mortificacion y su fervor.

Aún no tenia doce años cumplidos el novicio, y ya le proponian por modelo á los mas antiguos de la casa. Convenian todos en que mas habian recibido á un ángel que á un hombre; y se halló en él tanta inocencia, tanto jui-

cio y tantas virtudes, que aunque le faltaba la edad necesaria para hacer la profesion, se pidió y se consiguió dispensa para que la hiciese. Empeñado ya con tan solemne obligacion, se persuadió el tierno religioso que no debia poner límites á su fervor y á su zelo. Nunca se vió humildad mas sincéra ni mas profunda que la de nuestro Santo. Consideraba como superior suyo al mas mínimo religioso del convento; ningun oficio le parecia bastantemente humilde ni penoso; y era dicho comun en la comunidad, que para aliviar á Fr. Nicolas de sus laboriosos exercicios, y para darle un gusto verdaderamente exquisito, no habia medio mas eficaz que disponerle alguna humillacion no prevenida.

Conserváronse siempre en un eminente grado de perfeccion su candor y su pureza. Nunca se marchitó en su alma esta delicada virtud, y todos estaban tan persuadidos á que élla era su verdadero carácter, que despues de muerto resolvieron pintarle siempre con una azucena en la mano. Era su grande mortificacion como el alimento ordinario con que sustentaba su virginidad. Al ayuno del miércoles, viérnes y sábado, que observaba muy rigorosamente todas las semanas, añadió despues el del lunes. Prohibióse para siempre el uso de la carne, y desde la edad de quince años fue nuestro Santo un prodigio de mortificacion y de penitencia. Traia contínuamente á raiz de las carnes un áspero cilicio sembrado de agudas puntas de hiero que le rodeaba toda la cintura; y como si no bastasen estas inocentes crueldades para saciar el ardiente deseo que tenia de macerar su carne, despedazaba todos los dias su delicado cuerpo con crueles disciplinas de hierro.

Viéndole tan extenuado un pariente suyo, superior de un monasterio de cierta órden mitigada, hizo cuanto pudo para persuadirle que mudase de religion y se pasase á su convento. Sobresaltóse al oir semejante proposicion, y le respondió que no habia entrado religioso para vivir con regalo; y que habiéndole llamado Dios á la religion que profesaba, esperaba con su gracia vivir y morir en élla. Pero despues de esta conversacion tuvo una vision de los ángeles que le consoló maravillosamente, y en élla le dió á entender el Señor lo mucho que le habia agradado tan generosa perseverancia.

Considerando los superiores el mucho bien que resultaria á la religion de sus grandes exemplos, determinaron mudarle con frecuencia de un convento á ótro para que toda la órden participase de aquéllos. Enviáronle primero á Recanati, cerca de nuestra señora de Loreto; poco despues á Macerata; despues á san Genés; de allí á Cingola; de Cingola al desierto de Valmane cerca de Pasaro; y en fin, á otros muchos conventos de la religion, hasta que finalmente fixaron su residencia en Tolentino, ciudad episcopal en la Marca de Ancona. Cuando estaba en Cingola fue ordenado de sacerdote por el obispo de Osmo.

No parecia posible que admitiese incremento su virtud segun lo perfecta que era. Con todo eso mostró bien el sacerdocio lo mucho que puede la gracia del sacramento en una alma bién dispuesta. Siendo ya tan santo el nuevo sacerdote, luego que se dexó ver en el altar, recibió su virtud nuevo esplendor y su fervor nuevo encendimiento. Siempre le encontraban ángel; pero en el altar era un serafin. El divino fuego que abrasaba su corazon le salió á los ojos con las dulces lágrimas que derramaba, y se manifestaban en el semblante por los ardores que le encendian. Concurria el pueblo á oir la misa del Santo, considerándola como especial sacrificio de propiciacion por todos los asistentes; experimentaban sensiblemente sus afectos, y se comunicaba su particular virtud á las ánimas encarceladas en el purgatorio.

Treinta años residió en el convento de Tolentino, y por todo este espacio de tiempo hizo maravilloso fruto el ardiente zelo que tenia por la salvacion de las almas. Predicaba casi todos los dias, y todos los dias se señalaban sus sermones por alguna ruidosa conversion. Ora enseñase públicamente al pueblo la doctrina; ora instruyese privadamente en la conversion, tanto en el púlpito como en el confesonario en todas partes se hallaba en él un apóstol. Todo el tiempo que le quedaba libre de estos sagrados ministerios le empleaba en la oracion y en la contemplacion de las cosas celestiales; y en estas íntimas comunicaciones con Dios parecia que gozaba ya su alma las delicias de la bienaventuranza.

Probó Dios largo tiempo su paciencia con frecuentes

enfermedades, que jamás alteraron la serenidad, dulzura y apacibilidad que le ganaba los corazones. Nunca estaba mas íntimamente unido con Dios que en estas prolixas enfermedades; nunca mas fervoroso el espíritu que cuando mas debilitado el cuerpo. El remedio mas soberano para todos sus males era la meditacion de la pasion del Salvador; no afloxó un punto en su abstinencia durante todo aquel tiempo. Reducido un dia á la extremidad, le mandaron los superiores con precepto de santa obediencia comer carne por consejo de los médicos; fuele preciso obedecer despues de haber representado, suplicado é instado inútilmente; tomó un solo sorbo de caldo, pareciéndole bastante para cumplir con la obediencia; pero estrechó tanto á los superiores para que le permitiesen no hacer novedad en sus acostumbradas mortificaciones, que le dexaron vivir y morir en la grande abstinencia que habia profesado.

Muchas veces, pero siempre sin fruto, habia trabajado hasta entonces el demonio en turbar la tranquilidad de su espíritu, ya con visiones espantosas, ya con violentos estremecimientos del lugar donde estaba haciendo oracion, ya tambien con crueles golpes que parecia habian de acabarle, y ya en fin con otros cien artificios. Como nada de esto le salió como deseaba, hizo nuevos esfuerzos para enredarle en sus lazos, armándole uno que tenia un semblante muy especioso. Sugirióle malignamente con la mayor viveza que todo el tenor de su vida era efecto de cierta secreta vanidad, y que aquella porfiada abstinencia de carne, de leche y de pescado que usaba toda la comunidad era en suma una singularidad orgullosa. Sobresaltó extrañamente á nuestro Santo este vivísimo temor; pero habiéndosele aparecido Jesucristo, le aseguró enteramente, descubriéndole los enredos del enemigo comun. Enseñado así, y como aguerrido y acostumbrado Nicolas, aumentó las penitencias en su misma vejez, mezclando con la amargura del acibar el pan y las yerbas, á que se reducia todo su alimento.

Hallándose extraordinariamente debilitado en una grave enfermedad, creyó que era ya llegada su última hora, y de repente se sintió enteramente conturbado y estremecido con el temor de los espantosos juicios de Dios.

Era siempre su grande y acostumbrado recurso á la Madre del mismo Dios; y apareciéndosele esta Señora, sosegó enteramente su ánimo, dexándole en una dulce paz, que en lo sucesivo jamás sufrió la mas mínima alteracion. Dícese que la misma Madre de misericordia le mandó hiciese traer unos bocados de pan, los que bendixo la Señora, y comiéndolos Nicolas, quedó perfectamente sano; y en memoria de esta maravilla todos los años se bendicen el dia de su fiesta en las iglesias de su órden los panecillos que llaman de san Nicolas, con ciertas oraciones aprobadas por el papa Eugenio IV., comunicando Dios á estos panecillos benditos maravillosa virtud contra todo género de enfermedades. Refiérese un prodigioso número de milagros que obraba el Señor todos los dias para acreditar y autorizar su caridad. Pidiendo un dia limosna por la ciudad, una pobre muger le dió un solo pan que tenia, asegurándole ingénuamente que no la quedaba ni mas pan, ni mas trigo, ni mas harina. Movido el Santo de tan heróica caridad, rogó al Señor que se la premiase largamente. Fue oida su oracion; porque volviendo á su casa aquella buena muger, encontró en élla tanta cantidad de harina, que tuvo con que mantener por largo tiempo á su familia.

Queriendo, en fin, el Señor premiar la inocencia, la devocion y la penitencia de su fervoroso Siervo, le favoreció con la vista y con la música armoniosa de los ángeles en los seis últimos meses de su vida. Aparecieronsele muchas veces la santísima Vírgen y san Agustin, dándole á gustar con anticipacion las dulzuras celestiales durante los postreros dias que estuvo vivo en la tierra. En fin, habiendo recibido con nuevo y extraordinario fervor los santos sacramentos, rindió su inocente alma al Criador el dia 10 de septiembre del año 1309, á los 70 de su edad.

Fue enterrado su cuerpo en la misma capilla donde acostumbraba celebrar el santo sacrificio de la misa, y desde luego se hizo glorioso su sepulcro por los milagros que obró Dios por su intercesion. Canonizóle el papa Eugenio IV. el año de 1446. Cierto religioso aleman, movido de indiscreto amor á su pais, abrió de noche la caxa donde estaba el santo cuerpo, y hurtando los dos brazos,

escapó para Alemania. Caminó á su parecer aceleradamente toda la noche; pero viniendo la mañana, se quedó asombrado cuando se halló á la puerta de su mismo convento. Esta maravilla le obligó á confesar el piadoso hurto, lo que fue causa para que se guardase aquel precioso tesoro en una arca fuerte de tres llaves, de las cuales tiene una el convento, otra el magistrado de la ciudad, y la tercera la ilustre casa Mauviciana.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Nicolai, confessoris tui solemnitate deferimus; ut, qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit, precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, benignamente las humildes súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor san Nicolas, para que no confiando en nuestra justicia, seamos asistidos por los merecimientos de aquel que tuvo la dicha de agradaros: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 4. de la primera del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam, et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhuc. Non ut confundam vos hæc scribo, sed ut fi-

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, y vosotros fuertes; vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos; somos maldecidos, y bendecimos; padecemos persecucion, y tenemos paciencia; somos blasfemados, y hacemos súplicas; hemos llegado á ser como la basura del mundo, y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas co-

lios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

sas para confundiros; sino que os aviso como á hijos mios muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

"Reprende san Pablo en este capítulo á los corintios, „porque se gloriaban de los ministros que les habian pre- „dicado el evangelio, y sobre todo de los dones que ha- „bian recibido, como si se los debiesen á sí mismos; por „lo que estaban llenos de propia estimacion, y menos- „preciaban á los apóstoles, de los cuales hace san Pablo „un retrato muy parecido, refiriendo en compendio sus „trabajos apostólicos."

REFLEXIONES.

Unos hombres destinados á la muerte, expuestos al furor de las irritadas fieras para diversion de un numeroso pueblo que concurria á este espectáculo: esta es la idea que formaba el apóstol san Pablo de los varones apostólicos, gloriándose él mismo de este tropel de persecuciones, de ultrages y de malos tratamientos. Los monstruos con que habian de combatir eran el error, la idolatría y las pasiones; los ángeles y los hombres espectadores de este glorioso combate, y el mismo Señor presente á él para sostener y para animar á sus generosos athletas. El mundo, que solo pretendia insultarlos, convertido en precio del combate, y su conquista efecto inmediato de la victoria. Este solo milagro vale por todos cuantos se han obrado para probar la verdad de nuestra religion; y con efecto, esta es la mayor demostracion de que es verdaderamente divina. A vista de este retrato bordado de los trabajos y humillaciones del Apóstol, no debemos estar menos penetrados de reconocimiento que de admiracion. Si san Pablo y los demas apóstoles padecieron tanto fue precisamente por anunciar la fe á aquellos de quienes nosotros la recibimos. ¿Pero dónde está la promesa que hizo Cristo á sus apóstoles de que nada les faltaria? Faltóles todo, á excepcion de los abatimientos, las cruces y los trabajos. Digámoslo mejor: nada faltó á los apóstoles desde el mismo punto que tuvieron valor para sufrir los tra-

bajos del apostolado, y para sacrificarlo todo á los intereses de su divino Maestro. Sirviendo el Apóstol al altar, se sustenta con el trabajo de sus manos. ¡O buen Dios, y qué reprension para aquellos ministros ociosos, que algunas veces quisieran sostenerse del altar sin servirle y sin trabajar por él! Enriquece la piedad de los fieles á los ministros del Señor, para que desembarazados de los cuidados temporales, puedan dedicarse enteramente á trabajar en la salvacion de las almas. ¿Pero cuántas veces son estas mismas riquezas para algunos de éllos fatal ocasion de una vergonzosa ociosidad, y no pocas de una muy culpable negligencia? No son menos conocidos los discípulos de Jesucristo por los ultrages y por las maldiciones que reciben de los impíos y de los libertinos, que por las bendiciones que derrama Dios sobre las fatigas de su zelo, y por los beneficios que éllos mismos retribuyen á los que los tratan peor. Corresponder al mal con bien es una gloriosa victoria, que se consigue tanto de sí mismo como del enemigo: es un secreto encanto, que le desarma, ó en caso de que se resista, es la mas sensible venganza que se puede tomar de su malignidad. Solo aquel Señor que formó el corazon del hombre puede mudar de esta manera los mas naturales movimientos, enseñándonos á vengar las injurias con bendiciones y con beneficios. Esto es sin duda lo que mas contribuyó al establecimiento de la fe. Mas facil era resistirse á los milagros de los fieles, que dexar de rendirse á los exemplos de su paciencia. *Non ut confundam vos hæc scribo.* El pastor caritativo, que solo reprende para corregir, siempre se acuerda que es padre; y templando oportunamente la autoridad de superior con la bondad paternal, rectifica con el amor aquella excesiva dósis de temor servil que se puede mezclar en el castigo; y este temor así rectificado hace mas eficaz el amor que inspira en el corazon de los súbditos.

El evangelio es del capítulo 12. *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Ven-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reyno. Ven-

dite quæ possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

ded lo que teneis, y dad limosna. Hacéos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la incertidumbre del estado en que nos hallamos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguna cosa nos debe estremecer mas que la incertidumbre del estado en que se halla actualmente nuestra alma, y del estado en que se hallará por toda la eternidad. Solo podrá aquietarnos y sufocar nuestros justos sobresaltos una fe medio apagada, una deplorable ceguedad. No sabemos si estamos en gracia ó en pecado. Por ajustada que sea nuestra vida, por irreprensible que nos parezca, *nemo scit*, no sabemos si nos conservamos en la amistad de Dios, ó vivimos en desgracia suya. *Nomen habes quod vivas*, decia el ángel al obispo de Sardis: la apariencia es de vivo, pero en la realidad estás muerto. Aunque se haya pasado la vida en el mas horroroso desierto, aunque se haya envejecido en los rigores de la mas austéra penitencia, aunque se hayan hecho á Dios los mayores sacrificios, todavía no se puede asegurar que esté el alma en su gracia, *nemo scit*. Los Antonios, los Pablos, los Hilariones vivieron con esta congojosa incertidumbre; temieron hasta el mismo punto de la muerte; y unos hombres llenos de maldades, unos hombres rodeados de escollos en que peligra la inocencia, unos hombres entregados á los pasatiempos, unos hombres sacrificados á la delicadeza y al regalo, ¡viven muy tranquilos sobre el estado de su eterna suerte! De buena fe, ¿en qué fundarán esta tranquilidad? Y si el pensamiento de la eternidad nos estremece, ¿en qué consistirá que produzca en nosotros tan poca enmienda? Se vive con una triste incertidumbre de la salvacion, ¡y todavía se va adelante con las diversio-

nes! ¡y todavía se vive con tibieza! ¡y todavía se pasa los dias en una indolencia lastimosa! ¿Comprendemos bien este misterio de iniquidad? Todo nos espanta en la hora de la muerte; la vista solo de un crucifixo, el nombre solo de Extremauncion, el solo nombre de Viático. La triste incertidumbre de nuestro estado y de nuestra suerte, es la que nos causa estos crueles sobresaltos; ¡y se pasa la vida en un eterno olvido de Dios! ¡y se hace todo lo que se puede para que sean mas inciertas esta suerte y esta salvacion! Puede ser que á fuerza de no pensar en eso, como lo hacen los cristianos floxos, puede ser que á fuerza de aturdirse voluntariamente, y de atolondrarse sobre lo que está por venir, como lo hacen los disolutos; puede ser que desviando con todo cuidado el pensamiento de nuestra conciencia; puede ser que todo esto conduzca para que temamos menos: ¿Pero nos atreverémos á decir sériamente que lo creemos así? *Nemo scit.* ¡Cruel incertidumbre! Y aunque estuviéramos en estado de gracia, ¿sabemos si perseverarémos? ¿pues cuánta razon tenemos para trabajar en el negocio de nuestra salvacion con temor y con temblor, como dice el Apóstol, sabiendo que no hay estado, ni virtud, ni santidad que nos pueda librar de esta espantosa incertidumbre? Con todo eso, ¡pasamos los dias de la vida en delicias, en delicadezas y en diversiones! Comprende, si puedes, la iniquidad, y aun la irregularidad de esta miserable conducta.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que mientras estamos en esta vida todas las cosas conspiran á mantenernos en esta incertidumbre, en este saludable temor. Los impedimentos exteriores de nuestra salvacion, las tentaciones, los exemplos y las ocasiones: los estorbos que nacen de nosotros mismos, nuestras pasiones, nuestras inclinaciones y nuestras malas costumbres: el secreto impenetrable de nuestra perseverancia y de nuestra predestinacion, todos son poderosos motivos para confundir nuestra presuncion, para vencer nuestra cobardía, y para despreciar nuestra delicadeza. Quiso Dios dexarnos toda la vida en esta espantosa incertidumbre: quiso Dios que fuese para nosotros impenetrable el

secreto de la predestinacion para obligarnos á trabajar incesantemente y con fervor en el negocio de nuestra salvacion. Pero, ¡ah! que con toda esta formidable incertidumbre, con todos estos motivos de temer y de temblar, no por eso se dexa de abalanzarse á los peligros, de hacerse esclavos de las pasiones: no por eso se dexa de vivir abandonados á la licencia y á la disolucion. ¿Pues qué sería si se tuviera seguridad de nuestra suerte? ¿qué sería si se nos revelase nuestra predestinacion? ¿qué precauciones se tomarian entonces para librarnos del contagio? ¿qué violencia se haria para no dexarse arrebatar de la corriente? ¿qué medios se aplicarian para domar las pasiones, ni qué cuidado se pondria en traer una vida cristiana? ¿habria entonces valor para vencerse? ¿ajustaríase la vida á la regla de las costumbres? ¿qué esfuerzos se haria en ese caso para vivir segun las máximas del evangelio? Sé ciertamente, diria un libertino, que me he de condenar; pues quiero entregarme á todas las disoluciones. Sé ciertamente, diria un cristiano imperfecto y tibio, que me he de salvar; ¿pues qué necesidad tengo de mortificarme, ni de hacerme tanta violencia? ¿á qué fin dedicarme á buenas obras? ¿á qué fin vencerme en nada? Sé ciertamente cuál ha de ser mi suerte; pues en vano resistiré á mis inclinaciones, ni perderé el tiempo en reprimir mis malas costumbres. ¡O buen Dios, y qué desórdenes en el Universo, qué disolucion de costumbres, qué confusion en la misma religion! Admirémonos, y adoremos la sabiduría divina en la incertidumbre de nuestra suerte; y sírvanos para trabajar incesantemente en nuestra salvacion con temor y con temblor.

Esto es, Señor, lo que voy á hacer con la asistencia de vuestra divina gracia. Grandes motivos tengo para temer mi salvacion; pero mayores me asisten para esperarla de vuestra infinita misericordia. Fundado en élla, igualará por lo menos mi confianza á mi temor.

JACULATORIAS.

Beatus homo qui semper est pavidus. Prov. 8.

Bienaventurado el hombre que vive siempre temeroso.

Delicta quis intelligit? Ab ocultis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo. Salm. 18.

¡Ah Señor! ¿y quién puede conocer perfectamente los pecados que le hacen reo delante de Dios? Purificad mi alma de los pecados ocultos; y librad á vuestro siervo de que con su mal exemplo haga propios los pecados agenos.

PROPOSITOS.

Nunca te olvides de esta bella leccion que nos da á todos san Pablo escribiendo á los filipenses: *Hermanos mios, trabajad en vuestra salvacion con temor y temblor.* Este fue el fin que tuvo Dios en querernos dexar inciertos de nuestra suerte. Pero guárdate mucho de dar en un exceso de temor que inspira el demonio, y siempre degenera en desconfianza y en desesperacion. Debemos temer, sí; pero con un temor dulce, tranquilo y filial; acordándonos contínuamente que la reprobacion siempre es obra verdadera de nuestras manos. No sabemos si Dios nos ha perdonado nuestros pecados; pero sabemos con toda certeza que infaliblemente perdona todos aquellos de que estamos verdaderamente arrepentidos; y es señal casi segura de que ciertamente nos los ha perdonado cuando se muda de vida. La mejor prueba de este perdon es la conversion y la perseverancia en élla. No obstante, la incertidumbre de si estás ó no en estado de gracia, en tu mano está una moral seguridad de que estás en élla, convirtiéndote perfectamente desde este mismo dia.

2 Para asegurarte contra esta incertidumbre es menester lo primero, que en tu temor huyas generosamente de todo lo que te puede perder, y de todo lo que te puede servir de ocasion para pecar. Es menester lo segundo, resistir valerosamente á los enemigos domésticos de tu salvacion; pero con especialidad al mas formidable de todos, que es la pasion dominante. Es menester lo tercero, tener una gran confianza en la bondad y en la misericordia de un Dios que murió por nosotros, y tiene tan en el alma nuestra eterna salvacion. Es menester finalmente, pedirle todos los dias, y muchas veces al dia, con especialidad al elevarse la sagrada hóstia, el don y la gracia de la perseverancia. Pon en práctica estos cuatro puntos.

DIA ONCE.

San Paciente, arzobispo de Leon.

San Paciente, cuya fiesta celebra hoy la santa Iglesia, nació hácia el principio del quinto siglo. Es probable que fue natural de Leon, como tambien su grande amigo el célebre Sidonio Apolinar: ambos de familia distinguida por su calidad; pero mucho mas por sus buenos procederes y por los opulentos bienes que poseía. Nada cierto se sabe de sus primeros años, ni de los empleos que obtuvo en el mundo; solo es cierto que siendo su familia una de las mas considerables de la provincia, habia largo tiempo que estaba condecorada con las primeras dignidades; por lo que prudentemente creemos que su educacion sería muy correspondiente á su nacimiento y á la religion que profesaba. Las primeras noticias de su vida que nos comunica la historia son representárnoslo incorporado en el clero como eclesiástico muy exemplar y de los mas sábios de su tiempo.

Pero la prueba mas concluyente del mérito de nuestro Santo, es su eleccion para el gobierno de una iglesia tan grande, tan respetable por su antigüedad y por el gran número de hombres ilustres en doctrina y en santidad que ha dado á la Iglesia de Dios aquella silla primacial. Fue san Paciente por obispo de Leon hácia el fin del pontificado de san Hilario papa, ó hácia el principio del de san Simplicio; esto es, por los años de 467.

Luego que san Paciente se vió colocado en el trono episcopal se dedicó á adquirir todas las virtudes que el apóstol san Pablo consideraba necesarias á un obispo, y todas las poseyó en grado eminente. Correspondieron perfectamente á su alta dignidad su piedad, su caridad y su zelo. Su pastoral solicitud no reconocia otros límites que los de su diócesi; pero su dilatada caridad ninguno reconocia; y así fue esta virtud una parte de su carácter. Era su rico patrimonio el patrimonio de todos los necesitados,

así como las rentas de su obispado eran las rentas de los pobres. Era su zelo tan grande como su caridad; por lo que muy en breve mudó de semblante la diócesi de Leon. No habia resistencia á las prácticas instrucciones del santo Pastor, sostenidas con sus piadosas limosnas y con sus exemplos.

Hácia el año de 470 consagró, como metropolitano, á Juan obispo de Chalon, asistiendo á esta sagrada ceremonia san Eufronio, obispo de Autun, y los demas sufragáneos de aquella santa primada iglesia. San Sidonio Apolinar, diocesano suyo, y despues obispo de Clermont, nunca acierta á hablar de nuestro Santo sin magníficos elogios, testificándonos no haberle faltado ninguna de las virtudes que forman los grandes y los santos prelados. Su gran caridad fue la admiracion de todo el pueblo. Siguióse una cruel hambre á los estragos que los godos acababan de hacer en toda la Francia, particularmente en las provincias meridionales y en el Leonés. No se habia conocido semejante desolacion. Todo estaba cubierto de cadáveres ó de moribundos por la falta general de lo necesario para la vida. Movido vivamente nuestro Santo de la pública calamidad, no perdonó á medio alguno para el alivio de tantos afligidos y miserables. Hizo venir á gran coste cantidad de granos de todos los paises extrangeros, y los mandó distribuir en todos los pobres. Con su vigilancia y con su penetracion descubria las miserias mas sepultadas en el fondo de las provincias; y como á su piadoso corazon no le compadecian menos las necesidades, la vergüenza y el silencio de los pobres ausentes, que los clamores y las lástimas de los que tenia á la vista; no se dedicaba menos á enxugar las lágrimas de los que no veía, que á consolar las de aquellos que tenia delante de los ojos. Dispuso pósitos ó paneras públicas en todo lo largo del rio Saona y del Ródano, hasta las provincias mas distantes; y por medio de esta heróica caridad salvó las ciudades de Arlés, Orange, Viviers, Valencia y san Pablo de los tres Castillos, Aviñon y Riez, que le veneraban como á otro segundo José, aclamándole el libertador de todas aquellas provincias. Tambien experimentaron los efectos de su liberalidad la Auvernia y la Aquitania; de suerte, que no se dudó se multiplicaba el trigo

en sus manos por un insigne y continuado milagro.

No resplandecia menos en todas las demas acciones de su vida la sólida y la grande virtud de nuestro Santo. Siempre dulce, siempre afable, siempre liberal con todo el mundo, solo era severo y riguroso consigo mismo. Para todos estaba abierto el palacio del santo Prelado: á todos franqueaba su mesa servida con esplendidez, y de aquí nació, que hallándose entonces la córte en Leon, al mismo tiempo que el rey Gondebaldo celebraba las comidas del Arzobispo, la reyna publicaba con admiracion su sobriedad y sus ayunos. Con tan universal y tan generosa caridad se hacia inmediatamente dueño de los corazones de todos, procurando ganarlos para Dios, y apenas habia quien se pudiese resistir á los piadosos artificios de su zelo. En sus manos todo crecia, y todo florecia en la casa del Señor: solo se disminuía visiblemente cada dia el número de los hereges por su zelo y por su aplicacion á convertirlos con la milagrosa fuerza de sus sermones y con la virtud de sus exemplos. Con su dulzura, con su afabilidad, con su modestia y con sus gratísimas modales domesticó el genio feroz y cruel de Evarin, rey de los godos. Era arriano este Príncipe, y habia llenado toda la Francia de disolucion y de carnicería. Supo nuestro Santo ablandarle, suavizarle y ganarle tanto, que le hizo mudar enteramente de conducta, lo que todos reputaron por milagro. Las rentas que sobraban del sustento de los pobres se dedicaban á fundar nuevas iglesias, ó á reparar las antiguas. Fruto son de su magnificencia la mayor parte de las de Leon. Sobre todas alaba Sidonio un magnífico templo que hizo edificar nuestro Santo, y se cree fuese el de san Justo ó el de san Ireneo. Pero lo que hace formar idea mas cabal y concepto mas elevado del extraordinario mérito y de la eminente virtud del santo Prelado, es la célebre carta que Sidonio le escribió á nombre de los estados de Lengüedoc y de Auvernia.

"Ninguna cosa nos acerca mas á la virtud de los bien- »aventurados en el cielo que la caridad con los pobres y »con los miserables en la tierra. Preguntarásme á qué »propósito viene esta proposicion. A ti te la dirijo, gran »Prelado: tú, á quien no basta solicitar el alivio á la pobre- »za que tienes delante, sino que vas á buscar hasta en las

»extremidades de las Gáulas á todos los infelices y nece-»sitados: tú eres el que socorres las necesidades sin dársete »nada por conocer las personas. No es menester que los po-»bres se presenten á tu puerta: tú mismo los vas á buscar »á los lugares mas desconocidos. Extiéndese tu vigilancia »pastoral hasta las provincias extrañas. Bástate saber que »hay necesitados para no esperar á que lleguen á tus »oidos sus clamores; y si tanto bien haces á los extraños, »¿qué no harás todos los dias con tus propias ovejas? Con »tus piadosas limosnas destierras de tu ciudad la pobreza; »y tu dulzura cada dia añade nuevas victorias á tu gran »zelo. El rey admira el gran número de pobres que »sustentas, y la reyna no acaba de ponderar tu abstinen-»cia y tus ayunos. Paso en silencio los magníficos orna-»mentos con que has enriquecido la iglesia que tienes á »tu cuidado. No se sabe cuál se ha de admirar mas, ó »los templos que has edificado de nuevo, ó los que has »reparado. No hay herege que no se rinda á tu zelo. Bue-»na prueba son las conversiones de los arrianos, de los »focinianos. Algunas de estas grandes virtudes pueden »serte comunes con otros santos prelados; pero tu cari-»dad se puede decir que es sin exemplo. Mas paises has »salvado tú que han arruinado los godos. Tú solo llenaste »las paneras por todo el curso de la Saona y del Ródano: »¿cuántas ciudades, cuántos vastos paises, cuántas pro-»vincias te reconocen por su libertador, por su pastor y »por su padre? Y como de otro José, se puede decir que »tú solo salvaste el reyno, &c."

El año de 475 asistió san Paciente al concilio de Arlés, donde se dexó admirar su ingenio, su sabiduría, y sobre todo su eminente santidad. En todas partes era venerado como santo, y en ninguna era conocido por otro nombre que por el de modelo de perfectos prelados y ornamento de la Iglesia. En fin, lleno de dias y de merecimientos, murió con la muerte de los justos en Leon el dia 11 de septiembre del año 491; y es facil discurrir cuál sería el sentimiento de toda la ciudad y de toda la provincia en la pérdida de su santo Pastor. Las lágrimas de los pobres fueron singularmente el mejor y el mas noble ornamento de sus magníficos funerales. Dióse sepultura á su cuerpo en la iglesia de san Justo, donde mucho tiempo despues

fueron halladas sus preciosas reliquias, y se conservaron religiosamente en élla hasta el siglo décimosexto, en que fueron disipadas con otras muchas por las turbulencias de los hugonotes, que arruinaron entre muchas ótras la iglesia de san Justo.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Patientis, confessoris tui, atque pontificis solemnitate deferimus; et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum...

Oye, Señor, las súplicas que te hacemos en la festividad de tu confesor y pontífice san Paciente; y pues te sirvió tan dignamente, líbranos de todos nuestros pecados en atencion á sus merecimientos: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 13. de la primera del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Charitas patiens est, benigna est: charitas non æmulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non quærit quæ sua sunt, non irritatur.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene zelos, no obra mal; no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca su propio interes, no se irrita.

NOTA.

"Despues de haber hecho el Apóstol la enumeracion »de los dones del Espíritu santo, enseña á los corintios »que no abusen de éllos en perjuicio de la caridad que de»ben tener únos con ótros. Muéstrales la excelencia de esta »virtud, descubriendo sus principales efectos."

REFLEXIONES.

La caridad es paciente. Da principio el Apóstol al retrato de la caridad, y le concluye en dos rasgos. Con efecto, á la paciencia en sufrir á nuestros hermanos, al cuidado en no darles á éllos que sufrir, y á la atencion de solicitarlos todo el bien que se pueda, se reduce en el fondo toda la dulzura, todo el espíritu, y casi todo el exercicio de

la caridad. Es cierta grandeza de alma, que tiene algo de heroismo, saber sobrellevar el humor, el natural y hasta los mismos defectos de las personas con quienes vivimos. La paciencia con que se sufre á nuestros hermanos es muy superior á una virtud ordinaria, así como no hay mejor prueba de poca virtud que el poco sufrimiento. Ninguno dexa de tener sus defectos que le sufran los demas; ¿pues por qué no sufrirémos los suyos á los ótros? El mejor elogio, el mas noble retrato de una alma generosa, heróica y verdaderamente cristiana, es aquella bondad siempre compasiva y siempre benéfica, que la inclina muchas veces á sentir mas las miserias agenas que las propias, no teniendo mayor gusto que aliviar á los desgraciados. Es señal de una bella alma compadecerse sincéramente de los afligidos, á diferencia de aquella maligna compasion que nace del orgullo, cuando algunas veces nos lastimamos de los trabajos de nuestros enemigos, dándoles á entender nuestra condolencia, precisamente por manifestarlos nuestra superioridad ó nuestra mejor fortuna. La verdadera compasion no consiste solo en ternuras exteriores ni en lágrimas inútiles; pide tambien socorros efectivos; y cuando la limosna se acompaña con la compasion, es mas estimable que la limosna misma. Es la caridad aquel único amor que sabe juntar el juicio y la prudencia con el ardor y con la vivacidad. Todo otro amor es ciego cuando es ardiente, y no reconoce otra guia que el capricho, la indiscrecion, la temeridad y algunas veces la locura. Para amar al próximo como se debe, es menester sentir baxamente de sí mismo. El orgullo inspira desprecio de los demas; ¿pues cómo es posible amar á quien se desprecia, ni despreciar á quien se ama? Acaso es mas dificultoso sufrir sin emulacion las prendas sobresalientes de los sugetos con quienes se vive, que llevar en paciencia sus defectos; pero la caridad no conoce esta maligna envidia, que al mismo tiempo es el tormento y el rubor del amor propio. ¡Cosa extraña! Ninguna cosa debiera ser mas comun entre los fieles que la caridad, pues ninguna nos encomienda tanto Jesucristo. Ella es la virtud propia y característica de los cristianos: *In hoc cognoscent omnes.* Con todo eso, es hoy entre éllos una virtud harto rara la caridad. Segun eso, ¿tendrá hoy Jesucristo muchos discípulos verdaderos?

El evangelio es del cap. 11. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nemo lucernam accendit, et in abscondito ponit, neque sub modio, sed super candelabrum; ut qui ingrediuntur, lumen videant. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit: si autem nequam fuerit, etiam corpus tuum tenebrosum erit. Vide ergo ne lumen, quod in te est, tenebræ sint. Si ergo corpus tuum totum lucidum fuerit, non habens aliquam partem tenebrarum, erit lucidum totum, et sicut lucerna fulgoris illuminabit te.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Ninguno enciende una antorcha, y la pone en un escondrijo, ni debaxo de un medio celemin, sino sobre el candelero; para que los que entrán vean la luz. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si fuese perverso, tambien tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, no sea acaso que la luz que está en ti, sea tinieblas. Si tu cuerpo, pues, fuere todo iluminado, sin tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso, y te iluminará como una antorcha resplandeciente.

MEDITACION.

De la caridad cristiana.

PUNTO PRIMERO.

Considera de qué importancia es el primer mandamiento de la ley: *Amarás al Señor Dios tuyo, de todo tu corazon y de toda tu alma.* Pues el segundo, que manda amar al próximo como á sí mismo, es semejante al primero. Ellos son dos mandamientos; mas, por decirlo así, casi es una sola cosa la que mandan ambos; pues el amor con que recíprocamente se aman los cristianos se puede decir que es una misma virtud y un mismo amor que aquel con que el mismo Dios quiere ser amado. Ora amemos á Dios, ora amemos á nuestros hermanos, por esta cristiana caridad, siempre es una misma cosa la que amamos; porque amamos á Dios en nuestros hermanos, y amamos á nuestros hermanos por Dios. ¡Cuánta es la bondad de Dios en haber unido tan estrechamente estos dos preceptos!

Este es mi mandamiento, dice el Salvador, *que os*

ameis los únos á los ótros como yo os amo. Este es el mandamiento de vuestro divino Maestro, dice san Juan, *si le observamos, observamos toda la ley. La señal por donde se conocerá que sois mis discípulos*, dice el Hijo de Dios, *será si os amáreis los únos á los ótros.* ¡Oh, qué motivo tan excelente para obligarnos á amar á nuestros hermanos! ¿Será menester por ventura proponernos ótro? Este es el precepto especial, el precepto favorecido de Jesucristo; esta es la señal por donde han de ser conocidos sus discípulos; esto es lo mas grato, lo mas aceptable á Jesucristo que podemos hacer.

Grande error es imaginar que se ama á Dios cuando no se ama al próximo. En vano nos lisonjearíamos de amar á Dios si hubiera en el mundo una sola persona á quien no amásemos como á nosotros mismos. Es devocion falsa, es amor de Dios imaginario, cuando hay en el corazon la menor emulacion, el menor encono, la mas mínima aversion. ¿Pues cuál será la suerte de los que retienen injustamente el bien ageno, y de los que se complacen en denigrar la reputacion de sus hermanos? ¿qué podrán esperar aquellos malignos corazones, aquellos genios avinagrados, que por venganza, por envidia ó por alguna otra pasion pretenden persuadir que solo aborrecen en los ótros sus defectos, y quieren hacer mérito, deseando que se tenga por virtud toda la malignidad de su falso zelo?

La caridad cristiana ignora estos artificios. Es propiedad de los insectos, de los gusanos venenosos, pegarse solo á las llagas: la caridad solo nota en los hermanos las virtudes, excusando ó interpretando benignamente los defectos.

¡Ah Señor, y qué poco me caracteriza á mí la señal que caracteriza á vuestros hijos! ¡y qué visiblemente prueba el poco amor que os he tenido á vos la poca caridad que he tenido hasta ahora con mi próximo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor de Dios está tan estrechamente ligado con el amor del próximo, que no puede subsistir sin esta fraterna caridad: *Si alguno dice que ama á Dios, y no ama á su hermano* (dice el amado Discípulo), *mendax*

est, miente. ¿Pero cuál ha de ser la medida, el modelo, por decirlo así, de este amor? El amor de nosotros mismos. ¡Ah Señor, segun eso qué pocos hay en el mundo que tengan este amor y esta caridad!

Consideremos todas las propiedades de nuestro amor propio. ¡Qué atencion á solicitar cada cual sus conveniencias, y á desviar todo lo que puede incomodarle, entristecerle ó perjudicarle! ¡qué ingeniosos somos todos en ocultar, en disimular nuestros defectos! ¡con qué ardor se aplica cada uno á defender sus intereses, á promover sus adelantamientos! No hay lisonjero que iguale al amor propio: excusa hasta nuestras mas groseras imperfecciones, y aprueba todo lo que lisonjea. ¿Conocerás por estos rasgos el amor que tienes á tus hermanos? ¿te portas con éllos con el mismo afecto, con la misma sensibilidad, con la misma blandura y con la misma indulgencia? Esas negras envidiuelas, esa desdeñosa frialdad, esas malignas interpretaciones, esos desapiadados juicios, esas mordaces censuras, esa dureza y ese sacudimiento, ¿son pruebas de que amamos al próximo como á nosotros mismos? Pero en medio de eso, este es uno de los puntos esenciales de la religion, esta es como la basa de todo el moral cristiano (*Joan.* 13.). *In hoc cognoscent omnes.* Por esta señal se conocen los discípulos de Cristo; este es el precepto especial y el distintivo del Salvador. No guardarle es estar en desgracia suya (1. *Joan.* 14.): *Manet in morte.* Sin embargo de eso, ¿hay precepto generalmente menos observado, ni que se atropelle con mayor tranquilidad?

Admiramos toda la cristiana caridad de un san Paciente: convenimos todos en que esta virtud brilló, sobresalió en todos los santos; que fue la virtud favorecida de todos los predestinados; que sin élla no hay derecho para entrar en los gozos del Señor; que élla sola arregla la sentencia que hace á las almas bienaventuradas. Bien; ¿y es el dia de hoy la virtud general de todos los fieles? ¡O mi Dios, qué fondo de reflexîones, de justos sobresaltos, de crueles remordimientos!

Señor, ¡en qué miserable error he vivido hasta aquí, lisonjeándome vanamente de que os amaba á vos cuando amaba tan poco á mis hermanos! Mi conducta, con la asistencia de vuestra divina gracia, probará en adelan-

te cuánto detesto desde ahora tan lastimoso descamino.

JACULATORIAS.

Testis mihi est Deus, quomodò cupiam omnes vos in visceribus Jesu Christi. Ad Philip. 1.

Pongo por testigo al mismo Dios de que os amo á todos vosotros, hermanos mios, en las entrañas de mi Señor Jesucristo.

Si diligamus invicèm, Deus in nobis manet. 1. Joan. 4.

Si nos amamos los únos á los ótros, señal de que está con nosotros Dios.

PROPOSITOS.

Muy de temer es que la falta de caridad haga inútiles y aun exêcrables á los ojos de Dios muchos ayunos, muchas oraciones, muchas penitencias y muchos trabajos padecidos, al parecer, por amor de Jesucristo; pero que se quedaron estériles y secos por haberles faltado el riego de la caridad cristiana. ¿Cuántas personas, al parecer muy devotas, despues de innumerables exercicios espirituales, despues de haber pasado muchos años en la soledad, despues de haber gastado sus bienes y consumido su vida en servicio del próximo, se hallarán á la hora de la muerte, si no con las manos vacías, á lo menos no tan llenas de méritos como presumian, por haber tenido poco cuidado de perfeccionarse en la cristiana caridad? ¿de qué sirve extenuar el cuerpo á penitencias, atormentarse á sí mismo con tanta crueldad como los tiranos atormentaron á los santos mártires, si no se pueden llevar en paciencia las imperfecciones, ni aun las perfecciones de nuestros hermanos? Llevo todos mis trabajos con invencible constancia: no hay persecucion tan grande que haga titubear mi firmeza: estoy lleno de gozo en medio de las adversidades; pero me aflige la prosperidad agena, me causan sentimiento los felices progresos de mi próximo; pues *nihil sum.* Toda mi aparente virtud, toda mi postiza paciencia es como nada. Tengo especial gusto en hacer con los pobres los mas humildes oficios: me humillo y me desprecio á mí

mismo sin que me cueste trabajo; pero siento no sé qué secreta complacencia en ver humillados á los ótros: pues *mihil sum*. Todas estas exterioridades son engañosas, todo es falsa apariencia de virtud, todo es hipocresía. Nunca midas tu virtud sino por la regla de la caridad. Desde este mismo punto has de tomar una fuerte resolucion de sobresalir, mediante la divina gracia, en el exercicio de la caridad cristiana; esto es, no solo de visitar, asistir y honrar á los pobres como á hermanos tuyos, sino de usar en adelante con todo el mundo de unas modales dulces, gratas, atentas y cortesanas. Destierra de ti desde luego esas modales altaneras, esos términos injuriosos, esas voces desentonadas, y esos desdenes despreciativos, duros y picantes. Trata de ser sumamente delicado en todo lo que interesa la estimacion, el honor y la reputacion agena. Excusa siempre los defectos del próximo: compadécete de sus desgracias: alégrate de sus prosperidades: ten con todo el mundo una caridad benéfica, constante y universal. En fin, sea tu amor propio, por decirlo así, la regla de tu caridad, amando al próximo como á ti mismo.

2 Sea siempre uno de los principales puntos de tu exâmen este precepto tan preciso de la caridad. Acordándote del extraordinario zelo y de la inmensa caridad de san Paciente, pide al Santo que te alcance de Dios esta virtud tan importante. Fue su carácter la caridad pura, infatigable, benéfica y universal: pídesela al Señor por intercesion del Santo.

DIA DOCE.

San Guido ó Guidon, confesor.

San Guido ó Guidon, por otro nombre *el pobre de Anderlecht*, nació al mundo hácia el fin del siglo undécimo en una aldea de Bravante, de padres muy pobres, pero temerosos de Dios, que no pudiendo darle otra educacion superior á la humildad de su nacimiento, se dedicaron á

criarle en el temor santo del Señor, inspirándole desde la cuna un grande horror al pecado, y una tierna devocion á la santísima Vírgen. El bello natural del niño Guido excusó muchos cuidados á los que tenian el de su educacion, porque nunca se le observaron inclinaciones que no fuesen muy cristianas. Consolábale mucho la humildad de su baxa condicion, aun antes de tener edad para conocer lo que valia; sintiendo siempre especial gusto en aquella humillacion que era inseparable del estado vil y pobre en que habia nacido. Por el grande amor que cobró á la pobreza, luego que entendió que Jesucristo y los apóstoles habian hecho profesion de élla, amaba tiernamente á los pobres, sin que su propia necesidad le sirviese de estorbo para socorrerlos en el modo que podia, repartiendo siempre con éllos lo que apenas le bastaba para su escaso sustento, y destinando para los mismos todo cuanto podia conseguir de su pobre padre.

Siendo todavía niño, se notó en él una maravillosa inclinacion al exercicio santo de la oracion, hurtando la vuelta á sus padres para retirarse á alguna iglesia. Su dulzura, su docilidad, su modestia, y cierta madurez anticipada en una edad que hace excusables las vivezas y las inocentes intrepideces de los niños, eran ya presagio de aquella eminente santidad que con el tiempo fue su distintivo y su carácter. La frecuencia y la devota inmobilidad con que se le veia en el templo, tan contraria al natural inquieto y bullicioso de los niños, se dexaban admirar de cuántos la observaban, y no se le conocia por otro nombre que por el del Ángel del pueblo.

Ninguna cosa podia ser mas grata á sus virtuosos padres, los cuales no podian dexar á su hijo otra herencia que un buen fondo de virtud, dándole una cristiana educacion. Estando un dia el niño Guido en la aldea de Lacke, á media legua corta de Bruxelas, entró en la iglesia del lugar, que estaba dedicada á la santísima Vírgen, para hacer en élla oracion. Reparó el cura en aquel niño que habia mas de una hora estaba de rodillas delante del altar; y movido de la modestia, de la gravedad, respeto y compostura con que estaba encomendándose á Dios, le llamó, y tuvo con él un rato de conversacion. Admirado mucho mas de sus razones, que todas respiraban piedad y un juicio muy su-

perior á sus años, se informó de sus feligreses; y entendiendo de éllos que su virtud correspondia perfectamente á su capacidad, le propuso si se queria quedar para servir en aquella iglesia. No le podia proponer cosa mas de su gusto, pues solo suspiraba por dedicarse al servicio de algun templo, y así admitió luego el partido con indecible consuelo. Aunque solo contaba Guido á la sazon doce ó catorce años, le hizo el cura guarda de la iglesia de nuestra Señora de Lacke; oficio que corresponde al de mozos de sacristía, que sirven á las órdenes de los sacristanes y mayordomos de iglesia, y en algunas parroquias se suelen llamar monaguillos. Era su obligacion barrer la iglesia, preparar los altares, doblar los ornamentos, cuidar de la ropa blanca de la sacristía, como tambien de los otros muebles pertenecientes á élla, tocar las campanas, llevar el caldero del agua bendita y la cruz cuando se lleva el viático á los enfermos, y ayudar á las misas.

Por el aseo, el buen órden y la puntualidad en todos estos ministerios exteriores se conocia facilmente la pureza de su alma, y el concierto de sus arregladas costumbres. Decíase comunmente que el monaguillo daba á todos cuando menos tan buen exemplo como los mismos clérigos. El tiempo que le dexaba libre su empleo le ocupaba en oracion, y al pie de algun altar descansaba de sus ocupaciones exteriores, pasando por lo comun en oracion todas las noches; y cuando el sueño le rendia, su cama era siempre el pavimento de la iglesia. Retratada vivamente su devocion en su semblante, la inspiraba á cuantos le veían. Aquella cara siempre risueña y apacible: sus ojos humildemente baxos, sin mirar jamás al rostro á muger alguna; cierta religiosa modestia que se notaba en él, y parecia mas que natural: un recogimiento interior en medio de las ocupaciones le hacia tan respetado del pueblo, como admirado de los mismos sacerdotes que servian aquella iglesia.

Era muy moderado el salario que le daban por su empleo; pero en medio de eso bastaba para las limosnas que hacia diariamente; porque ahorraba para éllas á costa de su contínuo ayuno y de sus grandes abstinencias. A la verdad no parecia imaginable vida mas inocente que la de nuestro Guido, ni al mismo tiempo mas penitente y mas austéra. Fuera de las vigilias, que eran casi contínuas,

maceraba su cuerpo con ásperas penitencias que le sugeria su amor á Jesucristo crucificado, ingenioso siempre en inventar arbitrios para mortificar los sentidos. Como á la delicadeza de conciencia se juntaba aquella grande penetracion de su despejado entendimiento, descubria en sí las mas mínimas imperfecciones, y todas las castigaba con el último rigor, borrándolas con un torrente de lágrimas. Veíasele muchas veces postrado delante del altar de la santísima Vírgen, implorando su poderosa proteccion para conseguir el perdon de sus pecados. Pero esta penitente vida nunca se mezcló con la menor grosería, rusticidad, ni aspereza en el trato con los demas; antes bien enamoraba el modo dulce, apacible, atento y aun cortesano con que trataba á todo el mundo; y él mismo fue buena prueba de que la virtud domestíca, cultiva, y aun pule los espíritus mas groseros.

Pero ninguna cosa igualaba á la caridad que mostraba con los pobres, en cuyo servicio empleaba ordinariamente todo el tiempo que le dexaban libre sus ocupaciones. Cierto mercader de Bruxelas, enamorado de las admirables virtudes de Guido, y notando sobre todo su ardiente zelo por el alivio de los pobres, le armó un lazo en que cayó incautamente. Despues de manifestarle lo mucho que estimaba su virtud, y la buena voluntad que profesaba á su persona; "quiero, le dixo, fomentar tu caritativa intencion, »y ponerte en estado en que tengas con que satisfacer esa »generosa caridad que te merecen los necesitados. No te ha »dado Dios tanta inclinacion á la limosna para que los so»corras solo con un triste bocado de pan. Cuantos mas bie»nes tengas con que socorrerlos, mas limosnas los harás; »pero miéntras tú seas tan pobre como éllos, todo ese tu »caritativo zelo será tan ocioso como inútil. El oficio que »has tomado se acomoda mal con la caridad que te abrasa: »si me crees, presto tendrás con que sacar de miseria á tus »padres, y con que hacer gruesas limosnas á los pobres. »Dexa esos trapos de mendígo: toma este paño para ha»certe un vestido mas decente con que no darás en rostro »á la gente honrada y limpia: vente á mi casa, y entrarás »de compañía en mi comercio.

Como el pretexto era tan especioso y tan conforme á la piadosa inclinacion de Guido, no pudo oir la pro-

posicion con indiferencia. Quizá sería buena la intencion del mercader; pero el pensamiento era un artificioso lazo del enemigo, en que cayó el incauto Guido, no sin sobrada ligereza. Dexó un poco precipitadamente el oficio de guarda de la iglesia, y se fué á Bruxelas en seguimiento de su bienhechor; pero como Dios le habia permitido este desacierto solo para instruirle á costa suya, y para enseñarle que el espíritu propio es mala guia en los caminos del cielo, no le dexó largo tiempo en aquella ilusion con que habian sorprendido su inocente sencillez. Abrió presto los ójos para conocer el engaño, así por el mal suceso del negocio, como por el accidente que le sucedió, y fue como el principio de la larga penitencia que hizo para satisfacer á Dios por aquel desacierto. Baxando pocos dias despues por el rio en un barco cargado de su cuenta y de la de su amo el mercader, encalló tan fuertemente en un banco de arena, que estuvo á gran peligro de abrirse el buque. Hizo Guido tantos esfuerzos con una percha para salir de aquel riesgo, que se le tronchó el palo entre las manos, y se le introduxo tan profundamente un astillon por el brazo, que no fue posible extraerle. Abrió los ojos á vista de aquel desgraciado accidente; y conociendo toda la malignidad de su engaño, sin deliberar un punto salió de Bruxelas, y se restituyó á Lacke, donde volvió á su antiguo oficio, no pensando ya en otra cosa que en borrar su pecado con lágrimas, con oracion, con ayunos y con las mas rigurosas penitencias. Pero como la herida podia ser estorbo á los exercicios de su empleo, pidió con tanto fervor á la santísima Vírgen que le sanase, y acompañó su oracion con tantas lágrimas, que se compadeció de él la Madre de misericordia; y antes que acabase la oracion salió por sí mismo el astillon sin causarle dolor alguno, quedando perfectamente sano.

Con la corta experiencia que habia comenzado á tener del bullicio del mundo, creció tanto su fervor, que cuando volvió á Lacke pareció todavia mas santo que lo que era antes de su partida. Mientras tanto no se agotaba el manantial de sus lágrimas, y el concepto que formó de la enormidad de una falta que á cualquiera otro hubiera parecido muy ligera, hizo tanta impresion en su espíritu, que le pareció no podia satisfacer á la divina justicia, si para

acabar la penitencia que deseaba hacer, no emprendia la penosa peregrinacion á Roma y á la Tierra santa. Habiéndose despedido del sacerdote que servia aquella parroquial tomó el camino de Roma, haciéndole á pie y mendigando todo el viage. Despues de haber visitado en Roma el sepulcro de los santos Apóstoles, partió á Jerusalen donde visitó aquellos Santos lugares, añadiendo penitencias voluntarias á las excesivas fatigas del camino, expuesto sin alivio á todos los rigores de la estacion, y nunca interrumpiendo su ayuno. Gastó siete años en estas trabajosas peregrinaciones; y volviendo á Roma, encontró en élla á Vondulfo, dean de la iglesia de Anderlecht, que acompañado de algunos amigos suyos iba á emprender el viage de la Tierra santa. Era Vondulfo un eclesiástico de extraordinaria virtud; y reconociendo la de nuestro Santo, le persuadió con sus instancias á que hiciese segunda vez en su compañía el viage de Jerusalen: y Guido se rindió por pura caridad. Luego que los nuevos peregrinos cumpliéron con su devocion, visitando los santos lugares, se sintieron acometidos de una enfermedad contagiosa. El primero que murió fue el santo Dean, siguiéndole inmediatamente todos sus compañeros; y no es ponderable el cuidado y la caridad con que Guido los asistió en aquella última enfermedad. Estando el Dean para morir, despues de haber dado á Guido muchas gracias por los grandes actos de caridad que habia exercitado con todos, le declaró era la voluntad de Dios que se volviese á Flándes. Concluidos todos los oficios que correspondian con los difuntos, partió para Ardelecht, donde dió noticia de la muerte del Dean. El vice dean le detuvo en su casa por el consuelo de hospedar á un santo y por aprovecharse de sus exemplos. No fue larga la mansion que hizo en élla; porque el Señor le dió á entender que le queria ya recompensar sus trabajos y premiar su penitencia. Preparóse para morir con sensible renovacion de su fervor, y con aumentar sus austeridades y rigores; hasta que hallándose una noche en oracion dentro de su cuarto, de repente quedó éste iluminado con una luz celestial, que le dexó mas claro que el mediodia, y al mismo tiempo se oyó una voz sobrenatural que decia: *Ven, siervo bueno y fiel, entra en el gozo del Señor que quiere ser tu recompensa*; y en el

propio punto espiró á los 12 de septiembre del año 1112. Concurrió inmenso pueblo movido de la general opinion de su santidad; y los canónigos le hicieron un entierro con toda la pompa que merecia un Santo, cuya gloria manifestaba Dios con gran número de milagros. Algunos años despues se edificó una magnífica iglesia en honor suyo, trasladándose á élla con mucha solemnidad el santo cuerpo, y allí es venerado el dia de hoy con grande y contínuo concurso del pueblo.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Guidonis, confessoris tui solemnitate deferimus; ut, qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit, precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, benignamente las humildes súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor san Guido, para que no confiando en nuestra justicia, seamos asistidos por los merecimientos de aquel que tuvo la dicha de agradaros: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 1. de la segunda del apóstol san Pablo á los corintios.

Paulus, apostolus Jesu Cristi per voluntatem Dei, et Timotheus frater, Ecclesiæ Dei, quæ est Corinthi, cum omnibus sanctis, qui sunt in universa Achaia. Gratia vobis, et pax á Deo Patre nostro, et Domino Jesu Christo. Benedictus Deus, et Pater Domini nostri Jesu Christi. Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem qua exhortamur et ipsi à Deo.

Pablo, apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios, y el hermano Timoteo á la Iglesia de Dios que está en Corinto, y á todos los santos que están en toda la Acaya: Gracia á vosotros, y paz de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. Bendito Dios y Padre de nuestro señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolacion, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion: para que nosotros podamos tambien consolar á aquellos que se hallan en alguna angustia por medio de la consolacion con que nosotros somos tambien consolados por Dios.

NOTA.

"Desde el principio de esta epístola declara el Apóstol »los muchos trabajos de que le libró el Señor en sus viages, »emprendidos por la caridad, para que mejor pudiese »alentar y consolar á los que se hallasen en iguales peli»gros, en semejantes trabajos y adversidades."

REFLEXIONES.

No hay consuelo mayor para un cristiano que estar bien asegurado de que se arregla á la divina voluntad en todas las carreras que emprende. Es cierto que así lo suponemos por poco que las carreras ó los empleos se conformen con nuestro gusto, ó hallemos en éllos nuestro interes; ¿pero será posible que no nos engañemos alguna vez en esta voluntaria suposicion? ¿será posible que en esos empleos preferidos en nuestros deseos y en nuestro amor no tenga tal vel alguna parte la inclinacion, el amor propio y acaso tambien la pasion? En esas elecciones de estado, de condicion, de género de vida, para las cuales solo se consulta con la carne y sangre, la voluntad de Dios no entra mas que como un motivo exterior y forastero, que sirve únicamente para serenar la conciencia siempre sobresaltada, y con razon, por las consecuencias de un estado cuya eleccion por lo comun fue precisamente á consulta y á resolucion del amor propio. Admirámonos algunas veces de aquellos funestos acaecimientos, de aquellos tristes y desesperados accidentes, de aquellas repentinas revoluciones y trastornamientos de fortuna, de aquellas desgracias de familia, que nos hacen tan obscuros y tan lóbregos los dias de la vida. Pero si no fue Dios el que te puso en el estado en que te hallas: si no fue la divina Providencia la que te colocó en este empleo: si por seguir tu pasion, tu interes ó tu ambicion, te entremetiste en el sagrado ministerio: si quisiste ser tú sólo, por decirlo así, el artífice de tu fortuna y de tu suerte; ¿qué novedad te deben hacer todos esos contratiempos? Turbóse el orden de una providencia particular: desconcertóse aquella economía tan sabia, tan arreglada que nos podia conducir á nuestro últi-

mo fin por aquellos medios fáciles y seguros que nos tenia preparados; ¿qué maravilla si despues todo es descamino! Y si en este estravío se dan tantos traspieses, ¡qué maravilla que todo sea peligros, todo lazos y todo precipicios! Solo damos oidos al espíritu del mundo: solo consultamos con nuestro gusto y con nuestro interes todo aquello que emprendemos. ¿Era de este parecer san Pablo cuando en todo el curso de su apostolado solo hallaba trabajos que padecer y contradicciones que sufrir? Hasta en la devocion se introduce el engaño y la ilusion. En no pocos todo el fondo de sus piadosos exercicios nace el dia de hoy de una devocion puramente natural ú demasiadamente humana. Considera qué valor, ni qué mérito tendrá. Hay pocos estados en la vida que no estén sujetos á la ilusion. Ninguna mascarilla toma el amor propio, ni con mas facilidad, ni con mayor gusto que la máscara de la piedad y de la virtud: á favor de élla reynan las pasiones sin sobresalto y sin temor. De aquí nace tanta delicadeza, tanta sensibilidad, tantas imperfecciones sutilizadas de esos que se llaman devotos. Nunca son mas vivas las pasiones que cuando están disfrazadas. Y si no, ¿cuál es el orígen de esa preferencia que se tiene á ciertas buenas obras? ¿de ese obstinado apego al lugar, á las personas y á los empleos? Cuando se obra por puro zelo, cuando solo Dios aníma todas nuestras acciones, cuando es el único objeto y fin de nuestra conducta; ya el corazon no es esclavo de sus deseos, y la mortificacion es el verdadero carácter de la persona; pero en admitiendo otra guia que Dios, cada paso es un descamino.

El evangelio es del cap. 12. *de san Lucas*, *y el mismo que el dia* 10, *fólio* 194.

MEDITACION.

Que á todos es necesario el espíritu de recogimiento y de retiro.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el espírtu de disipacion, aquel derramarse hácia fuera, aquel disgusto tan natural y tan universal que

se tiene al recogimiento y al retiro, al mismo tiempo que es uno de los mas perniciosos lazos que nos arma el demonio, es tambien el que menos se precave, y del que menos se desconfia. Sabiendo muy bien el enemigo de la salvacion lo muy necesario que es este espíritu de recogimiento para conservarse, y para perseverar en el exercicio de la virtud, no omite medio alguno para desviar de él á todo el mundo. Sabe que en el retiro y en el recogimiento se discurre cristianamente, se hacen saludables reflexîones, las que sufoca en su mismo nacimiento, ó las destierra de un corazon cristiano el espíritu de disipacion, y derramamiento exterior. Por eso aplica el mayor cuidado á inspirar en todos una idea ingrata y tediosa de este espíritu de retiro. El retrato con que le pinta á los ojos de la imaginacion alborota los sentidos, representándola siempre desfigurado con tan impropios como sombríos colores este dulce reposo del alma. Apodérase del corazon la melancolía á solo el nombre de retiro, y apenas se conoce diferencia entre un hombre retirado y un hombre muerto. Sin embargo el espíritu de retiro es muy diferente de lo que se concibe. Es un estado dulce, tranquilo, á cubierto del alboroto, del tumulto y del estrépito de las pasiones: es una sosegada situacion del alma siempre en calma, de un ánimo sereno y siempre en disposicion de exâminarse y de conocerse; cuando por el contrario, estando disipada, anda como fugitiva de sí misma. ¿Pues qué maravilla es que haya en el mundo tan pocas conversiones, habiendo tantos con necesidad de convertirse? Desvíalos de este pensamiento el mismo tumulto, y la misma disipacion; y así no pueden conocer la necesidad. Solo en el retiro se oye bien la voz de Dios, y se perciben los gritos de la conciencia. En aquella calma se descubren las manchas, que la distraccion no permite distinguir; y en aquella paz interior se reflexîona y se discurre; de modo, que por estos discursos y por estas reflexîones se va tomando el gusto á las verdades eternas de la religion. Un alma disipada es como aquellos enfermos abrasados de una ardiente calentura, que están en una perpetua agitacion, y aunque cercanos á la muerte no conocen la gravedad del mal, hasta que templándose la fiebre, y mas sosegado el enfermo, siente todo el peso de la enfermedad. En el mundo, mientras se vive en aquel es-

parcimiento universal, en aquel exterior derramamiento, apénas se reconoce alguna culpa. ¿Pues qué mal hago yo? dice aquel mundano, aquel hombre continuamente derramado, aquella persona religiosa disipada y esparcida. ¿Qué mal hago yo? Retírate un poco; entra dentro de ti mismo; dedícate algunos dias á un poco de recogimiento, y entónces conocerás el mal que haces, lo palparás sensiblemente. En cualquiera estado corre gran peligro la salvacion sin el recogimiento.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que quizá no hay cosa mas importante para la salvacion que el espíritu de retiro. Sin este espíritu las buenas obras, de cualquiera especie que sean, pueden ser útiles al próximo, pueden ser frutos provechosos á ótros, pero consumen el árbol que los pruduce, y muy presto se secará. Sin este espíritu, el mas ardiente y el mas fructuoso zelo pára en un zelo puramente natural. Por tanto, ningunos tienen mayor necesidad de este espíritu de recogimiento que los varones apostólicos. En el retiro baxó el Espíritu santo sobre los apóstoles; y no sin misterio el mismo Jesucristo se retiraba frecuentemente á la soledad: lo que no hizo porque él lo necesitase, sino para dexarnos este exemplo. ¡Admirable leccion para todos aquellos que están dedicados á la salvacion de los próximos! No hay devocion sólida ni verdadera sin este espíritu, que es y siempre ha sido como el alma de la piedad cristiana. Corazon distraido nunca fue por mucho tiempo devoto. El retiro sustenta la devocion, y el recogimiento es como la muralla que defiende la inocencia. Una alma distraida, un espíritu disipado, un corazon derramado hácia afuera, es una plaza sin fortificaciones exteriores, abierta á los tiros del enemigo, y expuesta á ser insultada. De aquí nacen aquellas funestas caidas que hacen tanto ruido, y causan tanta admiracion: de aquí aquellas devociones tan secas y sin progresos: de aquí aquellas direcciones tan estériles y sin fruto. Se frecuentan los sacramentos, se ponen en práctica todos los buenos consejos que se oyen, se exercita todo género de buenas obras, se asiste á los sermones, se tiene oracion, y se hacen otras mil devociones; pero sin embargo cada dia está el alma mas imperfecta. Dirás que te

faltan auxîlios. ¡Oh! Dios sabe muy bien, que sin su gracia nada podemos; y Dios tiene mas en su corazon nuestra perfeccion, que nosotros mismos. ¿Pues de dónde proviene esa aridez y esa esterilidad? de la falta de recogimiento interior. Se reciben gracias, pero se exhalan, por decirlo así, con la disipacion del corazon: el recogimiento interior es como el único secreto que las detiene, y hace que produzcan todo el fruto que las corresponde. El cuerpo se debilita con la disipacion de los espíritus vitales; y cuando es grande la disipacion, siempre es mortal. Del mismo modo debemos discurrir de la disipacion interior: siempre es principio de nuestros desmayos espirituales, de nuestros disgustos, de nuestras flaquezas, y por consiguiente de nuestras caidas. El espíritu de retiro, aquel espíritu interior, aquel recogimiento, siempre inseparable de la modestia, de la paz interior, del espíritu de oracion, del freno de las pasiones, es el alma de la devocion. Así, pues, estemos firmemente persuadidos á que el demomio no dexa piedra por mover para destruir esta muralla de la virtud, estas fortificaciones exteriores, que alejan de la plaza al enemigo. Gran desgracia será para una alma devota caer en este lazo y estrellarse contra este escollo.

Dadme, Señor, este espíritu de recogimiento interior, que me habeis hecho conocer ser tan necesario para mi salvacion. Conozco muy bien que á mi disipacion debo atribuir mi indevocion y mis recaidas; pero confio en la asistencia de vuestra divina gracia, que venceré este estorbo de mi eterna felicidad.

JACULATORIAS.

Dirige in conspectuo tuo viam meam. Salm. 5.

Dirígeme, Señor, en tu divina presencia, y guíame segun tu divino Espíritu.

Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine. Salm. 54.

¡O Señor, y como conozco que no hay seguridad sino en el retiro y en el recogimiento! Por eso abrazé yo este partido huyendo del tumulto, y refugiándome á la soledad.

PROPOSITOS.

Anda siempre en mi presencia, dice Dios, *y serás perfecto.* Esta contínua presencia de Dios es la mas importante entre todas las virtudes: sin élla todas las demas son de poco provecho. Dedícate á este recogimiento: la voz de Dios no se percibe entre el bullicio: *non in commotione Dominus.* Un corazon abierto á todos los objetos, un alma continuamente derramada á lo exterior, y ocupada sin cesar en mil cuidados supérfluos, en mil pensamientos inútiles, no está en parage de oir la voz de aquel Señor que solo habla al corazon recogido. Aplícate á adquirir esta paz interior: reprime esos ímpetus del natural, esa precipitacion en el hablar, aunque sea en las ocasiones mas santas, y sobre las cosas mas espirituales. Muchas veces lo que se llama zelo, no es otra cosa que humor y genio. Evita cuanto puedas esa multitud de ocupaciones, que solo sirven para distraerte. No conviene estarte ocioso, ni mano sobre mano; pero siempre has de estar sosegado, y muy dueño de ti mismo.

2 Nunca te entregues tanto á lo exterior, que sea en perjuicio de tu recogimiento. Debes prestarte, pero no entregarte á los negocios exteriores. Todas las mañanas has de hacer propósito de andar continuamente en la presencia de Dios, y sin otra diligencia serás modesto y recogido. Habla poco, y procede en todo como un hombre que nunca pierde de vista á Dios. Cuando dé la hora, recógete adentro de ti mismo, y vuélvete á Dios con alguna breve jaculatoria. Antes de dar principio al estudio, al trabajo, á la oracion, recógete por algun momento: este silencio es maravilloso medio para hacer á una alma interior y espiritual: no dexes de practicarle.



☞ DIA DOCE.

San Pedro Arbués, mártir.

El glorioso martirio de este Santo reune en sí dos cualidades de suma complacencia y consuelo para los que

tienen la dicha de profesar la religion cristiana, y el suficiente talento para meditar las ventajas que le resultan de semejante ventura. Entre las pruebas que quiso Dios dar de la autenticidad y santidad del evangelio, no es de las menores, en fuerza y persuasion, la de tanto mártir que testificó con su sangre que la religion por que moria tenia todos los caractéres de verdadera y divina. El amor que cada uno tiene á su propia exîstencia hace concebir que solo un motivo sobrenatural fue el que pudo mover á los mártires para dar gustosos su vida en defensa de las verdades que les habian enseñado. Así se autorizó en los principios una religion que combate derechamente todos los dictámenes de la carne y sangre, y así recíprocamente fue ensalzado el mérito de aquellos que la autorizaban. La misma conducta ha observado nuestro Dios con los defensores de la religion, y de su inmaculada pureza, que practicó en los principios con sus primeros maestros y promulgadores. Quiso que el martirio autorizase el oficio sagrado de inquisidor, y al mismo tiempo que este santo empleo fuese materia para la sublime gracia del martirio. Todo se verificó en san Pedro de Arbués, cuya vida es la siguiente:

Por los años del Señor de 1442, sobre año mas ó menos, fue el nacimiento feliz de Pedro para ilustre ornamento de su esclarecida familia, y gloria inmortal de la inquisicion de España. Epila, poblacion no muy distante de la ciudad de Zaragoza, en el reyno de Aragon, tuvo la gloria de ser la patria de este portento de santidad, y columna de la fe. Sus padres Antonio Arbués y Sancha Ruiz eran de una de las mas ilustres familias del reyno de Aragon, como que estaban emparentados con los condes de Aranda, y con otras casas de no inferior gerarquía. Pero la nobleza de la sangre merecia para con éllos menos estimacion que el timbre de la piedad cristiana que testificaban con sus obras. Por esta causa los primeros esmeros de su cuidado en órden á su hijo se empleáron en sugerirle las mas sólidas y sublimes ideas de la santa religion que habia profesado en el bautismo. Luego que Pedro fue capaz de recibir mayores instrucciones, le entregaron al cuidado de maestros hábiles y virtuosos, que formasen su corazon, no solo con las máxîmas que dictaba

el honor, y eran propias del esplendor de su nobleza, sino tambien enseñándole el santo temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría. Estaban los maestros en su casa; y por tanto, el cuidado que éstos ponian en la educacion de Pedro se acrecentaba con la vigilancia de sus padres, quienes procuraron, ante todas cosas, cimentar en su corazon un ardentísimo amor á Jesucristo crucificado, y una inclinacion á las cosas devotas y sagradas. El niño Pedro era la materia mas bien dispuesta para recibir las saludables impresiones de tan santa educacion. Su natural era dócil, su alma blanca, su entendimiento despejado, su voluntad pronta á obedecer las mas mínimas insinuaciones, y por una constitucion dichosa con que le habia enriquecido el cielo, aborrecia naturalmente cuanto tenia apariencias de relaxacion ó de vicio. Estas prendas amables le hicieron de un candor de costumbres tan apreciables, y de un modo de proceder tan racional y juicioso, que siendo todavía niño era respetado como un anciano. El Santo sabia grangearse este concepto, porque todo el tiempo que le dexaba libre el estudio de la gramática y letras humanas, le empleaba gustoso ya en rezos devotos, y ya en asistir en los templos á recrear su inocente alma en la celebracion de los misterios sagrados.

Instruido perfectamente en la latinidad, é imbuido en las máxîmas de la religion, y adornado de aquellas brillantes prendas, que dan tanto realce á la nobleza de la sangre, siendo ya de edad competente para los estudios mayores, determinaron sus padres enviarle á Italia para que emprendiese su estudio. Estaban persuadidos á que la educacion de los hijos no sale perfecta cuando éstos se crian con encogimiento, y sin otros conocimientos del mundo que los que pueden adquirir en la casa paterna. El cuidado con que desde los primeros años habian plantado las sacrosantas verdades de la fe, las máxîmas de piedad cristiana, y los sentimientos de honor, les daba suficiente seguridad de que en cualquiera parte que se estableciese su hijo jamás llegaría á desmentir la noble educacion que sus padres le habian dado. Con esta confianza, sabiendo que en Bolonia florecian las letras, y que eran enseñadas por los mas hábiles maestros que entónces tenia

la Europa, no tuvieron dificultad en enviar allá á su hijo, como en efecto lo executaron. La libertad que con este motivo consiguió Pedro viéndose enteramente apartado de la vista de sus padres, y dueño absoluto de todas sus acciones, no la empleó como otros jóvenes en diversiones propias de la edad, ni en disipar su espiritu con la relaxacion y la holgazanería: aplicóse al estudio con actividad tan asombrosa, que en breve tiempo mereció por sus progresos ser la gloria de sus maestros, la admiracion de sus condiscípulos, y el jóven mas celebrado de toda la ciudad de Bolonia. Es verdad que estos admirables efectos se debian, no menos á la aplicacion con que estudiaba la filosofía, que á la integridad de sus costumbres. Sin embargo de ser aquella ciencia, segun entónces se estudiaba, muy expuesta á perder la tranquilidad del alma por sus reñidas disputas, siempre veían en Pedro tal moderacion en sus argumentos, y tal serenidad en su semblante, que al paso que se veían precisados á confesar la viveza de su ingenio, les causaba no menos admiracion la paz constante que reynaba en su alma, y la dulce armonía que conservaba con todos. Hecho dueño de los conocimientos filosóficos, recibió la laurea de maestro con increible aplauso, sin que este nuevo grado sirviese para hinchar su corazon con la soberbia, sino mas bien para formar de él un medio con que exercitarse en la humildad cristiana. Habia fundado en Bolonia Egidio Albornoz, arzobispo de Toledo, y cardenal de la santa iglesia de Roma, un insigne colegio, en el cual estableció dos plazas para estudiantes aragoneses, y habiendo vacado una de éllas, entró á su goze en el año de 1468. Ya anteriormente habia comenzado el Santo á estudiar la teología; y como en esta ciencia encontraba conocimientos mas análogos á las piadosas disposiciones de su corazon, habia hecho en élla maravillosos progresos. Aumentáronse éstos notablemente, ya con las sábias disposiciones y estatutos que prescribia el colegio para los exercicios literarios y ya tambien con el trato contínuo con los doctos colegiales. Cinco años estuvo el Santo en el colegio, en cuyo tiempo llenó su alma de los mas sublimes conocimientos de la sagrada teología. El estudio de las santas escrituras era el objeto principal á que se dirigian sus miras; porque en éllas encontraba

unas palabras de vida, que al mismo tiempo que ilustran el entendimiento con sus luces, inflaman la voluntad con celestiales verdades. Al mismo tiempo que Pedro se ocupaba en estudiar la teología, no echaba en olvido que la principal ciencia del cristiano es el amor y temor santo de Dios y el exercicio de las virtudes para la santificacion de su alma. Su esmero en esto era tal, que le adquirió fama de virtuoso, tanto en su colegio como en toda la ciudad. El testimonio que dió de ello la universidad al tiempo de registrar en sus libros el grado de doctor que recibió en el dia 17 de diciembre del año de 1473, es una prueba de que en las almas de los bolonienses habian hecho mas impresion las grandes virtudes de nuestro Santo, que sus grandes adelantamientos en la ciencia de la teología. *Los multiplicados dones de virtudes*, dice el libro, *con que el Altísimo engrandeció la persona del maestro en artes y filosofía Pedro de Arbués, &c.* Esta expresion recomienda sumamente el mérito de san Pedro, no tanto por la multiplicidad de sus palabras, como por haberla usado solamente en la anotacion de su grado.

Entretanto la fama de sus heróicas virtudes no se limitaba á Bolonia, sino que cundia por España, extendiéndose por toda la Península, no solamente la extension y solidez de su sabiduría, sino el suavísimo olor de sus santas costumbres. Desearon por tanto los canónigos de la santa iglesia metropolitana de san Salvador de Zaragoza tenerle en el número de sus individuos, y así le eligieron para una prebenda el dia 30 de septiembre del año de 1474. Era á la sazon aquel cabildo compuesto de canónigos reglares de la órden de san Agustin, y presidia en aquella silla Juan de Aragon, hijo del rey Juan II. Esta eleccion adaptó mucho á los pensamientos desinteresados y tenor de santa vida que tenia Pedro, pues en la profesion de una regla tan santa como la de san Agustin, se pronosticaba muchas medras para su alma. Aceptó el Santo la eleccion; y habiendo tomado el hábito de canónigo reglar, de tal manera manifestó lo acertado que habia sido con sus santos exemplos, que pasado el tiempo de la probacion hizo profesion solemne en manos del doctor Miguel Ferrer, prior de aquella santa iglesia, en el año de 1476. En este nuevo estado se consideró el Santo co-

P

mo en un puerto seguro, que le libertaba de las borrascas del mundo, y le proporcionaba medios ciertos de arribar algun dia á la patria celestial, adonde se dirigian todos sus anhelos. Los santos exercicios en que hasta entonces se habia ocupado por un particular genio de su alma los consideraba ya como obligaciones de un estado perfecto. Afligia su cuerpo con ayunos contínuos, maceraciones y disciplinas que le sujetaban á la razon. La fervorosa contemplacion de las grandezas de Dios y de los soberanos misterios de nuestra redencion era el alimento con que se recreaba su alma, adquiriendo de dia en dia nuevos grados de perfeccion. Todas sus acciones se presentaban como un espejo de la vida evangélica, y en éllas encontraba el tibio reprension, y nuevos estímulos el fervoroso. Su fe era viva, firme y al mismo tiempo fecunda de santas obras. Los conocimientos que habia adquirido de las verdades reveladas, lejos de cebar una curiosidad vana y criminal, le servian de cimentar en su alma la fe libre de los engaños de la supersticion. De aquí nacia una esperanza firme en la divina misericordia, en la cual, y no en sus propios méritos, confiaba que le habia de conceder las eternas promesas. Por esto despreciaba con generosidad todos los bienes temporales, juzgándolos por despreciable basura en comparacion de ganar á Jesucristo. Ningun trabajo, por penoso que fuese, le era duro de llevar; con igual ánimo sufria las enfermedades y persecuciones, dando fuerza á su espíritu la grande virtud de la esperanza. Pero en lo que mas sobresalió este grande varon fue en lo que debia sobresalir; esto es, en la caridad, que es la reyna de las virtudes. Amaba á Dios con tanta ternura, que no hallaba reposo en cosa ninguna criada sino solamente en lo que pertenecia al honor del Criador de todas éllas. Oraba frecuentemente, y era tal el amor que tenia á Jesucristo, y lo que se engolfaba en la contemplacion de sus divinas obras, que apenas le merecian la mas leve atencion las cosas del mundo. Solo se acordaba de él para atender al socorro de sus próximos. Los pobres y necesitados encontraban en Pedro un padre benéfico y un amigo fiel, que les cosolaba en sus aflicciones y les socorria en sus necesidades. Pero las que mas cuidado le costaban eran las espirituales, y así no

omitia diligencia alguna para sacar del estado del pecado á los que veia mal entretenidos, llenando en esto todos los oficios de un verdadero cristiano, y todas las obligaciones de un digno sacerdote. En la observancia regular era exâctísimo, siendo el primero en todas las observancias por mínimas que fuesen, y excitando con su puntualidad la desidia ó indiferencia de los que eran menos fervorosos.

Deseaba Pedro disfrutar á su salvo y tranquilamente del sosiego de que entonces gozaba para emplearse sin reserva, apartado de los ojos de los hombres, en todo género de virtudes. Pero éstas en cierta manera le hicieron traicion; pues no pudiendo ocultarse por el brillante resplandor que despedian, hicieron tan grande su fama, que llegó á oidos de los Reyes católicos, quienes desde luego le destinaron para uno de los empleos en que mas se interesaba la religion de Jesucristo. Empleaban á la sazon sus esmeros estos piadosos reyes en arrancar de España la secta de los mahometanos que la habian inundado, y la perfidia de los judíos que la tenian sojuzgada por medio del comercio. Todas las personas piadosas miraban con sumo dolor á la religion, prostituida por aquellos sacrílegos; pues constaba que recibian el bautismo para cumplir exteriormente con las leyes civiles, permaneciendo obstinadamente en la profesion de sus ritos respectivos. Para precaver tan grandes males solicitaron los reyes de Sixto IV., y despues de Inocencio VIII, sumos pontífices, que se erigiese en España el santo tribunal de la Inquisicion, por cuyo medio se atajase la perfidia de aquellos rebeldes, y se constituyese á los cristianos en un estado de seguridad contra sus asechanzas. Solicitud tan justa tuvo bien pronto todo el efecto deseado. Nombróse por inquisidor general al reverendo padre fray Tomas de Torrequemada, varon de todas las prendas que requeria tan grande empleo. Pero se necesitaban otros muchos varones virtuosos que tuviesen el zelo necesario para descubrir los reos contra la religion, y una invencible fortaleza para aplicarles el debido castigo, sin tener miedo ni á su multitud, ni á sus riquezas. Desde luego pusieron los ojos en san Pedro de Arbués, cuya fama le acreditaba por uno de los objetos sensatos que entonces tenia España. Hecha

en él la eleccion, le hicieron saber cuán del agrado de Dios y de los reyes sería el que tomase sobre sí el cargo de inquisidor del reyno de Aragon, y cuánto beneficio rusultaria á la Iglesia de los oficios que en este empleo se prometian de su vigilancia y rectitud. Lo que para un ambicioso hubiera sido de suma complacencia por el extendido campo que se le ofrecia de exercer su autoridad, fue para Pedro motivo de lágrimas y de una profunda consternacion. La verdadera virtud siempre está acompañada de una gran desconfianza de las propias fuerzas. Al paso que brillaban en Pedro todas las virtudes que requeria un empleo tan augusto, y que cuantos le conocian estaban bien persuadidos de esta verdad, el humildísimo Santo tenia formado de sí mismo tan baxo concepto, que se reputaba por absolutamente inepto para el oficio de inquisidor. Su humildad verdadera no hallaba en su persona ni la ciencia necesaria para juzgar en las árduas materias que pertenecian á la fe, ni las indispensables virtudes para poner en execucion sus sentencias y juicios. Excusóse cuanto pudo con los Reyes; hizo humildes representaciones de su insuficiencia, solicitando le relevasen de un cargo en que peligraba la salvacion de su alma; pero los prudentes Monarcas, que tenian anticipadamente noticias muy seguras de su grande suficiencia, y que sabian ademas que tanto es un sugeto mas digno para un empleo, cuanto mas se manifiesta exênto del vicio de la ambicion, se empeñaron en que fuese inquisidor nuestro Santo, quien tuvo que ceder á tan soberanos empeños.

Si en los estados anteriores de su preciosa vida habia manifestado ser un vivo dechado de todas las virtudes, mucho mas lo dió á conocer en el oficio de inquisidor. Sin afloxar un punto en el exercicio de las virtudes privadas en que antes resplandecia con tan lucientes brillos, comenzó este grande varon á exercer todas aquellas que eran necesarias para el desempeño de un cargo sumamente delicado por las materias que trata, y peligroso en las circunstancias de aquellos tiempos. Era prudentísimo al tiempo de oir las delaciones, suspendiendo su juicio hasta tanto que las pruebas acreditasen de reos ó sospechosos á los sugetos delatados. Conocia que la perversidad humana llega hasta el punto de prostituir la santa religion

á los privados intereses, y hacer víctimas de la venganza ó el resentimiento las conductas mas inocentes, y los honores mas tersos y puros. Exâminaba, velaba é inquiria con la mayor escrupulosidad todos los hechos y circunstancias de los delitos hasta tanto que se dexaba ver la verdad en todo su esplendor. Entonces colocaba á la justicia en medio del tribunal, y élla era la que dictaba sus decisiones. Jamás pudo contrastar su entereza ninguno de tantos medios como emplea el poder y la astucia, ó para paliar los crímines, ó para libertarlos del debido castigo. Su alma se mostraba igualmente inflexîble á las lágrimas de los abatidos, que á las amenazas de los soberbios y poderosos. La ley era para él una deidad que debia respetarse en todas las circunstancias, haciéndola sacrificio de los naturales movimientos del corazon. Por esta causa luego que se llegaba á probar completamente el delito, daba y hacia executar la sentencia sin que las lágrimas de los que habian de padecer el último suplicio fuesen bastantes á ablandar su severidad, ni la desolacion que resultaba en las familias pudiese jamás hacerle ser injusto. Con la misma entereza oia las súplicas y empeños de los poderosos, y escuchaba las amenazas que tocaban á su propia vida. Fiel dispensador de la ley, prudente en todas las inquisiciones y diligencias prévias á la substanciacion de las causas, fuerte é invencible en las resoluciones justas, nunca perdia de vista el honor y gloria de Dios, la pureza de la religion santa, la estirpacion de los errores, el escarmiento de los contumaces y rebeldes, y el que se conservase pura, hermosa, sin arruga ni mancha la esposa de Jesucristo.

Este zelo y entereza de nuestro Santo produxo algunos castigos, pricipalmente de judíos ricos, que abusando de la libertad de un bautismo simulado, cometian todo género de abominaciones. Inmediatamente comenzaron á temblar aquellos á quienes acusaban sus conciencias de iguales delitos, y el temor les hizo adoptar todos los medios de destruir en sus principios un tribunal santo que les amenazaba con su ruina. Juntáronse en concilio muchos hebreos, y sacrificando gran suma de dinero, enviaron á Córdoba sus procuradores para que presentasen á los Reyes inicuos informes que habia forjado su malicia.

En éllos se contenia que el nuevo tribunal procedia con un rigor desmesurado; que cometia atentados contra las personas y familias; que privaba al reyno de muchos vasallos útiles y laboriosos; y últimamente, que el nuevo establecimiento era capaz de producir alborotos, y un trastorno y subversion universal en los católicos dominios. Pero los Reyes, que se preciaban mas del título de católicos que les habia concedido la Silla apostólica por premio debido á la ereccion del santo tribunal, que el de conquistadores que habian conseguido por el valor de sus armas, despreciaron semejantes pretensiones, bien persuadidos á que nunca fueron las leyes ni la justicia de la aceptacion de los delincuentes. Esta resolucion dió nuevo vigor al tribunal, y empeñó mas vigorosamente á los inquisidores en el cumplimiento de sus funciones respectivas. San Pedro prosiguió con mayor actividad el descubrimiento de los que estaban manchados de judaismo ó mahometismo, y á executar en éllos la debida justicia. Habia muerto á últimos de enero del año de 1485 fray Gaspar Inglario, dominicano, que exercia el oficio de inquisidor juntamente con san Pedro. Su muerte habia hecho recaer en éste todo el trabajo y funciones del tribunal, y al mismo tiempo le habia cargado de toda la odiosidad que llevaba consigo aquel exercicio para con los enemigos de la religion. Juntándose éstos en privados conventículos, trataron los medios de quitar de sobre sí la intolerable carga de un tribunal que sus delitos y malignidad se les hacia intolerable. Los consejos de los malignos y perversos siempre juntan con la circunstancia de injustos la cualidad de crueles. Pensaron que quitando la vida á san Pedro darian por el pie á la existencia del tribunal, y se libertarian de los horrosos suplicios con que diariamente les amenazaba, persuadiéndose neciamente á que la existencia del tribunal consistia en su vida, y á que la religion católica careceria de espíritus esforzados que osasen verter su sangre en defensa de la fe. Este horroroso consejo fue aprobado y confirmado en varias juntas, y solo les faltaba un asesino que le pusiese en execucion. Todo lo facilita aquel metal encantador á que sacrifican los hombres su sosiego, y con que compran sus delicias y sus delitos. Habia un hombre facineroso, llama-

do Juan de Labadia, acostumbrado á manchar sus manos con sangre humana en los frecuentes homicidios que habia cometido. A este perverso ofrecieron los judíos una cantidad de oro considerable con condicion de que quitase la vida violentamente al santo inquisidor Pedro de Arbués.

Una proposicion tan sanguinaria, y expuesta á las mas funestas resultas contra su propia vida, hubiera intimidado al hombre mas temerario; pero en este perverso se disiparon los temores con la fuerza del interes, cooperando un amargo resentimiento de que tenia su corazon poseido. Habia poco que el santo tribunal habia hecho un exemplar castigo en una hermana suya, rea de delitos atroces y vergonzosos, condenándola al último suplicio, que sufrió con horror y espanto de los que se sentian cómplices en su conciencia. Deseaba vengar la muerte de su hermana que él tenia por injusta; y presentándole la ocasion la satisfaccion de sus deseos, vestida de los atractivos del interes, no tuvo dificultad en encargarse del asesinato proyectado, y de allí adelante buscaba ocasion oportuna de verificarlo. No pudieron los judíos hacer estas determinaciones tan secretas, que no se traslucieisen de alguna manera. Noticiosos de éllas algunos amigos de san Pedro, que conocian cuánto importaba su vida á la religion, y el inminente riesgo en que estaba, se fueron al Santo, le dieron cuenta de todo, é intentaron persuadirle á que cuidase mas de sí mismo. Propusiéronle para esto que mitigase algun tanto el zelo con que hacia inquisicion de los rebeldes, y la severidad con que executaba en éllos todo el rigor de la justicia; advirtiéndole, que si no lo hacia así, amenazaba muy pronto y sangriento fin á su vida. En un pecho menos fortalecido de la virtud que el de nuestro Santo hubieran hecho impresion unos avisos que tanto interesaban á la conservacion de su vida; pero esta era materia muy despreciable en la consideracion de Pedro, respecto de exercer su ministerio con todo vigor y severidad. Prosiguió haciendo pesquisas y castigos como antes, y á los amigos que le amonestaron de su peligro, les respondió con mucha serenidad: *Que se cuidaba muy poco de cuantas maquinaciones pudiese intentar la perfidia de los apóstatas contra su vida*; *que na-*

da tenia mas impreso en el corazon que el honor de Dios y la pureza de la doctrina de la Iglesia. Y que si últimamente Dios le hacia tanta misericordia que hubiese de ser la víctima que se sacrificase al ódio de los infieles en defensa de la fe, suplicaba á su Señor Jesucristo que de un mal sacerdote que era se dignase hacerle un buen mártir, que era lo que él deseaba.

Las obras confirmaron esta respuesta digna de la fortaleza de un pecho cristiano, porque de allí adelante se ocupaba con mas actividad en las funciones de su oficio, y solo pedia á Dios que abriese los ojos á los que maquinaban contra su vida, haciéndoles conocer las verdades adorables de la religion cristiana. Aunque se habia resignado perfectamente en las manos de Dios, en cuya confianza proseguia en la severa execucion de castigar á los apóstatas, su corazon no dexaba de anunciarle que estaba su fin muy cercano. Dispúsose con oraciones fervorosas, doblados ayunos y penitencias á esperar el término de su vida, y con una fortaleza invencible exercia sin miedo ni temor los oficios de inquisidor. El perverso Juan de Labadía, encargado de asesinar á san Pedro, para asegurar mejor el golpe, partió la execucion de su encargo, y la suma de oro que habia recibido por precio de su delito con otros dos facinerosos como él, llamados Juan Esperan y Vital Duran. Estos inicuos hombres, despechados y resueltos á poner en execucion su maldad exêcrable, buscaban con ánsia lugar y ocasion oportuna para verificarla. La misma virtud de Pedro se la presentó muy cómoda, pues teniendo precision por su empleo de vivir separado de los demas canónigos que habitaban cerca de la iglesia, acostumbraba á conducirse á élla en varias horas del dia para adorar al Santísimo Sacramento, y dirigirle sus fervorosas oraciones. Consumia en esto todo el tiempo que le dexaban libre los precisos negocios de su oficio; de manera, que á pesar de éstos era uno de los canónigos mas asistentes al coro, tanto de dia como de noche. Advirtiéronlo los asesinos, y que no habia noche, por tempestuosa que fuese, que no dexase de ir á cantar maytines en la iglesia; y así eligieron esta hora para verificar su atentado. El dia 14 de septiembre por la noche del año de 1485 fue el elegido para satisfacer la furia judáica. En

esta noche se introduxeron los asesinos sin ser vistos de nadie en la iglesia mayor, y se escondieron en lugares oportunos. Poco despues llegó el Santo adornado con los sagrados vestidos con que asisten los canónigos al coro, y antes de entrar en él fue á ponerse de rodillas delante del altar mayor, haciendo breve oracion al Santísimo Sacramento. Apenas habia comenzado á invocar el favor divino, dobladas las rodillas, levantados los ojos al cielo, cuando salieron de sus escondrijos los judíos malvados, y acometiendo al Santo primero Durán, y Esperán despues, le dieron tantos golpes y heridas con las espadas, que le dexaron por muerto. Al tiempo de executar este delito atroz estaba el Santo pronunciando aquellas palabras de la salutacion angélica: *Bendita tú eres entre las mugeres, y bendito el fruto de tu vientre Jesus*: Y en el coro cantaban aquel versículo del invitatorio: *Quadraginta annis, &c.* en que reprende la Iglesia diariamente la pertinacia judáica. Al tiempo de caer en tierra herido mortalmente, cuidando menos de su propia vida que del beneficio espiritual que le habia hecho la divina misericordia, prorumpió en estas palabras: *Alabado sea Jesucristo, pues muero por su santa fe.* Los sacrílegos asesinos, habiendo cometido el crímen detestable, quedaron tan aturdidos y horrorizados de su propio delito, que no hubieran podido huir si no les hubieran favorecido una tropa de cómplices que á empellones los echaron de la iglesia y los pusieron en salvo. Pero buscados despues con diligencia por la justicia eclesiástica y secular, fueron presos y ajusticiados con todo el rigor que merecia su horroroso delito.

Los canónigos que estaban en el coro, conmovidos por el ruido que habian hecho los que huian, acudieron y encontraron al Santo, que revolcado en su sangre cuidaba mas de dar á Dios gracias por haberle concedido el favor de hacerle sacrificio de su vida, que de su vida misma. Lleváronle á su casa, y manifestándole con lágrimas el grande dolor que les causaba su trágica y temprana muerte, el Santo lleno de tranquilidad los consolaba á todos, persuadiéndoles á que no sintiesen el fin de su vida, que era inevitable, sino que llorasen el horroroso delito de los enemigos de la fe, y mucho mas su rebeldía y pertinacia.

Dos dias permaneció el santo Inquisidor en su cama, unas veces consolando á los que le rodeaban, y ótras pidiendo á Dios perdon para sus enemigos. Recibió los santos Sacramentos con increible fervor y devocion de su alma, y anegado en los sentimientos de la fe, esperanza y caridad, murió con la santidad que habia vivido el dia 17 de septiembre del referido año. Su muerte fue sentida de la iglesia de Zaragoza con las expresiones del dolor mas intenso. Por espacio de tres dias no se celebraron los divinos oficios, y se cubrieron de negro los altares hasta que se purificó el templo de la violacion que habia padecido. Por espacio de un año siguieron iguales demostraciones de dolor, diciéndose el oficio divino con un canto fúnebre, al cual precedia el rezo del Miserere y algunas preces, puestos los canónigos de rodillas y acompañando la cruz, los ministros cubiertos los rostros con velos negros, reconciliada la Iglesia se trasladó á élla el sagrado cadáver para darle honorífica sepultura. A esta sazon quiso Dios manifestar la santidad de su Siervo con un suceso portentoso. La sangre que se habia extendido por el pavimento de la Iglesia al caer herido el mártir de Jesucristo se habia secado de manera, que refregando con lienzos ó papel blanco, de ninguna manera quedaban teñidos de la mas mínima señal; pero apenas entró el sagrado cadáver en el templo, cuando inmediatamente apareció toda la sangre líquida, hirviendo y tan caliente como si en aquel instante hubiera sido vertida. Conmovióse el numeroso pueblo á vista del milagro; el capítulo cuidó de autentizarle por medio de notarios, y todos empaparon pañuelos en aquella preciosa sangre, guardándola por reliquia. La santidad de que habia tenido fama toda su vida, se hizo mas gloriosa y probada con el martirio. Los reyes católicos Fernando é Isabel le erigieron un suntuoso sepulcro de mármol, adonde se trasladó su cuerpo. Aumentándose despues por una parte la adoracion de los fieles, y por ótra los milagros que Dios obraba en testimonio de su santidad, fue beatificado por Alexandro VII. en el dia 17 de abril de 1664.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Petri martyris tui fidem congrua devotione sectemur, qui pro ejusdem fidei defensione martyrii palmam meruit obtinere: Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que sigamos con la debida devocion la fe de tu bienaventurado mártir Pedro, el cual mereció conseguir la palma del martirio por la confesion de la misma fe: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10. del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia II, fólio 40.

REFLEXIONES.

Cuando se miran las palabras de la divina Sabiduría con los ojos de la carne y de la sangre se representan como paradoxâs absurdas, á que rehusa su aprobacion el entendimiento del hombre enfermo por la corrupcion del pecado, y debilitado por la escasez de luces sobrenaturales. Encuentra en éllas unas máxîmas tan distintas de las que tiene adoptadas el mundo, que desde luego se queda sorprendido; pero todo esto consiste en lo que queda dicho, esto es, en que mira las sentencias con los ojos de la carne y de la sangre. Porque no podemos dudar que es verdad eterna lo que dice en los proverbios hablando Dios (*capit.* 8.): *Todas mis palabras*, dice, *todas mis sentencias son justas, nada malo, nada perverso se encuentra en éllas; son derechas y arregladas para aquellos que las entienden, y comparecen llenas de justicia para los que llegaron á encontrar la sabiduría.* El Sabio cristiano, instruido de estas verdades, conoce el mérito de lo que dice el Espíritu santo en la epístola de este dia, y sabe recibirlo en su verdadero sentido. En éllas se asegura, hablando del santo Martir á quien se aplican, que Dios le guárdó de sus enemigos, y le libertó de los que intentaban seducirle, concediéndole la gracia de vencer en la terrible lucha que le proporcionó, para que así supiese que no hay cosa mas poderosa que la sabiduría.

Estas palabras aplicadas á san Pedro parece quieren decir que el Señor le libertó de la muerte que le dieron

sus enemigos, y que luchando con éllos quedó vencedor nuestro Santo. Así se presenta el sentido material de estas palabras; pero escrito está que la letra mata y el espíritu vivifica. Siempre que no acertemos á levantar nuestra consideracion de las cosas terrenas, encontrarémos semejantes dificultades en las divinas escrituras. Dios es espíritu, y sus palabras deben ser de consiguiente pertenecientes al espíritu. En esta materia, esto es, en sentido sobrenatural, se verifica el triunfo de nuestro Santo como el de todos los mártires que dieron su sangre por Jesucristo. El principal objeto de los que excitaron persecuciones contra la Iglesia no era precisamente lo material y visible que tiene sobre la tierra. No solicitaban de los mártires aprisionar sus cuerpos y despedazarlos. Las fuerzas de los defensores de la fe eran muy débiles en este sentido para entrar en lucha con los tiranos. Sin la menor oposicion hubieran logrado éstos desde el principio lo que executaban finalmente, que era despojar á los santos de la vida. Su fin principal era disuadirles de la santa religion que profesaban. Su persecucion era contra las máxîmas del evangelio, y contra las verdades reveladas de la fe, y así se verificaba la guerra y batalla entre el impío, solicitando del cristianismo el abandono de las verdades de la religion, amenazándole con la muerte en ódio de la ley de Jesucristo, y el mártir por otra parte despreciando sus amenazas, sufriendo los tormentos, y padeciendo la muerte en defensa de las sacrosantas verdades reveladas. De esta manera salieron vencedores los mártires, libertándoles Dios por su infinita misericordia de caer en las intenciones impías del tirano. En este sentido, dice la sagrada Escritura, que la victoria con que se vence al mundo es nuestra fe. Semejante reflexîones nos dan idea de la verdad con que nos habla la divina Sabiduría, y al mismo tiempo del heróico esfuerzo que tuvieron los santos mártires, para que procuremos imitarlos.

El evangelio es del capítulo 10. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nihil est opertum, quod non revelabitur; et occultum, quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere, sed potius timete eum, qui potest et animam, et corpus perdere in gehennan. Nonne duo passeres asse væneunt: et unus ex illis non cadet super terram sine patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo, qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in cœlis est.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido, que no venga á descubrirse; ni oculto, que no llegue á saberse. Lo que os digo á obscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oido, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo, y no pueden matar al alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno al alma y al cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos páxaros por la menor moneda, y ninguno de éllos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temais, pues: mucho mas valeis vosotros que muchos páxaros. Cualquiera, pues, que me confesáre delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

MEDITACION.

Sobre el cuidado y esmero con que se debe conservar la religion cristiana.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la fe es una prenda de tan exquisito valor, y su falta un daño de tan funestas consecuencias, que ningun cuidado, ninguna diligencia que empleen los magistrados en conservarla es supérflua para conseguir este efecto, sino que siempre serán de mas precio las utilidades que provengan, que cuantos trabajos se empleen en procurar estas utilidades.

Esta consideracion interesa igualmente á los jueces y superiores que gobiernan los grandes estados que tienen la dicha de profesar la religion cristiana, que á los felices individuos de estos mismos estados que son por éllos dirigidos. Una simple ojeada, echada sobre el teatro del mundo, basta para hacernos conocer que todo él sería un confuso desórden si llegase á faltarle el freno de las leyes. ¿Qué estrago, pues, no deberá producir la inobservancia de una ley divina en donde tienen todas las demas su origen, y de donde reciben su estabilidad, su apoyo y su justicia? Esta ley manda que debemos creer á la palabra de Dios; que no le es lícito al hombre el escudriñar sus divinos consejos, ni poner límites á sus soberanas obras; y últimamente, que toda humana ciencia, todas las luces del entendimiento deben humillarse á la voz de los milagros. Toda esta autoridad tiene la religion cristiana, toda esta recomendacion tienen sus leyes; querer cerrar los ojos para no conocerlo es la mayor obstinacion y protervia que puede caber en el corazon humano. De tan funesto principio solamente pueden nacer las investigaciones sobre la religion, el exámen curioso que se hace de sus máximas y preceptos, y el horroroso atentado de querer introducir novedades. Los superiores á quienes toca velar sobre este punto deben tener entendido que ningun esmero estará por demas en el cumplimiento de esta delicada obligacion, ni podrán hacer al estado un servicio de donde les resulte mas considerables ventajas.

La mas leve condescendencia en esta materia es criminal en el juez, y perjudicialísima á la paz pública. De élla han nacido los horrorosos trastornos de reynos enteros en que florecia el cristianismo, y han adornado la Iglesia con doctores sábios, ilustres mártires y fervorosos confesores. Tantos paises lastimosamente sumergidos en los errores de la heregía, y apartados del cuerpo místico de la Iglesia bastan á causar horror al mas indiferente, y á despertar las atenciones mas dormidas. Pero se debe advertir que los extravíos del entendimiento humano y las revoluciones religiosas son siempre un manantial seguro de robos, de muertes y de todas cuantas calamidades pueden afligir al género humano. Al punto mismo que ha comenzado en un pais cualquiera mutacion en órden á la re-

ligion cristiana, ha comenzado á faltar la paz entre sus individuos, la subordinacion á las potestades legítimas, y el respeto á los sagrados vínculos que unen entre sí á los ciudadanos. No hay desórden, no hay desdicha, no hay crueldad que no se padezca en donde se padece daño en la fe. Por tanto, aquellos ministros que cuidan de su integridad, aquellos superiores á quienes ha encargado Dios el cuidado de su Iglesia, y aun aquellos magistrados que son responsables de la tranquilidad pública deben velar atentamente sobre la pureza de la religion, y no permitir la mas leve novedad en palabras ni en escritos. La mas mínima condescendencia en esta materia es un delito horroroso, porque sus consecuencias pueden ser nada menos que la pérdida de la religion y la subversion de un imperio. Esto mismo debe dar fortaleza á los ministros para que no se dexen doblar ni del empeño del poderoso, ni de las lágrimas del afligido, sino conservar á la justicia todos los privilegios de su severa rectitud.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que todos los esmeros que pongan los magistrados en la conservacion de la fe serán inútiles siempre que los individuos cristianos no vivan alerta para no dexarse seducir de los caprichos de la novedad, de la curiosidad y de la soberbia de los que se atreven á exâminar la profundidad de los divinos misterios.

El entendimiento humano, á proporcion que son cortas sus luces, padece una enfermedad peligrosa que se reduce á querer dilatar la esfera de sus conocimientos; y como esta pretension excede la virtud de sus facultades naturales, de aquí resulta que viene á precipitarse en una ceguedad tenebrosa cuando piensa dar extension á sus conocimientos. El hombre debe conocerse á sí mismo, y persuadirse de lo limitado de sus luces, para lo cuál bastan unas ligeras reflexîones sobre los entes mas despreciables de la naturaleza. Todas las observaciones de la mas curiosa filosofía no han podido hasta ahora averiguar la formacion del mas mínimo insecto. Nadie sabe la colocacion y estructura que debe tener una rosa para despedir un aroma que la diferencie del clavel. Si extiendes tu atencion á las obras magníficas que encierra en sí la redondez

de la tierra, la vasta extension de los mares, y mucho mas el ordenado y admirable complexô de planetas y de luces que se advierte en los cielos, crece la admiracion y se abisma el entendimiento humano. Pues todo esto no es comparable con la grandeza de cualquier misterio de nuestra augusta religion. Hay la misma diferencia que entre lo eterno y caduco, y la que tiene la naturaleza respecto de lo sobrenatural y divino.

Esta persuasion es tan clara, que se haria injusticia á cualquier cristiano en juzgarla incapaz de percibir con claridad toda la fuerza del raciocinio que la produce. Siendo esto así, ¿cómo hay cristianos que dexen seducirse hasta el punto de arrancar de su alma las santas verdades que plantó en élla la religion, y substituir en su lugar unas novedades que no son otra cosa que bachillerías vanas? ¿cómo hay cristianos que permitan delumbrarse sus ojos con los falsos brillos de unos discursos tan llenos de artificio como faltos de solidez? ¿cómo se da tanto crédito y se leen con tanto entusiasmo unos libros de doctrina corrompida, tan propios para pervertir la religion, como para causar un total estrago de las costumbres? ¡Oh hombre redimido con la sangre del Crucificado, y á quien ha cabido la dicha de nacer en un pais católico, ponte alerta sobre ti mismo, porque ningun cuidado te será supérfluo en los tiempos calamitosos en que vivimos para precaver los daños que la pureza de la religion puede padecer en tu alma! La religion cristiana católica, y la Iglesia sacrosanta que fundó Jesucristo sobre una piedra firme y duradera es cierto que nunca jamás podrá faltar. El Hijo de Dios tiene empeñada su palabra en favor de su exîstencia, y esta palabra es mas consistente que la extructura de la tierra y de los cielos. Pero aunque la Iglesia no puede faltar, puede mudarse la fe de un pueblo ó de un reyno entero, sucediendo en su lugar el cisma ó la heregía. El mismo Hijo de Dios amenazó á la pérfida sinagoga con este tremendo castigo en pena de sus delitos. La parábola de la viña es la que nos enseña esta terrible doctrina. Persuádete, pues, ó cristiano, á que debes velar continuamente para no permitir que lleguen á contaminar la pureza de tu fe los hálitos venenosos y pestíferos de los espíritus impíos é irreligiosos.

JACULATORIAS.

Confiteor tibi, Pater, quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Matth. cap. 8.
Gracias te doy, ó Padre celestial, porque has escondido las verdades profundas de tus soberanos misterios á los sábios y prudentes del mundo, que las investigan con curiosidad soberbia, y te dignaste revelarlas á los humildes.

Quod stultum est Dei, sapientius est hominibus. Paul. 1. ad Corinth. cap. 1.
Así debia ser, Señor; pues los consejos vuestros, que parecen á los ojos de los hombres estar llenos de necedad, son en la realidad mas sábios y asombrosos que todo cuanto puede imaginar la sabiduría humana.

PROPOSITOS.

Habiendo considerado cuánto importa á la paz y tranquilidad de los imperios la conservacion de la fe católica, y cuánto provecho resulta á los particulares individuos, debes sacar un fruto en este dia correspondinte á tus consideraciones. Donde quiera que habites, sea el que fuese el empleo de tu vida, nunca te encontrarás tan seguro, que no lleguen á tus oidos las asechanzas y lazos con que procurarán contrastar la firmeza de tu fe. Unas veces oirás declamar contra la obscuridad de sus misterios; ótras oirás atribuir su propagacion á la ignorancia de los hombres, á su debilidad ó al acaso; ótras encontrarás con hombres tan atrevidos, que se atreven á hacer mofa de las ceremonias mas sagradas: tal vez pretenderán sorprenderte con la injusticia de atribuir á la religion los vicios de sus ministros y sacerdotes; y últimamente, oirás quejas amargas contra aquel santo tribunal que persigue á los impíos, y conserva la fe en toda su pureza. Ten presentes en estos casos aquellas palabras de san Pablo (1. ad Corinth. cap. 2.), en que avisa á sus amados discípulos, *que la palabra de Dios no tiene su firmeza en la persuasion de la humana sabiduría, sino en la manifestacion del espíritu y de la virtud.* Acuérdate de aquella sentencia de san Agustin, que dice, *que al paladar enfermo causa has-*

tío el manjar mas sabroso y regalado, y que á los ojos que no están sanos es odiosa la luz tan amable para los que estan puros. Acuérdate finalmente, que el facineroso siempre acusa la ley que castiga sus delitos, y que el perro rabioso muerde con desesperacion la espada que pone término á su furia. En la vida de san Pedro de Arbués y en su gloriosa muerte tienes un exemplo manifiesto, que confirma todas estas verdades. En élla has visto con qué mortal ódio miraron los judíos su vida solo porque se empleaba en perseguir con tanto teson sus apostasías. De aquí debes inferir, que aquel que habla con poca reverencia del santo tribunal de la Inquisicion y de la conducta de sus ministros, sin duda le acusa su conciencia de delitos, cuyo castigo pertenece á este tribunal. Debes huir su trato y comunicacion, y no solamente esto, sino tener zelo y fortaleza para denunciar sus impiedades adonde las corrijan, y pongan freno á las funestas resultas que se pueden seguir. La religion cristiana y la pureza de la fe deben hacer en tu estimacion mas peso que todos los bienes de la fortuna, porque, ¿de qué le sirve al hombre llegar á poseer todo el mundo si padece de cualquiera manera algun detrimento en su alma?

DIA TRECE.

San Maurillo, obispo de Angers.

Hácia la mitad del cuarto siglo quiso Dios dar á todo el mundo cristiano un exemplo nuevo de virtud en la persona de san Maurillo. Nació en Italia, siendo su patria una pequeña ciudad del Milanés, y nació de padres cristianos, mas respetables por su sólida piedad, que por su nobleza y por el papel que hacian en el imperio. Fue su primer cuidado dar á su Hijo una cristiana educacion. Tuvo Maurillo la fortuna de ser instruido en la religion, y educado en la virtud por san Martin, que al volver de la Panonia, donde dichosamente habia retirado á su madre de las tinieblas de la idolatría, haciendo otras muchas,

grandes y ruidosas conversiones, se detuvo cerca de la ciudad de Milan, donde comenzó á hacer vida monástica, y á criar la juventud en el temor santo de Dios y en el exercicio de las virtudes cristianas.

En la escuela de tan hábil Maestro aprendió Maurillo los primeros principios de aquella eminente santidad á que el cielo le llamaba; pero no la pudo disfrutar por largo tiempo. Era obispo de Milan Aurencio, arriano de profesion; y habiendo desterrado del Milanés á san Martin, siguió Maurillo sus estudios en el monasterio, hasta que san Ambrosio le sacó de aquel retiro para hacerle lector de su iglesia, persuadido á que no podia hacer servicio mas importante á toda la clerecía. Muy desde luego fue el exemplo y la admiracion de todos el nuevo y jóven Lector por su modestia, por su juicio y por su virtud; pero le tenia destinado para otra parte la divina Providencia.

Muerto su padre, que era gobernador de la provincia, y no proponiéndose Maurillo otra regla que lo mas perfecto del evangelio, le pareció debia seguir el consejo del Salvador de abandonar por su amor los parientes, los bienes, y todo cuanto mas amaba en su patria. Con esta idea lo abandonó todo; y noticioso de que san Martin era ya obispo de Tours, y que habia edificado un monasterio, el cual era como un seminario de santos, pasó á buscar á su antiguo Maestro para aumentar el número de sus discípulos. Correspondieron perfectamente á las grandes esperanzas que san Martin y san Ambrosio habian concebido los progresos que hizo Maurillo en los caminos del Señor. A vista de su abrasado amor á Jesucristo, de su tierna devocion á la santísima Vírgen, de una extrema puntualidad á todas las funciones de la vida monástica, de una asombrosa mortificacion de todos sus sentidos, de una caridad universal con sus hermanos, de una profunda humildad, de un inmutable fervor, sin distincion de tiempos ni de empleos, juzgó el santo Obispo de Tours, que un sugeto tan excelente, dotado de tan relevantes prendas, no debia estar como sepultado dentro de las estrechas paredes de una humilde celda. Promovióle á los sagrados órdenes, conformándose con el dictámen y con el pensamiento de san Ambrosio cuando le ordenó de lector; y sin dar oidos á las ingeniosas evasiones que discurrió su

humildad, le elevó á la dignidad del sacerdocio.

Un carácter tan augusto, como respetable á los mismos ángeles, renovó en Maurillo todos sus fervorosos deseos de aspirar á la mas encumbrada perfeccion. Aumentó los exercicios espirituales, y añadió nuevos rigores á la austeridad de su penitente vida; y el fuego del divino amor que abrasaba su corazon no solo se dexó conocer en el sagrado silencio del altar, sino que se hizo sobre todo experimentar en los ardores y en los maravillosos efectos de su infatigable zelo.

Era la provincia de Anjou un pais en que los abusos y el desenfreno reynaban entre los mismos cristianos; una tierra en fin inculta, silvestre y por desmontar. Fue enviado á élla san Maurillo, y la cultivó tan dichosamente, que en breve tiempo se vió en toda élla una general y asombrosa mudanza de costumbres, correspondiendo abundantemente el fruto al trabajo del cultivo; tanto, que en pocos dias fue Maurillo un verdadero apóstol. Informado de que en una aldea de las cercanías de Angers se conservaba un templo antiguo dedicado á los dioses falsos, y que todavía concurrian á él los pueblos á ofrecer votos y quemar incienso á los ídolos, vivamente conmovido de que triunfase aún aquel resto del gentilismo en medio de la cristiandad, se transfirió á él sin otras armas que las de su fe, las de su confianza en Dios, y las poderosas de la oracion. Sería ociosa diligencia valerse de medios humanos para echar por tierra el sacrílego edificio, y así recurrió á los divinos. Púsose en oracion á vista del templo, levantó las manos y los ojos al cielo con resolucion de importunar constantemente al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo hasta conseguir la milagrosa destruccion de habitacion tan infame. Poco tiempo tuvo que esperar esta gracia. Hallábase el cielo muy sereno, y sin embargo se vió descender de él un torbellino de fuego, que en nada de tiempo reduxo á cenizas los ídolos y el templo. Atónitos los gentiles á vista de tan estupenda maravilla, quedaron dispuestos sus ánimos para convertirse; y despues de haberlos instruido san Maurillo, los incorporó en el rebaño de Jesucristo. Edificó una iglesia al verdadero Dios sobre las ruinas del templo que habian consumido las llamas: sirvióla por espacio de doce años,

ilustrando su santa vida y sus apostólicos trabajos con prodigiosa multitud de portentosos milagros.

Cierto pobre hombre, llamado Saturno, habia nacido con las dos manos tan áridas y tan secas, que jamás habia sentido en éllas el mas mínimo movimiento, sirviéndole en suma de dos masas de carne tan disformes como inútiles. Estando una noche durmiendo, le pareció oir una voz, que le decia: *Vé á buscar al siervo de Dios Maurillo; ruégale que haga sobre tus manos la señal de la cruz, y al mismo tiempo cobrarás el uso de éllas.* No esperó á que se lo mandasen segunda vez. Luego que amaneció se fué á echar á los pies del Santo, refiriöle el sueño, y le suplicó que hiciese el milagro. Conociendo san Maurillo que Dios queria autorizar su mision con aquel prodigio, hizo primero oracion, despues hizo la señal de la cruz sobre las dos manos, y en el mismo punto quedaron tan perfectamente sanas, que los que no las habian visto antes no podian creer que jamás hubiesen estado enfermas.

Traxéronle una muger ciega, y poseida de un demonio tan furioso, que era preciso tenerla siempre fuertemente maniatada. Compadecióse el Santo de élla, y con una especie de prodigio pocas veces visto, solo con poner en élla los ojos quedó libre del demonio; y haciendo despues la señal de la cruz sobre los de la ciega, le restituyó la vista. Viniéronle á decir que los gentiles de los paises circunvecinos, atemorizados del milagroso incendio que habia consumido el templo de Calona, habian juntado todos sus ídolos, y colocándolos en cierto lugar subterráneo, concurrian contínuamente á él, y los rendian culto abominable. No fue menester mas para encender todo su zelo. Pasó inmediatamente Maurillo á aquel profano sitio, y con sola su presencia espantó á todos los demonios, oyéndoseles gritar con horribles ahullidos: *Maurillo, ¿por qué nos persigues en todas partes? ¿tambien nos vienes á arrojar de este último atrincheramiento? ¿es posible que no nos has de conceder paces ni treguas?* Mas animado el Santo con sus quejas, hizo la señal de la cruz, y en nombre de Jesucristo los mandó que no volviesen mas á parecer. Al instante se conoció que huían los espíritus malignos, dando bramidos espantosos. Victorioso Maurillo de todo el infierno, mandó que juntasen todos los ído-

los en un monte, él mismo los puso fuego, y quedaron reducidos á ceniza. Pasmados los idólatras de aquella maravilla, se convirtieron todos á la fe de Jesucristo; y aprovechándose el Santo de su primer fervor, edificó allí mismo un célebre monasterio, que muy en breve se llenó de santos religiosos, cuyas virtudes santificaron con su buen olor todo aquel contorno.

Al restituirse á la iglesia encontró en el pueblo una tropa de mercaderes, que hacian infame tráfico, mal tolerado en aquel tiempo, y pasaban á España á vender esclavos de uno y otro sexô. Uno de éllos se escapó y se refugió á la iglesia de nuestro Santo, donde postrado á sus pies le suplicó que le librase de la esclavitud. Enternecióle la vista de tan lastimoso espectáculo; y pasando á la posada del mercader, le rogó que diese libertad á aquel pobre hombre, puesto que habia sido cogido por sorpresa. No moviéndose la dureza del mercader con las razones mas fuertes y mas eficaces que el Santo le pudo decir, no hubo forma de querer dar libertad al esclavo. Acudió entonces san Maurillo á su ordinario refugio, que era el Señor. Encerróse en su iglesia: pasó toda la noche en oracion á los pies de Jesucristo, y por la mañana tuvo noticia de que estaba agonizando aquel duro mercader. Con efecto, pocas horas despues espiró, dexando preocupados á sus compañeros de un espantoso temor. Con el miedo de que viniese sobre éllos otra semejante desgracia, se arrojaron á los pies del Santo, deshaciéndose en lágrimas; y bien persuadidos de lo mucho que podia con Dios, le suplicaron que tuviese piedad de éllos y del difunto, alcanzándole á éste tiempo y vida para conocer su culpa, y para hacer penitencia de élla. Dexóse vencer san Maurillo: volvió á su oracion, resucitó el difunto; y lo primero que hizo fue pedir perdon de su codiciosa dureza, y dar libertad á su esclavo; exemplo que imitaron los demas, y todos aquellos infelices cobraron la libertad, dando palabra de que usarian bien de élla.

Hízose famoso el nombre de Maurillo con tantas maravillas; y muerto el obispo de Angers, que se cree lo era Próspero, no hubo en que deliberar para elegir á Maurillo por obispo; pero hubo mucho que trabajar para vencer la aversion que le inspiraba su humildad á todo

género de dignidades. Fue preciso sacarle á fuerza de su iglesia parroquial, y conducirle á Angers con la misma violencia: ni se pudo recavar con él que consintiese voluntariamente en su consagracion, hasta que un milagro le obligó á prestar el consentimiento. Al mismo tiempo que entraba en la iglesia catedral en compañía de san Martin, su metropolitano, que habia tenido gran parte en aquella promocion, se dexó ver sobre su cabeza una paloma de extraordinaria blancura, la cual se mantuvo en élla hasta que se acabó la sagrada ceremonia de la consagracion. Esta la hizo san Martin, quien aseguró que ademas del Espíritu santo, visiblemente descubierto en figura de paloma, habia tambien asistido á la consagracion una multitud de espíritus angélicos. La noche siguiente la pasó toda en su iglesia el nuevo Obispo, pidiendo al Señor el verdadero espíritu del apostolado; y por las maravillas que obró despues en todas las funciones, se conoció bien que habia recibido toda la plenitud. En nada se dispensó de sus primeras austeridades por las fatigas apostólicas del pontificado; antes bien las aumentó para que su zelo, como decia él mismo, fuese mas eficaz.

Pero no fueron bastantes todas las bendiciones que derramaba el cielo sobre su solicitud pastoral para desvanecer la repugnancia que sentia en verse ocupar una silla tan ilustre como elevada; disgusto que se renovó con motivo de haber muerto un niño sin el sacramento de la confirmacion, no obstante de haber sucedido sin culpa del santo Prelado. Añadiéndose á todo esto el deseo de vivir desconocido, tomó en fin la resolucion de dexar el obispado, y desterrarse de la Francia para pasar en soledad el resto de sus dias. Salió, pues, secretamente de la ciudad, y encaminándose al primer puerto, encontró un navío pronto para hacerse á la vela, en el cual se embarcó, y se fué á Inglaterra. Ya estaba en alta mar cuando se acordó que, sin advertirlo, se llevaba consigo las llaves de las reliquias de su iglesia; y como las tuviese en la mano, pensando en el modo de enviarlas, vino un golpe de mar, hizo el navío un vayven no prevenido, y las llaves se cayeron en el agua. Movido de este accidente, levantó los ojos al cielo, y exclamó: *Esto es hecho; no volveré á la tierra que dexé hasta que parezcan estas llaves.* Lue-

go que desembarcó tomó un vestido pobre; y deseando vivir desconocido, se acomodó por jardinero en casa de un señor, que luego se prendó de su afabilidad y de su modestia. Echando Dios la bendicion á su pequeño y deslucido trabajo, se enamoraron todos de la virtud del Jardinero extrangero, y cada uno le hacia su particular elogio.

Mientras tanto, luego que el clero y el pueblo de Angers llegó á entender la fuga de su santo Pastor, fue general el desconsuelo en todo el obispado. Tomaron la resolucion de buscarle en cualquiera parte del mundo donde estuviese; y para este fin fueron nombrados cuatro diocesanos, que por espacio de siete años anduvieron corriendo toda la Europa, pero siempre inútilmente. En fin, estaban esperando á que aparejase un navío que partia para Inglaterra con ánimo de embarcarse en él, cuando en la orilla del mar encontraron una piedra donde estaban grabadas estas palabras: *Por aquí pasó Maurillo, obispo de Angers, tal dia y tal año.* Con este milagroso descubrimiento se animaron mas á buscarle. Embarcáronse, pues, y cuando iban navegando á toda vela, de repente brincó del mar al navío un abultado pez, cuyo extraño suceso los dexó altamente sorprendidos; pero lo quedaron mucho mas cuando abriéndole encontraron en el vientre las llaves de sus reliquias. Al principio creyeron todos que sin duda se habia ahogado el santo Obispo; pero la noche siguiente tuvieron todos cuatro separadamente una vision que los desvaneció este pensamiento, asegurándolos que encontrarian á Maurillo. Con efecto, luego que desembarcaron en Inglaterra, tuvieron noticia de que en casa de un señor ingles habia un extrangero, que con el nombre y oficio de jardinero ocultaba un raro mérito y una virtud extraordinaria. No les fue dificil dar con él; y habiéndole encontrado en su jardin, se arrojaron á sus pies, suplicándole con lágrimas y con ruegos que se volviese con éllos á cuidar de sus ovejas. Enternecióse el Siervo de Dios; pero les dixo que habia hecho propósito de no volver á su pais hasta que pareciesen las llaves de las reliquias. Mostráronselas al punto los diocesanos, y le refirieron el suceso. Conociendo entonces el santo Obispo la voluntad de Dios tan declarada con aquella

maravilla, se rindió á sus instancias, y consintió en restituirse á su iglesia. Es facil concebir la admiracion y la veneracion que causaria este enlace de prodigios á los que le supieron y le vieron en Inglaterra; pero no es tan facil imaginar la alegría y el respeto con que fue recibido en Angers de todo su amante pueblo. El historiador de su vida, que al parecer de Surio fue Fortunato, obispo de Poitiers, asegura que antes de partir de Inglaterra habia tenido una vision en que se le apareció un ángel, declarándole ser voluntad de Dios que volviese á su iglesia, y que para mayor favor le concederia la resurreccion de aquel niño que habia muerto sin confirmacion, sirviendo este acaso de pretexto á su inspirada fuga. Añade el mismo Historiador, que apenas llegó san Maurillo á Angers, cuando se fué á la sepultura del niño, la mandó abrir; y animado de una viva confianza en el Señor, hizo oracion, gimió por largo tiempo derritiéndose en lágrimas, y el fruto de su oracion fue la resurreccion del difunto, á quien administró inmediatamente el sacramento de la confirmacion, llamándole Renato, en memoria del segundo nacimiento: tomó de su cuenta su particular educacion; formóle en la virtud; y Renato hizo en élla tantos progresos, que mereció con el tiempo ser sucesor del mismo san Maurillo. Hasta aquí el referido Historiador. Este hecho, aunque se representa increible, tiene por garantes al santo Obispo de Poitiers, que vivió en el siguiente siglo: á san Gregorio, obispo de Tours, que floreció en tiempo aun mas inmediato al milagro; y á la antigua tradiccion de la iglesia de Angers, sábiamente probada en la docta disertacion que dieron á luz los canónigos de aquella catedral.

Lo restante de la vida de nuestro Santo fue una série continuada de milagros, de admirables exemplos de virtudes, y un dechado cabal de la vida apostólica. Nada afloxó de su primer fervor, y antes bien aumentó sus penitencias. En Cuaresma no comia otra cosa que un poco de pan mojado en agua y en sal, y esto una sola vez de tercer en tercer dia, durmiendo siempre sobre la dura tierra. Pero el que era tan áspero consigo, jamás lo fue con los ótros; antes hacia una parte de su carácter la blandura y la mansedumbre de Jesucristo. Siempre se le en-

contraba de alegre y risueño semblante, ganándole los corazones de todos aquellas sus modales tan gratas como apacibles; y era dicho comun, que jamás se habia visto hombre por una parte mas mortificado, y por ótra que hiciese mas amable la virtud. Con sola su presencia corregia los abusos, y así se vió mudar de semblante toda la diócesi en el gobierno de tan santo Pastor. Abolió una fiesta enteramente pagana, que duraba por espacio de siete dias, pasándose todos en danzas y en banquetes, la cual se celebraba sobre la cima de una corpulenta peña en las cercanías de Angers; y para santificar un lugar profanado hasta entonces por la disolucion edificó en el mismo sitio una iglesia en honor de la santísima Vírgen. En fin, lleno de dias y de merecimientos, acabó su santa vida con la muerte de los santos el año 437, casi á los 90 de su edad, el dia 13 de septiembre. Fue enterrado en una sepultura que él mismo habia mandado hacer en una especie de cementerio cerca de Angers, y el Señor la hizo gloriosa con multitud de milagros.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Maurilii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem: Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad de tu confesor y pontífice san Maurillo, aumentes en nosotros el espíritu de la piedad, y el deseo de nuestra salvacion: Por nuestro Señor...

La epístola es de la segunda que escribió el apóstol san Pablo á los corintios, cap. 5.

Fratres: Charitas Christi urget nos, æstimantes hoc; quoniam si unus pro omnibus mortuus est, ergo omnes mortui sunt; et pro omnibus mortuus est Christus; ut, et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed eì, qui pro ipsis mortuus est, et resurrexit. Itaque nos ex hoc neminem novi-

Hermanos: La caridad de Cristo nos estrecha, considerando esto, que si no murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió Cristo, para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por éllos, y resucitó; y así nosotros no conocemos á ninguno por esto segun la

mus secundùm carnem. Et si cognovimus secundùm carnem Christum, sed nunc jam non novimus.

carne. Y si conocimos á Cristo segun la carne, ahora ya no le conocemos.

NOTA.

"Queriendo san Pablo en el capítulo quinto, de donde „se sacó esta epístola, mover á todos los hombres al amor „de Jesucristo, los da por razon la muerte del mismo Je„sucristo por todos los hombres. Todos estaban muertos „á la gracia por el pecado del primer hombre; y así por „todos murió Jesucristo, sin que ni uno solo quedase ex„cluido del beneficio de la redencion."

REFLEXIONES.

Que toda la tierra esté regada con sangre de Jesucristo, efecto es de su ardiente caridad; pero decidme, ministros del evangelio, que toda la tierra esté cubierta de pecadores, ¿no lo imputará el Salvador á la frialdad de la vuestra? Vino á pegar su divino fuego á toda la tierra; no desea otra cosa sino que se encienda; ¿á quién se atribuirá que no prenda este celestial fuego por falta de quien le sople y le avive? Para interesarse con ardor y con verdadero zelo en la salvacion de los próximos, es menester persuadirse y pensar con el apóstol san Pablo, que de tantas almas como corren ciegas á la perdicion ni una sola hay á quien Dios no quiera sincéramente salvar. Limitar al corto número de escogidos el beneficio de la redencion, es privar á los ministros zelosos de aquella confianza que los sostiene cuando aseguran que no trabajan en balde, ni á lo que saliere, sino arreglándose á la intencion y á la voluntad de Jesucristo. Ninguna cosa acobardaria ni extinguiria mas aquel su abrasado zelo que este funesto, este pernicioso error. ¿A qué fin atravesar tantos mares, consumirse vanamente en inútiles trabajos, para hacer entrar en el redil un casi infinito número de gentes, que ni oyeron la voz del pastor, ni fueron jamás, ni jamás podrán tampoco ser ovejas de su rebaño? ¿qué consideracion podrá animar este zelo, una vez que se dé lugar á la herética opinion de que hay en el mundo una inmensa multitud

de almas, por las cuales no murió Jesucristo? ¿ni quién podrá excitar, fomentar y mantener en los mismos fieles la debida confianza, una vez que estén persuadidos á que por mas que hagan, ni tuvieron, ni ya pueden tener parte en los méritos y en la muerte del Salvador? No hay heregía mas propia para introducir en el mundo la corrupcion de las costumbres. La duda sola de si Jesucristo murió por todos los hombres quita el aliento á los pecadores, y apaga la confianza á los justos. ¿Para qué será mortificarme, ni estarme haciendo toda la vida una cruel y penosísima violencia? Si Dios no murió por mí, todos mis esfuerzos y todas mis victorias son inútiles: el mortificarme es perder tiempo. Y si este divino Salvador se dignó morir por la salvacion de mi alma, aunque persevere hasta la muerte en los mayores desórdenes, ninguno me quitará morir con la muerte de los santos. ¿Puede imaginarse error mas pernicioso? Así, pues, no hay herege de esta especie que no tenga costumbres muy estragadas baxo la máscara de una aparente piedad. ¡O Señor, y qué poco conocidas son las consecuencias de vuestra preciosísima muerte! A quien no las penetra, facil cosa le es decir que no pedis tan alta perfeccion á todos aquellos á quienes quereis salvar. Pero el que considera que habiendo muerto por todos los hombres, á todos los impusísteis la estrecha obligacion de vivir única y precisamente para vos, de arreglar su vida á los preceptos y á las máxîmas del evangelio, con dificultad descubre qué temperamento se podrá aplicar á la vida mas austéra, ni qué diferencia puede haber entre una vida que enteramente debe estar consagrada á Dios y una total abnegacion. Ni hay que decir que no se descubre culpa, ni cosa que parezca reprensible en el apego que se conserva á ciertos objetos: en oliendo este apego á cosa de la carne, y en siendo segun su inclinacion y sus deseos, ya no se puede componer con un estado, en que solo nos debe ocupar lo que se refiere á Dios. Ahora juzga tú si el espíritu y las máxîmas del mundo pueden convenir á unos hombres que están indispensablemente obligados á vivir segun el espíritu y las máxîmas de Jesucristo.

El evangelio es del cap. 11. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde; et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Venid á mí todos los que estais fatigados y cargados, que yo os refrigeraré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazon; y encontraréis reposo para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y la carga mia ligera.

MEDITACION.

De la vida del siglo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la vida del siglo es una vida tumultuosa, poco cristiana, llena de inquietudes, de disgustos, y siempre acompañada de crueles remordimientos. Por mas que los mundanos se esfuercen á hacernos las mas risueñas pinturas de élla; por mas que nos la pinten con términos pomposos y falaces; por mas brillantes que sean los colores con que intentan retratarla, ni su simulacion, ni sus artificios alteran un punto la naturaleza del estado. Con todas esas afeytadas mascarillas, con todas esas floridas exterioridades, con todas esas risueñas apariencias, la vida del siglo es una dura esclavitud, es la region de los trabajos y de los lamentos. Aquellos mismos que mas claman contra esta verdad experimental, esos son los que interiormente la conocen, y la palpan mejor que todos los ótros. Mientras descaradamente afectan cierto ayre artificioso de libertad; al mismo tiempo que ponderan tanto sus diversiones y sus gustos; cuando están haciendo obstentacion de su quimérica felicidad, allá dentro de su corazon están confesando que ni hay, ni hubo jamás condicion mas esclava, mas penosa ni mas infeliz que la suya. ¿Qué opresion mas molesta, buen Dios, que aquella con que se vive en el siglo? Es preciso sufrir á únos, contemplar á ótros,

y depender de todos. No se ignoran las mañosas artes de un concurrente, la mala voluntad de un enemigo oculto, los lazos y los artificios de la emulacion; con todo eso, es menester disimularlo todo, tragarlo todo, sin descuidarse en que salga á lo exterior la menor señal de desconfianza. Es menester estar siempre muy sobre aviso, al mismo tiempo que hácia afuera se hacian las mas vivas, pero las mas engañosas expresiones de amistad, las que en suma no son otra cosa que un mero cumplimiento; porque no hay que buscar en el mundo amistad sincéra y verdadera. En él todo se gobierna á gusto de las pasiones, las cuales dominan como tiranas, y su tiranía es servilmente aplaudida. ¡Ah, mi Dios! ¿cuándo hubo violencia mas universal, esclavitud mas insufrible, vida mas abundante de disgustos y de amarguras? ¿qué dia amanece sereno en esa vida mundana? ¿qué dia sin turbacion, sin borrasca, sin algun accidente enfadoso y desgraciado? Represéntase la vida arreglada como una vida que causa horror; créese que el claustro es una honrada, pero espantosa prision; considérase el estado religioso como el de una esclavitud. ¡Ah! que los seglares en solo un mes tienen que hacerse mas violencia, tienen que padecer mas enfados, tienen que tragar mas pesadumbres, tienen que sufrir menos libertad, y tienen que vencerse mas que los mas austéros, los mas estrechos religiosos en el largo espacio de la vida. Hasta las diversiones de los seglares están llenas de amarguras. Mucho tumulto y mucho ruido en todas éllas; ¿pero cuándo hubo nunca ni una sola dulce, sosegada y tranquila? ¿á qué partida de diversion, de juego, de convite y de fiesta mundana no se siguieron siempre disgustos y desazones? No siempre es el gusto lo mas que se siente. La envidia, la murmuracion, la ingratitud, y otros mil sentimientos suelen ser el fruto de estas locas aventuras. ¡Ah Señor, no hay suerte mas infeliz que la de aquellos que sirven á otro dueño que á solo vos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que entre todos los que hacen una vida verdaderamente mundana, ni uno solo hay que no pueda decir, y que no diga efectivamente: *Per totam noctem laborantes, nihil cepimus.* Toda la noche estuvimos remando y

trabajando, y al cabo nada cogimos: esta es en una palabra la vida del mundo. Noche sombría y obscura, vida que toda se pasa en lóbregas tinieblas por la falta de fe y de consideracion de las verdades eternas; por el embarazo y tumulto de los negocios que sufocan el espíritu; por el ardor de las pasiones, que no solo debilitan las máxîmas de la religion, sino aun las mismas luces de la razon natural; y en fin, por un amor impetuoso y ciego á las cosas sensibles, á los deleytes, y á todo lo que halaga y lisonjea á los sentidos. De aquí nace aquella insensibilidad, y aun aquel tédio con que se mira todo lo que toca á la religion; aquella lastimosa ceguera, que es casi comun á la mayor parte de los que traen una vida tan poco cristiana: *Non est qui recogitet corde.* Compadezcámonos de todos los que pasan sus dias en tan espesas tinieblas, y rindamos gracias á la misericordia del Señor porque se dignó sacarnos de éllas. Pero estas tinieblas no son tranquilas ni descansadas, *laborantes*; se trabaja, se padece, se fatiga, se gasta la salud y la vida, se está uno haciéndose á sí mismo contínua violencia; y todo, ¿para qué? para nada; para hallarse al cabo con las manos vacías: *Nihil cepimus.* Nada para el cielo y para la eternidad; porque, ¿de qué sirven para la otra vida todos esos trabajos emprendidos y devorados en servicio del mundo y con el espíritu del mismo mundo? ¿de qué sirven esas eternas inquietudes, esos zelos devoradores; todos esos disgustos, único salario de un amo ingrato, duro y cruel? ¿ni de qué sirven tampoco esos estériles enfados y aun arrepentimientos, frutos naturales de una vida mundana? De buena fe; aquellos que viven segun las máximas y el espíritu del mundo, ¿creen sériamente que tienen una vida cristiana? ¿y no sería burlarse de la religion si se creyese que para ser cristiano bastaba tener la fe del bautismo? Porque por lo comun, ¿qué otra cosa mas tienen de cristianos esos enemigos de las máxîmas y del espíritu de Jesucristo? ¿esos hombres que huyen de los sacramentos, y no tienen mas parte en el convite del Señor, que cuando, casi á su pesar, los llevan el Viático? ¿se puede decir que es cristiano el que solamente lo es cuando recibe el bautismo, y solamente lo parece poco antes de morir? Pues tal es la vida de la mayor parte de los hombres del siglo. Pocos de éllos harán esta me-

ditacion ; mas no por eso es menos lastimosa su conducta, porque no por eso es menos culpable. Los que la hicieren no podrán menos de confesar, ó á lo menos de conocer la solidez y la verdad de todas estas reflexîones. Dichosos de éllos si se quieren rendir á las saludables solicitaciones de la gracia.

JACULATORIAS.

Scimus quoniam ex Deo sumus, et mundus totus in maligno positus est. Joan. 1. 5.

Sí, mi Dios; todos sabemos que somos hijos vuestros, y no ignoramos tampoco que el espíritu maligno se ha apoderado de todo el mundo.

Vidi iniquitatem, et contradictionem in civitate::: et labor in medio ejus, et injustitia. Salm. 54.

Sí, mi Dios y mi Señor; en el mundo no encontraré mas que maldades y contradicciones; y sobre esto muchos trabajos, muchas fatigas y muchos pecados.

PROPOSITOS.

El espíritu del mundo en todo se introduce, y donde está introducido reyna la iniquidad, la turbacion y la afliccion de espíritu. Aun esos lugares santos, desviados del tumulto que eran hasta aquí el asilo de la tranquilidad y de la inocencia, los ha forzado, por decirlo así, este enemigo de la salvacion. Penetró el contagio hasta los claustros religiosos, y con él penetraron tambien aquellos desórdenes, que se creía no poderse encontrar sino en el siglo. El espíritu de ociosidad, de tibieza, de inmortificacion, de relaxacion, de delicadeza y de regalo se insinuó hasta en el mismo desierto: mézclase alguna vez el demonio entre los mismos hijos de Dios, y de aquí nacen aquellos tristes exemplos. Exâmínate hoy si acaso estás tocado de este contagioso mal: mira si te anima el espíritu de observancia, de mortificacion y de devocion. En caso de encontrar alguna relaxacion en tu conducta, alguna alteracion en tus antiguas máxîmas, algun desmayo, tibieza ó disgusto en tu corazon, acude sin dilacion al remedio; y destierra de tu corazon y de tu espíritu todo lo que tenga el carácter de este espíritu maligno, volviendo á una vida fervorosa, mortificada, observante, y enteramente opuesta á la vida del mundo.

2 En todas tus empresas, en todo tu proceder y en todas tus acciones exâmina bien el espíritu que las anima, y presto te descubrirán tus mismas obras y tus propias máxîmas. Mira con horror la profanidad, la glotonería, las diversiones puramente mundanas, el juego, los espectáculos, y todo lo que caracteriza á los hombres del mundo. Sé cristiano hasta en las mismas diversiones; y en todo sea la piedad, la modestia y la mortificacion tu verdadero carácter.

DIA CATORCE.

La Exâltacion de la santa Cruz.

Instituyóse la fiesta de la santa Cruz para celebrar la memoria de aquel dia en que el sagrado madero, sobre el cual el Salvador del mundo Jesucristo consumó la grande obra de la redencion, fue solemnemente restituido por el emperador Heráclio á Jerusalen, de donde catorce años antes le habia sacado Cosroas, rey de Persia. Atenta siempre la Iglesia, y siempre solícita en rendir á este precioso instrumento todo el culto que por tantos títulos se le debe, instituyó esta fiesta en reverencia de la santa Cruz, celebrando todos los años las maravillas que obró en semejante dia, que con razon se puede llamar el dia de su triunfo.

Cosroas II., hijo de Hormisdas, rey de Persia, subió al trono el año 591, y fue tan inhumano, que mandó quitar la vida á su propio padre á garrotazos, para que fuese mas cruel y mas ignominioso el género de muerte. Este detestable parricidio le hizo tan odioso á sus vasallos, que se vió precisado á buscar su seguridad en la fuga. Refugióse á Constantinopla baxo la proteccion del emperador Mauricio, que le recibió con excesiva bondad, y le restableció en su trono. Pero Focas, que de simple centurion habia ascendido á los primeros empleos del exército, se hizo proclamar emperador el año de 601; y persiguiendo á Mauricio hasta las cercanías de Calcedo-

nia, primero mandó quitar la vida á cuatro hijos suyos delante del desgraciado padre, y despues hizo cortar la cabeza al mismo Mauricio. Resuelto Cosroas á vengar la muerte de su insigne bienhechor, declaró la guerra á Focas, entró en la Siria, apoderóse de la Palestina, de la Fenicia, de la Armenia y de la Capadocia, talando á fuego y sangre todo el Oriente, hasta las mismas puertas de Constantinopla. Heráclio, hijo del gobernador de África, animado con los clamores de los pueblos, que ya no podian sufrir las violencias del tirano, dió fondo con una escuadra naval en el puerto de Constantinopla, y derrotadas las tropas de Focas, le hizo prisionero, y le mandó cortar la cabeza. Fue Heráclio proclamado emperador el año de 610, y no perdonó á diligencia alguna para hacer la paz con el rey de Persia; pero orgulloso éste con la prosperidad de sus primeras conquistas, despreció todas las proposiciones del Emperador, y volvió á comenzar sus irrupciones en las tierras del imperio. Entró en la Palestina, puso sitio á Jerusalen el año de 615; tomóla, y se llevó á Persia el tesoro mas precioso que tenian los cristianos en el Oriente; es decir, la Cruz en que habia muerto Jesucristo por la salvacion de todos los hombres; y apoderándose tambien de todos los vasos sagrados, se llevó igualmente á Persia un gran número de cristianos esclavos, entre los cuales fue el patriarca de Jerusalen Zacarías, que nunca perdió de vista el sagrado madero de la Cruz. Lleváronla como en triunfo los infieles á la ciudad de Cresifon sobre el Tigris, intentando erigir en élla un trofeo á su idolatría; pero la Cruz, aunque al parecer cautiva en medio de sus enemigos, se hizo respetar de éllos, no de otra manera que en otros tiempos el arca del Señor en medio de los filisteos. Ningun persa tuvo atrevimiento para tocar aquella preciosa prenda de nuestra redencion, conservándose siempre dentro de la caxa ó del estuche de plata en que la habia mandado cerrar santa Elena sin que toda la codicia de Cosroas se atreviese nunca á aprovecharse de élla por respeto á aquella inestimable reliquia. Segunda vez le pidió Heráclio la paz, sujetándose á las mas indecentes condiciones; pero el soberbio Persa, hinchado con sus victorias, especialmente desde que el general Sarbazara, uno de los mas acreditados

de sus tropas, se habia apoderado de Calcedonia, cuya plaza se consideraba como arrabal de Constantinopla, respondió á los embaxadores de Heráclio que le concederia la paz, con la precisa condicion de que el Emperador y todos sus vasallos cristianos habian de renunciar á Jesucristo, y no habian de reconocer ni adorar otro Dios que al sol, único dios de los persas. Horrorizándose los cristianos al oir tan impía proposicion, y animado de una justa indignacion el emperador Heráclio, declaró á presencia de todos sus oficiales que estaba pronto á derramar hasta la última gota de su sangre para vengar tan sacrílega como bárbara insolencia. El clero secular, los monasterios religiosos y todos los cristianos ofrecieron al Emperador bizarramente sus bienes para una guerra tan justa, considerándola ya como guerra de religion; y ajustando Heráclio la paz con el Can de los avaros, que le atacaba por un lado de la Tracia, se puso á la frente de sus tropas, y marchó derecho á Persia. Estando ya á vista del exército enemigo, tomó en la mano una milagrosa imágen del Hijo de Dios; corrió con élla las líneas, acordando á sus soldados que iban á pelear por Jesucristo, y que así debian poner su confianza en el poderoso auxîlio del Señor Dios de los exércitos. No les engañó esta confianza; dióse la batalla; y los persas, aunque muy superiores en número, y tan acostumbrados á vencer, fueron enteramente derrotados. La campaña siguiente aún fue mucho mas gloriosa á los cristianos; batió el Emperador á los persas en muchas ocasiones, y obligó á Cosroas á abandonar la ciudad de Gazac, donde estaba el célebre templo del Fuego. Habiendo entrado Heráclio en la ciudad, halló en el palacio la estátua de Cosroas sentada debaxo de una especie de media naranja que representaba el cielo. Al rededor de la estátua se descubrian el sol, la luna y las estrellas, como tambien algunos ángeles que estaban en pie con cetros de oro en las manos. Mandó el Emperador poner fuego á este palacio, á este templo y á toda la ciudad; de donde prosiguiendo en sus conquistas, entró en la Albania, y allí, movido de compasion, dió libertad á cincuenta mil prisioneros que llevaba consigo, y en breve tiempo se apoderó de muchas provincias.

Mientras Heráclio adelantaba sus conquistas en el pais

enemigo, estaba sitiada Constantinopla por los avaros que habian roto la paz; y por los persas que se mantenian en Calcedonia; pero acudiendo los sitiados en aquella extremidad á la santísima Vírgen, fueron oidas sus oraciones. El exército de los bárbaros pereció, introduciéndose en él una especie de contagio; y fatigados por otra parte con las contínuas y vigorosas salidas de la guarnicion, levantaron el sitio. Viendo el Emperador que el cielo se declaraba visiblemente en su favor, marchó á buscar á Cosroas aunque fuese en el mismo centro de la Persia. Tardó muy poco en encontrarle; al principio como que se acobardaron los cristianos á vista de la superioridad del exército enemigo; pero Heráclio los animó, llevando siempre en la mano la imágen de Jesucristo: *Ea*, *hijos*, los dixo en breves razones, *por Dios combatimos*; *cada uno de vosotros vencerá á mil.* Con efecto, vinieron á las manos los dos exércitos: Cosroas fue enteramente derrotado, sus tropas hechas pedazos, todos sus oficiales prisioneros, y él mismo obligado á salvar la vida con la fuga. Hízose tan odioso el bárbaro Rey á todos sus vasallos, que le abandonaron; y aunque habia intentado desheredar á Syroes, su hijo primogénito, para colocar en el trono al segundo, fue proclamado rey, y mandó quitar la vida inhumanamente á su padre dentro de la prision, disponiendo que le hiciesen morir á saetazos por espacio de cinco dias, para que fuese mas cruel y mas prolongada su muerte. Pidió despues la paz á Heráclio, dexando á su arbitrio las condiciones, y siendo la principal que restituiria la preciosa Cruz del Salvador que habia catorce años estaba en poder de los persas dentro de la ciudad de Cresifon, y que pondria en libertad al patriarca Zacarías con todos los demas cautivos cristianos. Aceptó Syroes todas estas condiciones, y el sagrado tesoro fue primero llevado en triunfo á Constantinopla, saliendo á recibirle todo el pueblo con ramos de olivas y velas encendidas, entonando himnos y cánticos. Salió del poder de los persas la Cruz del Salvador el año de 628.

El siguiente 629 se embarcó el emperador Heráclio para restituirla á Jerusalen, y dar gracias al Señor por sus victorias. Fácilmente se puede imaginar el concurso y el gozo de los fieles cuando vieron que volvia á Jerusa-

len aquel sagrado madero, trono adorable de las misericordias del Salvador del mundo. Concurrieron á la santa ciudad de todas partes. El clero y el pueblo le salieron al camino, ansiosos y apresurados todos por honrar el triunfo de la verdadera Cruz, que por decirlo así, acababa de triunfar de los mas mortales enemigos del cristianismo. Quiso el mismo Emperador llevar hasta el calvario aquella sagrada carga, vestido de las mas ricas y mas magníficas galas imperiales. Precedido del clero, acompañado del Patriarca, rodeado de los grandes de su córte, y en medio de una inmensa multitud de pueblo, cargó sobre sus hombros la sagrada Cruz; pero llegando á la puerta que sale al Calvario, quedó extrañamenta atónito, sintiéndose inmoble; y viendo que no podia dar un paso, asombráronse todos á vista de aquel portento; pero el Patriarca descubrió luego la verdadera causa. *Considera, Señor*, dixo con respeto al Emperador, *si quizá esa púrpura imperial y esas pomposas galas que os adornan son menos conformes al pobre y abatido trage con que Jesucristo llevó esa misma Cruz, y salió por esta misma puerta para subir al monte Calvario.* Penetró inmediatamente el Emperador el verdadero significado de aquellas palabras, y movido de su peso, se desnudó al punto de sus vestidos imperiales, descalzó los pies, y cubierto de una humilde túnica, descubierta la cabeza y despojado de toda insignia imperial, caminó sin dificultad hasta el Calvario; colocó en su lugar el sagrado madero, y rogó al Patriarca que sacándole de la caxa ó del estuche, se le mostrase á todo el pueblo. Reconoció el Patriarca los sellos que estaban intactos y enteros; abrió el estuche de plata con la llave que se guardaba en el tesoro; y habiéndola adorado, dió con élla la bendicion á los fieles; volvióla á cerrar y á colocar en el mismo sitio de donde catorce años antes la habian sacado los persas. Quiso Dios exâltar la gloria de este precioso instrumento de nuestra redencion con pompa tan augusta, acompañada de muchos milagros, en el dia 14 de septiembre del año de 629. Regaló despues el Emperador á la iglesia de Jerusalen con dones preciosísimos para borrarla hasta la memoria de las calamidades pasadas; reparó los santos lugares; restituyó en sus dignidades al Patriarca y á los demas ministros

de la iglesia, dexando en todas partes ilustres monumentos de su insigne piedad.

Con el tiempo se ordenó que todos los años se celebrase una solemne fiesta en memoria de esta gloriosa restitucion, la que fue muy célebre, con especialidad en el Oriente, y aquel dia concurrian peregrinos á Jerusalen de todas las partes del mundo.

Pero se debe advertir que mucho tiempo antes de este suceso, así en la Iglesia griega como en la latina se celebraba una fiesta con nombre de la *Exâltacion de la santa Cruz* en el mismo dia 14 de septiembre, y era en memoria de aquellas palabras de Cristo hablando de su muerte: Cuando sea exâltado de la tierra atraeré á mí todas las cosas: *Cum exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum* (Joann. 12.). Luego que levantáreis al Hijo del hombre conoceréis quién soy yo: *Cum exaltaveritis Filium hominis, tunc cognoscetis quia ego sum.* (Joannes 8.). El cardenal Baronio dice que fue exâltada la Cruz en tiempo del emperador Constantino el Grande cuando se dió libertad á los cristianos para predicar el evangelio y para erigir iglesias públicas. Tambien se llamó la Exâltacion de la santa Cruz aquella solemnidad que con tanta magnificencia y con tanto aparato se celebró en Jerusalen cuando la emperatriz santa Elena encontró el verdadero leño de nuestra redencion, y le mandó colocar en la magnífica iglesia que á su costa se edificó en el Calvario, celebrando desde entonces la Iglesia griega y latina una solemne fiesta en el dia 14 de septiembre con el título de Exâltacion de la Cruz. Hace mencion de esta fiesta el Sacramentario de san Gregorio; el P. Canisio cita las palabras que la anuncia el Menelogio de los griegos: *Exaltatio pretiosæ et vivificæ Crucis sub imperatore Constantino Magno.* La Exâltacion de la preciosa y vivífica Cruz en tiempo del emperador Constantino el Grande. El autor de la vida de san Eutiques, patriarca de Constantinopla, que fue su contemporáneo, refiere que mucho tiempo antes del emperador Heráclio, volviendo el santo Patriarca de su destierro por órden de los emperadores Justino y Tiberio, pasó por un monasterio donde el dia 14 de septiembre celebró con mucha solemnidad la fiesta de la Exâltacion de la santa Cruz:

Postquam salutifer etiam Crucis memoriam die quartadecima mensis septembris splendide celebravimus, monasterio benedixit. Leoncio, obispo de Nápoles, en la isla de Chipre, escribiendo la vida de san Simeon, por sobrenombre Salus, habla de la fiesta de la Exâltacion de la santa Cruz, la cual se celebraba con grande solemnidad y mucho concurso de fieles, como cosa establecida largo tiempo antes del imperio de Heráclio: *Tempore Justiniani*, dice, *cum accederent ii qui Christi erant amantes, et pro more sancta Christi loca cupiebant adorare, quæ sunt in sancta civitate, in Exaltatione pretiosæ et vivificæ Crucis; norunt autem omnes, qui illic adesse consuevere in hoc sancto, et omnibus laudibus celebrando festo, quod ex universo orbe terrarum multitudo populorum, quæ Crucem et Christum diligit, &c.* Así, pues, parece muy probable que el emperador Heráclio muy de intento escogió el dia 14 de septiembre para restituir la santa Cruz al mismo lugar de donde catorce años antes la habian sacado los persas como dia consagrado ya muy de antemano á la Exâltacion de la santa Cruz; y que por la devocion y por la grande confianza que siempre tuvo en élla el emperador Constantino, se determinaron los sumos pontífices á instituir esta fiesta particular.

La misa es en honor de la santa Cruz, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos hodierna die Exaltatione sanctæ Crucis solemnitate lætificas; præsta, quæsumus, ut cujus misterium in terra cognovimus, ejus redemptionis præmia in cælo mereamur: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año en este dia nos renuevas el motivo de alegría en la solemnidad de la Exâltacion de la santa Cruz; suplicámoste nos concedas que así como hemos conocido el misterio en la tierra, así tambien recibamos en el cielo el premio y los frutos de la redencion que vuestro hijo Jesucristo obró en élla: Por el mismo Señor nuestro Jesucristo...

La epístola es del cap. 2. del apóstol san Pablo á los filipenses.

Fratres: Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu, qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo, sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo. Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in nomine Jesu omne genuflectatur cœlestium, terrestrium, et infernorum, et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.

Hermanos: Tened entre vosotros los mismos sentimientos que (fueron) en Cristo Jesus, el cual siendo Dios en la substancia, no juzgó usurpacion el que su sér fuese igual á Dios, sino que se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo; hecho semejante á los hombres, y reconocido por hombre en la condicion, se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual tambien Dios le ensalzó, y le dió un nombre que es sobre todo nombre: para que en el nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

NOTA.

»Hallándose san Pablo en Filipos, colonia romana, »desde luego convirtió á muchos á la fe de Jesucristo. »Prendiéronle los magistrados á él y á Silas, y á entrambos los mandaron azotar con varas. Sucedió la noche siguiente un terremoto con que se estremeció toda la ciudad, y los magistrados los pusieron en libertad. El Apóstol conservó siempre particular amor á los de Filipos; y »estando en Roma, los escribió esta admirable carta, »dándoles gracias por las limosnas que le habian enviado.

REFLEXIONES.

Seguid las mismas máximas que Jesucristo siguió. ¿Estas palabras del Apóstol hablan por ventura solamente con los filipenses? ¿y qué razon habrá para que el resto de los cristianos se consideren exêntos de tan saludable leccion? ¿somos acaso nosotros menos discípulos del Salvador que aquellos á quienes se dirigió esta epístola? Pero

si pretendemos salvarnos, si deseamos ser verdaderamente cristianos, ¿podemos ni debemos pensar de otra manera que como Cristo pensó? ¿podemos ni debemos admitir otras máxîmas ni otros principios? Sobre solo dos gira toda nuestra religion; sobre el moral y sobre el dogma; es decir, sobre lo que debemos creer, y sobre lo que debemos obrar. Es preciso creer todas las verdades de la fe; pero es indispensable vivir constantemente segun todas las reglas del moral cristiano. Seguir el moral de Jesucristo sin tener fe es una quimera. Creer todo lo que la fe nos enseña, y no vivir segun las máxîmas del evangelio, es una insigne locura, acompañada de una irreligiosa impiedad. Porque á la verdad, si se cree todo lo que nos enseña la religion: amor de un Dios infinito, que infinitamente nos ama, que nos previene con un amor infinitamente tierno, benéfico, incomprensible; la Encarnacion del Verbo, misterio en que se confunde y se pierde todo entendimiento criado; vida de un Hombre-Dios, pobre, desconocido; trabajos extremos, muerte dolorosa y afrentosa de Jesucristo; redencion sobreabundante de todos los hombres, sin que ni uno solo fuese excluido de élla; feliz y bienaventurada eternidad, patria celestial, centro de todos los bienes, única herencia nuestra; milagro contínuo del extremado amor de Jesucristo y de su presencia real en la Eucaristía, nuestro dulce consuelo y manantial inagotable de nuestra confianza; juicio terrible sobre la conformidad de nuestra vida con la regla suprema de las costumbres, y con la inalterable verdad del evangelio; dificultades multiplicadas en el único negocio que tenemos, que es el de nuestra salvacion; máxîmas del mundo esencialmente opuestas á la única regla de las costumbres; espíritu del mundo extremamente contrario al espíritu de Jesucristo, vida mortificada, vida penosa, vida pura, vida penitente para que pueda ser y se pueda llamar vida cristiana; este es el compendio de nuestra fe. Dudar de un solo artículo en esta materia es ser infiel. Máxîmas del evangelio, moral inalterable de Jesucristo; tener otra regla de vida, es condenarse, es ser réprobo, es ser desdichado, y enteramente perderse. Estas son las máxîmas de Jesucristo; ¿pero son estas las nuestras? Esos grandes del mundo, esos hombres de negocios, esas almas

enteramente carnales, esas mugeres terca y obstinadamente mundanas, ¿entran en estas máxîmas? ¿estudian esta soberana, esta única regla de costumbres? ¿y son verdaderamente fieles todos los que el dia de hoy tienen el nombre de cristianos? Esas personas esclavas de sus pasiones, tristes víctimas del mundo; esos idólatras de los placeres, que pasan toda la vida en la enemistad de Dios y en su desgracia; esos cristianos de nombre, oprobio del cristianismo; porque *muchos*, como decia san Pablo á los filipenses (*cap.* 3.), y con mas razon lo podemos decir el dia de hoy, *muchos siguen otro camino muy diferente que el camino del evangelio. Y éstos son aquellos mismos de quienes os decia antes, y lo repito ahora con las lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Jesucristo, cuyo fin es la muerte eterna, cuyo Dios es su vientre, que hacen vanidad de lo mismo que los deshonra, y que solo toman gusto á las cosas de la tierra.* Todos aquellos que son originales de este retrato (¡y cuántos lo son son, santo Dios!), ¿se gobiernan por las máxîmas del evangelio? ¿y estos tales tendrán buenos fundamentos para esperar un dichoso fin? ¡O mi Dios, y qué prueba tan palpable es la conducta de la mayor parte de los hombres de que es muy corto el número de los escogidos!

El evangelio es del cap. 12. *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus turbis judæorum: Nunc judicium est mundi: nunc princeps hujus mundi ejicietur foras. Et ego si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum. (Hoc autem dicebat, significans qua morte esset moriturus.) Respondit ei turba: Nos audivimus ex lege quia Christus manet in æternum: et quomodo, tu dicis. Oportet exaltari Filium hominis: Quis est iste Filius hominis? Dixit ergo eis Jesus: Adhuc modicùm lumen in vobis est. Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebræ com-

En aquel tiempo dixo Jesus á las turbas de los judíos: Ahora se hace el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando sea levantado de la tierra, lo traeré todo á mí (Y esto lo decia para significar de qué muerte habia de morir.). Respondióle la turba: Nosotros hemos entendido de la ley que el Cristo vive eternamente; ¿cómo dices tú, pues, conviene que el Hijo del hombre sea levantado de la tierra? ¿Quién es este Hijo del hombre? Jesus, pues, les dixo: Tovía está con vosotros la luz por po-

prehendant: et qui ambulat in tenebris, nescit quo vadat. Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis.

co tiempo. Caminad mientras teneis luz para que no os sorprendan las tinieblas; y el que camina en tinieblas no sabe adonde va. Mientras teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de la luz.

MEDITACION.

Del amor de los trabajos y cruces.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es bien digno de admiracion el poco amor que se tiene á las cruces y á los trabajos despues de habernos enseñado Jesucristo los grandes tesoros que se encierran en éllos. Bien se puede decir que son aquella piedra preciosa que por comprarla y poseerla vende todo cuanto tiene el que conoce lo que vale. Es un tesoro escondido que hace ricos y felices á los que tienen la dicha de encontrarle. Bienaventurados los que lloran, dichosos los que padecen, felices los que pasan la vida entre contradicciones y adversidades, dice el Salvador del mundo. No se engañó el Hijo de Dios cuando nos dió estas lecciones, cuando pronunció estos oráculos. Lleno está el evangelio de estas verdades; todo nos predica lo que vale la cruz; la necesidad de las cruces, la incomprensible dulzura de las frutos de la cruz; ademas del exemplo de Jesucristo tenemos tambien el de los santos. Todos amaron las cruces; muchos dieron ó abandonaron todos sus bienes por encontrar este campo fértil en abrojos y todo cubierto de espinas. A no pocos se les vió pedir á Dios ó morir ó padecer, deseando la vida precisamente para tener mas que sufrir. A ótros se les oyó exclamar: Alargadnos, Señor, la vida, pero prolongad los trabajos. En fin, no faltaron algunos que no contentos con éstos, pidieron al Señor que se los sazonase con los abatimientos y con los desprecios: *Pati et contemni pro te.* Este fue el sentir de los santos en órden á las cruces. ¡Cuánta diferencia hay, buen Dios, de su opinion á la nuestra! Se tienen por desgracias las adversidades, se hace cuanto se puede por evi-

tarlas, y se huye de éllas como de infortunios y de contratiempos. ¿Pero de dónde nace este disgusto y aun este horror con que se miran las cruces? No de otro principio que de nuestra poca fe, de nuestro poco amor de Dios y del imperio que tiene el amor propio en nuestros corazones. Tiénese una fe titubeante, una fe lánguida, una fe muerta ó moribunda: esto nos impide comprender bien los oráculos de Jesucristo, y penetrar todo su misterio. Ámase á Dios especulativamente, y de aquí nace el poco valor para imitarle y para seguirle. Cada cual se ama á sí mismo; es vil esclavo de sus pasiones; nada mas que un hombre enteramente carnal; hace poco papel; puede muy poco la religion ni en nuestro entendimiento, ni en nuestro corazon; solo se defiere el dictámen de los sentidos, solo se consulta al amor propio. Esta es toda la razon por qué no se aman las cruces. Pero si la cruz es el único camino que guia derecho al cielo; si fue conveniente que el mismo Salvador padeciese para entrar en la gloria, ¿sus verdaderos siervos y los que se precian de discípulos suyos entran en élla por otro camino?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que solamente dexan de amar la cruz aquellos que no han gustado sus frutos. El nombre solo de cruz espanta; ¿pero á quiénes? á los hombres del mundo, criados y sumergidos en gustos y diversiones; á los esclavos de las pasiones y de los sentidos; á esas gentes enteramente entregadas á la delicadeza y al regalo. Estos son los que claman contra las cruces; los que se estremecen solo con oir hablar de éllas. Pero *gustate et videte*, dice el Profeta; gustad primero los frutos, y despues podreis hacer juicio de si os debeis gobernar por la corteza; entonces vereis si es verdad que en las adversidades solo se encuentra dolor, tristeza y amargura. Aquellos que los gustaron saben por una dichosa experiencia que esas aparentes amarguras estan sazonadas de dulcísimos consuelos. Es verdad que los sentidos, por decirlo así, estan en desgracia; que el natural gime oprimido; que el amor propio padece extraños suplicios; pero qué, ¿no se toma en cuenta aquella virtud omnipotente, aquella suavísima uncion de la divina gracia, en fuerza de la cual se encuen-

trá un exquisito consuelo, un gusto particular en todo aquello que sujeta al amor propio y mortifica los sentidos? ¿no se toma en cuenta aquel suavísimo gozo que se experimenta en vestir la librea de Jesucristo, en ser tratado como hijo de la casa, y no còmo esclavo? ¿no se toma en cuenta aquella seguridad que se tiene de morir con alegría cuando se vivió con aflicciones, y se tuvo cuidado de santificar las cruces y los trabajos? Bien se puede decir que en el penoso exercicio de éstos se experimenta una cosa muy parecida á la que se notaba en el martirio de aquellos héroes cristianos, cuya memoria nos es de tanta veneracion. ¿Te persuades por ventura á que los dexó Dios abandonados á toda la viveza del dolor, á todo el rigor de los tormentos, á toda la rabia y á todo el furor de los tiranos? ¿Pero quién jamás hubiera podido naturalmente resistir á aquella infinita multitud de crueldades y de barbaridad que inventó el infierno para atormentar á los cristianos? Aquel gran Dios, que permitia que sus fieles y queridos siervos fuesen tan atormentados, sabia muy bien recompensarlos, endulzándolos sus tormentos y sus penas. Veíanse muchas personas jóvenes, tiernas y delicadas hacer burla de los tormentos y rebosar su alegría en medio de los mas bárbaros suplicios. Veíanse hombres, mugeres y viejos triunfar de gozo, y sentir en lo interior de sus almas un consuelo que, por decirlo así, encantaba toda la vivacidad de los suplicios que se executaban en sus cuerpos. Los mismos paganos que ignoraban el misterio estaban aturdidos, y atribuian á encantamiento lo que era efecto de la gracia del Redentor y de la omnipotencia de nuestro Dios. Es verdad que tambien la gracia tiene sus encantos, pero muy diferentes de los que usa el demonio. Pues esto mismo, poco mas ó menos, sucede tambien hoy con los que viven entre trabajos y cruces. Cuida Dios de aligerar el peso, de endulzar la amargura y de embotar las puntas. Con razon se puede decir que las adversidades, las cruces, las aflicciones, la pobreza y las desgracias sucedieron en el cristianismo á las persecuciones de los tiranos. Es cierta especie de martirio sordo la vida de los que viven en cruz; pero no por eso obra Dios menos milagros en éllos; no se oponen menos á la naturaleza y á los sentidos los trabajos y las adversidades, que las ho-

gueras y los cadahalsos; pero tampoco es menor el cuidado y la bondad de Dios con los atribulados de nuestros dias, que con los mártires de otros tiempos. Amemos las cruces, y en las cruces hallarémos nuestras delicias.

Haced, Señor, que yo comprenda bien este misterio, y que haga por mí mismo la experiencia. Dadme este amor santo de la cruz, y tendré infaliblemente el vuestro. Nunca podré amar la cruz sin amar al que estuvo enclavado en élla.

JACULATORIAS.

Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. Gal. 6.

No permita Dios que me glorie de otra cosa que de la cruz de mi Señor Jesucristo.

Placeo mihi in infirmitatibus, in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustiis pro Christo. 2. Cor. 12.

Sí, Señor, toda mi alegría la coloco en las aflicciones, en los oprobios, en las miserias, en las persecuciones y en los gustos que padezco por amor de Jesucristo.

PROPOSITOS.

Muchos halla Jesus el dia de hoy, dice el autor del libro de la Imitacion de Cristo, que suspiran por su reyno celestial; pero muy poquitos que quieran llevar su cruz. Muchos desean los consuelos, pero á pocos agradan los trabajos. Muchos desean tener parte en sus gozos, pero pocos son tan generosos que quieran participar de sus tormentos. Muchos le siguen á la mesa hasta partir el pan; pero pocos hasta beber el caliz de su pasion. Muchos le aman cuando estan contentos y cuando derrama sobre éllos sus bendiciones; pero á poco que los aflija se dexan llevar del abatimiento y de la tristeza. No seas tú de esos siervos cobardes é interesados. No puedes amar á Cristo crucificado, si no amas tambien la cruz. Nunca pongas los ojos en tu crucifixo sin oir la exhortacion que te hace á que le imites en sus tormentos. En todas partes se tiene á la vista el crucifixo, en el oratorio, en frente de la cama, en el altar, y con todo eso este sagrado objeto hace poca impresion en los que le miran. Sea en adelante el

crucifixo tu director y tu maestro. Ama la cruz, y amarás á Jesucristo crucificado.

2 En todas partes nacen las cruces hasta en el mismo trono. No pretendas arrancarlas, sino hacerlas meritorias. Acuérdate que siempre son efecto de la misericordia y de la bondad de tu Dios. En sucediéndote algun trabajo no dexes de darle gracias inmediatamente con alguna breve oracion, aunque no sea mas que con un *Gloria Patri*. Nunca tengas otro lenguage con tus amigos, con tus hijos y con tus criados. Inspira á todos el amor á las cruces, singularmente con tu mismo exemplo.

DOMINICA III. DE SEPTIEMBRE.

Los Dolores de María santísima.

Una de las cualidades que mas ennoblecen á España, y que ensalzan su mérito con las mas grandes naciones del mundo es, ademas de su catolicismo, la tierna devocion que siempre ha manifestado á la Reyna de los ángeles. La feliz situacion de que goza esta Península, la fecundidad de su terreno, la amenidad de sus valles, la frescura de sus montes y la riqueza de sus minas, que en tantas ocasiones han sido el objeto de la avaricia de las naciones guerreras, todo es menos que el tener en su seno unas criaturas racionales, que reconocidas á su Criador, adoran sus sábias disposiciones, profesan el evangelio que predicaron los apóstoles, y ponen sus mayores esmeros en celebrar las grandezas de aquella Vírgen dichosa que tuvo en su vientre al unigénito de Dios. España, como las demas naciones, ha celebrado siempre los misterios de la santa Vírgen, adelantándose á muchas de éllas á proporcion que ha sido mayor la santidad de los prelados que la han gobernado, y mayores las causas que la Reyna de los ángeles les ha dado para manifestarse agradecidos. Cuando no tuviese multiplicados testimonios de esta verdad en todas las iglesias, bastaria un san Ildefonso, arzobispo de Toledo, para autorizarla; sus obras manifiestan el grado

de devocion y de ternura que tenia este santo Prelado para con la santa Vírgen; y asímismo manifiesta la historia de su vida cuán bien se lo pagó la Señora, dignándose de baxar del cielo á ponerle con sus manos una sagrada vestidura.

Sin embargo de la multiplicidad de fiestas que tiene la Iglesia de España dedicadas á la Madre de su Dios, con la circunstancia de haber tenido muchas de éllas en esta region su principio; sin embargo de la solemnidad y pompa con que se celebran infinitos octavarios á todos sus misterios; sin embargo, en fin, de que no hay ciudad, pueblo ni aldea en que no haya alguna imágen dolorosa de la Reyna de los ángeles que sea venerada con especial devocion; con todo eso parece que el espíritu de esta nacion piadosa, reunido en el corazon de sus católicos monarcas no encontraba todavía todo el desahogo que requeria su amor y su devocion fervorosa. Consideraban los españoles los dolores de la Vírgen en el tiempo en que toda la Iglesia estaba anegada en lágrimas por la representacion de los de su santísimo Hijo. Deseaba por tanto, queriéndose entregar únicamente á la contemplacion de las acerbísimas penas que traspasaron el corazon de María al tiempo que los pérfidos judíos consumaron el mas atroz de sus delitos en el Calvario, que los dolores de María tuviesen una festividad particular en tiempo mas desocupado. El animoso rey Felipe V., que juntaba á un mismo tiempo todas las cualidades de un valeroso soldado con las de un cristiano piadoso, se encargó de solicitar de la Silla apostólica la consecucion de esta gracia. Propúsose por modelo el fervor de la religion de los siervos de María, cuya devocion en celebrar los dolores de esta soberana Reyna es bien notoria por todo el mundo cristiano. Sus preces tuvieron todo el efecto deseado; pues habiendo precedido el parecer favorable de la sagrada Congregacion de Ritos, dado á 17 de septiembre de 1735, nuestro santísimo padre Clemente XII. concedió el dia 20 del mismo mes y año este consuelo á toda la Iglesia de España. En consecuencia deben ocuparse los fieles este dia en la devota consideracion de los dolores de la Reyna de los ángeles, teniendo presentes los testimonios de la santa Escritura que los comprueban, los dichos de los santos

padres que los testifican, y las consideraciones de los varones piadosos que los ponderan.

En dos distintos lugares de las sagradas Escrituras se hace mencion de las acerbas penas que afligiéron el inocente corazon de la santa Virgen. El primero en el capítulo segundo de san Lucas, y el segundo en el diez y nueve de san Juan. El primero contiene una profecía del santo anciano Simeon, en que la certificaba, que su alma habia de ser traspasada con un cuchillo, y en este instante la santa Vírgen, que sabia muy bien las Escrituras, vió á un golpe de vista los terribles tormentos que habia de padecer su hijo, y las acerbas penas que habian de resonar en su corazon. En aquel punto se la representaron las pinturas horrorosas que hace Isaías de Jesucristo paciente. Ya le veía humillado, escupido, abofeteado, y sin figura de hombre: otras veces se le representaba como un manso cordero, que sin abrir su boca iba á ser sacrificado por los pecados del mundo. En aquel instante pudo exclamar con Jeremías: Ved, Señor, la tribulacion que padezco: mi corazon se ha trastornado dentro del pecho, porque estoy llena de amargura. Pero todo esto era inferior al dolor que padeció despues en la pasion sangrienta de su hijo, cuanto va de la imaginacion á la verdad. Así los dolores de María, asistiendo á la cruz de su Hijo paciente, tienen el aspecto mas terrible que pueden tener, y así nos la representó san Juan. Este sagrado Evangelista, exâctísimo en referir las menudencias de la pasion de su Maestro, llega á hablar del tormento que al mismo tiempo padecía su madre, y se contenta con decir solamente, que al tiempo de morir su hijo estaba junto á la cruz. Pero en esto mismo se contiene tanta materia para considerar la intension de los dolores de María, que apenas ha habido escritor piadoso que haya podido apurar en sus escritos todo el amargo cáliz que bebió entónces la Señora. Sin duda sus dolores en esta ocasion exceden la comprension del entendimiento humano, y solamente se pueden llegar á percibir con algunas consideraciones piadosas.

Aunque no fixemos, pues, la consideracion en aquel encuentro doloroso, que consideran los contemplativos, y afirma algun otro padre: aunque no pensemos sobre el

terrible dolor que penetró el corazon virginal cuando vió entre inmensas tropas de gentes al bendito Jesus llevar sobre sus hombros, hecho un Isaac verdadero, el leño donde habia de ser sacrificado; aunque apartemos los ojos del quebranto que padeció, cuando cumpliéndose una profecía, vió al sol de justicia cubierto de negras sombras, y convertida en sangre la luna llena de gracia y de amargura; solamente con mirarla en la cima del monte sagrado y verdadero collado de María, basta para conocer el mar de penas, la tempestad furiosa que combate su espíritu, y casi la sumerge en el profundo. Discúrrase una por una por cuantas penas sufriéron los mártires; considérense la espada de un Pablo, los leones de un Ignacio, las parrillas de un Lorenzo, las ruedas, los potros, las cruces, la escarnificacion y muerte de un Vicente, de una Eulalia, de un Justo y Pástor, y se hallará, que todos sus tormentos son en comparacion de los de María lo que una hoja en un monte, una gota de agua en el mar, una arena en la tierra, y un átomo pequeño comparado con el inmenso espacio del globo celeste. Aquella magnanimidad y fortaleza con que quiere ver morir á su Ismael, no debaxo del árbol, sino pendiente de él ante los ojos del universo, despedazan sus entrañas con instrumentos mas crueles que el fuego, el potro y el cuchillo. Su misma fortaleza la hace penetrar á todo riesgo la guardia de los soldados hasta llegar al funesto teatro donde se representó la mas horrible tragedia que imaginaron jamás la crueldad, la envidia, la ingratitud y el despecho. En esta situacion pudiera reconvenírsela á la Señora con aquellas palabras del real Profeta, que dicen: *Acordáos de que el hombre enemigo ha desafiado con osadía á su Señor, y ha determinado á fuerza de improperios irritar su santo nombre; pero el amor de María es magnánimo y mas poderoso que la misma muerte.* Ninguna reconvencion será capaz de hacer que perdone dolor alguno á su inocente corazon. Puesta en el monte de mirra, prueba y apura todo el cáliz y amargura que la está preparado. No rehusa los dolores, ántes bien padece con su hijo para beneficio del género humano.

Ya ve con sus mismos ojos á unas manos atrevidas, que asiendo de las ropas teñidas en sangre, despojan al

inocente Jesus: ya ve que con una rabiosa furia le quitan la túnica inconsutil, obra de sus manos virginales, y que renovando las llagas de su sagrado cuerpo y cabeza, comienzan á correr de nuevo arroyos de sangre por su divino rostro: ya en fin aparece Jesucristo desnudo, sin mas auxîlio para la decencia que la que tiene el hombre por sí mismo cuando acaba de salir de las manos de la naturaleza, como dice san Ambrosio. Y la madre de honestidad y de pureza, cuyos ojos castísimos infundian decencia, penetrando sus miradas los secretos senos de las almas: aquella que entre todas las mugeres fue la primera que dió á la virginidad un precio inestimable y casi infinito, ¡cómo tendria su corazon, viendo á su hijo vírgen de los vírgenes en una desnudez tan afrentosa, y á la vista de tan innumerable multitud de gentes! Si el temor de la desnudez puede tanto en unos pechos virginales, aunque gentiles, que él solo bastó para contener los horrendos suicidios que maquinaba la furia de un frenesí en las doncellas de Samos, ¿cuánto sentimiento causaría en el espíritu de la Vírgen purísima ver á su Hijo desnudo, y que este oprobio era celebrado con risas desmesuradas, y baldonado con improperios y blasfemias? Clavados sus hermosos ojos en el endurecido cielo estaría suspenso su espíritu, admirando los inescrutables consejos y adorables fines de la justicia del Eterno Padre. ¡Suspension dichosa, si la furia de los hombres permitiera continuarla! Pero ya oye el ruido de los martillos, y percibe como están clavando á su Hijo en el madero de la cruz. Suenan en sus oidos los chasquidos con que crugen los huesos del pecho sacratísimo al tiempo que entre inefables dolores se descoyuntan. Ya ve que conmoviéndose el pueblo, alzándose una extraña gritería, levantaban en alto la cruz para dexarla fixa en el suelo. ¡Qué dolor tan agudo el de la benditísima Vírgen en este punto! ¡qué tormento el suyo cuando vió que clavado Jesus al madero, y moviéndose del uno al otro lado, se desgarraban mas y mas las sangrientas heridas! ¡qué sentimiento al ver caer hilo á hilo la sangre divina sobre las piedras del Calvario, y aun sobre los mismos que le crucificaban, cuyos pecados estaba lavando con élla! ¡qué angustia en fin la de aquel inocentísimo corazon cuan-

do vió ya á Jesus cubierto de oprobios, y hecho el varon de dolores, como tenia profetizado Isaías! Su corazon quedó trastornado de dolor: la espada de su hijo la atravesaba el alma en lo exterior, y dentro de su espíritu estaba la imágen de la misma muerte. *Subversum est cor meum in me metipsa, quoniam amaritudine plena sum, foris interficit gladius, et domi mors similis est.*

Nada hay ya en toda la naturaleza que pueda dar consolacion á la afligida Señora. Si fixa los ojos en la tierra, ve los copiosos arroyos de sangre que manan de las heridas del Crucificado: si quiere levantarlos al cielo, se estrellan inmediatamente con su lastimado hijo; si mira á la multitud de chusma que puebla el Calvario, sus risas y sus blasfemias atormentan los ojos y los oidos; y si se para á contemplar, se le ofrecen uno por uno los miembros dilacerados de Jesus, en que no ve mas que salivas asquerosas, palidez, cardenales, heridas, sangre, horror y muerte. Su alma misma la sirve de tirano, porque la memoria la acuerda los inmensos beneficios que pagan ahora los ingratos hombres con una afrentosa muerte: su entendimiento la representa la suma inocencia de Jesucristo, y la infinita injusticia con que los hombres le han condenado: la hace conocer que es verdadero Dios, que descendió del Eterno Padre, con quien es una substancia, y la misma santidad por esencia. Y ve que este inocente, este bienhechor, este Rey de reyes, este Señor de todo lo visible é invisible, este Dios omnipotente, eterno é inmortal es tratado como loco, embaucador, revoltoso, tirano, y mas facineroso que los mas depravados hijos de las tinieblas. Ve el resplandor de la luz eterna trocado en negras sombras de oprobios. Ve la Sabiduría infinita tratada de necedad é ignorancia: la comida de los ángeles convertida en hieles y mirra; el poderoso que se ciñe la espada de su virtud sobre su muslo, abatido y derrocado á los pies de la hez del pueblo; el Esposo todo hermosísimo sobre los hijos de los hombres, amabilísimo sobre el amor mas encendido y abrasado, y dulcísimo mas que el panal de miel formado en el monte de los Líbanos, afeado, despreciado, escupido, y hecho el oprobio y la fábula de la malignidad y el despecho. ¡Y esto con qué inhumanidad! ¡con qué afren-

ta! ¡con qué escándalo de los cielos y de la tierra! hasta dexar el cuerpo de Jesucristo sin sanidad y sin figura de hombre: hasta hartar una hambre infinita de padecer, y hacer rebosar los oprobios, segun la frase de un oráculo divino: *Saturabitur opprobriis.*

Todos estos tormentos, todos estos dolores los padecia María en calidad de madre, y madre la mas tierna y sensible que puede imaginarse. Esta cualidad hace sus dolores de una esfera tan superior, que apenas cabe en el humano entendimiento, porque constituye al amor por uno de los principales agentes de su pena y amargura. El mismo Dios caracteriza en las santas Escrituras el amor maternal por superior á todos los amores, segun la expresion del Espíritu santo: es el hipérbole del dolor el que padece una madre por la muerte de su hijo unigénito: y de esta verdad hay testimonios repetidos en las sagradas y profanas historias. Jacob llora sin consuelo á su desgraciado José: Resfa no puede ver perecer delante de sus ojos el fruto de sus entrañas: David puebla los ayres de voces lastimeras y gemidos por su hijo Absalon: Pompeya Tiburnia ve las ropas de su hijo teñidas de sangre, y le acompaña en el eterno sueño de la muerte: Emilia, hija de Valerio Torcuato, oye que su hijo anda entre las espadas enemigas, y la cuesta la vida este peligro. Estos exemplos de amor maternal pueden dar alguna idea de la sensacion que causaria en la Madre de Dios ver la muerte de su Hijo, pero siempre es necesario advertir la gran diferencia que hay de hijos y de madres. El hijo de María es amable sobre todos los bienes: es digno con dignidad infinita sobre todo lo visible é invisible; es la misma inocencia; todo amoroso, todo dulce, todo bueno, todo apacible. María es semejante en todo á su hijo: su corazon es el centro de la compasion y misericordia; su genio es la misma apacibilidad y dulzura; su alma, la mas amable, la mas blanda, la mas tierna y sensible, es la materia mejor dispuesta para padecer. La consideracion de que su Hijo es Dios abre las puertas al sentimiento: el sumo amor que como á tal le profesa forma un raudal inmenso; las gracias casi infinitas que por la dignidad de madre de Dios ha derramado el espíritu divino sobre su alma, se em-

plean sin intermision en ensanchar las orillas á este torrente: y la afrenta é inhumanidad con que ve padecer á su hijo, forman un profundo abismo de aguas amargas de tribulacion y desconsuelo: ve que pierde un hijo infinitamente mas amable que todos los hijos de los hombres; un hijo á quien ama, no solamente con el amor natural de madre, sino con el que le debia tener por haberle concebido sin mas intervencion que la del Espíritu santo. Pierde un hijo que es todo suyo, que así como fue enteramente engendrado sin madre, lo habia sido tambien en tiempo sin padre, de solas sus virginales entrañas; y á este hijo tan amado le oye en aquel triste sitio, *tengo sed*, y no le puede dar una sola gota de agua: ve que no tiene donde apoyar la cabeza, y no le puede servir de reclinatorio: le ve morir, finalmente, y no le puede dar amparo.

Parece que los dolores de María no podian ya llegar á mayor extremo; sin embargo, veía á su santísimo Hijo todavía vivo, y una vida tan preciosa, aunque llena de tanta humillacion, no podia menos de dar algun consuelo á su alma. Iba ya Jesus á espirar cuando advirtió que la fixaba la vista como para decirla alguna cosa; y cuando pudiera esperar que con algun tierno y dulcísimo coloquio fortaleciese su angustiado corazon, vió que señalando á san Juan Evangelista, la dixo con desmayada voz estas palabras: *Muger, ve ahí, ese es tu hijo.* Los Santos no acaban de ponderar lo acerbo del dolor que fueron estas palabras para María, que quedó toda absorta y sorprendida al oirse llamar muger en lugar de madre, y que la daba por hijo á un puro hombre, en lugar del unigénito de Dios. Pero por grandes que fuesen sus amarguras en este punto, se doblaron todas cuando advirtió que el rostro sacratísimo de Jesus, mas hermoso que los de todos los hijos de los hombres, se cubria de la palidez y sombra de la muerte, que se le quebraban los ojos que eran el resplandor de la luz eterna, y que desmayando poco á poco el aliento, iba á dar el último suspiro: cuando finalmente vió que demudado todo, y clamando con una gran voz á su Eterno Padre exhaló su santísima alma, consumando la grande obra de la redencion del mundo, aquí fue el último desconsuelo de Ma-

ria: aquí se acabó de enlutar su corazon; y aquí se verificó lo que dice el abad Ruperto; esto es, que fue mas que mártir. Y san Bernardino de Sena llegó á decir: *Que fue tan extremado su dolor, que si se llegase á dividir entre todas las criaturas sensibles, todas perecerian al momento.* ¡Oh desconsolada Señora! ¿adónde volvereis ya vuestros ojos que no encuentren motivos de sentimiento? Vuestros amigos os han desamparado, y se han convertido en vuestros mas crueles enemigos. La tierra os asusta con temblores espantosos: el ayre os atormenta con los ecos de las blasfemias; el cielo se os oculta con negras y espesas tinieblas; el sol obscurecido niega sus alegres luces, y hasta el Eterno Padre se hace sordo á los suspiros de vuestro corazon, y os dexa con vuestro Hijo sumergida en las olas furiosas del mas triste desamparo. Tanta multitud de dolores mueve á exclamar con san Buenaventura: *Oh corazon suavísimo, centro de amor, ¡por qué te has convertido en corazon de dolor! Miro tu corazon, oh madre amabilísima, y ya no es corazon, sino amarga hiel, y corazon de agenjos.*

La misa es propia de la festividad, y la oracion la que sigue.

Deus, in cujus passione secundum Simeonis prophetiam, dulcissimam animam gloriosæ Virginis et matris Mariæ doloris gladius pertransivit: concede propitius, ut qui transfixionem ejus et passionem venerando recolimus, gloriosis meritis et precibus omnium sanctorum cruci fideliter astantium intercedentibus, passionis tuæ effectum felicem consequantur: Qui vivis et regnas...

O Dios, en cuya pasion la espada del dolor atravesó la dulcísima alma de tu gloriosa vírgen y madre María, como Simeon habia profetizado: concédenos, piadoso Señor, que los que renovamos la memoria de sus dolores para ofrecer nuestros cultos, lleguemos á conseguir el venturoso efecto de tu pasion por la intercesion y méritos de todos aquellos santos que asistieron con fidelidad al Redentor de la cruz: Tú que vives y reynas...

La epístola es del capítulo 13 del libro de Judith.

Benedixit te Dominus in virtute sua, qui per te ad nihilum redegit inimicos nostros. Benedicta es tu á Domino Deo

El Señor te bendixo comunicándote su poder, y por tu medio ha reducido nuestros enemigos á la nada. Bendita eres tú, ó hija del

excelso præ omnibus mulieribus super terram. Benedictus Dominus, qui creavit cœlum et terram, qui te dixit in vulnera capitis principis inimicorum nostrorum: quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum, qui memores fuerint virtutis Domini in æternum, pro quibus non pepercisti animæ tuæ propter angustias et tribulationem generis tui, sed subvenisti ruinæ ante conspectum Dei nostri.

señor Dios altísimo, sobre todas las mugeres de la tierra. Bendito el Señor que crió el cielo y la tierra, y dirigió tu mano para que cortase la cabeza del principal de nuestros enemigos: porque de tal manera ha engrandecido hoy tu nombre, que tus alabanzas no faltarán jamás de la boca de los hombres que se acordaren en lo sucesivo de los portentos del Señor, por amor de los cuales no temiste exponer tu vida viendo las angustias y tribulacion de tu gente, sino que socorriste á la ruina que amenazaba en presencia de nuestro Dios.

REFLEXIONES.

Al aplicar nuestra madre la Iglesia á los dolores de María santísima una epístola como la referida, que está sacada del libro de Judith, y contiene parte de los cánticos con que celebró el pueblo de Israel la magnanimidad de aquella heroina, presenta á los ojos de los fieles dos cosas igualmente notables, y que merecen su reflexîon. La primera es atribuir á María la redencion del mundo en compañía de su hijo Jesucristo, padeciendo juntamente con él todas sus penas y tormentos, y hasta la misma muerte. La segnnda es reconocer en su corazon una fortaleza y constancia superior á la que manifestó Judith en la accion gloriosa y arriesgada de entrarse en un exército enemigo con el designio de cortar la cabeza á su general, el cual llevó á debido efecto con toda la felicidad que podia prometerse. En órden á lo primero, las insinuaciones de nuestra madre la Iglesia deben tener para con nosotros tal recomendacion de razonables y verdaderas, que sería un delito el negarlas nuestra veneracion y nuestro asenso. Pero los dolores de María tienen ademas la comprobacion de los padres de la Iglesia, que los reputan por un martirio. San Gerónimo dice: *Que los demas mártires lo fueron muriendo por Cristo; pero que María lo fue muriendo jun-*

tamente con Cristo. San Ambrosio en el libro que escribió para instruccion de las vírgenes (*cap.* 7), representa á María santísima al pie de la cruz repasando con sus ojos las sangrientas heridas de su Hijo, por medio de las cuales sabía que lograba el mundo su redencion: *Y estaba la piadosa madre*, dice, *con un ánimo nada indigno del sangriento espectáculo que miraba, pues no temia á los homicidas. Pendia en la cruz el hijo, y la madre se ofrecia á los perseguidores, esperando si acaso con su muerte se podria añadir algo al público sacrificio; pero la pasion de Cristo no necesitó de quien la ayudase ó aumentase.* Estas palabras de san Ambrosio justifican el piadoso título que se le suele dar á la Vírgen de Corredentora del género humano, y son análogas á las insinuaciones de la Iglesia.

Con igual razon la atribuye ésta una constancia y fortaleza en los trabajos, superior no solamente á la que manifestó Judith en su gloriosa empresa, sino tambien á las de todos los mártires, por lo cual la ensalza con el epíteto de Reyna de los mártires: san Gerónimo mide la grandeza de sus dolores y tormentos por la grandeza de su amor; y de aquí infiere, que habiendo amado María á su hijo Jesucristo mas que todos los mártires, debió padecer al pie de la cruz mas dolor que todos éllos. Por tanto, no duda san Anselmo de decir en un sermon de la Asuncion, que cuanto padecieron los mártires en sus cuerpos por la crueldad de los tiranos, fue poco ó nada en comparacion de lo que padeció María. Sin embargo, vemos á esta Señora al pie de la cruz, donde está espirando su Hijo, con una fortaleza portentosa. Léjos de élla los lamentos, léjos las acciones descompasadas con que manifiestan el exceso de su dolor las mugeres vulgares, siente lo que no es capaz de sentir una pura criatura; pero al mismo tiempo se manifiesta en su semblante la invicta fortaleza que sostiene su corazon. Su voluntad está perfectamente resignada en las disposiciones del Eterno Padre, y así como su Hijo le obedece hasta sufrir muerte de cruz, así tambien María junta su obediencia con la del Salvador del mundo, sufriendo su penoso martirio con una constancia digna de la madre de Dios. Por eso dice san Ambrosio en la oracion fúnebre del emperador Valente: *Leo que María estaba de pie*

junto á la cruz de su hijo, mas no leo que llorase. Estas reflexîones son un motivo poderoso para que el cristiano adore la mano de Dios en todos sus trabajos, y los lleve con ánimo invencible.

El evangelio es del capítulo 19. de san Juan.

In illo tempore: Stabant juxta crucem Jesu mater ejus, et soror matris ejus Maria Cleophæ, et Maria Magdalena. Cum vidisset ergo Jesus matrem, et discipulum stantem, quem diligebat, dicit matri suæ: Mulier: Ecce filius tuus. Deinde dicit discipulo: Ecce mater tua. Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua.

En aquel tiempo: Estaban junto á la cruz de Jesus su madre, y la hermana de su madre, María Cleofas, y María Magdalena. Habiendo, pues, visto Jesus á su madre, y al discípulo que amaba, que estaba de pie, dixo á su madre: Muger, he ahí tu hijo. Despues dice al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya.

MEDITACION.

Sobre los frutos que deben causar en el cristiano los dolores de María.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la contemplacion de los dolores de María es un antídoto sumamente provechoso contra todas las aflcciones que se padecen en esta vida, y al mismo tiempo un motivo para esperar con mayor confianza la divina misericordia.

Los dolores de María santísima bien considerados deben fortalezer el alma del cristiano, y llenarla de soberanos consuelos por mas que las aguas amargas de la tribulacion le hayan sumergido en el profundo. Por que, ¿qué trabajos pueden ser los tuyos, ó cristiano, que merezcan compararse con los de aquella Señora? ¿Te han usurpado la hacienda? á María santísima la quitáron su hijo en donde estaban encerrados todos los inmensos tesoros de las riquezas divinas. ¿Han vulnerado tu honor, afeándole con imposturas, y ennegreciéndole con calumnias afrentosas? Ma-

ría santísima tiene á su hijo, que es la misma inocencia, crucificado por revoltoso, por embaucador, por un hombre tan malo que queria levantarse por rey, y llegó á tanto el vilipendio, que llegáron á posponerle al facineroso Barrabás. ¿Te han privado de tu pariente, de tu esposo, ó de tu hijo? María santísima se ve viuda, porque Jesucristo es el esposo de las vírgenes: la han quitado un hijo Dios de quien era verdadera madre, y con él la han quitado todos los bienes imaginables; pues todos se contienen en la naturaleza divina. ¿Padeces enfermedades, tienes tu cuerpo cubierto de llagas, te afligen la hambre, la sed, la pobreza, y todos los dolores? María santísima se ve despreciada de todos, sin tener modo de aliviar la sed de su hijo, ni de darle sepultura, y su bendita alma está hecha el teatro mas lastimoso de cuantos tormentos inventó la crueldad y del mas triste desamparo. Sin embargo de eso, María es inocentísima, y se conforma perfectamente con la voluntad de su Dios. ¿Quién eres tú, pues, que pretendes tener mejor suerte, y mayores privilegios que esta Señora? ¿qué temeridad es la tuya cuando pretendes exîmirte de los trabajos de esta vida con una conducta llena de delitos? ¿No será mas razonable pensamiento el llenar tu corazon de una santa tranquilidad y consuelo, considerando en los trabajos que Dios te trata como trató á su misma madre? Ademas, que en esto mismo puedes asegurar una dulce esperanza de las eternas recompensas. El mismo Dios tiene dicho, *que no será coronado sino el que hubiese peleado con fortaleza*. El sufrimiento de los trabajos de esta vida es la lucha á que está prometida la palma y la victoria. Por otra parte, el haber padecido tanto la madre de tu Dios, te asegura de que en sus dolores tienes un caudal con que pagar tus deudas, y un repuesto de merecimientos en que afianzar tus esperanzas. María inocentísima, y sin la mas leve mancha de pecado, á imitacion de su hijo, no padeció para sí, sino para beneficio del linage humano. Ensancha, pues, ese corazon, y conoce que en los dolores de María tienes todo tu consuelo, y en donde colocar la esperanza de conseguir la vida eterna.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el Espíritu santo mismo aconseja la continuacion en contemplar los dolores de María, proponiendo al mismo tiempo los grandes provechos de que serán participantes los que se empleen en tan santo exercicio.

En la sagrada Escritura se dice: *No olvides los gemidos y dolores de tu madre, para que se perfeccione en ti la gracia y la bendicion.* Esta continuacion en las buenas obras es poco menos que esencial para percibir todo fruto que ofrecen éllas por sí mismas; pero en los dolores de María se hace enteramente necesaria. Porque, ¿de qué servirá ver padecer á esta Señora en lo mas íntimo de su alma, y que su dolor excite nuestra compasion, si á manera del vuelo de las aves, y el camino del baxel, apenas dexa en nuestro corazon unas pequeñas señales de haber exîstido? ¿de qué sirve traer á la memoria en un dia del año que María, aquella Señora inocentísima, que es madre de Dios, aquella Señora que estaba llena de dones del Espíritu santo, y jamás admitió en su alma la mas ligera mancha, padece por nosotros los mas graves dolores que pueden ser padecidos por pura criatura? ¿qué provecho sacaremos de los oportunos intentos de la Iglesia, que celebra los dolores con el fin de que nos acordemos tambien de los de Jesucristo. Se hace, pues, indispensable la continuacion en contemplar una materia de donde nos deben resultar tantos provechos. Porque no hemos de pensar que el aconsejarnos el Espíritu santo la continuacion y constancia en contemplar las penas de nuestra madre dolorosa, tenga por objeto que estemos siempre tristes y llorosos, exhalando ayes y suspiros. No hemos de creer que es para que nos sequemos de amargura, ni nos ocupen mas afectos que el llanto y el dolor. Mayores provechos nos advierte, para mayores intereses nos excita: para que se perfeccione en nosotros, dice, la propiciacion, la misericordia y perdon de Dios, y tenga en nosotros entero cumplimiento la bendicion y la gracia.

¡De qué utilidades tan grandes y ciertas será poseedor el que siguiere contemplando los dolores de nuestra madre y reyna María santísima! Todos cuantos buenos pen-

samientos haya causado en el alma, todos se conservarán con facilidad: le servirá de un antídoto seguro, dice san Bernardino de Sena, y de un preservativo casi cierto para no pecar: esta contemplacion hará un prodigioso aumento en él de todas las virtudes, dice san Anselmo: *El flaco cobrará alientos, el afligido consuelo, favor el menesteroso, ayuda el desvalido, el fuerte mas gracia, el santo mas justicia, y el perfecto gloria.* Viendo á María padecer, ¿quién rehusará los exercicios penosos de la vida cristiana? ¿quién no tendrá los ayunos por artura, las penitencias por alivio, las enfermedades por regalo, los trabajos de la vida humana por beneficios, las lágrimas por consuelo, y la abstraccion y mortificacion por gusto, dulzura y contento? Viendo padecer á María, ¿quién habrá que retraiga el hombro de la cruz de Jesucristo? ¿quién no estará contento con su suerte y su estado por penoso que sea? ¿quién no adorará una mano invisible en sus infortunios? ¿quién no abrirá el pecho para que tomen de él posesion los cálices amargos de las tribulaciones con que prueba Dios á sus escogidos? Ademas que María santísima lo agradece, y no es como nosotros, que dexamos el agradecimiento en mera pasion del alma, sino que le explica con muchos y muy singulares beneficios, y cuida de que su santísimo Hijo nos mire con especial cuidado. La contemplacion, en fin, de los dolores de aquella dulce Señora, nos preserva del pecado, conserva la gracia, y nos asegura la bienaventuranza eterna.

JACULATORIAS.

Cui comparabo te, virgo filia Sion? Cui assimilabo te? Thren. cap. 2.

¿A quién te compararé, ó Vírgen hija de Sion? ¿En quién podré encontrar tormento que iguale á tus dolores?

Magna est velut mare contritio tua. Thren. cap. 2.

Tus penas y angustias han llegado á una grandeza tan excesiva, que se me representan mayores que el mar.

PROPOSITOS.

Una de las consideraciones mas frecuentes que nos propone nuestra madre la Iglesia es la de los dolores de María santísima. En todas las iglesias se hacen devotos novenarios con este fin piadoso: los sagrados oradores se esfuerzan en sus discursos en proponer los dolores de María pintados con los mas vivos colores que les pueden sugerir su zelo y su destreza oratoria. Están sumamente multiplicadas las sagradas imágenes que representan á esta Señora con todo el extremo de angustia que penetró su inocente corazon. Pero todo esto no suele producir en los fieles otro efecto que un sentimiento pasagero, que no los reforma en sus costumbres. La contemplacion de los dolores de María debe producir en el alma del cristiano una compasion filial, un movimiento sério y tierno del corazon, que acabe con una enmienda verdadera de los delitos que infaman sus costumbres. Al ponerles delante de los ojos una tragedia tan lastimosa, no se deben contentar con prorumpir en algunos sentidos ayes, con destilar algunas lágrimas, cual si estuvieran en un teatro, ó dar á entender de otra cualquier manera que hace mella en sus almas la desgracia agena; porque esto, sin un asenso á la divina gracia, que llama por ese medio, sin una conversion perfecta al bien inconmutable, se queda en un efecto necesario de la misma naturaleza. Es una explicacion indeliberada de lo vivo y sensible que tiene nuestra carne: es un material sentimiento causado por el sonido de las palabras que solemos conceder al mas desconocido, y al malhechor mas facineroso. Aun las mismas fábulas y ficciones trágicas, producidas por un ingenio vivo lleno de entusiasmo, suelen sacar las lágrimas de nuestros ojos; pero las lágrimas así vertidas no son otra cosa que humor y xugo que faltan al alma para que quede mas dura: nos testifican hombres, pero no nos acreditan cristianos. La compasion que debemos sacar de los dolores de María debe terminarse en un verdadero dolor de contricion, por el cual detestemos nuestras culpas pasadas, y hagamos un firme propósito de precaver las venideras. Esto es lo que desea de nosotros la afligida Señora, y á este fin nos pro-

pone la contemplacion de sus dolores nuestra madre la Iglesia. Debemos considerar aquella sentencia asombrosa que dixo Jesucristo á las hijas de Jerusalen cuando caminaba al Calvario, llevando sobre sus hombros todo el peso de los pecados del mundo. *Llorar*, las dixo, *sobre vosotras, y sobre vuestros hijos, porque si esto se hace en el leño verde, ¿qué se hará en el seco?* Si María santísima siendo madre de Dios, concebida sin pecado, llena de todas las gracias, y la mas pura é inocente que hubo, ni habrá en los cielos, ni en la tierra, padece tan terribles dolores, que no duda llamarlos la Escritura lazos de muerte, y dolores de infierno: ¿qué pueden esperar los cristianos cargados de iniquidades y sumergidos en el profundo cieno de todos los vicios? Temamos, pues, el rigor de la divina justicia, y sea este saludable temor el dichoso fruto que produzca en nosotros la consideracion de los dolores de María.



DIA QUINCE.

San Aichardo, abad de Jumieges.

San Aichardo, á quien mas comunmente se le llama san Achardo, fue de las mas nobles familias de Poitou. Su padre Anscario se distinguió mucho en los exércitos en tiempo del rey Clotario; y su madre Ermena aún era mucho mas distinguida por su sobresaliente piedad entre las señoras de aquella provincia. Tomó á su cargo dar á su hijo una cristiana educacion, y este cuidado tuvo el suceso que se podia desear. Halló en Aichardo un natural tan feliz, un corazon tan inclinado á todo lo bueno, y un genio tan suave, tan apacible y tan dócil, que dexaron poco que hacer á la educacion estas bellas inclinaciones naturales. Luego que tuvo edad para comenzar sus estudios, se le puso á pension en el monasterio de san Hilario de Poitiers baxo la disciplina de un santo monge llamado Ausfrido, aun mas acreditado por su

virtud que por su sabiduría. Hizo en breve tiempo tantos progresos en la escuela de aquel célebre maestro, que su padre le sacó de élla á impulsos de su espíritu marcial, para que se exercitase desde luego en el manejo de las armas, destinándole al servicio del rey, con seguridad de que se haría digno de los mayores empleos. Pero eran muy diferentes los pensamientos de la virtuosa madre sobre la fortuna de su hijo. Todo su deseo era verle santo, y no cesaba de representar á su marido, que si querian bien á su hijo, no debian solicitarle otra fortuna. Estando en esta piadosa contienda, llamaron á Aichardo, que á la sazon contaba solos diez y seis años; y declarándole su padre con toda resolucion que le tenia destinado para la carrera de las armas, sin consultar su inclinacion, le respondió el hijo con respetosa sumision, que siempre le encontraria rendido á su voluntad, no teniendo mayor satisfaccion que exercitarse en obedecerle con el mayor rendimiento; pero que le habia de permitir hacerle presente con el mas profundo respeto, que tenia por cierto no era la voluntad de Dios que se quedase en el mundo; pues habiendo entendido á los siete años de su edad que su madre le habia consagrado con voto al servicio del Señor, hallándose en peligro de la vida al tiempo de darle á luz, él mismo habia ratificado tambien el voto de su madre, prometiendo á Dios no servir á otro rey que á su Magestad. Movido el padre de un discurso tan juicioso como cristiano, no pudo contener las lágrimas; y mudando de tono, le dixo: *No puedo, hijo mio, oponerme al partido que has tomado, siendo tan bueno. Bien merece Dios ser preferido á todos los monarcas de la tierra; y puesto que has determinado consagrarte absolutamente á su servicio, tienes para eso, no solo mi consentimiento, sino tambien mi bendicion.*

Obtenida ésta, solo pensó Aichardo en poner en execucion sus piadosos intentos. Ya desde los diez años hacia una vida enteramente religiosa. Su piedad, su frecuente retiro á la oracion, su tierna devocion á la santísima Vírgen, y sus penitencias eran superiores á la edad; y así nunca perdió el candor de la primera inocencia. Por la fama que tenia á la sazon el monasterio de san Jovin en las extremidades del Poitou, se resolvió á entrar en

él, y muy desde luego se dexó admirar de todos su virtud, tanto que los monges mas ancianos, al ver los maravillosos progresos que hacia en el noviciado, pronosticaron que sería con el tiempo una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia.

Hallándose sus padres sin herederos, pasaron al monasterio, y le hicieron donacion de todos sus bienes; pero nuestro Santo, que todos los habia abandonado cuando volvió las espaldas al mundo, les dexó libre la disposicion de todos; en cuya virtud los devotos padres fundaron un monasterio en una de sus posesiones, llamada Quinzay, á legua y media de Poitiers, poniéndole baxo la disciplina de san Filberto, abad de Jumieges, que huyendo de la persecucion de Ebroin, mayordomo del palacio, celebró mucho encontrar aquel asilo. Luego que se acabó la fábrica del monasterio, noticioso san Filberto del mérito y de las prendas de Aichardo, le nombró por su primer abad; y á pesar de la resistencia que hizo su humildad á tan acertada eleccion, le fue preciso obedecer, siendo en breve tiempo el nuevo monasterio de Quinzay modelo de observancia á los demas monasterios de todo el reyno.

Pero como Ebroin nunca quisiese permitir que san Filberto volviese á Jumieges, fue preciso pensar en otro abad para este monasterio; cuyos monges, movidos de la reputacion de nuestro Santo, le pidieron por superior. Pareció expediente dictado del cielo; porque san Filberto estaba libre para suceder en Quinzay á san Aichardo mientras san Aichardo sucederia en Jumieges á san Filberto. Solo restaba vencer la resistencia de Ansoaldo, obispo de Poitiers, á quien costó mucho trabajo reducir á que consintiese en que nuestro Santo saliese de su obispado. Pero san Filberto, que consideraba el monasterio de Jumieges como la principal y la mas perfecta de todas sus fundaciones, nunca se pudo resolver á ceder su gobierno en otro que en san Aichardo, cuya virtud tenia tan conocida. Contentóse, pues, con quedarse de monge particular en san Quinzay; y renunciando la abadia de Jumieges en favor de san Aichardo, se vió éste precisado á mudar de monasterio. Pasó á Ruan para recibir la bendicion de su arzobispo san Oven, y desde allí partió á Ju-

mieges, donde encontró á novecientos monges, que se consolaron muy en breve por la pérdida de su primer abad san Filberto, conociendo la santidad y el mérito de su digno sucesor.

No les hizo á los principios otra alguna exhortacion que la de sus exemplos; mudas, pero á la verdad eficacísimas lecciones. Los monges, viendo su frecuente trato con Dios en la oracion, su compostura, su modestia, su grande suavidad y su penitente vida, deseaban con ánsia oir hablar al que veian obrar con tanta edificacion. Hízoles, pues, unas pláticas espirituales tan eficaces y tan fervorosas; exhortólos al amor de Dios y de la santísima Vírgen con tanta elocuencia y con tanta mocion; hablólos de la abnegacion de sí mismos, del olvido del mundo y de todo lo criado con tanta energía, que visiblemente se reconoció tan aumentado el fervor y el exercicio de todas las virtudes en aquella numerosa comunidad, que entre mas de novecientos monges que se contaban en élla habia pocos que no hiciesen milagros.

Al santo Abad le habia concedido el cielo este don muchos años antes. Estando un dia en oracion dentro de su celda, vió al demonio, que con una hacha de fuego estaba dando por el pie á un árbol muy corpulento, debaxo del cual estaban trabajando los monges, para que al golpe de él quedasen muertos algunos. Pasó al punto al mismo sitio, hizo la señal de la cruz, ahuyentó de allí al enemigo, y mostró á los religiosos el árbol quemado y medio cortado por el pie, que despedia de sí un olor de azufre intolerable. Propusieron al santo Abad si queria que le acabasen de cortar para quitar al enemigo aquella ocasion de hacerlos daño. No, hermanos mios, respondió el Santo; dexémosle así para monumento del beneficio que os hizo el Señor librándoos de la malicia del enemigo de la salvacion. Siempre que le veais servirá para renovar vuestro reconocimiento, y para advertiros que debeis estar contínuamente prevenidos contra los artificios del espíritu maligno.

Acostumbraba el Santo, despues que los monges se recogian en sus celdas, visitar todos los dormitorios con la cruz y el agua bendita, para expeler de éllos al espíritu de las tinieblas, que está siempre armando lazos á los

siervos de Dios, pero con especialidad durante el sueño de la noche. Tuvo en esta piadosa funcion muchas visiones, de las cuales se valia oportuna y provechosamente para conservar aquel prodigioso número de religiosos en el fervor, en la mas exâcta observancia y en el candor de la inocencia, á pesar de los esfuerzos que hacia el infierno para inducirlos á la relaxacion. Conociendo en un éxtasis que ya solo le restaban algunos meses de vida, aumentó la oracion, las devociones y las penitencias.

Hallábase un dia en oracion con todos los monges, y de repente sintió traspasado su corazon de un vivísimo dolor con el temor que entonces le asaltó de que despues de su muerte aquellos hijos suyos, que con tanto desvelo habia criado en el exercicio de las mas heróicas virtudes, no viniesen poco á poco á relaxarse, decayendo de aquella elevada perfeccion á que habian ascendido, con las gracias que los habian conseguido del cielo sus exhortaciones, sus cuidados y sus exemplos. Vivamente preocupado de esta aprension, se sintió movido á pedir fervorosamente al Señor que antes de su muerte fuese servido de llamar á sí á todos aquellos que despues de élla corrian peligro de relaxarse y de perderse. Fue oida su oracion; la noche siguiente, estando el santo Abad en el coro con todos los monges, vió un ángel vestido de blanco, rodeado de una luz resplandeciente, con una varilla en la mano, y que iba tocando con élla á muchos religiosos. A otro lado vió un espantoso demonio arrojando fuego y llamas por los ojos, lleno de rabia y de furor, que hacia horribles contorsiones. Asombrado con esta vision, y pensando lo que podia significar, oyó al ángel que estaba reprendiendo severamente al demonio por qué tenia atrevimiento de parecer en tan santo lugar, y en medio de aquel crecido número de verdaderos siervos de Dios, que por su perfecta obediencia á la menor insinuacion del superior, por su profunda humildad, por su exâcta observancia y por los contínuos rigores de su penitencia, se habian conservado en una gran pureza de costumbres; y cuyos nombres tenian la dicha de estar todos escritos en el libro de la vida. Acercándose despues al santo Abad, le dixo: *El Señor ha oido tu oracion; advierte á todos los que toqué con la vara que se dispongan á parecer dentro de*

cuatro dias ante el tribunal de Dios, y á los ótros que los han de sobrevivir, que cada dia vayan creciendo en fervor para conservar su inocencia.

Concluido el oficio, juntó el Abad á todos los religiosos, refiriólos su vision, y sin nombrar á alguno de éllos en particular, exhortó á todos á disponerse para acabar dichosamente su carrera. Fácil es de discurrir cuál sería la alegría de aquella predestinada tropa de fervorosos siervos del Señor, y con qué fervor, con qué devocion se dispondrian todos para morir dentro de cuatro dias con la muerte de los justos. Pasáronlos todos en el exercicio de las virtudes mas perfectas; confesáronse como para morir, y la noche que precedió al dia cuatro la pasaron toda en la Iglesia. Al amanecer el dia siguiente recibieron todos la sagrada Eucaristía; mandó el santo Abad que se se cantasen algunos salmos, y estando todos en oracion, cerca de ochenta monges pasaron tranquilamente al descanso del Señor; poco tiempo despues espiraron otros muchos con la misma tranquilidad; de manera, que en aquel dia murieron con la muerte de los santos ciento y cincuenta monges; pero con la circunstancia de que no se reconoció su muerte sino por una especie de relámpago ó de resplandor que bañaba de luz los cadáveres. Los que quedaron vivos, llenos de una santa envidia á los que habian logrado tan dichosa suerte, doblaron su fervor de manera, que ya se consideraba el monasterio de Jumieges como una casa de ángeles humanos. Fue enterrada con la mayor devocion toda aquella tropa de bienaventurados que habian muerto con la muerte del Señor. No los sobrevivió mucho nuestro Santo. Teniendo revelacion del dia en que habia de seguir á sus hijos, empleó los siete que faltaban de vída en instruir á todos sus religiosos en todo aquello que podia adelantar ó retardar su perfeccion; en enseñarles los medios de prevenirse y de armarse contra el tentador, y en exhortarlos á una perfecta caridad, á una contínua mortificacion, á una exâcta observancia, á una delicadeza de conciencia cada dia mayor, á una amorosa y tierna confianza en Jesucristo y en la santísima Vírgen, á cuya especial proteccion habia puesto el monasterio, y al constante exercicio de todas las virtudes. El mismo dia de su muerte, aunque ya casi sin

fuerzas, y extremamente debilitado por las violentas accesiones de una ardiente calentura, que habia disimulado hasta entonces, juntó á todos los monges, y haciendo el último esfuerzo, los habló de esta manera: *Amados hijos mios, tened siempre en la memoria mis últimos consejos, y como el testamento de vuestro moribundo padre. En nombre de nuestro divino Salvador Jesucristo os amonesto y os conjuro que os ameis los únos á los ótros, sin dar jamás entrada en vuestro corazon á la mas mínima cosa que pueda enfriar ni alterar aquella perfecta caridad, que es en parte el carácter de los escogidos. En vano habríais pasado vuestros largos dias en el exercicio de las mas heróicas virtudes; en vano os habrian nacido las canas baxo el pesado yugo de la mas rigurosa penitencia; bastaria tener aversion al mas mínimo de vuestros hermanos para irritar contra vosotros el corazon de Dios. Ni aun el martirio mismo sería suficiente para haceros agradables á sus divinos ojos si no amárais de corazon á vuestros hermanos. Conservad siempre entre vosotros esta fraterna caridad, que es como el alma de todas las comunidades.* Al pronunciar estas últimas palabras levantó los ojos y las manos al cielo, y murió con la muerte de los justos el dia 15 de septiembre del año del Señor de 680, cerca de los 63 de su edad. En vida habia sido muy célebre en sus milagros, pero lo fue mucho mas en muerte por la multitud de éllos que obró el Señor en su sepultura. Edificóse en Jumieges una iglesia dedicada á su nombre; pero en la irrupcion que hicieron los bárbaros en el pais fueron llevadas sus reliquias á Habres, entre Cambray y Valencenas, las que despues pasaron á poder de los monges de Wast en Arras.

La misa es de la octava de la Natividad de la Vírgen, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Aichardi abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado Aichardo abad nos haga gratos á vuestra Magestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos; Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 8. de los Proverbios, y la misma que el dia VIII, fól. 260.

NOTA.

„ Algunos judíos creyeron que Salomon habia compues-„to el cantar de los Cantares siendo todavía jóven, fun-„dados en que solo se nombra en éllos Salomon sin otro „aditamento; que los Proverbios los compuso en edad ya „madura; y que la última obra fue el Eclesiastes. Lo mas „verisimil es que compuso los Proverbios cuando estaba „mas lleno de aquel espíritu de sabiduría, y aquellas vi-„vísimas superiores luces que le merecieron el renombre „del mas sábio de los reyes, pues él mismo habla de sus „Proverbios en el libro del Eclesiastes.

REFLEXIONES.

El Señor me poseyó al principio de sus caminos. Por toda la eternidad fue la santísima Vírgen objeto digno de las complacencias de Dios por haber estado en gracia todos los instantes de su vida á favor de un privilegio verdaderamente singular; y por consiguiente haber sido siempre agradable á los ojos del Señor, y mirada siempre como hija querida del Padre, como verdadera madre del Hijo, y como esposa sin mancha del Espíritu santo. *Por los caminos de Dios* se pueden entender aquellas obras ú operaciones divinas que se llaman *ad extra*; esto es, exteriores ó extrínsecas al mismo Dios, como la creacion de los ángeles y de los hombres, el inefable misterio de la Encarnacion, y aquellas maravillas ordinarias, por las cuales se manifiesta Dios á nosotros, y nos habla. Poseyó, pues, Dios á María, amó Dios á María de un modo singular al principio de sus caminos; porque la tuvo presente en todas sus divinas operaciones, en todos sus misterios. Siendo el misterio de la Encarnacion como el último esmero de la bondad, de la misericordia, y de todo el poder de Dios, y habiendo de tener María tanta parte en este admirable misterio, no podia dexar de estar presente á sus divinos ojos, como la mas cumplida, la mas perfecta, la mas noble, la mas santa y la mas respetable de todas las puras criaturas. No hubo instante alguno de su santísima

vida en que Dios no dixese de élla: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Toda eres hermosa, amada mia, y no se hallará en ti la menor mancha. Esto es lo que Dios ama, lo que Dios celebra, lo que Dios estima, y con esto mismo premia el Señor sus propios dones. Solo ama y solo aprecia Dios la inocencia. Aunque estuvieras dotado de las prendas mas brillantes; aunque Dios te hubiera colmado de sus mas preciosos dones, estimaria Dios estos mismos dones; pero cuando no es pura y santa la persona en quien los derrama, desprecia y aborrece á esa persona. Salomon estaba dotado de eminente sabiduría; Judas habia recibido el don de hacer milagros; pero Salomon y Judas mancharon su alma con la culpa, y en el mismo punto se hicieron exêcrables á los ojos de Dios, objeto infeliz de su mas terrible cólera. ¿Mas qué caso se hace, mi Dios, en el mundo de este preciosísimo tesoro, de esta inestimable prenda de la inocencia? Se la expone sin temor, se la sacrifica sin dolor, y se dexa perder sin remordimiento. Sin embargo; ¿qué prenda merece estimacion sin este precioso lustre? ¿qué verdadero mérito puede haber sin la inocencia? y sin la inocencia ¿dónde se hallará virtud? ¿El que está en desgracia de Dios debe gloriarse mucho de tener á su favor la estimacion y los aplausos de los hombres? ¿de qué servirán los favores de los grandes á quien es objeto de horror á los ojos de Dios?

El evangelio es del cap. 1. *de san Mateo, y el mismo que el dia VIII, fólio* 163.

MEDITACION.

De la devocion á la santísima Vírgen.

PUNTO PRIMERO.

Considera que solamente los hereges dexan de amar á la santísima Vírgen, y solos éllos desaprueban el culto que se la rinde. Siendo enemigos del Hijo, era preciso que lo fuesen de la Madre. Por eso no sin razon canta la Iglesia cada dia que esta Señora sola exterminó todas las

heregías: *cunctas hæreses sola interemisti.* Siempre nace el error con cierta secreta aversion contra la Madre de Dios, y necesariamente va derramando la heregía este veneno en el corazon de sus secuaces. Es cosa rara; por mas que los hereges se esfuercen á disimular su ódio contra la santísima Vírgen, siempre asoma la cara por entre los mismos elogios que algunas veces aceptan tributarla. Son unas alabanzas secas y descarnadas, enteramente especulativas, que solo sirven para sufocar aquel culto interior, aquella devocion pura y práctica, aquel sincéro y real amor que se le debe. Muy diferente es la conducta de nuestra religion. Todos los elogios que tributa á la Madre de Dios se dirigen á establecer su culto, y á inspirar en el corazon de todos los fieles una tierna devocion con esta Madre de los escogidos. No hay fiel, no hay cristiano verdadero que no tenga y que no sienta esta tierna devocion á la santísima Vírgen. Se puede decir que todos los santos nacieron con esta confianza y con este amor. Ni esta verdadera devocion se reduce á meros elogios ó á expresiones puramente especulativas. Nace del subido aprecio, de la profunda veneracion, del singular respeto y del tierno amor que nos inspira la religion á la Madre de Dios; y de aquí proviene aquel culto particular, que siendo á la verdad inferior al que se rinde á Dios, criador y dueño soberano de todas las criaturas, es de órden superior al que se tributa á los santos y á todos los espíritus bienaventurados, cuya reyna es esta Señora. Y este es el orígen de aquella ternura que todos los verdaderos fieles deben profesar á esta su buena madre, refugio de pecadores, su consuelo, su abogada, medianera con el Salvador y su asilo; de aquella confianza en la que es madre de misericordia, cuya proteccion y cuyo poder estamos experimentando todos los dias; de aquel zelo por honrarla y por dilatar su culto. Todas estas señales tiene la verdadera devocion á la santísima Vírgen, y por todos estos rasgos se la ha de conocer. Es ilusion persuadirse á que para ser devoto de la Madre de Dios basta tener una devocion ordinaria, celebrar sus fiestas, y hacerla, por decirlo así, un poco de córte. La verdadera devocion se acredita con demostraciones menos equívocas.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que para ser verdadero devoto de la santísima Vírgen es menester huir todo género de culpas; es preciso vivir inocente y cristianamente. Siendo María la mas pura de todas las criaturas, ¿cómo pudiera amar á una alma inficionada y apestada con la horrible hediondez del pecado? ¿qué ternura podria sentir respecto de una persona rebelde, desobediente á su querido Hijo, y su enemigo declarado? Siendo reyna de los santos, solo ama á los que lo son, y á los pecadores que arrepentidos acuden á élla para serlo.

Es grande error imaginar que con solo rezarla regular y diariamente ciertas devociones, con alistarse en alguna de sus congregaciones ó cofradías, con manifestar y con tener zelo por su culto se puede contar en el número de sus hijos, aunque se viva dias y mas dias en pecado. ¿Cómo es posible estar á un mismo tiempo en desgracia del Hijo y en gracia de la Madre? ¡Necísima extravagancia! Fuera de lo dicho, para ser verdadero devoto de esta divina Madre, es menester tributarla todos los dias algun culto particular, acudir á élla en todas nuestras necesidades, dirigirla regular y diariamente alguna fervorosa oracion. Esta exâctitud es una señal poco equívoca de la estimacion, del respeto, del amor y de la confianza que tenemos en esta Señora. Tener devocion con la santísima Vírgen no mas que á tiempos, con intervalos y en ciertas ocasiones, es devocion superficial, de humor y de capricho. La verdadera devocion es habitual y permanente, es de todos tiempos, en todos se acredita con las obras, y en todos da pruebas de su virtud. Uno de los principales efectos de esta ardiente y sincera devocion á la santísima Vírgen es aplicarse á estudiar, meditar y copiar sus acciones, sus virtudes y su santísima vida. El vivo y eficaz deseo de meditar su pureza, su humildad, su caridad, su dulzura y su modestia es la prueba mas visible de la verdadera devocion. Si queremos ser verdaderamente devotos de la Madre de Dios, vivamos con una extremada pureza; hemos de tener una humildad sin artificio, una caridad sin acepcion de personas, una dulzura indepen-

diente de casualidades, una modestia inalterable, y entonces poseerémos aquellas virtudes que caracterizan los verdaderos devotos de María, y nos pondrán á cubierto contra las ilusiones que frecuentemente se insinúan en la devocion.

Alcanzadme, Vírgen santa, estas virtudes, sin las cuales nunca mereceré ser contado en el número de vuestros devotos. Bien sabeis, Señora, la sinceridad con que os las pido, puesto que las deseo con todo corazon. Dignáos conseguírmelas por vuestra grande bondad.

JACULATORIAS.

Fac me sicut unum de mercenariis tuis. Luc. 15.

Haced, Señora, que yo sea uno de vuestros verdaderos siervos.

Servus tuus sum ego. Salm. 118.

Siervo tuyo soy, ó Vírgen santa, y en serlo toda la vida colocaré yo mi mayor gloria.

PROPOSITOS.

Bien se puede decir que son muchos los devotos de la santísima Vírgen; pero que hay poca devocion en muchos de estos devotos aparentes. Falsamente se usurpa este glorioso título cuando faltan las precisas calidades que requiere y en que se funda. Es la pureza como la basa de la devocion á la santísima Vírgen. ¿Cómo es posible que se la agrade sin esta hermosa virtud? Y sin agradarla, ¿cómo se puede ser devoto suyo? Sea, pues, esta inestimable virtud como el cimiento de tu devocion á la Madre de Dios. Ella es madre de la pureza; cáusala horror un corazon impuro; aplícate á vivir constantemente con la mayor inocencia, y en conservarte en una pureza de alma y cuerpo á prueba de todos los accidentes y de todas las tentaciones.

2 No te apliques menos á imitar las demas virtudes de la santísima Vírgen. La humildad fue siempre su virtud favorecida; la modestia constituyó en parte su carácter. Sé humilde, sé modesto si quieres ser devoto de la Madre de Dios. Es excelente medio para conseguir es-

ta modestia y esta humildad pedírsela á Dios, alegando este mismo motivo de ser así mas devoto de la santísima Vírgen. Aplícate desde hoy á conseguir esta humildad y esta modestia, aprovechando todas las ocasiones que suelen ser frecuentes; y cuando practícas los actos de humildad, de circunspeccion y de modestia, hazlo por imitar á aquella Señora á quien amas y á quien sirves.



DIA DIEZ Y SEIS.

San Cornelio, papa, y san Cipriano, obispo y mártires.

Sucedió san Cornelio á san Fabian mártir el año del Señor de 251, en tiempo en que la persecucion de Decio contra la Iglesia era tan violenta, que se pasaron diez y seis meses desde el martirio de san Fabian sin poderse juntar los fieles para proceder á la eleccion del papa. Pero mitigándose un poco dentro de Roma el fuego de la persecucion, despues de la revolucion de Julio Valente, se congregó el clero romano, compuesto á la sazon de cuarenta y seis presbíteros, siete diáconos, siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos y cincuenta y dos exôrcistas, lectores y hostiarios; todos los cuales, de unánime consentimiento, eligieron por papa á san Cornelio, que á la sazon era presbítero de la Iglesia romana. Este unánime consentimiento, aplaudido universalmente de todos los fieles, cuyo número dentro de la misma Roma era á la sazon prodigioso y celebrado de todos los obispos de la cristiandad en las críticas circunstancias de aquel tiempo, es el mayor elogio de nuestro Santo, y hace formar el mas elevado concepto de su eminente virtud y de su mérito, el que no se reconoce menos por lo que de él nos dexó escrito san Cipriano. "Despues de haber sido elevado á „la dignidad episcopal, dice este grande hombre, sin cohechos, sin artificios y sin violencia, puramente por la „voluntad de Dios, á quien únicamente pertenece hacer

»y elegir obispos; ¿cuánta fe, cuánta virtud y cuánta re»solucion mostró en el valor con que se sentó sobre la »cátedra episcopal á tiempo que un tirano, enemigo de »los obispos de Dios, sufriria de mejor gana un compe»tidor al trono, que un obispo de Roma? A vista de es»to, ¿no nos vemos todos obligados á celebrar igualmen»te su magnífica resolucion que su heróica fe? ¿no debe»mos contar en el número de los confesores y de los már»tires al que estuvo sentado tanto tiempo esperando ca»da dia á sus verdugos, y á que viniesen los ministros »del tirano á vengar en él con la espada, con las cruces, »con el fuego ó con algun otro extraordinario género de »suplicios el generoso desprecio que hacia de sus detes»tables edictos, de sus amenazas y de sus tormentos? Así, »pues, aunque la bondad y el poder de Dios protegió al »obispo que el mismo Señor habia elegido, bien se puede »decir que Cornelio padeció por su zelo y por su teson »todo lo que podia padecer, y que venció al tirano con »sus virtudes episcopales antes que fuese vencido de él »por la fuerza de sus armas."

Por estas sus grandes virtudes, por el singular mérito de nuestro Santo, por su eminente sabiduría, de que en muchas ocasiones habia dado ilustres pruebas contra los hereges, y por su piedad sobresaliente era ya llamado desde mucho tiempo antes *el santo presbítero*, no menos que por aquella modestia y aquella humildad, único estorbo que fue preciso vencer para que consintiese en su consagracion; y en fin, por aquella dulzura y por aquella caridad que le mereció el renombre de padre de los pobres.

Luego que se vió sublimado á la silla de san Pedro, dió las mas gloriosas pruebas de su virtud, de su zelo y de la intrepidez de su fe. Novato, presbítero africano, insigne facineroso, y hombre verdaderamente malvado, que por evitar su condenacion en Cartago habia venido á refugiarse y á esconderse en Roma, temiendo todo cuanto habia que temer así de la firmeza y de la santidad del nuevo Papa, como de su estrecha union y buena inteligencia con san Cipriano; puso en movimiento todos sus artificios para huir el cuerpo á las censuras; y viendo que no le salian como deseaba, maquinó formar un cisma; estrechó amistad con Novaciano, presbítero de la iglesia de

Roma, hombre tan perdido como él, y determinó elevarle al pontificado en lugar de san Cornelio. Comenzó publicando atroces calumnias contra el santo Papa; y habiendo engañado á tres obispos extrangeros, tan sencillos como ignorantes, despues de haberles dado un gran convite, los obligaron á que consagrasen á Novaciano por obispo de Roma; y éste fue el primer cisma de la iglesia romana. No podia ser consagracion mas irregular ni por la forma, ni por el sugeto. Los dos cismáticos añadieron á la division del cisma el error de la heregía, defendiendo que no se debia recibir á penitencia al que despues del bautismo cayese en alguna culpa grave. A estos errores agregaron ótros sus discípulos, que desde luego se comenzaron á llamar los novacianos, sosteniendo que los pecadores debian ser rebautizados, y condenando las segundas nupcias. Celebró san Cornelio un concilio en Roma el año de 251, en el cual fueron condenados los novacianos, y proscriptos sus errores, singularmente el de que no fuesen recibidos á penitencia los que se llaman *lapsos* ó *caidos*; esto es, aquellos que en la persecucion habian abandonado la fe por temor de los tormentos. Mucho tuvo que sufrir san Cornelio por parte de los heresiarcas y de sus secuaces; pero esto mismo cedió en mayor lustre de su virtud y de su zelo. No se pueden explicar los trabajos que le fue preciso padecer para preservar del contagio á su rebaño, extendiéndose á todo el mundo cristiano su vigilancia y su solicitud pastoral; admirando y ensalzando todos la divina providencia por haber dado tan santo papa á su Iglesia en tiempos tan nebulosos.

Mientras tanto, habiéndose mitigado un poco la persecucion hácia el fin del imperio de Decio, se volvió á encender en tiempo de Galo su sucesor. No se habia olvidado de los fieles nuestro santo Pontífice mientras duró la calma; por lo que la nueva persecucion los halló bien prevenidos contra todos los peligros. El pastor precedió en todo al rebaño con el exemplo. Fue arrestado el primero de todos; y confesó la fe de Jesucristo en medio de los tormentos con tanto valor y con tanta intrepidez, que espantó á los jueces y cansó á los verdugos. A vista de su constancia en medio de los mayores suplicios, temieron los gentiles que su exemplo no hiciese inmobles en la re-

ligion á los cristianos, que á la primera noticia de la prision de su santo Pastor corrieron valerosamente al campo de la batalla, prontos á defender la causa de Jesucristo á costa de su sangre. Movidos de esto los ministros del Emperador, le condenaron á muerte; y el dia 14 de septiembre del año 252 coronó este gran Santo su vida con un glorioso martirio. Muchos creen que le padeció en Civita Vecchia, donde al principio habia sido desterrado; pero san Gerónimo asegura que le padeció en Roma; y como sucedió en el mismo dia en que la Iglesia celebra la Exâltacion de la Cruz, se trasladó su fiesta al dia 16.

En el mismo dia celebra la santa Iglesia el glorioso martirio de san Cipriano, obispo de Cartago, grande ornamento del órden episcopal, y una de las mas resplandecientes antorchas de su siglo. Nació en África, y aun algunos son de sentir que en la misma Cartago, de casa senatoria, tan distinguida por sus opulentos bienes como por su antigua nobleza. Ignóranse los sucesos de su juventud; solo se sabe que fue instruido en las artes liberales; y que como tenia un ingenio vivo, pronto, perspizaz, sublime y brillante, hizo tan extraordinarios progresos en las bellas letras, que siguiendo su natural inclinacion enseñó retórica en la misma Cartago. Acreditan bien sus escritos que sabia con perfeccion todos los primores de este arte. Pero tenia la desgracia de no ser cristiano, desdicha que le precipitó en todos los desórdenes de una licenciosa juventud. Casóse, y tuvo hijos, á tiempo que la divina Providencia, que le tenia escogido para inmortal honor de su Iglesia, le deparó un santo presbítero, llamado Cecilio, el cual, descubriendo los grandes talentos de entendimiento y de corazon de que el Señor le habia dotado, se lastimó mucho de lo mal que usaba de éllos. Estrechó amistad con él, y en sus santas y frecuentes conversaciones le fue poco á poco enseñando la ciencia de la salvacion que ignoraba hasta entonces. Abrióle los ojos la gracia, y al mismo tiempo abrasó su corazon. Resolvió convertirse; y luego que se declaró catecúmeno tomó la resolucion de vivir en continencia, y persuadió la misma virtud á su muger. Recibido el bautismo cedió á sus hijos una parte de sus bienes, y distribuyó el resto entre los pobres.

Hízose santo desde que se hizo cristiano. En ninguna cosa fue mediano un hombre que en todo era grande. En memoria y en reconocimiento al presbítero Cecilio, que le habia convertido, tomó en su bautismo el sobrenombre de Cecilio. El mismo dia que se bautizó, precediendo el consentimiento de su muger, se retiró á una especie de vida solitaria, dedicándose desde entonces únicamente al estudio de las sagradas letras y de la importante ciencia de la salvacion. Hizo en ámbas facultades tan asombrosos progresos, que en menos de cinco años era ya tenido por uno de los hombres mas sábios de su tiempo, y por uno de los mayores santos de su siglo. En atencion á esto, siendo todavía neófito, es decir recien bautizado, por aclamacion de todo el clero y de todo el pueblo fue elevado á la dignidad sacerdotal. Apenas se ordenó de presbítero cuando se arrastró la universal veneracion y el general concepto, respetándole todos por modelo de perfeccion á toda la clerecía, y por especial ornamento de la iglesia africana. Por eso, inmediatamente que vacó la silla episcopal de Cartago no se deliberó ni un solo momento en colocarle en élla. Murió Donato, obispo de Cartago el año de 248, y en el mismo punto el clero y el pueblo pidieron á una voz por obispo suyo á san Cipriano. Escondióse inútilmente, fue descubierto, fue conducido á la iglesia, y fue consagrado por obispo en medio de las aclamaciones y á presencia de gran número de prelados.

Elevado á la primera silla de la iglesia africana, no hizo novedad ni afloxó un punto en su vida humilde, modesta y penitente. Sus rentas no eran para él, sino para los pobres. Bastaron los exemplos para reformar las costumbres y para corregir los abusos que se habian introducido aun en los mismos clérigos; mostrando siempre tan generoso zelo como firme y constante teson en mantener la disciplina eclesiástica. Su caridad era inmensa y universal, extendiéndose á todo el mundo; y aunque tuvo que sufrir deshechas y furiosas tempestades, jamás dexó de atender á su rebaño con todo el cuidado posible. El vivo deseo que ardia siempre en el corazon de nuestro Santo de derramar su sangre por la fe de Jesucristo le incitaba contínuamente á ir él mismo á desafiar á los suplicios,

presentándose el primero al furor de los tiranos; pero le representaron el peligro en que dexaria á su grey, no menos que el dolor y la desolacion de todo su querido rebaño si sucediese la precipitada muerte de su adorado pastor. Por esta sola consideracion se escondió, y mas estando bien informado de que los gentiles solamente buscaban al Obispo, firmemente persuadidos á que pereciendo el pastor, presto se esparramarian las ovejas: en el anfiteatro no se oian mas que gritos y clamores de los idólatras que pedian á Cipriano para lograr el gusto y la diversion de verle espirar en medio de los suplicios. Salió, pues, de Cartago despues de haber declarado á los fieles el motivo que tenia para retirarse, y se quedó escondido en un parage no distante de la ciudad, desde donde velaba siempre sobre sus ovejas, dando providencias para asistirlas en sus necesidades. No es fácil explicar los desvelos y los trabajos que padeció por su querido rebaño, ni su solicitud pastoral en mantener á los fuertes, en animar á los flacos, y en sostener á todos en aquellos dias de persecucion. Desde su retiro escribió muchas epístolas á su pueblo, á su clero, á los confesoses y al clero de Roma, cuya apostólica silla estaba á la sazon vacante. Llamaba á lugares escondidos y á sitios retirados, ya á los únos ya á los ótros, para alentarlos y fortalecerlos en la fe. Dió providencia para que enterrasen de noche los cuerpos de los santos mártires; para que se procurasen todos los alivios posibles á los que eran atormentados; para que los curasen las heridas, y nada faltase á los santos confesores.

Ofrecióle nueva ocasion de manifestar su infatigable zelo pastoral una furiosa peste, que por el mismo tiempo asoló aquella grande y populosa ciudad. Proveyó eficazmente á las necesidades espirituales y corporales de los enfermos abandonados. Extendióse su inmensa caridad hasta los mismos gentiles; asistió y convirtió un crecido número de éllos, y supo hacer conquistas para Jesucristo en medio de la misma persecucion.

De tiempo en tiempo padeció algunos remordimientos sobre su retiro, representándosele flaqueza, pusilanimidad y cobardía. Consultó sus escrúpulos con Roma, que le aseguró y le probó su conducta. Mientras tanto, á pesar de

los trabajos y de los frutos de su zelo, muchos cristianos de Cartago padecieron la flaqueza de apostatar de la fe por temor de los tormentos; únos en secreto, consiguiendo de los magistrados á fuerza de dinero billetes ó certificaciones falsas de haber idolatrado; y ótros públicamente ofreciendo incienso á los ídolos, ó comiendo viandas sacrificadas á éllos. Lloró y gimió san Cipriano sin perdonar á diligencia alguna para excitarlos al dolor y penitencia de su apostasía. Muchos se avergonzaron y se arrepintieron con resolucion de volverse al rebaño de los fieles; pero atemorizados con el rigor de las penitencias que imponian los cánones á este delito, recurrieron á los confesores y á los mártires que estaban en las cárceles, como á poderosos intercesores, y alcanzaron de éllos otros billetes ó cédulas de reconciliacion, en las cuales pedian los santos mártires que aquellos apóstatas arrepentidos fuesen admitidos á la comunion de los fieles, y se les moderase la penitencia. Como la Iglesia hacia tanto y tan justo aprecio de aquellos generosos confesores de Jesucristo, los concedia esta indulgencia; pero presto abusaron de élla los que habian apostatado; y hallando por otra parte ministros demasiadamente indulgentes, eran reconciliados sin imponerles penitencia alguna. No pocos de los mismos apóstatas comerciaban sacrílegamente con los billetes de reconciliacion, vendiéndoselos á ótros que por su escandalosa vida no los habian podido conseguir. Clamó toda la Iglesia contra este desórden. Escribió el clero de Roma á san Cipriano, que desde el fondo de su retiro gritaba mas que todos contra estos libeláticos. Aprovechóse de esta ocasion el presbítero Felicísimo, hombre vano, de malas costumbres, y que nunca habia podido llevar en paciencia la virtud, el mérito y la universal estimacion de nuestro Santo, poniendo en movimiento cuantos medios pudo para desacreditarle y para formar un cisma en la iglesia de Cartago. Logrólo; porque agregándose cinco obispos que habian apostatado durante la persecucion, hizo consagrar por obispo de Cartago al presbítero Fortunato. Sin embargo de ser tan irregular como violenta y abominable esta consagracion, no dexó de tener parciales y defensores que hicieron cuanto pudieron para sorprender la religion del papa san Cornelio; pero no les

fue posible conseguirlo. Descubrió el santo Pontífice toda la malignidad del partido, y condenó sus enredos, embustes y maniobras.

Murió mientras tanto el tirano, sucedió la calma á la persecucion, y san Cipriano se restituyó á su iglesia. El año de 251 convocó un concilio provincial, en que se arregló la penitencia de los que en la persecucion habian apostatado. Fueron excluidos para siempre del cuerpo del clero los eclesiásticos que hubiesen caido en la idolatría, y admitidos á reconciliacion los libeláticos, excepto los que hubiesen apostatado públicamente. A éstos solo se les debia dar la absolucion en caso de grave y peligrosa enfermedad, con tal que hubiesen comenzado á hacer penitencia en sana salud. El presbítero Felicísimo y todos los demas que persistian en el cisma fueron condenados. Como los novacianos que se hallaron en Roma no pudieron preocupar el ánimo del papa san Cornelio contra nuestro Santo, para vengarse de él procuraron que fuese elegido un cierto Máxîmo por obispo de Cartago; pero tuvo la misma suerte que Fortunato; y los cismáticos no pudieron conseguir con todas sus maniobras que el santo Obispo en muy breve tiempo no restituyese á todo su primitivo vigor la disciplina eclesiástica en la capital de su obispado.

Habiendo vuelto á encenderse el fuego de la persecucion en el imperio de Galo, y habiendo recibido en élla la palma del martirio el papa san Cornelio el año de 252, como lo llevamos dicho, le sucedió no menos en el martirio que en la silla el pontífice san Lucio, en cuyo lugar fue colocado san Esteban el año de 254, y en su pontificado se excitó entre él y san Cipriano la célebre disputa sobre lo válido del bautismo conferido por los hereges.

Los montanistas, que en el Oriente se llamaban catafrigas, dieron en la extravagancia de rebautizar á todos los católicos que se pasaban á su secta, solo por manifestar con esta demostracion el desprecio que hacian de la Iglesia, sugeridos probablemente de Tertuliano, que al principio del tercer siglo se habia separado de la Iglesia católica por adherir infelizmente á sus errores. Irritados los obispos católicos, quisieron despicarse por los mismos términos, rebautizando á los montanistas que se conver-

tian. Fundábanse en que creyendo estos hereges que Montano era el Espíritu santo, parece que bautizaban en el nombre de Montano; pero en el concilio nacional de Sinada ó de Iconia se pasó mas adelante, pues se determinó que indiferentemente fuesen rebautizados todos los bautizados por los hereges de cualquiera secta; siendo ésta con toda propiedad la verdadera época del rebautismo de los hereges. Toda la Iglesia habia seguido la práctica contraria por espacio de dos siglos. Sin embargo, algunos obispos africanos se declararon por la primera opinion, y sobre todo Agripino, que por aquel tiempo fue hecho obispo de Cartago. Cuarenta y ocho ó cincuenta años despues entró á gobernar la misma iglesia san Cipriano, y como ya encontró introducida en élla esta costumbre, no quiso innovarla. Consultado por algunos obispos de Numidia sobre este punto, convocó en Cartago un concilio en que se hallaron 32 obispos, y en él se declaró por absolutamente nulo el bautismo administrado por los hereges. Escribió san Cipriano á un amigo suyo esta determinacion del concilio; y noticioso de que con élla se turbaban los ánimos en las provincias, convocó segundo concilio en la misma ciudad de Cartago, al que concurrieron 71 obispos, los cuales confirmaron la decision del primero, y encargaron á san Cipriano que se la hiciese saber al Papa. Executólo el Santo; pero san Esteban le respondió que no se debia innovar, sino seguir la tradicion, y no rebautizar á aquellos en cuyo bautismo no hubiese intervenido otro defecto que precisamente el haber sido administrado por hereges. Desagradó mucho esta respuesta á san Cipriano; y escribiendo acerca de élla á su amigo Pompeyo, obispo de Sabrata, se explicó en términos que muestra bien que los mayores santos no dexaron de parecer hombres en algunas ocasiones. Para el dia primero de septiembre de aquel mismo año convocó Cipriano otro tercer concilio en la misma ciudad de Cartago, llamando á él todos los obispos de su jurisdiccion, que era muy dilatada. Concurrieron 58 obispos en persona, y dos por sus procuradores. Dióse libertad á cada uno para que dixese francamente su parecer; pero aunque era tan numeroso el concilio, como no presidia en él la cabeza de la Iglesia, tampoco le presidió el Espíritu santo, y fue con-

firmado el error como en los dos concilios precedentes. Nombráronse diputados que pasasen á Roma á dar noticia al Papa de lo que habia decidido el concilio de África; pero san Esteban ni siquiera quiso admitirlos á su audiencia. Interpuso sus buenos oficios con el Papa san Dionisio de Alexandría para que no excomulgase á los obispos de África y de Capadocia, que perseveraban en el error, como les habia amenazado; y poco despues condenó toda la Iglesia el error de los rebautizantes en el célebre concilio ecuménico de Nicea. San Gerónimo es de sentir que san Cipriano se retrató, y san Agustin le parece esto muy verisímil. *Aunque no se halle*, dice el Santo, *que san Cipriano se hubiese retratado, es muy probable que lo hizo; y no es imposible que suprimiesen su retratacion aquellos que no gustaban de élla.*

Permitió Dios, añade el mismo san Agustin, que san Cipriano se descaminase para que conociésemos que el entendimiento humano es limitado, y que los mayores ingenios han de fiar muy poco de sus luces. La infalibilidad no es privilegio de los particulares, ni aun de los mas esclarecidos doctores; solo nos pone á cubierto del error un rendimiento total y sin reserva á las decisiones de la Iglesia. Si Cipriano se hubiera separado de ésta, si hubiera combatido contra la fe, seguramente no le hubiera salvado el martirio; pero habiendo derramado su sangre por la Iglesia y dentro del seno de la Iglesia misma, lavó las faltas en que le hizo caer la excesiva adhesion á la disciplina de su iglesia particular, y el demasiado no muy respetuoso teson contra la cabeza visible de la Iglesia universal. Sea lo que fuere, continúa el mismo Santo, si se levantó un vaporcillo de la humana fragilidad que obscureciese algun tanto aquella alma, por otra parte tan iluminada, presto le disipó el glorioso resplandor de su sangre derramada por Jesucristo, compensándose de esta manera la falta de luz en materia del bautismo administrado por los hereges, con la abundancia de su caridad y de su penitencia: *Ut si qua nebula in ejus lucidam mentem ex humana conditione irrepserat, gloriosa serenitate fulgentis sanguinis fugaretur.* Aun aquellos mismos que dan mas abundantes frutos de caridad pueden todavía conservar tal cual púa ó vástago silvestre, que tarde ó tempra-

no arrancará el diestro labrador: *Qui fructu prævalent charitatis, possunt tamen aliquid habere purgandum, quod incultum agricola non relinquit.* Por tanto, si este hombre verdaderamente santo se engañó en la doctrina del bautismo conferido por los hereges, purgó bien este error, así con la abundancia de su caridad, como con la gloriosa muerte del martirio. *Quod vero ille vir sanctus, de baptismo aliter sentiens, quam se res habebat, et charitatis ubertate compensatum est, et passionis falce purgatum.*

Asegúrase que se apagó esta disputa viviendo aún el mismo Santo, y que los obispos de África retrataron su error, lo que confirma la opinion de que el mismo san Cipriano le habia retratado.

Pero habiéndose renovado la persecucion contra los cristianos hácia el fin del año de 256 en tiempo del emperador Valerio, se volvió tambien á encender en el pecho de san Cipriano el ardiente deseo del martirio. Para lograrle dió principio fortaleciendo á los cristianos con la elocuencia de sus sermones, con el fervor de sus conversaciones privativas y familiares, y publicando un escrito compuesto todo de sentencias y de palabras de la sagrada Escritura. Se tiene por cierto que tuvo revelacion de su martirio, y que por eso no se quiso esconder, aunque sus amigos le persuadian y le apretaban para que se pusiese á cubierto de la tempestad. Fue, pues, arrestado por órden del procónsul Aspasio Paterno; y habiendo confesado delante de él á Jesucristo con heróica magnanimidad, fue desterrado á Curubio, ciudad distante diez ó doce leguas de Cartago. Los once meses que estuvo en élla los empleó en animar, consolar y esforzar á su pueblo con sus escritos, y con los desvelos de una solicitud verdaderamente pastoral. Volvióle á llamar Galerio Máxîmo con órden de que no entrase en Cartago, y se quedase en una quinta que tenia cerca de la ciudad. En fin, el dia 14 de septiembre del año de 258 mandó el Procónsul que compareciese en su tribunal; preguntóle por su fe, por su condicion y por el generoso zelo que mostraba en favor de los cristianos, á cuyas preguntas solo respondió estas preciosas palabras: *Soy cristiano, y me glorío de serlo.* Confesó la fe de Jesucristo á presencia de un

crecido concurso con tanta elocuencia y con tan heróica resolucion, que temeroso el Procónsul de la impresion que podia hacer en los ánimos, mandó que en el mismo dia le cortasen la cabeza. Executóse en un parage llamado Sextil, pegado á los muros de Cartago, y el santo cuerpo estuvo expuesto por algun tiempo en el mismo sitio, hasta que los cristianos le enterraron en un lugar de las heras del procurador Cándido, donde con el tiempo se edificó en honor suyo una suntuosa iglesia. Despues fue trasladado á Arlés en tiempo de Carlo Magno; de Arlés á Leon, hasta que Cárlos el Calvo le mandó llevar á Compiegne. Tenemos de san Cipriano ochenta y una epístolas, con otros muchos tratados, y en todas sus obras se dexa admirar su singular elocuencia.

La misa es en honor de los Santos, y la oracion la que sigue.

Beatorum martyrum pariterque pontificum Cornelii et Cypriani nos, quæsumus, Domine, festa tueantur; et eorum commendet oratio veneranda: Per Dominum nostrum...

Asístenos, Señor, con tu proteccion en la festividad de los bienaventurados mártires y pontífices Cornelio y Cipriano, haciéndonos gratos á vuestra divina Magestad su respetable intercesion: Por nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 3. del libro de la Sabiduría.

Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et æstimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est. In paucis vexati, in multis bene disponentur; quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se. Tanquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore

Las almas de los justos estan en la mano de Dios, y no llegará á éllos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero éllos estan en paz; y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de la inmortalidad. Habiendo padecido ligeros males, recibirán grandes bienes; porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la hornilla, y recibiólos como á una hóstia

erit respectus illorum. Fulgebunt justi, et tanquam scintillæ in arundineto discurrent. Judicabunt nationes, et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum.

de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos, y su Señor reynará eternámente.

NOTA.

»Sacóse esta epístola del libro intitulado *la Sabiduría*, y en este capítulo describe Salomon con divina »elocuencia la felicidad de los justos en medio de las aflic»ciones de esta vida, y entre los mas crueles tormentos, »en los cuales llena Dios de indecibles consuelos el alma »de sus siervos mientras sus cuerpos estan entregados á la »mas horrible y mas bárbara tiranía.

REFLEXIONES.

Probólos Dios. Una vez que se haya gustado de Dios, parece que ninguna prueba puede poner en peligro la virtud. Experimentadas una vez las dulzuras de ésta, ¿quién no dirá que está muy asegurada la fidelidad en el servicio de Dios? Sin embargo, una fatal experiencia nos está probando cada dia todo lo contrario. ¿Cuántos hay que vuelven las espaldas á Dios despues de haberle servido con fidelidad por algun tiempo? ¿y no se estan viendo todos los dias muchos hombres que, como dice el Apóstol, *comienzan por el espíritu, y acaban por la carne*? Es cierto que cuesta dificultad el comprender cómo pueda seguirse un gran desórden á una virtud exemplar; ni cómo es posible que el que fue verdaderamente virtuoso pase á ser disoluto de profesion. ¿Cómo es posible que aquellas resplandecientes antorchas que mostraban á tan hermosa luz toda la piedad de la religion se apaguen de repente, y ni siquiera conozcan que perdieron la vista, y que se hicieron ciegos? ¿cómo se puede perder el gusto á la virtud hasta tener horror de élla, por lo menos sin que conozca el alma que está enferma? Y despues de haber servido á Dios muchos años con fervor y á cara descubierta, ¿cómo se podrá abandonar su servicio sin re-

mordimiento y sin escándalo? La corrupcion del corazon pasa presto al entendimiento. En comenzando á vivir mal, se dexa de discurrir bien. En perdiendo el gusto á las grandes verdades de la religion, luego se las pierde de vista. Nunca se descamina poco el que sabiendo el camino real se desvia de él por tedio. ¡Cuánta diferencia hay de un hombre en su juicio cabal á este mismo hombre en un delirio! Mudóle tanto la enfermedad, que no se le conoce. ¡Qué discursos tan desconcertados! ¡qué proyectos tan sin pies ni cabeza! ¡qué extravangancias! ¡qué locuras! ¡Y esto un hombre que pocos dias ha discurria con tanto acierto, obraba con tanta cordura, se gobernaba con tanta prudencia! No hay que extrañarlo: trastornósele la cabeza; amigos y enemigos, parientes y extraños á todos los confunde. Vete á ponerle en razon y á darle lecciones; tanto caso hace del padre como del director. Turbóle el frenesí la razon, y el único que no conoce su enfermedad es el mismo enfermo. Él se rie, él se divierte, él canta cuando lloran todos los que se interesan en su salud, y todos los que le conocieron antes de la enfermedad; no se le puede dexar solo por el peligro de que se precipite. Esta es una viva imágen de aquél y de aquélla que dexaron el servicio de Dios y la devocion despues de haber sido devotos. Es perfecta la analogía. Los mismos efectos causa el desórden de las costumbres que el desórden de los órganos. ¡Cuánta diferencia va de un hombre en otro tiempo virtuoso á este mismo hombre perdido ahora y disoluto! Parece otro entendimiento, otro natural, y que mudó de religion con la mudanza de costumbres. En otro tiempo prudente, atento, dócil, modesto, amigo de hacer bien, moderado, sin preocupaciones, el corazon sano y recto; así era cuando vivia arreglado; no podia comprender cómo era dable que el hombre de bien se diferenciase del hombre cristiano, pareciéndole que solamente la virtud era digno objeto de un corazon verdaderamente grande. Ninguna otra alegría le gustaba sino la que era efecto de una conciencia pura; ninguna diversion que no fuese muy conforme á la ley santa de Dios; no juzgaba digno de su atencion otro negocio que el de la salvacion, ni encontraba otra verdadera grandeza que la de servir á Dios y de agradarle. Pero abandonó el parti-

do de la virtud, entregóse á la disolucion; ya parece otro hombre. Sufocó la religion el desórden de su vida. Solamente se le oye burlarse insulsamente de sí mismo por lo que fue, y hacer fria chacota de la misma religion. ¡Oh, y qué digno de lástima es un hombre que volvió las espaldas á Dios!

El evangelio es del cap. 21. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Cum audieritis prælia, et seditiones, nolite terreri, oportet primum hæc fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terræmotus magni erunt per loca, et pestilentiæ, et fames, terroresque de cœlo, et signa magna erunt. Sed ante hæc omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in sinagogas, et custodias, trahentes ad reges et præsides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte aficiet ex vobis: et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Cuando oyéreis las guerras y sediciones, no os asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces, les decia: Se levantará una nacion contra otra nacion, y un reyno contra otro reyno, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas y á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fixad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

No hay otro verdadero mal en la tierra que el pecado.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay otro verdadero mal en la tierra que aquel que nunca se puede considerar como bien; que solo él nos priva de todo bien, y de la fuente de todos los bienes; tal es el pecado. Míresele por donde se le mirare, el pecado siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga; eternamente será el pecado objeto de su ódio y de su cólera; eternamente será materia de nuestro dolor. ¿Pues cómo lo puede ser ahora de nuestras ánsias y de nuestra complacencia?

Todos los que llamamos males en la tierra, en tanto lo son, en cuanto son efectos del pecado. El pecado es el que inundó la tierra de desdichas; él es el que encendió las llamas del infierno; él solo es el que hace á los hombres desgraciados; donde reyna la inocencia, allí reynan la tranquilidad y la alegría. Siendo Dios bien infinito, y siendo él mismo todo bien, no es capaz de comunicar otra cosa. El pecado solo es causa de todo mal, privándonos de este bien. ¿Pero es esta la idea que se forma del pecado? ¿mas dexará el pecado de ser menos mal y de ser menos pecado porque formemos nosotros otra idea?

Esos concursos á ciertos entretenimientos de donde está siempre desterrada la inocencia; esas diversiones siempre ocasionadas, esos espectáculos, esos regocijos profanos, orígen fatal de tantos desórdenes, ¿prueban por ventura que miramos con grande horror al pecado? Y aun aquellas personas que no se abandonan tanto al desórden, ¿viven siempre muy inocentes? Familiarizámonos con el pecado; ¿pero nos acostumbrarémos igualmente á los tormentos que se siguen á él?

Ah Señor, ¡y qué poco he conocido el pecado hasta aquí! ¡pero cuánto le detesto ahora! Aumentad mi dolor, y perdonadme mis pecados.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no tenemos razon para llamar males á aquellas cosas que nos pueden ser útiles para nuestra felicidad. A una alma fervorosa todo la puede entrar en provecho menos el pecado.

Las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pureza, hasta la misma muerte, todo nos puede servir para ser felices, pues todo nos puede ayudar para ser santos.

Pocos santos hay que no deban, por decirlo así, á las persecuciones, á las adversidades, á los trabajos, algun grado, por lo menos, de su elevacion en el cielo. ¿Qué no debieron los mártires á los suplicios? Vuestros parientes y vuestros amigos os perseguirán, dice el Salvador; mas no por eso seréis desgraciados; toda la malicia y toda la rabia de los mas crueles tiranos no será capaz de arrancaros un solo cabello de la cabeza. El que está en gracia de Dios y es querido suyo, ¿qué tiene que temer? Es grande error reputar por mal el ódio del mundo, cuando el mundo aborrece á uno porque ama á Dios, y porque sirve á Dios. ¿Cuántos favores, cuántas conveniencias ofreció el mundo á san Cipriano para pervertirle? ¡Con qué crueles suplicios no le amenazó si se negaba á sus engañosas promesas! ¿Pero con qué valor menospreció el Santo no menos las caricias que los tormentos del tirano? ó por mejor decir, no hubo para él mayor tormento que las caricias. Antes perdió la vida que la amistad de su Dios. ¿Cuándo pensarémos nosotros de la misma manera? ¿cuándo discurrirémos sobre los mismos principios? ¿tiénese hoy al pecado por el mayor mal de todos los males? ¿míranle siquiera como mal aquellas personas que se divierten, que hacen vanidad de cometerle? Llámase mal una pérdida de bienes temporales, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que, segun los fines de la divina Providencia, suelen ser orígen de muchas bendiciones; ¿pero se tiene al pecado por gran mal cuando se le considera como medio para hacer fortuna?

Mi Dios, ¡en qué ceguedad he vivido yo hasta aquí! Perdonadme mis maldades, y dignáos oir mi humilde rue-

go. Padezca yo, Señor, todos los tormentos, padezca todos los males de esta vida antes que cometer un solo pecado.

JACULATORIAS.

Væ vobis, viri impii, qui dereliquistis legem Domini Dei! Eccl. 41.

¡Ay de vosotros, hombres impíos, que abandonásteis la ley santa de vüestro Dios y Señor!

Horrendum est incidere in manus Dei viventis. Hebr. 10.

Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo, y ser objeto de su indignacion.

P R O P O S I T O S.

Concibe tanto horror al pecado, que estés pronto á perder los bienes, la salud y la misma vida antes que perder la gracia. Muy digno de lástima serías si estuvieras en otra disposicion. Pero como de nada sirven los mejores dictámenes especulativos si no se ponen en práctica, toma desde ahora la santa costumbre de decirte á ti mismo siempre que á ti ó á ótros suceda alguna desgracia: No hay otro mal sino el pecado; consolémonos, que esta pérdida de los bienes ó de la salud puede ser para mayor provecho nuestro. Líbrame, Señor, de todo pecado; pues no temo otro mal.

2 Toma ocasion de todos los adversos acasos de la vida para decir á tus hijos, á tus amigos y á tus criados que ningun otro mal se debe temer sino el pecado. Sea éste como tu refran ó como una ordinaria sentencia. Repítesela contínuamente á tus hijos, y dítela á ti mismo cien veces al dia. No te descuides ni en las mas leves mentiras oficiosas, ni en las restricciones mentales que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni en la menor impaciencia. Has de tener por enteramente prohibido para ti todo cuanto pueda alterar aun ligerísimamente la caridad. La demasiada indulgencia consigo mismo, y la poca con los demas, es por lo comun orígen de muchas faltas. Débete causar horror todo cuanto puede causar el mas leve daño al próximo, y todo lo que tenga apariencia ó sombra solo de pecado. La vista solo de un monstruo asusta

y sobresalta. Repite muchas veces aquellas bellas palabras: *Malo mori quam fœdare animam meam*: mas quiero morir que manchar mi alma. No te contentes con tener horror al pecado; ten el mismo á las ocasiones de pecar, y huye de éllas tanto como del pecado mismo. No se detesta el pecado cuando no se tiene horror á la ocasion.



DIA DIEZ Y SIETE.

La milagrosa impresion de las llagas de san Francisco.

Admirable es Dios en todos sus santos; pero con todo eso hay algunos á quienes distinguió con tan especiales favores, que parece le hacen mas admirable las singulares maravillas que obró en éllos. En este número se debe contar el grande san Francisco de Asís. Fue su vida una continuada tela de favores tan señalados y de sucesos tan maravillosos, que igualmente acreditaron las grandes misericordias del Señor, que la eminente santidad de aquel hombre verdaderamente extraordinario. Pero el milagroso suceso, cuya memoria quiso consagrar la Iglesia con fiesta particular en este dia, fue sin duda de los mas sobresalientes. Apenas harémos mas que trasladar casi palabra por palabra lo que nos dexó escrito san Buenaventura.

El año de 1224 renunció san Francisco el generalato en manos del bienaventurado fray Pedro de Catana; y habiendo mostrado al mundo el poder de Dios en muchas ocasiones, tanto con sus sermones como con sus milagros, se retiró al monte Alverna para pasar en él su cuaresma de san Miguel; es decir, para entregarse á la soledad y al ayuno por espacio de cuarenta dias, desde la Asuncion de la Vírgen, hasta el último de septiembre. Está situado este monte en los confines de la Toscana, y es una parte del Apenino que pertenecia á un Señor del pais llamado Orlando Catanio, y en el año de 1213 se le habia

concedido á san Francisco, fabricando en él una iglesia pequeña para el Santo, y algunas celdas para sus frayles. Retirado, pues, el santo Patriarca á dicho monte, y hallándose un dia en lo mas fervoroso de su oracion, sintió fuerte inspiracion de abrir el libro del evangelio, persuadido á que habia de encontrar en él lo que Dios queria que hiciese. Prosiguió un rato en su oracion, y tomando despues el libro del altar, mandó á fray Leon que le abriese. Era fray Leon el único compañero que habia llevado consigo á la soledad. Abrióle por tres veces, y en todas salió la pasion de nuestro Señor Jesucristo, por donde entendió san Francisco que lo que Dios queria de él era que cada dia se hiciese mas semejante á Cristo crucificado, aumentando el rigor de la mortificacion y de la penitencia.

Una mañana, hácia la fiesta de la Exâltacion de la santa Cruz, que es el dia 14 de septiembre, hallándose en oracion, se sintió tan abrasado en incendios del divino amor, y con tan inflamados deseos de ser semejante á Cristo crucificado, que no le parecian bastantes para satisfacerle todas las penitencias del mundo, ni aun el martirio mismo, cuando de repente vió baxar de lo mas alto del cielo á un serafin, que en rapidísimo vuelo venia como á dispararse sobre él. Tenia seis alas encendidas y resplandecientes; dos se elevaban sobre la cabeza, otras dos estaban extendidas como en ademan de volar, y las otras dos cubrian todo su cuerpo. Pero lo mas portentoso era que el serafin parecia estar crucificado, teniendo los pies y las manos clavados en una cruz. Cada uno podrá imaginar cuánta sería la admiracion y el pasmo; qué efectos de amor, de gozo y de compuncion excitaria en el corazon de nuestro Santo la vista de aquel prodigio. Comprendió entonces, dice san Buenaventura, que su transformacion en imágen de Cristo crucificado no habia de ser por el martirio corporal, sino por la inflamacion del espíritu, y por el abrasado encendimiento del divino amor. Duró algun tiempo la vision; y habiendo desaparecido, dexó en su corazon una impresion maravillosa, y al mismo tiempo otra mas portentosa en su cuerpo; porque inmediatamente se comenzaron á manifestar en sus manos y en sus pies las señales de los clavos, ni mas ni

menos como las habia visto en la imágen del serafin crucificado; esto es, las manos y los pies parecian haber sido clavados por el medio, descubriéndose las cabezas de los clavos en la parte interior de las manos, y en la exterior ó superior de los pies, y las puntas remachadas á la parte opuesta de éstos y de aquéllas. En el costado derecho se manifestaba una cicatriz roxa como de herida de lanza, saliendo de élla muchas veces tanta abundancia de sangre, que se humedecian la túnica y los paños interiores. Y estas son aquellas cicatrices que desde entonces se comenzaron á llamar las llagas.

Hallóse en grande afliccion el humilde Santo, viendo por una parte que no era posible ocultar largo tiempo á sus mas familiares compañeros estas visibles y maravillosas señales de la particular bondad del Señor, y temiendo por otra publicar sus secretos. Llamó, pues, algunos frayles de los que tenia por mas espirituales, y proponiéndolos la dificultad en términos generales, los pidió consejo. Uno de éllos, y muy versado en los caminos de Dios, haciendo juicio por el ayre y por las palabras de san Francisco que habia visto alguna maravilla, y que por humildad la queria ocultar, le dixo: *Hermano, sábete que Dios no te descubre algunas veces sus secretos para ti solo, sino tambien para los demas; por eso debes temer que algun dia seas reprendido por haber enterrado y escondido el talento.* Movido san Francisco de estas palabras, se rindió al parecer de sus frayles, y les contó ingénuamente todo lo que habia visto, añadiendo que el que se le apareció le habia descubierto cosas que nunca revelaria él á persona viviente. A san Buenaventura le parece que nuestro Santo, como otro san Pablo, vió entonces cosas llenas de misterios, de los cuales á ningun hombre es lícito hablar. Acabados los cuarenta dias, baxó del monte como otro Moyses, inflamado el rostro; y por mas cuidado que puso en ocultar á todos, aun á aquellos hijos mas amados y mas familiares suyos, las permanentes señales de tan insigne favor, cuidó el mismo Señor de manifestarlas por medio de varios milagros.

Habíase extendido por toda la provincia de Rieti una enfermedad contagiosa entre el ganado, de la cual morian muchas reses, tanto ovejunas como vacunas, sin acer-

tarse con el remedio; y estando durmiendo un gran siervo de Dios, tuvo un sueño en que se le avisó que fuese á la ermita de los frayles menores, donde se hallaba san Francisco á la sazon, y rociase todo el ganado con el agua en que el Santo hubiese lavado sus manos y sus pies. Luego que amaneció se puso en camino el santo varon para la ermita, y pidiendo secretamente aquella agua, roció con élla á todas las reses enfermas que estaban tendidas por el suelo. Apenas las tocó la primera gota cuando se levantaron vigorosas y corrieron hambrientas á los pastos, cesando de esta manera toda la enfermedad. El mismo san Buenaventura refiere esta maravilla. Tambien es hecho constante, añade el mismo Santo, que antes que san Francisco recibiese del cielo esta gracia especial, todos los años se levantaba al rededor del monte Alverna una maligna nube, que deshaciéndose en granizo, arruinaba los frutos y desolaba todo el pais; pero desde que el Santo recibió las sagradas llagas no se volvieron á ver aquellas maliciosas nubes, y toda aquella comarca lo reconoció por milagro.

A pesar del gran cuidado que ponia el Siervo de Dios en ocultar aquellas impresiones y señales de sus sagradas llagas que el Señor habia estampado en su cuerpo, no pudo estorbar que se viesen las de las manos y los pies, aunque despues de aquel tiempo andaba siempre calzado, y casi siempre tenia cubiertas las manos. Vieron las llagas muchos religiosos suyos, que sin embargo de ser dignísimos de toda fe por su eminente santidad, lo aseguraron despues con juramento para quitar el pretexto á toda duda. Tambien las vieron mas de una vez algunos cardenales, amigos particulares del Santo, y muchos las celebraron en verso y en prosa, como lo afirma el mismo san Buenaventura; el cual añade, que asistiendo á un sermon del papa Alexandro IV. aseguró públicamente el Papa que en vida del Santo habia visto las sagradas llagas con sus mismos ojos: *Summus etiam pontifex Alexander, cum populo prædicaret, coram multis fratribus affirmavit se dum Sanctus viveret, stigmata illa sacra suis oculis conspexisse.* En la muerte del Santo mas de cincuenta frayles, santa Clara con todas sus hijas, y una multitud innumerable de seculares de todas condiciones, satisfacieron

su piadosa curiosidad, viendo con sus ojos, y tocando muy despacio con sus manos las sagradas llagas impresas en el santo cuerpo, como lo dice tambien el mismo seráfico Doctor.

En cuanto á la llaga del costado la ocultó el Santo con tanto cuidado mientras vivió, que ninguno se la pudo ver sino cogiéndole por sorpresa. Un hermano que le asistia, y se llamaba fray Juan de Lodi se valió para esto de un piadoso artificio, persuadiendo al Santo que se quitase la túnica interior para limpiarla; con cuya ocasion no solo vió dicha llaga, sino que metiendo en élla los dedos, le causó un vivísimo dolor. Otros dos religiosos contentaron su devota curiosidad con semejante artificio; y cuando faltaran otras pruebas de la certidumbre de este hecho, sería evidente testimonio de él la sangre de que estaba teñida la túnica, y los paños interiores. Pero muerto el Santo, tambien fue vista muy á satisfaccion esta milagrosa llaga por muchas personas; de manera que en las vidas de santos se encontrarán pocos sucesos mas bien averiguados y comprobados que el de las llagas de san Francisco. San Buenaventura, que escribió la vida del Santo treinta ó treinta y cinco años despues de su muerte, dice que todos los que vieron y tocaron estas llagas, reconociéron que los clavos se habian formado milagrosamente de la carne, y tan adherentes á élla, que cuando los movian ó los apretaban por un lado se descubrian mas por el opuesto á manera de nervios endurecidos, compuestos de una sola pieza. Los clavos eran negros como de hierro; pero la llaga del costado se conservaba siempre roxa y rasgada en figura redonda, como especie de rosa. Cierto caballero, llamado Gerónimo, hombre de capacidad, de observacion, y muy acreditado, dificultando el asenso á esta maravilla, la examinó á presencia de muchos con mayor indagacion que todos los demas: movió los clavos, tocó con sus propias manos los pies, las manos y el costado del santo cuerpo, y quedó tan convencido de la verdad, que despues fue uno de los testigos, y la depuso auténticamente con solemne juramento. Pero cuando no fuese bastante este cúmulo de pruebas y de testigos, lo sería el haberlo asegurado en sus bulas dos grandes Pontífices, y que la Iglesia haya establecido una fiesta particular, que se celebra,

hoy en todo el mundo cristiano, para celebrar la memoria de esta maravilla.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Domine Jesu Christe, qui, frigescente mundo, ad inflammandum corda nostra tui amoris igne, in carne beatissimi Francisci passionis tuæ sacra stigmata renovasti: concede, propitius ut ejus meritis et precibus crucem jugiter feramus, et dignos fructus pœnitentiæ faciamus: Qui vives et regnas...

Señor Jesucristo, que deseando abrasar nuestros corazones con el fuego de vuestro amor, cuando el mundo estaba resfriado en él, renovásteis en la carne del bienaventurado Francisco las llagas de vuestra pasion; concedednos propicio por sus merecimientos y por su intercesion la gracia de que llevemos incesantemente la cruz, y que hagamos frutos dignos de penitencia: Tu que vives y reynas.

La epístola es del cap. 6 de la que escribió S. Pablo á los de Galacia.

Fratres: Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi: per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. In Christo enim Jesu neque circumcisio aliquid valet: neque præputium, sed nova creatura. Et quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei. De cetero nemo mihi molestus sit: ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. Gratia Domini nostri Jesu Christi, cum spiritu vestro, fratres. Amen.

Hermanos: Lejos de mí el gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesus nada importa, ni la circuncision, ni el no estar circuncidado, sino el hombre nuevo. Y todos aquéllos que siguieren esta regla, sea paz sobre éllos y misericordia, y sobre Israel de Dios. En lo sucesivo ninguno me sea molesto, pues yo llevo las llagas del Señor Jesus en mi cuerpo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, ó hermanos, con vuestro espíritu. Así sea.

NOTA.

"El asunto principal de esta epístola á los gálatas, de »donde se sacó la presente, es impugnar á los falsos profe»tas que los predicaban el judaismo puro, y particularmen»te la necesidad de la circuncision."

REFLEXIONES.

Yo llevo en mi cuerpo las señales del Señor Jesus. Estas señales son las gloriosas cicatrices que el Salvador quiso conservar en su adorable cuerpo aun despues de su Resurreccion, y que por toda la eternidad serán la admiracion y el gozo de los bienaventurados en la gloria. ¿Hay hoy muchos cristianos que pueden decir con el Apóstol, que están marcados con este divino sello, y que la cruz de Jesucristo es parte de su carácter? Sin embargo, la mortificacion es necesaria para amar verdaderamente á Jesucristo. Esta es la primera leccion que da el mismo Jesucristo á los que quieren ser discípulos suyos: sin élla no hay que esperar serlo jamás. *El que quisiere venir en pos de mí*, dice este amable Salvador, *niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame. El que no tomare su cruz, y no se aborreciere á sí mismo, no puede ser mi discípulo, ni es digno de mí.* Por eso ninguna señal mas segura diéron los santos de una sólida virtud que la mortificacion. ¿Cuándo hemos de ser nosotros del mismo parecer, y cuándo tendrémos las mismas ideas? Hay dos suertes de mortificaciones: una exterior, que consiste en la maceracion del cuerpo; ótra exterior, que es propiamente la mortificacion del corazon y del espíritu. Aquélla doma la sensualidad, ésta las pasiones: ámbas son necesarias para arribar á la perfeccion, y sin las dos apénas se puede conseguir la salvacion. Los ayunos, las vigilias, los cilicios, y otras mortificaciones semejantes, son poderosos medios para hacernos hombres espirituales. Es verdad que la virtud no consiste en las penitencias exteriores; y que éstas no son incompatibles con la hipocresía. No sucede lo mismo con la mortificacion interior, que siempre es señal cierta de verdadera virtud; por eso es mas necesaria que la exterior, y ninguno puede excusarse de élla. Esta es aquella contínua violencia que es necesario hacerse para entrar en el reyno de los cielos No todos podrán ayunar, ni usar de rallos, y de cilicios; pero ninguno tiene impedimento para mortificar sus deseos, su natural y sus pasiones. Vanamente nos lisonjearémos de que amamos á Jesucristo, si no somos hombres mortificados. Es preciso resolverse á una generosa y constante mor-

tificacion, si se desea domar y destruir este amor propio de que se alimentan todas las pasiones: es necesario resolverse á llevar cada uno su cruz. En la cruz está nuestra salud, nuestra vida y nuestra seguridad, dice el autor de de la Imitacion de Cristo: en vano se busca fuera de la cruz la salvacion del alma y el camino de la gloria. Toma, pues, tu cruz, sigue á Jesus, y llegarás finalmente á la vida eterna.

El evangelio es del cap. 3. de san Juan.

In illo tempore: Erat homo ex pharisæis, Nicodemus nomine princeps Judæorum. Hic venit ad Jesum nocte, et dixit ei: Rabbi, scimus quia à Deo venisti magister, nemo enim potest hæc signa facere, quæ tu facis, nisi fuerit Deus cum eo. Respondit Jesus, et dixit ei: Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit denuo, non potest videre regnum Dei. Dicit ad eum Nicodemus: Quomodo potest homo nasci, cum sit senex? numquid potest in ventrem matris suæ iterato introire, et renasci? Respondit Jesus: Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu sancto, non potest introire in regnum Dei. Quod natum ex carne, caro est: et quod natum ex spiritu, spiritu est. Non mireris qua dixi tibi: Oportet vos nasci denuo, spiritus ubi vult spirat: et vocem ejus audis, sed nescis unde veniat, aut quo vadat: sic est omnis, qui natus est ex spiritu. Respondit Nicodemus, et dixit ei: Quomodo possunt hæc fieri? Respondit Jesus, et dixit ei: Tu es Magister in Israel, et hæc ignó-

En aquel tiempo: Habia un hombre de la secta de los fariseos llamado Nicodemus, de los principales entre los judíos. Este vino á Jesus de noche, y le dixo: Maestro, sabemos que has sido enviado de Dios á enseñar: porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces á no ser que esté Dios con él. Respondió Jesus, y le dixo: De verdad, de verdad te digo, el que no vuelva á nacer otra vez, no puede ver el reyno de Dios. Díxole Nicodemus: ¿Cómo puede nacer el hombre siendo viejo? ¿Por ventura puede entrar otra vez en el vientre de su madre, y volver á nacer? Respondió Jesus: De verdad, de verdad te digo, que el que no renazca por medio del agua, y del Espíritu santo, no puede entrar en el reyno de Dios. Lo que es engendrado de la carne, es carne: y lo que es engendrado del espíritu, es espíritu. No te admires porque te he dicho es menester que vosotros volvais á nacer: el espíritu espira donde quiere; y oyes la voz, pero no sabes de dónde venga, ni adónde vaya: así es todo aquel que es engendrado del espíritu. Respondió Nicodemus, y le dixo: ¿Cómo pueden hacerse estas

ras? Amen, amen dico tibi, quia quod scimus loquimur, et quod vidimus testamur, et testimonium nostrum non accipitis. Si terrena dixi vobis, et non creditis: quomodo, si dixero vobis cœlestia credetis? Et nemo ascendit in cœlum, nisi qui descendit de cœlo, Filius hominis, qui est in cœlo. Et sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto; ita exaltari oportet Filium hominis: ut omnis, qui credit in ipsum, non pereat, sed habeat vitam æternam.

cosas? Respondió Jesus, y le dixo: ¿Tú eres maestro en Israel, y y lo ignoras? De verdad, de verdad te digo, que hablamos aquello que sabemos, y testificamos lo que habemos visto, y vosotros no recibís nuestra deposicion. Si os he hablado de cosas terrenas, y no me creeis, ¿cómo creereis si os hablare de cosas del cielo? Ninguno, pues, sube al cielo sino el que baxó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo. Y así como Moyses levantó en el desierto la serpiente, de la misma manera conviene que sea levantando el Hijo del hombre: para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

MEDITACION.

De la penitencia necesaria á todos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el cielo se conquista con violencia. Renunciar la penitencia y la mortificacion es renunciar el cielo. Es menester renunciar el mundo y sus placeres: es menester llevar su cruz, vencer las inclinaciones, resistir á las pasiones, domar el amor propio: es menester amar á los enemigos, aborrecerse y perseguirse á sí mismo: este es el camino derecho que guia al cielo: él está sembrado de espinas, pero no hay ótro, y es menester seguir éste si queremos llegar allá. Cualquiera otro camino, cualquiera otra senda desvia de aquel término. ¿Y no es ésta la que nosotros seguimos? ¿No marchamos por un camino enteramente opuesto? Y en este caso, ¿cuál será nuestro paradero? Es indispensable necesariamente seguir este camino real. Somos pecadores, preciso es hacer penitencia: somos cristianos, es preciso seguir á Jesucristo: fuimos criados para el cielo, preciso es llegar allá cueste lo que costare. No nos parezca que es-

tas razones se hicieron para los demas, y que no hablan con nosotros. Pero segun se vive y se discurre el dia de hoy parece que se reputan estas grandes verdades como verdades de antaño, que ya no rigen. Esa penitencia indispensable á todos los pecadores, ¿es por ventura en estos tiempos la virtud de las gentes del mundo? Esa penitencia indispensable á los mismos justos, ¿es por ventura en nuestros dias la virtud familiar á todos los cristianos? Pero este camino sembrado de cruces y de espinas solo es áspero á los que tímidos y cobardes no se atreven á entrar por él: mas una vez que le emprendan con resolucion, una vez que comiencen á caminar con fervor, todo se les allana: no solo se les hace suave, sino gustoso. Las flores de que al parecer está sembrado el camino de los malos, muchas veces se convierten en espinas; ¿pues por qué las espinas, de que parece sembrado el camino de los buenos, no se convertirán tambien en flores muchas veces? La virtud que se exercita, la gracia de Dios que nos sostiene, la esperanza tan bien fundada de llegar al dichoso término de la carrera quitan á la penitencia todo lo áspero, todo lo duro, todo lo amargo que tiene. Aunque nos parezca intratable este camino, acordémonos de que los santos anduvieron por él con alegría, animándolos el exemplo de Jesucristo. Sigámoslos con valor y con fidelidad, y esperimentarémos las mismas dulzuras, los mismos consuelos, la misma facilidad.

PUNTO SEGUNDO.

Considera la necesidad que todos tenemos, no solo de amar la penitencia, sino de hacer frutos dignos de penitencia. Frecuentemente recaemos en las mismas faltas; en todas las confesiones nos acusamos siempre de los mismos pecados, porque no nos aplicamos á descubrir el orígen de éllos, á fondear nuestro corazon, á poner en execucion los medios eficaces para corregirnos. Acusámonos de las distracciones, de las negligencias ordinarias en el servicio de Dios, de las imperfecciones acostumbradas, y no pensamos en sofocar ese espíritu de orgullo y de vanidad de que estamos poseidos: esas secretas aversiones, esas emulaciones malignas, ese desordenado amor de nosotros mismos, inficionadas fuentes de todos nuestros pecados. Cortamos las

ramas, pero dexamos intacto el tronco que rompe luego en nuevos retoños. ¿Queremos lograr el intento? pues cortemos hasta las mas pequeñas raices. Recaemos con frecuencia en las mismas faltas, porque antes de confesarnos paramos poco la consideracion en la gravedad y en las consecuencias del pecado. Recaemos en éllas, porque nos falta la contricion necesaria, la sincera y la eficaz resolucion que debiéramos tener. Nos avergonzaríamos si faltásemos á la palabra dada á un hombre de consideracion. Pídenos Dios que tengamos con su Magestad este mismo miramiento: ¿será esto pedirnos demasiado? Pídenos que nuestra penitencia, cuya indispensable necesidad tenemos tan conocida, dé en fin algunos frutos, ya que hasta aquí solo ha dado hojas y flores; y que estos frutos lleguen á madurar, que sean dignos de presentársele, que sean en fin frutos dignos de penitencia. Comencémoslos á hacer desde hoy mismo hasta la muerte. Destruyamos en nosotros el reyno del pecado: huyamos con presteza todas las ocasiones de cometerle; exercitémonos contínuamente en las buenas obras que corresponden á nuestro estado; satisfagamos á la justicia de Dios con perpétua penitencia; tengamos siempre un corazon contrito y humillado con verdadero deseo de satisfacer á la divina justicia, aceptando por lo menos con amor, y sin quejarnos los trabajos de esta vida debidos á nuestros pecados.

Esta es, Señor, la gracia que os pido para hacer aquella penitencia saludable, de que no están dispensados aun los mismos justos.

JACULATORIAS.

Tibi soli peccavi, et malum coram te feci. Salm. 50.

Confieso, Señor, que pequé muchas veces contra ti, siendo tú solo testigo de mis maldades: sedlo tambien de mi amarga penitencia.

Ipse me reprehendo, et ago pœnitentiam in favila, et cinere. Job. 42.

Acúsome, Señor, y repréndome á mí mismo de mis pecados, y desde este mismo punto voy á hacer penitencia de éllos deshaciéndome como pavesa y ceniza.

PROPOSITOS.

El exercicio de la mortificacion interior es una especie de penitencia de que ninguno tiene razon ni derecho para dispensarse. Fue comun á todos los santos, y es muy conocida de cuantos verdaderamente desean ser perfectos. No es menester mas que atender bien al espíritu de Dios: es tan ingenioso el amor de Jesucristo, que aun á las personas mas groseras las inspira desde luego industrias y medios para mortificarse muy superiores al ingenio de los hombres mas sabios; y en este género se pueden tener por especie de milagros. Todo les sirve de ocasion para vencer sus inclinaciones; no hay tiempo ni lugar que no les parezca muy oportuno para mortificarse, todo sin traspasar las reglas de la prudencia y del buen juicio. Por exemplo: bástales tener una gran gana de ver ó de hablar para baxar los ojos y para coser la boca. La curiosidad de oir noticias, el deseo de saber lo que pasa, lo que se dice ó lo que se hace; la gana de ver á una persona, de contar una novedad, de saber el fin de un negocio que interesa á muchos; en una palabra, toda ánsia es materia de mortificacion, tanto mas meritoria, cuanto mas frecuente y ménos pública, pues solo tiene á Dios por testigo. Imita este excelente exercicio.

2 No hay materia mas fecunda que la que todos tenemos para exercitarnos en la mortificacion interior. Descendamos á casos particulares, que es la mejor instruccion. Una palabrita dicha á tiempo, una zumba ingeniosa, una discrecion, una agudeza puede acreditar mucho en una conversacion, pero tambien puede ser materia de un bello sacrificio. Apénas hay hora en el dia que no nos ofrezza motivo para alguna mortificacion. Esté uno en pie ó esté sentado, siempre podrá encontrar alguna postura incómoda sin que se conozca hácia fuera. Hállase en alguna ocupacion muy séria: interrúmpenle cien veces; pues cien veces se dexa interrumpir y levantar la mano con tanta mansedumbre y con tanta urbanidad como si en nada estuviera ocupado. El mal humor de un sugeto con quien se vive, los descuidos y las faltas de un criado, la ingratitud de una persona á quien se la sirvió; todo esto puede exercitar bien la paciencia de un hombre sólidamen-

te virtuoso. En fin, las incomodidades del tiempo, de la estacion y de las personas, que se padecen sin dar á entender nada, son á la verdad pequeñas ocasiones de mortificarse; pero la mortificacion en estas pequeñas ocasiones no es pequeña; y bien se puede decir que las mayores gracias suelen ser frutos de estas pequeñas mortificaciones. Tampoco es pequeña mortificacion el no dispensarse en la mas mínima obligacion, costumbre ó acto de comunidad: el conformarse en todo con la vida comun, y sin respeto á su inclinacion, á sus empleos, ni á sus años. Este es el manantial mas fecundo de gracias extraordinarias, y, por decirlo así, de la misma santidad.

DIA DIEZ Y OCHO.

Santo Tomas de Villanueva, arzobispo de Valencia.

Santo Tomas de Villanueva, ornamento de la iglesia de España, nació en Fuen-Llana, lugar pequeño de la Mancha, el año de 1488; pero se crió en Villanueva de los Infantes, á tres leguas de dicho lugar, por serlo de su padre, y de él tomó el sobrenombre de Villanueva. No era ilustre su familia; pero era muy limpia y muy honrada, con bastantes bienes de fortuna para vivir honradamente segun su condicion. Sobre todo eran muy conocidos sus padres por la exemplar caridad que tenian con los pobres. Se habian impuesto á sí mismos la ley de no amontonar dinero, sino de repartir en limosnas todo lo que les sobraba de su hacienda. No vendian los granos ni los demas frutos en los mercados, como lo hacian los otros labradores: separaban lo que habian menester para el gasto de la casa, y todo lo demas lo distribuían entre los pobres que acudian á éllos con toda confianza, como á bienhechores suyos. Esta virtud de la misericordia y de la limosna fue la mas preciosa herencia que dexaron á su hijo y heredero, inspirán-

dosela desde la cuna. No perdonó á medio alguno Alfonso García, padre de nuestro Santo, para darle una cristiana educacion; y su madre Lucía Martinez, muger de gran virtud, dedicó al mismo fin todos sus maternales desvelos, tardando poco en reconocer que la gracia ayudaba á su piadoso trabajo, aun mas eficazmente que élla. Contaba Tomas solo siete años cuando dió grandes muestras de su compasivo amor á los pobres con cien industrias, que solo podian ser sugeridas por el espíritu de Dios. Cada dia salia con alguna nueva invencion en favor de los necesitados. Unas veces dexaba la comida para darla de limosna; ótras se desnudaba de sus vestidos para cubrir con éllos á algun niño desnudito. Todo cuanto podia encontrar en casa que fuese de algun alivio á los pobres, todo lo atrapaba y lo distribuia entre los muchos mendígos que á todas horas concurrian á su puerta. Trigo, legumbres, viandas y pan eran la materia ordinária de sus piadosos hurtos, y sus caritativos padres, en lugar de reprenderle, eran los primeros que lo celebraban.

Sobre todo, la virtuosa madre tenia especial gusto en ver las industrias de que se valia para tener siempre que dar á los pobres que le pedian limosna. Hiciéronle un vestido nuevo, y el primer dia que le estrenó se le dió al primer pobre que encontró al salir de su casa, y él se volvió á vestir el viejo. Sorprendida la madre, le preguntó que habia hecho del vestido nuevo, y el santo niño la respondió, que como estaba acostumbrado al viejo, se acomodaba mas bien con él, y el ótro le pareció que era mejor para los pobres.

Otro dia estaba solo en casa, y no teniendo la llave de la despensa para dar pan á seis pobres que llegáron á la puerta, se acordó de que habia en el corral una gallina con seis pollos; dió á cada uno un pollo, y los despidió. Cuando volvió la madre y echó menos sus pollos, el santo Niño con su natural candor la confesó lo que habia hecho, añadiendo con igual ingenuidad, que si hubiera venido otro pobre mas pensaba darle la gallina.

A esta virtud de la caridad acompañaban todas las demas que son ordinarias en los santos. Hechizaba á cuantos le trataban la dulzura y la apacibilidad de su genio. No conocia Tomas ni aun aquellas mentirillas que son tan comu-

nes en los niños. Su ingenuidad era seguro indicio del candor y de la pureza de su alma; delicada virtud, que nunca se ajó en él, ni aun con el mas leve vapor; tanto, que hasta su ayre, sus conversaciones y sus modales la inspiraban en los jóvenes mas libres; y su devocion se pegaba á todos los que observaban el respeto y la compostura con que estaba horas enteras en las iglesias.

La primeras palabras que sus padres le enseñaron á pronunciar fueron los dulcísimos nombres de Jesus y de María. Por eso era tan tierna su devocion á la madre de Dios, que comunmente le llamaban el hijo de la Vírgen, habiéndose reparado que los sucesos particulares de su vida fueron en alguna festividad de esta Señora. El dia de la Presentacion tomó el hábito de religioso, en el de la Asuncion le hiciéron obispo, y en el de la Natividad de la Vírgen fue su dichosa muerte.

Habiendo estudiado en su patria las primeras letras, en las cuales por su ingenio y por su aplicacion adelantó mucho en poco tiempo, le enviaron sus padres, siendo de edad de quince años, á la universidad de Alcalá, que acababa de fundar el Cardenal Ximenez. Luego se hizo muy señalado en élla por su ingenio, y mucho mas por su virtud; y lo que suele ser escollo en que naufraga la inocencia de los jóvenes, solo sirvió para añadir nuevo lustre á la de nuestro Tomas. Lejos de dexarse arrastrar por los malos exemplos de otros profesores de su edad, él los traía al amor de la virtud con los buenos que les daba á éllos. No se sabia lo que mas se habia de admirar en el santo Mancebo, ó los asombrosos progresos que hacia en las ciencias, ó lo que adelantaba cada dia en la virtud. Anticipóse su reputacion á la madurez de la edad. Aún no tenia veinte años, y ya le buscaban para árbitro de las diferencias. Por mas que su modestia se esforzaba á ocultar sus raros talentos, se descubria su extraordinario mérito á pesar de su humildad; y así, habiendo recibido el grado de maestro en artes á los veinte y seis años, fue nombrado por catedrático de filosofia. Extendida su fama por España, al cabo de dos años fue llamado á la universidad de Salamanca; convite que admitió gustoso porque ya se le hacian insoportables los honores que le tributaban en Alcalá; pero como á todas partes llevaba consigo su mérito y su virtud, en todas da-

ba mucho que padecer á su humildad la admiracion, el concepto y el aplauso de los hombres.

Habia mucho tiempo que Tomas suspiraba ansiosamente por la soledad; y los mismos aplausos del mundo avivaban mas y mas en su humilde espíritu estos ansiosos deseos. Aunque su vida era recogida, austéra y retirada, siendo su principal estudio el de la salvacion, se le hacia intolerable el preciso comercio con las gentes que no podia excusarse; y habiendo llegado á su noticia que así en Alcalá como en Salamanca se pensaba sériamente en fixarle en la universidad para elevarle á las primeras dignidades eclesiásticas, se determinó á tratar eficazmente de su retiro. Duró poco la deliberacion. Despues de exâminado el espíritu y los estatutos de muchas sagradas religiones, le pareció que le llamaba Dios á la de los ermitaños de san Agustin. Apénas descubrió su ánimo, cuando fue recibido con extraordinario gozo de toda la órden. Entró en élla el año de 1518 en el mismo dia en que el desgraciado Lutero la habia abandonado, como se notó con el tiempo: como que la divina Providencia queria consolar á la religion en el justo dolor que la causaba la desercion de un apóstata, recompensándola esta pérdida con la admision de un gran santo.

Muy desde luego se reconoció que en lugar de un novicio se habia recibido un gran maestro de la vida espiritual. Para él eran alivios los exercicios mas penosos de la religion; recreo las mas rígidas austeridades. Acostumbrado desde la edad de diez años á los ayunos, á las mas dolorosas mortificaciones del cuerpo, y á la perfecta abnegacion de la propia voluntad, todos los rigores de la religion se le representaban lenitivos y temperantes. Por eso aunque su mortificacion llegaba á ser excesiva, solia decir que desde que habia entrado religioso ya no hacia penitencia. No hubo novicio mas exâcto en el cumplimiento de todas las obligaciones, ni religioso mas rendido ni mas humilde. Al ver la santa simplicidad con que se portaba en todo, se podia juzgar que enteramente estaba olvidado de que habia sido catedrático en las universidades mas célebres de España. Por la constante uniformidad de su conducta se llegó á creer, ó que habia nacido sin pasiones, ó que por privilegio particular se las habia Dios extin-

guido en su inocente alma. A su fervor y á su inocencia correspondia su tierna devocion. Por eso apenas acabó el año de noviciado cuando le ordenaron de sacerdote; y añadiendo el sacerdocio nuevo lustre á su virtud, en el mismo año le mandaron los superiores que repartiese al pueblo el pan de la palabra de Dios; lo que hizo con tanta dignidad y con tanto fruto, que desde allí adelante solo era conocido por el renombre del apóstol de España.

Con este empleo volvió á reproducir su caridad con los pobres, que habia estado como suspensa durante el retiro del noviciado; de suerte que al mismo tiempo era el predicador de la palabra de Dios, enfermero de los enfermos, mayordomo de los pobres, y el recurso universal de todos los necesitados. Hicieron escrúpulo los superiores de que esta grande antorcha estuviese mas largo tiempo escondida debaxo del celemin, y le mandaron enseñar la teología en el convento de Salamanca. Desempeñó el nuevo empleo con universal aplauso, sin afloxar por eso ni en su fervor ni en su zelo. Toda la ciudad concurria á sus lecciones movida de su gran reputacion, y en éllas aprendia al mismo tiempo la ciencia de las escuelas, la de la religion y la de la salvacion eterna. Por el singular talento de predicador, de que le habia dotado el cielo, le pidieron las mas principales y populosas ciudades de España para que predicase en éllas. Hízolo con maravilloso fruto en Burgos y en Valladolid, donde toda la corte concurria á oirle con una ánsia verdaderamente asombrosa. Ninguno era mas frecuente á sus sermones que el mismo emperador Cárlos Quinto, el cual le nombró por su teólogo, y por su predicador ordinario. Preguntado en cierta ocasion de dónde sacaba unos pensamientos tan sólidos, unos conceptos tan elevados, una elocuencia tan dulce, tan pegajosa y tan enérgica, acompañada de tanta mocion, respondió con su acostumbrada humildad, que el crucifixo era el gran maestro de los predicadores, y que la oracion debia ser su principal escuela. Es verdad que recibia en éllas unas luces tan soberanas, que solo Dios se las podia comunicar, y que muchas veces fue visto arrebatado en éxtasis.

Como los religiosos de su órden le trataban mas de cerca que los seglares, tenian tambien mejor conocidos sus

extraordinarios talentos y su raro mérito; en cuya consideracion les pareció debian dispensar con él una constitucion de la órden, que prohibe sean promovidos á superiores los que no tengan siete años de profesion. Solo tenia dos de profeso cuando le hicieron prior del convento de Salamanca, despues del de Burgos, en tercer lugar del de Valladolid, dos veces provincial de Andalucía y una de Castilla. Desempeñó estos cargos con tanta dignidad y con tanta satisfaccion de todos sus súbditos, que en él se verificó lo que escribe san Pablo á Timoteo: La virtud sirve para todo, y los santos sobresalen en todo lo que les encarga la obediencia. A vista de lo que iba creciendo cada dia la santidad y el mérito de nuestro Tomas, no se puede explicar la general veneracion que se mereció en toda España. Habia condenado á muerte el emperador Cárlos Quinto á ciertos caballeros, reos de lesa magestad; intercedieron por éllos los grandes de España, y entre ótros el Almirante, el Condestable, el arzobispo de Toledo, y hasta su mismo hijo el principe de Asturias don Felipe: estuvo inexôrable el Emperador; pero no se pudo resistir á la súplica que hizo en favor de éllos nuestro Santo; y como vió que toda la córte se admiraba mucho de esta preferencia, dixo públicamente: *Habeis de tener entendido que los ruegos del Prior de los agustinos de Valladolid son para mí como preceptos de Dios: justo es que se concedan algunas gracias de la tierra á un varon santo y tan amigo de Dios á quien debemos recurrir para que nos consiga las del cielo.*

Andaba nuestro Santo visitando los conventos de su provincia cuando tuvo noticia de que el Emperador le habia nombrado para el arzobispado de Granada, y que le habia mandado expedir la cédula. Sobresaltóse extrañamente su profunda humildad, sugeriéndole tantas razones para renunciar aquella dignidad, y representóselas al Emperador con tanta elocuencia, que se vió precisado á rendirse, y á admitirle la renuncia. Pero vacando despues el arzobispado de Valencia por dimision de don Jorge de Austria, promovido al obispado de Lieja por el papa Paulo III., y hallándose en Flándes el Emperador muy arrepentido ya de la facilidad con que habia condescendido la primera vez con la humildad de fray Tomas, le nombró para este

arzobispado. Recibió el Santo la cédula imperial sin asustarse mucho, pareciéndole que la segunda renuncia sería tan eficaz como la primera; pero se engañó. Conspiráron contra su resolucion uno y otro poder, el temporal y espiritual, mandándole sus superiores, pena de excomunion, que se rindiese á la voluntad de Dios tan descubierta. No tuvo otro remedio que obedecer. Consagróle en Valladolid el arzobispo de Toledo el año de 1544, y al punto partió para su iglesia sin otra comitiva ni familia que un religioso, que era su sócio, y dos criados del convento de donde venia. Hizo el viage á pie, con su hábito raido, y un sombrero que le habia servido ya veinte y seis años, y le sirvió despues en todos sus viages. Tuvo pensamiento de ir á ver á su madre, que habiendo cedido su casa al hospital, se habia consagrado al servicio de los pobres, y le habia escrito que pasase por Villanueva para darla este consuelo antes de morir. Al principio le pareció cosa muy justa; pero consultándolo con Dios, halló que la carne y sangre tenian mucha parte en aquella condescendencia, y así por pura virtud se privó de aquel consuelo.

Hizo la entrada pública en su iglesia el primer dia del año de 1545; y viendo los canónigos su pobreza, le regalaron con cuatro mil ducados. Admitiólos el Santo con el mayor agradecimiento; pero á su misma presencia mandó que los llevasen luego al hospital para alivio de los pobres, diciendo, que no siendo incompatible la pobreza con la dignidad episcopal, estaba determinado á vivir en la misma conformidad que siempre habia vivido. Con efecto, su vestido era el de un pobre y mero religioso, y su mesa la misma que en el convento; siendo de dictámen que el obispo solo se habia de distinguir por la virtud y por las buenas obras, no por la preciosidad de los muebles, ni por la magnificencia y suntuosidad de los equipages. Siempre consideró sus rentas como patrimonio de los pobres, en que él solo tenia la incumbencia de distribuírsele; y así los mismos pobres llamaban públicamente su casa al palacio arzobispal. Raro dia se dexaba de dar limosna á mas de cuatrocientos, sin las secretas que se hacian á todas las familias vergonzantes. No habia personas nobles tan ingeniosas en ocultar sus necesidades, como era industriosa la caridad del Arzobispo en descubrirlas, y su

liberalidad en socorrerlas. Nunca tuvo cruz arzobispal propia, ni oratorio, ni ornamento; todo lo tenia prestado de la catedral. La vaxilla de su mesa era de barro, y toda su plata se reducia á unas cucharas para los huéspedes ó convidados. Observó toda la vida los ayunos de la órden, y los de la Iglesia á pan y agua.

A su penitente vida correspondia el zelo por la salvacion de sus ovejas. Ningun pastor le excedió en el cuidado de su rebaño. No solo visitaba todos los años el arzobispado, sino que predicaba todos los dias, y algunos mas de una vez. Bastaba verle para moverse, y oirle para convertirse; por lo que en brevísimo tiempo mudó de semblante toda la diócesi. Ocupaba el dia en visitar los pobres enfermos, en instruir á los ignorantes, en convertir los pecadores y en componer las diferencias: las dos partes de la noche las pasaba en devociones. Extendíase particularmente su solicitud pastoral á las doncellas pobres, á los niños expósitos, á los encarcelados y á los huérfanos. Todos éstos encontraban en el santo Prelado socorro, consuelo, poderosa proteccion y asilo.

Convocó el papa Paulo III. un concilio general en Trento; y viéndose imposibilitado el santo Prelado de concurrir á él por la debilidad de su salud, consumida al rigor de sus penitencias y de sus grandes trabajos, nombró en su lugar al obispo de Huesca. Casi todos los prelados de España que concurrieron al concilio pasaron por Valencia para tomar parecer de nuestro Santo, venerado como oráculo en la Iglesia; y se asegura, que hallándose en el mar estos obispos muy á peligro de padecer naufragio, imploraron la intercesion de santo Tomas, que se les apareció vestido de pontifical; los aseguró, y al punto se sosegó la tormenta. Así lo afirmaron en Trento los mismos prelados.

Miéntras tanto el alto concepto que formaba el santo Arzobispo de las obligaciones de un buen pastor, y el baxísimo que hacia de sí por su profunda humildad, le tenia en un contínuo sobresalto, temiendo la terrible cuenta que habia de dar á Dios. Este temor le congojaba dia y noche, obligándole á solicitar muchas veces que se le admitiese la renuncia del arzobispado; y no queriendo darle oidos en España, acudió á Roma. Pero viendo cerradas to-

das las puertas, se volvió al Señor, pidiéndole con muchas lágrimas que librase á su iglesia de tan indigno prelado. Oyóle su Magestad, y le sacó luego de este mundo, no para librar á su iglesia de un prelado indigno, sino para darla un poderoso protector en el cielo, y para premiar con la gloria eterna su eminente virtud.

Hallándose en oracion el dia de la Purificacion de la santísima Vírgen el año de 1555, y creciendo en su corazon el ansioso deseo de gozar cuanto antes de su Dios, oyó una voz que le dixo clara y distintamente: *Tomás, no te aflijas: ten un poco de paciencia: el dia de la natividad de mi Madre recibirás el premio de tus trabajos.* Desde aquel instante vivió el santo Arzobispo en una especie de contínua contemplacion, siendo su vida un continuado exercicio de penitencia, de oracion y de obras de caridad. En fin, el dia 29 de agosto se sintió acometido de una esquinencia acompañada de violenta calentura. Conocieron todos que se acercaba su última hora por la extraordinaria alegría que manifestó en su semblante. Quiso recibir con tiempo los santos sacramentos. Tres dias ántes de su muerte, deseando que le acompañase hasta la sepultura la caridad con los pobres, que, por decirlo así, habia nacido con él, mandó traer delante de sí cinco mil ducados, los únicos que le habian quedado, y dió órden de que se distribuyesen entre los pobres de todas las parroquias de la ciudad sin que se reservase ni un solo maravedí. El dia antes de su muerte, diciéndole que despues de haber socorrido largamente á todos los pobres de la ciudad habian sobrado mil y doscientos escudos, exclamó: *Por amor de Dios os ruego que en esta misma noche, y antes que amanezca el dia de mañana repartais todo ese dinero entre los pobres: este es el mayor servicio que me podeis hacer.* A la media noche fue preciso obedecerle; y diciéndole la mañana siguiente que estaba obedecido en todo lo que habia mandado: *Gracias os doy, Señor* (exclamó), *por la merced que me haceis de morir pobre. Encargásteisme la administracion de vuestros bienes y ya los he repartido segun vuestra divina voluntad.* Entró un instante despues el tesorero de la iglesia, y le dixo que le acababa de traer un poco de dinero: *Pues id prontamente* (le respondió el Santo), *y distribuidlo entre los pobres, llevando luego luego todos los muebles de mi cuarto al rector del colegio que*

fundé. Acordándose despues que la pobre camilla en que moria era suya, tuvo algun escrúpulo, y viendo en su cuarto al alcaide de la cárcel eclesiástica, le dixo *Amigo, doyte desde luego esta cama en que estoy: solo te pido de gracia y por amor de Jesucristo, que me la dexes prestada hasta que espire.* Deshacíanse en lágrimas todos los presentes, y el Santo mandó que le administrasen la Extremauncion. Despues hizo que le dixesen misa en su cuarto; y al acabarse el santo sacrificio, pronunciando los dulcísimos nombres de Jesus y de María, rindió dulcemente el alma en manos de su Salvador el dia 8 de septiembre del año 1555, á los 67 de su edad, y el onceno de su pontificado. Los funerales fuéron de los mas magníficos; pero ninguna cosa los honró tanto como los clamores y las lágrimas de mas de ocho mil y quinientos pobres que lloraban la pérdida de un buen padre, y no se podian consolar en élla. El mismo dia de su muerte manifestó Dios su alta santidad con gran número de milagros. Treinta y tres años despues se halló entero el santo cuerpo; y en el de 618 fue solemnemente beatificado por el papa Paulo V. que mandó que en todos sus retratos se le pintase con una bolsa en la mano, y rodeado de pobres. En fin, el primer dia de noviembre de 1658 fue solemnemente canonizado por el papa Alexandro VII, quien mandó se rezase de él en toda la Iglesia.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatum Thomam pontificem insignis in pauperes misericordiæ virtute decorasti, quæsumus, ut ejus intercessione, in omnes qui te deprecantur, divitias misericordiæ tuæ benignus effundas: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que dotaste al bienaventurado Tomás de una insigne caridad con los pobres; suplicámoste que por su intercesion derrames liberalmente las riquezas de tu misericordia en todos los que te invocan: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44. *y* 45. *de la Sabiduría.*

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconcilia-

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion.

tio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que exerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

"Sacóse esta epístola del libro del Eclesiástico, tomando » de él la santa Iglesia muchas cosas, que habiéndose dicho » de los patriarcas antiguos, élla las aplica á los santos obis» pos que cumpliéron dignamente con su sagrado ministerio, » por haber imitado las virtudes de todos aquellos primeros » santos."

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios. ¿Cuándo acabará de formar el mundo un concepto cabal de la verdadera grandeza? ¿cuándo dexará de colocarla en un poco de humo, que se desvanece luego que se levanta? No ve Dios en los hombres cosa alguna que se pueda llamar grande, sino el cuidado de agradarle y de servirle. ¡Rara cosa! Casi siempre la ambicion de la gloria y el ánsia de la distincion son el orígen de que se consuman vanamente las rentas, y la causa principal de los gastos mas supérfluos y mas locos. Muy caro se compra á la verdad un poco de polvo para echarle en los ojos de los hombres. No hay duda que los puestos elevados le colocan á uno en sitio alto; pero el que es pequeño de suyo, por elevado que esté, no por eso es mas

grande. Esas magnificencias enteramente mundanas, prodigalidades sin qué ni para qué: esas profusiones en regalos, en mesas y en festines, ¿añadirán mucho honor á un hombre destituido de todo mérito? Mientras tanto un vaso de agua dado por caridad, tiene por recompensa el mismo cielo. ¿Qué soberbio trén, qué magníficos equipages diéron jamás tanta honra como una tropa de pobres que te rodean y te aclaman por su padre? Inútilmente te quieres aturdir haciendo pública profesion de mundano: cristiano eres, y la luz de la religion se abre camino por entre las mas densas tinieblas. Oyese una voz en medio del mayor estruendo. Conócese muy bien que ninguna cosa hace mas respetable á un grande, á un hombre rico que la caridad cristiana. Descúbrese en esta liberalidad cierta grandeza de alma, cierto fondo de nobleza, cierta superioridad de espíritu, que se eleva mucho sobre esos títulos secos, estériles, infructuosos, fundados en posesiones que no comunican mérito, y en unos antepasados que ya no exîsten. Un mal corazon, un espíritu apocado, una alma baxa y vulgar nunca fueron muy caritativos. Es la caridad la virtud de las almas nobles; y la liberalidad con los pobres el carácter mas ordinario de un corazon verdaderamente cristiano. Admirámonos de ver tantas mudanzas en la fortuna de las casas y de los hombres. Nunca se han visto en el teatro tantas mutaciones de escenas. Un mismo hombre representa en su vida muchos papeles: las mismas posesiones, los mismos cargos, los mismos muebles mudan de manos y de amos á cada paso. Por lo menos pocos hijos se encuentran que hereden la buena fortuna de sus padres. Nunca se desvia mucho la pobreza de la puerta de los ricos. Presto se sigue la necesidad á la magnificencia que hace mas ruido; y se ven pocas familias opulentas que traspasen la abundancia á sus herederos. Atribúyese esta inconstancia de la prosperidad á mil accidentes, que ciertamente no tienen parte en élla. La dureza de los ricos con los pobres y con los necesitados es la causa mas comun de esas revoluciones de fortuna. Niéganse á Dios los intereses, por explicarme así; pues no hay que admirarse de que retire el principal. Si el padre administró mal el fondo, no es mucho que el dueño quite á los hijos la administracion: *aliis locabit agricolis*. ¿Quieres fixar esa fortuna brillante? ¿quieres adquirir una verdadera grande-

za? ¿quieres que el capital y los réditos se conserven largo tiempo hereditarios en tu familia? ¿quieres asegurar la abundancia en la posteridad de tu casa? pues sé rico en caridad; sé liberal, sé magnífico en limosnas y en obras pias. No tiene la prosperidad título de posesion mas bien fundado que el sustento de los pobres.

El evangelio es del capítulo 25. de san Mateo, y el mismo que el dia V, fólio 105.

MEDITACION.

De las obras de misericordia.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por obras de misericordia se entienden aquellas obras, aquellas acciones de caridad, que dirigidas por la fe son propias de los verdaderos fieles, y que hacen en parte el carácter de los verdaderos discípulos de Cristo, por las cuales hasta los mismos gentiles discernian los cristianos, distinguiéndolos de los demas hombres: aquellas virtudes que siendo sobrenaturales, solo nacen dentro del cristianismo, y que siempre fueron el mayor elogio de nuestra santa religion. Tuvo gran cuidado el Hijo de Dios de enseñarnos estas obras de misericordia, y de hacernos comprender su indispensable necesidad para la salvacion, queriendo tuviésemos entendido que en éllas se habian de fundar los títulos para el premio; y poniéndose el mismo Señor en lugar de los mismos pobres, á quienes se hace la limosna por su amor, dice á sus escogidos: *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reyno que os está preparado desde la creacion del mundo; porque tuve hambre, y me dísteis de comer: tuve sed, y me dísteis de beber: no tenia donde recogerme, y me hospedásteis: estaba desnudo, y me cubrísteis: estaba enfermo, y me visitásteis: estaba en la cárcel, y me fuísteis á ver. Porque de verdad os digo, que todas las veces que hicísteis todas estas cosas con el mas mínimo de mis hermanos, á mí me las hicísteis.* A vista de esto, ¿serán menester muchos discursos para probar que todas estas buenas obras no siempre son de puro consejo, sino que muchas veces son necesarias para la salvacion? No te hizo Dios rico, no te dió

tantas conveniencias, no te concedió tantos bienes para ti solo. Si solo pensara en ti, te hubiera dado menos. Esos bienes temporales, esas conveniencias humanas, esa salud, ese crédito y esa autoridad son beneficios que se te dispensaron en favor de los demas. En el repartimiento de las condiciones, de los beneficios temporales, y de los bienes de esta vida, habria al parecer no sé qué dureza, y no sé qué cosa contraria á la general bondad y á la universal providencia de Dios, si á los pobres y á los necesitados los hubiera dexado sin socorro y sin alivio, al mismo tiempo que colmaba de bienes á tanto número de indevotos y de ingratos. Pero el Señor solo da los bienes á los hombres á título oneroso. Dáselos á los ricos que socorran á los pobres en sus necesidades. Los poderosos, los grandes del mundo, los hombres acomodados, segun la intencion de la divina Providencia, son propiamente tutores de los pobres y de los desvalidos. ¡Buen Dios, qué material de reflexîones para todo género de gentes!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la sentencia de reprobacion se fundará precisamente en el desprecio, ó por lo ménos en haberse negado al exercicio de estas obras de misericordia. *Apartáos de mí al fuego eterno que está preparado para el diablo, y para sus ángeles*, dirá el soberano Juez, *porque tuve hambre, y no me dísteis de comer*: *tuve sed, y no me dísteis de beber*: *no tenia donde recogerme, y no me hospedásteis*: *estaba desnudo, y no me vestísteis*: *estuve enfermo y en la cárcel, y no me visitásteis*. En esto se fundará aquella terrible sentencia. Dexa Dios todos los demas motivos, y solo hace mencion de éstos, para darnos á entender que sin la virtud de la miricordia todas las demas son defectuosas. Aunque hayas tenido la pureza mas acrisolada: aunque te hayas macerado tu carne con las mas rigurosas penitencias, de nada de eso hará caso si te faltaron las obras de misericordia. El distintivo de todos los escogidos ha de ser el amor del próximo; pero un amor práctico, benéfico y compasivo. La edad, el estado y la condicion pueden tal vez dispensarte de trabajar, de macerar tu cuerpo, de ayunar, &c. pero nunca te pueden dispensar de compadecerte de las miserias y necesidades de tus hermanos. Es la misericordia cierta sensi-

bilidad tierna del alma á vista de las miserias agenas, acompañada de un sincero deseo de remediarlas: ¿quién podrá tenerse por dispensado en esta virtud? Esto es lo que movió á tantos reyes y á tantas reynas; y esto es lo que el dia de hoy mueve á tantas personas cristianas á santificar su estado, su condicion, y todo el tiempo que tienen libre, con el exercicio de obras de misericordia. Conociéron la importancia, y aun la necesidad de exercitarse en éllas para salvarse. ¿Tenemos nosotros la misma fe? ¿somos del mismo dictámen? Si hoy ó mañana hubiéramos de comparecer en el tribunal del supremo Juez, árbitro decisivo de nuestra eterna suerte, ¿la sentencia de nuestro eterno destino se fundaria en esta virtud de la caridad?

¡O mi Dios, y cuánto debo temer, si los dias que me faltan de vivir son tan estériles en buenas obras como los que he vivido hasta aquí! Dignáos, Señor, hacer con vuestra gracia, que mi vida sea mas fértil, mas fecunda en adelante. Abrasad mi corazon con el encendido fuego de la caridad; y pues me habeis dado á conocer la necesidad de esta virtud, haced que la ponga en práctica.

JACULATORIAS.

Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur. Matth. 5.

Bienaventurados los misericordiosos, porque éllos conseguirán misericordia.

Jucundus homo qui miseretur et commodat. Salm. 111.

¡Qué consuelo tiene el hombre cuando se compadece y cuando socorre las necesidades agenas!

PROPOSITOS.

Es la misericordia una compasion, una caridad con el próximo, que nos mueve á socorrerle en sus miserias. Divide la Iglesia las obras de misericordia en siete espirituales y siete corporales. Las siete espirituales son éstas. Primera enseñar al que no sabe. Segunda corregir con prudencia y con caridad al que yerra. Tercera dar buen consejo al que le ha de menester. Cuarta consolar al triste. Quinta sufrir con paciencia las flaquezas y contradicciones del próximo. Sexta perdonar sinceramente las injurias. Séptima rogar á Dios por

los que nos persiguen, y por los vivos y los muertos. Las siete corporales son éstas. Primera dar de comer al hambriento. Segunda dar de beber al sediento. Tercera hospedar al peregrino. Cuarta vestir al desnudo. Quinta visitar los enfermos. Sexta rescatar al cautivo. Séptima enterrar á los muertos. Ninguno hay que no se pueda exercitar en alguna de estas obras: dedícate á llenar todas las obligaciones de la caridad segun tu estado. Alguna de estas obras se proporciona á todas las condiciones, y á todas las personas. Si no puedes enterrar los muertos, puedes dar con que amortajarlos, puedes mandar decir misas y hacer sufragios por aquellas almas desamparadas, que ni los dexaron, ni hay quien se acuerte de éllas para aliviarlas en el otro mundo. Si no puedes hospedar en tu casa á los pobres peregrinos, dalos con que se recojan en ótra; y está cierto que Dios te premiará esta buena obra.

2 No tienes con que dar de comer al hambriento, ni con que vestir al desnudo: no puedes visitar en los hospitales y en las cárceles al enfermo ni al encarcelado; pero puedes sufrir con paciencia las injurias y los defectos del próximo: no hay estado que te lo embarace. Puedes perdonar con buen corazon las ofensas; obras de misericordia que á cada paso se ofrecen, y de que hay abundante cosecha en todos los estados. En fin, no estás en parage de visitar los pobres enfermos de la parroquia; bien que pocos habrá que lo puedan dexar de hacer, especialmente cuando se gasta tanto tiempo en visitas inútiles y demasiado frecuentes; ¿ pero quién dirá racionalmente que no puede enseñar á sus hijos y á sus criados? Conoce ahora lo mal que has hecho, y lo mucho que has perdido, y haz firme propósito de que no se pase dia sin exercitar alguna obra de misericordia de las espirituales ú de las corporales. De aquí depende, por decirlo así, toda la economía y todo el secreto de la predestinacion.

DIA DIEZ Y NUEVE.

San Januario, obispo y mártir, y sus compañeros.

Fue san Januario natural de Benevento, de una de las mas antiguas familias del pais, como descendiente de aquellos antiguos samnitas que tuvieron guerra con los romanos, cuando aquéllos eran dueños del ducado de Benevento, de la tierra de Labor, de la Capitanata y del Abruzo. No se sabe cosa segura de los primeros años de nuestro Santo; solo es cierto, que su familia era mas ilustre por la pública profesion que hacia del cristianismo, que por el esplendor de su antiquísima nobleza, al mismo tiempo que los emperadores tenian declarada la mas cruel guerra á los cristianos. Es muy probable que la educacion correspondió á su religion y á su nacimiento. Lo que no admite duda es, que Januario era venerado como el eclesiástico mas santo y mas sabio de todo el clero cuando sucedió la vacante de la silla episcopal de Benevento. Dexaron poco que deliberar á la eleccion su virtud y su sabiduría; por lo que unánimemente le aclamaron por obispo los votos uniformes del pueblo y clero. La dificultad estuvo en vencer su humildad y su modestia, siendo preciso un expreso precepto del sumo pontífice, que á la sazon lo era san Cayo ó san Marcelino, para rendirle á prestar su consentimiento.

Apenas se sentó Januario en la silla episcopal, cuando toda la diócesi conoció el particular cuidado que tenia la divina Providencia de su pueblo, dándole en tiempos tan críticos un pastor tan digno y tan benemérito. A esfuerzos de su inmensa caridad, de su infatigable zelo y de su solicitud pastoral se desterró luego la indigencia, quedaron consolados los afligidos, y socorridos todos los necesitados. Iba el santo Prelado á buscar en lo mas retirado de los bosques á los que por la cruel persecucion huían de las po-

blaciones, resplandeciendo tanto su abrasada caridad, que la admiraban hasta los mismos gentiles; y hechizados de su prudencia, de su generosidad y de su mansedumbre, tenian particular gusto en conversar con él, descubriéndole con franqueza sus necesidades. Aprovechóse tan oportunamente su zelo de la estimacion y de la confianza con que le trataban los idólatras, que convirtió un gran número de éllos.

Encendido el fuego de la persecucion en todos los estados del imperio por los edictos que los emperadores Diocleciano y Maxîmiano habian publicado contra los cristianos, tuvo nuestro Santo muchas y bellas ocasiones de señalar su zelo y su valor, no solo en los términos de su diócesi, sino en todas las ciudades comarcanas, que continuamente andaba visitando, ya para socorrer á los fieles despojados de sus bienes por la codicia de los ministros, ya para alentar á los expuestos á la crueldad de los tiranos, y ya para exercer sus funciones pastorales. Andando en estas excursiones, verdaderamente apostólicas, encontró en Miscena un jóven diácono, llamado Sosio, que estaba en servicio de aquella iglesia, y era un mozo de extraordinario mérito, con quien estrechó grande amistad. Leyendo un dia el santo diácono el evangelio delante de todo el pueblo, vió nuestro Santo revolotear una resplandeciente llama al rededor de su cabeza, y á vista de este presagio dixo desde luego que sería coronado con la corona del martirio, lo que se verificó muy presto. Pocos dias despues fue denunciado Sosio por cristiano ante el tribunal de Draconcio, gobernador de la Campania, que le mandó prender. Exâminóle acerca de su religion, y quedó tan prendado de su ayre, de su entendimiento y de su modestia, que no perdonó á promesas ni á amenazas para pervertirle; pero viendo su invencible constancia en confesar á Jesucristo, y su heróica fe, superior á toda prueba, le mandó azotar cruelmente, y aplicar á la cuestion, hasta que cansado con la experiencia de la burla y de la risa que hacia de sus tormentos, ordenó que le llevasen á las cárceles de Puzzol con ánimo de substanciar su causa, y sentenciarla en la primera audiencia. Luego que se supo en la ciudad que el santo Mártir habia llegado á élla, pasáron á visitarle to-

dos los fieles, especialmente el diácono Próculo, y dos ciudadanos llamados Eutiques y Acucio. Informado Draconcio de la generosa caridad de los tres últimos, los mandó traer delante de sí juntamente con san Sosio; y habiéndoles hecho despedazar á azotes con la mayor crueldad, dió órden para que todos cuatro fuesen encerrados en la cárcel para quitarlos la vida el primer dia que se abriese el tribunal.

Noticioso san Januario de que el diácono Sosio estaba preso, y de que habia confesado la fe en medio de los tormentos como verdadero héroe cristiano, partió á Puzzol, no solo para alentarle á él y á sus compañeros á que despreciasen todos los tormentos por amor de Jesucristo, sino tambien para asistirlos en sus necesidades con heróica caridad. Presto logró el preció de élla. Retirado Draconcio del gobierno, le sucedió en él Timoteo. Hallándose en Nola el nuevo gobernador, recibió varias delaciones contra los cristianos, y le dieron noticia de que un hombre de Benevento, llamado Januario, hacia muchos viages á Puzzol para asistir á los que su predecesor tenia en las cárceles por causa de religion; y no contento con confirmarlos en la fe, encantaba de tal manera con sus hechizos á los mismos gentiles, que habia persuadido á muchos á abrazar el cristianismo. Encendido en cólera Timoteo con esta deposicion, dió órden de que prendiesen á Januario, y se le traxesen atado de pies y manos. Mandóle el gobernador que luego sacrificase á los dioses; y como el Santo se horrorizase de semejante proposicion, dió órden de que al instante le arrojasen en un horno encendido. Executóse la órden sin dilacion; pero quiso Dios renovar en favor de nuestro Santo el milagro de los tres niños de que se habla en la Escritura. En lugar de fuego abrasador halló Januario en las llamas refrigerio, saliendo de éllas sin la mas mínina lesion de sus vestidos, ni que le faltase un solo cabello de la cabeza.

Sorprendió á todos los asistentes esta maravilla y hasta el mismo tirano quedó como cortado y aturdido; pero atribuyéndola á arte mágica, que era el recurso comun de los gentiles para despreciar los prodigios que observaban en los cristianos, se enfureció mucho mas;

y mandando que le tendiesen al Santo en el potro, le hizo arrancar los nervios, y ordenó que le llevasen á la cárcel con resolucion de hacerle padecer mas crueles suplicios.

Sobresaltáronse los fieles de Benevento con la noticia de lo que habia sucedido á su santo Obispo; y al punto partieron á visitarle y asistirle en nombre de toda su iglesia el diácono Festo y el lector Desiderio. Pero Timoteo los mandó prender luego que tuvo noticia de su arribo; y haciéndolos comparecer en su tribunal, los preguntó su estado, su religion, y el motivo de su viage. Respondiéronle con igual modestia que constancia, que eran cristianos, ministros del santo Prelado, que habian venido para asistirle en la prision, y esperaban que Dios les hiciese la gracia de que fuesen tambien sus compañeros en los suplicios. Confrontólos el tirano con san Januario, que ni temió reconocerles, ni se detuvo en declarar que eran dos individuos de su clero. En virtud de esta declaracion mandó que los pusiesen grillete á los pies, y los obligó á que caminasen delante de su carroza hasta Puzzol para ser echados á las fieras con los demas que habia sentenciado. Asombraba á á los paganos la alegría que manifestaba toda aquella gloriosa tropa de mártires. Luego que llegaron nuestros Santos los sacaron al anfiteatro, y volviéndose entónces san Januario á sus compañeros, les dixo: *Animo, hermanos mios, este es el dia de nuestro triunfo: combatamos generosamente por la fe de Jesucristo, y derramemos con valor nuestra sangre por aquel Señor á quien debemos la vida. Este Señor me ha enviado aquí para que el pastor no estuviese sin su rebaño, y para que el obispo no ofreciese el sacrificio de su vida sin sus ministros. No hagan impresion en nuestros corazones las promesas ni las amenazas: guardemos á nuestro divino Maestro una inviolable fidelidad: pongamos en él toda nuestra confianza; y con su ayuda no temamos los tormentos, ni la misma muerte.* No bien habia acabado de hablar el santo Mártir cuando soltaron todas las fieras contra éllos en presencia de una prodigiosa multitud de gente que habia concurrido al espectáculo. Corrieron furiosos hácia los santos Mártires los leones, los tígres y los leopardos, á los cuales no los habian dado de comer en muchos dias; pero en vez de despedazarlos se postraron á sus pies, comenza-

ron á lamérselos como por respeto, haciéndolos muchas fiestas con las colas, sin que ni uno solo se atreviese á tocarlos. Quedó atónita la muchedumbre á vista de aquella maravilla, y se oyó un sordo murmullo en todo el anfiteatro, diciendo que no habia otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, no siendo posible que tan palpable milagro fuese efecto del arte mágico, puesto que ningun sacerdote de los ídolos con todos sus encantamientos habia sabido hacer jamás cosa que se la pareciese. Oyó el gobernador este murmullo; y temiendo que se levantase contra él alguna sedicion, mandó que sin perder tiempo sacasen del anfiteatro á todos los mártires, y conducidos á la plaza pública los degollasen á todos. Al tiempo de conducirlos, como Januario pasase delante del gobernador, pidió á Dios que quitase al tirano la vista corporal para confundir su obstinacion. En el mismo punto quedó ciego Timoteo, y aturdido con aquel milagroso castigo, comenzó á hacer las reflexîones que habia ahogado á vista de tantos otros prodigios. Reconoció el poder de Jesucristo: suspendió la execucion de la sentencia que habia pronunciado contra éllos, y mandando traer á su presencia á nuestro Santo, le dixo en tono humilde y lastimoso: *Januario, tú que adoras al Dios todopoderoso, haz oracion por mí, y pídele que me restituya la vista de que me ha privado en castigo de mis culpas.*

Queriendo el Santo mostrar el poder del verdadero Dios por otro nuevo milagro, hizo segunda oracion en favor del gobernador, y fue tan eficaz como la primera. En el mismo instante recobró Timoteo la vista; cuya maravilla convirtió á cinco mil gentiles. Pero son pocos los corazones ambiciosos que se convierten con los milagros. Temiendo Timoteo perder la gracia del Emperador si perdonaba á los santos Mártires, dió secreta orden á sus oficiales para que sin dilacion executasen la sentencia.

Cuando llevaban al Santo á la plaza Vulcana para ser degollado, un buen viejo cristiano de profesion se arrojó á sus pies, y deshaciéndose en lágrimas, le suplicó que le diese alguna alhajuela de su uso para guardarla en su casa como preciosa reliquia. Movido el Santo de la devocion del buen viejo, le dixo: *No tengo otra cosa que darte sino mi pañuelo, que me hace falta para vendarme los ojos; pero no*

te desconsueles, yo te empeño mi palabra de dártele despues de muerto, y fiate de mi. Luego que llegó el Santo á la plaza pública con sus amados compañeros se vendó él mismo los ojos con su pañuelo, y pronunciando en voz alta aquellas palabras del Salm. 30. *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*: en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu, le cortaron la cabeza como á todos los demas que fueron los santos Sosio, Fausto y Próculo, diáconos: Desiderio, lector: Eutiques y Acucio, ciudadanos, sucediendo su martirio el dia 19 de septiembre hácia el fin del tercer siglo.

Inmediatamente enviaron por los cuerpos de los santos Mártires los cristianos de las ciudades de donde eran naturales. Los de los santos Próculo, Eutiques y Acucio se quedaron en Puzzol: los de san Fausto y san Desiderio fueron llevados á Benevento: el de san Sosio á Misena: el de san Januario por entonces fue conducido á Benevento, despues al monasterio de Mon-Vírgen, y con el tiempo en el pontificado de Alexandro IV. fue trasladado á Nápoles, y colocado en la iglesia catedral, donde es reverenciado con gran devocion, habiéndole tomado la ciudad por uno de sus patronos, y continuando Dios en honrarle todos los dias con mucho número de milagros, especialmente con la proteccion que se experimenta contra los furiosos incendios del monte Vesuvio. Dista este monte solas dos leguas y media de la ciudad de Nápoles, y arroja rios de llamas, que muchas veces hacen grandes y lastimosos estragos. Antes del imperio de Augusto se habian experimentado cinco avenidas de fuego, y el año 81 de Cristo rompió una que arruinó dos ciudades enteras, abrasando y talando una dilatada extension de terreno, tanto, que segun se dice, llegáron las cenizas agitadas por el viento hasta la Africa, la Siria y el Egipto. Repitiéronse despues muchas veces estas inundaciones de fuego, y una de éllas especialmente fue tan violenta, que se temió quedase reducida á pavesas toda la ciudad de Nápoles. Acudieron los napolitanos á la proteccion de su patrono, lleváron procesionalmente sus preciosas reliquias, y las pusieron delante de las llamas que amenazaban estragos á la ciudad. Apenas se acercaron á aquellos torbellinos de fuego cuando de repente se les vió detenerse como por respeto, y retrocediendo despues hácia la boca del volcan, se apagaron sobre el monte, cubriéndole de un

humo denso, que se desvaneció pocas horas despues. Otras muchas veces ha vomitado el Vesuvio cantidad de llamas envueltas en gruesas nubes de ceniza que llenan de terror á todo el pais; pero desde que la ciudad de Nápoles posee el cuerpo de san Januario se considera su viva confianza inmune y libre de estos incendios.

Auméntase el culto que se tributa á san Januario en la iglesia de Nápoles con el perpetuo milagro que se renueva siempre que su santa cabeza se pone cerca de una ampolla llena de su preciosa sangre; porque estando ésta coagulada y como formando una especie de argamasa con la tierra de que está mezclada, apenas se coloca junto á la cabeza cuando comienza á calentarse, á liquidarse y á hervir á vista de todo el pueblo como si fuera sangre viva.

La fiesta de san Januario y de sus compañeros no solo se celebra en la Iglesia latina, es tambien muy solemne en la Iglesia griega; y en todas partes se ven templos muy antiguos dedicados á Dios en honor de san Januario.

NOTA DEL TRADUCTOR.

"Dexa pendiente el padre Croisset la palabra de nuestro »Santo al buen viejo que le pidió en vida alguna reliquia »suya; pero en la leyenda antigua de la iglesia de Benevento se dice que la cumplió inmediatamente que espiró, apareciéndosele al devoto cristiano, y entregándole el pañuelo que le habia ofrecido."

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Januarii, et sociorum ejus solemnitate lætificas: concede propitius, ut quorum gaudemus meritis, accendamur exemplis: Per Dominum nostrum, Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras en la festividad de tus santos mártires Januario y sus compañeros; concédenos benignamente que así como sus merecimientos nos regocijan, así tambien nos afervorizen sus exemplos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10. del apóstol san Pablo á los hebreos.

Fratres: Rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati magnum certamen sustinuistis passionum: et in altero quidem opprobriis et tribulationibus spectaculum facti: in altero autem socii taliter conversantium effecti. Nam et vinctis compassi estis, et rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem, et manentem substantiam. Nolite itaque amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remunerationem. Patientia enim vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem. Adhuc enim modicum aliquantulum, qui venturus est, veniet, et non tardabit. Justus autem meus ex fide vivit.

Hermanos: Traed á la memoria aquellos dias primeros, en que habiendo sido iluminados sufrísteis un gran conflicto de tormentos, un dia siendo hechos el espectáculo de oprobio y de tribulacion, ótro siendo hechos compañeros de los que se hallaban en tal estado. Porque tuvísteis compasion de los encarcelados, y llevásteis con alegría que os hurtasen vuestros bienes, conociendo que vosotros teníais una hacienda mejor y mas duradera. Y así no querais perder vuestra confianza, la cual merece una gran recompensa. Por cuanto la paciencia os es necesaria para que haciendo la voluntad de Dios poseais lo que os está prometido. Porque despues de muy poco vendrá el que ha de venir, y no tardará. Pero mi justo vive de la fe.

NOTA.

"Esta epístola á los hebreos es uno de los mas bellos y mas »preciosos monumentos que posee la Iglesia cristiana. En »toda élla se sostiene la grandeza de las cosas, y la impor»tancia de las materias con la nobleza de las expresiones y »con la elevacion del estilo."

REFLEXIONES.

Traed á la memoria aquellos primeros tiempos, &c. Acordémonos de aquellos dias de inocencia y de fervor, en que desembarazada la razon de las nieblas que levantan las pasiones, y exênto el corazon de la corrupcion que causa el vicio, recibian con docilidad y con alegría las luces de la fe y las impresiones de la gracia. Volvamos la consideracion hácia aquellos dias tranquilos y serenos en que gustábamos de Dios con sosegada dulzura,

y desocupada el alma de las preocupaciones que obscurecen la razon debilitando la fe, experimentaba un exquisito placer, penetrando aquellas grandes verdades que ponen tanto tedio á las ilusiones del mundo. Embebidos entónces en las importantes máxîmas de la religion, ¡qué saludables reflexîones se hacian sobre el capricho y sobre las extravagantes inquietudes del corazon humano! ¡sobre la vida inútil de tantas gentes! ¡sobre las falsas ideas de felicidad! ¡sobre las perniciosas máxîmas del mundo! Compadecidos de la flaqueza de los que se dexan llevar de la corriente, ¡cuántas veces nos lamentamos de su desgraciada suerte! ¡cuántas nos indignamos contra la falsa seguridad de los mundanos, y movidos de esta santa indignacion declamamos contra su escandalosa licencia! Aquel jóven, cuya circunspeccion, cuya madurez y cuya virtud le hacian respetable aun á los mismos disolutos, ¿hacia entónces mucho caso de sus juicios? ¿solicitaba con mucha ánsia merecer su aprobacion? ¿dábasele mucho por sus censuras? ¿avergonzábase del evangelio? ¡Con qué horror miraba en aquel tiempo esas licenciosas fiestas, esas partidas de diversion, de las cuales siempre sale la inocencia con alguna pérdida! ¡con qué cuidado huía de aquellos espectáculos que prohibe la religion á los cristianos¡ ¡cuánto le disgustaban todos los divertimientos de ruido y de tumulto! ¡con qué generosidad, con qué constancia se divorciaba de todo lo que podia lastimar la conciencia! Dulce, humilde, atento, cortesano (porque todo esto es el que es verdaderamente virtuoso), ¡qué peso en todos sus pensamientos! ¡qué solidez en todos sus discursos! ¡qué prudencia en todos sus consejos! ¡qué perseverancia en sus devociones! Porque desengañémonos, la rectitud, la afabilidad y el buen juicio son inseparables de la virtud cristiana. Aquella otra señora, íntimamente imbuida en las grandes verdades de la religion, en nada hallaba verdadero consuelo sino en los exercicios de una sólida devocion: estimada, aplaudida y respetada del mundo precisamente porque no se conformaba con sus máxîmas. La misma regularidad de sus costumbres daba nuevo lustre á todas las demas prendas suyas naturales. Hasta la misma envidia respetaba su virtud. El mundo mismo la proponia por modelo de una señora cristiana, distinguién-

dose mas por su modestia que por su elevada caridad. Su devocion era la mejor prueba de su fe, y su conducta su mayor elogio. Pero consiguió desgraciadamente marchitar aquel lustre el contagioso ayre del mundo y de las malas compañías; echóse á pechos aquella ponzoña, aquel veneno preparado con que brinda el mundo, ponderándole contínuamenre como una bebida muy exquisita. ¡Cóbró tedió á aquella vida igual, cristiana y regular, volviendo las espaldas al partido de la virtud! ¡Buen Dios, y qué espantosa mudanza se observa en el entendimiento, en el corazon, y hasta en las modales exteriores de la misma persona! ¡Cotejémos lo que somos con lo que fuimos. ¡O qué retratos tan desemejantes! Pero aprovechémonos de esta desemejanza; y trayendo á la memoria aquellos primeros años en que era tan acertada nuestra conducta, preguntémonos si lo es igualmente despues que abandonamos el partido de la virtud.

El evangelio es del cap. 24. de san Mateo.

In illo tempore: Sedente Jesu super montem Oliveti, accesserunt ad eum discipuli secreto, dicentes: Dic nobis, cuando hæc erunt? et quod signum adventus tui, et consummationis sæculi? Et respondens Jesus, dixit eis: Videte ne quis vos seducat. Multi enim venient in nomine meo, dicentes: Ego sum Christus: et multos seducent. Audituri enim estis prælia, et opiniones præliorum. Videte ne turbemini: oportet enim hæc fieri, sed nondum est finis: consurget enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentiæ, et fames, et terræmotus per loca. Hæc autem omnia, initia sunt dolorum. Tunc tradent vos in tribulationem, et occident vos: es eritis odio

En aquel tiempo: Estando Jesus sentado encima del monte Olivete se llegáron á él sus discípulos en secreto, y le dixeron: Dinos á nosotros, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿y cuál será la señal de tu venida, y de la consumacion del siglo? Y respondiendo Jesus, los dixo: Mirad no os engañe alguno. Porque vendrán muchos con mi nombre, diciendo: yo soy Cristo, y seducirán á muchos. Oireis, pues, hablar de guerras, y de rumores de guerras. Cuidad de no turbaros, porque conviene que sucedan estas cosas; pero todavía no es el fin. Porque se levantará gente contra gente, y reyno contra reyno; y habrá pestilencias y hambres, y terremotos en esta y aquella parte. Pero todas estas cosas son solo el principio de los

omnibus gentibus propter nomen meum. Et tunc scandalizabuntur multi, et invicem tradent, et odio habebunt invicem. Et multi pseudoprophetæ surgent, et seducent multos. Et quoniam abundabit iniquitas, refrigescet charitas multorum. Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

dolores. Entónces os entregarán á la tribulacion, y os harán morir: y seréis aborrecidos de todas las naciones por causa de mi nombre. Y entónces se escandalizarán muchos, y se harán traicion mútuamente; y se aborrecerán únos á ótros. Y se levantarán muchos falsos profetas, y seducirán á muchos. Y por haber sobreabundado la iniquidad se resfriará la caridad en muchos. Pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

De la perseverancia.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la suprema felicidad del hombre es la perseverancia final, puesto que le pone en posesion del soberano bien. La única felicidad del hombre durante esta vida mortal es vivir santamente en gracia y amistad de Dios, cualquiera otro bien, cualquiera otro gusto es mera ilusion, es vano entendimiento; pero la perseverancia en la gracia final es lo que se llama, respecto de nosotros, perfecta y cumplida felicidad. Aunque haya sido muy fervorosa nuestra conversion, de nada nos servirá sin el don de la perseverancia: este don es propiamente el que da valor á nuestras buenas obras: sin la perseverancia de nada sirve la mas perfecta inocencia, la mas heróica virtud, ni la penitencia mas rigurosa y mas austéra. Habia Dios escogido á Saul con especial predileccion, habia sido Salomon el oráculo y la admiracion del mundo por su sabiduría y por su virtud: fue Judas uno de los apóstoles del Salvador, y aun habia hecho milagros: hizo Orígenes todo cuanto pudo para derramar la sangre por amor de Jesucristo: por bastante tiempo fue Tertuliano un gran padre de la Iglesia: todos estos grandes hombres comenzaron bien, aun por al-

gunos años perseveraron en la inocencia, en el fervor y en los caminos de la justicia. Honraron la religion mientras se mantuvieron en gracia; pero faltando en fin, y desmintiendo aquel exâcto arreglo de costumbres, cansados de andar por los caminos del Señor, dexándose arrastrar del torrente de las pasiones y del mal exemplo, ¡qué fin tuviéron tan triste! ¡qué desgraciada fue su eterna suerte! La gracia final, la final perseverancia en esta gracia es la que pone el sello á todo. Sin este sello nada es admitido en la otra vida: limosnas, penitencias, buenas obras y devocion todo es perdido sino está marcado con el sello de la perseverancia. Habian perseverado en la pureza aquellas vírgenes descuidadas y poco prevenidas, no se habia marchitado en éllas aquella delicada virtud, muchas buenas obras habian hecho en el anterior espacio de su vida; pero tuviéron la desgracia de dormirse hácia el fin del dia, no perseveraron en el fervoroso zelo que tenian de su salvacion, en aquella vigilancia que es siempre tan necesaria: llega el Esposo cuando estaban dormidas, no las encuentra en vela como á las ótras; no perseveraron en el fervor, y se perdieron. ¡Buen Dios, es posible que estas razones, estas lecciones y estos exemplos hagan tan poca impresion en tantos corazones que se hallan en el mismo caso!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque la perseverancia en la gracia es puro don de Dios, pero la falta de élla es puramente obra nuestra. La vida de la gracia que nos adquiere la penitencia, por su naturaleza es tan inmortal y tan incorruptible, como lo es la misma alma en quien se recibe. Si perdemos esta gracia contra el intento de Dios, á nosotros y no á élla debemos imputarlo; y en esto consiste nuestro desórden. Estamos bien instruidos de la necesidad que tenemos de esta perseverancia final; ¿pues por qué no trabajamos para conseguirla? Debiéramos emplear toda la vida en contínuas y ansiosas diligencias para alcanzar este precioso don: debiera ser incesantemente la perseverancia final el objeto de nuestros deseos, el fin de nuestras obras, y por decirlo así, el motivo de todas nuestras oraciones. Mas que hayamos adquirido inmensos tesoros de gracias

y de merecimientos, si por nuestra desdicha no perseveramos en la vida de la gracia hasta el último momento: si por nuestra infeliz suerte morimos en desgracia de Dios y en pecado mortal, mas que hubiésemos vivido inocentes, fervorosos y penitentes hasta el momento que precede al último: si en él perdemos la gracia decisiva, perdiéronse tambien para toda la eternidad todos aquellos tesoros. Ningun caso hará Dios de todas nuestras buenas obras pasadas. Confundidos con los impíos y con los réprobos, serémos eternamente condenados sin redencion y sin recurso. ¡Y á vista de esto, no se pide á Dios todos los dias esta perseverancia! ¡no se aplican todos los medios para conseguir este don! ¡Se temerá tanto cualquiera otro mal, sea el que fuere, como el faltar á la perseverancia! No, mi Dios, no será así: solo este mal, sola esta desdicha temeré yo en adelante; ni cesaré jamás de pediros el don de la perseverancia. No perdonaré á lágrimas ni á suspiros para mover, para inclinar vuestra misericordia, y procuraré no hacerme indigno de este don, siendo fiel á vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Perfice gressus meos in semitis tuis: ut non moveantur vestigia mea. Salm. 16.

Afirmad, Señor, mis pasos en el camino que guia á vos, no sea que me descamine y me pierda.

Justificationem meam quam cœpi tenere, non deseram. Job. 27.

Resuelto estoy, Señor, mediante vuestra divina gracia, á no separarme del camino de vuestra justicia que he comenzado á seguir.

PROPOSITOS.

Aunque no podemos merecer la perseverancia y la gracia final, podemos no hacernos indignos de este precioso don. Persevera en la fuga del pecado, en el exercicio de la virtud, en guardar la inocencia, y ten una firme confianza de que Dios coronará una inocente vida con una santa muerte. Mira con un santo horror todo lo que puede ha-

certe perder la vida de la gracia. Huye todas las ocasiones de pecar; frecuenta los sacramentos; y si por tu desgracia caiste en algun pecado, nunca dexes pasar el dia sin acudir al sacramento de la penitencia. No lo dilates para el primer dia de fiesta, para cuando estés desocupado, para cuando tengas comodidad. Esas dilaciones fueron funesta causa de reprobacion á muchos, cuya prudente vida prometia mejor fin. Todos los dias has de hacer alguna oracion á Dios pidiéndole la gracia final. El tiempo mas propio para pedir y para alcanzar este gran don es el del santo sacrificio de la misa á la elevacion de la sagrada hóstia. Interesa en esto á la santísima Vírgen, ofreciéndola tambien todos los dias alguna oracion para conseguir por su poderosa intercesion la final perseverancia. Infaliblemente la consigue para aquellos que son verdaderos devotos suyos.

2 Cada uno de los dias le has de considerar como si fuera el último de tu vida, viviendo en él como si efectivamente lo fuese. Este es el medio mas eficaz para conseguir el don de la perseverancia. Dirige á este mismo fin todas tus obras. Tambien es medio excelente para perseverar en la vida de la gracia un dia de retiro cada mes. Manda decir de cuando en cuando algunas misas por este importante suceso. Ningun negocio nos importa mas. La salvacion es nuestro único negocio, y de la perseverancia final depende la salvacion.



DIA VEINTE.

San Eustaquio y sus compañeros mártires.

La historia de la vida de san Eustaquio, de su muger Teopiste, de Agapio y Teopisto, sus dos hijos, está llena de sucesos tan maravillosos y tan raros, que pudiera parecer una maravillosa novela, á no saber que Dios, por decirlo así, se complace de cuando en cuando en descubrir á los hombres, particularmente en aquellos primeros tiempos de la Iglesia, los inmensos tesoros de su providencia y de su mise-

ricordia, enseñando á los fieles por medio de consentimientos tan instructivos como extraordinarios; y así lo vamos ya á ver en la vida de san Eustaquio.

Llamábase Plácido antes de su conversion, y fue, segun lo conjetura el cardenal Baronio, aquel mismo Plácido de quien hace mencion Josefo en sus libros de la guerra de los judíos, que siendo uno de los primeros oficiales del exército, se señaló con mil valerosas hazañas en el famoso sitio de Jerusalen, haciendo importantes servicios al emperador Vespasiano y á su hijo Tito. Era Plácido gentil; pero apenas lo parecia en sus costumbres. Enemigo de toda disolucion, no habia oficial mas circunspecto, de mayor urbanidad, ni mas moderado. No se duda que fue de casa tan distinguida por su calificada nobleza, como por sus empleos militares. Su ayre, sus modales, el puesto que ocupaba en el exército, el mucho lugar que se hacia en él, sus grandes bienes, y la multitud de sus esclavos, todas eran pruebas de su ilustre nacimiento, no menos que de los servicios de sus gloriosos antepasados. Hacíanle mucho mas respetable sus nobles prendas personales. Era dulce, afable, enemigo de violencias, benéfico, liberal y aun pródigo con los soldados y con los pobres; lo que le grangeaba una indecible general estimacion, tanto en el exército como en la córte. Concluida felizmente la guerra contra los judíos, tan gloriosa para los romanos, se retiró á Roma nuestro Plácido. Salió un dia á caza, presentósele un ciervo, siguióle, y cuando le iba mas estrechamente acosando, quedó extrañamente sorprendido viendo que la fiera se paró de repente al pisar cierto terreno; y vuelta la cara hácia él, descubrió entre las dos astas la imágen de Cristo crucificado. Al mismo tiempo oyó una milagrosa voz, que, como á otro Saulo, le reprendió su ceguedad en materia de religion: le intimó que no persiguiese mas á Jesucristo en la persona de sus fieles: le mandó que renunciase el paganismo; y que buscando en Roma al sacerdote de los cristianos, recibiese el bautismo y abrazase la verdadera fe, despues de lo cual, añadió la voz, vuelve á este mismo sitio, y yo te diré lo que debes hacer.

Aturdido Plácido á vista de un suceso tan singular como inopinado, sintió enteramente mudado su corazon en aquella misma hora. Entró la gracia á alumbrar su

entendimiento, y abrasado igualmente el corazon, concibió el mayor horror contra los ídolos, conoció toda la ridiculez y toda la impiedad de la idolatría, sintiéndose inflamado en fervorosos deseos de abrazar el cristianismo. Luego que llegó á su casa, su muger, por nombre Taciana, de genio y de inclinaciones muy parecidas á las de su marido, le refirió cierto sueño que habia tenido; y hallándose enteramente conforme con lo mismo que Plácido habia visto y oido, no se detuvieron un punto en executar las órdenes del cielo. Instruyólos á éllos y á sus dos hijos un santo presbítero llamado Juan; y para borrar hasta las reliquias del hombre viejo dió á Plácido el nombre de Eustaquio ú de Eustatio; el de Teopiste á su muger Taciana, llamando Agapio y Teopisto á sus dos hijos. Nunca se experimentaron mas prontos los efectos del bautismo que en nuestros dichosos neófitos: desde los primeros dias de su conversion parecian ya unos fieles muy antiguos, nacidos y criados en las mas perfectas máxîmas del cristianismo. No bien se vió Eustaquio en la posesion dichosa de cristiano, cuando impaciente por saber de la misma boca del Salvador su divina voluntad, se encaminó apresurado al sitio donde se habia obrado la primera maravilla. Llegó á él, y postrado en tierra, el semblante contra el polvo, animado de una viva fe, y lleno de confianza, exclamó de esta manera: "Aquí teneis, Señor, »á esta oveja perdida, que vuestra piedad acaba de retirar »del abismo para introducirla en vuestro rebaño. Pues »vuestra infinita misericordia no se desdeñó hasta aquí de »mi suma indignidad, espero que menos se desdeñará aho»ra cuando vengo á vuestra presencia con el augusto »carácter de hijo vuestro, y que os dignaréis acabar la »obra que vos mismo comenzásteis. Pronto estoy á obede»ceros: hablad, Señor, que yo os prometo executar sin »réplica vuestra divina voluntad. Ninguna cosa del mun»do será jamás poderosa para hacerme titubear en la fe, »y por lo mismo espero me dareis gracia para seguir »todas vuestras máxîmas con inviolable fidelidad." Apenas acabó Eustaquio su oracion cuando se le apareció el Salvador; y despues de haberle animado y manifestado la elevada santidad á que le tenia destinado, añadió: "Conviene, hijo mio, que te prepares para grandes prue-

„bas. El demonio no dexará piedra por mover para derri„barte. Quitaránte todos los bienes, te despojarán de tus „empleos, perderás á tu muger y á tus hijos, tú mismo „te verás reducido á la última miseria. Pero valor, y no „te desanimes: mi gracia te sostendrá en todos esos desgra„ciados accidentes, y yo sabré resarcírtelos con el cien „doblado. Se fiel hasta la muerte, y coronarás tu vida con „un glorioso martirio."

Experimentaba Eustaquio sensiblemente mas y mas fortalecido su espíritu, creciendo mas su valor cuanto mayores eran los trabajos que el cielo le pronosticaba; y su respuesta fue la que correspondia á un héroe cristiano, y á un siervo fiel y fervoroso. Vuelto á su casa, refirió sencillamente á su muger todo lo que le habia sucedido, y encontró en Teopiste unos pensamientos tan cristianos y tan generosos como los suyos, mostrando una santa impaciencia por dar á Jesucristo finas y verdaderas pruebas de su fidelidad y de su constancia. No tardó mucho la ocasion. Consistia el nervio principal de su hacienda en esclavos y en ganado: pereció éste, y murieron aquéllos á violencia de una enfermedad contagiosa que todo se lo arrebató. Asombró la conformidad con que nuestros Santos llevaron este primer golpe á todos aquellos que ignoraban los motivos de su resignacion. Súpose pocos dias despues que el Emperador habia reformado á todos los oficiales que no se hallaban actualmente empleados en el exército. Ni por eso se disminuyó su constancia en esta segunda desgracia; ántes bien se hizo mas visible su alegría. Abandonados en fin nuestros Santos de todos sus amigos, que lo eran solo de su fortuna y no de sus personas, y casi reducidos á la mendicidad, resolvieron dexar á Roma, y cargados con sus dos tiernos hijos, únicos bienes que los habia dexado la divina Providencia, se encaminaron al puerto de Ostia, donde hallaron un navío que hacia vela al Oriente, y embarbarcándose en él, partieron para Egipto.

No es fácil explicar el gozo de san Eustaquio y de santa Teopiste cuando se vieron despojados de todos sus bienes, sin otro título ni dictado que el de pobres de Jesucristo, y como desterrados de Italia, donde tantas veces habian resonado las aclamaciones por las victorias que el general Plácido habia conseguido. Pero se turbaron presto

los interiores consuelos que derramaba el cielo en aquellos cristianos corazones por el mas cruel y mas doloroso contratiempo que podia suceder á aquellas dos grandes almas. Enamoróse ciegamente el patron del navío de la casta Teopiste; y resuelto á apoderarse de élla luego que tocó en la costa de África, sin dar oidos á ruegos, á lágrimas y á promesas, hizo echar en tierra por fuerza á Eustaquio y á sus dos hijos, y levantando el áncora, tomó el rumbo de la Siria.

Fue extrema y recíproca la afliccion de úno y otro consorte. Recibióla Eustaquio con rendida resignacion; y adorando el modo con que Dios le gobernaba, se abandonó á la divina Providencia. Cargó sobre las espaldas á sus dos pequeños hijos, y caminando dia y noche por aquellos desiertos horrorosos, llegó á las orillas de un rio. Era la madre ancha y peligrosa, y no le parecia posible pasarla á nado con una carga tan pesada. Con esta perplexidad levantó el Santo los ojos al cielo, suplicó al Señor que se compadeciese de aquellos dos tiernos inocentes, y tomó la resolucion de dexar á uno de los dos niños en la orilla para volver por él despues de haber pasado el rio cargado con el ótro. Llegó dichosamente con su pequeña carga á la orilla opuesta, dexó al niño sobre la blanda yerba, y volvió á pasar el rio á nado para conducir el ótro. Pero Dios, que cada dia es mas y mas admirable en sus Santos, permitió, que estando Eustaquio en medio del rio viese arrebatar á sus dos hijos, al úno por un leon y al ótro por una loba. En lance tan doloroso y tan extraño, despues que dió libertad á su afligido corazon para desahogarse por los ojos, exclamó levantándolos al cielo: *Vos, Señor me los dísteis, y vos me los quitásteis: cúmplase vuestra santísima voluntad. Adoro humildemente vuestra divina Providencia, y no cesaré de bendecir vuestro santo nombre. Vos permitísteis que perdiese á la madre y á los hijos: disponed ahora del padre segun vuestro divino beneplácito.*

Viéndose ya solo Eustaquio, no pensó mas en el viage de Egipto, y quedándose en la primera aldea que encontró, llamada Badisa, se acomodó con un labrador rico para ayudarle á cultivar la tierra. Aprovechóse de un estado tan penoso y tan diferente del que habia tenido hasta entonces para hacerse cada dia mas fervoroso cristiano.

Cautivó á su amo con su apacibilidad inalterable, y le ganó el corazon con su infatigable laboriosidad. Las labores de la labranza no inmutaron su virtud. Tenia continuamente á la vista la imágen de Jesucristo crucificado, y este divino modelo endulzaba sus fatigas. Derramó el cielo tantas bendiciones sobre las posesiones y haciendas de su amo los catorce años que Eustaquio estuvo en su servicio, que solia decir el labrador, que en aquel criado habia encontrado un verdadero tesoro. Mientras tanto no se olvidó la divina Providencia de sus hijos ni de su muger. El piloto que se apoderó de élla, viéndola continuamente deshacerse en un mar de lágrimas, la respetó; y queriendo Dios castigar la violencia del rapto, dos dias despues le quitó la vida, sin que hubiese tenido atrevimiento para tocar á la Santa, que viéndose libre, desembarcó en el primer puerto, y se puso á servir.

No fue menos dichosa la suerte de los dos hijos. Viendo á las dos fieras los paisanos y los labradores, corriéron á éllas, y las hicieron soltar la presa, sin que los niños hubiesen recibido ni la mas leve lesion; y compadecidos de tan extraña aventura, los tomaron á su cargo, y los criaron con caridad; pero aunque el padre y los hijos vivian poco distantes, se pasaron los referidos catorce años sin tener noticia únos de ótros. Despues de tan dura y tan larga prueba en que el Santo se portó con una paciencia que mereció las suspensiones del cielo, quiso premiar el Señor aquella heróica virtud restituyéndole todo lo que habia perdido, y poniendo en su cabeza la corona del martirio.

Hicieron una irrupcion en las tierras de los romanos algunas bárbaras naciones, y amenazaban á todo el imperio. El año de 98 habia sucedido á Nerva el emperador Trajano, que habiendo conocido el valor de Eustaquio, (entónces Plácido) en la guerra contra los judíos, noticioso de que este hábil general habia desaparecido despues de catorce ú de quince años, mandó que le buscasen por todas las partes del mundo, prometiendo grandes premios á cualquiera que le diese noticias ciertas de él. Pasaron dos oficiales por la aldea donde vivia Eustaquio en el humilde oficio de mozo de labranza, y se alojaron en casa de su amo. Como úno y ótro habian servido baxo las

órdenes de nuestro Santo, él los conoció luego; pero éllos no le conocieron á él. A poco rato se tocó la conversacion de Plácido, y de las diligencias que de órden del Emperador se hacian en todo el imperio para encontrarle. Al mism tiempo que hicieron un grande elogio del mérito de aquel general, no se olvidaron de celebrar las bellas prendas de su muger Taciana. Este discurso renovó toda la ternura del disfrazado esposo; y representándosele entónces vivamente á la imaginacion la funesta aventura de su amada muger y de sus queridos hijos, le hiciéron traicion las lágrimas, que no pudo ocultar á los dos huéspedes. Notólas mas particularmente uno de los dos, y observándole cuidadosamente mas de cerca, le pareció descubrir ciertas señales que habia medio borrado su presente constitucion, y acercándose al oido de su compañero, le dixo, que aquel labrador se parecia á Plácido. Repararon en cierta cicatriz que tenia en el pescuezo, y luego se acordaron de una herida que habia recibido en la misma parte en una batalla. Esta señal los hizo abrir los ojos para reconocer todas las demas; y no dudando ya que Eustaquio fuese su antiguo general, le echaron los brazos al cuello, y le obligaron á confesar que era el mismo Plácido. Sin embargo se quiso resistir; pero al cabo le fue preciso ceder á sus instancias y á las órdenes expresas del Emperador; especialmente despues que tuvo una revelacion, habiendo pasado en oracion toda la noche, en que Dios le dió á entender era su voluntad que hiciese todavía al imperio este servicio.

Llegado á Roma, fue recibido del Emperador con todas las demostraciones de benevolencia que eran tan debidas á su valor; y restituyéndole todas las insignias de su primera dignidad, le declaró por general del exército. Púsose Eustaquio á su frente; marchó en busca del enemigo, encontróle, atacóle, derrotóle, y consiguió una de las mas señaladas victorias de los enemigos del imperio romano. Habíase obligado á todas las aldeas del Oriente para que contribuyesen con dos soldados para esta guerra, y con esta ocasion se hallaron en el exército del emperador Agapio y Teopisto. Viólos el general, y haciendo su oficio la sangre, como acostumbra, sin saber por

qué, sintió en sí cierta especial inclinacion hácia aquellos dos soldados. Hacíalos venir muchas veces á su tienda; y hablando un dia con uno de éllos, le preguntó de dónde era, cómo se llamaban sus padres, y cuáles habian sido los sucesos de su vida. Como no se conocian los dos hermanos, apénas refirió éste lo que le habia sucedido siendo niño, cuando el ótro, que se hallaba presente, se arrojó á él, echándole los brazos, y reconociéndole por hermano suyo. Díxole que él era el mismo á quien su padre habia dexado en la orilla opuesta; y que habiéndole libertado los paisanos como á él, tambien le habian criado hasta que tomó el partido en las tropas. Oía todo esto Eustaquio sin hablar palabra; pero no lo escuchaba á sangre fria, porque enternecido vivamente su corazon, se explicaba sobradamente por los ojos; y en fin, no pudiendo contener mas su gozo, ni siendo ya dueño de los movimientos que excitaba en su corazon la ternura paternal, echando á los dos los brazos, los dixo: *Aquí teneis, queridos hijos mios, á vuestro padre: adoremos la amable providencia de nuestro Dios, que nos separó para volvernos á juntar en la tierra y en el cielo despues de tan larga prueba. Seamos fieles: no desconfio de hallar tambien á vuestra querida madre, para que todos cuatro logremos el consuelo de derramar juntos nuestra sangre por amor de Jesucristo.*

Presto acreditó el suceso lo bien fundado de esta esperanza. Como no se hablaba en todo el exército de otra cosa que de la dichosa y extraordinaria aventura del general, ciertos oficiales que estaban alojados en la aldea y en la casa donde servia Teopiste diez y seis años habia, haciendo oficio de ama de llaves, refirieron en la mesa un suceso tan raro como asombroso. Por las particularidades y circunstancias que especificaron, no pudo dudar que aquellos dos soldados eran sus hijos, ni que el general fuese su marido. Con este pensamiento suplicó Teopiste á los oficiales que la facilitasen una audiencia del general, á quien tenia que pedir cierta gracia. Pusiéronla en su presencia, y con las lágrimas en los ojos, dixo: *Compadecéos, Señor, de una muger afligida. Yo soy una noble matrona romana, que por una tristísima aventura habrá como diez y seis años perdí en un mismo dia á mi dulce esposo y á mis dos queridos hijos, sin que en todo*

este tiempo haya podido adquirir la menor noticia de los hijos ni del padre. Permitid, Señor, que se hagan algunas diligencias en el exército por si acaso tomaron partido en las tropas: el uno se llama Agapio y el otro Teopisto, siendo el mayor de veinte y dos años, y el menor de veinte y uno.

Mientras hablaba Teopiste, Eustaquio la consideraba atentamente, sintiendo en su corazon, y reconociendo por sus mismos ojos que era su muger la que hablaba; pero interrumpiéndola un poco, la preguntó: *¿Con qué ocasion ó por qué extraño acaecimiento perdísteis á vuestro esposo y á vuestros hijos?* Refirió entónces Teopiste, deshaciéndose en lágrimas, su violento rapto por el piloto sobre las costas de África, y todo lo que despues habia sucedido. No pudiendo ya dudar nuestro Santo por la individual relacion de todas las circunstancias que el cielo le habia restituido á su querida esposa, hizo venir á su tienda á los dos hijos, y señalando á Teopiste, los dixo: *Ahí teneis, hijos mios, á vuestra madre*; y á ésta, abrazandola tiernamente: *Aquí teneis, amada compañera mia, á tu fiel esposo Eustaquio: rindamos todos gracias al Señor por un suceso tan maravilloso.* Llenos de admiracion, de reconocimiento y de gozo, rindieron gracias á Dios por un milagro tan claro y tan ilustre de la divina Providencia; y concluida la oracion, se contaron el úno al ótro toda la historia de tantos sucesos igualmente extraordinarios que portentosos. Celebráronse por muchos dias en todo el exército con grandes regocijos; y en fin, adelantándose Eustaquio, Teopiste y sus hijos, marcharon á Roma, donde el emperador Adriano, sucesor de Trajano, habia llamado al general para decretarle los honores del triunfo. Fue recibido con toda la estimacion y con todo el reconocimiento que merecia el importante servicio que acababa de hacer al imperio; y concluidas las fiestas públicas, mandó el Emperador que se hiciese un solemne sacrificio á los dioses en accion de gracias por aquella gran victoria. No pareció en él Eustaquio; y habiéndole llamado el Emperador, declaró que era cristiano, y que no debia dar gracias á ótro que al verdadero Dios, á quien solo era deudor de aquel dichoso suceso. Era Adriano uno de los mas crueles enemigos del nombre cristiano, y furiosamente irritado con esta respuesta, da ór-

den para que al punto sea despojado de todas las insignias de la dignidad, y sea conducido á la cárcel con su muger y sus dos hijos. Conmovióse toda la ciudad de Roma; y toda élla se empeñó en persuadir á Eustaquio que renunciase su religion, y hasta el mismo Emperador no perdonó á promesas ni á amenazas para pervertirle. Su constancia en la fe apuró toda la barbaridad del tirano. Viendo que ni aun le podia hacer titubear, le condenó á ser arrojado á las fieras con sus dos hijos y con su muger. No hubo en el mundo alegría mas pura ni menos reprimida que la que causó á los Santos aquella cruel sentencia. Vió Roma caminar en camisa, cargado de prisiones, y entrar en la arena para ser despedazado de las fieras con su muger y sus dos hijos al mismo que dos dias antes habia visto lucir por sus calles en un carro triunfal seguido de las aclamaciones y de los vivas de toda la ciudad. El gozo que rebosaban sus semblantes mostraba bien que apreciaban mas el honor de morir por Jesucristo, que el de entrar triunfante en la capital del imperio. Soltaron contra éllos algunos leones hambrientos y furiosos, que corrieron veloces á los Santos; ¿mas para qué? Para arrojarse á sus pies, para lamérselos, y para halagarlos blandamente con las colas. Asombró este milagro á todos los asistentes: solo el Emperador entró en mayor furor; y como era naturalmente cruel, resolvió atemorizar á todos los cristianos con un exemplar de crueldad, que hasta entonces no habia tenido semejante. Habia en Roma un toro de bronce de enorme corpulencia; y mandando meter á los santos Mártires dentro de aquella espantosa máquina, dió órden que se encendiese sobre élla un voracísimo fuego, en cuyo tormento acabaron su vida nuestros Santos por un glorioso martirio el dia 20 de septiembre del año de 130, en cuyo dia celebra la Iglesia su fiesta con solemnidad. Hay en Roma un magnífico templo en honor de san Eustaquio y de sus compañeros, y la mayor parroquia de París está dedicada á su nombre. Parte de sus reliquias, traidas por el abad Sugerio, se veneran en el real monasterio de san Dionisio; y otra porcion de éllas se guarda en la parroquia de san Eustaquio.

La oracion de la misa de este dia es la siguiente.

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Eustachii et sociorum ejus natalitia colere: da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que nos haces la gracia de que celebremos la fiesta de tus santos mártires Eustaquio y sus compañeros; concédenos que logremos la dicha de gozar con éllos la alegría y la felicidad eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5. del libro de la Sabiduría.

Justi autem in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum, et cogitatio illorum apud Altissimum. Ideò accipient regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini: quoniam dextera sua teget eos, et brachio sancto suo defendet illos. Accipiet armaturam zelus illius, et armabit creaturam ad ultionem inimicorum. Inducet pro thorace justitiam, et accipiet pro galea judicium certum, sumet scutum inexpugnabile æquitatem.

Los justos vivirán perpetuamente; su premio está en el Señor, y su contemplacion en el Altísimo. Por tanto, recibirán el reyno de la belleza, y la diadema de la hermosura de mano del Señor; porque su diestra les cubrirá, y defenderá con su santo brazo. Él (Señor) tomará la armadura con su zelo, armará la criatura para vengarse de los enemigos: vestirá en lugar de cota la justicia; tomará por yelmo el juicio acertado; y por escudo inexpugnable la equidad.

NOTA.

"Los judíos modernos no reconocen por canónico al li- »bro de la Sabiduría por estar lleno demáxîmas cristianas, »que prueban concluyentemente la verdad de nuestra re- »ligion. Pero su voto nunca fue de algun peso en la Iglesia »por la maligna y declarada aversion que la profesan. Bás- »tanos que le hubiesen citado los apóstoles, poniéndole en »manos de los fieles, y que éstos nos le hubiesen con- »servado."

REFLEXIONES.

Los justos vivirán eternamente. Asombro es hasta dónde se extienden las miras de la ambicion. No hay cosa que ponga límites, ni á los deseos, ni á los orgullosos proyectos de un corazon ambicioso. Cuanto mas se eleva, mas inquieto está, siempre descontento con su empleo mientras vea ótro mas elevado. El hambre de la gloria crece mas cuanto mas se sacia. Es la ambicion una enfermedad, en la cual cuanto mas se bebe mas sed se padece. ¡Qué no hace un ambicioso para inmortalizarse! No hay trabajo que no devore, no hay dificultad que le acobarde, que no intente superar para conseguir sus ideas, para llegar á sus fines. Trabajos insoportables en la guerra, artificios, lisonjas, baxezas en la córte, deudas que exceden á las rentas, gastos que hacen insolubles las deudas, á nada se perdona, en nada se repara, en nada se tropieza para adquirir nombre, para sobresalir entre los iguales, y para elevarse sobre los que están mas altos. ¿Logróse algun empleo? Inmediatamente se procura añadirle esplendor, aumentarle estimacion, y dar á la persona algun relieve con la magnificencia del tren, y con el inmenso gasto de una mesa esplendida. ¿Consiguióse alguna primera dignidad en una iglesia? Se juzgaria abatir el beneficio y la dignidad si no se empeñase en gastos muy superiores á la renta. Luego se piensa en brillar en muebles, en equipage, en todo menos en virtudes y en buenas obras. ¿Pero quién pagará? Esto es lo que de ordinario inquieta y embaraza poco al ambicioso: todo su cuidado es encontrar con algunos hombres simples que sean el juguete de su ambicion. El gran móvil de una conducta tan poco cristiana es el amor de la gloria. Amase la gloria, búscase la gloria; ¿pero cuándo se la buscará donde verdaderamente se hallá? ¿cuándo se dexará de buscarla y de cansarse vanamente en descubrirla donde realmente no está, ni donde jamás se la encontrará? Todo aquello que parece cuando se acerca la muerte: todo aquello que se desvanece en el sepulcro: todo aquello que solo dexa un eterno dolor y un amargo arrepentimiento, es ciertamente bien frívolo y bien vano. Corazones ambiciosos, ¿quereis inmortalizaros? Pues aca-

bad ya de entender que solamente los justos viven eternamente. Revolved enhorabuena esos sepulcros de los grandes: si no fueron santos, solo encontraréis en éllos un puñado de polvo hediondo que causa horror. Solamente las reliquias se hacen respetables. ¿Qué gloria es la que resta á los que ocupan mucho lugar en la historia sino fueron santos? ¿qué gloria es la de aquellos fastuosos y magníficos eclesiásticos, cuya memoria están maldiciendo los acreedores despues de su muerte? ¡Buen Dios, y qué gloria sería ahora la suya si hubieran muerto pobres por haber enriquecido á muchos miserables! Seria su memoria en bendicion por los siglos de los siglos. Señor, ¿cuándo ha de llegar el caso de que una verdad que hace fuerza á todo hombre cristiano y medianamente racional, haga impresion en un corazon y en un ánimo cristiano?

El evangelio es del cap. 6. de san Lucas.

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur á spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei. Beati qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tanquam malum propter Filium hominis. Gaude-

En aquel tiempo: Baxando Jesus del monte, se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discípulos, y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalen, y del pais marítimo de Tiro y de Sidon, que habian venido á oirle, y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud, y curaba á todos. Y él, levantando los ojos hácia sus discípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reyno de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reireis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren, y despreciaren vuestro nombre como

te in illa die, et exultate: ecce enim merces vestra multa est in cœlo.

malo por causa del Hijo del hombre. Gozáos en aquel dia, y alegráos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

Qué opuestas son las máxîmas de Cristo á las máxîmas del mundo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas opuesta, no la hay mas contraria que las máxîmas de Cristo y las máxîmas del mundo. Es necedad, es locura pretender acordarlas.

El mundo coloca toda la felicidad en la alegría y en la abundancia. Esta es la idea que se forma de un hombre feliz. Cristo juzga todo lo contrario: segun su doctrina se debe preferir la pobreza á la abundancia mas deliciosa. Es aquélla un título que nos da derecho al reyno de los cielos, y la hartura de los bienaventurados en la gloria es fruto de la necesidad que padeciéron en la tierra. La única causa que parece señala Jesucristo de aquel torrente de gozo en que están inundados los escogidos, son las lágrimas que derramaron en esta vida. *Bienaventurados los que ahora llorais, porque en algun tiempo os reireis.* ¿Acomódase el mundo con esta máxîma? y porque el mundo no se acomode con élla, ¿dexará por eso de ser máxîma de Jesucristo?

El espíritu del mundo quiere que sea especie de mérito y de honor el ser bien admitido en todas las compañías. A este fin es el vestirse, el componerse, el afectar modales ayrosas, gratas, risueñas, agradables, haciendose todo á todos: ¡y qué dolor, buen Dios, para una persona cuando conoce que no es del gusto de los mundanos!

Todo esto lo reprueba Jesucristo: *Sereis bienaventurados*, nos dice, *cuando por mi amor os aborreciéren los hombres.* El mundo os enseña que para ser dichosos en él, es menester agradarle; y yo os digo, que no sereis dicho-

sos en el mundo sino cuando por amor de mí le desagradáreis á él; antes bien no es posible agradarle á él sin desagradarme á mí: ahora escoged entre estos dos partidos. ¡Ah, buen Dios, y qué pocos hay que siquiera deliberen! Casi siempre se lleva el mundo la preferencia. Y si no, pregunto: ¿da mucho cuidado á los mundanos el no agradar mas á Dios?

¡O mi dulce Jesus, y qué copioso manantial de dolor y de indignacion contra mí mismo me ofrecen estas reflexíones! ¡Cómo he podido yo componer seguir al mundo, y hacer profesion de creeros! Suplícoos, Señor, que presteis alguna atencion á mi dolor y á mi arrepentimiento, efecto de vuestra gracia y de vuestra misericordia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay oposicion mas viva ni mas patente que la que se encuentra entre el espíritu del mundo y el espíritu de Cristo.

En el mundo se reputa por un estado muy digno de compasion el ser pobre, por infamia el ser maltratado, y por deshonor el ser la fábula de los mundanos y el objeto de sus burlas. ¡Qué mortificacion el ser excluido de sus diversiones, ó separado de sus festivas concurrencias! Esto es lo que se llama en el mundo adversidad, poca fortuna, desgracia. Pues oigamos ahora cómo se explica Jesucristo en este punto.

Vosotros, hijos mios, sereis bienaventurados y dichosos cuando no fuéreis del gusto de los hombres del mundo: dichosos, cuando vuestra modestia, vuestro recogimiento y vuestro porte regular sea el asunto de sus burlas: dichosos, cuando los que viven sobre el espíritu del mundo tengan lástima de vosotros, cuando oigan vuestro nombre con horror, cuando os excluyan de sus funciones y de sus concurrencias, cuando os cargaren de oprobios, entónces regocijáos mucho, dad grandes muestras de alegría, y tenéos por los mas felices y los mas bien librados del mundo. Vamos claros: ¿dirige Jesucristo estos oráculos á todos los cristianos? ¿hemos creido hasta aquí, ó creemos ahora que hablan con todos los oráculos de Jesucristo?

Noble y muy noble era san Eustaquio: hízole el empe-

rador general de sus exércitos: llegó á ser su favorecido; pero era cristiano, y como tal nunca se tuvo por mas dichoso que cuando se vió despojado de todos sus bienes, privado de sus emplos, desgraciado y expuesto en fin al martirio por amor de Jesucristo. Estas fueron las máxîmas de los santos; nunca tuvieron ótras: ¿corresponde nuestra conducta á estas máxîmas? Al considerar la de los santos y la nuestra, ¿se dirá que profesamos una misma religion? ¿pero podrémos acaso esperar la misma recompensa?

No permitais, Señor, que algun dia me condenen estas mismas reflexîones que vos me inspirais para convertirme. Vuestras máxîmas son santas y verdaderas: yo os prometo no seguir jamás ótras: éllas serán de aquí adelante la regla de mi conducta, como son el objeto de mi fe.

JACULATORIAS.

Si quid patimini propter justitiam, beati. 1. Petr. 3.
Si padeciéreis algo por la justicia, sereis bienaventurados.

Quæ autem conventio Christi ad Belial? Aut quæ societas luci ad tenebras? 2. Cor. 6.
¿Cómo se puede componer Jesucristo con Belial, ni la luz con las tinieblas?

PROPOSITOS.

No te contentes con detestar las máxîmas del mundo: siempre se convierte el entendimiento primero que el corazon. Imponte una como ley, no solo de no defenderlas nunca en las conversaciones familiares, sino de renunciar efectivamente su práctica y su exercicio. Para eso has de hacer una firme resolucion de no concurrir jamás á aquellas diversiones profanas, de las cuales está siempre desterrado el espíritu del cristianismo: de no parecer jamás en espectáculos ni en bayles; y cuando la urbanidad ó la obligacion te precisen á dexarte ver en las funciones y concursos del mundo, estar y portarte en éllos como verdadero cristiano.

2 Todas las adversidades de la vida, y todos los contratiempos que suceden en el comercio del mundo, los has de

mirar á la misma luz á que Jesucristo quiere que se miren y no á ótros, ni con diferentes colores. Si te contradicen, si te sientes ofendido ó maltratado, acude luego con la boca y con el corazon á este oráculo (*Rom.* 8.): *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis.* Ninguna proporcion tienen con la gloria que nos espera en la otra vida las aflicciones que padecemos en ésta. O aquellas otras admirables palabras del apóstol san Pedro: *Si quid patimini propter justitiam, beati.* Son bienaventurados todos los que padecen algo por amor de Dios.

Tambien es un exercicio muy agradable al Señor decir alguna breve oracion, aunque no sea mas que un *Gloria Patri*, siempre que nos sucede algun trabajo ó alguna humillacion. En esos reveses de fortuna, en esos sucesos desgraciados, en esa degradacion ú despojo de tu empleo, en esa humillacion que te cogió tan de repente, dí con el Profeta: *Bonum mihi quia humiliasti me.* ¡O Señor, y qué dichoso soy en que me hayais mortificado, afligido y humillado! Este es el espíritu del cristianismo, este el lenguage que debe tener todo verdadero cristiano: nunca ha de gastar ótro en las humillaciones y en los abatimientos. Pocos conocen lo mucho que éstos valen. No hay atajo mas seguro ni mas breve; ninguno mas eficaz para ser santo.

DIA VEINTE Y UNO.

San Mateo, apóstol y evangelista.

Queríanos persuadir el Salvador del mundo, que habia venido á él singularmente para salvar á los pecadores, y que no habia en el mundo estado ó condicion alguna tan distante del camino de la salvacion en que no se pudiese esperar tener parte en sus misericordias. Por eso se dignó escoger por uno de sus apóstoles á un hombre que parecia el mas indigno de tan gran favor.

Este fue san Mateo, galileo de nacion, judió de religion;

pero de una profesion odiosa á toda la nacion hebrea, porque era publicano; esto es, recaudador ó administrador de los pechos y tributos que los romanos imponian á todas las provincias sujetas á su dominacion. Nacia este ódio ó esta particular aversion de los judíos á los publicanos ó administradores de estar persuadidos á que como israelistas y pueblo escogido de Dios estaban exêntos de pagar tributo ni contribucion á las naciones extrangeras. Tenia Mateo otro nombre, por el cual era menos conocido: llamábase Leví, hijo de Alfeo, y con este nombre le apellidan comunmente los otros evangelistas, por tener menos conexîon con su odioso empleo de publicano ú de recaudador; pero él en su evangelio no se anda con estos reparos, ni disimula su nombre ordinario y el de su ministerio, llamándose siempre Mateo, por el cual era únicamente conocido en toda la Judea como publicano. Los judíos tenian á los de este oficio por pecadores públicos y de profesion: por hombres sin religion y sin conciencia, que tiranizaban á todo el género humano. Este era el empleo de nuestro Santo ántes que el Hijo de Dios le llamase, mandándole que le siguiese. Era Cafarnaun la ciudad de mayor comercio que habia en el pais sobre la costa del mar de Tiberíades, y por eso la escogió nuestro Publicano para residir en élla. Tenia su oficina fuera de la ciudad en un parage inmediato al mar de Galilea; y como Jesucristo estuviese predicando en aquella provincia habia mas de un año, pasando en cierta ocasion muy cerca de la oficina de Mateo, se paro, miróle fixamente á la cara, y le dixo que lo dexase todo y le siguiese. En ninguna ocasion se mostró mas poderosa la gracia del Salvador. Cualquiera ótro que no fuese el Hijo de Dios tendria necesidad de muchas y muy fuertes razones para persuadir á un hombre codicioso de los bienes de la tierra, y de tan poca religion, á que abandonase un empleo tan conforme á su amor propio, y que tanto acomodaba á su interesada inclinacion. Sin embargo, luego que Jesucristo le miró, y luego que le dixo *sígueme*, le movió tan poderosamente el corazon, que ni un solo momento deliberó, ni en dexarlo todo, ni en seguirle. En el mismo punto se levantó Mateo de su mesa, y se declaró abiertamente por discípulo de Cristo. Para hacer mas pública su resolucion, y para que ninguno dudase del amor

que le profesaba, le convidó á un gran banquete, en que no perdonó á medio alguno para manifestarle su perfecta adhesion y su profundo reconocimiento.

Era grande el número de los convidados, compuesto por la mayor parte de publicanos, y de otra gente libre y desacreditada, que el Salvador gustaba de admitir junto á sí para tener ocasion de corregirlos y moverlos al dolor y á la penitencia. Esta benignidad del Señor, y sobre todo, la benevolencia particular con que trataba á Mateo, desagradó mucho á los escribas y fariseos, que no haciendo diferencia entre el pecado y el pecador, aborrecian tanto al úno como al ótro. Comenzáron á murmurar descubiertamente del Salvador porque comia con los pecadores; pero la respuesta que dió á estas inconsideradas quejas debiera cerrarles la boca para siempre. Díxolos que no tenian razon para censurarle porque favorecia á los pecadores; pues su proceder en este particular se conformaba con el verdadero sentido de lo que Dios tenia dicho por el profeta Oseas, de que le agradaba mas la caridad compasiva de las miserias del próximo, y el caritativo cuidado de librarle de éllas, que todos los sacrificios del mundo: que si la asistencia del médico no era necesaria á los sanos, sino á los enfermos, no debia parecer extraño que él socorriese particularmente á aquellos, cuyas almas estaban en mayor peligro de perecer: y en fin, que aunque habia venido al mundo para salvar generalmente á todos los hombres, tanto pecadores como justos; pero que su principal intencion era trabajar en la conversion de los pecadores para reducirlos suavemente al cumplimiento de su obligacion, inspirándolos el horror al vicio y el amor á la virtud. Cautivó á Mateo este discurso, y la particular conversacion que con él tuvo el Salvador le ganó tan del todo el corazon, que se declaró por discípulo de Jesucristo, y sin querer siquiera volver á su telonio ú oficina, fue desde entónces compañero inseparable en todas sus sagradas excursiones de un maestro tan bueno y tan compasivo.

Hizo grande ruido una conversion tan milagrosa como no esperada. Conociéron todos que la palabra de Dios tenia una divina virtud, capaz por sí sola de mudar prontamente los corazones; y la misma perseverancia de Mateo se tuvo por uno de los mayores milagros de esta divina palabra. No se volvió á apartar del lado del Salvador este que-

rido discípulo: acompañóle á todas las ciudades, pueblos y lugares donde fué á anunciar el reyno de los cielos, tan léjos de avergonzarse por haberlo abandonado todo, haciéndose pobre por su amor, que su mayor gusto era dexarse ver en aquel estado humilde, mortificado y abatido en la misma ciudad de Cafarnaun donde pocos dias ántes habia hecho tan diferente y tan brillante figura. Como el ardiente amor, y la apasionada adhesion que profesaba á su divino Maestro no le permitian separarse un instante de su lado, ninguno de los discípulos del Hijo de Dios fue, ni oyente mas contínuo de todos sus sermones, ni testigo mas ocular de todas sus maravillas.

Poco despues que san Mateo se agregó al número de los discípulos que seguian á Jesucristo, se hizo la eleccion de los apóstoles, á cuya honra y dignidad le elevó la bondad del Salvador. San Márcos y san Lúcas le nombran el séptimo entre éllos; pero san Mateo se cuenta á sí mismo el octavo despues de santo Tomé, y siempre se nombra Mateo el publicano por humildad y por agradecimiento. Desde este tiempo hasta despues de la resurreccion del Señor no hallamos en el evangelio particularidad alguna que toque á la persona de este fiel Apóstol.

Acabada la grande obra de nuestra redencion, quiso el Salvador del mundo quedarse en él otros cuarenta dias en compañía de los apóstoles para instruirlos en todos los misterios de nuestra religion. Despues de su gloriosa ascension á los cielos y la venida del Espíritu santo predicó san Mateo la fe con los demas apóstoles en Judea, donde se detuvo aún cerca de tres años; y antes de salir á predicarla á otras naciones, le inspiró Dios, y le rogáron los judíos convertidos que los dexase una historia, ó como compendio de todo lo que habia visto y oido en las conversaciones, conferencias y viages en compañía del Salvador. Acaso tambien los mismos apóstoles se lo pedirian, juntando sus ruegos á las instancias de los otros fieles por considerarle el sugeto mas hábil para este desempeño. Ántes, pues, que los apóstoles saliesen de Jerusalen, y se separasen para predicar en otras provincias, escribió san Mateo aquel divino libro, á quien puso por título *Evangelio*, que quiere decir *buena y alegre nueva*. Con efecto, no es mas que una explicacion de la grande y dichosa nueva que los ángeles

anunciaron á los pastores en el nacimiento del Salvador; ni contiene otra cosa que lo que el mismo Jesucristo llamó *Evangelio*; esto es, su doctrina pura, y su predicacion acompañada de sus milagros, de los que san Mateo habia sido fiel testigo. Y para completar una historia regular de su vida, añadió el Evangelista lo que habia oido á la santísima Vírgen tocante á su nacimiento, con todo lo que despues sucedió hasta su bautismo. Inspirado san Mateo del Espíritu santo (dice san Agustin), fue su principal intento en este evangelio referirnos la vida humana que Jesucristo hizo entre los hombres; así como san Juan parece que solo tiró á manifestarnos la divinidad del Hijo de Dios. Por eso el evangelio de san Mateo parece el mas propio para el comun de los fieles, porque se conduxo á historiar aquellas acciones y aquellas instrucciones en que Jesucristo, por decirlo así, templó su infinita sabiduría y su divina magestad para hacernos mas imitable y mas proporcionado á nuestra flaqueza el exemplo de su vida, aplicándose singularmente á lo que toca á las costumbres. El primero que escribió el evangelio fue san Mateo; y como le compuso particularmente para los judíos convertidos, á cuya instancia le habia trabajado, lo hizo en su lengua hebrea; esto es, en una lengua mezclada de la siriaca y caldea, que era entónces la vulgar de los judíos que vivian en la Palestina.

Luego que este evangelio llegó á manos de los judíos se sacaron muchas copias; y algunos apóstoles quisieron llevar consigo un exemplar al separarse para partir cada uno á su mision. Desde entónces mismo fue tambien traducido en griego para el uso de los fieles que estaban en las provincias, y no sabian otra lengua, siendo tan autorizada esta version como el mismo original.

Cuando se descubrió el cuerpo de san Bernabé en la isla de Chipre por los años de 488, se halló sobre su pecho el evangelio de san Mateo que el mismo san Bernabé habia copiado de su propia mano. Estaba escrito en madera de chipre, que entonces era muy rara; y el emperador Zenon, que reynaba en aquel tiempo, quiso tenerle: besóle con respeto, enriquecióle, y guarneciole de oro, mandándole guardar en sus archivos. Refiere Eusebio, que

cuando san Panteno fue á predicar á la India, encontró en élla el evangelio de san Mateo escrito en caractéres hebreos, que san Bartolomé habia dexado á los indios; y añade san Gerónimo, que san Panteno traxo este exemplar á la ciudad de Alexandría. Créese que el original del evangelio de san Mateo, escrito en hebreo, fue conservado por los cristianos de la nacion judía, que estaban en Jerusalen, y que le llevaron consigo á Pella, adonde se retiraron antes que se pusiese el sitio á aquella ciudad. La mayor parte de los judíos convertidos retuviéron muchas cosas del judaismo, y formaron la secta llamada de los nazareos, que con el tiempo degeneró en la de los ebionitas. Guardaron los nazareos el original del evangelio de san Mateo; pero añadieron muchas historias apócrifas, por lo que se desestimó aquel texto original, y solo se conservó la version griega, que nunca sufrió alteracion.

No se sabe con certeza á qué pais fue san Mateo á predicar la fe de Jesucristo despues que salió de la Judea. Algunos son de opinion que fue á la Persia, y que predicó especialmente á los partos, á los medos, y á los de Carnania; pero la opinion mas comun es que evangelizó en la Etiopia. Lo que no admite duda, segun san Clemente Alexandrino, que floreció no muy distante de los tiempos apostólicos, es, que hacia una vida muy penitente. Manteníase de raíces, lechugas y legumbres, negándose para siempre al uso de toda carne y de todo pescado. Dícese que habiendo llegado nuestro Santo á la ciudad de Nadaber en Etiopia, fue recibido en élla con mucho gozo por aquel eunuco de la reyna Candace, que habia bautizado san Felipe; y que encontrando en la misma ciudad dos famosos magos, llamados Zaroes y Arfaxat, los cuales tenian engañados con sus prestigios á aquellos pobres idólatras, causándolos enfermedades aparentes, que curaban despues con sus encantamientos, adquiriendo mucha reputacion con estos milagros postizos, san Mateo descubrió al pueblo los sortilegios de aquellos embusteros; y que éstos para vengarse del Santo hicieron venir con su arte mágica dos espantosos dragones que llenaron de terror á toda la ciudad; mas san Mateo, haciendo sobre éllos la señal de la cruz, los amansó como

si fueran dos corderos, y los envió despues á sus cavernas; con cuyo milagro se tranquilizáron los habitadores y formaron un alto concepto de la religion cristiana.

Pero se acabaron de convertir con otro milagro mas considerable. Habiendo muerto una de las hijas del Rey, llamada Egipa, llamó luego el Príncipe á los dos magos para que la resucitasen. Valiéronse de todos los secretos de su arte; pero muy inútilmente: los demonios, á quienes invocaban sin cesar, no tenian poder para restituirla á la vida. Fue llamado san Mateo, y luego que invocó el nombre de Jesucristo, comenzó á moverse el cadaver, y se puso en pie la infanta viva y sana. Á vista de tan estupendo prodigio se convirtió el rey con toda su familia real; y á esta conversion se siguió la de toda la corte y la de casi todo el pueblo. Lo que mas consoló al santo Apóstol fue la resolucion de la princesa Ifigenia, hija primogénita del rey, que consagró á Dios su virginidad de resultas de un sermon que oyó á san Mateo sobre la excelencia de las Vírgenes. Imitaron el exemplo de la Princesa otras muchas doncellas: y muy en breve se vió una comunidad de esposas de Jesucristo en el corazon de una ciudad que habia sido hasta entónces el centro de la idolatría. Pero esta maravilla costó la vida á nuestro Santo. Muerto el Rey, se apoderó del reyno su hermano Hirtaco, quien para asegurar la corona creyó era preciso casarse con su sobrina Ifigenia, legítima heredera de élla. Era la Princesa una de las mas hermosas damas de su tiempo, y como habia hecho voto de no admitir jamás otro esposo que á Jesucristo, oyó con horror la proposicion de su tio. Irritóse mas la pasion del usurpador con la resistencia de Ifigenia; y pareciéndole que ninguno podia mas con la Princesa que el santo Apóstol, le mandó llamar, y quiso que en su misma presencia persuadiese á la Princesa á que consintiese en aquel matrimonio; pero el santo Apóstol la confirmó en su primer propósito. Irritado Hirtaco, se retiró á su cuarto, mandando que al punto quitasen la vida á nuestro Santo. Los soldados á quienes dió órden, le encontraron en el altar acabando de celebrar el divino sacrificio, y en el mismo altar fue consagrada á su Dios aquella preciosa víctima, coronando á golpes de hacha su glorioso martirio. San Hipólito llama á san Mateo hóstia y víctima de la vir-

ginidad, y protector de las vírgenes. Habia veinte y tres años que san Mateo predicaba la fe de Jesucristo en Etiopia, donde habia convertido un prodigioso número de idólatras, y fundado muchas iglesias.

En las constituciones que se atribuyen á san Clemente se lee que san Mateo fue el que introduxo entre los fieles el uso del agua bendita; pero es probable que lo mismo hicieron los demas apóstoles en los paises donde predicaron. El cuerpo del santo Apóstol se conservó largo tiempo en la ciudad de Nadaber, donde padeció martirio, hasta el año de 1080, que fue trasladado á Salerno en el reyno de Nápoles, de donde su santa cabeza fue llevada á Francia, y se conserva con grande veneracion en la catedral de Beauvais. Tambien se adoran algunas reliquias suyas en la de Chatres.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la que sigue.

Beati apostoli et evangelistæ Matthæi, Domine, precibus adjuvemur: ut quod possibilitas nostra non obtinet, ejus nobis intercessione donetur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Asistidnos, Señor, por los merecimientos de vuestro apóstol y evangelista san Mateo, para alcanzar por su intercesion las gracias que por nosotros no podemos conseguir: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 1. de Ecequiel.

Similitudo vultus quatuor animalium: facies hominis, et facies leonis à dextris ipsorum quatuor: facies autem bovis, à sinistris ipsorum quatuor, et facies aquilæ desuper ipsorum quatuor. Facies eorum, et pennæ eorum extentæ desuper: duæ pennæ singulorum jungebatur, et duæ tegebant corpora eorum: et unumquodque eorum coram facie sua ambulabat: ubi erat impetus spiritus, illuc gradiebantur, nec revertebantur cum ambularent. Et similitudo ani-

La figura del semblante de los cuatro animales: tenian cara de hombre, y cara de leon tenian todos cuatro por su parte derecha: y cara de buey tenian todos cuatro por la parte izquierda sobre los mismos cuatro semblantes de aguila. Sus caras y sus alas se extendian hácia arriba: dos alas de cada uno de éllos se juntaban, y dos cubrian sus cuerpos. Y cada uno de éllos se movia segun la direccion de su semblante: adonde les llevaba el ímpetu del espíritu, allí iban, y cuando andaban no se volvian atras.

malium, aspectus eorum quasi carbonum ignis ardentium, et quasi aspectus lampadarum. Hæc erat visio discurrens in medio animalium, splendor ignis, et de igne fulgur egrediens. Et animalia ibant et revertebantur in similitudinem fulguris coruscantis.

Y la figura de los animales se presentaba á la vista como carbones ardientes de fuego, y como lámparas encendidas. Veíase discurrir por entre medias de los animales un resplandor de fuego, y salir de éste rayos. Y los animales iban y venian á manera de rayos resplandecientes.

NOTA.

"Ecequiel fue hijo de Brusi, de la raza sacerdotal, y na- »tural de Sarena. Fue llevado cautivo á Babilonia con Je- »conías, rey de Judá. Cuando salió de su pais no era reco- »nocido por profeta, ni Dios le comunicó el don de profe- »cía hasta que entró en la Mesopotámia, enviado por Nabu- »codonosor. El principal fin de sus profecías fue consolar »á sus hermanos y compañeros en el cautiverio."

REFLEXIONES.

Iban adonde los llevaba el ímpetu del espíritu, y no volvian atrás cuando caminaban. El que pone mano al arado, y mira atrás (dice el Salvador) *no es á propósito para el reyno de los cielos.* El mismo pararse en el camino de la virtud es volver atrás; y el que retrocede, está mas atrasado que cuando comenzó á caminar. Es como un cuerpo macizo y pesado, que á fuerza de brazos con mucha fatiga y sudor le suben á algun lugar eminente; pero rompiéndose las cuerdas y las maromas, ó soltándose la polea, su misma gravedad le precipita con mayor violencia. Al principio no baxa con grande ímpetu, y son tardos los primeros movimientos; pero luego que éstos se multiplican, es verdaderamente espantosa la velocidad; nada le detiene, dexa muy atrás el término de donde partió, ni se para hasta llegar al precipicio. Esta es una verdadera, pero terrible imágen de los que comenzando á caminar bien, se cansan, se detienen en el camino de la virtud. No es larga la detencion porque vuelven atras impetuosamente. Siempre es mas peligrosa la recaida que la enfermedad. Hasta llegar al principio no sabe parar el ímpetu del desórden. Son pocos los que acier-

tan á ser verdaderamente devotos la segunda vez. En cansándose de vivir siempre al lado del mejor padre de todos; en amando la propia libertad, luego se dexa el pais, y nunca se desvia poco el que se descamina con toda deliberacion. Cuando el corazon está desordenado, causa y fastidia la vida arreglada: ciegan las pasiones al paso que la luz de la gracia se va debilitando, y presto se cansa de servir el que no gusta de su amo. Luego que se comienza á volver atrás, se enfada uno de sí mismo, y aun hace cuanto puede para olvidarse de lo que fue. De aquí nacen aquellas pueriles ligerezas aun en personas de madura edad: aquel retoño de las pasiones que se sienten haber domado y contenido largo tiempo: aquellas lastimosas zumbas de la virtud y de la religion, que irritan aun á los mas disolutos, causando compasion á los que tienen una leve tintura de religion y de mediano juicio. En materia de costumbres toda recaida lleva consigo cierto carácter de infamia. Rara vez sucede que el que es impío dos veces, no lo sea siempre.

El evangelio es del capítulo 9. de san Mateo.

In illo tempore: Vidit Jesus hominem sedentem in telonio, Matthæum nomine. Et ait illi: Sequere me. Et surgens, secutus est eum. Et factum est discumbente eo in domo, ecce multi publicani, et peccatores venientes, discumbebant cum Jesu, et discipulis. Et videntes pharisæi, dicebant discipulis ejus: Quare cum publicanis, et peccatoribus manducat Magister vester? At Jesus audiens, ait: Non est opus valentibus medicus, sed male habentibus. Euntes autem discite quid est: misericordiam volo, et non sacrificium. Non enim veni vocare justos, sed peccatores.

En aquel tiempo: Vió Jesus á un hombre que estaba sentado al mostrador, por nombre Mateo. Y le dixo: Sígueme. Y levantándose, le siguió. Y sucedió que estando sentado á la mesa en casa, he aquí, que habiendo venido muchos publicanos y pecadores, se pusiéron á la mesa con Jesus y con sus discípulos. Y viéndolo los fariseos, decian á sus discípulos: ¿Por qué vuestro Maestro come con los publicanos, y con los pecadores? Pero Jesus oyéndolo dixo: Los sanos no tienen necesidad de médico; sino los enfermos. Pero id, y aprended lo que es: yo quiero mas la misericordia, que el sacrificio, porque yo no vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.

MEDITACION.

De la fidelidad á la gracia de la devocion.

PUNTO PRIMERO.

Considera lo poco que se conoce cuánto vale la gracia de la vocacion cuando hay tantos hombres que son fieles á esta preciosa gracia. Sin embargo, de aquí depende en cierta manera toda la economía de nuestra salvacion. Todos los estados, todas las condiciones son muy á propósito para conseguirla: á ninguno llama Dios para condicion ó para estado particular que no le proporcione los auxîlios y medios necesarios en aquel estado para llegar al término de su eterna felicidad. Habiendo distribuido Dios todos los estados y condiciones del mundo desde la eternidad, destinó á cada uno de los mortales para que ocupase en éllos su lugar. Nada sucede en el mundo por casualidad : todo se dispone en él segun el órden de su infinita sabiduría y de su divina Providencia. Es, pues, la gracia de la vocacion aquel destino ó aquella eleccion que hace Dios de cada uno de nosotros para cada estado, y aquella série de gracias y de auxîlios que nos prepara en él. Con este mismo fin nos distribuye los talentos proporcionados siempre para conseguirle. Conoce muy bien nuestros fondos, nuestro temperamento, nuestro natural, nuestras pasiones, y los peligros del estado á que nos destina. Es evidente que un hombre que vive en el mundo, necesita de otros auxîlios naturales y sobrenaturales que el que vive en una religion; y aun en éstas, segun su variedad, son necesarios tambien diversos auxîlios, gracias y talentos. Por la misma razon las distintas condiciones que hay dentro del mismo mundo piden distintos medios y auxîlios. Todo lo tiene arreglado la divina Providencia. ¡Pues cuánto importará conservar esta gracia de la vocacion! ¡Y con qué fidelidad se debe corresponder á esta gracia! Si se llega á faltar á élla; si se abraza un estado á que no nos llama Dios; si se padece la desgracia de vivir con disgusto en este estado: si se cae en la tentacion de aban-

donarle, ¡qué cadena de desdichas no acompaña al desconcierto de este órden, que tenia como enlazado la divina Providencia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera las funestas consecuencias de este desconcierto. Habiendo nacido con el natural, con los talentos, con las inclinaciones proporcionadas al estado á que Dios te tenia destinado, ¿lograrás la misma facilidad, los mismos medios en esa otra condicion á que no te llamaba la divina Providencia? ¿qué derecho tendrás para esperar de la bondad del Señor esas gracias en un estado que escogiste por tu propia eleccion? Un miembro dislocado no es maravilla que cause vivos dolores no estando en su lugar. La obra que no está en el sitio que la corresponde, precisamente ha de parecer inútil. Ninguna cosa solicíta con mayor empeño el tentador que alucinar en la eleccion de estado, sabiendo muy bien que es casi segura la reprobacion cuando se desacierta en la vocacion. En todo hay malos pasos, en todo lazos, en todo escollos, y en todo precipicios. ¿Quién caminará con seguridad faltándole la luz y los auxîlios que Dios no está obligado á concederle? No te hubieran faltado éstos si estuvieras en aquel estado á que te faltaba el mismo Dios; pero voluntariamente quisiste irte á un pais extrangero, pues no hay que extrañar que te suceda lo que al hijo pródigo. No obstante, éste tuvo la fortuna de volverse á la casa de su padre. ¿Mas hay muchos que vuelven á entrar en el estado que una vez cobardemente abandonáron? ¿y hay muchos que permaneciendo en el descaminado que escogiéron, resistan á las terribles tentaciones que son tan frecuentes en él? Si el clima, el ayre y el pais en que naciste es contrario á tu salud, ¿lo pasarás bien en él? ¿gozarás en él de una salud muy robusta? Aquellas personas que sin legítima vocacion se empeñan en algun estado: aquellas que abandonan el estado á que Dios las habia llamado: las que, por decirlo así, se salen de sus ayres naturales, ¿qué esperanza pueden tener de lograr dichoso fin? No hay razon sólida que pueda disculpar delante de Dios esta especie de apostasía espiritual. Ni la falta de salud, ni la devocion, ni la de ingenio, ni la de ta-

lentos, todas son razones frívolas. Pues qué, ¿se abraza el estado religioso para lucir en él, para grangearse estimacion, y para ocupar los primeros puestos? Una salud débil y quebrantada amenaza ruina; promete corta vida: en hora buena; ¿pero qué mejor razon para vivir en un estado en que á la hora de la muerte todos quisieran morir? ¡Mi Dios, y qué cruel dolor, qué amargo arrepentimiento se siente en aquella hora cuando no se fue fiel á la gracia de la vocacion, cuando voluntariamente se descaminó el alma! Mas, ¡y qué desesperacion es no conocer este descamino, sino cuando ya no hay tiempo de remediarlo!

Libradme, Señor, de esta desgracia. No permitais que me desvie jamás del camino que me mostrásteis; y haced que viva y muera santamente en aquel estado á que me quisísteis llamar.

JACULATORIAS.

Beati omnes qui timent Dominum, qui ambulant in viis ejus. Salm. 127.

Bienaventurados aquellos que temen al Señor, y andan por los caminos en que él mismo los puso.

Notam fac mihi viam in qua ambulem. Salm. 142.

Mostradme, Señor, el camino que debo seguir para llegar á vos.

PROPOSITOS.

Bien se puede decir que la predestinacion tiene grande conexîon con el estado á que nos llama Dios. Aquella serie de gracias, aquella admirable economía de la divina Providencia en órden á nuestra eterna bienaventuranza hace una admirable consonancia con nuestra vocacion. Debemos, pues, abrazar aquel estado de vida á que Dios nos ha destinado. Seguir otro rumbo, es arrojarse á evidente peligro de perderse. Hase de elegir estado; ¿pero qué reflexîones, cuánta consideracion, cuántas oraciones son menester para no errar en la eleccion? Es cierto que se suelen tomar todas estas precauciones cuando se trata de abrazar el estado religioso, sin embargo de ser el mas santo, y el que facilita mas la salvacion; ¿pero se toman las mismas cuando se habla de embarcarse en el mundo? Y con todo eso to-

dos convienen en que el mundo es un mar famoso por los naufragios, donde todo es peligro, todo escollos. Determina un jóven retirarse á la seguridad de un claustro religioso: ¡buen Dios, cuántos estorbos tiene que vencer de sus padres, de sus amigos, y aun de las personas indiferentes! Todos se interesan, todos se empeñan en disuadírselo. ¡Cuánto tiempo quieren que tome para pensarlo bien! ¡con qué elocuencia le pintan las dificultades, el rigor, las obligaciones de un estado tan santo! ¿Pero se hace lo mismo cuando se trata de contraer algun empeño con el mundo? Entónces ninguno se para á preguntar si se ha pensado bien. Se desazonarian los parientes y los amigos solo con saber que se queria tomar tiempo para deliberar un partido tan peligroso. Comprende ahora la irregularidad y la injusticia de esta conducta. Si has de tomar estado, piénsalo antes con mucha seriedad; sobre todo, si te sientes inclinado á quedarte en el mundo y tambien en el estado eclesiástico, en que no son menores los peligros para muchos.

2 Pero ya te hallas en un estado fixo y determinado despues de haberlo pensado bien, de haberlo consultado con el Señor, y de haber tomado todos los consejos y precauciones necesarias. Pues no pienses mas que en santificarte en él y en cumplir con todas sus obligaciones como verdadero cristiano. Ten por tentaciones todas las dudas que te sugiere el demonio: persuádete á que estás en el estado en que Dios quiere que estés. Desprecia todas las dudas, todas las inquietudes, que por lo comun son artificios del enemigo de tu salvacion para estorbarte el cumplimiento de tus obligaciones, turbándote la tranquilidad, sobre todo si te hallas ligado al estado con algunos votos. Estudia cada dia todas tus obligaciones, y cúmplelas exâctamente. Despues de estar ligado á un género de vida, ya no es tiempo de exâminar si Dios te llama á élla: estas reflexîones siempre se han de hacer ántes de la eleccion de estado.

DIA VEINTE Y DOS.

San Mauricio y sus compañeros mártires.

El martirio de san Mauricio y de sus compañeros fue tan glorioso para toda la santa Iglesia, que no han sido bastantes mas de catorce siglos para borrar su memoria, ni para disminuir la veneracion que todas las naciones profesan á estos grandes Santos. Por tanto se puede asegurar que no hubo suceso ni mas glorioso para la religion, ni que hiciese mas honor á Jesucristo que el martirio de este gran Santo, acompañado de toda la legion Tebea, que en sentir de san Eustaquio, se componia de seis mil seiscientos sesenta y un hombres.

Era san Mauricio primer capitan ó coronel de un cuerpo de tropas, que se llamaba Legion, y se componia entonces del número de soldados que acabamos de decir. Llamábase la legion Tebea, lo que da á entender que se habia levantado en la Tebaida, ó que solo se componia de gente de aquel pais. Se habia merecido tanta reputacion en todo el imperio romano por el valor de los oficiales y por la intrepidez de los soldados, que no habia en todo el exército romano cuerpo mas formidable á los enemigos, ni mas estimado en el mismo exército. Esta legion tenia su cuartel en el Oriente; es decir, en la Siria y en la Palestina. Los principales oficiales, despues del coronel general, eran Exûperio, que hacia las funciones de mayor, ú de teniente coronel, y Cándido, senador del exército; esto es, intendente de la legion.

Estando san Mauricio de cuartel de invierno con su legion en Jerusalen y en sus cercanías, tuvo ocasion de conocer y de tratar á Zambdal, obispo de la misma ciudad; y como Mauricio era hombre despejado y de capacidad, luego que el obispo, en una conversacion que se ofreció, le habló de la excelencia y de la santidad de la religion cristiana, haciéndole visibles los absurdos del gentilismo, des-

hecho en lágrimas á vista de la miserable ceguedad en que habia vivido hasta entónces, rindió mil gracias al Señor por la merced que le hacia, abriéndole los ojos; y abrazando al Obispo con respeto y con ternura, le rogó instantemente que le dispusiese para recibir el santo bautismo.

Esta conquista consoló maravillosamente al prelado y á todos los cristianos, siendo inexplicable el gozo universal de todos los fieles, el que creció mucho mas cuando se supo que Mauricio inmediatamente que se despidió de la conversacion del Obispo se fue derecho á buscar los principales oficiales de su legion, y los habló con tanta energía y con tanta elocuencia acerca de la verdad de la religion cristiana, que todos concurriéron al punto deseosos de ser bautizados.

Luego que Mauricio y su teniente Exûperio se hiciéron cristianos, se convirtiéron en zelosos misioneros de toda la legion; y el Señor echó la bendicion sobre su zelo y su amor á Jesucristo; de manera, que en muy breve tiempo se hizo tambien cristiana toda élla.

Habia ya cerca de dos años que era Diocleciano Emperador, cuando en el de 286, queriendo remediar los alborotos que excitaba en las Gáulas la sublevacion de los baugadas, pueblos de la campaña, que tenian por cabezas de la sedicion á Amando y á Eliano, resolvió asociarse un colega con quien repartir la pesada carga del Imperio. Escogió, pues, á Maxîmiano Herculeo, hombre cruel y enemigo mortal de los cristianos. Asocióle, y descargó en él la guerra que era preciso hacer en las Gáulas. No teniendo bastantes fuerzas el exército que debia mandar Maxîmiano, y temiendo Diocleciano que el nuevo Emperador quedase desairado en aquella primera expedicion, determinó fortificarle con la legion Tebea, reputada por el mejor cuerpo de tropas del imperio. Ordenó, pues, al coronel Mauricio que marchase á Italia con toda su legion y que se juntase con el exército destinado para hacer la guerra en las Gáulas. Inmediatamente se pusiéron en marcha para Italia Mauricio y sus soldados, tan prontos á obedecer las órdenes del Emperador, como fieles á la religion. El zelo de los oficiales correspondia á su fe, y la fe de los soldados al zelo de los oficiales. No se descubria en éllos otra emulacion que la de la virtud y la competen-

cia en la devocion cristiana. Mostraban en todo su fidelidad y su constancia, tanto en lo que debian á Dios y á su religion, como en lo que eran deudores á los príncipes á quienes servian, y al estado; sabiendo enlazar dichosamente el exercicio de las armas con la práctica de los consejos y de las máxîmas del evangelio.

Luego que san Mauricio llegó á Roma con su legion, fue su primera diligencia visitar al papa san Marcelino, quien de tal manera supo confirmar á todos en su zelo por la fe, que todos á una voz le prometiéron perder ántes las vidas, que faltar á la fidelidad de Jesucristo, ni avergonzarse de su sagrada doctrina. Recibiéron las órdenes del Emperador, y marcháron á incorporarse con el exército. Alcanzáron á Maxîmiano, y pasáron los Alpes por el Milanés. Fatigado el Emperador de la marcha, hizo alto en Octodura, ciudad de Veragres, que se cree ser Martinach ó Martiñy en el Valais, y dispuso que las tropas que le seguian acampasen en una gran llanura. Era el Emperador tan supersticioso como cruel, y mandó que todo el exército ofreciese sacrificios á los dioses para implorar su asistencia contra los enemigos del imperio. Horrorizáronse san Mauricio, san Exûperio, san Cándido y todos sus soldados; y pasando á la otra parte del Octodura, fueron á acampar tres leguas mas allá, cerca de una aldehuela llamada Ternat, entre las montañas y el rio Ródano, á doce ó quince leguas de Ginebra, y muy cerca de la punta oriental del Lago, entre el pais de Valais, la Saboya y el canton de Berna. Informado Maxîmiano de esta novedad, los envió á preguntar la razon de aquella retirada. Quedó extrañamente sorprendido cuando entendió que era por motivo de religion, y que así Mauricio como toda su legion eran cristianos. Sucediendo prontamente la cólera á la admiracion, y á la cólera el furor, zeloso de su autoridad, sobre todo á los principios de su reynado, mandó que al punto le obedeciesen, ó que fuese diezmada toda la legion. Apénas se les intimó á los soldados el bárbaro decreto, cuando todos á porfia se presentáron para ser diezmados. Púsose el decreto en execucion: sorteóse de cada diez uno, y al punto se quitó la vida á los que cayéron en suerte, y fueron á recibir la corona del mar-

tirio. Fácilmente podian los demas defender á sus compañeros, poniéndolos en estado su valor, y la ventaja del campo de hacer resistencia á todo el exército; pero á ninguno le pasó esto por la imaginacion. Léjos de oponerse, tanto el oficial como el soldado, miraban con una santa envidia á los que tocaba la suerte de dar la vida por Jesucristo, y no hubo siquiera uno que no deseara estar en su lugar. Pero luego se les cumpliéron sus deseos. Noticioso el tirano de la constancia y de la alegría con que aquellos soldados habian padecido la muerte por su Dios, y de la envidia que les tenian los que quedáron vivos, los cuales inmediatamente despues de la execucion protestáron de nuevo que no obedecerian á persona alguna que los quisiese obligar á cometer sacrilegios; y que siendo cristianos no podian tener parte en los sacrílegos sacrificios de los gentiles: estando, en fin, determinados y resueltos á padecer todos los tormentos ántes que faltar en la mas mínima cosa á la fe que habian abrazado, informado el tirano de todo esto, redoblánsele la rabia y el furor, mandó que en aquel mismo dia se volviese á diezmar de nuevo la legion. Luego que llegó al campo esta noticia, no se oían en él mas que gritos de alegría, plácemes, regocijos y enhorabuenas, lisonjeándose cada uno con la esperanza de que le tocaria la gloria y la dicha del martirio. Aprovechóse Mauricio de la ocasion, y como general los habló entónces con tanta energía, animándolos á tan gloriosa victoria, que todos suspiraban por aquella dicha. Acabada la execucion, volvió Mauricio á juntar á sus soldados, y los habló de esta manera: "Admiro vuestra virtud, amados »compañeros mios, y bendigo cien veces al Señor por esa »magnanimidad que os comunicó, superior á todo humano »valor. Vuestro amor á Jesucristo es mas poderoso para »llenaros de esfuerzo, que la crueldad del César para »intimidaros. Veo la santa envidia con que mirais la suerte »de vuestros camaradas, deseoso cada uno de que el »número feliz le hubiese tocado á él. A la virtud superior »de la divina gracia debeis esos generosos sentimientos; »élla os ata valerosamente las manos para no hacer »resistencia. ¿Qué cosa mas fácil para vosotros que estorbar »tan bárbara carnicería, estando con las armas en las

»manos, y siendo tan valientes como sois? ¿pero qué lograríais con eso? Impedir á vuestros compañeros el ser mártires, y privaros vosotros de serlo tambien. Hasta ahora solamente sabíamos por las Actas adónde habia llegado la intrepidez de los primeros mártires de Cristo; »pero ya se nos entran por nuestros mismos ojos aquellos »grandes exemplos. Rodeado me veo de sus sagrados cuerpos: salpicado está mi semblante, y palpo texidos mis »vestidos de su gloriosa sangre: á vista de tal exemplo; ¿cómo es posible temer el dar la vida por Jesucristo? Alabamos todos su constancia, señal cierta de que todos »deseamos merecer que se alabe tambien la nuestra. Ya sabeis, amigos mios, que en otro tiempo todos hicimos juramento de defender la República á riesgo de nuestra sangre: esto prometímos á los Emperadores cuando tomamos »las armas en su servicio, sin embargo de que entónces no »teníamos el menor conocimiento del reyno de los cielos, »y nuestro propio honor nos empeñó en ser pródigos de »nuestra vida, sin esperanza de otro premio. ¿Será posible »que hemos de ser menos fieles á Jesucristo cuando éste »nos promete una gloria inmortal por recompensa? Obligámosle nuestra fe cuando recibimos el bautismo; y al venir »aquí, le renovamos en Roma esta promesa en manos de »su vicario; ¿cómo tendríamos atrevimiento para faltarle »á esta palabra? Paréceme que ya estoy viendo en el cielo á nuestros compañeros, que en medio de su triunfo »nos están convidando á que vayamos á participar de su corona. Pocos momentos ha estaban con nosotros, y vedlos ya en posesion de una eterna dicha, de que no les podrán privar todos los príncipes de la tierra. Vamos, pues, »amados compañeros, vamos; y á su imitacion ofrezcámonos al martirio generosamente. Sigamos el camino que »éllos nos abriéron. Compañeros nuestros fueron en todas »las empresas militares: imitémoslos en la constancia de su »fe para ser compañeros suyos en la gloria. Sea intrépido »nuestro valor en defensa de la religion: sea inalterable »nuestra fe en medio de los tormentos, y muéstrese invencible nuestra constancia. A estos soldados que van á dar »cuenta al Emperador de su expedicion, roguémosles le »declaren á nombre de toda la legion, que no hay en toda »élla ni un hombre solo que no se glorie de ser cristiano, y

»que no esté pronto á derramar hasta la última gota de su »sangre por amor de Jesucristo antes que tener parte en »unos sacrilegios con nombre de sacrificios."

Apénas acabó de hablar san Mauricio, cuando oficiales y soldados gritáron á una voz: *Cristianos somos; y antes derramarémos nuestra sangre hasta la última gota, que hacer la mas mínima cosa contraria á la ley de Jesucristo.* Diéron parte á Maxîmiano de esta generosa protestacion los mismos verdugos que habian sido testigos de élla; y entrando en nuevo furor, mandó que se hiciese otra tercera decimacion en el mismo dia. Llegó la noticia al campo: renovóse el gozo de todos; y esperando cada uno que le tocase la suerte, todos se dispusiéron para recibir el martirio. Quitóse, pues, la vida á los que saliéron diezmados, y hasta los mismos verdugos se enterneciéron viendo las lágrimas y la afliccion de los que quedaban vivos por no haberles caido la suerte que anhelaban. Encendido entónces san Exûperio, uno de los oficiales generales, en nuevo zelo de la religion, y dirigiendo sus palabras á los soldados que habian quedado: *Amigos*, los dixo con resolucion y con firmeza, *si me veis venir á vosotros con la bandera de la legion en la mano, tened entendido que no es para que tomeis las armas. Vengo á animaros á otra suerte de combate, en que no vence el amor, y solo triunfa la paciencia. Nuestros hermanos derramaron su sangre por Jesucristo: espero en este divino Salvador que no se desdeñará de aceptar tambien la nuestra. Supliquemos á estos soldados, executores de las órdenes del Emperador, que en nuestro nombre le presenten un humilde memorial del tenor siguiente:*

"Señor, Soldados vuestros somos; pero al mismo tiem»po somos siervos del verdadero Dios, y así lo confesa»mos con toda libertad. A vos os debemos el servicio »militar, y á él el homenage de un corazon puro y fiel. »De vos recibimos la paga, y de él tenemos la vida. »No podemos obedecer vuestras órdenes miéntras sean »contrarias á las suyas. El es nuestro primer soberano, »y tambien vuestro, aunque no querais: siempre que nos »mandeis cosa que no le desagrade, nos encontrareis »tan rendidos y tan obedientes, como nos habeis expe-

»rimentado en todas ocasiones; pero cuando el Emperador nos manda lo que Dios nos prohibe, juzgad vos »mismo, Señor, á quién debemos dar la preferencia. »Fácil nos hubiera sido vengar la muerte de nuestros »compañeros; pero no lo hicimos. Voluntariamente nos »desarmamos todos para mostraros que queremos morir, »y no queremos pelear, amando mas perder la vida sin »faltar á nuestra fe, que sobrevivir á nuestros camaradas, sacrificando indigna y cobardemente á vuestros sacrílegos ídolos. No nos atemorizan los suplicios. »Enviad verdugos que nos sacrifiquen á nuestro Dios, »con la seguridad de que encontrarán prontas las víctimas. Quitándonos una vida de corta duracion, nos proporcionarán ótra que se perpetuará por toda la eternidad. En una palabra, cristianos somos, y ninguna cosa »será bastante á desquiciar nuestra fe ni á doblar nuestra »constancia."

Es probable que esta generosa resolucion fue presentada por escrito al Emperador. Como quiera, desesperanzado Maxîmiano de vencer jamás aquella firmeza, sostenida por una co no conspiracion general, resolvió que pereciese toda la legion, y mandó marchar á todo el exército contra los tebeos con órden de hacerlos pedazos á todos. Considerándose entónces nuestros generosos mártires como víctimas que iban á ser sacrificadas al verdadero Dios, quisiéron imitar al Salvador, que se dexó sacrificar como un manso cordero, sin abrir la boca. Baxáron todos las armas á exemplo de su cabeza. Presentóse á la frente san Mauricio, como coronel de aquella gloriosa legion de mártires, y fue la primera víctima. Cayéron despues á sus dos lados san Exûperio y san Cándido. En un instante se cubrió todo el campo de cadáveres; inundaban todo aquel terreno los arroyos de la inocente sangre: nunca se vió semejante carnecería sin combate, sin gritos y sin quejas. Habia concedido el Emperador á los soldados gentiles el despojo de los santos mártires; y miéntras se ocupaban en él, llegó al campo un soldado veterano, por nombre Victor, que quedó asombrado al ver aquella horrible carnecería. Informado de su motivo, exclamó sin poderse contener: ¡*Desgraciado de mí*! *que si hubiera llegado una hora antes*

tendria parte en su triunfo. Conociéron todos por estas palabras que era cristiano; confesólo sin detenerse, y en el mismo punto fue sacrificado como todos los demas. Consiguiéron la palma del martirio estos seis mil seiscientos y sesenta y un soldados de Jesucristo el dia 22 de septiembre del año 286, en un sitio que entonces se llamaba Agauna por los peñascos que le rodean, y despues del martirio de estos Santos se hizo tan célebre en la Iglesia con el nombre de san Mauricio, en cuyo honor Sigismundo, rey de Borgoña, edificó un magnifico monasterio.

Fueron enterrados los cuerpos de los santos Mártires por los paisanos del contorno en el mismo sitio de su martirio, abriendo para eso grandes y profundos fosos, donde estuviéron hasta el tiempo de los emperadores Graciano y Teodosio, en que se hizo su descubrimiento á san Teodoro, obispo de Octodura, á cuya diócesi pertenecia Agauna. Con los milagros que obró Dios cuando se descubriéron aquellas santas reliquias, se aumentó la devocion á los gloriosos mártires, y solicitáron sus reliquias las mas de las iglesias. San Martin hizo expresamente un viage á Agauna para lograr algunas, y enriquecer con éllas su catedral. Asegúrase que habiendo sido arrojada en el Ródano la cabeza de san Mauricio, aportó milagrosamente á Viena del Delfinado, donde fue recibida con grande veneracion, y colocada en la iglesia mayor, que entonces se llamaba de los santos Macabeos. Despues se dedicó á san Mauricio la catedral de aquella metrópoli, tomándole la ciudad por su patrono.

Hasta las armas de san Mauricio se conserváron con grande veneracion. Cárlos Martel quiso servirse de su lanza y de su morrion cuando dió batalla á los sarracenos. Los duques de Saboya llevan siempre el anillo del Santo, recibiéndole por mano del abad de san Mauricio, y le dexan sucesivamente los únos á los ótros como la mas preciosa señal de su soberanía. Habiéndose retirado al priorato de Repaille el año de 1434 Amadeo VIII, por sobrenombre el Pacífico, primer duque de Saboya, fundó la órden militar de san Mauricio por la devocion particular que profesaba á este gran Santo, patrono y protector de Saboya. Los caballeros de la órden

llevan una cruz blanca, cuyos extremos representan la planta llamada trebol, y se dice la cruz de san Mauricio. Cárlos Emanuel agregó á la órden de san Mauricio la de san Lázaro, que era mas antigua; y estando ya como extinguida la órden de san Mauricio, solicitó y logró el zelo de Emanuel Filiberto, duque de Saboya, y muy devoto del Santo, que fuese restablecida por una bula del papa Gregorio XIII. el año de 1572, declarándose el Duque por gran maestre; lo confirmó el papa Clemente VIII. el año de 1603.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Annue, quæsumus, omnipotens Deus, ut sanctorum martyrum tuorum Mauritii et sociorum ejus nos lætificet festiva solemnitas, ut quorum suffragiis nitimur, eorum natalitiis gloriemur: Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, la gracia de que nos alegremos en la festividad de tus santos mártires Mauricio y sus compañeros, para que nos gloriemos en el nacimiento de aquellos, en cuya proteccion confiamos: Por nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 7. del Apocalipsi de san Juan.

In diebus illis: Respondit unus de senioribus, et dixit mihi: Hi, qui amicti sunt stolis albis, qui sunt? et unde venerunt? Et dixi illis: Domine mi, tu scis. Et dixi mihi: Hi sunt, qui veverunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas et dealbaverunt eas in sanguine Agni: ideo sunt ante thronum Dei, et serviunt ei die ac nocte in templo ejus: qui sedet in throno habitabit super illos: non esurient, neque sitient amplius, nec cadet super illos sol, neque ullus æstus, quoniam Agnus, qui in medio throni est, reget illos, et deducet eos ad vitæ fontes aquarum et abs-

En aquellos dias me dixo uno de los ancianos: Éstos, que están vestidos con estolas blancas, ¿quiénes son, y de dónde viniéron? Yo le respondi: Señor, tú lo sabes; y él me dixo: Éstos son los que viniéron aquí despues de haber pasado por grandes tribulaciones, y que laváron, y blanqueáron sus estolas en la sangre del Cordero: por esto están delante del trono de Dios, y le sirven de dia y de noche en su templo; y el que está sentado en el trono los cubrirá con pabellon. Éllos no tendrán mas hambre ni sed, ni el sol ni el calor los incomodará mas. Porque el cordero, que está en medio del trono, será su pastor, y los condu-

terget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.

cirá á las fuentes de las aguas vivas, y Dios enxugará todas las lágrimas de sus ojos.

NOTA.

"El libro del Apocalipsi significa revelacion. El mismo »san Juan da este título á su profecía, comenzándola de »esta manera: *La revelacion de Jesucristo.* Todo es miste»rioso este libro, y no es menos admirable que obscuro. »Sus palabras son otros tantos misterios, dice san Geróni»mo. Añade san Agustin, que el Apocalipsi es una profecía »de todos los sucesos que han de acaecer en la santa igle»sia desde la ascension de Cristo hasta su segundo adve»nimiento."

REFLEXIONES.

Enxugará Dios todas las lágrimas de sus ojos. Así lo sabe hacer el Señor, y siempre lo hace como Dios. Seguramente que el salario excede mucho al trabajo, y el premio hace grandes ventajas al mérito, ¡O, y qué gozo causan en el cielo todas las desgracias y todas las adversidades de esta vida! ¡Con qué gusto, con qué dulce complacencia se miran entónces aquellas congojosas aflicciones, aquellas pesadas cruces, aquellos amargos tragos que tanto horror nos ponian en este mundo! En la dulce estancia de los bienaventurados, ¡cómo se convierten en honor, en riquezas, en consuelo y aun en delicias, los desprecios, la pobreza, las enfermedades, y hasta los suplicios padecidos por Jesucristo! Una cruz de oro, una patente de coronel, una pension tiene virtud, no solo para consolarnos, sino para complacernos á vista de un brazo cortado, de una disforme cicatriz que nos afea, de una salud enteramente estragada: ¡pues con qué ojos se mirará en el cielo todo aquello que se padeció por amor de Dios! *Non sunt condignæ passiones hujus temporis.* Entónces sí que se exclama con seguridad: bien cierto estoy de que las aflicciones de la tierra no tienen proporcion alguna con la gloria presente. Entónces sí que se conoce cuánta es la dicha de los santos del cielo. Entonces sí que se comprende ser tanta esta dicha, que no hay voces para explicar, ni obras capaces de merecerla. No hay

cosa en este mundo que nos pueda dar idea justa de los inmensos bienes que gozan los santos en la gloria; pero sobradamente conocemos los innumerables males de que están exêntos. ¿Quieres tener alguna luz de la bienaventuranza de la otra vida? pues considérala libre de todas las miserias de ésta. Dolores, tristezas, temores, inquietudes, disgustos, pesadumbres, todo está desterrado de la feliz mansion de los bienaventurados. No se acerca á aquella santa ciudad cosa alguna que enfade, que moleste, ni que ligeramente mortifique. Reyna en la Jerusalen celestial una alegría pura y llena, una calma inalterable. ¡Ah Señor, y qué hombre de la tierra podrá comprender las inefables dulzuras que gustan los escogidos en el cielo! No solo poseen en él todo lo que desean, sino todo lo que necesitan para no desear mas. El corazon está lleno, el alma saciada y satisfecha. Es un torrente, es un océano de purísimas delicias el que inunda á los bienaventurados. Aquella su incomprensible felicidad ya no se compone de todos los bienes juntos, sino de la misma fuente de todos los bienes, de la omnipotencia de Dios, de la posesion del mismo Dios. No es ya alegría del Señor la que entra en el corazon de los santos. Sería espacio muy estrecho, sería muy limitado para que gustasen aquel torrente de delicias: el alma de los santos es la que entra, la que deliciosamente se pierde, por decirlo así, con la alegría del Señor; y siempre son muy débiles nuestros mayores deseos por esta desmedida felicidad.

El evangelio es del cap. 21. *de san Lucas, y el mismo que el dia XVI, fólio* 313.

MEDITACION.

Que no hay en la tierra otro verdadero mal sino el pecado.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay en la tierra otro verdadero mal, sino el que nunca puede reputarse como bien, el único que nos priva del verdadero bien y de la fuente de todos los bienes: tal es el pecado.

Míresele por donde se le mirare, siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga, eternamente será objeto de su ódio y de su cólera: eternamente lo será de nuestra amargura y de nuestro arrepentimiento: ¿pues cómo lo puede ser ahora de nuestras ánsias y de nuestra complacencia?

Todos los que en el mundo llamamos males, en tanto lo son, en cuanto son consecuencias del pecado. El pecado es el que inundó la tierra de tantas calamidades: él encendió las llamas del infierno: el pecado es el que hace en el mundo tantos infelices; reyna la alegría y la tranquilidad donde reyna la inocencia. Siendo Dios un bien infinito, y siendo él mismo todo bien, no puede comunicar otra cosa. ¿Y esta es la idea que se tiene del pecado? ¿Pero será el pecado menos mal, será menos pecado porque se tenga de él otra idea?

Esas concurrencias de la diversion, de donde siempre está desterrada la inocencia, esos divertimientos mundanos siempre peligrosos, esos espectáculos, esas fiestas profanas, orígen fatal de tantos desórdenes, ¿son por ventura buenas pruebas de que se profesa al pecado grande horror? Y aun las personas que no viven tan desordenadamente, ¿viven siempre con la mayor inocencia? Familiarízanse los hombres con el pecado; ¿pero se familiarizarán igualmente con los tormentos que le corresponden? ¡Ah Señor, y qué mal he conocido el pecado hasta aquí! ¡Pero cuánto le detesto ahora! Aumentad mi dolor y perdonadme mis pecados.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que sin razon llamamos males á aquellas cosas que pueden contribuir á nuestro bien. Todo puede aprovechar á una alma fervorosa menos el pecado.

Las desgracias, las enfermedades, las persecuciones, la pobreza, y hasta la misma muerte; todo esto puede contribuir para hacernos felices, puesto que todo puede servir para hacernos santos.

Pocos santos hay que, por decirlo así, no debiesen á las persecuciones, á las adversidades y á los trabajos por lo menos algun grado de su elevacion en la gloria. ¿Qué no debiéron los mártires á los suplicios? Vuestros parientes y vuestros amigos os perseguirán, dice el Salvador; mas

no por eso sereis mas desgraciados. Toda la rabia, ni toda la malicia de los mas crueles tiranos será capaz de arrancaros un solo cabello de vuestra cabeza. El que está en gracia de Dios, el que es querido de Dios, ¿qué tiene que temer? Es grande error tener por mal y por desgracia el aborrecimiento del mundo, cuando el mundo nos aborrece porque amamos á Dios, y porque servimos á Dios. ¿Qué favores no ofreció el mundo á san Mauricio? ¡con qué ventajosos partidos no le brindó para pervertirle! Y despues que se negó á sus engañosas promesas, ¡con qué suplicios no le amenazó! ¡pero con qué valor despreció el Santo así las caricias como los tormentos del tirano! Perdió la vida antes que perder la amistad de Dios. ¿Cuándo discurrirémos nosotros así? ¿cuándo raciocinarémos sobre estos mismos principios? ¿Se estima hoy al pecado por el mayor de todos los males? ¿pasa siquiera por mal entre aquellas personas que tienen gusto, que hacen vanidad de cometerle? Llámase mal la pérdida de un poco de hacienda, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que tal vez son orígen de mil celestiales bendiciones, segun los designios de la divina Providencia. ¿Pero se tiene al pecado por gran mal cuando se le considera medio proporcionado para hacer fortuna?

¡En qué ceguedad, mi Dios, he vivido yo hasta aquí! Perdonadme mis iniquidades, y oid benigno mis ruegos. Haced, Señor, que padezca todos los tormentos, haced que sufra todos los males de esta vida antes que cometa jamás un solo pecado.

JACULATORIAS.

Væ vobis viri impii, qui dereliquistis legem Domini Dei. Eccl. 41.

Ay de vosotros, hombres impíos, que abandonásteis la ley de vuestro Dios.

Horrendum est incidere in manus Dei viventis. Hebr. 10.

Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo, siendo víctimas de su cólera.

PROPOSITOS.

Concibe tan grande horror al pecado, que estés pronto á perder los bienes, la salud y la misma vida antes que perder la gracia. Muy digno de lástima serías, si te halláras

en otra disposicion. Pero como de nada sirven las mejores máxîmas sino se reducen á práctica, siempre que á ti ó á ótros suceda algun contratiempo, toma la santa costumbre de decirte á ti mismo: no hay otro mal sino el pecado; consolémonos con que esta pérdida de los bienes ú de la salud nos puede ser provechosa: libradme, Señor, de todo pecado, pues no temo cualquiera otro mal.

2 Aprovéchate de todos los accidentes que te suceden en el discurso de la vida para decir á tus hijos, á tus amigos y á tu familia, que solo un mal se debe temer en el mundo, y que este mal es el pecado. Sea éste como tu comun proverbio. Repítele sin cesar á tus hijos, y dítele á ti mismo cien veces al dia. No te perdones ni las mas leves mentiras oficiosas, ni las restricciones mentales, que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni las menores impaciencias: todo lo que puede lastimar aun ligerísimamente la caridad, debe ser vedado para ti. La demasiada indulgencia contigo mismo y la poca con los demas es de ordinario orígen de muchas faltas. Debe causarte horror todo lo que pueda ofender al próximo por leve que sea, y todo lo que tenga sombra de pecado. La imágen sola de un monstruo espanta y atemoriza. Repite muchas veces aquellas bellas palabras: *Malo mori, quam fœdare animam meam*: Mas quiero morir que manchar mi alma con la culpa. No te contentes con tener horror al pecado, ten el mismo á todas las ocasiones de pecar, y huye de éllas como del pecado mismo. No se detesta el pecado cuando no se aborrece la ocasion.

DIA VEINTE Y TRES.

San Lino, papa y mártir.

San Lino fue el primer obispo de Roma inmediatamente despues de san Pedro, á quien sucedió el año de 66 de nuestro Señor despues que el santo Apóstol recibió la corona del martirio.

Este Santo, de quien hace mencion el apóstol san Pa-

blo en aquellas palabras de la epístola á Timoteo: *Eubulo, Pudente, Lino, Cláudio, y todos los hermanos te saludan*, fue italiano, natural de Volterra en la Toscana, de familia noble y distinguida, tanto por su calidad y por sus grandes bienes de fortuna, como por los primeros cargos que habian dignamente exercido en el pais sus ilustres antepasados. Su padre fue un señor, por nombre Herculano, y su madre aquella misma Cláudia, cuyo elogio hace el apóstol san Pablo escribiendo á Timoteo desde la prision nueve ú diez meses ántes de su muerte; lo que da motivo á creer, que toda aquella ilustre familia habia abrazado el cristianismo durante las apóstolicas excursiones que san Pedro y san Pablo habian hecho por toda Italia.

Desde luego reconoció san Pedro en san Lino un natural tan bello, una piedad tan pura, tan sólida y tan sobresaliente, un fondo de capacidad y de prudencia tan grande y un zelo tan generoso y tan á prueba de todo, en un tiempo en que la tierna y recien nacida Iglesia tenia tanta necesidad de buenos y fieles ministros, que tomó con particular empeño el cuidado de formarle de su mano; y dedicándose á instruirle con mayor aplicacion, sacó uno de los mas beneméritos y mas dignos sucesores de los apóstoles.

Gozó la Iglesia de bastante tranquilidad en todo el tiempo del emperador Cláudio, y los diez primeros años del imperio de Neron; y queriendo san Pedro aprovecharse de aquella calma para asistir al concilio de Jerusalen hácia el año 48 de Cristo, y para hacer muchas excursiones apostólicas en diferentes provincias, se tiene por cierto, que para no dexar sin pastor á su querido rebaño, ordenó de obispo á nuestro Santo, y le hizo vicario suyo en Roma, junto con san Clemente, durante el tiempo de su ausencia. Reconoció á su vuelta que no se habia equivocado en el concepto del mérito, del zelo y de las grandes virtudes de san Lino, admirando su solicitud pastoral, su prudencia, su gran caridad, y las demas admirables prendas que le habian hecho dueño de los corazones, y merecido la estimacion de todos los fieles.

Como la pastoral solicitud del santo Apóstol le tenia continuamente desvelado y siempre atento á todas las necesidades de la Iglesia universal, envió á san Lino á las Gáulas para que llevase á éllas la luz de la fe, y desmon-

tase aquellas tierras incultas. Lleno nuestro Santo del mismo espíritu que animaba á los apóstoles, atravéso los Alpes, entró en aquellas vastas regiones en que reynaba la idolatría, y conducido por el Espíritu santo, que le guiaba, buscaba ansioso en todas partes ocasion oportuna para descubrir el tesoro oculto que llevaba á los pueblos y naciones. Llegó á Besanzon, ciudad célebre sobre el rio Doux, capital del Franco Condado, y de la cual se hace mencion en los comentarios de César. Como á algunos centenares de pasos antes de la ciudad encontró el Santo á un oficial llamado Onosio, que era tribuno de la plebe; es decir, el primero y principal magistrado establecido para defender al pueblo contra la opresion de los grandes, y para libertarle de las violencias de los cónsules, resistiendo tambien á las injusticias del senado: miró Onosio con atencion á aquel extrangero; y movido de su ayre, pero mas que todo de su singular modestia, le preguntó de dónde era, qué religion profesaba, y á qué fin se dirigia su viage. Aprovechando san Lino aquella ocasion de anunciar á Jesucristo: "Yo adoro (le respondió) al único y solo Dios »verdadero, todopoderoso y eterno Criador de todas las »cosas, á quien ruego que te sea propicio. Este solo ver»dadero Dios tiene un único Hijo, tan eterno y tan pode»roso como él; y este su único Hijo, movido de la cegue»dad y de las miserias de los hombres, se hizo hombre por »la salud de los mismos hombres: se llama Jesucristo, y »quiso morir en una cruz por nuestros pecados. Es verdad »que para mostrar que era tambien Dios resucitó por su »propia virtud al tercero dia despues de su muerte. Aho»ra vive en el cielo, y vivirá eternamente en él en com»pañía de los que abrazaren su religion, guardaren sus »mandamientos, y murieren en su gracia" Oyendo esto Onosio, ya fuese por ligereza ó por burla, se echó á reir; pero como ya habia oido hablar antes de Jesucristo crucificado, le picó la curiosidad; y deseoso de saber á fondo toda la historia, brindó á nuestro Santo con su casa. Aceptó san Lino el hospedage, y á pocos dias se hizo dueño de todo el corazon y de toda la estimacion del tribuno por su modestia, por su dulzura y por su singularísima santidad; tanto, que luego que oyó hablar sosegada y fundamentalmente de la santidad de nuestra religion, y de las

impías extravagancias de los gentiles, tocado de la gracia del Redentor, pidió con instancias el bautismo. Desde el mismo punto que se hizo cristiano se declaró por uno de los mas ardientes y mas fervorosos defensores de la fe. Cedió una casa á nuestro Santo, que al instante la convirtió en una pequeña iglesia, con el título de la Resurreccion del Salvador, y en honra de la Madre de Dios y de san Estéban. Crecia cada dia el número de los fieles por la conversion de los gentiles, y estaba ya para hacerse cristiana toda la ciudad de Besanzon cuando el enemigo comun puso en movimiento todos sus artificios para detener tan rápidos como gloriosos progresos.

Tenian los paganos que celebrar una fiesta muy solemne en reverencia de sus dioses, y se disponian para ofrecerles gran número de sacrificios. No pudo mirar sin horror todas aquellas prevenciones el corazon de nuestro Santo inflamado en el zelo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas. Partió á la plaza donde habia concurrido todo el pueblo: hallóle como amontonado frente por frente del templo destinado á celebrar la solemnidad; y levantando la voz, le habló de esta manera. "¿Qué vais á hacer, engañados y miserables hijos mios? A ofrecer vais sacrificios; ¿pero á quienes? A unos ídolos que no valen el incienso que quemais, y son inferiores á las víctimas que los ofreceis. ¿Qué señales de divinidad encontrais en unos troncos inanimados, ó en unas piedras insensibles que deben todo el ser de dioses á la azuela, al escoplo y al martillo; incapaces de defenderse á sí mismos de los estragos del fuego, y de ponerse á cubierto contra los golpes de una ruina? Cesad, cesad de rendir adoraciones á tan viles criaturas. No hay ni puede haber otro dios, que el único y solo Dios criador del cielo y de la tierra, que yo os anuncio y os predico: el único que merece nuestro amor, que es digno de nuestros respetos, y á quien se deben dedicar todos nuestros sacrificios. Dexad, pues, de ser insensatos y ciegos, para lo que no hay otro medio que comenzar á ser cristianos." Estas palabras, pronunciadas con apostólico zelo y con encendido fervor, fueron á manera de un rayo fulminado de las nubes, que echando por tierra una de las columnas del templo, reduxo á menudo polvo el ídolo que sostenia. A

vista de aquel prodigio quedó todo el pueblo tan atemorizado y aturdido, que ya iban todos á abrir dichosamente los ojos á las luces de la fe, cuando los sacerdotes de los ídolos, viéndose como en un punto de ser abandonados, comenzáron á gritar con todas sus fuerzas, que irritados los dioses iban ya á abismar á toda la ciudad si sobre el mismo hecho y sin dar lugar á dilaciones no se vengaba el insulto y desacato sacrílego que con sus sortilegios y encantos los acababa de hacer aquel insigne hechicero. Mudóse de repente el terror del pueblo en descompuesto furor; y arrojándose sobre el Santo, le moliéron á golpes y le echáron de la ciudad. Como el Señor tenia destinado á san Lino para sucesor de san Pedro, se contentó por entónces con que el Santo echase los primeros cimientos de aquella ilustre iglesia, una de las mas célebres de las Gáulas; y en atencion á esto reconoció y veneró siempre la iglesia de Besanzon á san Lino como á su primer obispo y á su apóstol, de quien recibió las primeras luces de la fe.

Precisado san Lino á abandonar su primer rebaño, se sintió como inspirado de retirarse á Roma, donde le estaba esperando san Pedro para confiarle el suyo; y con efecto, luego que llegó á aquella ciudad terminó el príncipe de los Apóstoles su gloriosa carrera con la corona del martirio por los años de 68. Poco tiempo estuvo sin pastor el rebaño de aquella capital del mundo y de la Iglesia universal, siendo elegido nuestro Santo por unánime consentimiento, como el mas benemérito de todo el clero romano para sucesor de san Pedro, vicario de Jesucristo, y cabeza visible de su Iglesia. Los grandes talentos que tenia para gobernarla, su experiencia, su eminente santidad, su zelo y su valor hiciéron desde luego conocer que la eleccion habia sido del Espíritu santo, acreditándole por uno de los mas dignos sucesores de san Pedro el ardiente zelo en que se abrasaba por la propagacion de la fe de Jesucristo, la contínua aplicacion á mantenerla en toda su pureza, la caridad universal que le constituía padre de los pobres, refugio de los miserables, consuelo de los afligidos, y asilo general de cuantos se hallaban atribulados con trabajos y con adversidades.

No obstante la calma que gozaba la recien nacida

Iglesia en aquellos primeros dias, siempre tenia mucho que trabajar un sucesor inmediato de san Pedro para hacer perfectos cristianos á tantos neófitos como se contaban entonces, particularmente en aquella capital. A todos proveyó la vigilancia de san Lino. Iba de casa en casa instruyendo á los catecúmenos, esforzando á los confesores. y animando á todos los fieles con sus palabras, con sus limosnas y con sus exemplos. Como crecia la mies, era menester multiplicar los obreros. Consagró muchos obispos, y órdenó muchos ministros del altar. Al zelo por la propagacion de la fe correspondia el que tuvo por la disciplina eclesiastica. Ordenó como ya lo habia hecho san Pedro, que las mugeres no entrasen en la iglesia con la cabeza descubierta; conformándose tambien con esto la doctrina de san Pablo, que no quiere aparezcan en élla sin la decencia y la honestidad del velo. En medio de tan contínuas y tan importantes ocupaciones en que le tenia empleado la solicitud de toda la Iglesia, hizo lugar para dexarnos escrita la historia de todo lo que sucedió entre el apóstol san Pedro y Simon mago. Escribió tambien dos libros sobre el martirio de los apóstoles san Pedro y san Pablo, de que él mismo habia sido testigo ocular. Los que nos restan en la biblioteca de los padres son poco conformes al original, y es verisímil que fueron alterados por los hereges.

Llenaba á Roma con el esplendor de sus virtudes y de sus milagros este gran Pontífice, no menos distinguido por su fe y por su santidad, que por la suprema elevacion de su silla. Acaso no tuvo jamás enemigo mas formidable todo el infierno junto. A la invocacion de su solo nombre enmudecian los demonios, y con la señal de la cruz los compelia á dexar libres los cuerpos en cuya posesion habian estado por largos años. Hasta la misma muerte obedecia á su voz, siendo muchos los muertos que revocó á la vida durante el curso de su pontificado á los ojos de toda la ciudad. Ni los mismos paganos se exîmian de tributar respetos y veneraciones á su eminente virtud, recurriendo al santo Papa para el alivio ó para la curacion de sus dolencias. Entre ótros, Saturnino, varon consular, que mandaba en Roma baxo las órdenes de los Emperadores, viendo á su hija poseida del demonio,

acudió á nuestro Santo, que con la señal de la cruz é invocando sobre élla el nombre de Jesucristo, la dexó libre de aquel infernal huésped. Esperaban todos que á vista de tan insigne milagro se convertiria el comandante; pero los sacerdotes de los ídolos, enemigos implacables del nombre cristiano, le infundiéron tanto miedo amenazándole con la indignacion y con la desgracia de los Emperadores, que por no incurrirla, mandó cortarle la cabeza al santo Pontífice. Así se executó; y se cree que san Lino recibió la corona del martirio por los años de 78 de Jesucristo. Enterráron los cristianos su cuerpo en el Vaticano cerca del apóstol san Pedro.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Lini, martiris tui atque pontificis, annua solemnitate lætificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu mártir y pontífice el bienaventurado san Lino; concédenos por tu bondad que experimentemos los efectos de su proteccion en la tierra cuando reverentes festejamos su nacimiento á la gloria: Por nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 1. del apostol Santiago.

Charissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cum tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus enim intentator malorum est: ipse autem neminem tentat. Unusquisque vero tentatur á concupiscentia sua abstractus et illectus. Deinde concupiscentia cum conceperit, parit peccatum: peccatum vero cum consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum opti-

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque cuando fuere exâminado recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por Dios; porque Dios no es tentador de cosas malas: pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí y le aficiona. Despues la concupiscencia habiendo concebido, pare al pecado; y el pecado despues, siendo consumado, engendra la muerte. No querais pues errar, hermanos mios muy amados. Toda buena dádiva,

mum et omne donum perfectum, desursum est; descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntarie enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus.

y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

NOTA.

"Santiago, obispo de Jerusalen y apóstol, dirige »su epístola á todos los fieles convertidos del judaismo »que estaban dispersos por todas las partes del mun»po. Tiénese por cierto que la escribió en griego, así »porque cita en élla la version de los Setenta, como »porque la lengua griega era entónces la mas co»mun en todo el Oriente desde el reynado de Alexandro »Magno."

REFLEXIONES.

A cada uno le tienta el atractivo de su propia concupiscencia. Hablando en propiedad, nosotros mismos somos nuestro mayor tentador. No hay que atribuir al demonio lo que es cosecha de nuestro propio terreno. Nuestro amor propio, nuestra concupiscencia, nuestro propio corazon, son aquel fino, aquel artificioso enemigo que nos arma tantos lazos, que nos hace caer en las redes que nos tiende. El primer coste siempre le hace la pasion dominante, gana primero el entendimiento, y despues rinde el corazon: conquistados estos dos fuertes, reyna con imperio la concupiscencia. En vano quiere resistirse la fe: en vano hace sus protestas: hasta los esfuerzos de la razon son desmayados y débiles: la concupiscencia los deslumbra todos; y es tanto el ruido que mete, que no se dexan percibir las voces de la conciencia. Embótase la punta de los remordimientos contra la dureza del corazon, que comienza en estragado y acaba en insensible. En apoderándose la concupiscencia del corazon humano, todo es tumulto, todo confusion, y este es el orígen de las tentaciones. Siempre se logran algunos intervalos de la fe y de la razon; pero

su desmayada luz entre tantas y tan espesas tinieblas solo sirve como para entrever de cuando en cuando el lastimoso estado en que uno se halla; al modo que al pasagero resplandor de los relámpagos se descubre de tiempo en tiempo el precipicio que nos ocultaba la tenebrosa obscuridad. En este infeliz estado se viene á caer cuando no se acude con tiempo á impedir que tome fuerzas la concupiscencia, cuando desde los principios no se ataja, no se sujeta, no se doma la pasion dominante. Foméntase por todos los caminos al amor propio, ¡y nos quejamos despues de los estragos que hace! Lisonjéase en todo á la pasion dominante, ¡y despues hay grandes quejas por los alborotos que excita! Atribúyese á la malicia del demonio una ocasion próxîma que se buscó muy de propósito: un mal pensamiento que nació en nuestro corazon; pero le engendró una vista voluntaria y muy deliberada: la lectura de un libro que se solicitó con el mayor cuidado: una larga, tierna y amorosa conversacion en que se derramó el corazon, y fue á buscarse muy de intento. Es cierto que las pasiones son tentaciones contínuas; pero estas pasiones nos deben á nosotros mismos toda su fuerza y toda su malicia. Tal vez despiertan hasta en la soledad y en el desierto: ni los rigores de la penitencia bastan siempre para *contentarlas* : en medio de éllos se amotinan y conspiran en nuestra pérdida. Pero es preciso confesar que en ninguna parte son tan temibles como entre los placeres, entre las diversiones, en la libertad que se concede á un corazon inmortificado, en la disipacion, en la indevocion, y en medio de ese gran mundo. No demos lugar á la tentacion: estemos siempre en centinela contra los asaltos de las pasiones, y poseamos nuestra alma con el recogimiento y con la modestia. Mortifíquese el corazon, reprímanse, arréglense los sentidos, y á buen seguro que hará pocos progresos la tentacion.

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente legationem mittens, rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

En aquel tiempo dixo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su muger, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envia embaxadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

Del fin del hombre.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no estamos en este mundo por casualidad. Algun fin se propuso Dios cuando nos sacó de la nada; y este fin no puede ser ótro que el de su gloria, habiéndonos

criado para conocerle, para amarle y para servirle. Glorificamos á Dios conociéndole y amándole: le damos testimonio de este amor sirviéndole; y le servimos guardando sus mandamientos. Bien pudo Dios no criarnos; pero nunca pudo criarnos para otro fin.

El desorden de las costumbres podrá muy bien hacernos olvidar nuestro deber; pero nunca podrá mudar nuestro último fin; y por desarregladamente que vivamos, siempre será verdad que no estamos en este mundo para amontonar riquezas, para adquirir honras, para gozar de muchos placeres, y para hacer en él una gran fortuna. Solo estamos en él para servir á Dios, para amarle y para glorificarle con nuestro amor.

Los reyes y los pueblos, los ricos y los pobres, los mozos y los viejos solo están en el mundo para este único fin. Que los hombres sean de diferentes clases y condiciones: que haya subordinacion entre éllos; que únos nazcan para señores y ótros para vasallos, todos nacieron para el mismo último fin, y todos convienen en este punto capital que todos nacimos para conocer á Dios, para amarle y para servirle.

Que se pase la vida sin pensar siquiera á qué fin estamos en este mundo: que llegue la muerte sin haber pensado jamás en él, siempre subsistirá esta verdad en todos sus principios y en todas sus consecuencias. Siempre será verdad que aquel libertino que vive como si no estuviera en este mundo mas que para entregarse á los deleytes y á los placeres; que aquella persona mundana que tiene tan poca religion; que aquel hombre del mundo dedicado únicamente á hacer fortuna en él; siempre invariablemente será verdad que todas estas personas solo están en la tierra para amar á Dios, para servir á Dios y para agradarle. No fue mas criado el fuego para calentar, ni el sol para alumbrar, que el hombre para servir á Dios y para glorificarle. ¡Qué reflexîones se ofrecen sobre esta verdad! ¡qué sobresaltos, qué remordimientos deben producir estas reflexîones!

¿Pero subsiste el dia de hoy entre los mundanos esta verdad fundamental de nuestra religion, esta basa en que estriba todo su edificio? Pues qué, ¿en esta risueña estacion del año, que brinda á todos con unas diversiones tan poco cristianas, no hay cristiano que no esté obligado á amar á Dios,

á servir á Dios, á glorificar á Dios ni mas ni ménos como en los dias destinados á la penitencia? ¿Pero qué será de aquellas personas que tanto se oponen á esta indubitable doctrina? ¿Viven segun el fin para que están en este mundo? ¿Y cuál será el término de un camino que no va á dar en nuestro último fin?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay verdad en el cristianismo que mas presto se aprenda que la del fin del hombre; pero tampoco lo hay en que menos se piense, ni que menos fuerza nos haga cuando se piensa en élla. Acaso nunca se ha penetrado bien su sentido, ni mucho menos sus consecuencias. Porque si es verdad que solo estoy en este mundo para servir á Dios, no debiera haber en mi vida ni una sola accion que no se refiriese á Dios; y quizá no encontraré en toda la mia ni una sola que hubiese hecho únicamente por Dios.

Si se consideran precisamente nuestras costumbres, nuestras máxîmas y nuestra conducta, ¿se diria que es Dios nuestro último fin? Cada cual tiene sus fines; pero si no es Dios este fin, ¿cuál será nuestro término? Cada cual tiene sus fines; ¿pero qué fines son estos? Aquella conveniencia, aquel empleo, aquella ganancia, aquella diversion y muchas veces aquel pecado: este es el objeto de mi concupiscencia, de mi ambicion, de mi pasion dominante. Este es propiamente el fin de aquellas negociaciones, de aquellos desvelos, de aquellas solicitudes, de tantos pasos, de tantos movimientos, de aquella vida dura, aplicada, bulliciosa y atropellada de tantas gentes; ¿y en esas fatigas, en esa aplicacion, en ese estudio ingrato y laborioso se mira muchas veces á Dios? ¿se consulta su divina ley? ¿se toman medidas justas para lograr el último fin? Ciertamente en la mayor parte de las empresas y de los grandes negocios del mundo para nada se cuenta con Dios.

¿Búscase á Dios en esas profanas diversiones, en ese juego, en esas concurrencias en que la profanidad saca á la calle todo su aparato? ¿búscase á Dios en esos proyectos ambiciosos, en esos suntuosos equipages y en esos espléndidos banquetes? ¿búscase á Dios en esas devociones de ruido, de moda y de capricho? Despues que la vanidad y el

amor propio se levantan, por decirlo así, con lo mejor de nuestras acciones, ¿restará en éllas mucho donde Dios pueda usar de su derecho?

¿Será posible que llegue á tanto nuestro atolondramiento, que miremos á sangre fria nuestro descamino y nos complazcamos en él? Yo no estoy en este mundo sino para reconocer, para amar y para servir á Dios; ¿pero conozco bien á este Dios. cuyas leyes atropello, y cuyas santas máxîmas ha tanto tiempo que estoy menospreciando? ¿Amo á este Dios á quien desagrado sin reparo, á quien ofendo sin remordimiento y á quien deshonro con mi vida? ¿sirvo á este Dios cuando no reconozco otro dueño que al mundo y á mis pasiones?

Hombres ingratos, exclama el Profeta, ¿aún no estais contentos con vuestra herencia de tener á Dios por vuestro último fin? ¿Pues por qué os quereis dividir entre Dios y el mundo? ¿Qué se debe inferir de aquí? ¿y cuál será el efecto de los terribles cargos que me hace mi conciencia?

Qué, mi Dios, ¿será posible que solo estoy en este mundo para amaros y para serviros, y acaso se habrá pasado la mejor y la mas bella parte de mi vida sin haberos servido ocho dias, y aun quizá ni un solo dia?

Callo, Dios mio, y sello mis labios, cubierto de confusion. Yo he vivido, yo he envejecido en la disolucion y en el desorden; pero vos, Señor, que vais á buscar la oveja perdida, no desecharéis la que con vuestra divina gracia acude á postrarse á vuestros pies, protestando no quiere ya servir á otro dueño que á vos solo.

JACULATORIAS.

Notum fac mihi, Domine, finem meum: ut sciam quid desit mihi. Salm. 38.

Hacedme, Señor, la gracia de que reconozca mi fin, para dedicarme en adelante á él de otra manera que lo he hecho hasta aquí.

Tuus sum ego. Salm. 118.

Todo soy vuestro, Dios mio, y lo soy por muchos títulos: no quiero vivir en adelante sino para vos.

PROPOSITOS.

El fruto es del dueño á quien pertenece el árbol. Todos somos de Dios por muchos motivos; y así deben ser de Dios todas nuestras acciones. Cualquiera de éllas que tenga otro fin, es sin mérito. ¡O, y cuántas obras son perdidas para la eternidad! Interesamos, pues, mucho en evitar esta pérdida. No hagas cosa sin tener en élla otro fin que el agradar á Dios; propongámonos en todas su mayor gloria, y encontrarémos siempre la nuestra. Bien se puede decir que nuestros intereses son inseparables de los suyos. Pero es muy fácil equivocarnos en esta concurrencia de motivos; y no pocas veces nos buscamos á nosotros mismos, aun cuando nos lisonjeamos de buscar únicamente la mayor gloria de Dios.

2 *La caridad* (dice el Apóstol) *es paciente, es benigna, no entiende de zelillos, ni de emulaciones.* Todo zelo amargo, inquieto y agrio; todo zelo acompañado de cierta secreta emulacioncilla es zelo. El carácter del verdadero zelo, es decir, de aquel zelo que tiene á Dios por primer móvil, es curar las llagas con ólio y con vino, como el caritativo Samaritano: es corregir las faltas con dulzura, esperar el efecto de los remedios con paciencia: alegrarse verdaderamente del fruto que hace el Señor en las almas por los trabajos de ótros. Aquella maligna tristeza que se experimenta al ver que ótros hacen mas fruto que nosotros con los ministerios, es prueba evidente de que en nuestras buenas obras buscamos alguna otra cosa que no es Dios. *Si tu zelo es amargo* (dice el apóstol Santiago), *y tu espíritu contencioso, no te glories en tus trabajos: esa sabiduría no es la que viene de arriba, es una sabiduría terrestre, diabólica y animal*: por tanto, donde hay envidia, hay desórden y acciones perversas de toda especie. Si tienes que corregir á tus hijos, ó que reprender á tus criados, guárdate bien de hacerlo con altivez, con cólera, ni con destemplado ardor: la caridad es dulce y nunca se descompone. Son pruebas de una intencion derecha y pura trabajar sin turbacion, sin inquietud y sin apresuramiento: trabajar con tanta aplicacion y con tanto zelo en secreto, como en público, en empleos deslucidos, como en los mas brillantes; en

una rustica aldea, como en las mas cultivadas y mas numerosas poblaciones; con los pobres y desvalidos, como con los ricos y poderosos; á vista de todo el mundo, como en un rincon sin testigos: trabajar como si no hubiera en el mundo mas que Dios, y alegrándonos de que los demas trabajen todavía mas que nosotros: no inquietarse cuando le interrumpen el trabajo, y cumplir tan exáctamente con las menores obligaciones, como con las mayores. Aquellas personas religiosas que hacen poco caso de las reglas menudas, con pretexto de que son menudencias, seguramente no buscan puramente á Dios en la observancia de las mayores. El que únicamente aspira á dar gusto al dueño á quien sirve, igualmente le complace en todo lo que le agrada.

DIA VEINTE Y CUATRO.

La fiesta de nuestra señora de la Merced.

En aquel tiempo en que el imperio romano iba declinando de su magestad y de su poder, entraron en España los godos, los vándalos, los suevos, los alanos y los silingos: estableciéronse en élla, y la repartieron entre sí; pero al cabo quedaron dueños los godos de todas sus provincias, y despues de Alarico, Ataulfo y Sigerico el año de 416, fixó Walia su trono en aquella region, como rey de toda la monarquía. Roderico ó Rodrigo, último rey de los visogodos, auxîliado de su hermano Cosa, atacó á Witiza, derrotóle, mandóle sacar los ojos y se apoderó del reyno de España. Era Rodrigo príncipe cruel, de costumbres estragadas, cuyo duro y tiránico gobierno tenia enconados contra sí todos los ánimos; y arrastrado de las pasiones que le tiranizaban, violó el honor de una dama principal, hija del Conde don Julian, uno de los primeros señores de España, tan acreditado en la córte como en el exército. Era el Conde gobernador de Ceuta, capital de un gobierno de los godos en España, situada en la costa de Africa, no lé-

jos de Gibraltar, donde los godos poseían algunas plazas. Ofendido, y vivamente irritado de la afrenta que el Rey habia hecho á su sangre y á su estimacion en la persona de su hija, disimuló por algun tiempo su sentimiento y su deshonor; pero noticioso de que los árabes juntaban en el África un poderoso exército, se valió de este pretexto, y pidió licencia al Rey para retirarse á su gobierno. Tomó la vuelta de Ceuta, llevándose consigo lo mas precioso que tenia; y fingiendo despues en su muger una dolencia mortal que la tenia sin esperaeza de vida, escribió al Rey, suplicándole permitiese á su hija que acudiese apresurada á recibir la bendicion y los últimos suspiros de su moribunda madre. Luego que el Conde don Julian vió asegurada su hija, puso en execucion los medios que ya tenia discurridos para saciar su venganza, y comunicó su sentimiento y su dolor á Muza, general del exército del Califa de Damasco, que se hallaba á la sazon en Berbería. No solo le ofreció entregarle todas las plazas que estaban en la jurisdiccion de su gobierno, sino hacerle tambien dueño de toda la monarquía española, como le quisiese dar un número de tropas suficiente para salir con la empresa. Por entónces solo le quiso dar Muza doce mil hombres para que conquistase con éllos una parte de la España; y abierta ésta á los moros ó á los árabes, en breve tiempo la sujetáron toda á la obediencia del Califa. El año 713 perdió el rey Rodrigo la vida y la corona en una sangrienta batalla que ganaron los infieles, viendose obligados los españoles á refugiarse en las montañas de Leon, de Asturias y de Galicia. Eran aquellos infieles mahometanos, por cuya razon tambien se apellidaban sarracenos; y multiplicados prodigiosamente en España, se extendiéron de la otra parte de los Pirineos, ocupáron las provincias del Lengüedoc, y causaron muchos estragos en Francia: El año de 732 los deshizo en élla Cárlos Martel, y el de 778 los desbarató en España Cárlo Magno; con cuyos golpes quedó abatido su orgullo; y saliendo los españoles poco á poco de sus escarpados montes (*), fueron con el

(*) *Mas de cincuenta años ántes que los franceses pasasen los Pirineos para pelear con los moros, habian salido ya los españoles de sus escarpados montes.*

tiempo reconquistando una parte de las provincias perdidas, y formaron de éllas muchos reynos, encerrando á los sarracenos en la parte de España, donde por ser dueños de los puertos podian recibir los socorros que les venian del África, y á beneficio de éllos se mantuvieron hasta el reynado de Fernando, rey de Aragon y de Castilla por su muger la reyna doña Isabel. En todo este tiempo continuaron los moros sin cesar la guerra contra los cristianos, declarando esclavos ó cautivos á todos los que hacian prisioneros.

Era durísimo el cautiverio, no habiendo barbaridad que no experimentasen los infelices que le sufrian. A muchos los desollaban vivos, á ótros los empalaban, á no pocos los quemaban las plantas de los pies á fuego lento, ótros espiraban á violencia de crueles palos, y todos eran peor tratados que los mas viles animales de carga; sienco mayor la desgracia de muchos, que rendidos al miedo de tan crueles tratamientos, renunciaban la fe, y abrazaban el mahometismo.

La Madre de misericordia, de quien los españoles fueron siempre tan devotos, y que estando aún en vida habia tomado á España debaxo de su proteccion, cuando apareciéndose al apóstol Santiago sobre el pilar que hasta el dia de hoy se venera en Zaragoza, segun la antigua tradicion del pais, le mandó edificar en el mismo sitio una capilla dedicada á su nombre, prometiéndole su especial proteccion de una nacion que habia de ser devotísima suya hasta el fin de los siglos; la Madre de misericordia, vuelvo á decir, compadecida de tantas miserias como afligian á los pobres cristianos cautivos, quiso dar al mundo un ilustre testimonio de su maternal bondad, fundando milagrosamente una religion, cuyo instituto fuese solicitar el alivio y la redencion de los cautivos cristianos que gemian baxo la cruel esclavitud de los moros. Escogió para esta grande obra á uno de sus mas santos y fervorosos siervos, cual fue san Pedro Nolasco, natural de Langüedoc, siendo su familia de las mas nobles del pais, habiendo nacido el año de 1189 en un lugar del obispado de san Papoul, llamado Mas de las santas Doncellas, á una legua de Castelnaudari. Este gran Siervo de Dios, no menos distinguido por su ilustre nacimiento que por sus gran-

des riquezas y sobresalientes prendas, renunciando generosamente las mas halagüeñas y mas tentadoras esperanzas que el mundo le prometia, resolvió dedicarse todo á Dios, empleando en su servicio sus bienes y sus talentos.

Sobresalian en él, descollando entre todas las demas virtudes, la tierna devocion á la santísima Vírgen, y una ardiente caridad por los cautivos cristianos que arrastraban las cadenas en poder de los sarracenos. Parecian como nacidas en él la singularísima ternura hácia la Madre de Dios, y la compasion con los miserables cautivos, tanto, que no pudo sosegar hasta que vendió todos sus bienes para redimirlos de aquella esclavitud. Ya diximos en su vida que animado con los felices sucesos que experimentó en los primeros ensayos de aquella abrasada caridad, no contento con añadir á sus propios bienes las muchas limosnas que pudo recoger de sus amigos, persuadió á muchos caballeros de conocida piedad, que se juntasen con él para formar una piadosa congregacion ó cofradía, dirigida á solicitar la redencion de cautivos cristianos, baxo el título y la particular proteccion de la santísima Vírgen.

Sufrió este piadosísimo proyecto la misma suerte que padecen por lo comun todas las obras grandes y santas, las que el demonio procura siempre arruinar en su mismo principio, ó por lo menos desacreditarlas con operaciones, detracciones y calumnias. Pero el mismo rey don Jayme, los grandes del reyno y todos los hombres de juicio y de virtud, tocando con las manos la utilidad de aquella buena obra, taparon la boca á la maledicencia, y disiparon aquella tempestad.

Comenzaba la piadosa congregacion á experimentar los efectos de su caritativo zelo en favor de los cristianos cautivos, cuando la Reyna de los cielos quiso dar á toda la Iglesia otra nueva, pero muy insigne prueba de la atencion que la merecen nuestras necesidades, y de la maternal compasion con que mira las aflicciones y los trabajos de los fieles. Aparecióse á san Pedro Nolasco la noche del primer dia de agosto del año de 1218, á tiempo que estaba el Santo en oracion derritiéndose en lágrimas con la consideracion del duro cautiverio de tantos pobres cristianos, que con peligro de su eterna salvacion gemian ba-

xo la tiranía de los bárbaros infieles. Llenó la Señora de celestiales consuelos á su fidelísimo Siervo, y le dixo que no podia hacer cosa mas agradable á su santísimo Hijo y á sí, que fundar otra nueva congregacion con el título de nuestra Señora de la Merced, para la redencion de los cristianos cautivos en el dominio de los moros.

Asombrado san Pedro Nolasco con aquella milagrosa vision, exclamó postrado en la tierra: ¿Y quién sois vos, que teneis tan penetrados los secretos de Dios? Pero, ¿y quién soy yo miserable pecador, para encargarme de tamaña empresa? Yo soy María, madre de Dios, respondió la Vírgen, que traxe en mis entrañas y dí á la luz del mundo al soberano Redentor de todos los hombres, y deseo haya en la Iglesia una nueva familia que haga singular profesion de rescatar á los cautivos. Anda, y funda esta religion, que tomo desde luego debaxo de mi proteccion. Yo te facilitaré los medios y allanaré todos los estorbos. Desapareció la Vírgen, y Nolasco se reconoció animado de nueva caridad y de mas encendido zelo. Persuadido ya de la voluntad del Señor, tan descubierta por una vision en que no podia poner duda, nada tuvo que discurrir sino en proporcionar los medios para la execucucion de empresa tan importante. Pero no atreviéndose á dar paso alguno sin consultarle primero con su confesor, que lo era san Raymundo de Peñafort, se encaminó á buscarle, y le refirió sencillamente todo lo que habia sucedido en la oracion. Habia revelado lo mismo la santísima Vírgen á san Raymundo, y éste le declaró que habia tenido la propia vision. Confirmados úno y ótro en que era de Dios el pensamiento, se fueron derechos á palacio para comunicar al Rey lo que intentaban, y confiarle al mismo tiempo la noticia del duplicado milagro. Pero quedaron gustosamente sorprendidos cuando luego que el Rey los vió en su cuarto, se anticipó á contarlos una vision que habia tenido, y era enteramente conforme á la de los dos; porque no queriendo la Vírgen que se pusiese en duda un milagro tan grande de su misericordia y de su bondad con los cautivos cristianos, dispuso que se confirmase con tres testimonios tan auténticos. Desde aquel punto solo se pensó en disponer todo lo necesario para la fundacion de una órden que se puede lla-

mar milagrosa, habiendo debido su nacimiento á tan insigne milagro.

El dia de san Lorenzo del mismo año el Rey, acompañado de toda su córte y de los magistrados de Barcelona, pasó á la catedral, llamada santa Cruz en Jerusalen, donde subió al púlpito san Raymundo, y publicó á presencia de todo el pueblo la vision que á un mismo tiempo habian tenido el Rey, Pedro Nolasco y el mismo Santo, con lo que la Madre de misericordia los habia revelado tocante á la fundacion de una órden religiosa, con el título de nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos. Acabado el ofertorio, el rey don Jayme y san Raymundo tomaron de la mano á Pedro Nolasco, y le presentaron á Berenguer de la Palu, obispo de Barcelona, quien le vistió el hábito blanco y el escapulario de la órden; poco antes de la comunion hizo el nuevo Fundador los tres votos acostumbrados de religion, y añadió el cuarto, por el cual así él como todos los que abrazasen el nuevo instituto, se obligaban no solo á pedir limosna para rescatar á los cristianos cautivos, sino á quedarse éllos mismos en rehenes y por rescate siempre que lo pidiese la necesidad. Al mismo tiempo hicieron tambien la profesion otros dos caballeros, y el Rey cedió al santo Fundador la mayor parte de su palacio de Barcelona para que fabricase el primer convento de la órden, y quiso que los religiosos llevasen sobre el escapulario las armas de Aragon, á las que añadió el Santo, con beneplácito del Rey, las de la catedral.

Tal fue el nacimiento de esta sagrada religion, tan respetable por su milagroso instituto, y tan célebre por los grandes hombres que ha dado para la redencion y para el consuelo de tantos cautivos cristianos. Confirmóla el papa Gregorio IX., y honróla con crecido número de grandes privilegios la santa Silla apostólica, en reconocimiento de tan insigne y tan heróica caridad. Hace mencion el martirologio romano de esta milagrosa aparicion el dia diez de agosto con estos términos: *En España la aparicion de la santísima Vírgen María á san Pedro Nolasco, á san Raymundo de Peñafort, y á Jayme, rey de Aragon, inspirándolos el pensamiento de fundar la religion de la Merced, redencion de cautivos.* Y la Iglesia, mas y mas

atenta á honrar siempre á la Madre de Dios, zelosa de aumentar en el corazon de todos los fieles el culto, la devocion y la confianza en esta Madre de misericordia, instituyó el dia de hoy una fiesta particular para perpetuar la memoria de tan grande beneficio, y en accion de gracias por la fundacion de una órden que élla misma es un milagro de la mas heróica cristiana caridad.

Pocos siglos se hallarán en que no hubiese cuidado la divina Providencia de persuadir á los fieles por medio de algun suceso milagroso, que la proteccion que debemos esperar de la Madre de Dios, sublimada á la diestra de su Hijo, es al mismo tiempo la mas poderosa y la mas segura que nos debemos prometer si nos esforzamos á merecerla. Por tanto, debemos hacer todos los esfuerzos posibles para merecer esta proteccion con nuestra confianza, con nuestras oraciones y con nuestro zelo en obsequiarla y servirla. ¿Mas y qué no deberémos hacer nosotros por esta Señora en vista de lo que esta Señora hace por nosotros? Habiendo dado al mundo el mediador que nos reconcilió con su Eterno Padre, cooperó despues élla misma en cierta manera á la obra de nuestra redencion, ofreciendo á su mismo Hijo, y sacrificándole en algun modo por la salvacion de los hombres. De aquí podemos inferir qué impreso tiene en el alma el deseo de nuestra salvacion.

Admirámonos algunas veces de lo poco que nos dice el nuevo Testamento acerca de las grandezas de la santísima Vírgen, y hasta los mas tibios devotos de esta Señora desearan que el evangelio se hubiese extendido mas en sus alabanzas. Pero esto es puntualmente, dicen los padres de la Iglesia, lo que debe hacernos formar mayor y mas sublime concepto de esta Señora. El Espíritu santo (dicen), que no ignoraba el fundamento en que debia cimentarse la grandeza de su esposa, juzgó que solo el título de *Madre de Dios*, bien explicado, supliria con ventajas todos los demas elogios; y una vez que hiciese conocer la divinidad del Hijo por una larga relacion de milagros indubitables, no era posible despues dexarse de tributar las mayores honras á la madre de tal hijo. Con efecto, estas dos solas palabras, *madre de Dios*, bastan para contentar el mayor zelo por la gloria de la Vírgen. Quien

penetrare bien todo su sentido, descubrirá un insondable fondo, por decirlo así, de méritos, de grandeza y de confianza en su poderosa intercesion. Solamente los hereges no han podido jamás tomar el gusto á una devocion tan justa, tan sólida, tan racional, y que es una de las señales menos dudosas de predestinacion.

La misa es en honra de la santísima Virgen, y la oracion la que sigue.

Deus, qui per gloriosissimam filii tui matrem, ad liberandos Christi fideles à potestate paganorum, nova Ecclesiam tuam prole amplificare dignatus es: præsta, quæsumus, ut quam piè veneramur tanti operis Institutricem, ejus pariter meritis et intercessione, à peccatis omnibus et captivitate dœmonis liberemur: Per eumdem Dominum...

O Dios, que para librar á los cristianos de la potestad de los infieles os dignásteis aumentar en vuestra Iglesia una nueva familia por medio de la gloriosísima madre de vuestro precioso hijo, os suplicamos nos concedas la gracia de que nos libremos de todos los pecados y del cautiverio del demonio por medio y por la intercesion de la que veneramos con devocion como fundadora de este sagrado instituto: Por el mismo Señor...

La epístola es del capítulo 24. del libro de la Sabiduría.

Ab initio et ante sæcula creata sum, et usque ad futurum sæculum non desinam, et in habitatione sancta coram ipso ministravi. Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea. Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hæreditas illius, et in plenitudine sanctorum detentio mea.

Desde el principio y antes de los siglos fui criada, y exîstiré por todo el siglo futuro, y exercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante del Señor. Así yo tuve en Sion estabilidad, y tambien la ciudad santa fue lugar de mi reposo, y en Jerusalen tuve mi palacio. Y eché raices en un pueblo glorioso, y en la porcion de mi Dios, que es su heredad, y mi habitacion fue en la plenitud de los santos.

NOTA.

»Solo con leer esta epístola y todo el capítulo de don-
»de se extractó, se reconoce que el Espíritu santo quiso ha-
»cer en él un abreviado retrato de la santísima Vírgen.
»*Criada desde el principio*: quiere decir, que como Dios
»tuvo en su divina mente desde la eternidad, y ántes de
»todas las criaturas, al Verbo encarnado, tuvo tambien an-
»tes de todas éllas á la que habia de ser madre inmacula-
»da del mismo Verbo hecho hombre; y así de lo demas.

REFLEXIONES.

Establecióse mi poder en Jerusalen, y me arraygué en aquel pueblo que el Señor honró con especial benevolencia y con bondad particular. Esta es una de las razones de aquella piadosa inclinacion que todos los verdaderos fieles tienen á la devocion, al culto y á la confianza en la santísima Vírgen. Nació esta tierna devocion con la misma Iglesia, y es inseparable del espíritu de nuestra religion. No hay santo en el cielo que no hubiese sido ardiente y zeloso siervo de la Madre de Dios; reyna y reynará siempre María en el corazon de todos los escogidos: *In electis meis mitte radices.* Cuando Dios escogió á María para madre de su hijo, la hizo soberana protectora y madre de todos los verdaderos fieles. De aquí nace sin duda aquella indiferencia, aquella frialdad, aquella aversion de todos los réprobos, de todos los enemigos de la religion contra la Madre de Dios. Deslúmbralos su resplandor, y no pueden sufrir su luz los ojos débiles y achacosos. Las almas que arrastran por la tierra no pueden levantarse á mirar su elevacion y su grandeza. Pero los verdaderos fieles, á imitacion de las celestiales inteligencias, no cesan de publicar sus alabanzas, reconociendo todos que despues de Jesucristo toda nuestra devocion, toda nuestra veneracion y toda nuestra confianza debe colocarse en María. Cuando Aaron con el incensario en la mano se arroja en medio del pueblo para que el fuego del cielo no le reduzca á cenizas, entonces se dexa Dios aplacar por el incienso, dice un gran siervo del Señor. Aun el mismo Señor, cuando en el furor de su ira parece resuelto á exterminar á su pueblo

en castigo de sus maldades, busca un solo hombre justo que aplaque su indignacion, y se queja de que no pueda encontrarle: *Quæsivi de eis unum qui interponeret sepem, et staret oppositus contra me pro terra, ne disiparem eam, et non inveni.* No me admiro, no, ó Padre de las misericordias. Aún no habia nacido María en aquellos desgraciados tiempos; aún no habíais concedido al mundo tan poderosa medianera; pero despues que tuvimos la dicha de lograrla, ¿cuántas veces aplacó vuestra justa indignacion? ¿cuántas detuvo vuestro brazo vengador? ¿cuántas se puso entre vos y el pecador, presentándoos las lágrimas que nos hacia derramar el arrepentimiento; consiguiendo el perdon de nuestras culpas, y forzando, por decirlo así, vuestra providencia á explicarse en milagros y en prodigios para darnos la salvacion? Dichosa, pues, el alma que colocó en María su confianza; dichosa la que venerando profundamente al Hijo, aprendió desde su infancia á implorar la proteccion de la Madre; la que nunca separó en su corazon al úno de la ótra, ni movida de cierto engañoso zelo, se privó miserablemente de uno de los mas poderosos y mas eficaces medios que tenemos para salvarnos.

El evangelio es del capítulo 11 de san Lucas.

In illo tempore: Loquente Jesu ad turbas; extollens vocem quædam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quæ suxisti. At ille dixit: Quinimmò beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo, hablando Jesus á las turbas, alzó la voz cierta muger de en medio de éllas, y le dixo (á Jesus): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

Los bienes que la santísima Vírgen procura á sus verdaderos devotos.

PUNTO PRIMERO.

Considera lo que dice san Antonio acerca de la devocion con la santísima Vírgen. Aplícala este gran siervo suyo

lo que dice Salomon de la sabiduría, símbolo de la misma Señora, segun el Espíritu santo: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilis honestas per manus illius*: viniéronme con élla todos cuantos bienes podia desear; fueron sin número las honras y las gracias de que me llenó. Esto mismo pueden decir los verdaderos devotos de la Vírgen. Los bienes temporales solo se llaman bienes por analogía; son bienes aparentes, superficiales, caducos y siempre insuficientes. Ninguno es capaz de llenar nuestro corazon, y ninguno hay que no le altere. Los verdaderos bienes del hombre son los espirituales; bienes que satisfacen, bienes sólidos, bienes que verdaderamente lo son para el tiempo y para la eternidad. Tales son las gracias del Redentor, todas de infinito precio; la inocencia, la devocion, las virtudes, el vencimiento de las pasiones y de las tentaciones, las obras de virtud, el perdon de los pecados, la perseverancia en el bien, y la gracia final. Estos son los bienes que se deben estimar, los que merecen llamarse bienes del hombre, los únicos que son dignos de nuestros deseos, y objeto noble de nuestra cristiana ambicion. Estos son tambien los que nos grangea la verdadera devocion con la santísima Vírgen, tesorera y distributaria de la gracia del Redentor, como la llaman los santos. ¿En quién los derramará esta Madre de misericordia sino en sus queridos hijos, en sus fervorosos y fieles siervos? ¿quiénes se podrán lisonjear de tener mas parte en éllos sino los que la aman con ternura, los que la honran con zelo, y los que se dedican á servirla con amor y con fidelidad? Así como el pecado enfria y apaga la devocion á la Vírgen, así la gracia y la inocencia la avigoran y la fomentan. No admite María en su servicio sino almas verdaderamente puras; y por eso la verdadera devocion á la Vírgen se reputó siempre por una señal poco dudosa de una vida verdaderamente cristiana; siendo esta misma vida fruto de la misma devocion, y efecto de la especial proteccion de la Madre de Dios: *Non sic timent hostes visibiles hostium multitudinem copiosam*, dice san Bernardo, *sicut aereæ potestates Mariæ vocabulum et patrocinium*. No temen tanto los hombres á un numeroso exército de enemigos, como las potestades del infierno á solo el nombre y la proteccion de María.

Todo devoto de esta Señora tiene derecho para lisonjearse de esta proteccion; ninguno dexa de experimentar su poder cuando se ofrece la ocasion. ¡O buen Dios, y qué auxîlio tan poderoso es contra todas las tentaciones la devocion con la santísima Vírgen!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la santísima Vírgen es el refugio de los pecadores, y como tales les consigue el perdon de los pecados. Una de dos; ó se dexa de ser pecador, ó se dexa de ser devoto de María. Esta amable Madre de misericordia aborrece al pecado; pero ama con ardiente caridad á los pecadores, y los alcanza su conversion. A élla deben aquellas gracias prevenientes, aquellas gracias eficaces que los mueven á convertirse. Pudiéndolo todo con su querido Hijo, en nada emplea con mas gusto su poder que en favor de estas almas descaminadas. Gran consuelo para los pecadores hallar en María no solo asilo seguro contra los rayos de la justa cólera de Dios, sino tambien una abogada poderosa. De aquí nacen todas aquellas gracias que acompañan á la verdadera devocion; de aquí aquellos prodigios de conversion que no quieren creer los enemigos de María, y experimentan en sí sus fieles siervos. Pero siendo tan favorable y tan benéfica con los pecadores, ¿qué no hace con los justos? ¿qué gracias, qué favores no los alcanza del cielo? ¿qué maravilla es á vista de esto que los mayores santos de la Iglesia hubiesen profesado tan tierna y tan encendida devocion á la santísima Vírgen, ni cómo podian dexar de ser tan grandes santos profesándola tan encendida y tan tierna devocion? *Ego diligentes me diligo.* Ama la Vírgen á los que la aman, segun la expresion de la Escritura, que aplica la Iglesia á la Madre de Dios. ¡Qué gracias, qué proteccion, qué favores no deben esperar de esta fuente de bondad! ¡qué auxîlios en la vida, y qué amparo en la hora de la muerte! Aquella gracia final que nunca se puede merecer, y es como el sello de nuestra predestinacion; aquella última gracia de que depende la eterna felicidad es el mas precioso don que la Vírgen alcanza de Jesucristo en beneficio de sus fieles y fervorosos siervos. Por esta razon

la hace la Iglesia, y nos exhorta á nosotros que sin cesar la hagamos esta oracion: Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte: *Sancta María, mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostræ. Amen.*

Hacedlo así, Vírgen santísima, rogad por mí; y sobre todo, alcanzadme la gracia de que te ame, de que te honre y de que te sirva sin afloxar y sin entibiarme todos los dias de mi vida, para conseguir por tu intercesion la perseverancia final en la hora de la muerte.

JACULATORIAS.

Dignare me laudare te, Virgo sacrata. Eccl.

Dignáos, ó Vírgen santísima, alcanzarme gracia para amaros, y para cantar vuestras alabanzas por todos los dias de mi vida.

Sancta Maria, succurre miseris, juva pusillanimes, refove flebiles, ora pro populo, interveni pro clero, intercede pro devoto femineo sexu: sentiant omnes tuum juvamen quicumque celebrant tuam sanctam commemorationem.

Santa María, socorre á los afligidos, alienta á los pusilánimes, enxuga las lágrimas de los que lloran, ruega por el pueblo, empéñate por el clero, intercede por el devoto sexô femenino. Sientan, en fin, los efectos de tu proteccion todos aquellos que cantan sin cesar tus alabanzas.

PROPOSITOS.

Si la Iglesia encontró en el título de *Madre de Dios* un objeto tan digno de veneracion que proponer al respeto de todos los fieles, en el mismo título halló tambien otra cosa de mayor consuelo y de mayor edificacion para todos nosotros. En él descubrió aquellos inmensos tesoros de gracias que ofrece á todos sus hijos. En él halló una medianera que lo puede todo, un asilo que le franquea á todos los pecadores, una madre llena de ternura, como ya hemos dicho, para con todos los hombres. Teniendo siempre á la vista estos motivos de devocion y de confianza, no solo debes recurrir á la Vírgen en todas ocasiones, sino dár pruebas prácticas de tu zelo por su culto; de tu zelo

y de tu amor en todas las horas del dia. Es devocion muy provechosa y muy familiar á sus verdaderos siervos rezar *el Ave María* siempre que suena alguna hora. Toma desde luego esta devocion, que sin duda es muy agradable á la Madre de Dios, y de grande utilidad espiritual para los fieles.

2 Excita en tu corazon algun zelo por la redencion de los cristianos cautivos. Cosa extraña es que los fieles mas afligidos sean los mas olvidados. Entre los infieles de Bería no tienen que esperar alivio ni consuelo. Son cautivos precisamente porque son cristianos: el lastimoso estado en que se hallan es capaz de enternecer los corazones mas duros; peor alojados y peor tratados que los animales mas viles; todo el dia tirando del carreton ó trabajando en las obras públicas de mayor fatiga, y tratados como perros, sin otro sustento, por lo comun, que el que sobra del que se da á estos animales domésticos. Solo los es lícito padecer sin concedérseles la libertad de quejarse. Cada instante en peligro de apostatar, pues se les maltrata para obligarlos á renunciar la fe y abandonar la religion, y todo sin consuelo y sin alivio. Los pobres y los miserables que viven dentro de las poblaciones cristianas, vienen por sí mismos á exponernos sus necesidades; pero nuestros hermanos cautivos carecen de este consuelo. Es gran dureza olvidarlos porque no pueden venir á representarnos su miseria. Ten mucha compasion de aquellos pobres abandonados. No puedes hacer limosna mas cristiana ni mas grata á Dios y á la santísima Vírgen. Haz esfuerzos de caridad para socorrerlos. En todos los pueblos hay cepos y caxas para la redencion; echa en éllas largamente toda la limosna que pudieres; algun dia sabrás que con élla conservaste la vida y la fe de algun miserable cautivo. Acaso no hay obra de misericordia que sea mas agradable á los ojos de Dios. "Las piadosas leyes de España »anulan los testamentos en que no se dexe alguna limos»na para la redencion y para la casa santa de Jerusalen, »que tambien se debe considerar en cierta especie de cau»tiverio. Con ninguna otra necesidad se practíca seme»jante demostracion; señal cierta de que nuestros religio»sos legisladores reputaron ésta por la mayor y por la »mas urgente. No te contentes, como lo hacen tantos,

»con dexar señalada una misma cantidad para cumplir »con la corteza de la ley; esto en rigor mas es eludirla »que observarla. Confórmate con su espíritu mas que con »su letra, y cuando estás para comparecer delante de tu »Redentor, acredita en tu última disposicion que quieres »imitarle sériamente en el oficio de tal."

DIA VEINTE Y CINCO.

San Fermin, obispo y mártir.

Fue san Fermin natural de Pamplona, y su familia una de las mas nobles del pais. Ocupaba su padre Firmo uno de los primeros cargos en el gobierno de la ciudad y del senado; ni era de menos ilustre nacimiento su madre Eugenia; pero ámbos tenian la desgracia de ser idólotras como todo el resto de la ciudad, en la cual aún no se habia anunciado el evangelio. Iban un dia juntos al templo de Júpiter para ofrecerle sacrificios en compañía de los demas ciudadanos, y en el camino, por dichosa disposicion de la divina Providencia, encontraron á un sacerdote de Jesucristo, llamado Honesto, que estaba predicando al pueblo el evangelio de la salvacion. Detúvolos la curiosidad de oir al extrangero, cuya gravedad, cuya dulzura y cuya modestia los llevó desde luego toda la atencion; pero mucho mas los arrebataron las nuevas pero grandes verdades que le estaban escuchando. Acabado el sermon, le suplicaron se sirviese ir á su casa para explicarlos á éllos mas despacio y mas en particular lo mismo que en general y rápidamente le habian oido anunciar á la muchedumbre. Condescendió gustoso san Honesto; pasó á casa de Firmo, y éste le preguntó quién era, de dónde venia, y con qué autoridad intentaba exterminar la antigua religion que todos profesaban para introducir otra nueva. Respondió á todo generosamente que era cristiano, que venia de Tolosa, que con mucha honra suya era capellan del santo obispo Saturnino, quien le habia enviado para disipar las tinieblas del error en que vivian,

y para descubrirlos el camino de la vida eterna. Encantado el Senador de su santa conversacion, le manifestó el gusto que tendria en conocer y en tratar al obispo Saturnino, y le dió esperanzas de que recibiria el bautismo. Prometióle Honesto que le cumpliria ese gusto, y que solicitaria que le viniese á ver el santo Obispo. Con efecto, siete dias despues entró en Pamplona san Saturnino. Luego que predicó públicamente á Jesucristo, se convirtieron á la fe cuarenta mil personas á exemplo de Firmo, Fausto, Fortunato, todos tres senadores y primeros magistrados de la ciudad. Edificóse una iglesia, que á pocos dias fue necesario hacerla mas capaz; en breve tiempo abrazó la religion cristiana toda la ciudad de Pamplona. Restituyéndose san Saturnino á Tolosa, dexó á cargo de Honesto el cuidado de aquel rebaño, cuyo principal ornamento era Firmo y toda su familia por el zelo y por la piedad que resplandecia en toda élla.

Tenia Firmo un hijo llamado Fermin, que á la sazon solo contaba diez años de edad, y deseando asegurarle una santa educacion, le entregó á la enseñanza del santo presbítero Honesto, de cuyas manos habia recibido el bautismo el mismo niño Fermin. A favor de tan noble Maestro, de su excelente ingenio y de su bello natural, hizo Fermin en breve tiempo tan rápidos como ventajosos progresos. Descubrió muy desde luego una como natural inclinacion á todo lo bueno; tanto, que por su virtud, por su tierna devocion y por su amor á la pureza reconocieron todos tenerle destinado Dios para ser con el tiempo digno ornamento de la santa Iglesia. Fue admitido en el clero á la misma entrada de su florida juventud; y á los diez y ocho años de su edad ya predicaba con admiracion del público, cuando la abanzada edad y los achaques de san Honesto no le permitian exercer este ministerio. Creciendo con los años la virtud, y manifestándose cada dia mas y mas sus singulares talentos, determinaron sus padres enviarle á Tolosa para que baxo la disciplina de Honorato, obispo de aquella ciudad y sucesor de san Saturnino, se perfeccionase en el estado eclesiástico. Edificado el Obispo de Tolosa así de la virtud como del extraordinario mérito del discípulo de san Honesto, y conociendo sus raras eminentes prendas, resol-

vió elevarle á los sagrados órdenes; y despreciando las resistencias de su profunda humildad, le ordenó primero de presbítero, y despues le consagró obispo de Pamplona. Envióle á cuidar de su rebaño, y al despedirle, le dixo: *Alégrate, carísimo hermano, porque Dios te ha escogido para vaso de eleccion. Siendo ya pastor de las almas por la gracia del Señor, parte inmediatamente á tener cuidado de tu grey, y desempeña con fidelidad el sagrado ministerio que Dios te confió en tu consagracion.*

No se pueden explicar las demostraciones de alegría con que fue recibido de su pueblo. Comenzó luego á cumplir con las funciones de su estado, y desde que se dexó ver en el púlpito conocieron todos que Dios los habia dado por pastor á un nuevo apóstol. Recorrió luego toda la diócesi, haciéndose todo á todos por ganarlos á todos para Jesucristo. La misma idolatría, que estaba como atrincherada en aquellas faldas de los Pirineos, parecia ahora como que iba huyendo delante de san Fermin. Arruinó muchos templos, hizo pedazos los ídolos, y fue tanto el número de las conversiones, que en muy breve espacio de tiempo se llenó todo el pais de fervorosos cristianos.

Animado su zelo con tan felices sucesos, juzgó ser estrecho campo toda la Navarra para satisfacer los incendios de su amor. Ordenó suficiente número de presbíteros para que cuidasen de aquella nueva cristiandad, y penetrado su corazon con las palabras de Cristo: *Id, y enseñad á todas las naciones*, resolvió partir á llevar la luz de la fe á los gentiles, esperando hallar entre éllos la corona del martirio. Entró en las Gáulas, donde estaba furiosamente encendida la persecucion contra los cristianos; y llegando á la ciudad de Agen, se encontró con un santo presbítero, llamado Eustaquio, que le detuvo algun tiempo para confirmar los fieles en la fe, y disponerlos para la persecucion que á manera de un fuego violento y arrebatado se iba extendiendo por todas las Gáulas. Salió de Agen, y pasó á la Auvernia, desafiando los peligros, predicando la fe de Jesucristo con una intrepidez que admiraba á los mismos paganos, y atacando la idolatría hasta en aquellas fortalezas en que reynaba con mayor imperio.

Hallándose en una ciudad de Auvernia tuvo una célébre disputa con dos gentiles de los mas considerables y de los mas obstinados, que se llamaban Arcadio y Rómulo. Mostrólos san Fermin tan clara y tan evidentemente la locura y los errores del paganismo, haciéndolos al mismo tiempo tan palpable evidencia de la verdad y de la santidad de nuestra religion, que los convirtió; y habiéndolos instruido, los confirió el bautismo; conquista que ganó para Jesucristo la mayor parte de los pueblos de aquella nacion. Animado el santo Apóstol á nuevos trabajos con estas conquistas, se transfirió á Angers, donde en quince meses de residencia consiguió grandes victorias de la idolatría, haciendo entrar en el rebaño de Jesucristo inmenso número de ovejas escogidas. Como ningun estorbo era capaz de detener ni de moderar la actividad de su zelo, apenas ganaba un pueblo para Jesucristo cuando corria á ótros para plantar en éllos el estandarte de la fe. No es fácil explicar lo mucho que padeció en estas excursiones apostólicas. Privado de todo humano consuelo, oprimido de fatigas, agobiado al peso de los trabajos, perseguido y maltratado de los paganos, y en contínuo peligro de la vida, nada fue bastante para poner límites á su fervor y á su zelo. De la provincia de Anjou pasó á la de Normandía, donde esparció por todas partes las luces de la fe, haciendo tan prodigiosa multitud de conversiones, que con razon se le puede apellidar el apóstol de aquella provincia, como de muchas ótras.

Creciendo en Fermin cada dia mas y mas el fervoroso deseo de derramar su sangre por la fe de Jesucristo, noticioso de que el presidente Valerio, enemigo mortal del nombre cristiano, perseguia á los fieles en el Veauvés con extraordinaria crueldad, voló allá apresuradamente, no dudando encontrar con la suspirada corona del martirio. Con efecto, luego que llegó fue reconocido por cristiano; y habiendo sido denunciado como tal en el tribunal del presidente, fue encerrado de su órden en una horrorosa cárcel. Pero no bastaron á satisfacer la insaciable sed que tenia de padecer, ni las incomodidades de la prision, ni los tormentos que le hicieron sufrir en élla. Perseveró preso y encadenado hasta la muer-

te del presidente Sergio, sucesor de Valerio, con cuya ocasion le pusiéron en libertad los mismos ciudadanos. Aprovechándose de élla san Fermin, predicó públicamente la fe de Jesucristo en Vauvés con tanta bendicion, y con tan felices sucesos, que se edificáron muchas iglesias. Corrió despues toda la Picardía, y una parte de los Paises Baxos con el mismo zelo y con igual fruto en todas partes, hasta que en fin entró en Amiens, teatro destinado por la divina Providencia para dichoso término de sus apostólicas fatigas.

Luego que llegó, juntó un rebaño de que él mismo fue el primer pastor. Entre los tres primeros dias que predicó convirtió tres mil personas. No contribuian poco á tan admirables sucesos los milagros que acompañaban á su predicacion. No habia resistencia á las palabras del Apóstol. Los ídolos caian y se hacian pedazos á sus pies: los demonios dexaban los cuerpos que poseian solo con ponerse delante de san Fermin: no habia enfermedad que al instante no curase invocando el nombre de la santísima Trinidad; y era tan crecido el número de los prodigios, que los gentiles le tenian por algun Dios, como en otro tiempo lo hiciéron con san Pablo y san Bernabé. Resonaban en toda la ciudad el nombre y las maravillas del santo Obispo. Llegó á noticia del gobernador de la provincia (á quien algunos llaman Juliano) lo que pasaba en Amiens, y mandó arrestar á nuestro Santo. Teniéndole en su presencia, le preguntó en nombre de quién hacia los milagros: á que respondió Fermin con santa intrepidez, que en nombre de Jesucristo, único Dios verdadero, y redentor de todos los hombres. Tomando despues ocasion para hablarle á fondo de nuestra sagrada religion, lo hizo con tanta valentía, con tanta elocuencia y con tanta magestad, que enamorado el mismo gobernador de lo que oia, mandó que le dexasen ir libre. Pero apénas salió del pretorio, cuando en la misma plaza de palacio comenzó á predicar la religion; de que informado el gobernador, encendido y atizado por los señores gentiles que estaban cerca de su persona, ordenó que echasen mano de él, y que le encerrasen en un calabozo, donde consoló Dios maravillosamente á nuestro Santo, revelándole que presto recibiria el premio de sus trabajos con la corona del martirio. Así sucedió; porque el dia siguien-

te el gobernador, temiendo alguna sedicion, le mandó cortar la cabeza en la misma cárcel, lo que aconteció el dia 25 de septiembre, en que se celebra su fiesta.

Cierto Señor, por nombre Faustino, á quien el Santo habia convertido, halló medio para apoderarse del cuerpo, que mandó enterrar en una de sus heredades, de donde poco tiempo despues fue trasladado á una iglesia que el mismo san Fermin habia dedicado á nuestra Señora. Por muchos siglos permaneció desconocido el santo cuerpo en aquel lugar. En fin, despues de una larga serie de años, no sabiendo ya los cristianos dónde paraba aquel precioso tesoro, Salbio, obispo de Amiens, hombre de eminente virtud, resolvió descubrirle, y para este fin recurrió á la oracion. Convocó al clero y al pueblo, intimó un ayuno general por espacio de tres dias, y exhortó á todos rogasen instantemente al Señor que los descubriese el cuerpo de su santo Apóstol, resolviendo él mismo no salir de la iglesia en aquel tríduo, pasándole dia y noche en oracion delante del Señor. Oyó Dios sus piadosos deseos, porque al tercero dia ántes de amanecer vió baxar de la bóveda del presbiterio un rayo de la luz que caia perpendicularmente detras del altar mayor, y allí se apagaba; por donde hizo juicio de que en aquel lugar debia estar la santa reliquia. Con efecto, habiendo mandado cavar en él, reconoció que al paso que se iba profundizando en el hoyo, exhalaba un maravilloso olor, que llenó de suavísima fragrancia toda la iglesia. Crecia ésta conforme se iba acercando el descubrimiento del santo cuerpo, que se encontró en fin en el mismo sitio donde habia estado oculto despues de seis siglos. Asegúrase que quiso el Señor acreditar la verdad de la sagrada reliquia con un estupendo prodigio. Es antigua tradicion de la iglesia de Amiens que habiéndose hecho el descubrimiento del santo cuerpo en el corazon del invierno, no obstante reverdeció de repente todo el campo, y los árboles apareciéron todos cubiertos de hojas. La iglesia donde se halló la santa reliquia fue la de san Acheul, y desde élla se ordenó una procesion general para conducirla á la catedral. Nunca vió Amiens triunfo igual, ni mas cristiana magnificencia, haciendo Dios mas célebre la piadosa pompa con la multitud de milagros que obró por intercesion del santo Mártir.

NOTA DEL TRADUCTOR.

"No debe hacer dificultad al lector que san Saturnino hu- »biese convertido en su primer sermon dentro de la ciudad »de Pamplona no ménos que cuarenta mil personas. Hoy »es ciudad reducida; pero consta de todos nuestros historia- »dores, que entónces era una de las mayores poblaciones »de España, estando tan reciente su fundacion por Pom- »peyo, como que contaba poco mas de dos siglos."

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos beati Firmini martyris tui, atque Pontificis, annua solemnitate lætificas: concede propitius; ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos das nuevo motivo de alegría en la solemnidad de tu mártir y pontífice el bienaventurado Fermin; concédenos la gracia de que cuando festejamos su nacimiento en el cielo gocemos de su proteccion en la tierra: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10. del apóstol san Pablo á los romanos.

Fratres: Omnis enim quicumque invocaverit nomen Domini, salvus erit. Quomodo ergo invocabunt, in quem non crediderunt? Aut quomodo credent ei, quem non audierunt? Quomodo autem audient sine prædicante? Quomodo vero prædicabunt nisi mittantur? sicut scriptum est: Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!

Hermanos: Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo. ¿Mas cómo invocarán á aquel en quien no creyéron? ¿ó cómo creerán á aquel de quien nada han oido? ¿y cómo oirán sin que haya quien predique? ¿y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan la bienaventuranza!

NOTA.

"Habiendo supuesto san Pablo y declarado expresamen- »te que Jesucristo murió por todos los hombres, sin excep- »tuar uno solo, desde Adan hasta el último de los morta- »les, y que Dios quiere salvarlos á todos, se hace á sí mis- »mo esta objecion: si para salvarse es necesario creer en

» Jesucristo, ¿cómo se podrán salvar aquellos á quienes nun» ca se les predicó? Responde que la fe se predicó en todo » el mundo; pero segun Isaías no todo el mundo se mostró » dócil á la voz del predicador."

REFLEXIONES.

Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo. Atribuyese aquí la salvacion á la oracion, porque la oracion es la que comunmente nos consigue la salvacion. Ella es el primer fruto de la fe, el instrumento ordinario de que se sirve la esperanza, y como el principio connatural que produce la caridad. Por eso es el exercicio casi contínuo de la religion. Al mismo tiempo que honra al Señor rindiendo homenage á su bondad y á su poder, humilla tambien al hombre, siendo como un práctico reconocimiento y una sencilla confesion de su insuficencia y de sus miserias, y le alcanza presto los auxîlios de que tiene necesidad.

¿*Cómo oiran, si no hay quien les predique*? Estas palabras produxéron en todos los siglos dentro de la Iglesia católica zelosos misioneros que se arrancáron del seno de su patria para llevar la luz del evangelio á diferentes naciones; acreditando despues su valor y la felicidad de sus empresas, que eran enviados del mismo Dios, y que el mismo Señor que los enviaba, disponia el terreno donde queria que sembrasen el grano de la divina palabra. ¡Oh, y qué diferencia hay entre los ministros de Jesucristo, y los de aquellas sectas que formó el error! Todas aquellas que se caracterizan y se distinguen por el espíritu del error y de la parcialidad, no muestran otro zelo que el de engrosar su partido y seducir á los hijos de la Iglesia. Dígannos, si no, ¿qué zelo han manifestado de atravesar los mares para buscar entre los montes y entre los salvages tantas pobres reses descaminadas como andan errantes fuera del redil? Siempre muy solícitos por esparcir sus errores en aquellos paises donde se encuentran todas las comodidades de la vida, y donde éllos hallan abundantemente cuanto han menester para satisfacer sus conveniencias personales: nunca fueron objeto de su zelo, ni los iroqueses, ni el Japon, ni el Canadá. Sin duda que para tranquilizar su falta de caridad cristiana en este particular, se quiso persuadir la ma-

yor parte de los hereges que Jesucristo no habia muerto por la salvacion de todos los hombres, y consiguientemente que sería ocioso fatigarse en ir á predicar á los bárbaros la fe de Jesucristo. Pero los apóstoles, todos los hombres apostólicos y todos los verdaderos hijos de la Iglesia, persuadidos á que Jesucristo redimió con su preciosa sangre las almas de todos los hombres, no hiciéron distincion entre el judío y el gentil, entre el europeo y el africano, entre el escita y el cafre. Ni la barbaridad de los pueblos, ni las horrorosas incomodidades del pais, ni la falta universal de todas las conveniencias de la vida, fueron bastantes para entibiar el zelo animado del espíritu de Dios. Esta fue siempre la caridad de los verdaderos hijos de la Iglesia. El falso zelo, ó por mejor decir, la pasion de todos los hereges, nunca se explicó sino en morder, en desacreditar y en perseguir á todos los que no siguen su partido. La indiferencia con que todas las sectas estuviéron viendo al bárbaro y al idólatra vivir y morir en sus tinieblas, es una prueba de que ninguna de éllas fue aquella verdadera Iglesia universal, única esposa de Jesucristo.

¡*Qué hermosos son los pasos de los que anuncian la paz!* Parecen tan bellos á los ojos de Jesucristo, dice Orígenes, los pies de los hombres apostólicos, que él mismo los quiso lavar. La pureza que conserva caminando entre la inmundicia del siglo: las continuas fatigas de sus zelosas excursiones, la velocidad con que corren las provincias y regiones mas distantes; esto es lo que forma aquella hermosura de que hablan el Profeta y el Apóstol. Esos enviados del Señor, esos ángeles de la tierra parece que con efecto tienen alas en los pies como aquellos ángeles que vió Ezequiel delante del trono de Dios. Pero ni los trabajos, ni los peligros del apostolado son lo que mas aflige á los hombres apostólicos; su mayor dolor es la dureza y la obstinacion del pecador, y de esto únicamente se quejan á Dios. *Non omnes obediunt evangelio.* Así como hay muchos cristianos que no obedecen el evangelio despues de haberle creido, así tambien hay muchos idólatras que se mantienen incrédulos despues de haberle oido.

El evangelio es del cap. 16. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis. Amen, amen dico vobis, quia plorabitis, et flebitis vos, mundus autem gaudebit: vos autem contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium. Mulier cum parit, tristitiam habet, quia venit hora ejus: cum autem pepererit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum. Et vos igitur nunc quidem tristitiam habetis, iterùm autem videbo vos, et gaudebit cor vestrum; et gaudium vestrum nemo tollet à vobis.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que lloraréis y gemiréis vosotros, pero el mundo se alegrará: vosotros os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La muger cuando pare tiene tristeza, porque llegó su hora; pero cuando ha dado á luz un niño, ya no se acuerda de la angustia á causa de la alegría que concibe porque ha nacido al mundo un hombre. Vosotros, pues, teneis tambien ahora tristeza; pero volveré á veros segunda vez, y se alegrará vuestro corazon, y ninguno os quitará vuestra alegría.

MEDITACION.

De las concurrencias mundanas.

PUNTO PRIMERO.

Considera que acaso no hay lugar en el mundo mas funesto para la inocencia, que aquellas concurrencias ó funciones en que, por decirlo así, desenvuelve, obstenta y desenrolla el mismo mundo todos los muebles mas tentadores que tiene: en que todo es tentacion, todo veneno, todo escollo, todo peligro. Son estas concurrencias ó funciones el gran teatro de la profanidad donde sale á lucirlo todo aquello que verdaderamente se llama mundanidad. Cada uno hace en éllas su papel, y entre los que asisten, pocos dexan de ser asunto á la burla de los demas. Alguno se imagina ser la admiracion de todos, y es la lástima y la diversion del concurso. Funciones en que la disimulacion se llama buena crianza á favor de aquella afectada urbanidad de que todos se precian, son una verdadera comedia

de la cual sale cada uno muy satisfecho de sí mismo, y muy poco del ótro. En éllas reyna cierta esmerada profanidad que cada dia se hace mas contagiosa; cierto refinamiento de diversiones muy acomodado al gusto del mundo; cierta delicadeza de vida autorizada con el exemplo, y un ayre de esparcimiento, que engaña con su aparente alegría. En éllas reynan las máxîmas del mundo tan contrarias á las máxîmas de Jesucristo; y en éllas se insinúan dulcemente todas las pasiones en el corazon, le estragan y le corrompen. ¡Buen Dios, qué virtud se escapará de tantos lazos! ¡qué inocencia se librará en medio de tantos peligros! Si el mundo es un mar tempestuoso infestado de borrascas, bien se puede decir que las concurrencias mundanas son los mas peligrosos escollos. No se navega con desconfianza porque todo se aparenta risueño, todo tranquilo. Pero hay tempestades mudas, ni se perece solo á violencia de ruidosos golpes de viento. Los naufragios que se padecen en una insidiosa calma son los mas funestos: es inevitable la ruina cuando no se puede prevenir el peligro, cuando se perece sin estruendo. ¡Con todo eso ninguno desconfia de semejantes concurrencias! En éllas preside el espíritu del mundo, y en éllas intíma todas sus máxîmas como otras tantas leyes. Mas que sean duras, mas que aprisionen la libertad, mas que sean impías, no es lícito contradecirlas. Parece que es el mundo como el ídolo de todo aquel concurso. Á este ídolo van cada dia algunas cristianas á sacrificar sus inocentes hijas: á esta escuela las llevan éllas mismas para que aprendan lo mas refinado de la vanidad, lo mas maligno del espíritu del mundo, y lo mas sensual de todas las pasiones: ¡y despues nos admiarémos de que haya tan poca piedad, tan poca religion en medio del cristianismo! Á estas concurrencias mundanas se debe el que se perpetúe el espíritu del mundo, la relaxacion y la impiedad.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que esas funciones de diversion, esas concurrencias mundanas son manantial de muchos desórdenes, y, digámoslo así, la escuela de la reprobacion. Admirámonos de que haya el dia de hoy tan pocas virtudes cristia-

nas en el mundo: que en todo reyne la obstentacion, la profanidad y una general corrupcion de costumbres; ¿pero qué otra cosa se puede aprender en la escuela de la vanidad, donde no se oyen otras lecciones, y donde se ven tan pocos buenos exemplos? Una confesion hecha de buena fe y con dolor, la lectura de un buen libro, una santa conversacion, una exhortacion eficaz y convincente, un accidente no esperado, un piadoso impulso de la gracia habian abierto los ojos á esa persona mundana que tenia necesidad de convertirse. Comenzaba á descubrir con provechoso arrepentimiento la inanidad y el peligro de aquellos pasatiempos á que antes habia tomado tanto gusto. Atemorizada, desengañada y movida miraba con horror sus descaminos, y estaba resuelta á reformarse; cuando fiándose demasiadamente de su corazon, se volvió á meter de nuevo en el peligro. Luego que volvió á dexarse ver en aquellas insidiosas concurrencias, volvió tambien á ganar el mundo todo lo que habia perdido. Presto volviéron á apoderarse del alma los sentidos de acuerdo con el corazon: en un momento se desvaneciéron todas aquellas bellas esperanzas, y volviéron á estrecharse mas aquellos fatales grillos que se habian hecho pedazos con tanta facilidad. Entró en éllas casi del todo convertido, salió con cierta especie de enfado contra sí mismo por haber pensado en su conversion: siente haberse dexado mover, y agradece muy poco á su corazon el haber sido tan dócil á las impresiones de la gracia. Este es el ordinario efecto de aquellas funciones, de aquellas visitas y de aquellas conversaciones de las cuales nunca se sale tan inocente como se entró. Fórmanse por lo comun estas juntas de diversion en las quintas ó casas de campo durante la apacible estacion del otoño, donde ya se sabe que se vive con menos servidumbre y con mas libertad; pero esta misma libertad degenera presto en licencia y disolucion. ¡Buen Dios, qué tristes ocasiones de recaidas y de desórdenes son estas visitas de bulla, de confianza y de buena amistad: esos juegos para pasar el tiempo, y esos paseos libres, alegres, nada circunspectos!

¡O Dios, que por vuestra infinita misericordia me dísteis luz y tiempo para hacer unas reflexíones tan verdaderas y tan sólidas, dadme gracia para que me sean igual-

mente provechosas! A muchos hace llorar ahora en el infierno la funesta experiencia de todos estos peligros: no permitais sea yo del número de estos infelices, y haced que en adelante evite los mismos riesgos.

JACULATORIAS.

Protexisti me á conventu malignantium. Salm. 63.

Librásteme, Señor, muchas veces de estas peligrosas juntas: continuadme vuestra proteccion para excusarme siempre de éllas.

Odivi ecclesiam malignantium: et cum impiis non sedebo. Salm. 25.

Aborrecí las juntas de los mundanos, y propuse firmemente no concurrir jamás á éllas.

PROPOSITOS.

No hay cosa mas engañosa que las concurrencias mundanas: en éllas todo brilla, todo halaga y todo se representa risueño. Reyna en éllas la cortesanía, y cierta urbanidad culta y refinada gana el corazon: las gratas, ayrosas y atentas modales, que afectan todos, á competencia sufocan, y aun previenen los mas justos remordimientos. No se hace en éllas estudio de parecer devotos, es verdad, pero se pone el mayor cuidado en observar las mas severas reglas, las obligaciones mas estrechas de la decencia. Y este especioso pretexto es puntualmente el que hace caer en el lazo á tantas y tantos, que por otra parte presumen de buenos cristianos, y aun de escrupulosos. Evita en adelante este escollo si quieres evitar un funesto naufragio. Si deseas vivir cristianamente, niégate en adelante á esas concurrencias puramente mundanas. No se pretende prohibirte todo género de visitas; háylas de caridad, de obligacion y de buena crianza. Cumple con éstas, pero siempre con circunspeccion cristiana: la modestia en el trage, la gravedad en las palabras, y el piadoso decoro en posturas y modales deben ser tu distintivo en todas ocasiones. Gasta poco tiempo en las visitas, y mucho menos en aquellas concurrencias brillantes á que te precisan á asistir el estado ó la atencion.

2 Está siempre alerta, y vive con la mayor reserva contra las sorpresas de los sentidos y contra el artificio de las pasiones en la diversion de la campaña. Desahóguese en buen hora el ánimo; pero el corazon nunca debe ser presa del amor propio. Si no vela uno continuamente sobre sí mismo, presto degenera el desahogo en relaxacion, y la relaxacion en licencia de costumbres. Las personas que hacen profesion de virtuosas, quedan muchas veces burladas por confiar demasiado en su virtud. El ayre del campo no siempre inspira inclinacion al retiro: son pocas las personas virtuosas que no se relaxen con él. Huye de todo lo que puede contribuir á tu relaxacion. Evita el juego largo y demasiadamente continuado: las visitas prolixas, ciertas diversiones, que nunca carecen de peligro; y léjos de omitir alguno de tus exercicios espirituales ni devociones, auméntalas, si es posible: y ya que en este tiempo interrumpes las otras ocupaciones sérias de tu estado, no por eso se ha de debilitar tu devocion dedicándote á una peligrosa ociosidad.

☞ DIA VEINTE Y CINCO.

Santa María de Cervellon, vírgen.

En la nobilísima ciudad de Barcelona, cabeza del grande y valeroso principado de Cataluña, nació santa María para lustre de su linage, inmortal gloria de aquella ciudad, y exemplar de la sublimidad y grandeza de la religion cristiana. Fueron sus padres don Bernardo Guillen de Cervellon, hijo segundo de don Guillen de Cervellon, señor de muchos castillos y lugares, y de doña María, cuyo apellido se ignora; pero se debe suponer de igual nobleza á la de su consorte. Estos nobles casados habian recibido del cielo abundancia de bienes de fortuna; pero sin embargo, vivian desconsolados porque les negaba la consolacion de ver asegurada su posteridad en algun fruto de bendicion. Hacian plegarias y promesas á los Santos,

principalmente la devota matrona, quien con su inocente vida juntaba un fervor maravilloso para ablandar las entrañas de la divina Misericordia. Visitaba los santuarios mas nombrados, mandaba ofrecer á Dios sacrificios, y solicitaba la intercesion de aquellas personas que mas resplandecian en virtud. Vivia á la sazon san Pedro Nolasco, fundador del sagrado órden de nuestra señora de la Merced, y trataba mucho á los padres de santa María, ya por la conformidad que tenian en las costumbres, y ya porque, ademas de dar al Santo copiosas limosnas para la redencion de cautivos, tenian hecho testamento, en que dexaban toda su hacienda para este piadoso fin en caso de morir sin sucesion. Habia rogado muchas veces al santo Patriarca que fuese medianero con Dios para lograr sus pretensiones, hasta que un dia llegó á tanto su fervor, que postrándose á sus pies con lágrimas en los ojos, le dixo: *Padre, no me levantaré de aquí hasta tanto que me prometais de parte de Dios el logro de mis justos deseos.* No pudo resistirse Nolasco, hizo su promesa, y en breve tiempo conoció con evidencia la señora la eficacia de sus oraciones. A primero de diciembre de 1230 tuviéron los padres y deudos de María la gran complacencia de ver su dichoso nacimiento acompañado de circunstancias tan felices, que desde luego les hizo concebir grandes esperanzas de su santidad futura. Crióse con el cuidado y esmero correspondientes á la nobleza de su linage, y en los primeros años de su infancia se dexaban ver las copiosas bendiciones con que el cielo la habia prevenido. No gustaba de otros entretenimientos que oir hablar de Dios y de los misterios de la redencion, en lo cual tenia todas sus delicias. Por esta causa aprendió muy en breve los rudimentos de la doctrina cristiana, y en lugar de los juguetes con que suele divertirse la pueril inocencia, pedia con santa simplicidad á su madre y á las criadas que la hablasen cosas de Dios.

Todo esto era un feliz anuncio de las sobresalientes virtudes en que habia de imitar á su esposo Jesucristo. Como este Señor se habia hecho pobre para enriquecer con sus gracias á todo el género humano, fixaba la santa Niña su afecto en los que le representaban por su miseria. Apénas tenia edad para distinguir las impresiones que en

su tierno corazon hacian los objetos, cuando ya preferia las que tocaban á la compasion y misericordia de sus próximos. Poco mas de cinco años tenia cuando san Pedro Nolasco entró en Barcelona con ciento noventa y dos cautivos que habia sacado de las mazmorras de África. Como sabia el Santo cuán vien recibidos eran estos huéspedes en la casa de los Cervellones, envió allá un buen número de éllos á hospedarse. Luego que los vió la santa Niña, se llenó de júbilo su alma, y llena de compasion no se hartaba de mirarlos, y mucho menos de regalarlos y servirlos. Con tan felices disposiciones fue creciendo la Santa, y al mismo tiempo que la naturaleza iba facilitándola el uso de la razon, la gracia de Dios por su parte dirigia sus acciones y pensamientos con soberanos influxos. Comenzó á exercitarse en algunas tiernas devociones en que manifestaba su encendido amor al Esposo de las Vírgenes y á su santísima Madre. Acompañaba á la suya cuando iba al templo, y con una devocion que admiraba frecuentaba el sacramento de la penitencia, llorando con sentidas lágrimas unos delitos imaginarios, que al espíritu menos fervoroso pudieran pasar por virtudes. Llegó el tiempo en que su padre espiritual juzgó que tenia todos los conocimientos necesarios, y edad oportuna para llegar á la sagrada mesa á participar el pan de los ángeles; y habiéndola dado permiso para comulgar, fueron tantos los exercicios piadosos con que se preparó, que desde luego pudiéron pronosticarse fácilmente los copiosos frutos que habia de producir en élla el celestial manjar. Uno de éllos, y no el menos admirable, fue un efecto tan delicado á la santa virginidad, que desde aquel punto comenzó á estimarla como una joya preciosa que la hacia semejante á los ángeles. A correspondencia de la estimacion que de élla hacia, era tambien el esmero que ponia en conservarla. Guardaba dentro de su casa un exâcto retiro, no permitiendo que la viesen ojos humanos, ni fixando jamás los suyos en objeto que pudiese despertar en su alma el deseo menos impuro. Con tal extremo recataba sus ojos, que yendo un dia á la iglesia con su madre, no pudo ésta excusar que la acompañasen algunos caballeros de la primera nobleza de Barcelona. Aplaudian en la santa Doncella,

no menos las prendas naturales con que la habia adornado el cielo, que la modestia y virtud con que élla las realzaba. Tan absorto iba su espíritu en Dios y sus ojos tan recatados, que notando su madre que tocaba en grosería su indiferencia, se lo advirtió, diciendo: Advierte, hija, la cortesía que te hacen estos caballeros. A lo cual respondió la Santa: *Madre, cuando voy al templo no acierto á pensar en otra cosa que en Dios.* Despues, con un semblante lleno de modestia y pudor virginal, se volvió á los caballeros, y les dixo: *Señores, suplico á Vmds. que me perdonen el descuido, que no ha estado en mi mano.*

La contínua leccion de libros espirituales era como una lluvia benéfica que causaba admirables medras en sus santas disposiciones. Leía con sumo gusto las vidas de los santos, y en sus exemplos hallaba una escuela en donde aprender el arreglo y direccion de su vida. Habia compuesto san Pedro Nolasco un compendio de la de santa Isabel reyna de Hungría, á la cual tenia el Santo particular devocion. Este libro llegó á manos de María, y se engolfó tanto en su lectura y en la contemplacion de las virtudes en que habia resplandecido aquella gran Princesa, que se encendió en deseos de imitarla. De su leccion procedió aquella particular delicia con que se empleaba en la oracion, gastando en élla todo el tiempo que la permitian las precisas ocupaciones de su casa, y la debida obediencia á lo que la mandaba su madre. De la leccion y oracion resultó un despreció del mundo, tal, que se negaba aun á las visitas de sus parientes. Suplíalas con otras mas propias de la caridad cristiana; pues en cada semana asistia tres veces en compañía de su madre á los hospitales á exercitar en éllos todos los oficios de la caridad. Consideraba en los pobres unos hermanos suyos, que por pobres y enfermos representaban mas bien la persona de Jesucristo; y así les asistia con indecible esmero, sirviéndoles la comida por su mano, haciéndoles las camas, y ocupándose en otros ministerios aun mas humildes y asquerosos. Estos mismos oficios practicaba con sus parientes, haciendo la caridad que fuese élla misma en persona á sus casas á servirles cuando estaban enfermos, siendo así que no recibia sus visitas cuando estaban sanos. El tiempo que la quedaba libre de tan san-

tos exercicios le empleaba en obras de manos, trabajando, ó para el aseo y ornato de los templos, ó para la comodidad y limpieza de los pobres que estaban en los hospitales. Á estos exercicios añadia ótros de mortificacion con que le hacia pagar á su inocente cuerpo delitos que no habia cometido. Sus ayunos eran mas rigurosos y frecuentes de lo que permitian la delicadeza de su constitucion y la debilidad de sus fuerzas; pero como son las del espíritu, y no las corporales, las que se necesitan para semejantes exercicios, al rigor de los ayunos añadia la áspera del cilicio y el castigo de frecuentes disciplinas. Este fervor necesitaba de un talento bien experimentado en materias espirituales para que no padeciese algun peligroso extravío en su carrera. Conoció la Santa esta necesidad, y acudió á Dios con fervorosas lágrimas, doblando los ayunos y penitencias, pidiéndole con ánsia se dignase señalarla por su propia mano un varon igualmente docto que virtuoso á quien confiar la direccion de su espíritu para caminar con seguridad tranquila por las sendas de la virtud. Una peticion tan justa no podia menos de encontrar un benigno acogimiento en las entrañas de la divina Misericordia. Parece que de antemano se habia esmerado Dios en formar con su gracia un varon á propósito para tan delicado empleo; pues por aquel tiempo florecia en el real convento de santa Eulalia el venerable padre fray Bernardo de Corbera cön opinion no menos ilustre en materia de letras que en asuntos de virtud. Confesóse la Santa con él, y á pocas veces que notó el celestial espíritu que animaba sus consejos, llegó á persuadirse que Dios habia oido su súplica, y la habia destinado aquel santo padre para maestro de su conciencia.

Las multiplicadas virtudes de la santa Doncella, juntamente con las grandes prendas de nobleza y hermosura con que el cielo la habia adornado, eran un objeto que no podian menos de atraer las atenciones de aquellos que deseaban contraer matrimonio. Todos los jóvenes nobles de la ciudad de Barcelona concibiéron una noble emulacion, adelantándose cada cual á poder merecer la mano de la santa Jóven. Muchos de éllos hicieron repetidas instancias á los padres y deudos de la Santa, proponiéndoles partidos ventajosos, y solicitando les concedie-

sen la dicha de dársela por esposa. Los padres vacilaban entre el deseo de ver establecida á su hija con enlaces ventajosos á su familia, y entre el de no contradecir á las santas inclinaciones que admiraban en élla. Temian por tanto decirla cosa ninguna, rezelándose que la proposicion del casamiento no podria menos de causarla disgusto. Tenia la Santa un tio llamado don Gerardo Alemani de Cervellon, hombre de grandes prendas, en quien se competian la destreza en dirigir los negocios mas dificiles, y la prudencia en executarlos. Fuese un dia á casa de la Santa con ánimo de proponerla un casamiento ventajosísimo; y habiéndola llamado al oratorio, la propuso todas las razones que podian moverla á elegir aquel estado para la comodidad propia y para el lustre de su familia. Oyóle la Santa llena de una modestia virginal, y con suma tranquilidad y reposo le respondió así: *Agradezco, Señor tio, vuestro cuidado de mi felicidad, y los deseos que manifestais de que yo la disfrute en el estado que me habeis propuesto; pero esta es una materia que necesita consultarse mucho con Dios para no aventurar el acierto. Reconozco la debilidad de mis fuerzas para permanecer en el estado en que me hallo, pero sé que Dios favorece con su gracia los buenos deseos de los que quieren servirle. Yo encomendaré á Dios este negocio, y cuando fuere necesario, comunicaré á mis padres la resolucion que entendiere ser del agrado de su divina Magestad. Entretanto, os suplíco no volvais á hablarme en una materia tan opuesta á mis inclinaciones. Por lo demas, yo os venero como debo, y os doy muchas gracias por el interes que tomais en las conveniencias de mis padres y en las mias.* Quedó el tio admirado de tan prudente y exemplar respuesta, y dexando en el oratorio á su sobrina, fue á dar cuenta á sus padres de su constante resolucion. Parecióle á María que en esta accion habia alcanzado una completa victoria de sí misma, y de las vanas promesas con que convida el mundo á alistarse baxo de sus estandarte. Dió gracias á Dios como autor de todo bien, y comenzó á manifestarse agradecida con nuevo fervor en la execucion de la piedad cristiana. Duplicó sus ayunos, su oracion y sus penitencias: hizo mas riguroso su retiro, y entregóse sin reserva á los exercicios de

humildad y de caridad cristiana. A los criados y criadas de su casa los miraba con el mismo aprecio que sí fuesen sus propios hermanos. Ayudábalos en su trabajo, los subministraba celestiales consuelos cuando los veía afligidos, y echaba el resto de su ardiente caridad cuando los veía enfermos. Élla les servia por sí misma, les hacia las camas, les administraba las medicinas, y parecia mas bien una tierna madre que una señora. Para tan fervorosos oficios era corta esfera su casa; y así se iba á los hospitales en compañía de su madre, en donde lograba su caridad perfecto desahogo. Vióse esto un dia, que estando puesta de rodillas lavando las manos á una enferma, que ademas de su dolencia y pobreza exhalaba por todas partes un hedor asqueroso é intolerable, no pudo contener la especial complacencia que sentia en su alma. Arrebatada del entusiasmo de la caridad, dixo á su madre estas notables palabras: *Ahora sí, madre mia, ahora sí que soy toda de Jesus, pues soy toda de los pobres.*

Corríase el comun enemigo de ver en una tierna doncella virtudes tan heróicas; y así intentó atajarla los pasos por todos los medios imaginables. Unas veces la sugeria las grandes comodidades que podria disfrutar en el mundo, y los inocentes deleytes que podria tener en la compañía de un amable esposo. Otras veces hacia que formase escrúpulo sobre los bienes de que privaba su casa y familia por la obstinada resolucion de mantenerse soltera. Otras, finalmente, ponia delante de su imaginacion los peligrosos escollos de que estaba sembrado el rumbo que seguia, por lo cual la sería imposible permanecer toda su vida sin que naufragase su constancia. Este combate adquirió nuevo vigor por la casualidad de haberse presentado en aquella sazon un jóven igualmente poderoso que ilustre, el cual pretendia su mano. Los padres y parientes de la Santa la importunaron con ruegos, la molestaron con representaciones de lo ventajoso que era aquel enlace para el acrecentamiento de su casa; últimamente, no dexáron medio de que no se valiesen para doblar, si fuese posible, su entereza. A estos combates opuso la Santa por su parte nuevos ayunos, nuevas penitencias y fervorosas oraciones con que salió triunfante. Pero desde aquel momento deseaba con ánsia po-

nerse en un estado en que se cerrase del todo la puerta á semejantes acontecimientos. Dios, que estaba á la vista, satisfizo sus deseos, disponiendo que el dia 12 de diciembre predicase su confesor los elogios de santa Eulalia, patrona de la ciudad de Barcelona y de toda Cataluña. El sermon se reduxo principalmente á formar un elogio de la sublime virtud de la virginidad, y á ponderar cuánto esmero se debia poner en evitar los lazos que el mundo opone á su conservacion. Hizo el venerable Padre este discurso con tanta uncion y con palabras tan vivas y penetrantes, que no pudiendo nuestra Santa resistir sus efectos, sin reparar que estaba en el templo, se llegó á su madre, y con lágrimas en los ojos la tomó las manos, y la dixo: *Madre, ¿no veis cómo habla conmigo el predicador? ¿no veis cómo se dirigen á mí las razones y espíritu con que Dios mueve su lengua? ¿no bastará ya esto para enseñanza mia, y para que mis padres y mis deudos se desengañen?* Los suspiros interrumpieron sus corazones, y la madre enternecida procuró su consuelo, diciendo: *Sosiégate, y no llores, hija, que no se te hará violencia alguna; y puesto que Dios te llama para ser esposa suya, toda serás de Dios.* Volvió á su casa acabados los sagrados oficios, y encerrada en un aposento, quiso cortar de una vez todas las esperanzas que sobre élla podia tener el mundo. Abrazóse con un divino crucifixo, y regando con lágrimas sus sacratísimos pies, le consagró su virginidad con perpétuo voto. A esta resolucion añadió otra mas dificil, cual fue el cortarse el cabello que hasta entonces habia sido el incentivo que habian tenido para pretenderla los amadores del mundo. Despojóse igualmente de los vestidos de seda y de todo adorno precioso, vistiéndose en su lugar de una tosca saya de paño, con la cual se presentó á sus padres. La admiracion, el dolor y la sorpresa se apoderaron de sus corazones, y mucho mas cuando oyeron certificar á su hija que aquella mutacion era obra de una particular inspiracion de Dios que en sí habia sentido; que se dignasen de tenerlo á bien, ó que la diesen el castigo que fuese de su agrado. No sabiendo qué hacerse los pádres, enviaron á llamar á su confesor el venerable padre fray Bernardo de Corbera. Este espiritual varon aquietó los ánimos, y los reduxo á que se vis-

liberal asistencia porque se tiene una confianza defectuosa, tímida y desmayada; porque no se busca á Dios de todas veras ni con todo el corazon. No se le busca con todo el corazon cuando se le busca por otra cosa distinta de él para satisfacer el amor propio, la concupiscencia, la vanidad ó la pasion: no se le busca en verdad ó con todas veras cuando se le busca por otro camino que el que Jesucristo nos trazó, y por otros medios que los que prescribe el evangelio. La vida ajustada, la fidelidad á las obligaciones del cristianismo y á las particulares del estado de cada uno; la experiencia que se tiene á las misericordias del Señor reconocidas en sí mismo; la vigilancia y la aplicacion á observar sus defectos y á corregirlos; á fundarse en una sincera humildad, en el verdadero amor de Dios y del próximo; en desprenderse de sí propio y de todas las cosas de la tierra; en traer una vida pura y verdaderamente cristiana; estos son los fundamentos de la cristiana confianza. Esta confianza produce la paz en la conciencia, y esta paz domina las pasiones, calma las inquietudes, tranquiliza el alma en medio del tumulto y de los vanos deseos á que es entregado el corazon. ¡Buen Dios, de cuántos vanos temores que nos afligen, de cuántas aéreas inquietudes que nos despedazan nos libraríamos si reynara en nuestros corazones la verdadera confianza en el Señor! Mas ¿y por qué no reynará? ¿nos faltan motivos para tenerla? Toda nuestra religion nos predica, nos inspira confianza. Ninguna cosa nos puede hacer mas felices en la tierra que la viva confianza en Dios.

O mi Señor, ¡y qué motivos no tengo para confiar en vuestra infinita bondad! Aumentádmela por vuestra gracia: en ésta espero que de hoy en adelante será mi mas estimada virtud, y que con aquella adquiriré todas las demas.

JACULATORIAS.

In te, Domine, speravi, non confundar in æternum. Salm. 30.

Esperaré, Señor, en ti, y seguro estoy de que jamás seré confundido.

Beatus vir, cujus nomen Domini spes ejus: et non respexit in vanitate, et insanias falsas. Salm. 39.

Bienaventurado aquel que pone toda su confianza en el nombre del Señor, y desprecia los vanos y frágiles apoyos de los hombres que engañan á los que confian en éllos.

PROPOSITOS.

Gímese en el mundo con el peso de las miserias, de las enfermedades, de las pasiones y de las desgracias. Pocos son los que no se quejan y no se consideran infelices entre tantos trabajos como turban los dias mas serenos de la vida. Los proyectos mas bien concertados se desvanecen; las medidas tomadas con la mayor prudencia no corresponden; con nada se sale de lo que se intenta; ¿por qué? porque falta la confianza en Dios. Es cierto que se recurre á él para lograr el buen suceso de nuestras empresas; ¿pero se consulta primero su voluntad para intentarlas? Fórmase un proyecto que solo reconoce por padres al amor propio y á la pasion, y despues se pide á Dios que le bendiga. Esto se llama confianza en Dios; y despues nos admiramos de que sea sin fruto una confianza que es tan vana. Ten en Dios de hoy en adelante una entera y perfecta confianza respecto á todas tus cosas. Apóyate en sola su misericordia, y cuenta solo con su asistencia. Antes de formar algun proyecto, consúltale con Dios, y en la execucion pon en él toda tu confianza. Obra á la verdad con tanta aplicacion como si todo buen suceso dependiera de tus diligencias y de tu industria; pero pon en Dios toda tu confianza como si solo el Señor lo hubiera de hacer todo.

2 Siempre se necesita alguna intercesion, algun empeño para con los grandes y para con todos aquellos de quien se espera alguna gracia. Esto nos debe servir de motivo particular para alentar nuestra confianza en la santísima Vírgen. Despues de Jesucristo toda nuestra esperanza, toda nuestra confianza se ha de colocar en la Madre de Dios. Ella es, como canta la Iglesia, nuestra esperanza, nuestro consuelo y nuestra vida: *Vita, dulcedo, spes nostra.* No quiso el Hijo de Dios hacer el primer mi-

lagro sino á ruegos de su Madre; y aun, segun la expresion del evangelio, parece que el divino Salvador anticipó el tiempo de hacerlos luego que la Vírgen se lo suplicó. Esto prueba la confianza con que debemos acudir á María en todas nuestras necesidades. Renueva hoy toda tu confianza en esta divina Madre, y háztela familiar con la oracion que se sigue:

O Domina mea, sancta Maria, me in sanctam fidem tuam, in singularem custodiam, et in sinum misericordiæ tuæ, et hodie, et quotidie, et in hora exitus mei, animam meam, et corpus meum tibi commendo: omnem spem, et consolationem meam, omnes angustias, et miserias meas, vitam, et finem vitæ meæ tibi commendo, et committo; ut per tuam sanctissimam intercessionem, et per tua merita, omnia mea dirigantur, et disponantur opera, secundum tuam, tuique Filii voluntatem.

"O mi Señora santa María, despues de Dios en ti pon»go toda mi confianza. Entrégome enteramente á tu pro»teccion hoy, todos los dias de mi vida, y singularmente »en la hora de mi muerte, mi alma, mi cuerpo y mi re»fugio enteramente en el seno de tu misericordia; tú eres »toda mi esperanza y todo mi consuelo despues de Jesu»cristo; á ti recurro en todas mis miserias y en todos mis »trabajos; reconózcote por árbitra de mis dias, y sobre to»do, te encomiendo el fin de mi vida, suplicándote me »alcances gracia por tu intercesion y por tus merecimien»tos para que de hoy en adelante todos mis deseos y todas »mis acciones sean conformes á tu santa voluntad y á la »de tu querido Hijo. Amen."

DIA VEINTE Y OCHO.

El beato Simon de Roxas, confesor.

Como la Iglesia de Dios es comparada en las sagradas letras á una casa grande, cuyos individuos tienen diversos oficios en que emplearse, así tambien se verifica que los santos, quienes cumplen las funciones mas augustas

de esta gran casa, resplandezcan en diversas virtudes, que á cada uno de éllos le dan su cierto carácter y le singulariza. El beato Simon de Roxas parece que fue dado á la Iglesia para promover el culto y devocion del dulcísimo nombre de María; esta ocupacion es la que forma su carácter; pero no se reduxeron á élla sola los oficios de su portentosa vida, que es como se sigue.

Nació este gran Siervo de Dios en la ciudad de Valladolid á 28 de octubre de 1552 de padres no menos ilustres por la nobleza de su sangre, que por la piedad de sus costumbres. A los catorce meses de haber nacido, cuando los niños dificultosamente aciertan á formar palabra alguna, dixo con la mayor claridad y distincion: *Ave María*, como en anuncio del singular esmero con que habia de promover el culto de la Reyna de los ángeles. Este hecho verdaderamente maravilloso despertó el cuidado de sus padres para procurar darle una educacion correspondiente á los altos designios que ya delineaba en él la divina Providencia. Mirábanle con singular respeto, y sus acciones estaban adornadas de tal modestia y compostura, que se dexaba entrever fácilmente que Dios habia destinado aquel niño para grandes cosas. Luego que tuvo la edad proporcionada para recibir las lecciones de los maestros, se los procuraron, y el santo Niño habia recibido del cielo un entendimiento tan claro é ingenio tan perspicaz, que apenas tenia doce años cumplidos cuando ya sabia no solamente leer, escribir y contar, sino la gramática y la retórica.

Como á la verdad semejantes conocimientos no eran vulgares en una edad tan tierna, todos aplaudian las virtudes intelectuales del santo Niño; pero el que estaba elegido de Dios para ser un vivo dechado de todas las virtudes, se abismaba dentro de sí mismo, reconociéndose indigno de los elogios que le tributaban, y atribuyendo á Dios, autor de todo bien, lo bueno que en él se encontraba. Estos aplausos y el peligro que traian consigo hicieron temblar la purísima inocencia del santo Niño, y comenzó á conocer cuán nocivo es el mundo á los que quieren servir á Dios aun cuando mas apacible y benéfico se les muestra. Conoció que no podria tener seguridad en un mar tan tempestuoso, y que el medio mas oportuno para librarse de sus peligros eran abandonarlo enteramente;

acogiéndose con celeridad á un puerto tan seguro. Consultó con Dios su determinacion; y hallando que su divina Magestad la aprobaba, segun lo declaró por medio de sus ministros, dió parte de élla á sus padres, quienes no pudieron menos de conocer que aquel era un llamamiento de Dios, al cual debian conceder todos sus auxîlios. Hicieron las diligencias necesarias, y tomó el hábito de religioso en el convento de la santísima Trinidad de Valladolid cuando apenas tenia trece años. A poco tiempo que estuvo el Santo en el noviciado conocieron los religiosos que Dios habia traido á su órden un rico tesoro de virtudes. Hacíaselo conocer así la puntualidad con que asistia á todas las observancias, el placer que manifestaba en los exercicios humildes,, y el esmero con que procuró enterarse de las multiplicadas obligaciones de aquel estado que habia de profesar á su tiempo. Llegó éste, é hizo su profesion con aquel fervor de espíritu que era consiguiente al que le habia traido á la religion, y los religiosos quedaron sumamente complacidos de ver ya asegurada una persona que tanto lustre podria dar con el tiempo á su familia. Para este efecto le enviaron sus prelados á estudiar artes y teología, en lo cual manifestó á un tiempo el gran talento de que Dios le habia dotado, y principalmente el santo fin á que se dirigian sus estudios. Ordenaba éstos á su propia santificacion y al provecho de sus próximos; y así, lejos de servirle para hincharse con aquel orgullo que produce la vana sabiduría; causaban en él nuevos conocimientos de las grandezas de Dios que le excitaban al exercicio de las virtudes. Tanto sus condiscípulos como sus maestros admiraban en el santo Jóven la viveza de ingenio con que penetraba las cuestiones mas difíciles y enredosas; pero mas principalmente admiraban en él un tenor de vida sacrificado enteramente á la piedad.

En este tiempo llegó el Santo á la edad que requieren los sagrados cánones para recibir el sacerdocio. Preparóse para esta sublime dignidad con fervorosa oracion y copiosas lágrimas, y cuando la hubo recibido, solicitó de sus superiores que le permitiesen ir á decir la primera misa al santuario de nuestra Señora de las Virtudes, que es un convento de la misma órden que está en un desierto pocas leguas distante de la ciudad de Salamanca. Detúvose en

aquel santuario algunos dias para satisfacer su tierna devocion, y habiendo proseguido los estudios, fue destinado al convento de Toledo á enseñar filosofía en el año de 1579. Su magisterio no se reducia precisamente á enseñar las especulaciones de la naturaleza, sino la ciencia de los santos fundada en el temor de Dios. Los muchos y sobresalientes discípulos que sacó, tanto en ciencias como en virtudes, son la prueba mas auténtica del esmero que en esto ponia. Entre éllos se cuentan el maestro Reynoso, que murió obispo de la Nueva Segovia; el maestro Nuñez, obispo de Nicaragua; el maestro Monroy, muerto en Argel por la fe de Jesucristo, y otros insignes varones nada inferiores á éstos en la ciencia y en la virtud. Luego que concluyó de leer artes y teología, sumamente complacido de haber sacrificado en esto á la obediencia los principales deseos de su alma, se determinó á poner éstos en execucion. Reducíanse á procurar la salud de sus próximos por medio del ministerio de la palabra, y administrando dignamente el sacramento de la penitencia. Como estaba adornado de todas las prendas que constituyen un predicador evangélico, era admirable el fruto que hacia con sus sermones. La sublime ciencia que habia conseguido por medio de sus estudios, y mucho mas en la oracion y trato con Dios, le hacia hablar con una dignidad asombrosa de los divinos misterios. Por otra parte, sus sermones no constaban de aquel aparato de palabras y cúmulo de erudicion con que parece que los predicadores pretenden elogiarse á sí mismos cuando enseñan al pueblo las virtudes de los santos y las reglas de la moral evangélica. Sus discursos tenian únicamente el aparato de la sencillez y el lenguage de la verdad. Su misma virtud, que era una virtud sólida, los daba nuevo vigor y eficacia, y así sucedia, que prorumpiendo el Santo en lágrimas al tiempo de declamar contra algun vicio ó de presentar la amabilidad de la virtud, salian de sus sermones los pecadores arrepentidos y los buenos mas fervorizados. Iguales progresos hacia en las almas en el tribunal de la penitencia, pues como hábil maestro y médico consumado, á únas las enseñaba los caminos de la virtud, y á ótras las aplicaba remedios saludables para sanar de las llagas que los vicios habian hecho en éllas. El visible aprovechamiento que

producia su direccion le hacia ser buscado de todos, de únos para que les dirigiese en sus dudas, y de ótros para que con la imposicion de sus manos les sanase de sus dolencias, pues ya iba Dios manifestando con sus acostumbradas maravillas cuán grata le era la intercesion de este siervo suyo.

Aunque procuraba ocultar su virtud á los ojos del mundo como quien conocia cuánto tienen de contagiosos para inspirar la peste de la vanidad, sus acciones eran notoriamente santas, que en esta parte hicieron traicion á sus deseos. Divulgóse la fama de sus virtudes por toda la provincia, y como habia muchos conventos que anhelaban á mantener la rigidez de la primitiva observancia, solicitaron y consiguieron para este fin tenerle por prelado. A los ojos de los santos tienen las prelacías distinto parecer que á los de los ambiciosos. Estos las miran como lugares de delicia en donde pueden dar satisfaccion á sus pasiones con la libertad que les proporcionan la autoridad y la independencia; pero los justos las ven como realmente son; esto es, como cargas pesadas, como escollos peligrosos y como empleos que les hace responsables de los delitos agenos. Excusóse el Santo cuanto pudo para no recibir sobre sí empleos en que podia peligrar la salvacion de su alma. Hizo todas aquellas representaciones que dictan en semejantes casos la humildad, el temor de desagradar á Dios, y el deseo de mantener tranquila la conciencia; pero estrechado por el precepto de los superiores, tuvo que recibir sucesivamente varios ministerios en varios conventos, el oficio de visitador de diversas provincias, y últimamente la dignidad de provincial de su provincia de Castilla. El que de súbdito resplandecia tan singularmente en todas las virtudes, no brilló menos cuando puesto como antorcha en el candelero se vió precisado á ilustrar á los demas con las luces de su exemplo. Nada mandaba en que no fuese él el primer executor; era el primero en la asistencia al coro y á todos los actos que prescribe la observancia, sin que jamás faltase á ninguno á no estar impedido en algun exercicio de caridad. Era benignísimo con sus súbditos, y si tal vez los defectos de éstos le obligaban á usar de la correccion ó del castigo, lo hacia con tal dulzura de razones, que al tiempo que quedaban en-

mendados, quedaban tambien persuadidos á que en su prelado tenian un verdadero padre que amaba sus personas tanto como aborrecia sus transgresiones. Deseaba el Santo que cada convento fuese un seminario de virtudes, y como para lograr este efecto es el exemplo tan poderoso, él mismo las practicaba todas, haciéndose el maestro de sus súbditos. Su retiro era extremado; igualmente lo era su silencio, empleando el tiempo que le sobraba en los precisos negocios, en la oracion y en la leccion de libros devotos. De aquí salia tan compuesto y edificado en sus acciones, que al verle les parecia á todos un ángel del cielo. Parecíaseles tambien en la angélica virtud de la castidad, bien que procuraba custodiarla con todos los rigores de una vida austéra. Aun desde muy jóven ayunaba tres veces á la semana, sin tomar otro alimento que pan y agua. Lo mismo hacia en el Adviento, en la Cuaresma y en las vigilias del año; y en los dias restantes jamás comia otra cosa que yerbas y legumbres, añadiendo alguna vez por regalo particular un huevo; pero nunca carne. Dormia muy poco, y eso sin quitarse el hábito; asistia á los maytines á media noche, y el resto de élla lo gastaba en oracion y otros exercicios devotos.

Luego que amanecia celebraba el santo sacrificio de la misa con tal ternura y devocion, cual manifestaban sus ojos hechos dos fuentes de lágrimas. De allí salia tan encendido en el amor de Dios y de sus próximos, que no cesaba de socorrerlos, unas veces asistiendo á las cárceles y á los hospitales, ótras consolándolos en el confesonario, y ótras, finalmente, solicitando de los fieles copiosas limosnas para socorro de los necesitados y redencion de los miserables cautivos. En estos piadosos fines consumia cuanto podia haber á las manos, quedándose con una pobreza tan extremada, que no tenia mas que un solo hábito, y ese remendado, y unos ajuares en la celda mas propios para causarle mortificacion que para traerle alguna conveniencia. Noticioso el rey Felipe III. de las sublimes virtudes del santo Roxas, deseó tenerle cerca de sí para oir sus consejos en los asuntos importantes de estado. Insinuáronle al Monarca que le diese algun empleo en palacio con lo que conseguiria su fin; pero conociendo mejor que los áulicos el carácter de la sólida virtud

que resplandecia en el santo Padre, respondió discretamente: *Ese sería puntualmente el medio de alejarle para siempre de mi presencia; si es que ha de venir, no hay otro remedio sino que se lo manden sus superiores.* Tan resignada tenia su voluntad en las manos de la obediencia, y tan notoria era la exâctitud con que la observaba, que no se pudo ocultar á los ojos del Soberano. En efecto, en el año de 1600 vino el beato Simon de Roxas á Madrid, en donde permaneció de contínuo casi todo el resto de su vida. El desasosiego de la córte no pudo turbar un punto el tenor de los exercicios en que se ocupaba en otros conventos. Ya se le veia en el púlpito, ya en el confesonario, unas veces en las cárceles, ótras en los hospitales, y siempre empleado en beneficio de sus próximos. Tenia suma delicia en aderezar y repartir por su mano un olla á los pobres menesterosos, para cuya limosna, si alguna vez le faltó el auxîlio humano, no le faltó Dios con sus prodigios. En medio de este tenor de vida, que para un pobre ya anciano y debilitado en las fuerzas corporales era una verdadera penitencia, era tal la austeridad con que trataba su cuerpo, que el no morir era un verdadero milagro. Ademas de los cilicios con que traia ceñido su cuerpo y las muchas disciplinas de sangre que tomaba, hacia diariamente esta horrorosa penitencia. Todas las noches despues de cantados maytines se baxaba al cláustro en compañía de un confidente suyo, único testigo de su fervor. Hacíase atar á una columna, y que le diesen muchos azotes en memoria de los que habia recibido nuestro Redentor. Tomaba despues una cruz sobre sus hombros, fixábase en la cabeza una corona de tan penetrantes espinas, que le corria la sangre por el rostro; echábase un cordel al cuello, y puestas las rodillas desnudas en tierra, andaba por el cláustro las estaciones contemplando los tormentos que padeció Jesucristo, y que tan al vivo copiaba en sí propio. Acabadas las estaciones, tendia la cruz en el suelo, y echándose sobre élla, se hacia atar los pies y manos, y levantándola despues, quedaba por espacio de dos horas en aquella dolorosa postura hecho un vivo retrato de Cristo crucificado. Este género de penitencia causaba tales delicias en su espíritu, que ningun empleo ni ocurrencia fueron bastante para que pensase jamás en dispen-

sársela. Los ojos sensuales verian en este penoso exercicio un medio de finalizar cualquiera vida, por robusta que fuese; pero Dios, que le daba espíritu para emprender tamaños rigores, le daba tambien fuerzas para sobrellevarlos sin menoscabo de su salud. Por el contrario, se hallaba todas las mañanas tan ágil y expedito para los negocios de caridad como si hubiese descansado en un delicioso lecho.

Un cúmulo de virtudes tan singulares no pudieron ocultarse á los ojos de los soberanos por mas que el Santo lo procuraba. Un amor tan singular á sus próximos, confirmado con las obras, una pobreza y desinteres tan poco comunes en los que tienen valimiento en la córte; y últimamente, la imágen de la penitencia que llevaba pintada en su rostro eran suficientes para hacer su fama eterna y conciliarle mal su grado las atenciones y respetos de todos. Pero á todo se juntaba en el beato Simon la discrecion de espíritus, el don de profecía, la penetracion de corazones, y otras gracias con que adornó Dios á su siervo, y son por lo comun indicios de grande virtud. Por esta causa Felipe III, y su esposa Margarita le veneraban de tal modo, que le consultaban en los negocios mas árduos del estado, y ponian en sus manos muchas veces la direccion de sus conciencias. Principalmente el Rey llegó á tenerle tanto respeto, que le veneraba como á santo, y cuando desde su cuarto pasaba el beato Roxas al de la Reyna, el mismo Monarca le acompañaba, y le tenia la cortina para que pasase. Complacíase ademas en visitar al Santo en su celda, llevando consigo á los príncipes sus hijos, haciéndoles notar la pobreza de aquel santo religioso, y mirando él con envidia aquellos miserables ajuares que le habian de producir mas gloria que á él su palacio y sus riquezas. Alguna vez asistió tambien el Monarca á ver repartir al Santo aquella comida que daba á los pobres en los cláustros de su convento, alabando unas veces la singular caridad de donde nacia, ótras la singular devocion que en aquel acto se manifestaba á la Reyna de los ángeles ensalzando de contínuo su santo nombre, y ótras, en fin, la discrecion y prudencia con que hacia aquellas limosnas, no para criar holgazanes que sobrecargasen al estado, sino para alimentar á soldados

inválidos que habian perdido sus miembros peleando en África contra moros, ó en Flandes contra los enemigos de la Iglesia. Esta devocion la miraba el Santo con tan singular inclinacion y cariño de su alma, que no perdia proporcion alguna de establecerla, uniéndola á la congregacion del Ave María. Era en esto tan eficaz, que en pocas horas que permaneció en la ilustre villa de Colmenar de Oreja, pasando por allí cuando venia llamado de los Reyes, fundó la congregacion del Ave María, á la cual han unido despues los piadosos corazones de aquellos honrados vecinos la caritativa accion de dar limosna á setenta y dos pobres, que es el modo con que hasta este dia celebran la fiesta del Beato.

De cada dia se iba aumentando la veneracion que le tenia Felipe III., y de cada dia crecian mas las maravillas con que Dios hacia gloriosa su fama. Una de éllas se vió en la muerte de la Reyna. De resultas de un mal parto, acometió á aquella Princesa un parasismo tan mortal, que todos llegaron á creer se habia acabado su vida. El Rey principalmente, como tan piadoso, estaba sumamente acongojado por verla morir sin haber recibido los santos Sacramentos. Significó su dolor al beato Roxas, y el Santo le consoló, asegurándole que no permitiria Dios que muriese la Reyna sin ese consuelo. Fuese inmediatamente á su cuarto, y al entrar en él dixo en alta voz, como tenia de costumbre, *Ave María.* La Reyna, como si despertara de un sueño, respondió inmediatamente: *Gratia plena, padre Roxas*: recobró todos sus sentidos, y habiendo recibido todos los sacramentos de la Iglesia, descansó en el Señor, asistiendo el Santo á su cabecera hasta que se verificó su muerte. Conociendo el Monarca el mérito del Santo, pretendió premiarle haciéndole obispo de Jaen, y despues de Valladolid; pero jamás pudo conseguir que aceptase semejante dignidad, oponiendo siempre su ineptitud y el peligro de su alma. Como el Rey le amaba tanto, convino fácilmente en no darle este disgusto; pero en recompensa le pidió que aceptase el cargo de preceptor de los señores infantes sus hijos. Convino el Santo en ello; pero nombrándole al año su religion provincial de Castilla, renunció un cargo tan honroso por servir á sus hermanos, cumpliendo con la profesion que habia he-

cho. En el año de 1622 llevó Dios á mejor vida al rey Felipe III.; y habiéndole nombrado el rey Felipe IV. por confesor de su augusta esposa doña Isabel de Borbon, tuvo el valor de no admitir tan grande honra sino con ciertas condiciones. La primera, que no se le habia de impedir la visita de cárceles y hospitales, la asistencia á los enfermos y el socorro de los necesitados. La segunda, que no se le habia de precisar á admitir los honores y distinciones de que gozaban los confesores de las reynas, en cuya consecuencia ni habia de gastar coche, ni se le habia de dar el trato de Reverendísima. La tercera condicion fue, que no habia de cobrar pension alguna, y oponiéndose á esto la Reyna, solo convino en que la habia de cobrar para repartirla á los pobres. Este santo desinteres le conservó con el mayor rigor en medio de la privanza que tenia con los Soberanos, y lo mucho que éstos deseaban concederle mercedes. Jamás pidió ninguna para sus parientes ni amigos, y mucho menos para los conventos de su religion. En solas dos cosas hizo que se interesasen los Monarcas. Como el Santo era tan sumamente devoto de María santísima, siendo su santo nombre el mas contínuo empleo que habian tenido sus labios desde la cuna, procuró dilatar su devocion por todos los medios posibles. Uno de éllos fue la congregacion del Ave María, para cuya estabilidad y firmeza suplicó al Rey que se alistase por hermano juntamente con los señores infantes, la cual pretension le fue concedida con gusto. Solicitó tambien que protegiese el Rey la pretension de que en su órden se celebrase el dulcísimo nombre de María; y el piadoso Monarca, que veia la tierna devocion de donde nacian semejantes solicitudes, no pudo menos de interesarse con el sumo Pontífice para dar al beato Roxas este consuelo.

En este tiempo ya contaba el beato Simon de Roxas setenta y dos años de una edad gastada en el servicio de Dios, en el de la religion, en provecho de sus hermanos, y en la práctica de las mas heróicas virtudes. Queria Dios premiar éstas, y dióselo á entender á su Siervo. Esta nueva fue para el Santo la mas agradable y venturosa que habia tenido en toda su vida; y así determinó desde luego apartarse de todos los cuidados que le sobresaltaban para atender únicamente á sí mismo, y ponerse en estado de

presentarse con confianza en el tribunal ee la Justicia divina. Despidióse de los Reyes, de las damas de palacio, de sus hijas espirituales, y hasta de sus mismos hermanos los religiosos, diciendo á todos que se despedia para un viage que tenia que hacer en breve. Oyéronle con dolor, porque su ausencia les era sumamente sensible; pero á nadie le vino al pensamiento preguntarle qué viage era aquel, bien agenos de pensar que era el de la eternidad. A últimos de septiembre de aquel año fue acometido de un accidente de apoplegía que le privó de todos sus sentidos, y consiguientemente de la vida. Luego que se divulgó por Madrid acudieron á su celda grandes, títulos, obispos, caballeros ilustres y religiosos, y puestos de rodillas al rededor de su pobre cama, únos le besaban los pies y las manos, ótros repartian entre sí en pequeñas partes los utensilios de su celda, y todos le aclamaban por santo. La Reyna cuidó de que fuesen los médicos de cámara á restablecer, si fuese posible, tan preciosa vida. Era llegada la hora en que Dios queria premiar las santas obras de su siervo fiel; y así, todas las humanas diligencias fueron inútiles; pues á las treinta horas de haberle acometido el accidente entregó su purísima alma en manos del Criador. Luego que supo la Reyna y la demas gente de palacio que habia muerto el padre Roxas, conocieron que este era el viage para que se habia despedido, y no dudaron que Dios le habria hecho la merced de haberle revelado la hora de su tránsito. Hiciéronsele las exêquias con grande concurso de gentes de la primera gerarquía y numeroso pueblo que á grandes voces publicaban su santidad. Justificada ésta con todas las formalidades debidas, y aprobados dos milagros que hizo Dios por su intercesion, fue beatificado por el papa Clemente XIII. en el año de 1766. Venérase su sagrado cadáver en una magnífica urna de plata que está colocada en el altar mayor de la iglesia de padres Trinitarios de Madrid, en donde dispensa Dios favores contínuos á los que con verdadera devocion se encomiendan á la poderosa intercesion que este Santo disfruta con el Dios de misericordias.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, cujus charitas in corde beati Simonis diffusa eximio in sanctissimam Filii tui Genitricem cultu, et assiduis misericordiæ operibus enituit: illius intercessione concede; ut eodem charitatis fervore succensi, et beatæ Mariæ virginis tutela protecti, tuam misericordiam consequamur: Per Dominum nostrum...

O Dios, cuya caridad difundida en el corazon del bienaventurado Simon resplandeció en dilatar el piadoso culto de la Madre santísima de tu Hijo y en contínuas obras de misericordia; concédenos por su intercesion, que encendidos con el mismo fervor de caridad, y protegidos con la custodia de la bienaventurada vírgen María consigamos tu misericordia: Por nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 4 *de la primera que escribió el apóstol san Pablo á los corintios, y la misma que el dia X. fólio* 192.

REFLEXIONES.

No se puede dudar que la santidad es una prenda preciosa, que constituye á los que la profesan ser amados de Dios y de los hombres. El Señor derrama en sus siervos, á manos llenas, sus gracias y misericordias. Los hace respetables de los príncipes: los da poder sobre toda la naturaleza, y hace que á su voz obedezcan las enfermedades y demas males que oprimen al género humano. Los hombres, por perversos que sean, y por mas que se hayan dexado llevar de la corrupcion de sus pasiones, no pueden desnudarse tanto de los dictámenes de la razon, que no conozcan que la virtud es amable por sí misma, y que el sugeto que la exercita merece estimacion y aprecio. De aquí nace aquel ascendiente que han tenido los santos sobre los príncipes que han dado entrada en su palacio á los varones piadosos, sin permitir que los relaxados y lisonjeros les prohiban la entrada, como se vió en el bienaventurado Simon de Roxas. La severidad de costumbres, una vida irreprensible, y sobre todo, un desasimiento perfecto de todos los bienes del mundo, imponen con tanta fuerza que no hay valor en la maldad y en el vicio para resistirla.

Pero para llegar á este grado de superioridad que da

la virtud sobre las cosas humanas, es necesario sufrir primeramente todos los males que dice san Pablo en la epístola de este dia. Unas veces aparecen los santos como unos hombres necios, que desprecian lo que llama á sí las atenciones del mundo, honras, dignidades, riquezas, valimiento con los príncipes y autoridad sobre sus semejantes; son el objeto de los que se reputan sabios en el siglo, y estas mismas cosas son el objeto del desprecio de los santos. Otras veces son tenidos por hombres débiles y flacos, faltos de aquella grandeza de espíritu que es necesaria para acometer grandes empresas: se rien de éllos cuando los ven empleados en atormentar su cuerpo con cilicios, ayunos y disciplinas; y cuando los ven hechos la víctima de la hambre, de la sed, de la desnudez y aun de la furia de aquellos insensatos que se atreven á poner sus manos sacrílegas en los varones virtuosos, como le sucedió á san Pablo repetidas veces. Sin embargo, este santo Apóstol se gloría de haber sufrido todo por Cristo, y les propone á los corintios que este es el carácter de la santidad, para que no se desdeñen de procurar conseguirla aunque sea á tan grande costa. Al leer las vidas de los santos, y ver el valimiento que tuviéron con los monarcas, y la estimacion que lográron de los grandes y poderosos, inmediatamente se presenta á la imaginacion una idea de grandeza y felicidad que excita nuestra envidia. ¿Pero por qué ha de ser tal nuestra inconsideracion que no amemos el precio á que consiguiéron los santos tamaña estimacion y grandeza? ¿Por qué hemos de pretender los efectos de la virtud sin exercitarnos en élla? Pero á buen seguro, que el que la posea sólidamente jamás adoptará semejantes pretensiones. La santidad tiene el efecto de hacer recomendables á los santos; pero tambien tiene el de hacer á éstos despreciadores de semejante recomendacion. Los bienes del mundo los miran siempre con ojos desdeñosos y como lazos armados contra la santificacion de su alma. Esta persuasion les produce por la fuerza inevitable de la virtud la estimacion de los hombres; pero si fuera posible agradar á Dios sin ser virtuosos, abandonarian la virtud por huir la estimacion del mundo. Tanto como esto aman los siervos de Dios su humillacion y desprecio, y á tanta costa se consiguen los privilegios de la santidad.

El evangelio es del capítulo 12. *de san Lucas, y el mismo que el dia XII, fólio* 237.

MEDITACION.

Sobre la obligacion que tiene el cristiano de adelantar en la virtud.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nuestro Dios desea tanto nuestra propia santificacion, que se dignó manifestar su voluntad, imponiéndonos un precepto en que nos la manda, y cuyas consecuencias deben ser los diarios progresos en la virtud.

En la epístola primera que escribió san Pablo á los tesalonicenses cap. 4. dice estas formales palabras: *Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificacion.* En éllas se ve manifiestamente que aquella bondad infinita, que crió de la nada los cielos y la tierra, estando perfectamente satisfecha de la perfeccion de todas sus obras, parece no estarlo de la del hombre; y á así no dudó manifestarlo por su Apóstol, diciendo: *Que su voluntad, su querer, su precepto, eran que el hombre se perfeccionase adquiriendo cada dia nuevos grados de santidad.* Causa maravilla el considerar que haya querido Dios hacer perfectas todas las cosas en órden al fin para que fueron criadas, y que solo el hombre, que fue hecho para servir á Dios y gozarle, haya de haber quedado imperfecto. Por ventura, ¿podrémos persuadirnos que haya sido esto sin un altísimo consejo, y una prudentísima atencion al ser racional que nos dió, dexándonos en manos de nuestro consejo, y á las abundantes gracias que nos tenia preparadas en la redencion de Jesucristo? Sería una blasfemia semejante persuasion. Por tanto debes considerar, que habiéndote Dios criado para sí, debes emplear todas tus fuerzas en acreditar la gloria de Dios con la práctica de las virtudes. Cuanto mas adelantes en éstas, tanto mas honor le resulta á tu Criador. Por lo mismo debes dirigir á este santo fin todas tus operaciones. En ninguna obra debes ocuparte que no la dirijas á

Dios: ninguna palabra deben pronunciar tus labios, ningun pensamiento debe producir tu corazon que no se dirija á Dios; y hasta el mas leve suspiro que salga de tu pecho no debe tener otro fin. Por eso dixo san Pablo que todas nuestras acciones, sean las que fueren, ya comamos, ya bebamos ó ya hagamos otra cualquiera cosa, todo lo debemos referir á Dios y practicarlo en el nombre de nuestro señor Jesucristo. El glorioso santo Tomas de Aquino, cuyo parecer es de tanto peso en la Iglesia católica, se persuade á que todo cristiano tiene obligacion estrecha de adelantar en la virtud, y que solamente los consejos evangélicos están exceptuados de esta ley. A la verdad, la profesion religiosa no es otra cosa que una renovacion de la que se hizo en el bautismo. Todos los cristianos indiferentemente están obligados á la observancia del evangelio; porque Jesucristo no promulgó úno para las gentes del mundo, y ótro distinto para los que abrazan el estado religioso: ni dixo que habia dos caminos para llegar á la vida, úno ancho para los mundanos, y ótro estrecho para los que dexan el mundo, sino que á todos en comun dixo en el cap. 13. de san Lúcas: *Haced cuanto sea posible para entrar por la puerta estrecha*. De todo esto se deduce que cada uno en su estado tiene obligacion de aspirar cada dia á ser mas perfecto.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que para precaver en nosotros nuestro buen Jesus las excusas de nuestra flaqueza en órden á esta obligacion, tuvo la dignacion verdaderamente divina de darnos en sí mismo un exemplar perfecto que debiésemos imitar para aprovechar gradualmente en la virtud.

En el evangelio mismo se dice, que Jesucristo iba aprovechando y creciendo cada dia en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres. Es de fe que desde el instante de su concepcion santísima fue adornada su alma de todas las gracias infinitas y de todos los dones del Espíritu santo. La plenitud de sabiduría, todos los tesoros inmensos de las divinas riquezas, y una infinita santidad estaban tan íntimamente unidos á su divina persona, que la constituían infinitamente santa por esencia. Sin embargo, como estaba puesto para ser nuestro exemplar y nues-

tro modelo, quiso presentársenos como que cada dia iba aprovechando y creciendo en la edad y en la virtud para que aprendiésemos á hacer lo mismo nosotros. Así vemos que contínuamente crecia en los trabajos: por espacio de treinta años estuvo ocupado en una vida laboriosísima y penosa: manifiéstase al mundo, y de dia en dia ya elige discípulos, ya predica el evangelio, ya reprende á los escribas y fariseos; y ya, últimamente, confirma su mision con portentos y milagros. Cristo obra así: el Hijo de Dios tiene esta conducta: ¿y me será á mí lícito contentarme con la medianía sin procurar cada dia mas mi aprovechamiento?

No contento con esto el Hijo del Eterno Padre, quiso llevar hasta el extremo su humildad, sufriendo de unos hombres inicuos los mayores abatimientos: su obediencia, cumpliendo el precepto del Eterno Padre hasta la misma muerte; y últimamente su caridad, manifestando que de tal manera amó al hombre, que se dió á sí mismo en precio de su redencion. Cuando nosotros hayamos llegado á imitar perfectamente este exemplo, entónces podrémos decir, basta, y contentarnos con las virtudes que hasta aquel punto hubiéremos conseguido. ¿Pero quien eres tú, ó cristiano, que te atreves á comparar en la santidad con tu mismo Dios y Señor? ¿Qué fervor es el de tu vida, qué integridad la de tus acciones para que sosegado y tranquilo puedas decir en tu interior que llegaste ya á imitar el exemplar que te se presenta en el monte? Entra dentro de ti mismo, repasa bien las acciones de tu vida, y confúndete, pues materia suficientemente hallarás para tu confusion y vergüenza. Los que están dedicados á la vida espiritual, deben hacer esta consideracion muchas veces, y con la mayor viveza que les sea posible, ya para precaver en su corazon los movimientos de soberbia, viendo cuánto dista de la perfeccion infinita, y ya tambien para tener siempre un motivo que sea estímulo poderoso de adelantar mas y y mas en la virtud.

JACULATORIAS.

Tota vita beni christiani sanctum est desiderium proficiendi. Aug. trat. 4. in epist. 1. Joan.

Toda la vida del buen cristiano está reducida á un santo deseo de aprovechar mas y mas.

Si vis habere parten in Christo, tibi Christi exemplo vivendum est. Hier. epist. ad Nepot.

Si quieres tener parte en el reyno y las promesas de Cristo, es necesario que vivas segun el exemplo que te dió.

PROPOSITOS.

Para todas las cosas, aun las mas santas y razonables, suele encontrar excusa la humana fragilidad, á fin de libertarse de su práctica, que es repugnante á la malicia y desidia que apetecen las pasiones. Suélese oponer á las exhortaciones que intiman el adelantamiento en la virtud, y que se esfuerce el cristiano á imitar á Jesucristo; que el intentar esto es una verdadera temeridad. Se representa la perfeccion del Hijo de Dios como inaccesible, y esta representacion sirve de pretexto para justificar la desidia. Pero lo cierto es, que Dios nos manda repetidas veces que obremos segun el exemplar de Jesucristo, que sigamos sus pasos, imitemos sus acciones, y sería blasfemia el creer que Dios nos mandaba temeridades. En el cap. 5. de san Mateo dice el mismo Jesucristo: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial.* De la misma manera dice Dios en otra parte: *Sed santos, porque tambien yo lo soy.* En vista de unas intimaciones tan claras, ¿podrá justificarse el cristiano en su inaccion y desidia, alegando su debilidad, su ignorancia, su miseria y sus corrompidas inclinaciones? Es verdad que somos miserables, que no somos capaces por nosotros mismos ni de un solo buen pensamiento; ¿pero por esto, tendrémos un salvo conducto para estarnos quietos en nuestro abatimiento sin anhelar á mayor perfeccion? No, de ninguna manera. Jesucristo se nos manifiesta en lo alto del monte de la perfeccion: desde allí nos llama con semblante benigno y risueño: pudiéramos temer la subida difícil y escabrosa, verdaderamente superior á la debilidad de nuestras fuerzas; pero el mismo Señor que nos llama, nos alarga tambien su poderosa mano para sostenernos, y hacer que podamos verificar la subida. A nosotros solo nos toca obedecer: de parte de Dios está darnos todos los auxîlios y gracias necesarias para llegar á la mayor perfeccion. La infinita no la

podrémos tener sino por participacion. Por mucho que anhelemos ser semejantes á Jesucristo, siempre nos quedarémos muy inferiores; pero nunca fue buen artista el que no se propuso imitar los mas elevados modelos, ni salió buen oficial quien no intentó semejarse al general mas esforzado. Para lograr esta perfeccion es necesario no fixar la vista en las virtudes que se practican, sino solamente en los defectos; y así dice san Gerónimo: *Dichoso aquel que aprovecha todos los dias en la virtud, y que no vuelve los ojos al bien que hizo ayer, sino que mirando á sus defectos, piensa hoy en qué es lo que ha de hacer para estar mas aprovechado que estaba.* Así pensaban los santos, y así debes pensar tú para ser verdadero discípulo de Jesucristo.



DIA VEINTE Y NUEVE.

La fiesta de san Miguel arcángel.

Celebra hoy la santa Iglesia una fiesta particular, no solo en reverencia del arcángel san Miguel, sino en honor de todos los santos ángeles; dirigiéndose la misa y el oficio á honrar con especial solemnidad á todos aquellos bienaventurados espíritus que tanto se interesan en nuestra salvacion. Su santidad, su excelencia, los buenos oficios que hacen con todos los hombres, con todo el universo, y muy en particular con la santa Iglesia, pedian de justicia este respetoso reconocimiento; y aunque esta fiesta solo se intitulaba de san Miguel, es porque este bienaventurado espíritu fue siempre reconocido por general de toda la milicia celestial y particular protector de la Iglesia de Jesucristo, así como lo habia sido de la sinagoga.

Enséñanos la Iglesia, que dió principio Dios á la creacion del mundo criando ante todas cosas las celestiales inteligencias, como para formarse á sí mismo una numerosa corte, y tener ministros prontos para executar sus órdenes. *Creemos* (dice el cuarto concilio Lateranense) *fir-*

mente que no hay mas que un solo Dios verdadero; el cual al principio del tiempo sacó juntas de la nada una y otra criatura, la espiritual y la corpórea, la angélica y la mundana; y que despues formó como una naturaleza media entre las dos, que fue la naturaleza humana compuesta de cuerpo y alma. Es decir, que los ángeles son unas substancias criadas, inteligentes y puramente espirituales, no destinadas á unirse con los cuerpos, de los cuales tienen una total independencia. Están dotados de dones mas ó menos perfectos segun sus diferentes grados de perfeccion y de excelencia. Habiendo determinado Dios desde toda la eternidad no dar el cielo ni á los ángeles ni á los hombres, sino á título de corona y de recompensa, crió á los espíritus celestiales con pleno conocimiento del bien y del mal, y con una perfecta libertad. Un crecido número de éllos, viéndose tan perfectos y desvanecidos con su propia excelencia, en lugar de referir á su criador todo lo bueno y excelente que tenian, se complaciéron en sí mismos; y llenos de orgullo, negáron la obediencia á Dios, por lo que fuéron precipitados en los abismos para ser infelices por toda la eternidad. Pero los otros santos ángeles perseveráron en el bien siempre fieles á su Criador, humildes, rendidos y obedientes á sus órdenes, por lo que fueron confirmados en su gracia. Avecindados eternamente en la celestial Jerusalen, están siempre delante del mismo Dios, le ven, le adoran, le bendicen, y no cesan de amarle con un amor perfecto y abrasado. Éllos son los ministros de Dios prontos siempre á obedecerle, y de éllos se sirve Dios para executar sus órdenes respecto á todas las criaturas; pero sobre todo á los hombres. Los ángeles son los que presentan al Señor nuestras oraciones, y de éllos se vale el Señor, ya para comunicar á los hombres su voluntad, ya para obrar en su favor grandes maravillas en ocasiones extraordinarias; habiéndolos destinado Dios para guardias y protectores de toda la Iglesia y de cada fiel en particular. *El ángel del Señor* (dice el Profeta) *rodeará siempre á los justos, y los pondrá á cubierto de todo peligro.* Salm. 33.

En todas las partes del viejo y del nuevo Testamento se habla de estos espíritus bienaventurados, de sus fun-

ciones y ministerios. Tres ángeles en figura humana se aparecieron á Abrahan, y le anunciáron el nacimiento de un hijo (*Gen.* 12.). El ángel Rafael acompañó al jóven Tobías (*Tob.* 5.). El ángel Gabriel instruyó á Daniel en lo que habia de suceder, y le declaró el tiempo en que debia nacer el Mesías (*Dan.* 5.). El mismo ángel predixo á Zacharías el nacimiento de san Juan, y anunció á la santísima Vírgen la encarnacion del Verbo en sus entragas, saludándola llena de gracia y madre del Redentor. Los ángeles anunciáron á los pastores el nacimiento del Salvador del mundo. Ellos sirviéron á Cristo en el desierto, y le confortáron en el huerto de las olivas: éllos anunciáron su resurreccion, y despues de su ascension á los cielos pronosticáron su segunda venida en calidad de juez.

Sabemos, dice san Gregorio, que los ángeles estan repartidos en tres gerarquías, y cada gerarquía en tres coros ó en tres órdenes. La primera gerarquía es de los serafines, querubines y tronos: la segunda de las dominaciones, virtudes, y potestades; y la tercera de los principados, ángeles y arcángeles. Los serafines son aquellos que están mas inflamados que los ótros en el fuego del divino amor. Los querubines los mas iluminados que los ótros, á quienes comunican lo que entienden y lo que saben. La Escritura nos dice, que despues que Dios arrojó á Adan y á Eva del paraíso terrenal, puso á la puerta un querubin con una espada de fuego para que ninguno volviese á entrar al árbol de la vida. Los tronos son unos espíritus que sirven como de trono á la magestad de Dios. Las virtudes son aquellos que sobresalen en fuerzas para obrar efectos portentosos. Las potestades son unos espíritus que contienen el poder y la malignidad de los demonios; presiden á las causas inferiores y segundas, estorbando que las cualidades contrarias arruinen la economía del universo. Dáseles este nombre (dice san Gregorio), porque éllos son los que nos muestran el poder de Dios. Las dominaciones son aquellos espíritus que tienen imperio sobre los hombres, y dominan á los ángeles inferiores. Los principados son aquellos que tienen particular poder para guardar y para defender los reynos. Aunque el nombre de *ángel* es comun á todos aquellos espíri-

tus celestiales; pero se atribuye particularmente á los que componen el octavo y el noveno coro de toda su gerarquía. La palabra *ángel* significa lo mismo que *enviado*; pero entre los ángeles y los arcángeles hay diferencia, de que los ángeles son aquellos espíritus que envia Dios para las cosas comunes y ordinarias; mas los arcángeles, como de órden superior á los ángeles, son enviados para los negocios extraordinarios y de mayor importancia. Á esta clase pertenecen los ángeles Gabriel, Rafael y Miguel. *Todas las cosas* (dice el apostól san Pablo) *fueron hechas en Jesucristo, las del cielo y las de la tierra; las visibles y las invisibles; los tronos, las dominaciones y los principados, todos fueron criados en él y por él* (1. Colosen.). Es raro el profeta que no hable de los querubines y de los serafines, dice san Gregorio: *Tú, que estás sentado y eres conducido sobre las alas de los querubines* (dice David.). *Los serafines estaban al rededor del trono* (dice Isaías), *y clamaban úno á ótro, diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los exércitos.* En casi todas las páginas se habla de los ángeles y de los arcángeles, dice san Gregorio; y si á estos ocho coros de ángeles añades el de los tronos, de que habla san Pablo cuando escribe á los efesios, hallarás que son nueve los coros de los ángeles: *proculdubio novem esse angelorum ordines inveniuntur.*

No habia, pues, cosa mas conveniente que decretar una fiesta particular en honor de aquellos espíritus celestiales, que desde el primer instante despues de su creacion son favorecidos del Altísimo, componen su corte en el cielo, y no cesan de hacer á los hombres los mas importantes servicios; siempre zelosos de nuestra salvacion, siempre atentos á todo lo que nos puede conducir para esta vida y para la ótra. La Iglesia instituyó una fiesta particular en reverencia de los santos ángeles de guarda el dia dos de octubre: parecia justo que instituyese tambien otra particular en honor de todos los demas ángeles, y ésta es la que se celebra el dia 29 de septiembre.

Son pocos los santos, cuyo culto, al parecer, sea mas antiguo que el de los santos ángeles, singularmente el de san Miguel. Llegó este culto á ser excesivo, y á dege-

nerar en una especie de idolatría desde los principios de la Iglesia. El heresiarca Cerintho, como tambien Simon Mago, segun el testimonio de Tertuliano, de san Epifanio y de Teodoreto, decian que el culto y la veneracion de los ángeles era un grado absolutamente necesario para elevarnos á Dios, sin cuya escala sería el Señor inaccesible á nosotros; siendo por otra parte como un justo reconocimiento debido á la ley que se comunicó al pueblo de Israel por ministerio de un ángel; á la cual nos queria sujetar aquel heresiarca. No se podia inventar blasfemia mas injuriosa á Jesucristo, nuestro único y verdadero mediador para con su Padre, y el divino libertador que nos exîmió de la ley antigua. Contra esta perniciosa doctrina escribió san Pablo á los colosenses, previniéndolos que no se dexasen engañar con las apariencias de una virtud postiza, sujetándose á un culto supersticioso de los ángeles, y desviándose del de Jesucristo, cabeza única y único mediador de los ángeles y de los hombres con Dios, su Eterno Padre: *Nemo vos seducat, volens in humanitate, et religione angelorum, &c.* Los secuaces de Cerintho, que, segun Teodoreto, estaban esparcidos por las provincias de Frigia y de Puidia, habian erigido en éllas algunos templos de san Miguel, en los cuales le tributaban un culto que llegaba á ser idolatría. Exterminados despues estos hereges, los católicos, que desde el tiempo del grande Constantino arruinaban los templos de los falsos dioses, conserváron los que estaban dedicados al arcángel san Miguel por ser muy religioso el culto de los ángeles, contentándose con purgarlos de las heréticas supersticiones.

No tenemos en la Iglesia mas que tres ángeles conocidos con nombres particulares: san Miguel, san Gabriel y san Rafael; para mostrarnos, dice san Gregorio, por los tres particulares nombres la especial virtud, y el carácter de cada uno. Miguel, dice el mismo Santo, significa ¿quién como Dios? *Quis sicut Deus?* Gabriel significa fortaleza de Dios: *Gabriel autem fortitudo Dei*; y Rafael significa medicina de Dios: *Raphael vero dicitur medicina Dei.* Entre todos los espíritus angélicos siempre fue reconocido san Miguel como el gefe de toda la milicia celestial, á quien deben adorar mas religiosamen-

te los fieles, profesándole mas particular devocion por muchas razones. En el capítulo décimo del profeta Daniel se llama á san Miguel el primero entre todos los gefes principales: *Ninguno me asiste en todas estas cosas sino Miguel, que es vuestro príncipe*, decia el ángel que hablaba con el Profeta; y el mismo ángel, hablando de lo que habia de suceder á la fin del mundo: *Entónces se verá* (le dixo) *al gran príncipe Miguel que toma la defensa de los hijos de tu pueblo.*

Pero mucho antes del profeta Daniel era ya san Miguel conocido de los hombres, como lo vemos en la epístola de san Júdas con motivo de la victoria que consiguió del demonio. Muerto Moyses, aquel insigne obrador de tantas maravillas, conoció muy bien el demonio que el pueblo de Israel, tan propenso naturalmente á la idolatría, acordándose de tantos prodigios como le habia visto obrar, no dexaria de tributar cultos divinos á su cuerpo, forjándose de él un ídolo; y con este depravado fin pretendia mover los israelistas á que le erigiesen un magnífico mauseolo. Pero estorbólo san Miguel como protector del mismo pueblo, y dispuso las cosas de manera, que nunca llegáron los israelitas á descubrir el cuerpo de Moyses.

En el Apocalipsi de san Juan se hace mencion de otro combate entre san Miguel y los ángeles rebeldes. Dióse (dice) en el cielo una gran batalla: Miguel y sus ángeles combatian contra el dragon; esto es, contra Lucifer: el dragon con los suyos peleaba contra él; pero éstos quedáron vencidos, y desde entónces no han vuelto á aparecer en el cielo. Este gran dragon, esta antigua serpiente, que se llama Diablo y Satanas, que engaña á todo el mundo, fue precipitado en los infiernos con todos sus ángeles. Muchos creen que tambien fue san Miguel aquel ángel que se apareció á Josué despues que pasó el Jordan, representándosele en figura de un héroe armado, y ofreciéndose á ayudarle á la conquista y sujecion de los cananeos. ¿*Eres de los nuestros ú de los enemigos*? le preguntó Josué. *No* (le respondió el Ángel): *yo soy el príncipe de los exércitos del Señor*. Tambien quieren algunos que fuese el arcángel san Miguel aquel ángel que se apareció á Gedeon para moverle á que libertase al pueblo

de Israel de la servidumbre de los madianitas. Ni son pocos los que opinan que este bienaventurado espíritu fue el que representó á la magestad de Dios, así en la zarza ardiendo, como en el monte Sinaí. Lo que no admite duda es, que san Miguel ha sido siempre venerado como especial protector de la santa Iglesia; atento á que, despues de la ascension de Cristo á los cielos, no tenemos aparicion alguna auténtica de san Gabriel ni de san Rafael, siendo así que tenemos muchas y en muchas partes del glorioso san Miguel que se ha aparecido á los fieles en muestra de su particular proteccion á la universal Iglesia. Depranio Floro, poeta cristiano, habla de una aparicion de san Miguel en Roma. La del monte Gárgano, provincia de la Pulla, en tiempo del papa Gelasio I. por los años de 493 es la mas célebre; y la Iglesia quiso consagrar su memoria por una fiesta particular en el dia 8 de mayo. Bonifacio III. erigió en Roma una iglesia en honor de san Miguel sobre la eminencia de la mole ú del sepulcro de Adriano, que por esta razon se llama *Monte*, y hoy *el castillo de santo Angel*. Tambien es san Miguel protector de la Francia en particular. Hay en aquel reyno un famoso monasterio llamado *Monte san Miguel*, erigido en medio del mar sobre un islote ó peñon, en consecuencia de otra semejante aparicion que hizo san Miguel á san Auberto, obispo de Abranches, el año de 709. Para reconocer y para merecer mas y mas esta antigua proteccion, el año de 1496 instituyó Luis II. en Amboisa la órden militar de san Miguel, cuyo gran maestre es el mismo Rey; y ordenó que los caballeros traxesen siempre pendiente del cuello un collar de oro compuesto de conchitas enlazadas unas con otras, y pendiendo de él una medalla del arcángel san Miguel antiguo protector del reyno de Francia.

Pero lo que debe avivar y encender mas la devocion de los fieles con el glorioso san Miguel, es el estar destinado para conducir las almas y presentarlas ante el terrible tribunal de Dios para ser juzgadas al salir de esta vida. Nada nos interesa mas que el lograr por especial protector con el soberano Juez al que se pueda llamar su primer ministro: al que tiene á su cargo presentarnos al Señor en aquel momento decisivo de nuestra eterna suer-

te; y aquel en cuyas manos, por decirlo así, rendimos el alma con el último suspiro. Este es, dice la Iglesia en el oficio del dia, este es el arcángel san Miguel: *Princeps militiæ angelorum*: Príncipe de la milicia de los ángeles. Los honores que se le tributan merecen mil bendiciones á los pueblos, y su intercesion nos conduce al reyno de los cielos: *Cujus honor præstat beneficia populorum, et oratio perducit ad regna cælorum.* A san Miguel (añade la misma Iglesia) encargó Dios las almas de sus escogidos para que las conduxese á la estancia de los bienaventurados: *Cui tradidit Deus animas sanctorum, ut perducat eas in regna cælorum.* En aquel tiempo de prueba y de calamidad, dixo el ángel que anunció á Daniel lo que habia de suceder en los siglos futuros, Miguel, protector de tu pueblo y de todos los fieles, se dexará ver para defenderlos contra el enemigo de la salvacion. *In tempore illo consurget Michael, qui stat pro filiis vestris.* Vino el arcángel Miguel (dice la sagrada Escritura) en socorro del pueblo de Dios, y nunca dexa de ayudar y de proteger á los justos: *Michael archangelus venit in adjutorium populo Dei; stetit in auxilium pro animabus justis.* No es, pues, de admirar si en todo tiempo se ha profesado una especial veneracion y devocion en la iglesia al arcángel san Miguel.

En el cuarto siglo, ó á lo ménos á los principios del quinto, habia á dos leguas de Constantinopla una célebre y magnífica iglesia, llamada *Michalion*, ú del templo de san Miguel, porque obraba Dios en élla milagrosas curaciones por intercesion de san Miguel. Habla de élla Sozomeno como quien experimentó en sí mismo los maravillosos efectos de su poder para con Dios. Si los ángeles son nuestros intercesores (dice san Ambrosio), si son nuestros defensores y nuestros abogados, debemos honrarlos, invocarlos y dirigirlos nuestras oraciones para que no nos nieguen su proteccion: *Sed et illi, si custodiunt, vestris custodiunt orationibus advocati.* En el cánon de la misa y en las liturgias se hace mencion de los santos ángeles; y las letanías, que son como un resúmen de las oraciones públicas, comienzan por los ángeles despues de la santísima Vírgen. Así, pues, (dice un doctor del siglo pasado) es verdad en cierto sentido que de la misma

manera que se celebraba la fiesta general de la santísima Trinidad, del santísimo Sacramento, y de todos los santos ántes que se instituyesen fiestas particulares, del mismo modo se celebraba la fiesta general de todos los ángeles en las liturgias y en las iglesias ántes que se fixase un dia particular para su solemnidad.

Y como esta fiesta se instituyó con motivo de las apariciones de san Miguel particularmente la del monte Gárgano, donde se encontró una especie de bóveda en figura de iglesia abierta en una roca, y el mismo san Miguel dió á entender que sería de su agrado que se le dedicase, por eso conservó siempre el título de Dedicacion la fiesta que hoy se instituyó con ocasion de estas apariciones y de estos templos en honra de san Miguel.

La misa es en honor de san Miguel y de los santos ángeles, y la oracion la que sigue.

Deus, qui miro ordine Angelorum ministeria, hominumque dispensas: concede propitius, ut à quibus tibi ministrantibus in cœlo semper assistitur, ab his in terra, vita nostra muniatur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que con admirable órden dispones los ministerios de los ángeles y de los hombres; concédenos benigno que nos amparen en la tierra miéntras vivimos aquellos que nunca cesan de serviros oficiosos en el cielo: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1. del Apocalipsi de san Juan.

In diebus illis: Significavit Deus quæ oportet fieri cito, mittens per Angelum suum servo suo Joanni, qui testimonium perhibuit verbo Dei, et testimonium Jesu Christi, quæcumque vidit. Beatus, qui legit, et audit verba prophetiæ hujus: et servat ea, quæ in ea scripta sunt: tempus enim prope est. Joannes septem ecclesiis: quæ sunt in Asia. Gratia vobis, et pax ab eo, qui est, et qui erat, et qui venturus est: et à sep-

En aquellos dias significó Dios las cosas que deben suceder presto, enviando (noticia) por medio de su ángel á su siervo Juan, el cual dió testimonio á la palabra de Dios, y testimonio de cuanto vió en órden á Jesucristo. Bienaventurado el que lee y escucha las palabras de esta profecía, y guarda las cosas que están escritas en élla: porque el tiempo está cercano. Juan á las siete iglesias que están en el Asia. Gracia á vosotros, y paz de aquel, que es, que era, y que ha de venir: y de los sie-

tem spiritibus, qui in conspectu throni ejus sunt: et á Jesu Christo, qui est testis fidelis, primogenitus mortuorum, et princeps regum terræ, qui dilexit nos, et lavit nos á peccatis nostris in sanguine suo.

te espíritus que están delante de su trono, y de Jesucristo, que es testigo fiel, primogénito entre los muertos, y príncipe de los reyes de la tierra: el cual nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.

NOTA.

"Cada palabra del Apocalípsi es un misterio, dice »san Gerónimo; pero en medio de la obscuridad de este »libro se descubren tan altas ideas del misterio de Jesu»cristo, imágenes tan nobles de sus victorias, y efectos »tan espantosos de su terrible juicio, que toda el alma se »estremece. Lo mas vivo y lo mas magestuoso de la ley »y de los profetas se representa con nuevo esplendor en »este libro."

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que lee las palabras de esta profecía, que oye y observa las cosas que se escriben en élla. No siempre se pregunta qué es menester practicar para ser santo: *Quid faciendo vitam æternam possidebo?* con aquel espíritu maligno y caviloso con que lo preguntó el fariseo de quien hace mencion el evangelista san Lúcas. Hay corazones rectos, almas sinceras, hombres sanos y de buena voluntad que desean saber cuál es el camino que lleva los hombres á la vida: gentes hay que desean aprender de buena fe el verdadero secreto de la salvacion. *Quid faciendo?* Encuéntranse algunas almas inocentes que continuamente están inquietas y dudosas sobre las seguras sendas de la perfeccion. No se cansan de consultar, de inquirir y de preguntar: buscan los directores mas hábiles, los maestros de espíritu mas acreditados para instruirse bien en esta divina ciencia: *In lege quid scriptum est? quomodo legis?* A éstos se les puede decir lo que al otro doctor de la ley: Evangelio teneis. ¿Qué os dice ese divino libro, esa regla segura de nuestras operaciones? ¿qué leeis en ese evangelio? Practíca lo que lees: no te contentes con saber lo que nos enseñó Jesucristo nuestro di-

viño maestro; su doctrina en materia de costumbres no es puramente especulativa. Es necesario creer; pero tambien es necesario vivir arreglado á lo que se cree. No son infinitos los préceptos; no hay cosa mas breve ni mas acomodada á la capacidad de todos: *Quómodo legis*? Amarás á tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu espíritu, y al próximo como á ti mismo: en estos dos preceptos se encierra toda la ley. Guarda estos dos mandamientos, y conseguirás la vida eterna. Cuando mas ardiente, mas puro, mas generoso y mas universal sea tu amor á Dios, mas perfecto serás. Este es el manantial, esta la basa de toda perfeccion, de toda espiritualidad, de toda la santidad mas eminente. ¿Será menester mucho estudio para aprender este gran secreto? ¡Cosa extraña! Se lee, se medita, se consulta, se oye y se comprende todo lo que se debe hacer, y nada se hace, y se muere sin haber hecho cosa. Bienaventurado aquel que lee, y que oye y que observa lo que está escrito en el evangelio: esta es nuestra regla de costumbres. ¡Qué pocos son los que viven arreglados á élla!

El evangelio es del cap. 18. de san Mateo.

In illo tempore: Accesserunt discipuli ad Jesum, dicentes: Quis putas major est in regno cœlorum? Et advocans Jesus parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis, qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. Væ mundo à scanda-

En aquel tiempo: Se llegaron á Jesus los discípulos, diciendo: ¿Quién juzgas es el mayor en el reyno de los cielos? Y llamando Jesus á un niño, le puso en medio de éllos, y dixo: En verdad os digo, que si no os transformais, y haceis como niños, no entraréis en el reyno de los cielos. Por tanto, el que se humillare como este niño, ese será mayor en el reyno de los cielos. Y el que acogiese en mi nombre á un niño como éste, me acoge á mí mismo. Pero el que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, le sería mejor que le colgasen del cuello una piedra de molino, y ser sumergido en el profundo del mar. ¡Ay del

lis. Necesse est enim ut veniant scandala, verumtamen væ homini illi, per quem scandalum venit. Si autem manus tua, vel pes tuus scandalizat te, abscide eum, et projice abs te: bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quam duas manus, vel duos pedes habentem mitti in ignem æternum. Et si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et projice abs te: bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quam duos oculos habentem mitti in gehennam ignis. Videte ne contemnatis unum ex his pusillis: dico enim vobis, quia angeli eorum in cœlis semper vident faciem Patris mei, qui in cœlis est.

mundo por causa de los escándalos! Porque es cosa necesaria que haya escándalos; pero ay de aquel hombre por cuya culpa viene el escándalo. Si tu mano ó tu pie te escandaliza, córtale, y échale de ti: mejor te es entrar á la vida débil ó cojo, que ser echado al fuego teniendo dos manos ó dos pies. Y si tu ojo te sirve de escándalo, sácatele, y échale de ti: mejor te es entrar á la vida con un ojo, que ser echado al fuego del infierno teniendo dos ojos. Guardáos no desprecies alguno de estos pequeñuelos; porque os hago saber, que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en ellos.

MEDITACION.

De la devocion á los santos ángeles.

PUNTO PRIMERO.

Considera que los santos ángeles son aquellos bienaventurados espíritus, aquellos ministros del Altísimo que componen, por decirlo así, su córte. Son aquellas criaturas tan excelentes, aquellos privilegiados favorecidos que asisten delante del trono de Dios ocupados únicamente en amarle, en cantar sus alabanzas, en executar sus órdenes, en hacer su voluntad y en adorarle. Juzga ahora si merecerán nuestro culto y nuestros respetos. ¡Qué rendimientos no se practican en el mundo con aquellos cortesanos favorecidos que estan á la oreja y al corazon del soberano! Los santos ángeles logran el corazon de Dios, y estando perpétuamente en su presencia, conservando y debiendo conservar siempre su gracia y su favor, son siempre bien oidos. Pero si los santos ángeles merecen nuestros respetos y nuestro culto, no merecen menos nuestra

confianza. Siendo tan poderosos con Dios, ¡cuánto valdrá y cuánto aprovechará su proteccion á los fieles! Tanto como los ángeles rebeldes desean nuestra perdicion eterna, tanto se interesan los santos ángeles en nuestra salvacion. ¡Con qué gusto, y qué priesa no se dan á emplear en nuestro favor su valimiento! ¡Pues con qué confianza no debemos nosotros acudir á éllos solicitándolos y empeñándolos en que nos merezcan la gracia de nuestro soberano dueño! Éllos son los que llevan nuestros gemidos, nuestras oraciones y nuestros votos hasta el trono de Dios. ¿Pues cuánto interesarémos en hacérnoslos favorables? Tiénense por dichosos en las córtes de los príncipes los que logran la inclinacion del valído. ¡Qué dicha la de lograr la proteccion de los ángeles! ¿Pero cuántos buenos oficios nos hacen aun en este mundo? A éllos, despues de Dios, debemos muchos felices sucesos. Éllos nos protegen en mil ocasiones peligrosas; éllos nos desvian de mil desgraciados riesgos en que pereceríamos miserablemente; éllos nos apartan insensiblemente de mil lazos que nunca cesa de armarnos el enemigo de la salvacion. ¡Qué reconocimiento y qué gracias no les debemos por tantos beneficios! Y qué ingratitud la de haber tenido hasta aquí tan poca devocion á los santos ángeles, á quienes debemos tantas obligaciones, cuyos favores tanto nos executan por nuestro respeto, y en quienes despues de Jesucristo y la santísima Vírgen debemos tener mas grande confianza.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que distinguiendo la Iglesia con culto particular á san Miguel de todos los espíritus celestiales como gefe y general de aquella angelical milicia, es justo que tambien nosotros le profesemos un culto y una devocian particular. Es el príncipe de los ángeles: *Princeps angelorum.* Su fidelidad, á vista de la sedicion de los ángeles rebeldes, le mereció el favor del Todopoderoso: *Quis sicut Deus?* Al mismo tiempo que Lucifer, aquel ángel del primer coro, por su orgullo se hizo príncipe de los demonios, el mayor enemigo de los hombres, y él mismo el mas infeliz de todos los desdichados, san Miguel se hizo protector especial de todos los escogidos de Dios, su

valído y patrono de todas las almas fieles. Él es el que preside, por decirlo así, al último momento decisivo de nuestra salvacion. Él es el que introduce las almas en el divino tribunal para recibir del soberano Juez la sentencia difinitiva de su eterna suerte. ¡Buen Dios, cuántos motivos son estos para profesar una tierna devocion á este valído del Altísimo! Solicitemos el favor de aquel que puede tanto con Dios, y que tanto se interesa en nuestra salvacion. ¡Qué dolor, qué indignacion no tendrá contra sí misma una alma que al salir del cuerpo se vea en las manos de san Miguel, acordándose de la indiferencia, de la poca devocion, del olvido que tuvo de un príncipe de la córte celestial, á quien se ve entregada cuando se despide de este mundo! ¡Pero qué consuelo y qué confianza tendrán entonces aquellas almas que le hubieren sido devotas! Mas la verdadera devocion con san Miguel consiste en imitar su humildad, su religion, su fidelidad á pesar del mal exemplo. Y si Dios castigó tan severamente el orgullo y la desobediencia en los ángeles, ¿la disimulará en los hombres? Considerémos la fidelidad y la sumision de san Miguel; su zelo en defender los intereses de Dios, y la gloria que fue consiguiente á su triunfo. Imitemos su rendimiento; obedezcamos á Dios, combatamos por su gloria, y tendrémos parte en la dicha de san Miguel. Digamos á su imitacion: *Quis sicut Deus*? ¿Quién como Dios? ¿qué cosa se puede comparar con este Señor? Digámoslo en aquellas ocasiones en que se quieren atravesar los respetos humanos. ¿Quién como él merece nuestros respetos y nuestros servicios? ¿quién hay cuyos premios se puedan mas desear, ni cuyas amenazas se deban menos temer?

No, mi Dios, resuelto estoy desde este mismo momento á no buscar otro que á vos, á no amar á otro que á vos, á no servir á otro que á vos mediante la asistencia de vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Benedicite Domino, omnes angeli ejus. Salm. 102.

Ángeles del Señor, juntáos á mí para bendecirle y alabarle.

Laudate eum, omnes virtutes ejus. Salm. 102.
Ángeles del Señor, tropa de la milicia celestial, celebrad la gloria del Todopoderoso.

PROPOSITOS.

Es digno de admiracion que teniendo tanta necesidad de la proteccion de los santos ángeles, los tengamos tan poca devocion; y que sabiendo los importantes servicios que nos pueden hacer, cuidemos tan poco ó tan nada de merecer su benevolencia, de ponerlos al lado de nuestros intereses. Ten toda la vida esta devocion muy entrañada en tu corazon, y tributa todos los dias algun religioso culto á estas celestiales inteligencias. No se pase dia alguno sin hacerlas alguna oracion. San Francisco Xavier, apóstol de las Indias, decia todos los dias nueve veces el *Gloria Patri* en reverencia de los santos ángeles. Toma esta devocion.

2 Honra singularmente á san Miguel como á protector particular de toda la Iglesia, y como á gefe de la milicia celestial, que ha de recibir tu alma al salir del cuerpo, y presentarla al tribunal de Dios para ser juzgada. Hazle alguna oracion particular, pidiéndole sobre todo su proteccion para aquel momento decisivo de nuestra eterna suerte.

DIA TREINTA.

San Gerónimo, doctor de la Iglesia.

San Gerónimo, ornamento del sacerdocio, tan célebre por su eminente virtud, por su rara sabiduría, por su profunda erudicion; oráculo del mundo cristiano, una de las mayores y mas brillantes lumbreras de la Iglesia, fue de Stridon, ciudad de Iliria en los confines de la Dalmacia y de la Panonia. Nació el año de 332, y su padre, por nom-

bre Eusebio, zeloso cristiano y hombre de conveniencias, puso el mayor cuidado en dar á su hijo una cristiana educacion. Habiendo observado en aquel niño cierto fondo de capacidad y cierta brillantez de ingenio, poco regular en otros de aquella edad, resolvió no perdonar á diligencia alguna para cultivarle. Despues que le hizo tomar una ligera tintura de las lenguas en su pais, le envió á Roma baxo la disciplina de Donato, célebre gramático, con cuyo magisterio hizo el niño Gerónimo asombrosos progresos en las letras humanas. Pasó despues á otros maestros, en cuya escuela aprendió las bellas letras y las ciencias profanas en grado muy superior al que se podia esperar de un estudiante. Por la particular inclinacion que profesaba á la retórica, y por su delicado gusto en élla, se hizo uno de los mas elocuentes oradores de su tiempo, y por su rara facilidad en las lenguas se hizo admirar y ser tenido por uno de los hombres mas sabios de su siglo. Así el violento amor con que le arrebataban los libros, como los piadosos afectos de religion que desde su niñez le habian inspirado, fueron el freno de sus fogosas pasiones, que desde la misma infancia eran muy vivas.

Recibió Gerónimo el bautismo siendo ya de madura edad, y desde aquel dichoso dia entabló una vida verdaderamente cristiana. Deseoso de conservar su inocencia, se desvió de todo aquello en que podia correr peligro, pareciéndole desde luego que los mejores preservativos contra el contagio era la abstinencia, la mortificacion y la oracion. Ocupaba todo el tiempo en el estudio y en exercicios espirituales. No contento con leer y con observar, se dedicaba tambien á copiar libros, de que formó una librería para su uso. Todos los dias iba con algunos compañeros suyos de los mas virtuosos á visitar las catatumbas de Roma ó las cuevas donde estaban sepultados los santos mártires al rededor de la ciudad.

Para perfeccionarse en las ciencias y en la virtud emprendió el trabajo de viajar. Tomó el camino de las Gáulas, donde conoció y trató á muchos hombres sabios. Detúvose particularmente en Tréveris, acompañado siempre de Bonoso, que se habia criado con él y nunca se separó de su lado. Cuando volvió de las Gáulas se dirigió á Aquileya, donde hizo mansion algun tiempo disfrutando el tra-

to del obispo Valeriano, uno de los mas santos y mas sábios prelados de aquel siglo, cuyo mayor gusto era hospedar y detener en su casa, lo que mas le fuese posible, á cuantos hombres sabios y virtuosos podia conocer. En la misma ciudad estrechó amistad con el presbítero Cromacio, que despues fue sucesor de Valeriano, con Jovino, Eusebio, Nicetas, Crisógono, Heliodoro y Rufino, que andando el tiempo fue su mayor contrario.

Como habia renunciado ya por amor de Jesucristo todo lo que olia á carne y sangre, no pensó mas en su pais; antes tomó el partido de retirarse al Oriente, el campo mas fecundo de hombres grandes que habia en el mundo á la sazon. Abandonadas, pues, todas las cosas, emprendió su viage con el presbítero Evagrio, Inocencio y Heliodoro, con un criado para todos cuatro que conducia la carga de sus libros. Corrió la Tracia, el Ponto, la Bitinia, la Galacia, la Capadocia y la Cilicia, deteniéndose algunos dias en Tarso, donde nació san Pablo, para aprender los idiotismos de la lengua materna del Apóstol. De allí pasó á Antioquía de Siria, donde trabó comunicacion con el famoso Apolinario, cuya heregía aún no se habia descubierto. Pero creciendo cada dia en nuestro Santo el amor á la soledad, se retiró á un desierto de la provincia de Calcida con su amado Heliodoro, Hilas é Inocencio. El consuelo que san Gerónimo experimentó en aquel dulce retiro se turbó presto con la muerte de sus dos compañeros Heliodoro é Hilas, y con haberse vuelto á Italia Inocencio. Tambien acrisoló el Señor su virtud con otras pruebas. Afligióle con varias enfermedades; pero lo que mas le acongojaba eran las violentas tentaciones de impureza con que le atormentaba la carne cuando le daban treguas sus dolores, representándole contínuamente con la mayor viveza en la imaginacion los objetos que habia visto en Roma, y excitándosele un involuntario pero vehemente deseo de las comodidades de la vida que habia abandonado por medio de un generoso sacrificio.

Viendo que no eran bastantes á librarle de estas molestas tentaciones ni sus ayunos ni otras penitencias corporales, emprendió un nuevo estudio mucho mas penoso que los ótros. Dedicóse al de la lengua hebrea, tomando por maestro á un judío convertido. Un hombre que solo

hallaba gusto en la lectura de las obras de Ciceron y de los mejores autores latinos, claro está que se le habia de hacer muy duro volver á estudiar alfabetos, exercitándose en broncas aspiraciones, escabrosas, ásperas y difíciles. Mas de una vez lo quiso dexar todo acobardado con el trabajo, y no contribuyó poco la violencia que se hizo á una enfermedad que padeció tan grave, que le reduxo al último extremo de la vida. Tuvo un sueño por aquel tiempo en que le pareció que habiendo sido presentado ante el tribunal del soberano Juez, fue reprendido y castigado porque era mas ciceroniano que cristiano. Entendió por este sueño ser la voluntad de Dios que se hiciese períto en la comprension de las lenguas orientales, como absolutamente necesarias para la inteligencia de la sagrada Escritura, teniéndole destinado la divina Providencia para dexarnos una version de toda élla, que es la que hoy usa la Iglesia.

Cuatro años permaneció Gerónimo en aquel desierto macerando contínuamente su carne con ayunos y con rigurosas penitencias. Pero ninguna cosa exercitó tanto su paciencia en aquella soledad como la persecucion de los monges cismáticos, que viéndole inviolablemente adherido á la iglesia de Roma, se valieron de todos los medios que pudieron para inquietarle. No pararon hasta que le pusieron en precision de dexar su amado desierto. Fuese á Jerusalen, y vivió algun tiempo en la campaña del contorno, andando de una en otra soledad. Pero donde particularmente se detuvo fue en Belen, cuyo sitio tuvo tanto atractivo para él, que se determinó á fixar allí su mansion. No obstante, se vió precisado á volver á Antioquía, donde el obispo Paulino, que tenia bien conocido el raro mérito de Gerónimo y su eminente virtud, le pudo reducir á que se dexase ordenar de sacerdote, aunque con la condicion de que no se le habia de aligar á iglesia alguna particular; que no habia de mudar el género de vida monástico que habia abrazado; y que se le habia de permitir, dexándolo á su arbitrio, vivir ó no vivir en soledad. Baxo estas tres condiciones prestó su consentimiento. Con el sacerdocio se renovó su fervor, y la nueva dignidad dió mayor esplendor á su virtud. No era fácil imaginar sacerdote mas sábio, mas santo, mas mortificado ni mas humilde. Era de 45 años cuando se ordenó de sacerdote. El amor á la soledad le volvió á llevar

á Belen, donde estuvo tres años aplicado únicamente á la contemplacion y al estudio de la sagrada Escritura. Movido de la gran reputacion de san Gregorio de Nazianzo, que gobernaba á la sazon la iglesia de Constantinopla, hizo un viage á aquella capital del Oriente. Mantúvose algun tiempo junto á aquel santo Doctor, á quien siempre trató y veneró como á maestro suyo. Tiénese por cierto que durante su residencia en aquella córte imperial compuso el pequeño tratado sobre la *Vision de los serafines* de que habla Isaías, y traduxo en latin la Crónica de Eusebio. Despues que san Gregorio se retiró de Constantinopla renunciando aquel obispado en obsequio de la paz, Gerónimo se restituyó á la Palestina; pero ofreciéndose á Paulino, obispo de Antioquía, y á san Epifanio hacer un viage á Roma, quisieron absolutamente que nuestro Santo les acompañase. Luego que llegó á aquella cabeza del mundo, el papa san Dámaso, que conocia su mérito, le detuvo cerca de sí para que le ayudase á responder á las consultas de las iglesias. En todas éllas se hicieron luego notorios sus talentos. Ya era muy conocido en aquella capital del universo por la penetracion y por la delicadeza de su ingenio, por su profunda erudicion, por su rara sabiduría en materias de religion, por su habilidad en la inteligencia de las sagradas Escrituras y de todas las lenguas; pero cuando se observó mas de cerca la santidad de sus costumbres, su modestia, su humildad, aquel género de vida tan austéra, su recogimiento interior y aquella tierna devocion que á pesar de su cuidado mostraba en el altar por las copiosas lágrimas que contínuamente derramaba en el santo sacrificio, todos á competencia se empeñaban en hacer con él las mayores demostraciones de estimacion, de veneracion y de respeto. Cada uno solicitaba llevarle á su casa; y como quizá nunca reynó mas que entonces la virtud entre las señoras romanas, eran pocas las que no tenian en él una entera confianza. Pero bien persuadido el Santo á lo delicada que es la direccion de las mugeres, y no ignorando el desvelo que debe aplicar un director á evitar todas las ilusiones, todos los lazos y todos los peligros, se impuso una severa ley de no mirar jamás al rostro á muger alguna, de no visitarlas, y de excusar con éllas toda frecuente conversacion, aunque fuese de cosas espiri-

tuales y santas. Oíalas con extraña modestia y compostura, respondíalas en pocas palabras, y nunca en asuntos que no fuesen de conciencia y pertenecientes á la salvacion. Pero ni su escrupuloso pudor, ni el contínuo miedo de que no se volviese á encender en su pecho el fuego de la tentacion, le pudieron dispensar de encargarse de la direccion de las señoras mas virtuosas por órden del papa Dámaso. Entre las que se gobernaban por san Gerónimo, y se aprovechaban mas de su doctrina y consejos, las que mas principalmente se distinguian eran santa Marcela viuda, santa Asella vírgen, Albina, madre de santa Marcela, santa Leta viuda, las santas Fabiolas, Marcelina, Felícitas y algunas ótras, cuyas virtudes y méritos canonizó la santa Iglesia. No obstante, las mas célebres hijas espirituales suyas fueron santa Paula y sus dos hijas Eustoquio y Blesilla, señora de raro mérito y virtud extraordinaria, en cuya muerte escribió san Gerónimo una bella epístola á santa Paula su madre y á santa Eustoquio su hermana para consolarlas en aquella pérdida.

Mientras tanto, aprovechándose el papa Dámaso de la mansion que hacia en Roma san Gerónimo, le hizo continuar en sus obras sobre la sagrada Escritura. Fueron recibidas del público con tanto aplauso, que en todo el mundo se hablaba de san Gerónimo con admiracion. Pero en medio de este general aplauso se comenzó á descubrir poco á poco cierta especie de emulacion, que tuvo principio en su celestial sabiduría, y la misma santidad de su vida encendió mas. La pureza de sus costumbres pareció á muchos eclesiásticos ser una muda censura del desórden de las suyas; y muerto el papa Dámaso se desenfrenaron en maledicencias y en calumnias contra nuestro Santo. Tratábase de hipocresía su compostura, su austeridad y su virtud; se hacia burla de su direccion dándosela cierta interpretacion maligna, y se ponia en disputa hasta la santidad de su doctrina y la pureza de su fe. Érale muy fácil á san Gerónimo, armado de su estilo y mucho mas de su inocencia, confundir á sus enemigos y disipar la calumnia; pero como solo suspiraba por su amado retiro, tomó el partido de ceder el campo á la envidia, y saliendo de Roma el año de 385, se fue á embarcar en el puerto con su hermano menor Pauliniano para volverse

á la Palestina. Aportó en la isla de Chipre, donde fue recibido con mucho gozo por san Epifanio en Salamina; despues en Antioquía de Siria, donde vió á Paulino; de allí se encaminó á Jerusalen para pasar despues á Egipto. Cuando llegó á Alexandría se hizo discípulo del famoso ciego Dídimo, que ya era venerado por uno de los mas célebres doctores de la Iglesia. Por huir las contestaciones y disputas de los origenistas se restituyó á su dulce retiro de Belen, donde ya habian llegado santa Paula y su hija santa Eustoquio. Santa Paula edificó dos grandes monasterios, úno para hombres donde se retiró san Gerónimo, y ótro para mugeres dividido en tres comunidades.

Encargóse nuestro Santo de la direccion espiritual de las dos casas, y despachó á su hermano Pauliniano para que vendiese lo que hubiese quedado de la herencia de sus padres. Empleó el precio en aumentar el número de celdas en su monasterio para poder hospedar mayor número de peregrinos, especialmente religiosos que venian de todas partes del mundo á visitar la Tierra santa. Pero estos exercicios de virtud y de la caridad de ningun modo le distraian del estudio á que particularmente le habia llamado Dios. Despues de haber enriquecido ya á la Iglesia con muchas obras sobre el viejo y nuevo Testamento, como tambien sobre diferentes asuntos morales, emprendió explicar la epístola de san Pablo á Filemon, á los gálatas y á los efesinos. Al mismo tiempo que trabajaba dia y noche en instruir y en edificar á los fieles con sus obras doctrinales, no se descuidaba en refutar los errores de los hereges. Escribió dos libros *de la Virginidad* contra Joviniano. Acusáronle sus émulos de que por defender la verdad habia dado en el extremo contrario; y publicó una *apología* de su obra, que sirvió al mismo tiempo de defensa y de explicacion. Poco tiempo despues que salió á luz esta apología, publicó su catálogo *de los Escritores eclesiásticos.*

Habiendo venido en peregrinacion á Jerusalen el año de 393, Alipio, obispo de Tagaste, quiso ver á san Gerónimo, cuya reputacion se habia extendido por toda la África. Creció su estimacion y su concepto con la presencia y con el trato de aquel grande hombre. Lo que Alipio le refirió del mérito y talentos de san Agustin, bastó

para profesarle aquella inclinacion y aquel concepto superior, que fue el fundamento de la estrecha amistad que unió despues á los dos Santos en tanta utilidad de toda la Iglesia.

Hacia entonces grandes progresos el origenismo en todo el Oriente; pero entró en Gerónimo un formidable defensor de la verdad. Por mas que Rufino y Juan, obispo de Jerusalen, quisieron disfrazar sus errores con apariencias de zelo y de virtud, san Gerónimo los quitó la máscara, y descubrió en éllos los desvaríos de Orígenes. Quiso vengarse el Obispo; persiguióle á banderas desplegadas; amenazóle con la excomunion; prohibióle la entrada en el santo sepulcro, y le hubiera hecho desterrar á no haberlo estorbado la autoridad de santa Paula, á quien nuestro Santo se quejó amorosamente de que con su intercesion le habia quitado la gloria de padecer destierro en defensa de la verdad.

Verdaderamente causa admiracion que un hombre sepultado en la soledad, consumido de enfermedades, extenuado al rigor de los ayunos, de las vigilias y de las penitencias pudiese bastar para dar expediente à tantas y tan penosas ocupaciones en que su zelo por la Iglesia y su grande reputacion le empeñaba cada dia. Sus comentarios sobre la sagrada Escritura; sus versiones sobre los libros sagrados que adoptó despues la Iglesia; sus tratados dogmáticos contra los hereges, singularmente contra origenistas y pelagianos; sus solas epístolas, que cada una vale un libro entero en que se contiene el dogma mas puro y el moral mas sano de la religion cristiana, eran mas que suficientes para absorver todo el tiempo de la mas dilatada vida. Cobrando cada dia mas vuelo su reputacion, era consultado de todas las provincias del universo; corrian todos á él como á oráculo de la cristiandad, y era generalmente buscado como uno de los mas sábios y mas santos doctores de la Iglesia. Las personas de mas alto nacimiento le enviaban sus hijos, y los que venian en peregrinacion á la Tierra santa contaban en el número de sus principales devociones la visita de san Gerónimo en Belen. Entre todas sus ocupaciones la principal era el estudio de la sagrada Escritura. Ninguno conoció mejor que san Agustin el mérito de este trabajo y el importante ser-

vicio que hacia con él á la Iglesia. Escribióle su parecer, y le exhortó á que continuase una obra de tanta importancia. Traduxo, pues, del hebreo en latin todos los libros del viejo Testamento; y los libros de Judit y de Tobías los traduxo del caldeo. A ruegos del papa san Dámaso habia corregido el salterio latino de la antigua version itálica, sobre la edicion de los Setenta hecha por san Luciano. Tambien corrigió el nuevo Testamento sobre la version griega, y en fin, publicó corregida de su mano la misma version griega de los Setenta. No son menos admirables que sus versiones sus comentarios sobre la sagrada Escritura; de manera, que con mucha razon dice la Iglesia en el oficio del dia, *que le escogió Dios para explicar la Escritura sagrada.*

No habiendo aprobado san Agustin el estilo, un poco mas acre de lo justo que usó nuestro Santo en su impugnacion contra los errores del origenista Rufino, le escribió ingenuamente su sentir. La respuesta fue tambien un poco viva; pero la profunda humildad de los dos Santos terminó presto aquella leve oposicion de dictámenes; y el efecto de aquella discordia pasagera fue renovarse entre los dos mas estrechamente la amistad, que nunca padeció despues la mas mínima alteracion en toda la vida.

Pelagio y su discípulo Celestio salieron de Roma, y se retiraron, el primero á la Africa, y el segundo á Palestina, donde úno y ótro comenzaron á sembrar sus errores. El primero que tuvo la honra de escribir contra esta heregía en su epístola á Cresifon fue san Gerónimo, y el año de 415 compuso un gran tratado en forma de diálogo, en que refuta los errores de Pelagio. Sintió tanto este heresiarca los mortales golpes que descargaba san Gerónimo contra su heregía en aquella obra, que aunque no se le nombraba en élla, determinó quitarse la máscara y no guardar ya mas medidas con el Santo. Vengóse de él como herege. Favorecido secretamente del obispo Juan, que siempre conservó en su corazon la levadura del antiguo ódio que habia profesado á san Gerónimo, comunicó Pelagio su furor á una tropa de foragidos, los cuales se arrojaron en Belen sobre los dos monasterios que estaban á la direccion de nuestro Santo. Cometieron en éllos cuantos excesos se pueden imaginar; saquearon las dos casas, y de-

gollaron muchas personas de uno y otro sexô. Fue comprendido un diácono en aquella mortandad, y desolándolo todo á fuego y sangre, escapó Gerónimo de aquel peligro por milagro. Sobrevivió poco tiempo el obispo Juan á unos excesos en que habia tenido alguna parte; pero Praylo, su sucesor, se portó muy de otra manera con nuestro Santo, cuya virtud y mérito tenia bien conocidos; mas gozó poco tiempo Gerónimo de esta quietud. Habia dias que experimentaba visiblemente la decadencia de sus fuerzas consumido de enfermedades y de penitencias, cuyo rigor no remitió hasta la muerte. Vióla venir con aquella tranquilidad y con aquella alegría, cuyo gusto solo se reserva á la virtud en aquella última hora. Habiendo recibido con extraordinario fervor todos los sacramentos, lleno de dias y de merecimientos entregó su alma al Criador el dia 30 de septiembre del año 420, casi á los 90 de su edad, habiendo pasado cerca de 40 en su solitario retiro.

Sintió toda la Iglesia la pérdida de aquel grande hombre que la habia enriquecido con tantas y tan sábias obras, y la habia edificado con tantos y tan grandes exemplos. El cuerpo de san Gerónimo, que á su muerte apenas era mas que un esqueleto, fue sepultado en la gruta de su monasterio de Belen, y despues trasladado á la iglesia de santa María la Mayor de Roma junto al pesebre del Salvador, donde se erigió un altar en honor del Santo; pero su cabeza se adora en la magnífica iglesia de Cluni. Reconócele la Iglesia por uno de sus cuatro doctores principales, san Gregorio papa, san Ambrosio, san Agustin y san Gerónimo; cuyo culto se ha extendido en España mas que en otras partes con motivo de la religiosa órden que hasta el dia de hoy se honra con su nombre, y dedicada principalmente en la soledad y en el retiro al celestial exercicio de las divinas alabanzas, hace tanto honor á la religion y á la Iglesia, promoviendo con tanta devocion como magnificencia el culto divino en desempeño de su angelical instituto.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui Ecclesiæ tuæ in exponendis sacris Scripturis, beatum Hieronymum confessorem tuum, doctorem maximum providere dignatus es; præsta, quæsumus, ut ejus suffragantibus meritis, quod ore simul et opere docuit, te adjuvante, exercere valeamus: Per Dominum nostrum...

O Dios, que para la exposicion de las sagradas Escrituras colocaste en tu Iglesia al máxîmo doctor san Gerónimo tu confesor; suplicámoste nos concedas por sus merecimientos, que mediante tu divina gracia, practiquemos lo que él nos enseñó tanto con sus palabras como con sus exemplos: Por nuestro Señor...

La epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo 4.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, prædica verbum; insta opportunè, importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacerbabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reyno, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demas tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

»En este capítulo de la segunda epístola de san Pa»blo á su querido discípulo Timoteo le especifica el Após»tol individualmente todas las obligaciones de un obispo, »y las prendas de que debe estar adornado. Exhórtale á »enseñar, corregir y reprender á los malos con aquel zelo »que animaba á los apóstoles, cuyos sucesores son los »obispos.

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina. ¿Adónde se fueron aquellos dichosos siglos, aquellos dias claros y serenos en que el espíritu dócil, el corazon recto y puro solo amaban la verdad, solo buscaban la verdad, á nada tomaban gusto sino á la doctrina sana y neta del evangelio? ¿adónde se fue aquella cristiana sencillez, de que hacian vanidad los mas elevados ingenios, que enemiga de toda preocupacion hacia reynar la fe aun en medio del ciego paganismo? Desaparecieron ya aquellos dias tranquilos y despejados. Siempre se comunica al entendimiento el corrompido temple del corazon, y levanta aquellas espesas nieblas que obscurecen la fe, y cierran el paso aun á las luces mismas del corazon. Todo lo turban las pasiones; y en viéndose éstas con libertad, hacen esclavo al corazon y al entendimiento. Apágase la fe en corrompiéndose las costumbres. No hay objeto mas digno de lástima que un corazon y un entendimiento entregados á sí mismos. Luego que domina el orgullo se debilita la piedad. Ya no se consulta mas que á las luces propias de cada uno; y como éstas son tan amortecidas y tan limitadas, está pronto el descamino. No se quiere reconocer otra guia en las verdades de la religion que á su propio entendimiento. Solo se cree aquello que se comprende. Preténdese que la fe no debe tener otro garante que la razon natural; y á fuerza de quererlo probar todo, y que todo sea plausible, de todo se duda. Hasta los entendimientos mas limitados, hasta los genios mas vulgares y mas rateros presumen de jueces soberanos para pronunciar difinitivamente sobre las verdades mismas de

la religion. Las mismas mugeres se imaginan con legítimo derecho para meterse en esta crítica. La heregía fue la que introduxo en el mundo este espíritu particular. Muy de temer es, que á fuerza de discurrir como filósofos, se dexe de creer como cristianos. No hubo jamás siglo tan fecundo en críticos como el nuestro. ¿Qué han producido esas escrupulosas indagaciones y esos imaginarios descubrimientos? No mas que propagar entre los fieles una especie de pirronismo, para que desconfiando de la piadosa credulidad de nuestros mayores, se hagan insensiblemente incrédulos en todos los hechos. ¡Buen Dios! ¿adónde se fue aquella religiosa docilidad tan esencial á todos los crististianos? Los mayores genios del universo, aquellos espíritus sublimes é iluminados, aquellos hombres llenos del espíritu de Dios, cuya sabiduría igualaba á su virtud, y cuya virtud se veía autorizada con milagros, se preciaban de deferir á la tradicion de sus padres. No hay hoy mas luces que entónces; pero hay mas osadía, mas orgullo, y menos humildad. ¿Cuál es el fruto de todas nuestras sutilezas?

El evangelio es del cap. 5. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat cœlum et terra, jota unum, aut unus apex non præteribit á lege,

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debaxo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pa-

donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

se el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñáre así á los hombres, será reputado el menor en el reyno de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñáre, será llamado grande en el reyno de los cielos.

MEDITACION.

Todo se hace fácil al que ama á Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es verdad de fe, que el yugo del Señor es suave: *Jugum meum suave est*, y su carga ligera: *et onus meum leve.* Aunque la experiencia por confesion de todos los santos no nos demostrara esta práctica verdad, bastaria la palabra de Jesucristo para persuadirnos que se engañan nuestros sentidos, y que nuestra razon padece error cuando nos dice, que el servicio de Dios es penoso; que siendo tan estrecho el camino que conduce á la vida, por precision ha de congojar; y que el único alimento de la virtud es la amargura de los trabajos. Penitencia, mortificacion, adversidades, menosprecios y humillaciones; esta es, en opinion de los hombres, la legítima de los santos; y esto es lo que espanta y lo que desvia del servicio de Dios á tantas almas cobardes. Sin embargo, aunque sea tan universal esta opinion, aunque sea tan plausible, aunque esté tan autorizada en el mundo, élla es absolutamente falsa. El Salvador, la verdad eterna, el oráculo inefable, asegura positivamente que no hay verdadero consuelo ni verdadero gusto en la tierra sino en el servicio de Dios. No hay verdad mas cierta. ¿Pero no nacen las cruces en todos los caminos de la perfeccion? ¿no es inseparable la mortificacion de la verdadera virtud? ¿se puede entrar en el cielo sin hacerse violencia? Ciertamente no. Pero el amor de Dios es el cimiento, la basa, y como el alma de la virtud

cristiana; y cuando se ama á Dios, dice san Agustin, nada se hace pesado, nada amargo, nada dificultoso: *Ubi amatur, non laboratur; et, si laboratur, labor amatur.* Cuando se ama á Dios todo se hace dulce, todo fácil; y si se encuentra algun trabajo, el mismo trabajo se ama tanto, que se echaria menos, y se sentiria mucho si no se padeciese. Cuanto mas se padece por el objeto amado, mas gusto y mas consuelo se experimenta en lo mismo que se padece. Nada le cuestan á Jacob siete años de servicio cuando considera que Raquél ha de ser el premio de éllos. Grandes incomodidades se padecen en una larga navegacion: en el exército hay fatigas bien penosas, un puesto importante no se defiende sin grandes riesgos. Con todo eso, la codicia, el honor, la distincion, el amor de la gloria devoran todas estas dificultades, todos estos peligros, todos estos trabajos; ¡y no se creerá que el amor puro y sincero de Dios tenga la misma virtud!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor de Dios tiene el secreto como de encantar todo lo duro, lo ingrato que se encuentra en la práctica de la virtud. Endulza las cruces mas amargas, aligera las mas pesadas, y allana los caminos mas escabrosos. Es preciso (se dice) hacerse violencia para ser santo. Esto quiere decir, que es necesario vencer sus pasiones, sus inclinaciones, y su natural: que es menester mortificar los sentidos y el amor propio; enemigos formidables, contra los cuales está determinada á combatir una alma generosa y abrasada en el amor de su Dios. Claro está que nunca se hace la guerra sin trabajo. La vigilancia con que se debe vivir para evitar las sorpresas del enemigo; las fatigas indispensablemente que se han de padecer para atacarle y para deshacerle son penosas; ¿quién lo puede negar? ¿pero qué general, qué soldado victorioso no despreció siempre lo que es preciso padecer para atacar y para derrotar al enemigo por conseguir una gloriosa victoria? ¿Con qué paciencia se está dia y noche en una trinchera aguantando los mas rigurosos temporales? ¿con qué firmeza se sostienen los esfuerzos de un batallon y de una partida? ¿con qué ardor se monta una brecha, se avanza al asalto para

tomar una plaza? Todo esto lo suaviza el amor de la gloria. Pues mucho mas suaviza todas las cruces el amor de Dios. Recorramos todos los estados de la vida. Hombres de negocios, comerciantes, hombres de letras, el amor del interes, la ambicion y la codicia vencen todas las dificultades. Hechizos muchos mas poderosos tiene el amor de Dios. La ansiosa pasion de agradar á un Dios que se ama, participa en cierto modo la omnipotencia del divino objeto amado. Un hombre que ama verdaderamente á Dios, apénas puede comprender que haya trabajado en ayunar, en macerar el cuerpo, en mortificar los sentidos, en hacerse violencia y en vencerse. Considera (y le sobra la razon) á la sensualidad y al amor propio como enemigos declarados de su Dios, como á enemigos de su eterna salvacion, como á sus mortales enemigos; ¿y quieres que halle dificultad en vencerlos? Traigamos á la consideracion aquellos desiertos espantosos habitados por un infinito número de penitentes: juntemos las penitencias de todos los santos: añadamos lo que los mártires padeciéron por la fe. A todos los oirémos exclamar con el Apóstol: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis, ad futuran gloriam promerendam.* Ninguna proporcion tienen estos trabajos con el premio que esperamos. Preguntémoselo á todos los santos: nos responderán, que todo es gozo, todo dulzura, todo consuelo en el corazon, en el alma de los que aman á Dios. Inundado está su corazon de aquellas puras y espirituales delicias. No comprendemos nosotros estos misterios porque no amamos á Dios.

JACULATORIAS.

Jubilate Deo, omnis terra: servite Domino in lætitia. Salm. 99.

Pueblos de la tierra de Israel, colocad todo vuestro gusto y toda vuestra alegría en servir y en alabar al Señor.

Quam magna multitudo dulcedinis tuæ, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.

¡O Señor, y qué abundancia de consuelos y de dulzuras teneis reservadas á los que os aman y os temen!

PROPOSITOS.

No digas ya que cuesta mucho el ser santo. Esta cantinela tan comun entre los imperfectos y entre los mundanos es buena prueba de lo poco que se ama á Dios, y hace poca merced á los que usan este lenguage. Las dificultades que se figuran en el servicio de Dios, no están en el mismo servicio, sino en el corazon de los que vanamente se lisonjean de que le quieren servir. A un enfermo sin fuerzas y sin espíritu: á un hombre extenuado y consumido con una calentura, la menor carga se le representa peso enorme, al mismo tiempo que á un hombre sano y vigoroso le parece la cosa mas ligera. El mismo enfermo que no puede dar dos pasos sin sofocarse, en sana salud anda una legua á pie sin la menor fatiga. Aprovéchate de estas reflexîones prácticas. Ama á Dios, y todo se te hará dulce, fácil y suave en su servicio. Ama á Dios, y se desvanecerán todas las dificultades que abulta tu aprension en el camino de la salvacion. Pero si las máxîmas del evangelio te parecieren demasiadamente amargas y demasiadamente duras, ten por cierto que no amas á Dios. Pídele sin cesar este amor: Jesucristo vino á encender en la tierra este divino fuego, y no desea otra cosa sino que el mundo se abrase en él. Culpa tuya será si está apagado en tu corazon.

2 No habla esto solo con las gentes del mundo; tambien las personas religiosas encontrarán aquí un fondo de reflexîones que las interesa mucho. A todos atemoriza el desierto y les causa tedio la soledad. Prometíanse un maná celestial de gusto delicioso, un ayre dulce, un cielo siempre sereno, rios de leche y miel, defendidos de los rayos del sol, alumbrados aun en medio de las mas densas tinieblas; pero les sucede todo lo contrario. Solo experimentan disgusto y tedio; la vida uniforme y arreglada cansa; la puntualidad fastidia; la contínua sujecion y dependencia da en rostro; todo se hace insoportable y molesto. ¿Padecióse acaso algun engaño en la idea que se habia formado del estado religioso? ¿engañáronnos en la pintura que nos hiciéron de los consuelos que se escondian en aquella vida? De ningun modo. Estos consuelos son todavía mucho mas exquisitos y mucho mas abundantes que nos ha-

bian prometido; pero solo se reservan para los religiosos fervorosos, para las almas generosas y fieles. Luego que se entibia el fervor, se pierde el gusto. Ámese fervorosamen- á Dios, á quien se sirve, y todo se hará fácil en su servicio. Las reglas serán fuentes de dulzuras; la obediencia principio de tranquilidad; la mas rígida pobreza un tesoro inagotable. Pero si se vive con relaxacion, con tibieza y con disipacion, luego se echa menos la tierra de Egipto que se dexó; luego se comienza á sentir la pesadez del yugo y el tedio de la soledad. Ama á Dios con generosidad y sin mezcla de otro amor, y no encontrarás mas que torrentes de consuelo en el estado religioso.

FIN.

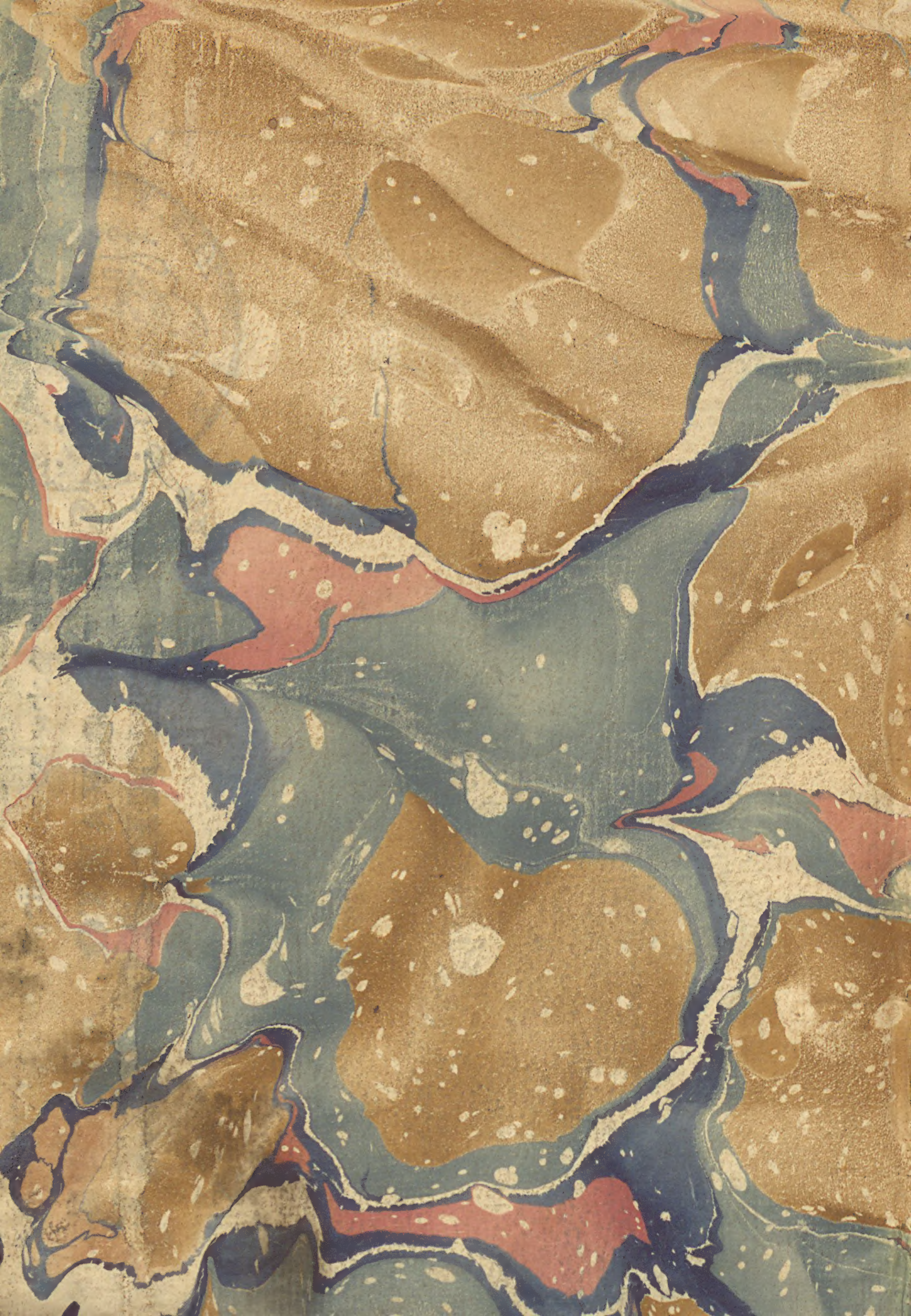


TABLA

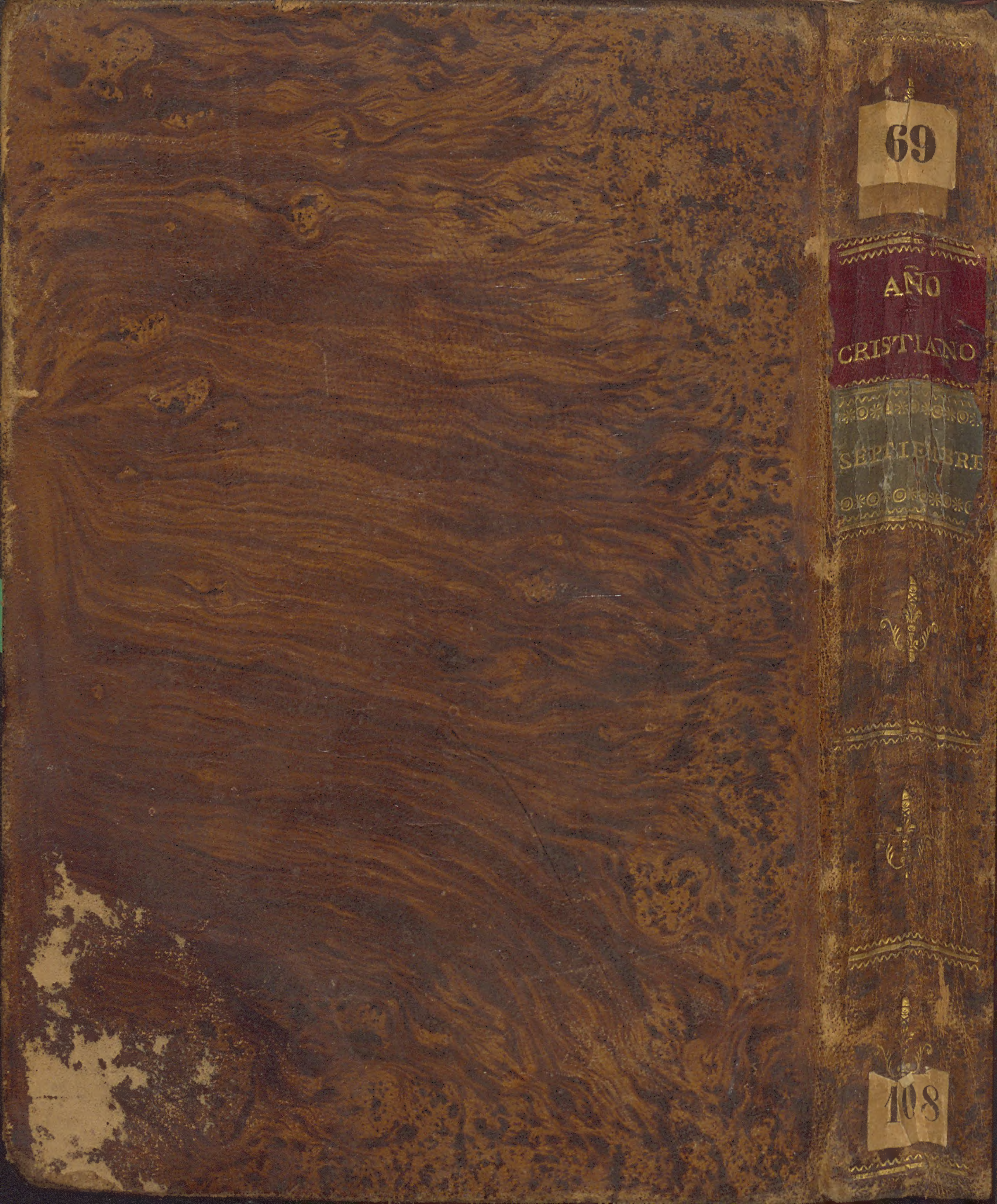
De los títulos que se contienen en este tomo noveno.

FIN DE LA TABLA.

[illegible]






69
AÑO
CRISTIANO
SEPTIEMBRE
108


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm